R 76227

BIBLIOTECA GRANADINA

LOS MONFÍES

DE LAS ALPUJARRAS

NOVELA ORIGINAL

DE

Don Manuel Fernández y González.

TOMO II

IMPRENTA
de
EL DEFENSOR DE GRANADA
1903

Los Monfíes

TERCERA PARTE

La rebelión.

CAPÍTULO PRIMERO

El castillo y la atalaya.

No á mucha distancia una de otra en ese laberinto montañoso que se llama las Alpujarras, hay dos cumbres que se atalayan, y que descubren otras muchas y son descubiertas por ellas, incluyendo la cima de Sierra Nevada y su gigantesco anfiteatro de montañas.

Una de estas dos cumbres que hemos citado domina al pueblo de Válor, la otra al de Cádiar.

En ambas cumbres se conservan vestigios de cimientos: llaman los de Válor á los unos castillo, los de Cádiar á los otros atalaya.

Hoy los lagartos asoman entre las grietas de las ruinas, y las culebras se deslizan entre los escombros cubiertos de musgo, y los habitantes conservan acerca del castillo y de la atalaya la memoria de dos nombres que son dos historias sangrientas. Las ruinas del castillo guardan el nombre de Muley Aben-Humeya: las de la atalaya el de Muley Aben-Aboo.

No hay alpujarreño que no sepa contaros, si se lo preguntais, cómo murieron cada uno de los hombres que llevaban aquellos nombres; no hay uno solo que no os diga que sus antiguas viviendas han sido arruinadas, porque sus dueños estaban malditos de Dios.

Las que hoy son ruinas, eran en 1568 dos edificios característicos.

Empecemos por el castillo.

Ocupando la ancha planicie de la cumbre se levantaban cuatro torreones cuadrados, unidos entre sí por cuatro muros robustos y almenados: ni un ajimez, ni una galería, ni más que algunas estrechas saeteras, se veían en aquel recinto exterior, pero en el centro del extenso cuadrado comprendido dentro de aquellas torres y muros, se veía un bellísimo alcázar moruno, con torrecillas caladas, galerías, miradores, cúpulas y pizarras, resplandeciente con sus vivos colores; era aquel alcázar, dentro de aquel fuerte y rojizo recinto murado, lo que podía ser una hermosa dama, cuya magnífica y engalanada cabeza se levantase sobre una armadura de guerra: fuera, robustez, almenas en-

hiestas, profunda caba, hondo rastrillo, puerta chata y maciza de herradura, matacanes y ladroneras: dentro, todos los bellos caprichos de la arquitectura oriental; galerías cinceladas con esbeltas columnas de alabastro; agimeces con dobles arcos festonados, y entre estos arcos y tras estas columnas, cristales rica y maravillosamente matizados, como los de nuestras viejas catedrales góticas; era aquel un alcázar fuerte, de los tiempos medios de la dominación de los árabes en España; una especie de casa de placer de algún rey moro, que al mismo tiempo servía de alcazaba á la villa: una de esas magníficas huellas que dejó tras sí el paso de ese maravilloso pueblo árabe.

La atalaya que coronaba la cumbre del monte sobre Cádiar, era un edificio severo, escueto, que se destacaba vigorosamente sobre el horizonte, y que descubría con sus cuatro ojos negros, abiertos en su muro circular de piedra, ennegrecida por el tiempo, un número considerable de pueblos y montañas, y el mar por la parte de Levante. Dábala entrada una pequeña puerta de herradura, y por la parte oriental, sobre una cortadura del monte, se veía una ventana estucada, dividida por una columnilla blanca, y guarnecida por vidrios de colores; este era el único detalle delicado y bello que se notaba en aquel macizo torreón negruzco; detalle que á tiro de arcabuz dejaba conocer que era una adición reciente, una herida abierta en el muro antiguo, una especie de respiradero practicado en el centro de la torre para hacer habitable y un tanto cómoda aquella atalaya de guerra.

Dulcificaba un tanto su aspecto bravío, una pequeña huerta y una blanca casita adherida á la atalaya por la parte del Sur. La cumbre se había allanado y cercado con un tapial, y una noria, á que daba vueltas un enorme buey, mantenía la frescura y la frondosidad de un emparrado, colocado como un toldo delante de la fachada de la casa, y que corría hasta la puerta de la atalaya, y á las legumbres y á los árboles frutales que ensanchaban sus frondas odoríferas, bajo el templado cielo del Mediodía.

Un perro, una legión de gallinas y algunos patos, que nadaban en un estanque donde se recogían las aguas de la noria, daban ruido y vida, una vida especial á aquel pequeño recinto, dulcificando lo severo y sombrío del aspecto de la atalaya.

Entre esta y el castillo de Válor existía no sé qué de extraño y hostil. La atalaya, hasta en la pequeña perforación que se había practicado en ella abriendo en su muro un ajimez, era severa y sencilla; pero altiva y enérgica, por decirlo así, como un viejo y veterano centinela avanzado al enemigo: el castillo, cuyas defensas estaban deterioradas, y desatendidas, parecía envilecido por aquel alcázar tan delicado y tan bello que á nada podía compararse tanto como á una cortesana corrompida y coronada de flores, que se sentase sobre un viejo y abollado arnés de guerra: la atalaya parecía representar la ancianidad bravía aún é indomable, y el castillo el valor degradado, el atleta rendido á los piés de la hermosura.

Entre el castillo y la atalaya, filosóficamente considerados, existía un abismo.

Pasando de los edificios á sus habitantes respectivos, hallaremos entre ellos diferencias esenciales.

Eran dos mujeres viudas, cada una de las cuales tenía un hijo.

La una, la moradora de la atalaya, se llamaba doña Isabel de Córdoba y de Válor. La otra, la habitante del castillo, doña Elvira de Céspedes.

Veinte y dos años habían pasado por

estas dos mujeres desde la fecha en que las presentamos á nuestros lectores, al principio de nuestro relato.

Doña Isabel contaba, pues, cuarenta y dos años; doña Elvira cuarenta y cinco.

Por un privilegio de la naturaleza estas dos mujeres se habían conservado hermosas, en la edad en que generalmente ha empalidecido la hermosura de la mujer, han brotado en su cabeza las canas, y se han impreso en su rostro las arrugas.

Doña Isabel y doña Elvira no tenían ni canas ni arrugas.

Comprendíase, sí, á primera vista, que no eran jóvenes; pero nadie se hubiera atrevido á decir que eran viejas.

Encontrábanse en ese desarrollo de vida y de hermosura, que viene á ser como el estío en la vida de la mujer, en que lo que la falta de frescura la sobra de fuerza, de vigor.

Eran todavía dos mujeres peligrosas.

Cuando salía doña Isabel de su casita adherida á la atalaya, ó cuando salía doña Elvira del castillo para bajar á las poblaciones, siempre había ricos y jóvenes moriscos que las aquejasen con pretensiones.

Llamábanlas, por último, en la comarca, las hermosas viudas.

Sin embargo, desde la muerte de Miguel López, ó poco después, doña Isabel se había retirado á las Alpujarras, á la villa de Cádiar donde había dado á luz un hijo, y se había mostrado sorda á todas las pretensiones, vistiendo severamente sus tocas de viuda, y dedicándose por completo al cuidado de su hijo á quien amaba de una manera extremada; doña Elvira, antes de la muerte de don Diego de Córdoba, su esposo, se había retirado á la villa de Válor donde había dado á luz á don Fernando de Válor, y del mismo modo después de la muerte de don Diego se negó de todo punto á contraer un nuevo enlace, concentrando, como doña Isabel, todo su amor en su hijo.

A pesar de que vivían á poca distancia, ninguna de las dos cuñadas se visitaron, ni se vieron una sola vez, desde la noche en que, veinte y dos años antes, había sido incendiada por los moriscos la casa de don Diego de Córdoba y de Válor.

Pero si doña Isabel y doña Elvira no se veían, no acontecía lo propio respecto á sus hijos Diego López y don Fernando de Válor.

Cuando fueron mozos, estos se encontraron cazando en la montaña, ó en Granada, á donde solían ir con frecuencia, ó en donde era más peligroso: en las reuniones de los moriscos, á las que se les llevaba para nutrir en sus almas el odio contra los cristianos.

Las ambiciones de los parientes de entrambos jóvenes, habían echo nacer entre ellos rivalidad y aun odio; odio y rivalidad que disimulaban, pero que no por ello eran menos fatales: los parientes de Miguel López no cesaban un punto de decir á Diego su hijo, que su madre doña Isabel era descendiente del Profeta; que si bien era verdad que don Fernando de Válor su primo, era el primogénito de la familia, sus vicios, su afeminación y la estrecha amistad que como veinticuatro de Granada y capitán del rey de España sostenía con los cristianos, le hacían peligroso, cuando él, pobre, aislado en las Alpujarras, contando sus únicos amigos entre los moriscos, fuerte, robusto y severo en sus costumbres, era más á propósito para ponerse al frente de ellos: los allegados de don Fernando de Válor excitaban de la misma manera la ambición de este, recordándole siempre su alto orígen y avivando su odio á los cristianos con traerle contínuamente

á la memoria, el desastroso fin de su padre. Contribuía no poco á ello, su tío don Fernando, á quien se conocía entre los moriscos con el nombre de Aben-Jahuar-el-Zaquer. Encargado este de su tutela, había pretendido, aunque en vano, pasar de tutor á padrastro por su casamiento con su cuñada doña Elvira; pero esta se había negado constantemente; don Fernando sin embargo no había cedido; enamorado y empeñado cada vez más por la peligrosa hermosura de doña Elvira, había procurado hacerce de un arma contra la misma doña Elvira de su hijo don Fernando: enervó su alma, se apoderó de él, le corrompió, y para sujetarle más á su influencia le casó con Inés de Rojas, hija de Miguel de Rojas, morisco influyente, tan ambicioso como Aben-Jahuar, y dispuesto á ayudarle en sus proyectos que eran tenebrosos.

Reducíanse estos, á poner como condición á doña Elvira, el engrandecimiento de su hijo, á trueque de su mano, ó su anulación completa ante los moriscos si persistía en su negativa. Fácil era de comprender que, amando como amaba doña Elvira á Aben-Humeya, su hijo, no vacilaría, por repugnante que le fuese, en entregar su mano á Aben-Jahuar, su cuñado, á trueque de que Aben-Humeya fuese proclamado rey por los moriscos de Granada, cuando llegase el caso inminente de una insurrección decisiva. Miguel Rojas, por su parte, morisco influyentísimo, como ya hemos dicho, no podía menos de desear que el marido de su hija, llegase á ser rey, y ayudaba con todas sus fuerzas á Aben-Jahuar: este se había cubierto de la más profunda reserva, y nadie más que doña Elvira, porque los ojos de una madre lo adivinan todo, había adivinado, que Aben-Jahuar, satisfecho su empeño amoroso casándose con ella, no pararía hasta ver satisfecha su ambición: doña Elvira había comprendido que su cuñado elevaría á su hijo, que le sostendría hasta cierto punto en el poder, y que le derribaría después para hacer con su cadáver un escalón del trono de Granada.

Doña Elvira aborrecía, pues, á su cuñado; pero encubría su odio, porque Aben-Jahuar estaba apoderado de su hijo, y le tenía como en rehenes.

Abandonado Aben-Humeya á su tío, había contraido viciosas inclinaciones: era jugador y camorrista como su padre; falto de fé en sus empeños como su padre, y como él infatuado con su orígen: añadíase á esto el odio que doña Elvira le habia hecho concebir contra su tía doña Isabel de Válor, y su primo Aben-Aboo; su corazón era un depósito de amargas pasiones: su pensamiento enloquecía con sueños insensatos: desconfiaban de todo el mundo, y sin embargo á todo el mundo se entregaba; débil, irresoluto, voluntarioso, era á todas luces inferior á su primo Aben-Aboo, á su rival, á su antagonista.

Era este un mancebo de veinte y dos años, á quien la reflexión hacía parecer de más edad; hermoso, pero con una hermosura enérgica; moreno, con ese color dorado y característico de los oriundos de Africa; pálido, con enormes y elocuentes ojos negros, nariz aguileña, boca de sutiles labios, que indicaban astucia y firmeza, y miembros muscolosos y fuertes; pero constituyendo un conjunto esbelto, en que se adivinaban un vigor sumo y una agilidad extraordinaria.

Aben-Humeya, era otro tipo enteramente distinto: su semblante blanco, pálido, de cútis fino y denso, y sus grandes ojos negros de mirada sensual y lánguida recordaban la antigua y casi extinguida raza árabe: aunque á veces brillaba una chispa de valor indómito en sus miradas,

aunque había altivez en la actitud de su cabeza, y algo de magestad en su frente, sin embargo, en la tersa morbidez de sus manos, que hubiera envidiado una dama, en la indolencia de sus movimientos, en esa especie de cansancio habitual que constituye la afeminación en el hombre, se comprendía que estaba enteramente entregado á la molicie, á los placeres, á la vanidad: sin embargo, como un indicio, como un signo de raza, enmedio de esta degradación, se notaban algunos destellos de valor sereno é infinito, de actividad, de magestad: algo de regio, de grande, de indomable, que debía revelarse y dominar á la degradación en situaciones dadas, haciendo de aquel hombre otro enteramente desemejante de sí mismo, aunque por un momento.

Aben-Aboo, aventajaba á Aben-Humeya en hermosura, en energía, en virilidad; pero Aben-Humeya aventajaba á Aben-Aboo en fueros y privilegios.

Aben-Humeya era señor de Válor, regidor perpétuo, ó veinticuatro del ayuntamiento de Granada, capitán de infantería, y se llamaba don Fernando.

Aben-Aboo, solo era hidalgo por su madre, vivía oscurecido, y se llamaba lisa y llanamente Diego.

Aben-Humeya era rico y brillaba entre la nobleza castellana.

Aben-Aboo, ó por mejor decir doña Isabel, su madre, lo había vendido todo á excepción de la atalaya y la huerta en que vivían en Cádiar, y una enorme casa situada en el Albaicín de Granada, perteneciente al dote de doña Isabel, que ésta había cedido á su hiio, y que estaba continuamente alquilada.

En vano Yaye-ebn-Al Hhamar, había pretendido de doña Isabel que aceptase, al menos, cuanto fuese necesario para sostener dignamente los gastos de Aben-Aboo. Doña Isabel se había mostrado inexorable.

Aben-Humeya tenía en Inés de Rojas una esposa joven, pura y enamorada, que le había dado un hijo; en su tío un espíritu que hablaba siempre á su vanidad y á sus pasiones; en su suegro un instrumento servil, que se plegaba á todos sus caprichos, y numerosos amigos parásitos que le adulaban y le ensoberbecían.

Aben-Aboo, solo tenía á su madre, pura y santa mártir, que le predicaba constantemente la virtud y el honor, y unos que, por parte de Miguel López, se creían parientes del jóven, y que este tenía por tales (hasta tal punto había quedado envuelto en el misterio el orígen de Aben-Aboo) gentes zafias, bravías, que no pudiendo ser nada por sí mismas, lo esperaban todo del derecho que parecía asistir en un caso dado á la corona de Granada, á Aben-Aboo, como descendiente de los Aben-Humeyas por parte de su madre. Pero estas gentes aunque ricas, eran oscuras y no podían dar prestigio alguno á Aben-Aboo.

Había además otras disparidades notabilísimas entre ambos jóvenes.

Aben-Humeya, tenía en torno suyo una numerosa y espléndida servidumbre; sus caballerizas estaban llenas de caballos de raza pura; tenía un palacio en Granada y otro en Cádiar, y en estos palacios magníficas cámaras, y en estas cámaras, costosos y bellímos muebles, cuadros, estátuas, alfombras; cuanto constituía, en fin, la ostentación de un gran señor de aquellos tiempos.

Aben-Aboo, solo tenía á su servicio un esclavo africano, negro como la noche, fuerte como un cedro, valiente como un león, y fiel á su dueño como un perro: en su cuadra no había más que dos caballos, valientes animales de raza, y tan buenos como

los mejores de don Fernando: vivía encerrado en aquella vieja atalaya en cuyo centro había habilitado un reducido y desnudo aposento, al que, mirando al distante mar, que aparecía á lo lejos entre las rompientes de las montañas, daba luz la ventana ornamentada de que hemos hablado. En aquel aposento no había más muebles que un lecho modesto, una ancha mesa de roble con recado de escribir, y algunos legajos de papeles: un armario donde se encerraban algunas ropas sencillas, y un medio arnés de hierro, suspendido de una escarpia: los objetos de más lujo que allí se veian, eran las vidrieras de colores de la ventana, y una chimenea de mármol blanco del gusto del renacimiento; una pequeña puerta que daba paso á una escalera de caracol, servía de entrada á este aposento que era circular, y tenía cierto aspecto severo y triste, á causa de un pilar de ladrillo agramilado, que sostenía en el centro la bóveda de agallones al estilo árabe.

Sin embargo, á pesar de las diferencias que existían, según hemos demostrado, entre ambos jóvenes, estaban puestos en contacto de una manera peligrosa, bajo dos distintos aspectos; el de la ambición y el del amor, siendo de advertir, que estas dos pasiones estaban alimentadas por ellos sobre dos fantasmas.

Su ambición miraba á la corona de Granada.

¿Y dónde estaba aquella corona?

En la acalorada imaginación de los moriscos.

Su amor, en un ser misterioso, cuyo nombre y cuyo semblante no conocían; en una especie de fantasma.

¿Y qué fantasma era esta?

Fantasma ó mujer, el ser á quien amaban Aben-Aboo y Aben-Humeya, era..... ¡la Dama blanca de la montaña!

Cuanto de bello y de poético sueña la imaginación meridional del pueblo andaluz, se atribuía á aquella dama misteriosa: ¿era un fantasma, una hada, un génio de la montaña, ó un ser viviente real y efectivo? Nadie podía asegurarlo; pero era preciso contestar algo: aquella dama que, durante el verano anterior, había aparecido con suma frecuencia en los desfiladeros de la montaña, por las mañanas antes de salir el sol, y durante las noches de luna; aquella dama misteriosa, siempre encubierta, siempre engalanada con regias vestiduras, conducida en un palanquiu, ó cabalgando en una blanca hacanea, resguardada siempre por soldados moros, blancos como ella, y encubiertos con las viseras de sus cascos, no podía ser otra que la sultana Zoraya (1), que consecuente á su nombre y á su amor, se levantaba de su tumba antes de la salida de sol, ó á la luz de la luna, para mirar la altísima y siempre nevada cumbre de Muley-Hacem, donde creía ver la sombra de su esposo.

Esto, que no pasaba de ser una conseja, era creido como un artículo de fe, no solo por los moriscos, sino también por los cristianos viejos. Estos la maldecían porque era la sombra de una *perra infiel y renegada*, á cuya influencia se debían sin duda las calamidades que afligían á la comarca: los moriscos sentían hácia la dama fantástica, un horror invencible, porque, al fin, ¿la sultana Zoraya no había sido cristiana? ¿No se había llamado doña Isabel de Solís? ¿Enamorando al rey Hacem, no había motivado los celos y la venganza de la

(1) Lucero de la mañana: así llamaron los moros de Granada á doña Isabel de Solís, que fué sultana por su casamiento con Muley-Hacem.

sultana Aixa-la-Horra (1), las disidencias entre los infantes sus hijos y el rey Boabdil, hijo de Muley-Hacem y de Aixa, y las guerras civiles de Granada y por ellas la pérdida del reino?

Según los moriscos, la sultana Zoraya, castigada sin duda por Allah, vagaba insepulta expiando sus pecados: ella era el espíritu maldito de las Alpujarras; ella tenía sobre sí, no solo la execración de los habitantes cristianos, sino también la de los moriscos.

¿Pero acertaba en sus deducciones el vulgo? ¿Había algo de cierto en aquella conseja?

No hay tradición que no tenga algún fundamento: la Dama blanca existía; pero lejos de ser un fantasma, era lo que más adelante, en el discurso de nuestro relato, verá el que lo leyere.

Para Aben-Humeya y Aben-Aboo, la Dama blanca era más que una mujer; entrambos, habían acechado su paso escondidos entre las breñas; entrambos la habían visto, y aunque siempre encubierta, era tal la magia, el encanto que se desprendía de ella, que entrambos se habían enamorado.

Aben-Aboo y Aben-Humeya, estaban separados por las dos pasiones que más imperio ejercen sobre el corazón humano: el amor y la ambición.

Sin embargo, siempre que los dos jóvenes se encontraban, se saludaban sonriendo; siempre antes de separarse, se estrechaban con fuerza las manos; pero siempre que Aben-Humeya se asomaba á los miradores de su castillo de Válor, lanzaba una mirada llena de odio á la atalaya de Cádiar; siembre que Aben-Aboo sacaba la cabeza por la ventana de su nido, arrojaba una mirada letal al castillo de Válor.

Entrambos tenían respectivamente, el uno para el otro, la palabra de amistad en los labios, y el odio en el corazón.

Para aumentar este odio, la suerte parecía vacilar entre los dos.

Los moriscos de las Alpujarras despreciaban á Aben-Humeya, y los monfíes, aquellos terribles bandidos invisibles, habían dejado más de una vez el cadávez de un perro á la puerta de su castillo, lo que era una afrenta horrible entre los moros, y al mismo tiempo una amenaza: por el contrario, los xeques de la vega de Granada y del Albaicín, seducidos por Aben-Jahuar-el-Zaquer, tio paterno de Aben-Humeya, se habían declarado ardientemente sus partidarios, y pensaban en él para hacerle rey de Granada.

Había además, otra persona pariente de entrambos jóvenes, á la que nunca habían visto; pero cuyo parentesco conocían, y cuya influencia sentían, y á quien aborrecían por la misma razón que se aborrecían entre sí: por ambición; aquel hombre era demasiado poderoso para que no les fuese temible: era el que más derechos tenía á la corona de Granada; porque aquel hombre, en una palabra, era Yaye-ebn Al-Hamar, emir de los monfíes.

Nuestros lectores, por lo que acabamos de consignar, comprenderán, que la vida del emir había llegado á su situación más dramática; nuestros lectores conocen los amores de Yaye con doña Elvira de Céspedes, esposa de don Diego de Córdoba y de Válor, y con doña Isabel, hermana de este: saben también, que por una horrible fatalidad, aquellos amores habían dado por fruto dos niños, cuyo verdadero orígen, había sido cubierto respectivamente por decoro de familia:

(1) La honesta.

nadie sabía aquel secreto, más que las dos mujeres y Yaye, siendo de presumir, que lo supiese también la persona que se había apoderado de las cartas de doña Elvira y doña Isabel, en que ellas mismas habían descubierto aquel secreto. Por más que había hecho Yaye, no había podido averiguar quien había sido el ladrón de aquellas cartas, lo que le tenía en una ansiedad increible.

Fuera de esta persona ignorada, nadie había que pudiera revelar aquel secreto. A nadie constaba si Miguel López, antes de partirse á las Alpujarras, había poseido á su esposa. Nadie sabía la terrible escena que había acontecido entre don Diego de Válor y doña Elvira, á la vuelta de aquel de las Alpujarras, y antes de que fuese preso por el capitán general. Miguel López no había podido revelar nada, porque había muerto de hambre en el subterráneo; don Diego de Válor, que esperaba para vengarse verse en libertad, acusado con pruebas fehacientes del asesinato de su cuñado, había muerto en la prisión; su hermano don Fernando, al tiempo de la muerte de don Diego, se encontraba en Africa á donde había ido á buscar auxilio en nombre de los moriscos de Granada, en la corte del dey de Argel, y nada pudo revelarle el preso antes de morir. El secreto, guardado de una parte por la tumba, y de otra por intereses de familia, no podía ser descubierto, sino por la mano misteriosa que había robado sus únicas, pero terribles pruebas.

Hermanos Aben-Humeya y Aben-Aboo, solo se creían primos, y se aborrecían de muerte, y este aborrecimiento, cuya causa conocía Yaye, le aterraba.

Porque Yaye no podía dudar de que los dos jóvenes eran sus hijos, y esto para él era una fatalidad más: si no hubieran sido hermanos de Amina, el emir que conocía las rivalidades de entrambos, las hubiera atajado, uniendo á Aben-Humeya con su hija, cumpliendo de este modo el antiguo contrato de las dos familias, y satisfaciendo ó sosteniendo con mano fuerte la ambición de Aben-Aboo.

Llovían las contrariedades sobre el emir. Del mismo modo que Aben-Humeya se había hecho partido entre los moriscos de Granada y de la Vega, Aben-Aboo, por las influencias de los parientes de Miguel López, su falso padre, se lo había hecho entre los de las Alpujarras.

Además, por su valor, por su fanastismo musulmán, que en vano había querido dominar su madre; por sus atrevidas excursiones á la montaña; por algunas muertes dadas, aunque secretamente, á algunos castellanos, había llamado la atención de los monfíes que le apreciaban sobre manera, del mismo modo, que, como dejamos dicho, insultaban á Aben-Humeya.

Sabíalo esto Yaye, y veía venir las disidencias y las luchas intestinas entre los moriscos. Quería remediarlo y no podía. Todos los caminos se le cerraban. Amina, Aben-Aboo y Aben-Humeya, eran sus hijos.

Yaye había empezado á ser hombre, cometiendo grandes desaciertos. Había escuchado á su ambición y á su fanatismo, más que á su corazón; había, en una palabra, cometido crímenes: el crímen no puede producir más que crímen, y Yaye, ya casi en el otoño de su vida, veía levantarse contra él su pasado de una manera aterradora: dos mujeres, hermosas aún y llenas de vida, sedienta la una, doña Elvira, de venganza, lo que no se ocultaba á Yaye; resignada lo otra, doña Isabel, pero infeliz, víctima de la ambición y de los crímenes de su familia, mártir inocente que devoraba

su dolor y sus lágrimas, ocultándolas á todo el mundo. Además de estas dos mujeres, era otro cruel remordimiento para Yaye, su hija, su infeliz Amina, deshonrada á sus ojos, enamorada de una manera insensata del marqués de la Guardia; una niña, una infeliz criatura dada á luz por Amina, oculta, bastarda, con un porvenir oscuro; sus dos hijos Aben Humeya y Aben Aboo, empeñados en una lucha sorda, pero por lo mismo más terrible. Calpuc, el rey del desierto, viniendo de tiempo en tiempo de América, trayéndole tesoros, representante á un tiempo de la desventura de Estrella y de la desventura de Amina, y luego ¡oh! luego otro remordimiento más terrible, más aterrador... El príncipe D. Carlos de Austria, el insensato, á quien él habia lanzado á la rebeldía contra su padre, el infeliz loco había sido procesado por el terrible Felipe II, y había muerto en el alcázar de Madrid (1).

Dios, el rey y los médicos de cámara, Oliva y Vallés, el divino (como se le llama aún) sabían si el príncipe había muerto por enfermedad, por excesos, ó por un veneno: la historia nada sabe, nada ha podido decir, sino que el príncipe murió preso y procesado por su padre, y este horroroso suceso, este parricidio, acaso pesaba sobre el alma de Yaye, la torturaba, la estremecía, porque, aunque Felipe II fuese su enemigo natural, el verdugo de su pueblo, lo horrible, lo monstruosamente criminal, este sobre todos los odios, flota sobre todos los intereses.

De modo que Yaye, que había tenido la vanidad de la virtud, y la ambición de un héroe, se encontró cuando empezaba á descender el sol de su vida, con el alma ennegrecida y humillado por el remordimiento, y con la desesperadora certeza de no haber hecho nada por su patria.

Tales eran la situación de Yaye, de doña Isabel de Válor, de doña Elvira de Céspedes y de sus hijos, en la fecha en que se encuentra nuestro relato.

(1) Fué la muerte del príncipe á 24 de Julio de 1568.

CAPÍTULO II.

El peregrino y el ermitaño.

Un día de invierno del año de 1568, domingo por cierto á 19 de diciembre, despertó Granada: la que llaman los poetas paraiso oriental, jardín de amores, alcázar de perlas, castillo fuerte y contentamiento de la vida; despertó, decimos, tan envuelta en nieblas, que no parecía sino dueña mogigata y pudibunda, ú honesta desposada, que sale á la calle la mañana siguiente de sus bodas, y se cubre con su rebocillo, en el breve tránsito de la casa nupcial á la iglesia. Lo cierto del caso es, y nos dejamos de peligrosas figuras, que tal y tan espesa era la niebla, que apenas se lograba ver los objetos á diez pasos de distancia; que algo más allá los árboles parecían fantasmas y que, por último, algún espacio más allá nada absolutamente se veía más que el fondo perdido, vago y flotante de las extremidades de las nubes que tocaban á la tierra y la inundaban con una lluvia menuda, espesa y fría como la nieve.

Corría, otro sí, un vientecillo tan sutil y helado, que los traginantes y demás gente de camino que iban por el de las Alpujarras á Granada, tenían gran cuidado de llevar calados los chapeos hasta los ojos y subidas las mantas, capas ó capotes hasta las narices, requisito sin el cual se exponían á convertirse en carámbanos, á beneficio de un aire colado y á pesar del cual se les helaba el aliento á la

salida de las narices, escarchándose sobre los mostachos de quien los tenía: era, en fin, una de esas homicidas mañanas de invierno contra las cuales no hay mejor defensa que el lecho y una habitación herméticamente cerrada y convenientemente caldeada.

Si fuera preciso que nuestros lectores nos acompañasen en cuerpo y alma, en una mañana tal y con tal frío, al lugar en que es necesario que nos apostemos para esperar á ciertas personas, estamos seguros que del infinito número de lectores que han de tomar en sus manos este libro, solo quedaría alguno de esos calaveras á quienes nada pone espanto, y que están siempre dispuestos á correr una aventura, siquiera sea en el infierno, ó algún desesperado cansado de la vida, y á quien fuese indiferente morir de pulmonía, de pasmo ó á mano airada. Pero, afortunadamente, tanto nuestros lectores como nosotros, no tenemos necesidad de otra cosa que de trasladar nuestra atención, entidad moral é incorpórea, agena por lo tanto al frio ó al calor atmosférico, á la ermita de San Sebastián, antigua mezquita de moros, convertida después de la conquista de Granada por el celo religioso de nuestros abuelos en santuario y hoy (vicisitudes de la suerte) por el espíritu mercantil y codicioso de nuestra época, en taberna.

Sin embargo, y decimos esto de paso; sin embargo de que el humo del aceite del figón y de los cigarros de los borrachos, ha ennegrecido el interior de aquel pequeño edificio cuadrado, á pesar de que un innoble hacecillo de sarmientos se mueve al impulso de las auras del Genil sobre el venerable arco árabe de la antigua mezquita, como en muestra de que allí puede embriagarse todo el que quiera por algunos maravedises, aquel edificio, envilecido por los hombres, conserva los gloriosos recuerdos de haber acampado junto á él los ejércitos de Castilla y de Aragón, el mismo día en que se entregó Granada á los Reyes Católicos, que, rodeados de su corte, de sus prelados y de sus más grandes capitanes, vieron desde aquel punto ondear sobre la distante torre de la Alcazaba de la Alhambra los tres pendones de Castilla, de la fe y de las órdenes militares: una lápida antigua, incrustada en el lado oriental de la ermita que conserva en una sencilla inscripción estos gloriosos recuerdos históricos, forma un enérgico contraste, es casi una protesta, contra el hacecillo de sarmientos y las impuras bacañales de rameras y gente perdida, cuotidianos concurrentes del garito, y una voz muda, pero severa, que acusa ante el buen patricio, ante el hombre de corazón y ante el extranjero, la incuria de los que no han sabido defender del envilecimiento, aquel depósito de tan nobles tradiciones, aquel santuario donde se ha elevado entre el humo del incienso del altar, el homenaje de adoración y alabanza del hombre á su Criador.

Pero dejando el tono declamatorio que sin saber cómo, nos ha inspirado el recuerdo de la mezquita-templo-taberna, situémonos junto á ella y veamos si llegan las personas á quienes esperamos.

Inútil es decir que en aquellos tiempos la ermita de San Sebastián era una verdadera ermita, con su fraile-lego-sacristán, su esquilón colgado entre dos postes sobre la puerta, su rejilla de hierro abierta en ella, y su lámpara siempre encendida delante del altar, que se veía á través de la rejilla.

Acababa de amanecer, ó por mejor decir, de esclarecerse la luz del día, harto empañada por la niebla, cuando

de entre esta y ya cerca de la ermita, se destacó un bulto, primero informe, y perfectamente perceptible poco después; componían el bulto un hombre y un asno; vestía el primero, que venía cabalgando en el segundo, un hábito de peregrino; esto es: sombrero de anchas alas, fatigadas por enormes conchas, muceta igualmente conchuda, túnica de buriel y bordón con la consabida calabacilla pendiente de su estremo superior; era el segundo un sesudo y robusto jumento de las Alpujarras, enjaezado con jáquima y albarda á la morisca; esto es: enriquecidas ambas con flecos de estambre y seda de colores á que llaman alhamares de la tierra, y adornaba la cabeza con un penacho voluminoso, cuya tiesura contrastaba de una manera original con lo abatido y lacio de las enormes orejas del jumento, abatidas por el frio y por la lluvia.

En vez de seguir adelante por el enlodado y difícil camino que siguiendo por la margen izquierda del Genil, sobre que está situada la ermita, conduce al cercano puente y á la ciudad, el peregrino tocó suavemente con la extremidad de su bordón al lado derecho de la cabeza del asno, y este se dirigió en derechura á la puerta de la habitación del ermitaño, adherida por la parte del rio á la ermita.

Es de advertir que el peregrino no se había descubierto ni santiguado al pasar junto á la cruz de piedra situada delante de la ermita, irreverencia notabilísima en aquellos tiempos, y que hacía sumamente sospechoso á quien tal desacato se permitía: ello es verdad que nadie podía haberlo visto, porque en la pequeña área en que podían ser perceptibles los objetos á causa de la niebla, no había otra persona que el irreverente, ni otro testigo que el asno, y aun este, por su posición natural, no podía notar la falta, y caso de que lo hubiera notado, ya sabemos hasta dónde llegan el silencio y la discreción de un borrico.

Apeóse el peregrino cuando el animal hubo de detenerse, no pudiendo pasar adelante á causa de la interposición del muro de la ermita, y acercándose aquel á la puerta de la habitación del ermitaño, dió en ella y consecutivamente tres fuertes golpes con el herrado cuento de su bordón.

Contestó inmediatamente tras de la puerta una voz nasal y característica, verdadera entonación frailuna y untuosa, á cuyo sonido contestó el peregrino en dialecto extranjero gutural y acentuado:

—*¡Al-jandul-illah!* (1).

—*¡Le-ille-Allah!* (2) contestó inmediatamente con entonación devota y enérgica una voz robusta y varonil, al mismo tiempo que se abría la puerta y dejaba ver un ermitaño robusto de cuerpo, de barba bermeja, cutis cobrizo y ojos negros y centelleantes, envuelto en un hábito ceniciento de franciscano descalzo.

Miráronse frente á frente ermitaño y peregrino y el primero dijo al segundo:

—Yo esperaba á un hombre que pronunciara á mi puerta el nombre de Dios.

—Yo soy ese hombre; contestó el peregrino.

—¿Ha llegado el día, hermano? dijo el ermitaño.

—Se acerca la hora; contestó el peregrino.

—Muéstrame una señal para que pueda creerte.

—Déjame entrar en tu casa, dijo el peregrino, viendo que el ermitaño cubría recelosamente la estrecha entrada.

Apartóse el ermitaño, y el peregrino tirando del ronzal del asno, le

(1) Alabanza á Dios.
(2) No hay otro Dios que Dios.

introdujo en un reducido patio en cuyo centro existía aún la pequeña fuente de ablución de la mezquita, y al fondo bajo un parral en esqueleto, una preciosa puerta árabe minuciosamente labrada y orlada de inscripciones cúficas, con leyendas del Koram.

El ermitaño cerró inmediatamente la puerta exterior: entonces el peregrino se quitó el sombrero, levantó una de sus conchas, y arrancó de ella un pequeño pergamino cuidadosamente enrollado, que había estado adherido con cera á la parte interna de la concha, le desenrolló y le mostró al ermitaño.

Este leyó lentamente el contesto del pergamino, que consistía en algunas líneas de pequeños y hermosos caracteres africanos, escritos con tinta roja.

—¿Cómo te llamas? dijo el hermitaño mirando profundamente al peregrino.

—Abul-Hhassan, contestó aquel.

—*¿Por dónde se camina hácia la luz, hermano?* replicó el ermitaño.

Por las tinieblas, contestó el peregrino.

—Bien venido seas, hermano, dijo el ermitaño tomando la mano derecha del peregrino y llevándola á la frente, muestra de aprecio y de amistad entre los moros, recibida por ellos de los árabes.

—Que el Altísimo y Unico te pague tu buena acogida, hermano contestó el peregrino.

—Entra y conforta tus miembros, Abul-Hhassan, dijo el ermitaño; por acá tenemos el invierno crudo, y vienes sin duda de tierra donde el sol es siempre ardiente.

—Vengo de Argel.

—¿Y qué noticias traes?

—Malas, muy malas; dijo el peregrino sentándose en un taburete junto á un hogar en que había fuego.

—¿Malas noticias dices que traes?

—El dey Aluch-Alí, desconfía de nosotros.

—¡Que desconfía de nosotros! y bien: tiene razón: hasta tal punto sufren los moriscos las tiranías y las afrentas con que los afligen los castellanos, que debe creerlos cobardes: y lo son, sí, por la santa Kaaba. ¿Por qué no imitan á los monfíes de la montaña?

—Pero el día de la venganza y del exterminio se acerca, exclamó con energía Abul-Hhassan.

—¿Y qué harán los moriscos solos, rodeados por todas partes de soldados, de alguaciles y de inquisidores?

El peregrino sonrió con desdén.

—El pueblo de Dios, dijo con solemnidad, vive entre los infieles; parece sumiso y resignado; pero se agita en silencio, y está en todas partes; en las casas de los magnates cristianos, sufriendo sus insolencias y comiendo el pan de la servidumbre con la frente baja, la mirada tranquila, la sonrisa en los labios; en los conventos, vistiendo el sayal del fraile cristiano; bajo las banderas del rey impío, vistiendo el coselete del soldado; nuestras hijas sonríen al castellano y le enamoran, mostrándole el rostro descubierto y dominándole con su hermosura; en nuestras casas entran descuidados, y en sus templos penetramos nosotros encubiertos; tú mismo pasas por santo entre ellos, eres sacristán de esta santa mezquita profanada, y ninguno desconfía de tí; yo, cuando paso por los caminos del infiel, con mi bordón de peregrino, les pido caridad en nombre de su dios, y con la máscara de mendigo penitente, paso entre ellos, que me respetan y llenan mi bolsa con sus limosnas. ¿Quieres más? llegará un día en que el vencido, humillado hoy, envilecido, doblegado ante su señor, se levante con el puñal en una mano y la tea en

la otra, cuando menos lo esperen los cristianos; cuando estén más confiados por nuestra humildad y nuestro sufrimiento, y ese día ha llegado ya.

—Pero envuelto en nieblas: me parece muy pronto Abul-Hassan.

—Dentro de pocas horas esas nieblas se habrán deshecho ante la luz del sol; nos espera un hermoso día, hermano.

—¿Y por qué si tienen los moriscos tantas esperanzas los abandona el dey de Argel?

—Su guerra con los venecianos, á que le lleva su fidelidad hácia el supremo emir de los creyentes, Selim II, á quien Dios prospere, le tiene sin naves y sin dinero; hoy no nos podría dar ni una sola fusta, ni un solo soldado, ni una sola dobla. Esperémoslo todo del Sultán, del sublime Selim. Entre tanto nos ayuda el emir de los monfíes de las Alpujarras.

—Ya, ya lo he visto por el pergamino que me has entregado.

—Si unidos á los monfíes de la montaña logramos apoderarnos de Granada y poner en armas la tierra desde Almería á Gibraltar; si vencidas, como es de esperar, las armadas de Venecia, puede el sultan enviarnos sus galeones, y sus taifas, que harán innumerables las taifas berberíes, España volverá á ser nuestra como lo fué en tiempos de Muza y de Tarik, y ¡ay entonces de la infame Europa! la palabra de Dios llevada adelante por las espadas del Islam, llenará la tierra desde el Oriente á las más altas regiones del Occidente, más allá de los grandes mares, y desde el Mediodía al Septentrión; hasta los eternos hielos.

—Cúmplase la voluntad de Allah.

—Y se cumplirá, así está escrito: ¿no crees tú en lo que revelan esas palabras de luz que se llaman estrellas?

—La carta que me has dado dice que eres sabio y astrólogo: solo Dios sabe lo oculto, y él lo revela á sus escogidos. ¡Cúmplase la voluntad de Dios.

Hubo un momento de silencio.

—¿Quien te ha dicho que me busques? preguntó al cabo el ermitaño que no confiaba mucho en Abul-Hhassam.

—El emir de los monfíes.

—¿Y dónde has visto al emir?

—En las Alpujarras.

—¿Cuanto tiempo hace?

—Dos días.

—Y nada más te ha dicho el magnífico emir al enviarte á mí.

—Sí me ha dicho: busca al Julaní que vive encubierto en la mezquita de Al-Morabethin (1) y á quien los cristianos llaman el hermano Pablo; desde la mezquita hasta la casa de su hermano el Hardon, en el Albaicín, hay una larga mina, cuya entrada por la mezquita sabe él solo: no es prudente que tú, hombre de Dios, andes á la luz del día por Granada, ni te aposentes en las posadas públicas; en la ciudad hay gente que te conoce y que sabe que andas oculto desde el levantamiento de las Guájaras. Toma este escrito: mediante él, el Julaní te abrirá la puerta de la mina, y por bajo de Granada, llegarás á casa del Hardon. Esto me dijo el emir al darme el escrito que te he entregado.

—Tú eres el faquí, dijo aún con recelo, pero más tranquilo el Julaní, que hace algunos años dijiste que las estrellas te habían revelado el nombre del escogido por Dios para ser rey de Granada.

—Sí, es verdad, yo soy Abul-Hhassam el faquí.

—¿Y quién debe ser rey de Granada? dijo con sarcasmo el Julaní.

—Hubo un tiempo en que yo creí leer de una manera clara su nombre

(1) De los morabitos ó penitentes.

en el eterno libro del firmamento.

—¿Y era ese nombre el de Aben-Aboo, el hijo de doña Isabel de Córdoba y de Válor?

—Sí, ese era el nombre que creí leer; pero después las estrellas me han dicho: «espera solo un momento antes de que el pueblo de Granada se levante armado contra sus opresores y podrás saber ese nombre.»

—¿De modo que....

—Esta noche á las doce, sabré quién ha de ser rey de Granada.

—Que Dios te ilumine para bien de su pueblo, santo faquí, dijo el Julaní con acento de amenaza. Entre tanto, y como tu permanencia aquí no es prudente, ven.

El Julaní se levantó y llevó al faquí á un ángulo de la estancia donde estaba la humilde tarima de penitente, que le servía como complemento de su apariencia cenobítica; la apartó y debajo de ella quedó descubierta una trampa cerrada con un candado: sacó el Julaní una llave de la manga de su hábito, levantó la compuerta y quedó descubierta una trampa.

—Abul-Hhassam fué á descender por ella.

—Espera, dijo el Julaní; es necesario que todo lo que ha venido contigo desaparezca.

Y salió al patio, asió el ronzal del jumento, tiró de él, le introdujo en la habitación y le hizo descender por la trampa: siguióle Abul-Hhassam, y poco después marchaban por un pasadizo llano, á cuyos costados había algunas puertas, iluminado por una lámpara pendiente del techo.

—¡Daruh! exclamó el Julaní cuando estuvieron en el pasadizo.

Poco después por una de las puertas laterales apareció un hombre jóven, robusto y de aspecto feroz, vestido exactamente como los monfíes de la montaña.

Este hombre examinó atentamente á Abul Hhassam, y volviéndose al Julaní le dijo:

—¿Qué me quieres walí?

—Lleva ese asno á la caballeriza, ponle pienso como á nuestros caballos y vuelve.

Daruh tomó el ronzal del asno, y desapareció con él por una puerta inmediata.

—¡Tus caballos! ¡tus caballerizas! exclamó con asombro el faquí.

—Sí por cierto: estamos preparados: en un solo momento los monfíes de las Alpujarras saldrán de debajo de la tierra armados y cabalgando como en tiempos de Boabdil.

—A quien Dios maldiga.

—Sí; maldígale Dios: fué un traidor.

Apareció entonces Daruh.

—Guía á este hombre de Dios, le dijo el Julaní señalando al faquí, á casa del Hardon en el Albaicín.

—¡Qué! ¿de esta entrada corren muchas minas al interior?

—Tantas Abul-Hhassam, que si Daruh no te acompañase te perderías en su laberinto. Pero adios: no puedo faltar mucho tiempo de la mezquita: que Dios te guíe y te ilumine, faquí.

—Que la protección del Dios Altísimo y Unico esté sobre tí, hermano.

Había un ligero acento de amenaza en las palabras con que se habían despedido el walí y el faquí.

Daruh encendió una lámpara, y echó por la mina adelante precediendo al faquí.

El Julaní permaneció un momento inmóvil y pensativo.

—El emir lo quiere, dijo al fin; pero hace algún tiempo no eran esas sus intenciones ¿le habrá engañado ese astrólogo embustero? ¿Quién sabe? Que Dios ilumine al magnífico emir.

Después de estas palabras el Julaní subió, cerró la trampa, puso sobre ella la tarima, y tomando de sobre

una mesa en que había un crucifijo, una calavera y un cepillo de cobre, salió á la ermita, abrió su puerta y se puso en ella exclamando de tiempo en tiempo con voz compungida, y haciendo sonar algunas monedas que contenía el cepillo:

—¡Hermanos caritativos! ¡ayudad con vuestras limosnas al culto de esta santa ermita!

CAPÍTULO III.

La recua, el carro y el ginete.

El sol había salido, y haciendo honor á los pronósticos de Abul-Hhassam, la niebla se había disipado, contribuyendo á ello, un fuerte viento del Norte que había arrojado las nubes hácia Sierra Nevada, en cuya cima se agrupaban, como sirviéndola de turbante.

El golpe de vista que se gozaba desde la ermita de San Sebastián era bellísimo: una ciudad maravillosa, Granada, iluminada por los primeros rayos del sol de la mañana, aparecía, extendiéndose en anfiteatro desde el puente de Genil hasta la encumbrada Alhambra que recortaba sobre el purísimo y radiante azul del cielo, sus torres y sus muros almenados, y sobre estos y entre aquellos, los verdes cipreses de los adarves de la torre de la Vela, de la Alcazaba, el bello palacio del emperador Carlos V, y la iglesia de Santa María. Más cerca las torres Bermejas, con sus robustas defensas; el cerro de los Mártires, cubierto de cármenes, y estos cármenes cubiertos de verdura, á pesar de la estación, merced al verdor eterno de los laureles, los naranjos, los cipreces y los nopales. Más abajo los muros, siguiendo las inflexiones de las colinas: la Puerta del Sol, las torres de la ribera de los Molinos, la puerta de Bib-Lachar, el Cuarto Real, la puerta del Rastro, de Bib-Ataubin, la Real, de Bib-Arrambla, hasta perderse á lo lejos entre las calles de la ciudad nueva; y dentro de los muros, cubriendo las colinas, casas blancas como tórtolas en su nido, entre las que brotaban cipreses y laureles, y los campanarios de las parroquias y de los conventos, y de las capillas; y todos aquellos capiteles relumbrando, todas aquellas casas frescas y galanas, todo aquel verdor desmintiendo al invierno y aquellos castillos pesando sobre las cumbres; todo visto á través del dorado vapor producido por la luz matinal del sol naciente, y á la derecha la Sierra Nevada con su turbante de nubes, su blanco manto y su anfiteatro de montañas; á la izquierda la extendida vega y las distantes y azules cordilleras; cerca el murmurante y claro Genil; en torno la tierra empapada por la lluvia exhalando un ténue vapor bajo los rayos del sol; todo aquello, repetimos, era una magnífica poesía, escrita la mitad por la mano de Dios, la otra mitad por la mano del hombre.

El camino de las Alpujarras, ó como ahora se dice, de Armilla, se hacía más concurrido á medida que avanzaba el día; hermosas y robustas aldeanas, la mayor parte moriscas, montadas á las ancas de sus pollinos, por temor de manchar con el lodo sus encarnados zagalejos, llevando en los serones hortalizas ó en los capachos gallinas y corderos, pasaban alegres entonando el lánguido fandango, é interrumpiéndole de tiempo en tiempo para animar su cabalgadura; oíase sin interrupción el zumbido de los cencerros de las recuas, que conducían á la ciudad los variados frutos de las ricas Alpujarras, y de tiempo en tiempo pasaba también algún hidalgo, ginete en su cuártago con el arcabuz en el arzón y la espada al cinto: toda esta gente, las aldeanas que saltaban

de una manera hechicera de las ancas de sus asnos; los arrieros que se separaban de su recua; el hidalgo que dejaba momentáneamente el camino, se dirigían á la ermita, se descubrían, se santiguaban, y dejaban caer media blanca, ó moneda de mayor valía, en el cepillo del ermitaño.

Unos decian al dar la limosna:

—¡Dios le guarde santo ermitaño!

Otros:

—Dios nos ayude hermano.

A los primeros contestaba el Julaní:

—Dios se lo pagará en el cielo.

A los segundos:

—Dios tendrá misericordia de nosotros.

Los primeros eran cristianos viejos: esto es, vencedores.

Los segundos eran moriscos: esto es, vencidos.

Hacía ya más de una hora que el fingido ermitaño pedía para el culto de la ermita, y agitaba el cepillo que era enorme, y que sucesivamente iba produciendo su sonido más ronco, y haciendose más pesado, cuando se oyó un cencerro mucho más sonoro que los que habían pasado hasta entonces, acompañado del sonido de muchas campanillas, y desembocó por el camino una recua de poderosos burros que venían al trote, excitados por sus arrieros.

Pero lo que tenía de extraño esta recua, además de la riqueza y de la variedad de los penachos y los cairéles conque venían engalanados los jumentos, era que para cada uno de ellos venía un hombre, y que estos hombres eran jóvenes, robustos, bien encarados y gallardos; vestían ni más ni menos, como los traginantes de las Alpujarras; quien los hubiera contado, hubiera visto que llegaban á veinte y dos, y que tras ellos, ginete en un macho, sobre una vistosa enjalma, venía un hombre de más edad y respeto, y al parecer como capataz ó mayoral de aquella gente; en cada asno detrás de la carga, que era abultada, aunque no de un peso excesivo, á juzgar por lo desembarazado y fácil del trote de los jumentos, se veía un largo arcabuz, y en cuanto al que hacía cabeza de aquellos hombres, llevaba sujetos al cinto dos pedreñales y una daga, en el talabarte una espada y á más de esto, dos arcabuces pendientes á los costados de la parte posterior de la enjalma.

Estos veinte y dos jumentos, sonoros con su cencerro y sus cascabeles, pasaron como una exhalación por delante de la ermita, no sin que el Julaní los mirase de una manera profunda, no á los burros, sino á cada uno de los hombres que llevaba á las ancas, ni sin que todos estos hombres mirasen con profunda atención al Julaní. En cuanto al capataz de aquella gente, se desvió del camino, enderezó su mulo á la ermita, se descubrió respetuosamente al pasar por delante de la cruz; pero con un tanto de tiesura y como quien lo hace de mala gana, y parando junto al falso ermitaño, que acortó el trecho, saliendo al encuentro del que llegaba, cepillo en ristre; el ginete se inclinó y echó en el cepillo un doblón de á ocho.

Aquella enorme limosna, que trocada en cobre hubiera llenado veinte cepillos, era sin duda una seña, puesto que el Julaní dijo palideciendo y mirando fijamente al ginete, que era un hombre como de cuarenta y seis años.

—¿Con que ha llegado la hora?

—Sí, contestó el otro.

—Tú eres el walí, Harum-el-Geniz, exclamó el Julaní mirando fijamente al otro.

—Sí, sí por cierto, y vengo bien disfrazado cuando solo me has reconocido por la voz.

—Buena barba y buenas cejas

traes. ¿Y esos valientes que han pasado con la recua son de los nuestros?

—Sí, son de la taha de Cádiar. Pero vamos á lo que importa. Tras mí viene un carro de mulas que viene resguardado por cuatro de nuestros mejores hermanos; dentro de poco estará aquí y entrará una persona que viene en el carro á orar en la ermita: deja ya de pedir y espera dentro; ya suenan las campanillas de las mulas del carro, y mi buena recua va lejos. Adios.

Y apretando las espuelas al mulo, partió al galope, al mismo tiempo que el Julaní se metía en la ermita.

Poco después apareció en el camino un carro que adelantó á buen paso; tiraban de él cuatro mulas, al cabezón de una de las cuales iba asido un zagal jóven y ágil: en la delantera iba un mayoral fornido, y la entrada del carro iba cubierta por una doble cortina de cuero.

Detrás y á poca distancia, armados con lanzas á la gineta, venían cuatro lacayos de buen aspecto, y lo bien costeado y lujoso del carro, el valor de las mulas y de los caballos de la servidumbre, y las libreas de estos, todo demostraba que quien de tal modo hacía su viaje, era una persona principal.

El carro se dirigió á la ermita y cuando estuvo cerca de ella paró, uno de los lacayos echó pié á tierra, tomó de la zaga una escalerilla de madera, la apoyó en la delantera, y el mayoral abrió las cortinas que cerraran la entrada: entonces salió una persona con traje negro de caballero, y apoyándose ligeramente en el hombro del lacayo, que á pesar del frío tenía el sombrero en la mano, saltó al suelo casi sin tocar los travesaños de la escalerilla, pasó junto á la cruz, se quitó devotamente la gorra y entrando en la ermita se arrodilló delante del altar.

La estatura de esta persona era mediana para hombre y aventajada para mujer, y decimos para mujer, porque por la redondez de sus formas, por lo mórbido de su cuello, que se veía en parte entre una rica gorguera de Cambray y el cumplido antifaz de terciopelo que cubría su semblante; por lo brillante y sedoso de sus largos rizos, muy reparables entonces, puesto que los nobles llevaban los cabellos exageradamente cortos; por la altura de su pecho, por la pequeñez de sus manos, por mil indicios, en fin, de delicadeza y de hermosura femenil, se comprendía que aquella persona era una mujer disfrazada de hombre.

Sus ropas eran ricas, y como hemos dicho, enteramente negras, y de terciopelo; únicamente su capotillo era de riquísimo paño de Segovia, forrado de armiños; llevaba espada y daga; pero no pequeñas como pudieran suponerse pendientes de la cintura de una mujer, sino tales como pudiera haberlas usado un capitán de los tercios de Italia, aunque de gran riqueza y primor en sus empuñaduras; últimamente, sus botas de gamuza adobada estaban armadas de espuelas de oro y (cosa extraña) pendiente de un cordón de seda negro, llevaba sobre el pecho una plaquita de oro, en que estaba esmaltada la cruz de Santo Domingo, distintivo usado por los familiares del Santo Oficio de la inquisición.

El antifaz que esta persona llevaba, sin duda para no ser conocida, no era de reparar en aquellos tiempos, en que tanto los caballeros de algún estado, como las damas, usaban el antifaz cuando iban de camino con el objeto de resguardar el rostro de los agravios de la intemperie.

La incógnita estuvo algún tiempo

arrodillada ante el altar y luego se levantó, miró en torno suyo, vió al Julaní que estaba relegado á un ángulo junto á un confesonario, se dirigió á él, sacó de su limosnera un pliego cerrado, se lo dió y sin decir una sola palabra salió de la ermita, y entró en el carro que seguidamente tomó á buen paso el camino del puente de Genil.

El Julaní se volvió de espaldas á la puerta y rompió la nema del pliego en la que se leía únicamente estas palabras: «*Obediencia y sigilo.*»

Dentro algunas líneas en caracteres africanos muy bien escritos decían: «El Señor Altísimo y Unico prospere tus bienes y te de paz y salud. Sabrás, Julaní, como esta noche á las doce, llamarán á tu puerta todos los xeques de las tahas de las Alpujarras y de la Vega; cada uno de ellos te mostrará una sortija de oro que tendrá escrito en la parte exterior el nombre de Dios. A todo el que te presente una sortija tal le introducirás por la mina, haciendo que uno de los monfíes que te acompañan le guíe á casa del Hardon junto á San Miguel. A todo el que pretenda entrar sin mostrarte la sortija convenida, préndele y si resistiere matale.—El emir.»

Guardó cuidadosamente el Julaní en su seno esta carta, fué á la puerta de la ermita, permaneció en ella con el cepillo en la mano y tan profundamente pensativo, que aconteció que más de un viandante se acercase á él, echase una moneda en el cepillo y pronunciase la fórmula de costumbre, sin que él le contestara.

Los cristianos al verle tan abstraido, decían:

—Es un santo.

Los moriscos:

—¿Qué sucederá que tan pensativo se muestra el Julaní?

Pero hubo de volver en sí de su profunda meditación al sentirse sacudido de una manera vigorosa.

Miró y vió ante sí á un jóven como de veinte y dos á veinte y cuatro años, de altivo continente, rostro moreno y ojos negros y penetrantes: vestía á la usanza de los hidalgos castellanos, usaba el pelo corto como ellos, llevaba espada, daga y pedreñales y además, como arma defensiva una coraza blanca y limpia y tenía del diestro un magnífico caballo de raza árabe.

—Te he llamado dos veces y no me has contestado, dijo el jóven, ¿en qué diablos piensas, ¿Julaní?

—¡Ah! es Aben-Aboo, dijo aquel conociéndole.

—Sí, yo soy; ¿pero qué sucede?

—¡Suceder! ¿quién sabe? pero me parece que llega la hora.

—Lo mismo me parece á mí.

—¿Estás seguro de tus parciales, Aben-Aboo? dijo gravemente el Julaní.

—Como lo estoy de la hoja de mi espada, contestó el jóven.

—Entra dentro, Aben-Aboo, dijo el Julaní, que no es prudente hablar largo tiempo donde alguien pueda vernos juntos.

Y diciendo esto cerró la puerta de la ermita, fué á la que daba paso desde el exterior á su habitación, la abrió miró con recelo al camino, y viendo que en él no había nadie, empujó al interior del patio á Aben-Aboo que le había seguido, tiró de su caballo, y cuando estuvo dentro cerró el postigo. Un momento después Aben-Aboo y el Julaní estaban sentados frente á frente junto al hogar.

—¡Oh! como nos engañamos los más prudentes, dijo el Julaní: te muestras muy seguro de tus parciales, y sin embargo ni aun puedes sospechar dónde se encuentra ahora Abul-Hhassam. Es, ó era según creo uno de tus mayores amigos.

—Es sabio y santo, dijo Aben-Aboo: el espíritu de Dios ilumina sus pensamientos y las estrellas hablan para él con tanta claridad como el libro de Dios para los creyentes. Abul-Hassam está en Argel donde yo le he enviado á pedir ayuda al dey Aluch-Alí.

—Sin duda que la costa del viaje habrá concluido con las última doblas de la hacienda que te dejó tu padre.

—En verdad, en verdad que ando muy pobre, Julaní.

—Ya lo sospechaba yo. Tu hermosa casa de la calle de San Miguel está alquilada; ya no eres el rico hidalgo que viajaba acompañado de lacayos; ahora viajas solo como cualquiera.

—¡Qué quieres, Julaní! ¡decretos son de Dios! pero espero recojer con usura el dinero que he sembrado,

—Creo que te engañas, dijo el Julaní. Pero creo tambien que creerás en mi amistad.

—No tengo motivos para dudar de ella. ¡Hemos recorrido tantas veces juntos la montaña! ¡juntos hemos dado muerte á tantos castellanos!

—Y yo que te he visto valiente y noble, yo que sé que como Aben Humeya tienes derecho al trono de Granada; yo que comprendo qne había un medio para que nuestro invencible emir, pensase en tí para hacerte su heredero, yo que te amo, siento un dolor profundo al decirte que es necesario que renuncies á la corona de Granada.

Púsose en pié de un salto Aben-Aboo.

—¡Qué renuncie á ser el caudillo de mi pueblo en la guerra que va á emprenderse contra el cristiano! ¡Qué otro los lleve al combate! exclamó con voz reconcentrada y el rostro lívido de cólera. ¿Piensas acaso que yo ambiciono una corona? ¡Miseria humana! Honra y nada más es lo que quiero. Libertar á mi patria lo que ambiciono. ¿Y quién tiene más derecho que yo para empuñar la bandera del Islam? ¿Quién más que yo ha trabajado, ha velado, ha sufrido, por libertar á mi patria? ¿No he expuesto mi vida? ¿No he gastado mis riquezas.

—Hé ahí el mal, todo el mal. Por desgracia hay entre nosotros un hombre á quien la plebe cree santo, inspirado por Dios, profeta: no será rey de Granada, sino aquel cuyo nombre salga de la boca de ese hombre. Ese hombre es el faquí Abul-Hhassam.

—Pero Abul-Hhassam...

—Abul-Hhassam sabe que has gastado tu último doblón.

—Mis parientes han hecho pasar por su mano mis riquezas para ayudar la predicación con la caridad, para proveernos en Africa de armas y bajeles.

—Tus riquezas han servido para aumentar las de ese embustero.

—Abul-Hhassam es un santo.

—Ha sabido parecerlo, y tanto que os ha engañado á tus parientes y á tí.

—La prueba, una sola prueba.

—Vuelvo á repetirte una pregunta que ya te he hecho: ¿dónde crees que está en estos momentos tu santo faquí?

—Ya te he contestado que en Argel.

—Hace una hora que Abul-Hhassam ha estado aquí, y ha entrado por la mina en Granada.

—Pero eso es imposible, imposible de todo punto. Ayer tarde se me mandó de órden del emir, que estuviese hoy en Granada, y yo me he apresurado á cumplir su mandato. Pero no sabía que me esperaban tan malas nuevas.

—Pues aún hay más. En Granada se dice entre los moriscos, que Aben-Humeya será su rey, y que para evi-

tar toda disensión, casará con la hija del emir.

—¡Con la hija del emir! ¡con la sultana Amina! pero Aben-Humeya está casado con Inés de Rojas.

—La repudiará.

—¿Y su hijo?

—Le abandonará como á su madre.

—Pero esto es un tejido de infamias.

—¿Y crees tú que se pare mucho Aben-Humeya en cometerlas, si son necesarias para alcanzar el reino? Es necesario que renuncies por ahora á la corona. El emir es poderoso. Nosotros los monfíes lo podemos todo. Cuando Yaye-ebn-Al-Hhamar, proteje á Aben-Humeya, es necesario obedecer y callar. Y luego, aunque Aben-Humeya sea elegido rey, nada debe importarte; él tendrá que vencer las primeras y más duras dificultades, y luego tú...

—¿Y qué me importa que Aben-Humeya sea elegido rey, en comparación de la pérdida de Amina?

—¡Cómo! ¿conoces á la sultana?

—No.

—¿Y estás enamorado de ella?

—Como nos enamoramos de un misterio, tras el cual creemos encontrar un tesoro. ¿Sabes tú lo que es en las Alpujarras la sultana Amina?

—Sí, sé qne es un Dios.

—Todos ansían conocerla y ninguno la conoce.

—Te engañas. Hay un hombre que la conoce y que nunca se separa de ella.

—¿Y qué hombre es ese?

—Ese hombre es Harum-el-Geniz.

Despejóse la frente de Aben-Aboo de la sombría nube que la había cubierto.

—Algunas alboradas de verano, dijo suspirando, al volver la ladera de una montaña, suelen verse en el borde del opuesto barranco, brillantes armas, tocas y almaizares; algunos ginetes armados como nuestros abuelos antes de la conquista, pasan deslumbrantes y magníficos, y entre ellos, en un palanquin cubierto con un dosel de púrpura, va una dama con vestiduras regias, cubierta con un velo: la cabalgata pasa, y con ella el palanquin y la dama, y se pierden en las cercanas quebraduras: muchos han visto este prodigio y siempre antes de la salida del sol: los naturales creen que aquellos ginetes y aquella dama son sombras de nuestros abuelos. Ninguno se atreve á seguirles por temor que aquellas sombras condenadas pierdan su alma. Pero yo un dia me lancé tras ellos al escape de mi caballo.

—¿Y qué sucedió?

—Uno de aquellos ginetes, magníficamente armado, que mostraba en su adarga el blasón real de los reyes de Granada, volvió hacia mí á rienda floja, con la lanza baja, y me encontró de tal manera, que me arrojó en tierra, valiéndome para no ser herido el buen temple de mi coselete, que es el mismo que llevo puesto: entonces aquel hombre, que llevaba calada la visera, me puso la lanza al rostro, y me dijo:

—Júrame si quieres vivir, que no volverás á seguirnos

—Te lo juro, le contesté. Pero una sola palabra. ¿No es verdad que esa dama no es la sombra de la sultana Zoraya?

El ginete lanzó una carcajada.

—Esa dama, dije con harta imprudencia, es la sultana Amina, hija del poderoso Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar.

—Si tú no te llamases Aben-Aboo, contestó con acento irritado el caballero, el nombre que acabas de pronunciar te costaría la vida. Pero cuenta contigo Aben-Aboo; cuenta con lo que haces, con lo que dices y

con lo que piensas, porque los monfíes están en todas partes, hasta en el pensamiento de sus enemigos.

Dicho esto, revolvió su caballo y fué á incorporarse con la dama, que desde su palanquín había presenciado impasible mi aventura, y desaparecieron en la vuelta de la montaña. Yo me levanté, monté como pude, y volví á Cádiar. Desde entonces amo á esa mujer. Yo había visto su apostura magestuosa, sus largas trenzas negras pendientes bajo la toquilla que la encubría: sus brazos desnudos, su talle esbelto, la incitante y lánguida actitud con que iba reclinada en el palanquín que conducían cuatro esclavos negros. Muchas veces he salido de noche de Cádiar, y á pié y solo, he ido á ocultarme en las quebraduras cercanas al barranco por donde la ví pasar la vez primera y algunas otras veces, antes de la salida del sol, la he vuelto á ver, ya reclinada en el palanquin, ya á caballo, ya á pié, siempre gentil, siempre magestuosa, pero siempre cubierta. Esa mujer arroja de sí, no sé qué de voluptuoso, de bello, de magnífico, que arrebata, que enamora, que obliga por su mismo misterio á que no pueda olvidársela. Y luego esa mujer que gasta vestiduras tan deslumbrantes como las de una sultana, á quien obedecen hombres feroces que tienen, sin duda, en alguna sima debajo de la tierra, alcázares maravillosos, es un misterio impenetrable. Llámanla unos la hechicera, otros el espíritu del Islam, que en forma de mujer vaga por las montañas, de donde espera renazca la gloria del pueblo moro; otros la dama blanca. Yo sé que es la sultana Amina no sé por qué, pero lo juraría. Esa mujer, y no mi pobreza como habías pensado, es la que me obliga á retirarme de Granada, porque á donde ella esté va mi alma y yo no puedo vivir sin verla alguna vez, oculto entre las breñas.

—¿Y no conoces tú al emir? dijo profundamente Julani.

—Nunca le he visto; pero obedezco sus órdenes, acato su valor y le reconozco como nuestro señor.

—¿Y te obstinas en el amor de su hija?

—Es mi ambición, es mi luz. La busco y se me huye como un misterio, como una sombra: algunas veces he creido tenerla al lado, y luego... era una pobre labriega, hermosa, sí, como son hermosas todas las hijas de las Alpujarras, pero ruda y zafia. Algunas veces he creido escuchar entre las quebraduras, una voz dulcísima que me gritaba: «¡Aben-Aboo!» y era el viento en cuyos zumbidos creia escuchar mi locura acentos humanos; era un sueño; era mi amor que cree verla en todas partes

En aquel momento rechinó violentamente la tarima, se alzó crugiendo, impulsada por la compuerta de la mina, y apareció un hombre enteramente envuelto, á la uzanza mora, en un blanco almaizar.

Al verle Aben-Aboo y el Julani, se hicieron atrás, y el primero echó mano á la empuñadura de su espada.

—Antes imprudente y ahora loco, dijo aquel hombre cuyas palabras estaban llenas de autoridad: los monfíes están en todas partes y á nadie temen. ¿Te has olvidado ya de la negra aventura que te aconteció, por seguir á la Dama blanca de la montaña?

—He olvidado la aventura, pero no la memoria de que fuiste generoso conmigo.

—¡Yo!

—Te he reconocido en la voz. Tú fuiste el caballero que me derribó.

—Has quedado pobre por la patria, noble Aben-Aboo, dijo aquel hombre con voz solemne, has sacrificado tu amor á tus promesas. Sírvate esto para disculpar tu imprudencia. Amas

ó crees amar ó esa dama, olvídala. Te crees llamado á ser rey de Granada: los monfíes te darán rey.

—¿Y con qué derecho? exclamó con orgullo Aben-Aboo.

—Con el derecho de la justicia. ¿Qué habeis hecho vosotros y vuestros padres, desde el día de la conquista? doblegaros cobardemente ante el cristiano, aprender su habla, vestir sus trages, acudir á sus templos, y murmurar en voz baja y extremecidos de espanto, en lo retirado de vuestras casas, delante de vuestras hijas profamadas y envilecidaspor el vencedor: y ¿qué hemos hecho nosotros los monfíes de la montaña? no hemos cambiado con el castellano más que hierro y sangre, odio por odio, exterminio por exterminio: hemos huido de las poblaciones impuras, y hemos hecho nuestros templos las montañas, nuestros alcázares, las grutas de los barancos: y admírate: somos ricos, poderosos, terribles: la Chancillería se aterra á nuestro nombre, el capitán general nos teme; cuando un monfí da en manos de la Inquisición, se apresura á entregárnoslo; por nosotros la ley alcoránica vive en las Alpujarras y el Almanzora; y por nosotros, alentais la esperanza de ser libres algún día, vosotros, los infames habitantes de las poblaciones.

—¡Infame! ¡eso no! llama infame á quien lo sea, no á Aben-Aboo, no al enemigo irreconciliable de los cristianos.

=Eres bueno y leal, jóven: pero es necesario que no seas imprudente. Antepón tu patria á tu ambición, y espera. Entre tanto, toma.

—¿Qué me dais aquí? dijo con orgullo Aben-Aboo: ¡un bolsillo! ¿Soy acaso un mendigo?

—El emir de los monfíes es tu pariente.

—Es verdad.

—El emir puede darte oro sin humillarte.

—Sí.

—Te ha mandado venir hoy á Granada.

—Es verdad.

—¡Y vienes sin dinero!

El jóven se sonrojó y calló.

—Guarda ese oro, jóven, guárdalo. Yo te lo entrego de órden del emir.

Aben-Aboo guardó el pesado bolsillo.

—Ahora vete: el emir te ha llamado á Granada. Cuando estés en ella, el emir te buscará.

Y señaló con un ademán de imperio la puerta á Aben-Aboo.

Este, dominado, salió, tiró de su caballo, montó en él, y se dirigió á la ciudad.

—Para unos hombres la palabra que manda, dijo el incógnito, para otros el amor, para otros la ambición, para todos el oro. ¡Miseria humana! Cierra tu puerta Julani, y sígueme.

El monfí cerró, y precedido del encubierto desapareció por la mina.

CAPITULO IV.

El corral del Carbón.

Aben-Aboo había tomado el camino del puente de Genil, harto pensativo y preocupado; su porvenir era un laberinto en que se embrollaba su pensamiento cuando quería aventurarse en él: no sabía si esperar ó desesperar: tenía el alma poseida por dos terribles pasiones: la ambición y el amor: de un lado una corona, del otro una mujer: entrambas misteriosas, pero magníficas, y entrambas difíciles y rodeadas por todas partes de peligros.

Usaban los monfíes de él como de instrumento: ¿le querían por jefe ó por soldado? ¿Quiénes eran aquellos

hombres? Bandidos los llamaba el vulgo, pero Aben-Aboo no había sabido explicarse lo que eran. Robaban, incendiaban y degollaban sin compasión, pero jamás un buen creyente había sido acometido por más que hubiese atravesado solo los desfiladeros de la montaña, ni las haciendas de los buenos moriscos habían sido taladas: los cuadrilleros de la Santa Hermandad jamás habían logrado encontrarlos, ni nadie sabía sus guaridas: la dama encubierta era á todas luces su reina, y se hacía rodear de un aparato tal, en sus solitarios paseos por los pintorescos valles y quebradas de las Alpujarras, que era necesario concebir en ella algo de regio, algo de grande, algo de magnífico.

Por otra parte, aquel hombre que acompañaba á la Dama blanca, hasta entonces inaccesible para él, le daba oro en nombre del emir, y le hacía escuchar una voz amiga. ¿Qué significaba esto? le amaba aquella mujer, ó le temía y pretendía seducirle, engañarle y hacerle esperar por amor á Aben-Humeya. De todos modos, Aben-Aboo, deducía, que cuando asi se le trataba, debía temérsele ó apreciársele, y esto ya era mucho: esto significaba que se reconocía su poder.

La esperanza, ese dulce consuelo que Dios ha dado al hombre, empezó á refrescar el hasta entonces árido y seco corazón de Aben-Aboo, y como la esperanza nunca llena el corazón del hombre sin traer consigo alguna parte de alegría, á medida que se abrigaba en el corazón del morisco, iba dulcificando la torva expresión de su semblante, iluminándose con un aspecto de paz y de resignación que hasta entonces no había expresado. Al fin, parte por esta causa, y parte por la necesidad que como morisco tenía de mostrarse satisfecho y tranquilo ante los cristianos para no hacerse sospechoso, á medida que después de haber pasado el puente de Genil, se acercaba á la puerta del Rastro, su semblante se serenaba más, hasta que, llegando á la puerta, se mostró ya perfectamente tranquilo.

Entonces sus pensamientos cambiaron de rumbo; volvía á Granada después de una ausencia de algunos meses, y podía decirse, que aunque tenía casa era como si no la tuviese: reducidos sus bienes por una y otra venta, consumidos del todo en expediciones á Africa y á las Alpujarras, sobre todo como sabemos, en pagar la codicia ó la ciencia de Abul Hhassanm, solo le había quedado en el Albaicín, dentro del recinto de la Alcazaba Kadima, y cerca de la iglesia de San Miguel, la casa, con honores de palacio, y palacio verdaderamente en aquellos tiempos, que constituía el resto de la dote de su madre, y la atalaya de las Alpujarras con su pequeño huerto. Pero hasta su última dobla había desaparecido.

Un día, pues, antes de que llegase el caso de contraer deudas, vendió sus caballos y sus esclavos, quedóse solo con dos hermosos caballos árabes de montar, y un esclavo negro, se trasladó con su pequeño capital y su escasa servidumbre á su antiguo señorío de las Alpujarras, y puso su casa ó palacio del Albaicín con todos sus muebles y alhajas en arrendamiento.

Lo populoso, salubre, y en aquellos tiempos aristocrático, del barrio de San Miguel, hizo que su casa estuviese poco tiempo sin inquilinos: presentóse un día el mayordomo de un caballero de Castilla al administrador de Aben-Aboo en Granada, y por el precio de diez ducados al mes tomó la casa para su señor y su familia.

Aquel caballero continuaba viviéndola, y hé ahí por qué hemos dicho que Aben-Aboo tenía casa en Granada y no la tenía.

Pero sus circunstancias habían va-

riado: había aceptado como pariente cercano del emir, aceptando con él, una esperanza, un bolsón de oro bastante á satisfacer por algunos meses sus necesidades, y se decidió á usar de su despotismo de propietario, y á arrojar de su cómoda vivienda para ocuparla él mismo, á sus inquilinos.

Pero para llegar á este fin, era preciso pasar por algunos trámites: á saber: buscar al administrador, encargarle del mensaje, esperar la respuesta, y acaso, acaso, andar de justicia.

Pero es el caso, que Aben-Aboo no conocía á su administrador: era de tan poca cuantía la renta que tenía que pasar por sus manos, que el morisco había desdeñado tratar directamente con él, y había encargado de ello á su fiel esclavo Agar.

Recordando Aben-Aboo, vino á sacar en claro, ateniéndose á las noticias que le había dado el esclavo, que venía cada tres meses á Granada á cobrar la renta, que su administrador era un rapista de los famosos de Granada, no porque rasurase bien, sino por su habilidad en puntear la vihuela, que vivía en el corral del Carbón, y que se llamaba maese Pertiñez.

Armado con estas noticias, y recordando que en el mismo corral del Carbón había una excelente hospedería donde poder esperar el resultado de su intento de desalojo de sus inquilinos, el morisco tomó á buen paso por la calleja que ahora se llama de San Matías, y tropezando y deslizándose pos sus estrechuras, llegó al fin delante de la bellísima portada árabe del corral del Carbón, en tiempo de los moros almarestan ú hospital de los más famosos de Granada.

Entróse de rondón y á caballo por el arco flanqueado por los tenduchos ó nidos de dos adobadores de pieles de gato, echó pié á tierra en el destartalado corral y miró en torno suyo.

En un ángulo estaban levantando un tablado y poniendo una cortina, señal clara de que había llegado á la ciudad alguna compañía de farsantes, y que para aquella tarde se preparaba algún auto, loa ó farsa. Esto tenía en movimiento á todos los habitantes del corral; y las vecinas, andaban en retruécanos y agudezas de casa de vecindad, y los chiquillos miraban embobados á un hombre, que con traje de botarga, dirigía la construcción de aquel teatro informe, muestra de la infancia del arte, compuesto de una docena de malas tablas, de algunos tapices viejos, de una cortina descolorida y abierta enteramente á la intemperie.

Como era natural, este objeto el más notable de los que contenía el corral, fijó por un momento la atención del morirco, que seguidamente se puso á buscar por los ámbitos del corral, los vestigios de la tienda de su administrador rapista.

Vió al fin, una vieja y abollada vacía que se balanceaba colgada del dintel de una puerta tenebrosa, pero lo que más que nada le indicó que había dado con su dependiente, fué un alegre y zarandeado ruido, que no armonía, de guitarras y castañuelas, que salía como una tempestad por la negra puerta donde la vacía se balanceaba.

Enderezó para ella sus pasos el morisco, llevando su caballo del diestro, y en breve se detuvo en el dintel de la tienda.

A la presencia de uno que creyeron parroquiano, por interés al dueño de la casa, callaron castañuelas y guitarras, para que se pudiese oir lo que se hablase, y el morisco pudo decir sin temor de no ser oido, en un acento entre llano y altivo, verdadero acento de gran señor que quiere tratar bien á sus inferiores.

—Dios guarde á la buena gente.

—¡Ah! ¡voto á mil legiones de demonios¡ dijo una alegre voz de jóven desde un negro ángulo: bien venido sea el señor Diego López; ¿y á qué hora? parece que os han llamado con campanilla, mi buen amigo: haced un lugar en el barreño, princesas, é id llenando los vasos: ¡cuernos de Lucifer! ¡pues si es mi mayor amigo!

Y adelantó guitarra en mano y con los brazos abiertos, un bulto, que al llegar más hácia la puerta, pudo verse lo que era: á saber: un capitán de infantería, jóven y buen mozo, con su abigarrado uniforme, su castoreño, su espada de gabilanes, y unos atrocísimos mostachos retorcidos de una longitud espantosa.

—¡Ah, marqués de mis pecados! exclamó Aben-Aboo, aceptando el terreno que le presentaban y abrazando cordialmente al capitán: vos en este tabernáculo... siempre el mismo, pardiez.

—Mi casa no es tabernáculo, dijo un hombre diminuto, que necesitó para ver el rostro de Aben-Aboo, levantar la cabeza, del mismo modo que un hombre de buena estatura puesto al pié de una torre, se ve obligado á levantarla para ver su parte superior: sabed señor Diego López, que esta es una casa honrada donde concurre gente noble.

—Ya, ya veo que entre vuestros conocimientos tenéis nada menos que al marqués de la Guardia.

—¡Chits! exclamó el capitán, ya lo habéis dicho dos veces y me habéis perdido: nadie extraña que un capitán ande con la bolsa un tanto ligera... los pagadores de los tercios nunca tienen dinero.. pero un marqués... no lo creais, señores, el señor Diego López, mi amigo, se chancea... yo no soy ni más ni menos que un buen soldado del rey, qne gasta lo que tiene, cuando lo tiene... eso si; ¡ea! siga la zambra, y vos sentaos y mirad en qué buena compañía nos encontramos.

—Dispensad un momento don Juan, dijo Aben-Aboo; necesito antes que todo, hablar con maese Pertiñez. ¿No es esta la tienda de maese Pertiñez?

—Ya se vé que sí, y no me espanta que hayais preferido mis navajas, caballero; son unas excelentes navajas cuando yo las uso... nos conocemos hace ya mucho tiempo; el que se rasura una vez en mi casa, de seguro viene ciento.

Y el hombrecillo suavizaba una enorme navaja en un pedazo de cuero negro y lustroso.

—¡Ah! ¿sois vos maese Pertiñez? Pues mirad, nunca lo hubiera creido... me pareceis hombre de bien.

—¡Cómo, caballero, de gente honrada vengo, y apellido uso, que más noble, ni en la corte..... los Pertiñez.....

—Son indudablemente unas gentes honradas, pero nada importa eso: dejad vuestra navaja que por ahora no pienso ser desollado, y ved donde podemos hablar unas palabras á solas.

Y Aben-Aboo, que no había pasado dos palmos dentro de la tienda, ató las bridas de su caballo á la celosía, que según costumbre en esta clase de establecimientos, heredada sin duda de los árabes, servía de cancela, y siguió á maese Pertiñez que le indicaba una pequeña puerta.

—Ya sé para lo que me habeis llamado aparte, caballero, dijo con con gran misterio Pertiñez cuando estuvieron dentro de un reducido cuartucho..... vaya si lo sé..... pero os advierto, que la empresa en que os meteis es difícil.

Aben-Aboo, que tenía más de un motivo para dar importancia á palabras menos graves que aquellas, se alarmó, pero encubriendo su cuidado,

dijo de la manera máa natural del mundo:

—¿De qué empresa quereis hablar, amigo mío?

—¡Bah! todos los señores de Granada están alborotados, desde que vino ese prodigio; todos, hasta el mismo don Fernando de Válor, hombre que jamás ha puesto los piés en mi casa, y que ha estado hablando conmigo dos horas largas sobre el mismo asunto.

—Pero, ¿de qué prodigio y de qué asunto hablais, mentecato? dijo Aben-Aboo, que era por naturaleza impaciente, y que al oir el nombre de don Fernando de Válor acabó de impacientarse.

—¡Ah! yo creía que veníais por la reina mora.

—¿Por la reina mora? ¿Qué reina es esa?

Miró con asombro el barbero á Aben-Aboo, y dijo luego:

—¿De dónde venís caballero?

—Quiero contestaros aunque vuestra pregunta sea importuna. Vengo de las Alpujarras.

—¡Ah! acabáramos: ya no me extraña que vos no conozcais á la reina mora. Y decidme, ¿no era de eso de lo que veníais á hablarme? me alegro, porque así me ahorrais el trabajo de desesperanzaros.

—Acabemos de una vez, dijo Aben-Aboo ya enteramente perdida la paciencia y alarmado por el misterioso sentido de las palabras de maese Pertiñez. Sepamos claro qué empresa es esa tan difícil, y de qué reina mora se trata.

—Pues señor, la reina mora no es ni más ni menos, que una famosa comedianta, llamada Angélica, que hace á las mil maravillas de reina mora en una farsa de moros y cristianos, que se ha hecho ya tres veces en otros tres dias de fiesta: y como la tal Angélica gasta unas plumas y una saya de relumbrón, que no hay más que pedir, y tiene una voz de ruiseñor, y llora que da lástima (porque la farsa es muy lastimosa), y es la más garrida manceba que yo he visto en todos los días de mi vida, que es mucho encarecer, porque en Granada hay mozas como serafines, han dado las gentes en llamar á la Angélica la reina mora, y los caballeros que gustan de galanteos, y aun los que nunca han andado en ellos, en la empresa de rendir su desvio, que os juro que es empresa mayor y más difícil que ninguna de las que llevaron á cabo los Doce Pares de Francia.

Acabárais de una vez, maese, con vuestras impertinencias que me han hecho perder más tiempo del que quisiera. Vamos á lo que me interesa. Vos cobráis cada tres meses treinta ducados de una casa que poseo en San Miguel.

—¡Que poseeis! ¡luego vos sois el señor Diego López!

—Ya habéis oido que así me nombra el capitán don Juan.

—Perdonad señor, pero hay en este mundo tantos López y tantos Diegos...

—Bien, quiero perdonaros, pero á condición de que me habéis de hacer un encargo que me interesa, por el aire.

—Mandad, señor.

—Iréis á mi casa.

—Iré.

—Diréis á las gentes que la habitan, que se muden al momento.

Rascóse una oreja, como en muestra de que encontraba sumas dificultades en el negocio, el rapista, y murmuró algunos monosílabos.

—¡Qué! ¿creéis, que no puedo yo cuando guste disponer de mi casa? Creo que esa fué una de las condiciones del arriendo, además, que según me ha dicho Agar mi esclavo, la tal gente no ha traido un solo mueble,

sino que se sirven de los míos. De modo, que es lo más fácil del mundo, que carguen con sus maletas y se vayan á donde mejor les convenga: no he de pasarlo yo mal, alojado en una hospedería, teniendo casa en Granada.

—Y una casa tal como la vuestra; pero es el caso, que la casa está arrendada á personas muy principales: y ya véis que el caso es dificilillo... Cuando se trata de gente noble y rica... tomaríanlo á desprecio, me despedirían de mala manera, y vos podríais tener un lance.

—Me importa poco.

—Pero cuando las cosas pueden hacerse yendo por el buen camino, es dislate echar por el malo.... si consintiérais en darle un plazo siquiera de ocho días....

—Ni tres.

—Yo os procuraría hospedaje tal, que no os pesase (y el rapista se sonreía maliciosamente), tabique por medio de la Angélica, de la reina mora.

—De alguna mozuela descarada que me ponderáis, esperando que os pague bien las diligencias.

—Me injuriáis, caballero los Pertiñez....

—Van á concluir á mis manos si sois vos el último de la familia.

—Nada menos que eso, señor, nada menos: pero os ruego que miréis bien lo que me pedís, aunque no sea más que por el apuro en que me ponéis: si supiérais quiénes son vuestros inquilinos...

Me están dando ganas de probar por mí mismo lo que haya de terrible en esa gente.

—Y que me place señor Diego López, id vos, y ved.... contadme después si yo tenía razón para negarme, es decir, para poner dificultades... en fin, id vos y contadme...

—¿Tendremos aquí otro misterio como el de la reina mora?

—Sentáos, señor Diego López; sentáos y escuchadme, que por media hora más ó menos no se descompone ningún negocio.

Sentóse Aben-Aboo, un tanto interesado á su pesar por los misterios del rapista, y este, tomando otra silla, se encaramó en ella, puso sus piés en el primer travesaño, sus codos en sus rodillas y su barba entre sus manos y en esta actitud en que á nada se parecía tanto como á un mono, dijo:

—Hace un año vuestro honrado negro Agar, que venía á mi casa á tomar lecciones de vihuela á que era muy aficionado, y para cuyo instrumento...

—Maese, si empezáis así, yéndoos del camino de vuestra relación por las orillas, y á cada paso, no acabaremos nunca.

—Pues si señor, bien; dejando á un lado, á la orilla, como vos decís, la vihuela, vuestro esclavo Agar, á quien conocí...

—Mi esclavo Agar, exclamó con cólera Aben-Abo, merecía quinientos azotes por haber pensado en vos para encargaros de ningún asunto mío. Lo que yo quiero saber es qué clase de gente vive en mi casa, por qué razón es tan temible como decís, y concluyamos.

—Concluyamos: son cinco hombres y dos mujereres: el uno y la una amos: los otros criados: el señor, el amo, es un hombre de cuarenta y más años, muy rico, muy noble, pero muy altivo: la señora, el ama, es una doncella muy hermosa, según dicen, y según dícen también muy caritativa y dulce, y tratable y muy cristiana, eso sí: dicen que es un angel. La otra mujer, la criada, es una dueña como de cincuenta años, rezadora y gruñona, con la cara enjabelgada de solimán y las tocas tales y tan almidonadas, que más que tocas parecen yel-

mo de encaje en lo tiesas: de los otros cuatro hombres, el mayordomo, el rodrigón, el cocinero y el paje, no hay que hablar: son cuatro demonios á los cuales nunca se les ve la risa. El señor se llama don Alonso de Fuensalida, la señora doña Inés, la dueña doña Mónica, el mayordomo Rodríguez, el cocinero Cuchillada, el paje Ballestilla y el lacayo Judas.

—¡Pardiez! ¡pues tienen nombre de encargo los criados de mis inquilinos!

—Esto es todo lo que sé de esa familia... por lo demás pagan bien, cuidan de la casa, tanto que en ella no entra persona viviente y son buenos cristianos.

—¿Con que nadie entra en la casa?

—Nadie; y eso que muchos señores que han visto alguna vez, aunque siempre encubierta á la señora, andan que se desviven por ella, y muchos se la han pedido á su padre... ¡pero ca! yo creo que doña Inés se destina á monja.

—¿Tan recatada anda?

—Como que se pasan meses enteros sin que se la vea ni por una rendija de los miradores: cuando sale á misa, y eso muy de mañana, va cubierta de los piés á la cabeza con un manto, á través del cual el más lince solo puede verla un ojo, pero un ojo como un sol... eso sí... por lo hermoso del ojo, y luego por su andar noble y grave y por su talle y por su apostura, y por una mano que suele asomar bajo el manto, y por la punta de un pié que suele verse bajo la saya, se adivina... que es adivinar, se tiene certeza, de que es hermosa, muy hermosa, hermosísima, y.... vamos señor Diego López.... vos sois noble, rico, valiente, gallardo, y vuestra inquilina es hermosa, honrada, noble y rica... sois mozo... y ella soltera... y ¡qué diablos! si no os empeñárais en echarlos de la casa, y os presentárais como dueño, acaso, acaso...

—¿Y dónde habéis tenido vos ocasión de ver, aunque encubierta, á doña Inés? dijo Aben-Aboo.

—En mi casa tres veces.

—En vuestra casa... ¡Ah! ¡ya! la habéis visto tres veces, y tres veces han representado en el corral los comediantes....

—Eso es. Cuando llegó la compañía de cómicos á Granada, como aquí es donde se han hecho siempre las farsas y los entremeses y los bailes, el autor de la compañía, el buen Godínez, me llamó aparte me dijo: maese Pertiñez, me han dicho que vos sois el vecino más honrado del corral; que hacéis en él cabeza y que los otros vecinos van por donde vos queréis que vayan: ahora bien, según costumbre, para hacer aquí farsas y otros autos, es necesario pagar tantos reales á la hermandad de las Animas, otros tantos á la Ciudad, cuyo es el corral, y otros á los vecinos por el ruido.—Así es, le contesté, porque así era en verdad.—Ahora bien, á más de eso hay que alquilar tablado, tapices y músicos.—Con los músicos corro yo, le contesté.—Corred vos con todo, me dijo; haced que los vecinos nos alquilen las ventanas en un precio arreglado para que nosotros podamos revenderlas al público con alguna ganancia; quedáos con las vuestras que yo os aseguro las podréis alquilar á buen precio, porque la compañía es muy buena y hará ruido, y vos ganaréis, y yo ganaré y todos ganaremos.

—¿Sabéis maese que para contestar á una pregunta, habláis más palabras que las que tiene un misal?

—¿Qué queréis? yo no se dar razón de las cosas sino empezando por su principio, y así se entera bien el que pregunta y queda satisfecho el que contesta. Como decía, tira de

aquí y afloja de allá, ajustamos el negocio el autor de los cómicos y yo; por mis conocimientos, que son muchos, y todos por mi navaja, logré que el hermano mayor de las Animas se contentase con tres reales por cada función, que la ciudad perdonase su parte, y que los vecinos por el ruido y el alquíler de las ventanas no pidiesen más de veinte reales. En cuanto el trato estuvo hecho, el autor colgó un lienzo con pinturas extrañas y vistosas en la puerta del corral, y el bobo de la compañía, tocando el tambor, se puso á gritar y á anunciar al público la primera función. Como hacía mucho tiempo que no habían venido á Granada comediantes, se dieron de ojo á pedir aposentos y sitio para las sillas, y aunque el corral hubiera sido como Bibarrambla, tantas sillas vinieron que no quedó lugar para la gente de á pié.—Yo, que al principio ví la bulla, me dije: tengo tres ventanas que vender, las mejores, porque yo he tenido mucha cuenta con que el tablado se haga cerca de mi ventana: si las vendo al principio ganaré mucho menos, pero no si me quedo para lo último cuando ya todo esté vendido: y dicho y hecho; me salió mejor la cuenta de lo que yo esperaba.

—Debeis descender de judíos, maese Fertiñez.....

—Vos podeis decirme todo lo que querais, señor Diego López, seguro de que no me he de ofender. Pero vamos al asunto: ya era por la mañana del domingo en que había de hacerse la función y como á las siete, hé aquí que se encaja de rondón en mi casa Ballestilla, el paje de doña Inés, y me dice que su señora quiere ver la función y que cuenta conmigo para que le procure un aposento.—Yo le digo que no hay, que sería necesario pagar mucho para lograr que alguno lo cediese por codicia.—Y no hay cuidado por el dinero, me dice el paje poniéndome un bolsillo en la mano.—Dígole que vuelva pasada media hora á saber la razón y cuando vuelve le llevo á mi primera ventana desde la que puede tocarse casi con la mano al tablado:—Todo esto está muy bien: pero mi señora quiere un balcón.—Aquí no hay balcones.—Ya veo que todas son ventanas, pero habiendo dinero, madera y carpinteros, todo puede hacerse.—Consiento y Ballestilla parte como un venablo, y á poco vuelve con carpinteros y madera, y en un santiamen hacen el mirador que habeis visto desnudo á un lado de mi casa: luego le vistió de tapices y hé aquí un aposento tan bueno como el del rey. El mirador se hizo en una hora. Entonces yo me dije para mí: hijo de cristiano soy, gusto tengo como el que más, vendamos la ventana segunda, y hagamos en la tercera otro mirador, y no faltarán muchos de mis parroqnianos entre ellos el capitán don Juan Coloma, que me paguen bien y sobradamente por ocupar un puesto en mi aposento: manos á la obra: á la una estaba ya todo concluido y empezó á entrar la gente. Ved ahí como he podido ver tres veces y en mi casa á doña Inés de Fuensalida... ¡y qué talante el de doña Inés...! os aconsejo señor Diego López que antes de dar ningún paso acerca de vuestra casa, os espereis á conocerla.

—Me urge maese, me urge, y no estoy de humor de amoríos ni de galanteos... no me pesa por otra parte, que me hayais dado algunas noticias de esa familia; bueno es saber con quién se trata; así pues ireis y direis á ese caballero...

Interrumpió en aquel momento á Aben-Aboo el rechinar de la puerta de la habitación en que se encontraban y abriéndose aquella entró un hombre como de veinte y cuatro años

con librea de paje de casa noble, y al ver á Aben-Aboo, se quitó respetuosamente su gorra.

—¡Ah! ¡mil perdones! dijo, yo creia que estábais solo, maese Pertiñez.

—¡Ah! es el buen Ballestilla, dijo el barbero; que me place. Se no os venís como llovido del cielo; hé aquí al señor Diego López, el dueño del palacio que habitan vuestros amos: y que on este momento...

Ballestilla interrumpió providencialmente al barbero cuando este iba á decir, por quitarse el muerto, la pretensión de Aben-Aboo de que sus inquilinos dejasen la casa.

—¿Vuesamerced es el señor Diego López? dijo acreciendo en cortesanía Ballestilla: pues me alegro, sí ciertamente.

—¿De qué os alegráis mozo? contestó con secatura Aben-Aboo.

—Me alegro porque el encontraros aquí me excusa de buscaros.

—¿De buscarme? ¿y quien os manda buscarme?

—Mi señor don Alonso de Fuensalida.

—¿Y para qué me quiere vuestro señor?

—Esta carta que me ha dado para vos os lo dirá, señor, contestó Ballestilla sacando del bolsillo de sus gregüescos una carta.

Tomóla Aben-Aboo, rompió el sello blasonado de la nema, en la cual se leía: «Al señor Diego López de un su amigo.» desdobló el pliego y leyó lo siguiente:

«Amigo mio: permitidme que os trate con esta confianza, aunque no os conozco, y que sabiendo que acabáis de llegar hoy á Granada, me apresuro á ofreceros en vuestra casa, en la cual con vuestra licencia vivo, el aposento qne os tengo preparado. Cómo sé que habéis venido, y las sencillas razones que me aconsejan pedí ros viváis en nuestra compañía, las sabréis si, como espero, consentís en honrarme acompañándome hoy á la mesa. Dios os guarde. De Granada á 19 de diciembre de 1568.—Vuestro amigo don Alonso de Fuensalida.»

Quedóse absorto con aquella novedad imprevista Aben-Aboo. Indudablemente aquel era un día para él de singularidades. Prudente por naturaleza y conocedor por experiencia de que nada que tenga visos de singular debe desatenderse por quién como él se encontraba en una de las situaciones más delicadas en que puede encontrarse un hombre, plegó lentamente la carta, y dijo á Ballestilla.—Decid á vuestro noble amo, mozo, que he recibido su carta, que he apreciado en lo que valen sus palabras, que no le contesto por escrito por no deteneros, y detener con vos la expresión de mi agradecimiento y que tendré el placer de comer con él en su compañía según me dice lo desea.

—Tendré la honra de decirlo así á mis señores, señor hidalgo. Mis señores se sientan á la mesa á las doce.

—No faltaré.

—Permitidme que diga dos palabras á maese Pertiñez.

—Decidle cuantas gustéis.

Ballestilla sacó de su bolsillo una bolsa de seda y la entregó al barbero.

—A las dos, ya sabéis, le dijo, tened dispuesto el aposento, poned una silla más: es decir tres sillas.

—No haré falta, señor Ballestilla.

—Y adios, señor hidalgo, añadió el paje inclinándose profundamente ante Aben-Aboo: adios maese Pertiñez.

Y se dirigió á la puerta volviéndose antes de salir para saludar otra vez á Aben-Aboo.

—¿Y decíais, exclamó el morisco cuando quedó solo con el barbero, que los servidores de ese don Alonso

de Fuensalida eran zafios y montaraces?

—Es la primera vez que veo al señor Ballestilla cortés y comedido. Pero á propósito de lo que estábamos hablando antes de que llegase, ¿qué os decía yo...? es bueno esperar para ver... os convidan á comer... ¡bah! de seguro que de este convite salen muchas cosas.

—Por lo pronto sale una que me contraría en extremo.

—Sepamos: ya podéis haber conocido que yo sé hacer milagros.

—Pues ved si lográis hacer uno que necesito aunque me parece difícil.

—Veamos.

—Decís que ese caballero es muy rico.

—Sí por cierto.

—¿Viste con esplendidez?

—Terciopelo y brocados, y una cruz de Santiago de diamantes y rubíes lleva con mucha frecuencia, que vale un tesoro.

—Pues ved ahí que yo no puedo presentarme en casa de un hombre tan principal y á primeras vistas con mi vestido de camino, ni con este coleto usado que llevo bajo el coselete: necesito gorra, jubón, gregüescos, calzas, zapatos, todo rico y bueno: hasta espada y daga: diablo... diablo... necesito vestidos riquísimos, y nada traigo conmigo más que dinero y camisas limpias.

—Pues me parece que el milagro lo tenemos hecho y á poca costa.

—¡Cómo! ¿habrá un sastre que haga en dos horas esas prendas? ¿habrá un armero en Granada que tenga daga y espada como las que yo necesito?

—Estoy mirando que sois de la misma estatura y de las mismas carnes que un amigo vuestro que no está lejos y que por más señas está ahora mismo alborotando por ciento.

—¡Cómo! ¿el capitán don Juan Coloma?

—Ciertamente. Él os puede proveer de cuanto necesitáis y así como así le hacéis un favor.

—Don Juan es un loco, que jamás posee un escudo y fuera maravilla que tuviera prendas como las que yo necesito.

—Don Juan es un hombre de suerte: es cierto que gasta como el fuego; pero cuando ha gastado su último real hé aquí que sin saber cómo, se le vienen mil á las manos. Además es jugador y le sucede como á todos los jugadores: arca llena y arca vacía; cuando tiene una buena entrada provee sus armarios, y se presenta relumbrante como el marqués de Mondéjar en los días de corte, ó como don Fernando de Válor en cabildo: llega un apuro y los brocados y los cintillos y hasta el caballo, vuelan: de la hostería de la Cruz se viene á vivir á la hospedería del Carbón y hace su gasto diario con dos reales que yo le presto. Nunca ha llegado á deberme treinta: siempre antes de los quince días me paga, y se vuelve á la hostería de la Cruz; ya sabéis en la Plaza Nueva, frente al palacio de la Chancillería.

—¿Y ahora os debe?

—Ventiocho reales.

—Lo que demuestra que antes de apelar á vos habrá vendido todas sus prendas.

—No, porque de esta vez está enamorado. Asistiendo en mi aposento, en el aposento que como os he dicho, he reservado para mis amigos y para mí, vió á doña Inés, la hermosa hija de don Alonso, y se enamoró perdidamente de ella. Tenía algunos doblones y los gastó en brocados, tres ó cuatro vestidos completos, tres ó cuatro juegos de espada y daga. Ya se vé, quería estar galán porque las galas para las mujeres son las dos par-

tes y el hombre la una. Con que, vamos, vamos al asunto que es ya tarde, tengo que hacer poner los tapices en los aposentos, y no hay tiempo que perder. Oid: ya se marchan los cómicos para irse preparando para la función. Procuraremos que don Juan no se marche con ellos.

Y abriendo la puerta salió y asió por el coleto al capitán, que se iba en pos de una turba de músicos y farsantes, que salían de la tienda con las vihuelas debajo del brazo.

—¡Eh, señor don Juan! perdonad, le dijo, pero vuestro amigo el señor Diego López os necesita.

—Yo creí que no acabábais nunca, y estaba resignado á verle en mejor ocasión, porque creo que el señor Diego López será de los nuestros esta tarde.

—No lo sé; aunque creo que lo tendremos vecino: venid.

El capitán entró y Aben-Aboo le salió al encuentro.

—Necesito pediros un favor, señor marqués, le dijo.

—Cuantos queráis amigo mio. ¡Diablo! á fe á fe que no esperaba yo nunca tener la fortuna de favoreceros: ¿se trata de algún desafío? ¿de algún empeño de honra? pues adelante á pesar de las pragmáticas del rey y del capitán general de la corte y reino de Granada.

—No, no se trata de eso.... tened la bondad de dejarnos solos maese Pertiñez.

—¡Qué vanidosos son estos señores! dijo el barbero saliendo: y al fin y al cabo en más de una ocasión tienen que acudir á mí.

—Se me atraviesa un compromiso infernal, don Juan, dijo el morisco cuando se encontraron solos: yo me había venido de mi retiro de Cádiar á la ligera, sin pensar en que tuviera que necesitar nada y hé aquí que me encuentro en gran apuro.

Púsose encarnado hasta lo blanco de los ojos, el marqués.

—¡Diablo! ¡Diablo! si fuera de noche y tuviéramos una hora de espera y un solo escudo, yo tengo una suerte insolente al juego: solo que no juego sino cuando me es de todo punto necesario dinero: el juego es un robo, si, pardiez... y... vamos... no podíais haber llegado á peor ocasión, no tengo un maravedí, me podéis creer á fe de caballero, y lo que más me pesa es que podáis creer que me niego cuando.... pues.... ¡Satanás me asista...! hé aquí un compromiso mayor que el vuestro.

—¡Con que no tenéis dinero!

—Esas cómicas se han comido y se han bebido mi último real de á ocho.

—¡Oh! pues ved ahí que no es dinero lo que me hace falta.

Respiró, recio como si le hubieran quitado una montaña de encima, el marqués.

—¿Pues si no necesitáis ni espada ni dinero, qué queréis de mi?

—Quiero que en el momento me vendáis uno de vuestros mejores vestidos, una daga y una espada de corte.

—¡Acabáramos! me habéis dado un mal rato: esto es distinto: voy á buscar á mi lacayo Peralvillo, y al punto tenéis aquí lo que queréis.

—Esperad un momento; vos tenéis lo que yo necesito y yo tengo lo que vos necesitáis.

—¿Qué queréis decir? exclamó el márqués poniéndose de nuevo encarnado como una guinda.

—Qniero decir que hace mucho tiempo que nos conocemos, para poder tener entera confianza el uno respecto al otro. Además que recuerdo que nos conocimos por haberme vos salvado la vida en una riña. ¿Os he ofrecido yo oro por la vida que me disteis?

—¡Bah! no hablemos de eso. Aho-

ra bien: tomad de mí lo que habéis menester; mejor dicho: tomad lo vuestro porque vuestro es todo lo mio, y adios.

—Ya sabéis que yo soy firme en sostener lo que digo.

—Sí á fe.

—Pues os afirmo que si no aceptáis el precio de esas prendas que necesito no uso de ellas.

—Esto es ponerme entre la espada y la pared, amigo López.

—Esto es lo que digo para que sepáis que me interesa en gran manera tener antes de poco esos vestidos y esas armas; que no cediéndomelos por su valor, no los tomo, y que obligándome á no tomarlos, me ponéis en un caso apuradísimo.

—Con vos no hay medio. Sea. Quedáos con Dios. Ya hablaremos de eso.

—No, ha de ser ahora. Estoy seguro, de que una vez esas prendas en mi poder, huiríais de mí para no tomar su importe, con más cuidado que de un acreedor judío.

—Lo que molesta debe terminarse pronto. Os conozco y veo que con vos no hay escape. Me debéis treinta doblones, que os juro recibir otro día.

—No me gusta deber. Hé aquí los treinta doblones.

Y Aben-Aboo sacó de la bolsa que había recibido á nombre del poderoso emir de los monfíes de las Alpujarras, una cantidad de oro equivalente á la suma que había marcado el marqués.

—No os perdonaré nunca este sonrojo, dijo este guardando con embarazo y sin mirarla, la suma que Aben-Aboo había puesto en su mano. Es la mayor prueba de amistad que podía daros. Adios pues; ¿en donde os busca mi lacayo?

—Aquí mismo en la hospedería.

—Pues adios.

—Adios, señor marqués, hasta la tarde.

—El marqués salió apresuradamente y Aben-Aboo salió también de la tienda murmurando:

—¡Qué noble y qué franco! ¡Lástima que sea cristiano!

CAPÍTULO V.

De lo que vió y oyó Diego López en el poco tiempo que estuvo en la hospedería del Carbón.

Entre tanto maese Pertiñez, contento con haber salido del atolladero en que le había puesto la pretensión de Aben-Aboo, habia conducido á este á la hostería y recomendádole para que le diesen uno de los mejores aposentos.

Subíase á la hostería por una escalerilla situada en uno de los ángulos del corral, escalera que tenía y aún tiene ciertos resabios moriscos, y al desembocar de aquella escalera, se entraba por una puerta ennegrecida, que al abrirse hacía sonar una campana en un corredor largo y tortuoso, iluminado por unas altas lucanas desprovistas de vidrios, por las cuales entraban el viento, la lluvia ó el polvo según era la estación ó el estado atmosférico. De la misma manera que sobre la puerta de entrada estaba escrito con letras bárbaras: «Hostería del Carbón», había sobre las de los aposentos situados á derecha é izquierda enormes números que seguían una correlación casi infinita. Antes de llegar á otra puerta donde se leía la palabra cocinas y después de muchas vueltas y revueltas, había contado Aben-Aboo, ó por mejor decir leido hasta el número cincuenta y nueve. La numeración seguía, pero maese Pertiñez se entró de rondón en la cocina.

Rey de aquel departamento, enmedio de una atmósfera cálida y grasienta, había un hombre alto, flaco,

vestido de una manera ordinaria, y constituyendo la mitad de su traje un enorme gorro blanco, y un mandilón del mismo color que le cogía de alto á bajo por delante, y que no estaba tan limpio como hubiera sido de desear: aquel hombre cuando entraron Aben Aboo y el barbero empuñaba una cacerola, y hacía andar de prisa, con una actividad increible, á cuatro marmitones que se ocupaban de faenas culinarias, en derredor de un inmenso fogón, enteramente cubierto de tarteras, ollas y sartenes. Hervían los unos, chirreaban las otras, desprendíase del todo un olor indefinible, y una niebla de humo velaba aquel conjunto, capaz por sí mismo de dar hastío á un hambriento.

Al ver entrar á maese Pertiñez en su habitación principal, en su sala de honor, por decirlo así, con un jóven del aspecto de Aben-Aboo, el hombre de la cacerola entregó la que tenía en la mano á un marmitón, y adelantó hacia los recien llegados luciendo en sus labios la noble sonrisa del cocinero y del hostelero á quien se presenta un huésped, y...

—¿En qué puedo servir á vuesamerced? dijo prescindiendo enteramente del barbero, á quien trataba como cosa de la casa.

—Este caballero, dijo Pertiñez, necesita vivir en vuestra casa, únicamente hasta las doce del dia.

Secóse, por decirlo así, la sonrisa en el semblante del hostelero: eran ya las diez.

—Lo que no importa, añadió Pertiñez, porque el conocimiento con un hidalgo tal como el señor Diego López, es siempre un conocimiento que vale mucho.

Volvió á la boca del hostelero la mitad de la sonrisa que había desaparecido de ella, y se inclinó de nuevo.

—Siento mucho, muchísimo, que... Aben-Aboo le interrumpió impaciente.

—En fin, dijo: ¿no teneis un aposento donde meterme? Poco os importe el tiempo; figuraos que he vivido en él un mes, que he comido todo lo que teneis en la despensa, y poned la cuenta.

—No lo digo por tanto, contestó apresuradamente el hostelero, si me hubiera dejado concluir vuesamerced, hubiera oido que lo que siento mucho, muchísimo, es no poder dar á vuesamerced aposento tal como el que merece: con la multitud de hidalgos que han venido á las pascuas que se acercan, y la compañía de comediantes del señor Godinez...

—Bien, bien; pero tendreis un aposento cualquiera.

—Sí señor, el número sesenta y siete. ¡Diablo! ¡diablo! un aposento oscuro, donde es necesario tener luz encendida á todas horas si se ha de ver algo.

—No importa; llevadme á ese aposento y concluyamos.

Era tan concluyente el mandato, que el hostelero, tomó dos bujías de sobre un andén donde había otras muchas, encendió la una, y tomando una única llave de una larga espetera, llave que estaba colocada baja un número sesenta y nueve, salió precediendo á Aben-Aboo y á Pertiñez.

Apenas se habían aventurado en el corredor cuando se oyeron pisadas de mujer, fuertes, como de buena moza, acompañadas del crugir de una falda de seda.

—Alto, dijo con un acento malicioso é insinuante maese Pertiñez; alto, señor Diego López; el corredor es estrecho y será bien que nos hagamos á un lado para que pueda pasar su magestad la reina mora.

—¡Ah! ¡sois vos! maese rapista, dijo una mujer que llegó á punto y cuyo semblante al reflejar en él la luz

del hostelero, deslumbró á Aben-Aboo por lo extraordinariamente hermoso; Dios os guarde, amigo mio; y á vosotros también, señores; y decidme, que tengo curiosidad de saberlo: ¿os han mandado poner ya las celosías en el aposento aquel que está cerca del tablado...? hablo de aquel aposento que tiene unos reposteros de terciopelo franjado tan ricos.

—¡Ah! ¡ah! allí sin duda debe ocultarse algún enamorado de vos que no quiere acaso que le vean palidecer ante vuestra hermosura.

—O alguna enamorada: me han dicho que en aquel aposento, han entrado una mujer y un caballero.

—¡Ah! ¡ah! os han dicho...

—Y como soy curiosa, quiero que me digan mucho más, señor Pertiñez; por lo mismo os espero en mi aposento. Número 13. Con que hasta luego. Adios señor hidalgo, añadió dirigiendose á Aben-Aboo, á quien durante su corto diálogo había mirado con extraña insistencia. Adios, maese Briviesca, añadió dirigiéndose al hostalero.

Y se alejó ligera y gentil, casi corriendo, entonando con una voz de ruiseñor una copla de entremés.

—La mejor ave de mi casa, exclamó Briviesca, pero dura de desplumar como un grajo.

—¡Oh! la cómica más hermosa que ha desplumado hidalgos exclamó el barbero.

—¡Ah! ciertamente que es una mujer hermosísima, dijo con un acento particular Aben-Aboo: ¿y la llaman la reina mora?

—Ya, ya veréis esta tarde como la aplauden, repuso el barbero.

—Hemos llegado al número sesenta y nueve, dijo Briviesca dando vuelta á la llave de una puerta.

Entraron en una especie de zaquizami, en uno de cuyo ángulos había un fementido lecho: completaban aquel mueblaje de posada una mesa mugrienta, dos sillas distintas en forma, aunque iguales en lo viejas, y media luna de espejo en un marco negro....

—Esto es indigno... lo conozco, dijo Briviesca.

—Esto es muy bueno, dijo Aben-Aboo: haced que suban mi maleta y que me traigan agua para lavarme. Vos, maese Pertiñez, venid después á afeitarme. Por ahora dejadme solo.

—Y decís bien; aunque me hubiérais necesitado en el momento, os hubiera suplicado me dejáseis libre para ir á ver qué me quiere la reina mora.

—¿Quiere algo más vuesamerced? dijo Briviesca.

—No, únicamente mi maleta que está en mi caballo á la puerta de maese Pertiñez, y una taza de caldo de gallina.

—¿Y vino?

—No bebo vino, ¡ah! maese Pertiñez: haced que cuiden á mi caballo.

—Muy bien; descuidad por vuestro caballo.

—¡Ah! si viene preguntando á vuestra casa por mí el criado del capitán...

—Por supuesto, le enviaré. Que Dios os guarde.

—Id con Dios.

Apenas se quedó solo murmuró Aben-Aboo, obedeciendo al encendido recuerdo que le había dejado la comedianta:

—¡Por la piedra negra de la Santa Kaaba, que en todos los días de mi vida no he visto una mujer tan hermosa! ¡La reina mora! es singular.

Pero dejando á Aben-Aboo entregado á tales pensamientos, que nada tenían de extraños en quien como él, solo contaba veintidos años, edad en la que el pensamiento, por graves que sean sus cuidados, pasa con facilidad de uno á otro, sigamos aunque

nos salgamos del epígrafe de este capítulo, á maese Pertiñez que adelantaba con tanta prisa como era su curiosidad, hácia el aposento número trece donde decía vivir la reina mora.

Tenía además en esto un grave interés el rapista: un interés puramente pecunario; el interés que tiene por hacer un buen negocio un corredor de amores.

Era el caso que don Fernando de Válor, ó Aben-Humeya, como mejor queramos, en el momento en que en la primera representación de la compañia de cómicos se había presentado en la escena Angélica, se había enamorado de ella. Al concluir la primera jornada, don Fenando, segun costumbre admitida en aquel tiempo, habia ido á la puerta del apartado donde se vestían las cómicas, solicitando entrar para saludar á la dama. Pero Godinez, que era al parecer un hombre como de treinta á cuarenta años, cegijunto, enérgico, y un si es no es altivo, le dió con la puerta en las narices diciéndole: que en su compañia no estaban en uso aquellas costumbres y que las damas tenían casas donde ser visitadas.

Don Fernando, pues, se volvió, echando ternos inútiles, y hubo de contentarse con arrojar á Angélica el joyel de diamantes de su gorra, en el momento en que el entusiasmo público enviaba una salva de aplausos á la comedianta.

Al dia siguiente se presentó en la hospedería, preguntó por el número de la habitación de la dama y sabido este llegó á la puerta y llamó. Abrióle una doncella, que contestó á la cortés demanda de don Fernando, con que su señora estaba enferma y no podía recibir á nadie.

Don Fernando, que iba preparado á todo evento, entregó á la doncella un billete perfumado de que iba provisto y se retiró.

El billete que habia dejado Aben-Humeya contenía las palabras siguientes:

«Hermosa señora: soy el caballero que tuvo el placer de ofreceros ayer tarde su homenaje de la manera que pudo, arrojando á vuestros piés el joyel que llevaba sobre su cabeza. Hoy ha venido á poner á vuestros piés su corazón, que espera levantéis hasta unirle con el vuestro. Si hoy, por un acaso, no puedo veros, os suplico me digáis, contestándome, á qué hora podré veros mañana.—Quien os adora por hermosa y discreta: don Fernando de Válor.»

Al volver don Fernando á su casa después de otros quehaceres, encontró sobre su mesa, una preciosa caja de oro cincelada, con guarnición de piedras preciosas, y junto á ella un billete. Llamó á su lacayo y este le dijo que aquellas dos cosas las había traido una doncella.

El billete contenía estas breves palabras:

«Señor don Fernando de Válor: ignoro si la joya que os devuelvo es la misma que ayer me arrojásteis á la escena *rindiéndome un homenaje:* como no he encontrdo papel á mano para envolverla, os la envío dentro de una caja, que encontré también á mis piés, no sé de quién, y que recogí, porque las cómicas nos vemos obligadas á hacer delante del público, lo que como mujeres nunca haríamos. Si habéis creido que con ese joyel pagábais la entrada en mi aposento particular, como por algunos maravedises habéis comprado el derecho de juzgar de mi escaso ingenio, os habéis engañado. Mi aposento no se abre con oro. Mi corazón necesita de más noble llave para abrirse. Perdonad si os he ofendido, obrando no como una dama de comedias, sino como quien soy.—Vuestra servidora.—Angélica, la comedianta.»

Hombre de mundo á pesar de su juventud don Fernando, creyó que la comedianta adoptaba aquella posición digna y á todas luces más noble, para hacerse más preciosa, y se obstinó, apuró cuantos medios se conocen para obtener una cita de una mujer, y ya desesperado, se dirigió á maese Pertiñez, que tenía una tremenda fama de corredor experimentado. Ofrecióle oro á montones si le ayudaba á rendir aquella fortaleza, pero en vano, aunque obraba con toda la fuerza y á toda la altura de su codicia excitada, pretendió hablar á solas con Angélica: como maese Pertiñez era una especie de omnipotencia en el corral del Carbón y en la adjunta hostería, tuvo mil veces ocasión de estar al lado de Angélica; pero esta jamás se encontraba sola: ja más había podido el rapista decirla una sola palabra del asunto. Se concibe, pues, con cuanta ánsia iría á la cita que de una manera tan inesperada había recibido de la comedianta.

Llamó, latiéndole el corazón de esperanza, esperanza que se refería á los doblones que debia recibir si el negocio se llevaba á cabo, de don Fernando de Válor, y al punto que llamó se abrió la puerta. Era Angélica en persona.

—Entrad, entrad, maese, le dijo, tengo que preguntaros muchas cosas.

Pertiñez, restregándose las manos de alegría, atravesó, siguiendo á la comedianta, dos habitaciones y entró en una inundada por un hermoso sol de medio día y tan ricamente alhajada como hubiera podido estarlo la de la dama más principal.

Pertiñez abrió tanto ojo: aquellos muebles á todas luces no pertenecían á maese Bribiesca, que era miserable y raquítico con sus huéspedes.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el rapista: ¿sabéis, señora, que debe llevaros un sentido por todo esto ese ladrón de Bribiesca?

—¡Ah! dijo Angélica, no os he llamado para eso: sentáos.

Y le señaló un magnífico sillón.

—Pero ved, señora, que voy á dejar inservible este hermoso terciopelo de Utrech.

—¿Y qué os importa? dijo con impaciencia la comedianta.

—¡Ah! ¡ah! los barberos nos estamos restregando contínuamente con toda clase de bichos grasientos: ¡qué vida la nuestra!

—¿Me váis á contestar en verdad á lo que os pregunte, maese? le dijo Angélica sin escuchar sus últimas palabras.

—Os contestaré á todo lo que queráis y á más de lo que queráis, hermosa señora, contestó el rapista.

—Decidme, continuó Angélica, inclinándose hácia Pertiñez, sobre uno de los brazos de su sillón, y con el acento ardiente y ansioso: ¿por qué está cubierto con celosías el primer aposento del lado derecho de la escena?

—¡Ah! eso es lo que no podré deciros: por un capricho: lo que sé es que quien ha tomado ese aposento tiene licencia de la Inquisición y de la Chancillería para tenerle cerrado.

—Bien: ¿pero me podréis decir quienes son las personas que ocupan ese aposento?

—Las personas son un hombre y una mujer.

—¡Ah! ya sabía yo que había por medio una mujer; no me había engañado.

—Y, permitidme, señora, dijo sonriendo sutilmente el hombrecillo, si me entrometo en lo que yo no debo: ¿qué razones tenéis para pensar que haya una mujer tras de las celosías?

—Tengo tres razones poderosas, tres razones de mucho valor que hablan por mí. Váis á ver:

Angélica se levantó, fué á una especie de secreter de ébano, marfil, concha y plata, le abrió y sacó de él un cofrecillo, con el cual fué á sentarse en el sillón: cuando abrió aquel cofrecillo se deslumbró el barbero, y sus ojos casi se saltaron de codicia: tal le habían deslumbrado las joyas que en el cofrecillo se encerraban.

—Escuchad, dijo Angélica y como sí nada le interesasen aquellas joyas; vós habéis visto la comedia que hacemos.

—¿Pues no he de haberla visto? contestó maquinalmente el rapista que no quitaba ojo de la pedrería.

—¿Recordáis el momento en que Xarifa, la reina mora, jura vengar la muerte de su padre el rey Mirtilo?

—¡Oh! ¡vaya! como que se hunde el corral aplaudiendo; como que dáis miedo, señora; tan al vivo lo hacéis.

—Pues bien, me arrojaron confitura, llenaron la escena de gorras y toquillas, y enmedio de todo esto ¿qué diríais que cayó á mis piés?

—¡Oh! ¿quién sabe, señora?

—Pues bien, cayó este collar. Y la comedianta asió por un extremo un magnífico collar de gruesas perlas con broche de brillantes y le levantó ante los ojos admirados del barbero.

—¿Y estáis segura de que esas perlas y esos diamantes son finos?

—¡Que si estoy segura! este es un collar de reina: este collar vale un tesoro.

—¿Y no sabéis quien pueda haber sido...?

—Mientras devolvia al patio, sgun costumbre, gorras y toquillas, miré ansiosamente á todas partes: deseaba conocer á la mujer que se había desprendido por mi de tanta riqueza: yo había recibido aquel collar como hubiera recibido una bofetada: con cólera: este collar era para mí un insulto... la mujer que me lo enviaba, solo había tenido por objeto humillarme... vos no conocéis á las mujeres, añadió Angélica comprendiendo la estúpida expresión de asombro que se pintaba en los ojos extraordinariamente abiertos del maese: sí; quien me arrojaba este collar, quien me decía sin palabras: «toma y deja de ofrecer tu hermosura y tu ingenio á la soez admiración del vulgo» era sin disputa una mujer enemiga mía, que me dispensaba una protección humillante; sin embargo no ví ninguna dama, aunque las había hermosas y bien prendidas, que pudiese hacerme sospechar que era la dueña de esta joya: las mujeres lo conocemos esto con una sola mirada: pero había un aposento cerrado con celosías... tras aquellas celosías debía estar mí enemiga: sí, mi enemiga, y en efecto, en aquel aposento había una mujer.

—Si sabíais que la había ¿á qué me habéis preguntado?

—Os diré; mientras estuve dentro, antes de que se acabase la función, encargué á un comediante que procurase informarse de qué personas había en el aposento misterioso: cumplió su encargo y me dijo que había visto salir un caballero de estado y una dama, pero enteramente cubierta con un manto. Después para asegurarme más me dijo que no estaba seguro de si la dama encubierta había salido ó no del aposento cerrado, porque había mucha gente y se había confundido: pero me aseguró que de todas las damas que había visto solo aquella llevaba manto.

—¡Desesperarse porque sin duda la admiración de una gran señora os ha ofrecido un hermoso regalo..!

—¿Qué entendéis vos de esto? dijo con impaciencia Angélica. Dejadme seguir porque os cuento únicamente esto para que me ayudéis en mis sospechas, para que las aclaréis, si es preciso: me ví obligada á esperar otra

función: en efecto, el domingo siguiente, cuando el público me aplaudía con frenesí, yo, que tenía fijos los ojos en el aposento de las celosías ví abrirse una de estas, asomar una blanquísima mano de dama y arrojar á mis pies este brazalete.

Y Angélica mostró á maese Pertiñez, cuyo estupor crecía, una segunda y riquísima joya.

—Ya no podía tener duda, continuó la comedianta, de que en aquel aposento estaba la dama que se atrevía á insultarme. Tenía preparado como en la función anterior quien la siguiese, y aquella tarde fué seguida. Al volver el comediante encargado de seguirla, me dijo que del aposento de las celosías, acompañada de un caballero de más de cuarenta años había salido una dama cubierta con un manto de terciopelo. Que había entrado en una litera y que rodeada de muchos criados, había ido á una casa grande y principal en el Albaicín, junto á la parroquia de San Miguel. Encargué que se informase de quien era aquella dama y solo pudo decirme que se llamaba doña Inés de Fuensalida, que salía muy poco, y siempre cuidadosamente encubierta, y por último, que iba todos los dias al amanecer á la primera misa á San Miguel. Irritada de que mi emisario no supiese darme más claras noticias, ansiosa de conocer por mí misma á aquella mujer, me levanté al día siguiente antes de que fuese de día, y me fuí á la iglesia de San Miguel á esperar á esa dama tan misteriosa: al fin al segundo toque de la misa de alba, entró una dama tapada, y aunque su andar y sus maneras no me eran desconocidas, no pude verla el rostro: he procurado corromper á sus criados y los he encontrado incorruptibles: por último, en la tercera función recibí un nuevo ultraje, viendo á mis piés estas arracadas que valen tanto como cualquiera de las otras dos joyas.

—¿Y nada habeis podido averiguar más claro?

—No. He sabido, sí, que vos sois el que cobra los alquileres de la casa en que esas gentes viven; que esa casa es de un morisco...

—Sí, sí por cierto, del señor Diego López á quien conoceis.

—¡Que yo conozco al señor Diego López! dijo palideciendo Angélica.

—Sí por cierto, es el hidalgo á quien encontrásteis conmigo en el comedor, y á quien habeis saludado hace un momento.

—¡Ah! ¡ese jóven moreno, pálido, de ojos negros, es Aben-Aboo! exclamó profundamente pensativa Angélica.

—Sí, sí señora; así le llaman los moriscos, del mismo modo que llaman á don Fernando de Válor Aben-Humeya.

—¡Aben-Aboo! ¡Aben-Humeya! repitió Angélica.

—Y si supiérais, dijo embistiendo de frente el rapista, cuán loco, cuán enamorado por vos está don Fernando de Válor.

—¡Que está enamorado de mí!

—Como que me ha ofrecido no sé cuantas riquezas, si consigo de vos que le permitais hablaros una sola vez.

—¡Ah! murmuró Angélica; y reponiéndose, añadió: hablemos de la dama: vos cobrais los alquileres de la casa donde vive.

—Es verdad; pero jamás paso de un aposento del piso bajo, donde me recibe y me paga el mayordomo.

—Vos habeis revendido ese aposento cerrado á esa familia.

—Es verdad.

—Debeis, pues, haber visto á esa dama.

—Sí, pero cubierta con el manto.

—¡Oh! ¿y no habeis tenido curiosidad?

—Sí por cierto: pero cerraban por dentro con llave la puerta del aposento.

—De modo que no la conoceis.

—Ni más ni menos que vos.

Golpeó impaciente Angélica el pavimento con su pequeño pié.

—Pues yo necesito ver frente á frente á esa mujer, dijo.

—Lo creo, murmuró el rapista, no encontrando otra cosa mejor que contestar á la comedianta.

—Y es que vos me vais á procurar que la conozca.

—¿Y cómo?

—Buscando una llave que sirva para abrir la puerta del aposento.

—¿Estais en vos?

—Sé que os pido un gran servicio, pero os lo pagaré.

—¡Cómo!

—Dándoos una carta de cita para don Fernando de Válor.

Alegróse en lo íntimo de sus entrañas el barbero, pero se mantuvo firme.

—Me pedís una cosa muy arriesgada para mí, señora. Yo puedo proveeros, á cambio siempre de esa cita con don Fernando, de un medio mejor y menos expuesto; porque al fin, si os doy la llave y entrais, y esa dama no es la que creeis ..

—¿Y qué medio es ese?

—El señor Diego López Aben-Aboo, dijo con acento de misterio el barbero, está convidado á comer con ella, y va á vivir en su propia casa.

—Esa mujer será capaz de comer con antifaz, y de hablar á oscuras con Aben-Aboo. La llave, la llave, maese Pertiñez, y por la llave del aposento de esa mujer, os doy una cita al mio para don Fernando de Válor.

—¡Dádmela!

—Cuando me hayais entregado la llave.

—Pues dentro de una hora.

—Pues hasta dentro de una hora.

Pertiñez salió contando ya en su imaginación los brillantes doblones, que esperaba recibir de Aben-Humeya á cambio de la cita de Angélica, y ésta se quedó murmurando:

—¡Aben-Humeya! ¡Aben-Aboo! ¡el uno me solicita loco de amores, y el otro ha palidecido al verme por la primera vez! Creo que al fin encuentro el principio de mi camino.

CAPITULO VI.

En que continua un asunto suspendido en el anterior.

Aben-Aboo se paseaba impaciente en el chirivitil, donde le había establecido maese Bribiesca: habíanle llevado el agua, el caldo y la maleta; se había lavado y mudado de ropa blanca, pero ni maese Pertiñez se había presentado á rasurarle, ni el lacayo del marqués de la Guardia, el aun para nosotros desconocido Peralvillo, le había traido el trage anhelado.

Aben-Aboo impresionable, como todos los hombres de la raza de que era hijo, tenía en la cabeza un hervidero de impresionos tentadoras; un volcán en una palabra; pensaba á un tiempo en Aben-Humeya, que le arrancaba la corona con que había soñado; en la Dama blanca de la montaña, en la inquilina de la casa de San Miguel, y por último, flotante como una nube blanca y transparente sobre un celaje ennegrecido, la magnífica mujer, la cómica, que había visto un momento al reflejo de la luz de maese Bribiesca en el oscuro corredor de la hostería.

Eran estas bastantes impresiones para que el jóven estuviese profundamente preocupado, pasando de la una á la otra en un continuo torbelli-

no, uniéndolas á veces como si fueran partes de un solo cuerpo, como si hubiese entre aquellas mujeres una relación extraña.

Demasiadamente excitado su cerebro, empezó á embrollarse su pensamiento y el oscuro chirivitil en que se encontraba, á dar vueltas en torno suyo. Se sentó para dominar aquella especie de vértigo, en una de las sillas que estaban arrimadas á la pared, y permaneció inmóvil procurando dominar sus pensamientos.

De repente oyó ruido en el aposento inmediato como de abrir una puerta; luego la voz de dos personas que hablaban con interés.

De seguro que Aben-Aboo no hubiera reparado en aquello más que en cualquier otro incidente vulgar y de poca monta, si la conversación de aquellos dos hombres no le hubiera llamado vivamente la atención por algunas palabras para él demasiado interesantes.

—Os digo, os repito, decía una voz que acentuaba perfectamente el castellano, que don Fernando acabará por perderse.

—¡Bah! dijo otra voz que tenía, aunque levísimo, cierto acento extranjero; ¿y qué os importa á vos Cisneros, que Aben-Humeya se pierda ó se gane?

—¡Oh! más de lo que os parece, señor Godinez; os he traido á este aposento apartado porque aquí nadie puede oirnos ¿sabéis lo que ha hecho don Fernando de Válor?

—Alguna cosa como suya, dijo Godinez.

—Una atrocidad: ya sabéis que es regidor perpétuo de la Ciudad.

—¿Y quién no lo sabe?

—Pero no sabéis que este oficio se le había quitado á su padre por delitos, y que después de su muerte en una prisión, el rey le ha dado á su hijo por gracia y con arreglo á una sentencia de la sala de Granada. Afortunadamente la venticuatría no había sido declarada vacante, y don Fernando se vió horro de pleitos, pero no de envidias, porque ya algunos caballeros principales habian contado con que se proveería con ellos el tal oficio. Don Fernando, pues, al empuñar la vara de regidor perpétuo, se encontró con que aquella vara era para él un haz de enemigos. Se le ha mirado mal, porque todo el mundo mira mal al que es objeto de envidias, y además de esto porque don Fernando ha tratado á todo el mundo con tanta altanería, que á todos los tiene ofendidos, y nada hay que extrañar en lo que sucede.

—¿Pero qué le sucede?

—Esta mañana había cabildo: según costumbre inmemorial en Castilla, todos los regidores al entrar en cabildo dejan todas las armas que llevan á sus escuderos ó criados; pues bien, á pesar de esta costumbre reconocida y acatada por todos, hasta por el mismo capitán general, don Fernando de Válor entró en cabildo con la daga en la cintura.

—¡Un olvido!

—O una intención imprudente. Lo cierto del caso es que habiendo notado esto que creyó descuido en don Fernando, el regidor don Luis Dávila, advirtióle con mesura que no era bien entrase armado donde nadie tenía armas. Replicó descortesmente don Fernando, alegando privilegio; don Luis Dávila irritado por su descortesía, le echó mano á la daga para quitársela, y á esta acción, también imprudente, sucedió un tumulto espantoso; en vano el corregidor quiso calmarlo: don Fernando amenazaba al cielo y á la tierra, y yendo el escándalo en aumento, el corregidor llamó traidor á grandes voces á don Fernando y le mandó llevar preso. Mas éste, que sin duda estaba prepa-

rado, rompió daga en mano por medio de los que se acercaban á prenderle, dejóse herido un portero, ganó la puerta de la sala, la antecámara y las escaleras, montó á caballo y escapó, sin que hasta ahora se sepa dónde para. Se tienen sospechas de que los moriscos piensan rebelarse, y se cree que todo lo que ha pasado en las casas consistoriales, no sea otra cosa que un lance provocado por don Fernando para tener un pretexto para ponerse á la cabeza de la rebelión. Los tercios se han encastillado; no se ven por esas calles más que caballeros armados de lanza y coselete que corren á presentarse al capitán general, y éste, el presidente de la Chancillería, el corregidor y el alcalde mayor están en consejo. ¿Y creeis que esto no me importe nada?

—Nada debe importaros Cisneros, nada absolutamente, puesto que vos no sois ni morisco ni soldado. Si la cosa se enreda, con volvernos á Sevilla, de donde hemos venido, punto redondo.

—¡Volvernos á Sevilla! ¿sabeis señor Godinez que estamos arruinados?

—¿Y quién os manda ceder hasta tal punto á los caprichos de esa mujer? Hemos ganado un rio de oro, en un año que andamos representando por Andalucía, y esa mujer ha sido el embudo por donde ese oro ha desaparecido.

—Vos no conoceis á esa mujer, maese Godinez.

—Sé que es muy difícil encontrar una dama tal como ella: sé que sin ella no ganaríamos ni la décima parte de lo que ganamos; pero en cambio no tendríamos que gastar tanto. Es nuestro tirano: con sus humos de gran señora, no hay medio de que se avenga á lo que otras damas se avienen; los trages han de ser de lo mejor, de lo más fino: sedas, pieles, brocados, joyas: su habitación ha de ser una habitación de princesa, su mesa una mesa de arzobispo. Si hay polvo ó humedad en las calles, litera; si la duele un tanto la cabeza, no hay medio de hacerla representar, aunque la entrada esté hecha. Decís bien, no sé quien es, porque esa mujer es un misterio, pero sé que todo lo que por ella se gane se gastará con ella, y que en vez de ahorrar nos empeñaremos.

—Pues ved ahí por lo que me contraria, me desconcierta, el lance de don Fernando de Válor; porque á no dudarlo, esta tarde no habrá función; había muy buena entrada, con la cual esperaba salir de apuros, y será necesario devolver el dinero; ¡si al menos esto pasase! pero tiene trazas de haber empezado para no concluir tan pronto.

—Os aconsejo que os separeis de esa mujer, Cisneros. A mí como autor, me importa muy poco, pues saco mi parte; pero vos os váis quedando cada día más pobre.

—¡Oh! ¡separarme de ella! ¡imposible! ¡imposible de todo punto; Godinez! la amo con toda mi alma.

—Pues ved ahí, yo no comprendo que un hombre ame sin ser amado, y sobre todo cuando se le dan contínuamente celos. Y os digo esto porque se dice, no se con qué fundamento, que nada conseguís ni habéis conseguido de ella.

—¡Es verdad! ¡es verdad! hubo un tiempo en que creí que esa mujer me amaba: pero me engañé. Aún espero el primer favor.

—Dicen además que ella tiene un amante á quien adora, y que el tal amante se jacta de que nadie más que él ha poseido á esa hermosura, tras la cual andan tantos desesperados.

—¡Ah! ¡el marqués de la Guardia se jacta..! ¡tiene razón... porque ella le adora!

—¿Y lo sufrís?

—Sufro más de lo que creéis; por ejemplo: yo que tengo mi aposento cerca del de Angélica, siento todas las noches por delante de mi puerta los pasos de un hombre, que se detiene delante de la puerta de Angélica, abre y entra; después sale por la mañana, muchas veces sin recatarse de nadie.

—No comprendo vuestro amor.

—Es porque yo amo de veras y soy esclavo.

—Pues tenéis fama de no haber sido así en otro tiempo.

—¿Qué queréis? Aquellos tiempos pasaron. Un príncipe poderoso era mi esclavo. Tenia en mis manos más de lo que pensaba. Pero un día una mujer terrible se puso entre el príncipe y yo...

—La hija del emir de los monfíes...

—¡Cómo! exclamó Cisneros asustado ¿quién os ha dicho eso?

—¡Bah! yo sé quién sois, quién es Angélica, quién es la hija del emir. Vos no sabéis quién soy yo... no os lo digo, porque necesito imponeros respeto para salvaros.

—¡Para salvarme!

—No quiero que seáis la víctima de esa mujer.

—¡Y sabéis quién es esa mujer!

—Vaya si lo sé. Como sé quién os hirió la noche que la conocísteis.

—¡Qué sabéis...!

—Sí por cierto: fué vuestro amigo el marqués de la Guardia.

—¡Que rondaba la casa de la hija del emir...!

—Y vió entrar al príncipe y tuvo celos.

—¡Ah! pero cuando tanto sabéis ¿quién sois...?

—¿Que qzién soy yo...? hace mucho tiempo que nadie me conoce más que yo mismo. Oid: unas veces soy jóven: otras viejo: suelo llamarme príncipe, ó caballero, ó rufian, ó comediante: unas veces tengo un nombre, otras otro: Angélica me conoce demasiado bajo otra forma: ¿pero preguntarle si conoce á Salvador Godinez? ¿si sabe quién es? De seguro que no piensa que yo soy una moneda falsa. Yo se cambiar de semblante, de acento, de edad, aun de estatura: sé adaptarme á todas las condiciones. Ya me habéis visto representar...

—Y lo hacéis á las mil maravillas. He tenido celos de vos.

—No tanto, no tanto. Vos siempre seréis el famosísimo Cisneros, la delicia de las damas de la corte, que lloran vuestra ausencia, y la admiración de los hombres de ingenio. Yo soy infinitamente más cómico que vos, pero no en el tablado y entre las cortinas, sino en el mundo, entre las gentes. Tan cómico soy, que Angélica, vuestra adorada Angélica, que sabe que existe un hombre que la ama y la aborrece á un tiempo; que sabe que ese hombre cambia de nombre y de aspecto, pero no de corazón ni de propósito; que por lo tanto debía desconfiar de todo desconocido que se le acercase, no desconfía de mí, y me cree simplemente Salvador Godinez, comediante y autor de la compañía del señor Andrés Cisneros.

—¡Que amáis á Angélica! exclamó Cisneros que solo esto había oido de las últimas palabras de Godinez.

—¡Que si la amo! ¡si no la amara viviría!

—¡La amáis! yo creo que esa mujer ha nacido para enamorar á todo el mundo.

—Os engañáis. A esa mujer la sucede lo que á otras muchas. Las aman todos, menos el hombre que las posee.

—Es decir que el marqués de la Guardia...

—No la ama, porque ama á otra.

—¡A otra!

—Sí, á una mujer á quien yo amaría también, si mi amor hácia ella no fuese insensato; un martirio á que me condenaría inútilmente. El marqués de la Guardia ama á la hija del emir de los monfíes, y porque la ama finge amor á Angélica.

—No os comprendo.

—La hija del emir se ha perdido para el marqués. Pero el marqués sabe que si una mujer se pierde para su amante, no se pierde jamás para la mujer que la aborrece, que la sigue, que la persigue ansiando venganza, cuando esta mujer tiene medios para obrar tan poderosos como son los que tiene Angélica.

—Con que la hija del emir y Angélica...

—Son enemigas, enemigas á muerte por la sola razón de que aman á un mismo hombre.

—Lo que no comprendo bien, es por qué me hacéis estas revelaciones, dijo con intención Cisneros.

—Porque ha llegado ya el momento de obrar. Angélica sabe que tiene cerca á su rival, tiene medios para envolverle en una horrible venganza y obrará. Es más: yo la ayudaré á que obre. Por lo mismo para ayudarla, me veré obligado á estar separado de ella largas temporadas: yo puedo transformarme: pasar por monfí entre los monfíes, por soldado entre los soldados del rey, como paso por comediante entre los comediantes; pero no puedo duplicarme, no puedo hacer dos mi persona, y quiero saber todo lo que dice, todo lo que hace, si es posible, todo lo que piensa Angélica. Para ello necesito un hombre experimentado, sagaz, que sepa como yo encubrir bajo su semblante tranquilo sus pasiones, dominar los sucesos y no dejarse dominar de ellos; ese hombre sois vos Cisneros: pero para que lo seáis, es necesario que os dominéis: es necesario que comprendáis que una mujer que nos toma como instrumento, no debe inspirarnos amor sino vengaza. Es necesario que comprendáis también que habéis sido muy ambicioso y muy imprudente: que habéis cometido grâves delitos cuyas pruebas tengo yo...

—¡Que yo he cometido delitos!

—Sí, y ya que me habéis traido á un lugar donde nadie puede escucharnos, voy á hablaros con lisura. Vos, nacido de la plebe, lanzado por casualidad á la vida de comediante, para la que poseéis grandes talentos, os vísteis aplaudido, enriquecido, acariciado por las damas, casi recibido en la corte: entrábais en ella por el postigo, es verdad, pero aquel postigo os llevaba á donde no lleva á otros la puerta principal. Hace algunos años trabásteis conocimiento con el príncipe don Carlos, como lo tratan generalmente con los grandes señores los hombres que han logrado hacerse famosos en cualquier oficio: á título de protección del gran señor, hácia el gran comediante. El príncipe no tenía la cabeza enteramente sana y había nacido además muy mal inclinado: era ambicioso, incorregible, déspota, amigo de excesos y enemigo de toda sujeción: la dependencia en que vivía como hijo y como vasallo de uno de los hombres más terriblemente celosos de su autoridad, le irritaba. Vos comprendísteis todo esto, como lo habían comprendido otros, ú otro, y pensásteis como aquel otro, aprovechar las perversas cualidades del príncipe para engrandeceros. Aquel otro, que era también un gran señor, casi un rey, el emir, en una palabra, conoció que debía aprovecharse de vos y se aprovechó. El vínculo que unía á un tiempo al príncipe, al emir y á vos era el amor de una mujer: el amor voraz, voluntarioso, impaciente, que el príncipe sentía há-

cia la hermosa duquesita. ¿Queréis que invierta más tiempo probándoos de qué manera poseo pruebas de vuestra doble traición contra el rey, incitando á la rebeldía al príncipe, irritando sus deseos por doña Esperanza, y sirviendo al mismo tiempo al emir de los monfíes? Vos habéis escrito cartas imprudentes, cartas cada una de las cuales vale vuestra cabeza, y esas cartas Cisneros están en mi poder.

—¡Es decir que me imponeis condiciones!

—Me constituyo en vuestro señor representando al diablo á quien os habeis vendido por ambición.

—¿Y no temeis que esté desesperado?

—No porque aún sois ambicioso.

—¿Y qué me podeis vos dar?

—Puedo daros, si os resistís á servirme, una muerte horrible. Porque ¿qué creereis que haría con vos Felipe II cuando supiese, que vos, envenenando el corazón de su hijo, impulsándole á la traición, le habeis obligado á matar al príncipe?

Cisneros calló.

—Por el contrario, si me servís bien, os enriqueceré; es más: os pondré en ocasión de ser. ¿Quereis ser walí de un rey moro...? pues bien: podrá suceder que lo seais. ¿Quereis conquistar la gracia del rey de España y su privanza? Servidme: si solo quereis ser rico, sedlo desde ahora.

—¡Cómo! ¿vos podeis enriquecerme, hacer levantar el destierro que me separa de la corte, fuera de la cual no vivo?

—Lo puedo.

—Y sin embargo, ¿teneis paciencia para vivir con un miserable salario...?

—¡Imbécil! ese es el antifaz, el medio. Decidme, Cisneros: ¿habeis creido de buena fé que hemos ganado todo el oro que se ha gastado en pagar la compañía, y en sostener los caprichos de Angélica?

—El público ha pagado muy caro.....

—Por muy caro que hubiera pagado el público, las entradas ñó hubieran bastado para pagar la compañía, que es muy numerosa y muy buena, porque vos no queréis trabajar con malos cómicos. Quien ha pagado he sido yo: como soy quien vendo las entradas; como nadie tiene que enterarse de ello, he hecho al revés de otros que roban: he aumentado... he aumentado diez veces más: aposento había por el que solo han pagado un escudo, y yo he dicho que han pagado un doblón, y así todo. Con que, nada os importe que los moriscos se rebelen ó no: mejor para nosotros... nada importa que no podamos representar más en Granada; mejor; nos desembarazaremos de todos esos comediantes, que al fin son ojos que ven, oidos que escuchan y bocas que mienten, y nos estorban. Por lo demás y ya que os prestáis á servirme, tened muy en cuenta el no ser débil con Angélica, revelándola una sola palabra de lo que hemos hablado; continuad como siempre; tratadme delante de los demás con la soberbia que siempre me habéis tratado, y basta por ahora. Son ya cerca de las doce, y voy á ponerme á despachar las entradas.

—¿Pero creéis que después de lo que ha sucedido esta mañana pueda haber función?

—¡Bah! todo ello no pasará de ruido: ya veréis como se nos llena el corral, y sobre todo que nosotros no podemos suspender la función sin orden del corregidor.

Tras estas palabras, Aben-Aboo que había unido su oreja derecha á la pared para oir mejor, sintió que los del aposento inmediato se dirigían á la puerta, la abrían, salían y cerraban de nuevo.

Luego los pasos de los dos se perdieron á lo largo del corredor.

—¿Con que ese señor Godinez, no es Godinez? dijo Aben-Aboo, ¿ni esa comedianta es lo que parece, ni el señor Cisneros por lo visto se contenta con ganar su dinero representando? ¡Aben-Humeya, toma un pretexto para la rebelión! ¡Amina ama al marqués de la Guardia! ¡la comedianta también! ¡estas dos mujeres se conocen y son enemigas! ¡El señor Godinez alienta proyectos! ¡Oh! ¡por el Dios Altísimo, que mi buena suerte me ha traido á esta hostería. Creo que al fin de este laberinto, está mi suerte buena ó mala! ¡la tumba ó el trono! Pues bien: es necesario que yo me proeure un hilo que me guíe para llegar al fin de ese laberinto. Cada uno de esos comediantes es un cabo. Pues bien, yo reuniré á los tres. Yo procuraré no perderlos. ¡Y el marqués de la Guardia! ¡mi buen amigo! ¡oh! ¡oh! ¡Ahora más que antes me impacienta la tardanza del criado del marqués! y bien mirado, ¿para qué necesito yo sus vestidos? ¿No vengo de viaje? No sé por qué tengo impaciencia de conocer á esa doña Inés de Fuensalida; me parece que este es otro cabo que me presenta mi fortuna.

Habíase ya decidido Aben-Aboo por presentarse de cualquier modo en la casa de sus inquilinos, cuando se oyeron pasos en el corredor que se detuvieron junto á su puerta y una mano llamó á ella.

Era el lacayo del marqués que traía un envoltorio bajo el brazo izquierdo y una espada y una daga de corte en la mano derecha.

CAPÍTULO VII.

De cómo hasta el fin del capítulo no pudo sacar nada en claro Aben-Aboo acerca de sus inquilinos.

A punto que daban las doce, llegaba Aben-Aboo, bizarramente vestido con un traje de brocado escarlata, calzas de grana y zapatos acuchillados, á la puerta de la casa de don Alonso de Fuensalida, ó, por mejor decir, de su casa.

Al atravesar la ciudad había observado profundamente el aspecto de ella y nada había encontrado de extraño: era muy posible que los tercios estuviesen reunidos, instalados en consejo el cabildo y la Chancillería y que se hubieran tomado algunas precauciones; pero las gentes iban tranquilamente por la calle como de costumbre, salían de oir misa de las iglesias multitud de damas ataviadas como la que va á misa tarde para ser vista, y muchos soldados, alféreces y capitanes, andaban, á su paso, y á sus negocios, como si absolutamente no amenazara ningún peligro.

El acontecimiento, pues, de aquella mañana en las casas consistoriales había quedado completamente aislado.

Aben-Aboo, se entró por el zaguan, y pidió á uno de los lacayos que vagaban por él, le anunciase á su señor.

Inmediatamente aquel hombre le introdujo, precediéndole para guiarle por unas anchas escaleras de mármol, alfombradas en el centro y unos corredores, alfombrados tambien, á una antecámara y una cámara donde le salió al encuentro un caballero como de cuarenta y seis años, enteramente vestido de negro, de fisonomía enérgica y hermosa.

—El señor Diego López, á quien esperaba vuecencia; dijo el lacayo apenas vió á su señor, retirándose enseguida.

—Bien venido seáis, caballero, le dijo el señor excelentísimo á Aben-Aboo, y tanto más, cuando mi hija y yo empezábamos á estar cuidadosos por vos.

—¡Oh¡ permitidme que me enorgullezca de haber sido el objeto del cuidado de esa hermosa señora.

—Nada tiene esto de extraño caballero, cuando mi hija doña Inés os debe muchas atenciones.

—¡Atenciones!

—Sí por cierto: cuando tuvisteis la complacencia de cedernos vuestra casa....

—Decid la necesidad, señor don Alonso: si yo no hubiera venido á la pobreza en que me hallo....

—No hablemos de esto, sois pobre porque sois honrado, y la honra es el primer caudalde un hidalgo Dejadme ahora probaros como os debe atenciones mi hija. Cuando supísteis que venía á vivir á vuestra casa una dama, vos, que del ajuste de arriendo habíais exceptuado cuatro habitaciones, que eran para vos un santuario, las que había vivido vuestra madre, habitaciones que debían permanecer cerradas, os apresurásteis á ofrecerlas á mi hija para su uso. Doña Inés aceptó con placer vuestro ofrecimiento, ha vivido en esas habitaciones y ha aspirado el perfume de santidad, de sufrimiento, de dulzura que en ellas ha dejado vuestra madre. Doña Inés vive en la misma habitación en que vivió vuestra madre, Aben-Aboo.

—¡Ah! ¡sabéis mi nombre!

—Porque lo sabemos; porque sabemos que sois primo hermano de Aben-Humeya, que ha cometido hoy, arrastrado por su mocedad y por su imprudencia uno de los mayores desaciertos que pudiera haber cometido, estábamos con cuidado por vos.

—¿Con que sabéis?

—¿Y quién no sabe los pensamientos de los morisos? Sábelos el capitán general, el presidente, el corregidor... y como vos sois tambien morisco....

—Pero vasallo leal del rey nuestro señor, aunque no me haya honrado tanto como á mi primo hermano don Fernando de Válor, dijo cubriéndose de la mayor reserva Aben-Aboo, por que no sabía el terreno que pisaba.

—¿Y cómo andáis Aben-Humeya y vos?

—Nos tratamos como buenos parientes, pero nos vemos poco: él vive generalmente en Válor con su madre doña Elvira, y yo vivo con mi madre en Cádiar cuidando de unas tierrecillas que nos han quedado.

—¿Y cómo se encuentra vuestra buena madre? Yo la conocí antes de que os diera á luz y era una doncella hermosísima, dulce, sufrida; un angel en una palabra. Baste deciros que estuve enamorado de ella, y que bien hubiera podido ser que nos hubiésemos casado. A veces una casualidad dispone del porvenir de dos personas; pero no hablemos más de esto, porque no debe hablarse de las cosas pasadas. Y puesto que ya os tenemos aquí, vamos á tranquilizar á mi hija.

—Una palabra, don Alonso, una sola palabra: desde que recibí vuestra cortés invitación para venir á vuestra casa bajo pretexto de que era mía, estoy luchando con la duda de quién había podido deciros que yo estaba en Granada, cuando me he venido solo, á la ligera y á mata caballo desde mi atalayuela de Cádiar, sin avisar á nadie.

—No lo extrañéis: me ha avisado maese Pertiñez.

Aben-Aboo recordó que el rapista no se había separado de él ni habia

hablado con nadie; aceptó con las muestras de la mayor credulidad la respuesta de don Alonso, pero en su pensamiento se estereotipó por decirlo así esta frase recelosa:

—¿Quién será este hombre? ¿quién será su hija?

Don Alonso le hizo atravesar algunas habitaciones demasiado conocidas para él, y cuyo rico mueblaje encontró en el mismo estado en que se encontraba cuando vivía en aquella casa con su madre, y al fin se acercó con el corazón palpitante á una puerta cubierta de arabescos. Aquella puerta era la de las habitaciones de su madre.

Despues de pasar aquella puerta y una antecámara, don Alonso abrió una mampara de cuero de Marruecos recamado, é hizo seña al jóven para que pasase. Aben-Aboo, al abrirse aquella mampara había arrojado un grito involuntario. Delante de él se había presentado una doble aparición. Una dama hermosísima, vestida de blanco, con una rozagante túnica de brocado, resplandeciendo toda, con sus joyas, con su mirada, con su hermosura, con sus ropas, y por cima de la cabeza de aquella aparición casi divina, otra mujer no menos hermosa, vestida de blanco, pura, coronada de flores, é impresa sobre su semblante de niña, la melancólica expresión de un sufrimiento resignado, que la hacía aparecer más hermosa: entre aquellas dos mujeres, real la una, pintada la otra, que se tocaban y se confundian á la vista de Aben-Aboo, por un accidente de posición, había algo de comun, algo de semejante, algo de eso que puede llamarse aire de familia, y que bien podía ser ese misterioso punto de contacto que existe entre dos mujeres hermosas que pertenecen casi á un mismo tipo. Para completar más esta analogía, en el semblante de la una dama, de la dama que respiraba á dos pasos de Aben-Aboo, habia la misma expresion de sufrimiento dulce y resignado, que en el semblante de la dama pintada en un magnífico cuadro suspendido de la pared al fondo de la cámara. Aben-Aboo no sabía quién era la dama viva, pero sabía sí, que la dama pintada era una reproduccion exacta de su madre doña Isabel de Válor cuando solo tenía diez y siete años.

La inesperada vista de su madre á quien amaba con delirio, puesta en contraposición con doña Inés, le había arrancado del corazón un grito de angustia, por decirlo así, porque al mismo tiempo creía haber encontrado en la jóven y hermosa dama que le contemplaba con una profunda paz, mucho de semejante en el traje y en la actitud, con la misteriosa Dama blanca de la montaña.

Pero Aben-Aboo tardó poco en reponerse, saludó cortesmente á doña Inés, se disculpó de su conmoción con la inesperada vista de su madre á quien dijo haber dejado harto triste en las Alpujarras, y se sentó á la mesa que ya estaba servida y á la que asistieron inmediatamente cuatro lacayos á cuya librea no podía pedirse nada en cuanto á gusto y riqueza.

¡Y cosa extraña! el semblante y las maneras de aquellos lacayos; la precisión con que servían; un no sé qué de característico impreso en ellos, que Aben-Aboo, no comprendía bien, le impresionaban tanto, como don Alonso, como su hija, como el recuerdo ardiente de todo cuanto había pasado por él aquel dia fecundo en aventuras.

Pero Aben-Aboo era sagaz, astuto y prudente y sostuvo á pesar de sus observaciones, con la mayor lisura y naturalidad, la conversación de generalidades que se sostuvo durante la comida.

Nada vió Aben-Aboo que indicase

en doña Inés el deseo de agradarle; le trataba con esa fácil manera á que está acostumbrado todo el que ha tenido trato de gentes; hacía los honores de la mesa de una manera perfecta, y, sin embargo, lo perfumaba todo para Aben-Aboo, que acabó por sentirse impresionado, y, por necesitar de toda su fuerza de voluntad para no perder su aspecto tranquilo. Concluyóse la comida cuando eran las dos, y don Alonso pidió las sillas.

—Esperamos, dijo, que nos acompañaréis: no siempre se encuentra en Granada una compañía tal de comediantes como los que ha traido el señor Andrés Cisneros.

Aprovechó la ocasión Aben-Aboo para empezar á utilizar las observaciones que le habia procurado la casualidad en la hosteria del Carbon y dijo con suma naturalidad:

—En efecto, mi amigo el señor marqués de la Guardia, á quien he encontrado de una manera imprevista casa de maese Pertiñez, me ha hecho grandes elogios de esos comediantes, especialmente de una Angélica, que dice es un prodigio; yo le habia creido de buena fe, pero después he dudado acerca de la habilidad de esa mujer.

—¿Y por qué? dijo sonriendo doña Inés; habéis hecho mal: la Angélica es toda una comedianta que se hace aplaudir con entusiasmo.

—Créolo, señora, después de que vos me lo afirmáis.

—¿Y por qué no creerlo por el dicho de vuestro amigo?

—Porque mi amigo que es un loco, señora, un hombre de aventuras, está ciegamente enamorado de la Angélica.

—Y hace bien, porque es muy hermosa, caballero: en fin, vos la veréis y la juzgaréis.

—¡Ah! mi opinión, señora, sería muy falsa: criado, como quien dice, en las Alpujarras, entre cerros, siempre aguijando lebreles, y corriendo tras los corzos, soy casi un rústico.

—Pero un rústico, ya que vos lo queréis, que tiene un gusto exquisito, dijo riendo la jóven; perdonad si me tomo con vos alguna confianza: estoy viendo todos los días á vuestra madre, he acabado por amarla, y esto es bastante título para que trate á su hijo como á un conocido antiguo, casi como á un pariente; os digo esto para que no extrañéis lo que voy á deciros acerca de vuestro buen gusto.

—Que vos me suponéis.

—Del que lleváis sobre vos una prueba indudable.

—¿Sobre mí?

—Sí, en el brocado de vuestro traje; es precioso... y rico... las mujeres reparamos mucho en esto, y siempre procuramos informarnos de en donde se venden tan ricas, tan hermosas telas. ¿Dónde habéis comprado ese brocado?

—En Granada hoy mismo.

—¡Hoy!

—Elogiando mi buen gusto habéis elogiado el del marqués de la Guardia.

—¡Ah! ¡dispensad! yo creía que vos...

—Nada tiene esto de extraño. Había venido á la ligera y no quería presentarme con el lodo del camino. Afortunadamente encontré á mano al marqués que se prestó á venderme un traje, y él mismo ha elegido este entre los suyos.

—Pues debéis estar muy agradecido á vuestro amigo. Por mi parte quiero que le preguntéis donde ha obtenido tan hermosa tela. Yo creo que solo en Venecia podrá encontrarse hoy y á un precio exorbitante. Reparad, reparad, padre mío, lo fino, lo bello de este brocado; es de tres altos y está bordado de aljófar. Con que ¿preguntaréis al marqués?...

—¡Oh! de seguro, señora.

—Las literas esperan á vuecencias, dijo un lacayo á la puerta.

La hermosa dama llamó á una de sus doncellas, la pidió un manto, y esta le trajo uno de terciopelo en que se envolvió completamente.

Después, asiéndose con la mayor lisura al brazo derecho de Aben-Aboo:

—Vamos, señor Diego López, dijo: estoy impaciente porque viendo á la Angélica, comprendáis que el marqués de la Guardia vuestro amigo, tiene tanto gusto para sus amores como para sus brocados.

Aben Aboo, seguido de don Alonso, condujo á la jóven hasta el patio donde esperaban dos literas: en la una entraron el padre y la hija, y en la otra Aben-Aboo.

Esta circunstancia favoreció al jóven. Se encontraba solo, y por decirlo así, encerrado, y para aumentar más aquella especie de aislamiento, corrió las cortinillas de los cristales, y se entregó á la meditación de lo que había observado durante la comida.

Por muchas razones había sospechado que quien le había dado un bolsillo de oro en la ermita de San Sebastián, y el que le había convidado á su casa eran una misma persona: en aquel caso don Alonso debía ser el emir de los monfíes y su hija Amina, aquella misteriosa hermosura que nadie conocía: tenía además razones para sospechar que la mujer rival de Angélica fuese la hija del emir, y otras razones no tan claras para creer que doña Inés, Amina, y la Dama blanca de la montaña eran una misma persona.

Pero todas sus suposiciones se estrellaban contra el aspecto y las palabras tranquilas con que doña Inés había oido y contestado las palabras intencionadas que habia permitido á sus recelos Aben-Aboo: ni al oir el nombre de Angélica ni el del marqués de la Guardia se había conmovido la jóven, ni un solo músculo de su semblante se había contraido, al saber que el marqués de la Guardia estaba enamorado de la comedianta.

Extrañábale además, sobre manera, que una dama de la calidad y del estado que mostraba doña Inés, se hubiese entrometido, por más que hubiera querido justificarlo, en la calidad del brocado que vestía y en su procedencia. Y en verdad que esto era de extrañar, tratándose de un hombre á quien doña Inés veía, ó por lo menos hablaba, por la primera vez. Todos estos pensamientos eran bastantes para revolver el seso á otro menos caviloso que Aben-Aboo, y como si esto no bastase, punzábale el corazón un sentimiento agudo, amargado por un sin número de dudas y de temores: este sentimiento era un amor naciente, puro, dominador y tirano, aun en su principio, que había aspirado Aben-Aboo en la hermosura de doña Inés y de la atmósfera de misterios que la rodeaba.

Antes de que el jóven hubiese encontrado la más leve solución á sus pensamientos, paró la litera. Entonces, se encontró á la puerta del corral del Carbón, á la que afluía una multitud inmensa. La función debía haberse empezado, ó estaba á punto de empezarse, porque ya el bobo y su tambor habían desaparecido. Sudando y codeando por hacerse visible entre la multitud, aparecía maese Pertiñez vestido de día de fiesta y con su capa nueva de paño fino. Dos lacayos de don Alonso abrían plaza, y al cabo, Aben-Aboo, siguiendo al padre y á la hija, se encontró primero en unas escaleras, después en un corredor, luego delante de una puerta, que abrió con llave un lacayo, y al fin dentro de un pequeño espacio cuadrado, cubierto de tapices en las paredes y en el techo, y de alfombra en el suelo y

cerrado por delante por una celosía. Además en el centro, y por razón de lo frío de la habitación, había una copa de plata con fuego.

Tres sillones estaban colocados delante de la celosía: sentóse en el de la derecha doña Inés. en el del centro Aben-Aboo, y don Alonso, despues de haber cerrado la puerta del aposento con la llave que le entregó un lacayo. se sentó en el sillon de la izquierda.

Solo entonces y cuando estuvo segura de que de nadie podia ser vista más que de Aben-Aboo y de su padre, se despojó doña Inés de su velo, dejando descubiertos ante Aben-Aboo, tesoros de hermosura en los redondos hombros, y en el seno cuasi cubierto por un exagerado descote.

Aben-Aboo estaba en malas condiciones para consagrarse á la observación de lo que pasaba, de lo que se veía más allá de doña Inés; pero nosotros que no estamos enamorados ni dominados por las pasiones de Aben-Aboo, podemos salirnos de aquella especie de cajón en que estaban encerrados los tres personajes, y dedicarnos á la contemplación del aspecto que presentaba el corral

Tres de sus lados mostraban sus ventanas y corredores henchidos de damas aderezadas, pintadas, ó afeitadas, como se decía entonces, luciendo su desnudez á pesar del frio; entre las damas cubiertas de plumas y de relumbrones, caballeros jóvenes, maduros y viejos, no menos enjabelgados y aliñados muchos de ellos, más que las mujeres: en un aposento grande, al frente, se veía el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición; en otro al lado, el capitán general y sus tenientes y oficiales; más allá el aposento de la Chancillería, y luego el de la ciudad; todos estos aposentos tenían en sus balaustradas, así como los ocupados por las damas y caballeros particulares, ricas colgaduras de seda ó de terciopelo, del color y con las armas que correspondían á cada corporación ó familia, por lo que, siendo muchos los colores y harto diferentes los blasones y las empresas, formaban un peregrino contraste: sólo había una colgadura ó repostero que no tenía armas ni empresa; pero en cambio era tan rico, tan recargado de oro y adornos, que valía él solo por todos los del corral: este repostero era el del aposento del llamado don Alonso de Fuensalida.

Descendiendo al patio, allí era también grande la variedad de colores, cintas y preseas: ocupaban las sillas hombres, en general, y algunas damas galantes en la delantera junto á los músicos: á medida que las sillas estaban más lejos de la escena, era menor el lujo de los que las ocupaban, y al fin, allá en último término, estrujándose. apretándose, pisándose, apostrofándose, produciendo un ruido infernal, estaba la gente de á pié, compuesta de hidalgos pobres y de gente valdía.

El cuarto lado del corral, estaba enteramente ocupado por el escenario y por los tapices que encubrían los cuartos provisionales dónde se vestían los actores: el escenario, propiamente dicho, formado por dos pabellones de damasco rojo y un tapiz de Flandes, sobre un tablado de una vara de altura, estaba inclinado notablemente hacia la derecha, y de tal modo, que el aposento más cercano á él, era el de la celosía.

Esto tenía sus razones sin duda, pero los que ocupaban los aposentos y las sillas de la izquierda, se quejaban con razón, porque desde sus puestos no podía verse bien lo que pasaba en el escenario.

El cielo estaba radiante y despejado, y como ya eran las dos largas de la tarde, el sol iluminaba únicamente

la parte alta de la pared oriental del patio.

Apenas había entrado en su aposento don Alonso de Fuensalida, con su hija y su huésped, cuando, como si solo hubieran esperado su llegada, rompieron las guitarras de la música, acompañadas de trompetas y tambores, que se habían llevado porque la comedia era de moros y cristianos, y había, por lo tanto, que tocar al arma. Todos estos instrumentos juntos, mal tañidos y peor concertados, formaban un estrépito infernal, que solo podía ser tolerable por la costumbre, y sobre todo, por lo corto de su duración. Concluida aquella especie de overtura salvaje, se corrió la cortina, quedando descubierto un espacio cuadrado, formado por tapices, y salió el bobo, vestido de pastor, con zurrón, cayado y pellica.

Nuestros lectores nos permitirán que les demos una idea de lo que era una representación teatral en aquellos tiempos, en que el arte escénico estaba en su infancia: ya hemos descrito la manera como se adornaban los corrales en que estas representaciones se hacían: réstanos decir, en cuanto á la parte material, que no había decorado, sino muy raras veces, representando generalmente los cómicos entre cortinas ó tapices, tras los cuales aparecían ó desaparecían por una abertura, según que lo requería la marcha del asunto: representaban de memoria y sin apuntador y su declamación era un tanto cantada, armónica, particularmente en las obras en verso. En cuanto al órden de los espectáculos, vamos á presentar, como muestra, el de la función que iba á representarse aquella tarde en Granada por la compañía del famoso Cisneros.

Primeramente el Introito, con una loa de Torres Naharro, autor dramático, que floreció á principios del siglo XVI. Después la comedia en cuatro jornadas, y en verso, de un autor desconocido, titulada: «Reina Moraima». En tercer lugar, un coro y baile, titulados «El amor». En cuarto, el «Paso del convidado», de Timoneda, autor valenciano, que floreció por aquellos tiempos: y últimamente, el «Paso del ciego», de Lope de Rueda, que de batidor de oro, se había convertido en insigne autor y comediante.

En la imposibilidad de ofrecer á nuestros lectores toda esta función, diálogo por diálogo y punto por punto, vamos á trascribirles la loa ó introito que declamó el bobo (así se llamaba entonces á los graciosos) no solo para que juzguen del gusto dramático de entonces, sino para que observen con cuánta libertad hablaban entonces al público los autores y los comediantes.

Hé aquí la loa que el bobo declamó con gran desenvoltura á vuelta de botargadas, que se recibían muy bien en aquella época:

«Dios mantenga y remantenga
mia fe á cuantos aquí estáis,
y tanto pracer os venga
como creo que deseáis
. . . . . .
Pues pobretos,
que queréis vivir sugetos
al mundo y á su cebico,
en mi tierra los discretos
al contento llaman rico.
Por probar
ora os quiero preguntar:
quién duerme más satisfecho,
¿yo de noche en un pajar
ó el Papa en su rico lecho?
Yo diría
quel no duerme todavía
con mil cuidados y enojos,
yo recuerdo á medio día
y aun no puedo abrir los ojos.
Mas verán:
que dáis al Papa un faisán
y no come del dos granos;

yo tras los ajos y el pan
me quiero engollir las manos.
Todo cabe,
mas aunque el papa me alabe
sus vinos de gran natío,
menos cuesta y mejor sabe
el agua del dulce río.
(aplausos generales.)
Yo, villano,
vivo más tiempo y más sano,
y alegre todos mis días,
y vivo como cristiano
con aquestas manos mías.
Vos, señores,
vivís en muchos dolores
y sois ricos de más penas,
y coméis de los sudores
de pobres manos agenas.
(aplausos de la gente de á pié)
Y infinitos,
que tenéis los apetitos
tan buenos como palabras,
no comiérades cabritos
si yo no criase cabras.
Conclusión:
pues os demando perdón
me lo debéis conceder,
y pues que fué mi intención
venir á daros pracer;
y será:
que una comedia verná
Reina Moraima llamada.
Sabed que no faltará
de graciosa ó desgraciada.

A continuación, el bobo charló en verso el argumento de la comedia, y, concluido, retiróse dentro, llevando consigo una salva de aplausos.

Después de esto é inmediatamente debía salir la reina mora, y decir al público, que su padre había sido asesinado, su esposo asesinado, sus hijos asesinados, y que iba por el mundo en busca de un caballero que la vengase del hombre que había asesinado á su padre, á su esposo y á sus hijos.

Sin embargo, Angélica que debía representar la reina mora, no parecía; el público empezaba á impacientarse, y á murmurar, y á silbar al fin, y armar un verdadero alboroto.

Veamos en qué consistía la tardanza de Angelica.

Apenas había entrado en su aposento don Alonso de Fuensalida, cuando maese Pertiñez, se deslizó por una escalera de mano, que más allá apoyada en la balaustrada, daba al escenario, y pasando entre moros y cristianos, llegó á un espacio cerrado por tapices, levantó uno y se encontró frente á frente con Angélica.

Estaba la comedianta deslumbrante de hermosura; tenía en la cabeza sobre las pesadas trenzas de sus cabellos, un adorno de plumas y diamantes, un riquísimo collar sobre el casi desnudo seno, y una magnífica y ancha túnica de brocado blanco de tres altos: tenía en la mano su papel plegado, en el que no estudiaba; por el contrario, le rompía lentamente y con cólera en pequeños pedazos. Sobre una mesa inmediata había un objeto de poco volúmen envuelto en un pañuelo de encaje.

Cuando entró Pertiñez, Angélica se levantó sobrexcitada.

—¡Gracias á Dios que habéis venido! le dijo. ¿Traéis la llave del aposento de la celosía?

—Es que... me habíais prometido otra llave, que ya no sirve, porque don Fernando de Válor....

—Sí, sí: ya sé que don Fernando ha hecho una de las suyas y anda huyendo; pero no importa, dad mi llave al señor Diego López.

—Pero el señor Diego López no me pagará...

—Acabárais de una vez: os pagaré yo. Tomad mi llave, añadió sacando una de su limosnera, y esta carta para el señor Diego López. Dadme la llave del aposento de la dama encubierta.

—¡Ah! me había olvidado de que era necesario pagaros: tomad.

Y se quitó su magnífico collar, que no le hacía falta, porque su cuello desnudo era más hermoso.

—Pero.... repitió Pertiñez.

—¡Oh y qué cansado! tomad y dadme.

Pertiñez sacó de sus gregüescos una llave que entregó á Angélica, y esta le dió el collar.

—Oid: haced de modo que el señor diego López reciba mi carta y mi llave esta misma noche. Adios.

Y rápida como el pensamiento, salió de entre sus tapices, atravesó el interior del escenario, trepó por la escalera de mano, y se encontró en el corredor de los aposentos del público, que estaba desierto á causa de haberse empezado la función. Los lacayos de don Alonso que habían quedado á la puerta del aposento de su señor, creyendo que no harían falta, se habían escurrido para pillar algo de la función entre la gente de á pié, y Angélica pudo llegar sin que nadie lo impidiese á aquella puerta, y metió en la cerradura la llave, abrió con mano trémula y se precipitó dentro.

Al ruido, doña Inés volvió la cabeza, al mismo tiempo que su padre y Aben Aboo. Angélica había puesto sus manos sobre los dos hombros desnudos de doña Inés, y la miraba frente á frente.

—¡Oh! ¡no me había engañado! exclamó ¡eres tú!... ¡tú!... ¡siempre tú!

—¿Qué queréis señora? dijo con asombro don Alonso.

Palideció aun más que lo estaba Angélica, temblaron sus labios, y sin duda iba á pronunciar alguna palabra inconveniente, porque se la vió hacer un esfuerzo sobre sí misma. Había visto junto á sí á Aben-Aboo, que la miraba admirado.

—¡Perdonad! dijo, me he engañado señora: perdonad, señor caballero, pero las cómicas tenemos corazón: yo creía que una mujer á quien aborrezco de muerte, de quien he jurado vengarme, y de quien me vengaré, me había arrojado para humillarme desde este aposento estas tres joyas (y Angélica desenvolvió el pañuelo de encaje); perdonad otra vez: si yo hubiera encontrado aquí á esa mujer la hubiera arrojado estas joyas á la cara; pero.... me he equivocado... sin embargo, os suplico que volváis á admitir estas joyas, que para nada me hacen falta, y que podrán aliviar la suerte de muchos desgraciados.

—Guardadlas, Angélica, guardadlas como un recuerdo mio, dijo dulcemente doña Inés. Yo cuido ya bastante de los desgraciados que conozco. Por lo demás, siento mucho que hayáis podido creerme enemiga vuestra....

—¡Oh! ¡no! he dicho simplemente, señora, que creía que quien tras tantos misterios, tras estas celosías, me arrojaba á la escena estas joyas, era una mujer á quien aborrezco, y que tiene muchos motivos para aborrecerme. Una mujer á quien yo conocí cuando era una gran señora, como vos lo sois y como yo misma espero volver á ser. Perdonadme, pues, mis primeras palabras, hijas de mi equivocación, y adios, porque veo que la loa ha concluido y hago falta en la escena.

—No, no recibiré esas joyas: son una muestra de mi entusiasmo hácia vos. Reparo que os falta collar, dijo doña Inés, tomando el de perlas que estaba entre el pañuelo; tenéis un hermoso cuello, y os estará á las mil maravillas. Permitidme, añadió levantándose: quiero ponérosle yo misma.

Y como nadie la viese por haberse vuelto, más que Angélica, la lanzó una mirada de amenaza, de odio, de desprecio y de mando á un tiempo.

Angélica inclinó su hermosa cabeza hácia doña Inés, que, al ponerla el collar, la dijo al oido con un acento

casi imperceptible, pero que la comedianta escuchó perfectamente.

—Me le has robado, me has robado mi honra, y me debes tu vida.

—Odio por odio, y odio á muerte, exclamó Angélica en el mismo acento.

Y luego, alzando Angélica la cabeza:

—¡Oh! ¡cuanto tengo que agradeceros, señora! exclamó: ¡cuán buena sois!

—¡Ah! nada me agradezcáis, guardad esas joyas en amor mío, y contad siempre... siempre... con que seré la misma para vos.

—Adios señora, y perdonad otra vez mi error; adios, caballeros: ya he faltado á mi obligación y el público se alborsta.

Y salió como un relámpago, dejando abierta la puerta.

Don Alonso se levantó á cerrarla. Aben-Aboo entre tanto, decía á doña Inés que se mostraba tranquila.

—¡Esa mujer está loca!

—Y es lástima, dijo doña Inés, porque es muy hermosa y tiene mucho ingenio.

No se volvió á hablar una palabra más, ni Aben-Aboo, aunque estaba gravemente alarmado por aquella nueva singularidad que parecia iluminar el caos de sus dudas, notó una sola mirada de inteligencia entre el padre y la hija.

Entre tanto seguía el tumulto del patio, cuando hé aquí, que cesa como por encanto, y le sucede una tempestad de aplausos y de vítores: tan hermosa y tan bien prendida había aparecido Angélica, y con tal donaire había avanzado hácia el proscenio.

Pero cuando el entusiasmo público no tuvo límites, fué cuando, después de haber hecho la reina mora la exposición de sus amores y de sus desgracias, exclamó con un arranque sobrenatural en una transición magnífica:

Montes, árboles, fieras,
venid, y aprenderéis de mil maneras,
como, pidiendo fuerzas á los cielos,
una amante infeliz venga sus duelos.

Tras esto, siguió la representación y siguieron los aplausos á Angélica y á Cisneros, que hacía admirablemente el papel de traidor enamorado.

Angélica fué también aplaudida con frenesí en la canción y en el baile, y, por último, al oscurecer, terminado el espectáculo con gran contentamiento de todos, empezó á salir la gente.

Al salir por los corredores de los aposentos, y como Aben-Aboo, había quedado un tanto rezagado de don Alonso y de su hija, sintió que le tiraban de las faldetas del jubón.

Volvióse y encontró bajo su vista la exigua figura de maese Pertiñez.

—¿Qué me queréis? le dijo.

—Escuchad una palabra al oido y mostrad una mano. La reina mora, la de la comedia, me ha dado para vos esta carta y esta llave: la llave, por si no os lo dice en la carta, es la del corredor de su aposento: el número 13. Tenéis mucha suerte, señor, mucha suerte: todas os aman.

Y el hombrecillo se escurrió, dejando en las manos de Aben-Aboo la carta y la llave.

CAPÍTULO VIII.

El panderete de las brujas.

A la misma hora en que el público salía de ver la comedia del corral del Carbón, esto es, al oscurecer, se abrió silenciosamente un postigo en una de las tapias de los huertos del cerro de S. Miguel por la parte de la Torre del Aceituno, y salió un hombre embozado hasta los ojos; cerraron de nuevo el postigo, y el bulto embozado siguió adelante por el desierto callejón que existía entonces entre las tapias de los huertos y la muralla del obis-

po don Gonzalo, por un portillo de la cual salió al campo y sin ser notado por los guardas adelantó á buen paso hácia la próxima falda del cerro de Santa Elena.

Tenía un no sé qué de melancólico y fantástico el paisaje á la fria luz del crepúsculo: el pendiente terreno por donde avanzaba el embozado hácia un barranco cercano, era árido, seco, pedregoso, cubierto acá y allá por tomillos y retamas raquíticas: mirando al frente hácia el Nordeste solo se veía la oscura masa del monte de Santa Elena y la desembocadura de un barranco que cortaba su falda por la parte del Este; pero si se miraba á la derecha el alma podía aspirar un suave consuelo con la vista de Sierra Nevada en cuyo altísimo picacho del Veleta, reflejaba aun el postrer rayo del sol tiñéndole de color de rosa; más abajo se veía el magnífico anfiteatro de montañas, tendidas á los pies del blanco gigante, y al fin, más cerca, la roja cordillera de la Silla del Moro, el verde y florido Generalife, con su viejo y altísimo ciprés de la Sultana: más abajo los cármenes del Darro, luego la arboleda de avellanos, en fin, el profundo cauce del rio y las colinas que venian á ser por aquella parte la falda del monte de Santa Elena. A la derecha el horizonte se alejaba, la luz parecía más diáfana, se perdían en la lontananza las colinas de viñedos, y al fin, confundidas en la neblina del crepúsculo, apenas se percibían las distantes cimas de la cordillera de los Dientes de la Vieja.

Reinaba un profundo silencio y en medio de él solo se escuchaba el largo silbido del viento del invierno, que se quebraba entre los barrancos.

El embozado, sin cuidarse mucho ni de la soledad ni del frío, siguió resueltamente su paso apresurado, pero con la cabeza inclinada sobre el pecho en ademán pensativo.

Llegó al barranco y antes de entrar en él se volvió de una manera brusca y como al impulso de un sacudimiento nervioso. La luna que durante la marcha del embozado, había aparecido sobre la nevada cima del Veleta, inundando con una dulce luz el espacio, hubiera dejado ver á quien cerca de aquel hombre hubiera estado, la terrible expresión de sus grandes ojos negros, fijos en Granada y en la Vega, que desde la altura en que aquel hombre se encontraba, se veían por completo y casi á vista de pájaro.

—Hoy huyo de tí, Granada, dijo aquel hombre extendiéndo su brazo derecho hácia la ciudad como en ademán de aplazamiento; hoy me oculto como un malhechor. Pero ¡ay de tus cristianos! ¡ay de tus verdugos, cuando venga á llamar á tus puertas con las trompas de guerra de mis soldados! ¡ay de tí entonces, marqués de Mondéjar! ¡ay de tí, presidente Deza!

Dichas estas palabras que había pronunciado descuidadamente en voz alta, se volvió y al volverse encontró junto á sí un hombre que tenía un caballo del diestro y que estaba también embozado.

—¿Quién vá? exclamó el primero haciéndose un paso atrás y empuñando su espada.

—¿Quién ha de ser, contestó el otro con acento un tanto seco, sino quien te está esperando yerto de frio hace una hora?

—¡Ah! ¿eres tú Diego Alguacil? exclamó el primer embozado: de poco desesperas, en empresa nos metemos en que tenemos que esperar mucho, sufrir mucho.

—Entonces bien; pero ahora es distinto: ahora cada instante vale una perla: un descuido puede costarte la pérdida de tus esperanzas.

—¡Cómo! exclamó con cuidado el otro: ¿pues qué sucede?

—Aben-Aboo está en Granada.

—¡En Granada Aben-Aboo! ¿y qué quiere aquí mi amado primo? ¿pretende acaso suscitarme dificultades?

—Todo está preparado para esta noche: se ha guardado un gran secreto, pero la venida inesperada de Aben-Aboo, cuando estaba descuidado en las Alpujarras, demuestra que entre nosotros hay traidores.

—¡Traidores! exclamó con sarcasmo el primer embozado: ¡es verdad! hace mucho tiempo que viven entre nosotros: allí ha vivido el primer traidor de nuestro pueblo... y señalaba la distante Alhambra; allí en medio de un vergonzoso silencio, firmó las capitulaciones que entregaban á Granada á sus verdugos los cristianos. Pero el Altísimo fué justo, y el traidor, el miserable, el cobarde Boabdil, fué á morir allá, al otro lado del mar, defendiendo una corona agena, él, que no supo defender la suya.

—No es hora de largas pláticas, dijo el otro: monta á caballo y marcha al Panderete de las brujas.

—Te confieso que voy con repugnancia á ese lugar maldito.

—Te espera en él la Dama blanca.

—¡Oh! ¡la Dama blanca de la montaña! es verdad. Adios.

—No te olvides de que á las doce debes estar en la taberna de San Miguel.

—No lo olvidaré. Adios.

Y el segundo embozado se rebozó y se alejó y se perdió en el descenso del monte hácia la cerca de don Gonzalo.

El otro montó á caballo, le arrimó las espuelas y á buen paso, ya al trote, ya al galope, adelantó por un sendero, estrecho pero llano, que en dirección al Norte orlaba la falda del monte de Santa Elena.

Muy pronto llegó al camino de Guadix y al mismo sitio donde ahora se levanta una venta ó parador; atravesó el camino, descendió por un sendero más estrecho, bajó á un barranco, le recorrió, trepó á una loma y subiendo así y bajando los repechos de algunas colinas, llegó al fin á un terreno practicable y llano, que se perdia en medio de viñedos.

Después de haber recorrido por él una distancia como de tres tiros de arcabuz, detuvo su caballo al pié de una colina árida y cónica, que parecía un lunar, una escrescencia maldita en medio de la vigorosa vegetación que le rodeaba. Aunque de poca altura la colina, el sendero que conducía hasta la cima era escarpado, y no se veía en toda la colina ni una mata, ni un arbusto, ni aun una retama.

—¡El Panderete de las brujas! dijo el ginete con cierto terror supersticioso.

Y aquel hombre que de una manera tan hostil había hablado de los cristianos, se santiguó de la manera más cristiana del mundo, después de lo cual echó pié á tierra, y adelantó hacia la colina llevando el caballo del diestro.

Pero apenas había andado algunos pasos, como si hubiera salido de la tierra, se levantó de detrás de una peña una sombra blanca; aquella sombra, que parecía un hombre, ó aquel hombre que parecía una sombra, llevaba la misma armadura y demás ropas, que usaban los ginetes moros del tiempo de la reconquista de Granada.

—Poderoso, señor, dijo aquel hombre dirigiéndose al incógnito, no te cuides de tu caballo: yo te le guardaré.

Sintió el embozado vergüenza de demostrar miedo, y aunque el lance se le hacía extraño y desagradable, entregó su caballo á aquel bulto blanco y sin decirle una palabra siguió adelante.

Apenas se había aventurado por el escarpado sendero que conducía á la cumbre, se levantó de un costado otra sombra blanca, y sin decirle una palabra, siguió delante de él á gran paso. Las pisadas de aquel hombre crugían como si hubiera ido armado de punta en blanco.

Una vez allí, el incógnito, por la misma razón que antes, esto es, por disimular el miedo, continuó hácia la subida de la colina, pero no sin llevar la mano derecha á la empuñadura de su espada, ni sin invocar fervorosamente el nombre de Dios.

A poca distancia apareció una tercera sombra que siguió á la segunda en silencio.

—¡Será hoy sábado! pensó con terror el embozado: pero instantáneamente desechó este terrible pensamiento: era domingo, dia en que las brujas no podían tener conventículo.

A medida que adelantaba en el ascenso se iban levantando de entre las peñas y quebraduras que flanqueaban el sendero, nuevas sombras: cuando llegaron á la cumbre el encubierto había contado veinticuatro.

La figura de la cumbre justificaba el nombre de la colina: era enteramente redonda y perfectamente plana como la superficie de un pandero; en cuanto á su calificación de Panderete de brujas la justificaba el ser pública voz y fama que en aquel lugar se reunían todos los sábados á celebrar sus conventículos las brujas residentes en diez leguas á la redonda.

Enmedio de la cumbre había un casuco arruinado y desvencijado, en donde según fama, los demonios levantaban su trono á Lucifer, siempre que se celebraba una de aquellas negras, misteriosas y reprobadas festividades, en cuyo trono se sentaba el espíritu de las tinieblas, disfrazado bajo la forma de un macho cabrío.

El Santo Oficio de la Inquisición, como era natural y forzoso (y perdónennos nuestros lectores si por un momento les detenemos en la prosecución de la aventura en que se hallaba tan misteriosamente empeñado el incógnito), el Santo Oficio decimos, no había podido escuchar con indiferencia rumores tan alarmantes á la pureza de la religión y de las costumbres de los dominios de la cristianísima España, y se había trasladado representado por un exorciente, un maestro en teología, un familiar y algunos soldados, al lugar sobre que recaía una tan grave acusación pública. Desde el primer momento la esterilidad de aquella colina en medio de unos campos tan fértiles, lo escabroso de la subida, y, sobre todo, lo ennegrecido, aportillado, feo y verdaderamente infernal, en cuanto al aspecto de aquel casucho medio arruinado, hicieron concebir á los delegados del Santo Oficio, grata esperanza de descubrir un filón de brujos y brujas con las cuales hacer un magnífico auto de fe en que la justicia de Dios resplandeciese tostándolos á fuego lento: pero fuese que las brujas estuviesen avisadas, ó que les diese en las narices el olor á tizón del Santo Oficio, ó que el vulgo se hubiese engañado, como es más verosímil, hallaron que la casa estaba abandonada, y desmoronándose lentamente, sin visos de haber tenido habitantes hacía muchos años. No satisfechos aun, esperaron á un sábado y á la hora de las doce en punto, con la intención, como quien dice, de sorprender al infierno, república terrible contra la que, á pesar de su formidable poder, no tenía medio alguno la Inquisición y aunque llevaron dobles exorcizadores, y calificadores, y aspersadores, nada hallaron en sábado sino lo mismo que habían visto los demás días de la semana: la luna clara y diáfana alumbraba en paz el Panderete de las bru-

jas y ni estas parecieron, ni se vió una sola hoguera, ni la más ligera señal de ceniza, ni aun siquiera el mas leve olor á azufre ni á demonio: sin embargo de esto, recelando la Inquisición que las brujas hubiesen conocido de antemano su ida y se hubiesen abstenido de concurrir por no ser cogidas *in fraganti*, repitieron sus visitas diferentes sábados: pero siempre encontraron el mismo resultado: soledad y silencio, y algún paredón menos, arruinado por las lluvias ó por los vientos.

Limitóse, pues, la Inquisición, á garantir el lugar calumniado de todo acto contrario á la religión, bendiciéndole y gastando en él una caldereta de agua bendita, y celosa de que en su jurisdicción no hubiese lugar manchado con fama tan nefanda, condenó con terribles censuras, excomuniones y castigos á todo el que se atreviese á llamar de allí en adelante á aquella colina el Panderete de las brujas. A pesar de esto, el vulgo siguió en su tema; creyó únicamente que el diablo se había burlado de la Inquisición, y siguió, aunque recatadamente y en voz baja, dando su nombre maldito á la colina, nombre que se ha conservado por tradición hasta nuestros dias, puesto que aquel lugar se llama hoy y se llamará mañana, y probablemente pasado mañana también, el Panderete de las brujas.

Conocido el lugar de la escena, sus antecedentes y la razón de su nombre, volvamos al embozado.

Sostenido por el orgullo más que por el valor, adelantó hacia la casa arruinada á cuya puerta desguarnecida se agrupaban los veinte y tres fantasmas que le habían precedido hasta allí; se detuvo á alguna distancia de ellos y dijo con voz serena:

—Ignoro quiénes sois y vuestras intenciones; pero aquí me llama un empeño, y no veo á la persona que busco. Está acaso en esas ruinas?

—Pasad, poderoso señor, dijo uno de aquellos hombres haciendo al mismo tiempo señal á sus compañeros que abrieron una estrecha calle.

El embozado pasó y se encontró en un espacio lóbregamente oscuro.

No sabiendo á donde encaminarse se detuvo.

—Seguid, seguid adelante, señor, dijo uno de los hombres que estaban á la puerta, y cuando hayais andado diez pasos volved á vuestra diestra mano.

El incógnito siguió forzando su valor artificial por decirlo así; á los diez pasos se volvió á la derecha y vió al fin de una galería, el resplandor de la luna que iluminaba de lleno un patio cubierto de escombros, enmedio de los cuales se levantaba una sombra blanca de mujer, de pié é inmóvil; más allá todo era sombra y aquella forma gentil, se destacaba sobre ella, con el mismo prestigio fantástico que si hubiera tenido tras sí la eternidad.

El embozado adelantó con el corazón violentamente agitado; la Dama de la montaña, porque sin duda era ella, se le presentaba de la manera más extraña del mundo.

El incógnito adelantó hacia la sombra y se detuvo al entrar en el patio.

—Acercaos, don Fernando, acercaos, dijo con una voz sonora, grave y afectuosa la mujer vestida de blanco; estais haciendo esperar á una dama.

—Perdonad, dijo don Fernando, adelantando más y descubriéndose con suma galantería, acción que dejó ver á la luz de la luna que su frente era noble y altiva: perdonad; pero la situación en que me encuentro...

—Cubríos, don Fernando, y sentaos: necesitamos hablar un largo es-

pacio y no es justo ni quiero, que sufrais al descubierto el frío de la noche ni que os fatigueis.

Y señaló á don Fernando el brocal de un pozo cegado, sentándose al mismo tiempo en él.

Don Fernando fué perdiendo poco á poco su terror; y es que es muy difícil sentir terror junto á una buena moza. Lo era la encubierta (y decimos la encubierta porque tenía sobre el rostro un antifaz de seda blanco) de una manera exagerada. El celoso antifaz no impedía que se viesen su boca, su barba y su cuello; cada una de estas partes era perfecta, y de una morbidez incitante: anchos y redondos sus hombros, alto y puro en las formas su seno, sobre el que descansaba uno como amuleto, pendiente de un collar que, sin duda por un contraste caprichoso, era negro como el ébano; esbelto y gentil su talle, del cual descendía en ancha plegadura, la flotante y vaporosa falda de brocado blanco, larga hasta tocar sobradamente el suelo: sus manos eran manos de dama, y la parte de sus brazos que se veía entre una nube de encages de Flandes habían logrado fijar las miradas de don Fernands á pesar de lo extraño de la aventura.

Se nos olvidaba decir que á través de las dos aberturas del antifaz, brillaban dos ojos negros y de enorme tamaño, fijos de una manera tenaz y profunda en don Fernando, y que, escapados sin duda de entre la toquilla y el antifaz, se veían algunos rizos sedosos, pesados, brillantes y negrísimos.

De aquella mujer se exhalaban á más que su natural perfume, los que estaban de moda en aquel tiempo entre las damas, lo que si no podía tomarse como indicio de su alto linaje, bastaba á demostrar que aquella mujer estaba muy sobre el vulgo, y que nada tenia de alma del otro mundo.

A esto podría contestársenos que nadie mejor que el diablo, cuya más grata ocupación es tentar á los mortales, podia tomar las formas de una mujer tentadora, por hermosa, por rica y por galana. Pero nosotros creemos que á ellas para ser diablos las basta ser mujeres y que de todo es capaz el Arcángel rebelde menos de convertirse por un solo momento en mujer.

—Sé, y por ello os disculpo, don Fernando, dijo la Dama blanca cuando se hubieron sentado qué cosas os han sucedido hoy, después de concertada nuestra vista, que os obligan á recataros y á huir de la luz del día.

—Sabeis...

—Sí, sé por ejemplo, que esta mañana por descuido ó por intención os entrásteis en el cabildo con la daga en la cintura.

—¿Y quién os lo ha dicho señora?

—¡Bah! ¿acaso no le sabe todo el mundo en Granada? Nadie ha extrañado el suceso: se os conoce, por altivo y valiente, y se comprende bien que cuando otro regidor os advirtió de vuestro olvido le contestásteis de una manera violenta.

—Se me acusaba de una falta que no había cometido.

—Es costumbre, según dicen, que los veinticuatros, antes de entrar en cabildo, dejen á la puerta sus armas.

—Yo tengo privilegios...

—Que alegásteis con demasiada dureza.

Eso podrá decir el corregidor que se atrevió á llamarme desleal y á mandar que me llevasen preso.

—El corregidor, vasallo fidelísimo de su magestad el rey de España é Indias, tiene motivos para llamaros traidor. El presidente Deza ha podido decir, por ejemplo, que andais en

conspiraciones, que alentais á los moriscos para que se rebelen.....

—¿Y quién ha dicho eso al presidente...? su nombre señora, si lo sabeis... el nombre del traidor.

—Se lo he dicho yo...

—¿Vos...?

—Yo precisamente no, pero sí un escrito mío, en que le recordaba vuestras contínuas visitas á las Alpujarras...

—En ellas está mi señorío de Válor.

—Sin embargo le hice reparar en lo mucho que favoreciais á los moriscos: que de continuo recibíais visitas recatadas de Bartolomé de Barredo, de Diego Alguacil, de los principales promovedores de motines que tiene Granada...

—¡Ah! ¡Diego Alguacil os lo ha revelado todo!

—Para contestaros será necesario que me contesteis á la pregunta que voy á haceros. ¿Sabeis quién soy?

—Diego Alguacil me ha dado cita para esta noche á este sitio á nombre de la Dama blanca de la montaña.

—¿Y sabeis quién es la Dama blanca de la montaña?

—¿Lo sabe alguien señora? dijo con anhelo don Fernando. ¿Sabe alguien acaso si la aparición divina que hace algunos meses y con mucha frecuencia, recorre las montañas de Cádiar, ya bajo la blanca luz del alba, ya bajo los plateados rayos de la luna, es un espíritu ó una realidad, la sombra de la sultana Zoraya, como creen muchos, ó Amina, la hermosísima hija de mi noble tio el emir de los monfíes de las Alpujarras, Yaye-ebn-Al-Hhamar? ¿Conoce alguien al emir?

Su brazo se siente, pero su rostro no se vé. ¿Conoce alguien á mi prima Amina?

Dicen que es hermosa como un lucero y pura como el sol.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Algunas veces he ido á la montaña á ponerme al paso de la Dama blanca, á vuestro paso señora; siempre me ha detenido un monfí: «no paseis adelante me ha dicho» y cuando le he preguntado quién era esa Dama blanca me ha dicho: «Esa dama es la niebla».

La Dama blanca se echó á reir.

—¿Os reis? exclamó picado don Fernando.

—Me rio porque los monfíes son ingeniosos. En efecto, la niebla por la mañana y por la noche, vista de lejos orlando las cumbres de la montaña puede tomar formas muy caprichosas: puede parecer ya una dama, ya un mónstruo. ¿No creis que el vulgo es muy propenso á dar forma y nombre á lo que al acercarnos á ello desaparece?

—Pero el vulgo, respecto á vos no se ha engañado, porque os tengo delante de mí, con vuestra divina apostura, y vuestras vestiduras de sultana.

—Podía haberse engañado el vulgo.

—¡Ah y cuanto me ha hecho sufrir esa blanca aparición!... porque yo preguntaba siempre que un monfí me detenía: «¿es por acaso esa dama la hija de vuestro emir?» y el monfí me contestaba: «bien pudiera serlo, porque la sultana Amina, según dicen los que la conocen, es hermosa como una hurí.» Y siempre que el monfí decía esto, suspiraba, porque tenéis el privilegio de ser amada antes de ser conocida.

—Según eso, ¿creéis que yo sea la sultana Amina?

—Lo creo, señora, lo creo, porque me lo está diciendo á voces el corazón.

—Pues bien, no es engañáis, yo soy vuestra prima Amina, la hija del emir Yaye ebn-Al-Hhamar, la sultana de los monfíes de las Alpujarras.

—¿Y para qué me habéis llamado? exclamó alentando apenas don Fernando.

—Mi padre, que tiene muchos motivos para ser severo con vos, no ha querido hablaros, y me envía á vos como intermediaria.

—¡Ah!

—Sí, es preciso que sepamos si podéis ser proclamado rey de Granada.

—Los moriscos me elegirán esta misma noche por su rey, dijo con un acento impaciente y un tanto duro don Fernando: hay una profecía...

—Sí, sí, sabemos la superchería de que se ha valido vuestro tio Aben-Jahuar el Zaquer, comprando á cierto faquí embustero, que pasa por santo entre los moriscos de Granada, á fin de haceros triunfar de las pretensiones que tiene á la corona de Granada nuestro primo Aben-Aboo; lo sabemos todo: mi padre está enojado con vos por vuestra conducta licenciosa, pero os ama, del mismo modo que ama á Aben-Aboo; al fin y al cabo entrambos sois sus parientes. Mi padre, pues, ha dejado correr los sucesos; pero como la rebelión de los moriscos de Granada no puede hacerse sin la ayuda de los monfíes de las Alpujarras, como sin esa rebelión ninguna esperanza tendríais de ser rey, como mi padre el emir no tiene más descendiente que yo.... una mujer....

—¿Ha pensado tal vez en ceñirme una doble corona dándome la del amor al hacerme vuestro esposo?

—Eso no puede ser, primo, contestó dulcemente Amina.

—¡Ah! no me amáis.

—Ni puedo amaros.

—¿Que no podéis amarme...?

—No, porque soy casada.

—¡Casada! exclamó con asombro don Fernando. ¡Casada! ¿y con quién?

—¿Qué os importa eso? ¿No sois vos tambien casado?

—Pero casado con una cristiana á quien puedo repudiar.

—¡Repudiar á la pobre Isabel, á la madre de vuestro hijo!

—Los reyes prima...

—¡Aún no sois rey y ya quereis cometer los crímenes de los reyes!

—¡Ah! vos que os habeis casado sin duda con algún poderoso príncipe musulmán, vos que en todo habeis sido afortunada...

—¡Ah! que he sido afortunada en todo. Pedid á Dios, primo, que vuestro corazón no vierta el llanto de sangre que ya ha vertido el mio; pedid á Dios que os haga más venturoso de lo que yo he sido. ¡Casada con un príncipe musulmán! Si tal fuere mi esposo, ¿seríais vos rey de Granada?

—Y si nuestro casamiento es imposible, dijo con una cólera mal encubierta don Fernando, ¿para qué me habeis llamado, señora?

—Si nuestro casamiento es imposible, no es imposible el de nuestros hijos.

Don Fernando marchaba de sorpresa en sorpresa.

—¡El de nuestros hijos! exclamó.

—Sí, de la misma manera que vos tenéis un hijo, tengo yo una hija.

—Explicáos, explicáos mejor, señora.

—Voy á explicarme. Pero primero quiero haceros algunas preguntas. ¿Sabéis de quien desciendo?

—Dícese que descendéis de Boabdil.

—¡Oh! no ha querido Dios que yo descienda de traidores. Si en vez de ocupar el trono de Granada Boabdil, cuando la acometieron los reyes de Castilla y Aragón, le hubiera ocupado mi padre, Granada no sería esclava de los cristianos, sino la poderosa reina de Occidente, altiva con su poder y su hermosura.

—¿Quiénes han sido, pues, vues-

tros abuelos? dijo con cierto sarcasmo don Fernando.

—Mi sangre viene de las sangres más ilustres del mundo. Oid. Cuando Granada era todavía una ciudad musulmana, el rey Abul-Hacem, el viejo, prendió en la frontera á una doncella. Aquella doncella era hija bastarda del condestable de Castilla, el poderoso, el invencible don Alvaro de Luna. Después de la desastrada muerte de aquel magnate, su hija bastarda, habida en una judía, doña Judit de Sotomayor, en fin, fue cautivada por los ginetes del rey Muley-Hacem, y conducida á una torre de la Alhambra. Aquella torre se llamó desde entonces la torre de la Cautiva. Vió el rey á la castellana, se enamoró de ella, y fuese por amor ó por violencia, doña Judit fué suya. Un año después, la cautiva murió dando á luz un niño. Aquel niño fué años adelante el caudillo más valiente de Granada, porque aquel niño, que tenía en sus venas la valiente sangre de dos héroes, se llamó el emir Muza-ebn-Abil-Gazan, hermano bastardo del rey Boabdil. Y sabéis don Fernando lo que se hizo del emir Muza, después de la conquista de Granada?

—Los historiadores moros, dicen, que no queriendo ser testigo de la deshonra y de la destrucción de su patria, desapareció antes de la rendición de Granada, y añaden que no se volvió á saber de él.

—Es verdad, Muza desapareció, pero seguido de sus valientes ginetes y de sus esclavos, se ocultó en las montañas de las Alpujarras desconocido para todo el mundo, y fué el primer emir de los monfíes. Sabéis ya mi ascendencia paterna, oid mi ascendencia materna: mi madre era hija del rey del desierto de Méjico, descendiente de los ascendientes del emperador Motezuma.

—¡Ah! no puede negarse que vuestra ascendencia es ilustre; pero, ¿por qué no vanagloriaros también de que vuestro abuelo era hermano de mi abuelo? ¿por qué no decir con orgullo que tenéis sangre de los Abderramanes?

—Sabéislo vos que sois mi pariente, y con vos estoy hablando. Ahora bien, el derecho de mi padre al trono de Granada, es incontestable.

—¿Y por qué no le reclama? dijo con altivez don Fernando.

—Mi padre quiere robustecer con la alianza al pueblo moro de Granada, en vez de debilitarle con la desunión. Mi padre renuncia en vos todos sus derechos, pero con algunas condiciones.

—¿Y esas condiciones?

—Están escritas en este pergamino, firmadas y selladas por mi padre.

—Pero es imposible leer: la luz de la luna no basta.

—Tendremos cuanto hayamos menester, seguidme.

Amina se levantó y se encaminó con paso seguro por el oscurísimo espacio que poco antes tenía á sus espaldas: don Fernando la siguió: poco después, Amina empujó una puerta, y se encontraron en un aposento ennegrecido y ruinoso. En el centro de él, había una mesa con tapete, sobre la que se veían dos bujías, y un tintero de plata: á uno y otro lado de la mesa había un sillón. Sentóse en uno de ellos Amina y en el otro don Fernando.

—Veamos esas condiciones, dijo este.

—Esperad un momento: quiero cortaros toda evasiva, demostrándoos que sóis casado con Isabel de Rojas, y que tenéis de ella un hijo que se llama Ben-Yaschen.

—Hablad: quiero probar si vuestro padre está bien informado.

—Mi padre sabe todo lo que le conviene saber, primo. Váis, pues, á juz-

gar: vuestro padre, mucho tiempo antes de que vos nacieseis, fué preso por el capitán general de Granada; esto hace más de veintidos años. Durante la prisión de vuestro padre, os dió á luz vuestra madre doña Elvira de Céspedes: acusado vuestro padre de la muerte de su cuñado Miguel López, esposo de vuestra tia doña Isabel de Válor, y padre de nuestro primo Aben-Aboo, murió en la prisión á que había sido condenado de por vida.

—Mi padre fué víctima de una traición oscura, exclamó con calor don Fernando; y ¡ay del traidor si alguna vez llego á descubrirle! ¡ay de su sangre!

—En efecto, hay mucho de misterioso en algunos sucesos de nuestra familia, misterios que mi padre no ha podido descubrir á pesar de su poder. La verdad del caso es, que vuestra madre os amaba demasiado para daros una buena crianza. y que vuestro tio don Fernando de Válor, que ahora lleva el nombre de Aben-Jahuar, os pervirtió desde vuestros primeros años. A los catorce, perdonad lo que voy á deciros primo, á los catorce años érais ya un pequeño libertino. Por entonces conocísteis en el Albaicín una doncella que tenía vuestra misma edad, os enamorásteis de ella, y ella se enamoró de vos. Pero el padre de Isabel de Rojas, que ella era, tenía demasiado interés en haceros su yerno, y guardó tanto á su hija, que vos á trueque de poseerla, os casásteis con ella, por ante la Iglesia Católica, sin que lo supieran, ni vuestra madre ni vuestro tío, porque aquel casamiento fué secreto. Si el padre de Isabel hubiera vivido, aquel matrimonio no hubiera tardado en ser público; pero el padre de Isabel murió antes de que su hija diese á luz el fruto de sus amores, y quedó sola Isabel: vos la abandonásteis don Fernando, abandonásteis á vuestro hijo...

—Y quien os ha dicho, prima.....

—En vano buscais una disculpa, la conciencia os acusa: por lo demás, y á pesar de que Isabel haya callado y sufrido, porque cree que no habeis abandonado á su hijo...

—Cada vez os comprendo menos.

—Ya se vé: mi padre ha acudido secretamente á las necesidades de esa desgraciada, á la que nada absolutamente falta, más que el amor de su esposo: mi padre ha hecho de modo que Isabel cree que atendeis á su subsistencia y á la de vuestro hijo, y vuestra pobre esposa se cree desgraciada, y sufre, pero os cree caballero y os respeta.

—¡Ah! exclamó don Fernando.

—Por lo demás, las pruebas de vuestro casamiento con Isabel de Rojas y las de la legitimidad de vuestro hijo Ben-Yaschem, existen. Mi padre ha contado con ello, y teniendo vos un hijo y yo una hija, ha creido que todas las diferencias que podrían mediar entre nosotros por causa del derecho á la corona de Granada, pueden salvarse por estas capitulaciones. Leedlas, primo, y firmadlas ó rechazadlas, pero contestadme definitivamente, para que mi padre pueda obrar en consecuencia.

Don Fernando desenrolló el largo pergamino que Amina le entregaba, y vió que estaba escrito primorosamente en árabe: su contenido era el siguiente:

«En el nombre de Dios Altísimo y misericordioso, dador de la vida y de la muerte, estas son las capitulaciones de alianza entre el emir de los monfíes de las Alpujarras, el fuerte y vencedor, y el elegido de Dios Muley Aben-Humeya, rey de Granada.

Primeramente: el emir de los monfíes, Yaye-ebn-Al-Hhamar, renuncia á todos los derechos que pueda tener y tenga á la corona de Grana-

da, en su sobrino Muley Aben-Humeya.

Segundo. Muley Aben-Humeya, se obliga por su parte, á casar su hijo único Ben-Yaschem, con Kinza, hija de la sultana Amina, hija única del emir Yaye-ebn-Al-Hhamar.

Tercero. En el caso de que por la voluntad de Dios, muriesen Aben-Humeya ó Yaye-ebn-Al-Hhamar, el que sobreviva, mandará en los dominios del otro durante la menor edad de sus hijos Ben-Yaschem y Kinza.

Cuarto. Si alguno de estos dos muriese antes de poder contraer matrimonio, se considerarán rotas y de ningún valor estas capitulaciones.

Quinto. Si el matrimouio de Ben-Yaschem y Kinza se efectuase, y tuviesen hijos, el primer hijo varón, heredará las coronas reunidas de Granada y de las Alpujarras; si no tuviesen hijo varón, estas dos coronas reunidas, pasarán al hijo segundo varón de Aben-Humeya si lo tuviere, ó en igual caso al segundo hijo varón de la sultana Amina.

Sexto. No habiendo por ninguna de las dos partes hijo varón, las coronas reunidas de Granada y de las Alpujarras, pasarán á Sidi Aben Aboo, primo hermano de Aben-Humeya, y sobrino de Yaye-ebn-Al-Hhamar, ó al hijo varón de Aben-Aboo, si este hubiese muerto.

Sétimo. En el caso de haber descendencia masculina por cualquier concepto de Muley Aben-Humeya, ó de Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar, Sidi-Aben-Aboo será considerado como infante de la casa real de Granada, y se le señalará señorío bastante para que pueda vivir con arreglo á su estado.

Ultimamente. En virtud de las presentes capitulaciones, el emir de los monfíes de las Alpujarras, se obliga á ayudar con sus gentes de guerra y con sus tesoros, á Muley Aben-Humeya para reconquistar de los cristianos el reino de Granada.»

Seguían la fórmula religiosa y cancilleresca, por decirlo así, que usaban en tales documentos los moros, la fecha, el nombre de los testigos y el sello y la firma del emir.

Después de leer don Fernando detenidamente este pergamino, miró con ansiedad á Amina.

—Sultana, la dijo: todo esto sería inútil si tú consintieses en ser mi esposa.

—Eso es imposible, dijo con impaciencia y desagrado Amina.

—¡Imposible! ¡los reyes pueden romper los vínculos del matrimonio!.....

—No lo haré jamás.

—Y... ¿por qué?

—Porque amo lo bastante á mi esposo para renunciar por él una corona, y temo á Dios lo bastante para robar á una mujer y á un niño, su esposo y su padre.

—Y si yo no quisiese firmar esas capitulaciones.

—No serías rey de Granada.

—¡Oh! ¡lo veríamos!

—Una sola palabra de mi padre, y el faquí Abul-Hasam, á quien dentro de poco consultarán los xeques del Albaicín y de la Vega, pronunciaría el nombre de mi padre en vez del vuestro.

Entróle un terror pánico á Aben-Humeya, que tenía tal idea del poder del emir de los monfíes, que todo lo temió.

—Firmaré, dijo tomando una pluma.

—Esperad, dijo Amina: es necesario que firmeis solemnemente en presencia de los wacires y de los katibs de mi padre.

Amina dió tres fuertes golpes sobre la mesa, é instantáneamente se abrió la puerta y aparecieron uno tras otro, las veinte y tres sombras

blancas que habían precedido hasta allí á Aben-Humeya.

—Acércate, mi buen Harum, dijo Amina, y vé como firma Muley Aben-Humeya las capitulaciones que voy á leerte: escuchad también vosotros ancianos walíes, nobles secretarios de mi padre, sabios de su consejo.

Amina leyó con voz sonora las capitulaciones.

Entonces adelantó una de aquellas sombras, y dijo con autoridad á don Fernando:

—¿Te obligas á todo lo que has oido?

—Me obligo.

—¿Juras por el Dios Altísimo y Unico, guardar y cumplir estas capitulaciones?

—Lo juro.

—Pon al pié de ellas tu nombre de rey, y junto á tu nombre este sello de oro, que es el antiguo sello de los reyes de Granada.

Y el que así hablaba, sacó un magnífico sello de entre sus ropas y le puso sobre la mesa.

Don Fernando de Válor firmó, y cuando hubo firmado, el mismo moro encubierto, sacó de una manga de su almaizar otros tres pergaminos enrollados.

—¿Qué es eso? dijo cuidadoso don Fernando.

—Tres copias iguales de estas capitulaciones, señor, contestó el moro.

—¿Y para qué tanta copia?

—Una para vos, otra para el emir de los monfíes y otra para Sidi-Aben-Aboo.

—¡Ah! es verdad, que también se le incluye en las capitulaciones.

—Firmad si quereis estas otras.

Don Fernando firmó con despecho.

Entonces el mismo moro derritió cera encarnada sobre los tres pergaminos junto al nombre de don Fernando de Válor, estampó sobre la cera en los tres el sello real de Granada, y luego firmaron como wacires, secretarios y testigos, los tres pergaminos, los veintitres moros que estaban presentes, despues de lo cual, el moro que hasta entonces había hablado, entregó el sello real y uno de los pergaminos á don Fernando, y se guardó los otros dos.

—Id á ser rey, primo mío, dijo entonces Amina; los xeques del Albaicín y los de la vega, estarán á las doce de la noche, en la casa del Hardon, junto á San Miguel.

—¿Y vos...?

—Yo... yo parto esta misma noche para las Alpujarras.

—¿Y no me dejaréis ver vuestro rostro? exclamó desesperado don Fernando, sin reparar que le escuchaban todos aquellos hombres.

—¡Oh! no, eso jamás. Adios primo, adios. Que él os ayude en la empresa en que os váis á empeñar.

Y Amina desapareció por la puerta, dejando á don Fernando, mudo, asombrado, como presa de un sueño.

Los veintitrés fanstasmas desfilaron también, y el jóven se encontró solo: entonces se precipitó á la salida, atravesó el oscuro espacio de la casa arruinada, y salió á la cumbre del Panderete de las brujas.

Nada vió. Se precipitó por el sendero, y á nadie encontró; solo su caballo atado á una vid al lado del camino.

Volvió á trepar á la cumbre, entró en la casa esperando encontrar á alguien, y llegó á tientas al mismo aposento donde se habían firmado aquellas capitulaciones. Estaba densamente oscuro. Palpó: la mesa, los libros, todo había desaparecido. Dudando aún, buscó más, y oyó una voz que le dijo:

—No busques, señor, porque nada encontrarás. En la calle de San Miguel te esperan, casa del Hardon.

Don Fernando lanzó un rugido de

rabia, salió de nuevo de las ruinas, bajó del Panderete de las brujas, desató su caballo, montó en él, y partió como una flecha en dirección á Granada.

—¡Ella! ¡ella! ¡hermosa, rica! ¡hija del emir! ¡mi prima la sultana Amina, mi esperanza! ¡y casada! ¡casada! ¿y con quién? con algún reyezuelo de Africa. ¡Oh! ¡oh! si no tuviera en mi poder este pergamino y este sello, creería que todo lo que me ha acontecido era un sueño.

CAPÍTULO IX.

Cuando llegaron don Alonso de Fuensalida, su hija doña Inés y Aben-Aboo á su casa, que bien podía llamarse casa de todos, cuando estuvieron en la cámara de recibo, doña Inés se inclinó graciosamente hácia Aben-Aboo y le dijo:

—Os suplico, señor Diego López, que me perdonéis si os dejo solo con mi padre, necesito variar de ropas... y rezar mis devociones de costumbre. Adios.

Y sonriendo al jóven de un modo que le hizo palidecer de emoción, salió.

A su vez Aben-Aboo se inclinó cortesmente ante don Alonso:

—Os suplico me perdonéis, si os dejo por un momento.

—?Tenéis alguna aventura, señor Diego López? dijo don Alonso con un acento de interés y de autoridad que maravilló á Aben-Aboo.

—¡Aventura! no ciertamente, pero... quisiera ver á mi amigo.

—¿A vuestro amigo...?

—Creo haberos dicho que era mi amigo el marqués de la Guardia.

—¿Estáis citado con él?

—No, pero le buscaré.

—No andéis mucho por Granada esta noche; creedme á mí que soy vuestro amigo: podréis tener malos encuentros.

—¡Oh! por eso descuidad: voy siempre bien acompañado con mi espada.

—Sé que sóis valiente. Sin embargo, los encuentros que podéis tener, son de aquellos en que nada vale una espada.

—No os comprendo.

—¿No sóis morisco?

—Sí por cierto.

—Pues bien, de seguro que los moriscos serán vigilados esta noche por la justicia.

—¡Ah! ¿y quién os ha dicho...?

—Es de suponer que suceda así, después de lo que ha pasado esta mañana en el Ayuntamiento con don Fernando de Válor.

—Don Fernando es un imprudente.

—Paréceme que amáis poco á vuestro primo.

—Mi primo es enemigo mio.

—¡Ah! esas enemistades no deben existir entre parentescos tan cercanos.

—Vos no conocéis á don Fernando; él me provoca.

—Perdonad, señor Diego López; pero necesito hablaros mucho y despacio, no os detengo ahora: id á ver á vuestro amigo... pero os lo ruego, os lo suplico, no entréis esta noche en casa de ningún morisco; no nos obliguéis á hacer un esfuerzo para salvaros. ¿Cuando volvereis de ver á vuestro amigo?

—¿Quién sabe? porque el tal marqués es un loco de atar, y estando á su lado, no hay medio de ser más cuerdo que él. Pero no quiero pasar esta noche fuera de la casa.

—Bien; á cualquier hora que vengáis os estará esperando un criado que os llevará á mi aposento.

—¿Tan importante es lo que tenéis que decirme...?

—¡Oh! ¡mucho! con que id con Dios y sed prudente.

Aben-Aboo salió lleno de confusiones; no sabía qué pensar de aquella familia con quien había trabado conocimiento de una manera tan singular, y si se quiere tan misteriosa; por otra parte, doña Inés había causado en él una sensación profundísima: su hermosura le había hecho concebir deseos ardientes; la había aspirado, la había visto de cerca, había estado en contacto con ella durante muchas horas, y su alma se había saturado del tentador perfume que emanaba de la jóven: por otra parte había sido testigo de muchas singularidades, y todas aquellas singularidades venían á anudarse en un solo punto: en la comedianta Angélica.

Según la conversación que había oido en la hostería entre Andrés Cisneros y el misterioso Godinez, Angélica estaba celosa de una mujer á quien amaba el marqués de la Guardia; aquella mujer á quien aborrecía Angélica era hija del emir de los monfíes: era Amina: Angélica había entrado aquella tarde de una manera inesperada en el aposento de doña Inés, y la había insultado, porque Aben-Aboo á pesar de las protestas que de haberse equivocado había hecho la cómica, había notado que aquellas dos mujeres se aborrecían: sin duda doña Inés no era otra que la hermosísima hija del emir, la sultana Amina, la Dama blanca de la montaña, su prima; Aben-Aboo pues, estaba loco, enamorado, celoso á un tiempo, é iba en busca del marqués de la Guardia, ansioso de esclarecer cuanto le fuera posible sus dudas, y de arrancarle insidiosamente algunas palabras con las que esperaba esclarecer sus sospechas

Atravesaba, pues, Aben Aboo muy de prisa el corredor medio oscuro de que hemos hablado, cuando se abrió silenciosamente una puerta, y sintió ceceo: detúvose, y el ceceo se repitió; entonces Aben-Aboo, se dirigió á donde sonaba, y á través de una puerta oscura una mano de mujer le dió un papel y cerró.

Extremecióse de placer Aben-Aboo; aquella carta no podía ser de otra que de doña Inés, de doña Inés que le había sonreido durante la comedia; de doña Inés que se había apoyado fuertemente en su brazo. Y si era de doña Inés aquella carta, doña Inés no era Amina, se había verdaderamente equivocado Angélica, sus disculpas no eran fingidas; él se había engañado también creyendo encontrar una intención en el acento de aquellas dos mujeres; no, no podía ser Amina doña Inés, porque le citaba, porque una mujer no cita á un hombre jóven más que para asuntos amorosos, y Amina no le hubiera citado porque amaba al marqués de la Guardia.

Aben-Aboo se precipitó por las escaleras, ansioso de salir de aquella casa, é ir á otro lugar donde pudiese leer el papel que acababa de recibir: al bajar por las escaleras se acordó de que en la misma calle de San Miguel, lindando con su casa, estaba la taberna del Hardon.

Atravesó el zaguan, salió, tomó la calle á la izquierda, y se metió por una puerta inmediata. Muy pronto se encontró en una sala baja, en la cual había dos grandes rejas y un postigo que daba á un patio. Al fondo, sentado tras un mostrador y entre toneles, había un hombre de fisonomía ruda y enérgica, aunque franca: algunos bebedores charlaban y bebian sentados en derredor de las mesas

Aben-Aboo se dirigió resueltamente al mostrador: al verle el que estaba al despacho, se puso de pié y clavó en el jóven una profunda mirada.

—¿En qué puedo servir á vuesamerced, caballero? dijo llevándose res-

petuosamente la mano á la gorra.

—¿Tenéis un aposento en que pueda estar solo? dijo Aben-Aboo.

—¡Oh! si señor, y bien abrigado; seguidme si gustáis.

Y tomando de un andén una palmatoria con una bujía, hizo luz, y saliendo de detrás del mostrador, atravesó la taberna, y seguido de Aben-Aboo, abrió una puerta, y entrambos subieron por una estrecha escalera, y se encontraron en una reducida habitación en que había una mesa, algunas sillas y un barreño con fuego.

—El tabernero puso la luz sobre la mesa y dijo encarándose á Aben-Aboo.

—¿Necesitáis algo más?

—Sí, necesito que me contestéis á una pregunta. ¿No sóis el tabernero que estaba aquí hace seis meses?

—Ya véis que no, respondió con un severo laconismo el preguntado.

—¿Y qué se ha hecho del otro?

—Tomóle la taberna, se fué é ignoro su paradero.

—¿Pero esta taberna no es la del Hardon?

Miró con doble profundidad el tabernero á Aben-Aboo.

—El Hardón, ó Pero Alonso, que es como le llamamos, tiene parte conmigo en la taberna, como la tenía con el otro tabernero. Además, la casa es suya y vive en ella.

—¿Cómo os llamais?

—Roque García, para serviros.

—¿Sois morisco como el Hardón?

—Algo de morisco tengo.

—Entonces debeis conocerme; yo me llamo entre los moriscos Aben-Aboo.

—Pues no os conozco.

Mortificó un tanto esta respuesta al jóven que continuó:

—¿Pero conoceis al marqués de la Guardia?

—Tampoco conozco á ese caballero.

—Es un jóven como de veinte y tres años, muy galán, muy valiente, muy bebedor y gran jugador de dados.

—Solo conozco de esas señas á un capitán de infantería, que se llama don Juan Coloma.

Acordóse entonces Aben-Aboo, de que don Juan ocultaba su título á causa de su pobreza.

—Y bien dijo: también don Juan Coloma es mi amigo. ¿Y viene con mucha frecuencia á vuestra casa ese caballero?

—¡Oh! sí señor, y ahora más que nunca.

—¿Y por qué más ahora que antes?

—Porque anda enamorado en la vecindad.

—¡Ola! ¿y de quién está enamorado?

—De una dama que vive en la casa grande inmediata.

—¿Y conoceis á esa dama?

Fijó otra nueva y profunda mirada Roque en el semblante de Aben-Aboo.

—Sábese, dijo, que el padre de esa dama es un caballero noble y rico, pero en cuanto á su hija nadie puede jactarse de haberla visto el rostro.

—De modo que el capitán Coloma nos puede decir...

— Creo que tampoco la conoce don Juan: pero helo ahí: en nombrando al ruin de Roma... me parece que le oigo gritar llamándome.

En efecto, se oian en el piso bajo desaforadas voces.

—Pues id, id, amigo, dijo Aben-Aboo, y decid al buen capitán que aquí hay un conocido suyo que le espera.

El tabernero desapareció por la escalera.

Aprovechando aquel momento, leyó Aben-Aboo el papel que le habían dado en el oscuro corredor de su casa: el contenido era muy corto:

«Si sois discreto, guardad un pro-

fundo secreto acerca de la cita que os doy, y ningún pensamiento atrevido aventureis por ella; id á las Animas, por el postigo de vuestra casa; yo os abriré. Doña Inés.»

Tras este billete y como no tenía tiempo que perder, sacó de la escarcela el que le había dado con una llave Pertiñez de parte de la comedianta Angélica, y que no había podido leer hasta entonces; decia así:

«Si sois tan cortés como bizarro, venid esta noche á las doce á la hostería del Carbón: cuando llegueis á lo alto de las escaleras abrid con la llave que os entregará maese Pertiñez la puerta, y adelantad por el corredor: mi aposento es el número 13. Yo os estaré esperando. Angélica.»

Aben-Aboo no tuvo tiempo de meditar en el contenido de estos dos billetes, porque el marqués de la Guardia se le echó encima.

Traia en las manos una guitarra, al costado una espada descomunal, y pendiente de la pretina un broquel cincelado.

—¡Ah! gracias á Dios que os hallo, exclamó; no sabía dónde podría hallaros, y hubiera dado por hablaros esta noche... mi alma, porque no tengo otra cosa que daros.

—¿Y para qué me buscábais con tanto interés, don Juan?

—¡Qué diablo! necesito explicarme con vos.

—¿Explicaros conmigo?

—Sí por cierto, me habeis dado celos.

—¿Celos yo?

—Habeis acompañado esta tarde á una mujer á quien amo, á quien adoro, porque estoy loco.

—¿La que vive en mi casa?

—¿Cómo en vuestra casa?

—Habeis de saber que la casa grande de al lado es mía, y que la tengo alquilada á don Alonso de Fuensalida.

—¡Ah! perdonad; pero decidme: vos habreis visto el rostro á esa dama.

—Sin duda.

—¿Y es hermosa?

—Permitidme que extrañe, marqués, que me hagais una pregunta tal acerca de una mujer de quien os confesais enamorado.

—¡Ah! no lo extrañeis; si no es la que yo creo esa dama encubierta, no la he visto en mi vida.

—¡Ah! ¿creeis que sea una dama de la que habeis estado enamorado?

—No he amado á otra que á ella.

—Sin embargo, dicen que sois amante favorecido de una hermosísima mujer.

—¡Ah! de la princesa.

—No, no os hablo de princesas; sino de una comedianta.

—¡Ah! sí, de la comedianta Angélica: tanto dá.

—Es verdad, las comediantas lo son todo, princesas, reinas..... pero en fin, ello es que pasais por su fiel amante.

—Yo amo á esa por la otra. Estoy seguro de que donde quiera esté esa comedianta, estará la dama á quien amo. No sé por qué tengo esa seguridad, pero creo que el odio que se profesan las atrae, las junta.

—Os confieso que no os comprendo.

—Y yo os confieso que lo que pienso es incomprensible: no hay ninguna razón que lo justifique; se apoya en un instinto, en un impulso del corazón, que me grita: donde está la una está la otra.

—Pero ¿qué razones teneis para creer que doña Inés sea la mujer á quien amais?

Os diré: hace algunos meses, yo, que había dejado la corte siguiendo á la mujer que amo, mujer que me arrebataba su padre, me vine á Granada: en Granada su padre fué más

astuto que yo y perdí su rastro de todo punto.

—¡Ah!

—Estaba ya desesperado, cuando una mañana, hace seis meses, al entrar á oir misa en la iglesia de San Miguel, ví salir una dama enteramente envuelta en un manto de seda. No ví ni su rostro ni su mano, ni su pié, y sin embargo me pareció reconocerla, me pareció que era ella... mi alma, á la que ando buscando desesperado: ella por su parte, al verme de improviso ante sí, hizo un movimiento marcado, un movimiento que me hizo creer que aquella dama me conocía, más aún, que al verme había sentido una vivísima alegría: la seguí, y ví que se entró en esa casa de al lado, en la vuestra, señor Diego López. Empecé á rondar pero inútilmente. Jamás se abrió un balcón ni una reja: pregunté á la servidumbre, pero la encontré muda, incorruptible. Vine todas las mañanas á la iglesia de San Miguel, y siempre la ví á la misma hora, pero envuelta cuidadosamente en el manto, acompañada de una dueña tan encubierta como ella y de un viejo escudero. Indagué cuanto pude, y solo saqué en claro, que su padre era un rico indiano llamado don Alonso de Fuensalida, que guardaba mucho á su hija y que nadie la había visto el rostro. Añadían que áun dentro de su casa tenía un antifaz puesto.

—Y decidme: ¿habeis visto á esa dama todos los dias en misa?

—No, todos los dias no, con frecuencia faltaba seguidos quince dias.

—También, dijo para sí Aben-Aboo faltaba con frecuencia quince dias seguidos la Dama blanca á sus paseos por la montaña.

—Aconteciómе por aquellos dias un suceso singular. Estando yo en mi posada, entró mi lacayo una mañana, y me entregó una caja que habian dejado para mí. Abrí la caja y encontré... ¿qué direis que encontré?

—¿Quién sabe?

—Pues encontré tres cortes de brocado, de los cuales es uno el que teneis puesto, algunas ricas joyas de hombre y quinientos doblones de oro.

—¿Decís que encontrásteis dentro de la caja el corte del justillo que llevo puesto?

—Sí por cierto, y á no ser vos tan mi amigo, no os hubiera dado por nada del mundo ese justillo.

Esta confidencia del marquesito, fué un rayo de luz que empezó á esclarecer las dudas de Aben-Aboo: entonces comprendió por qué doña Inés le había hecho preguntas, hasta cierto punto extrañas é inconvenientes, acerca de la procedencia del brocado que vestía.

—Ahora os agradezco doblemente vuestro sacrificio, dijo Aben-Aboo, pero continuad.

—Para obligarme á admitir aquel regalo venía dentro de la caja un billete que contenía las siguientes palabras:

«Podéis aceptar sin reparo lo que os envío, porque tenéis mi alma.»

—Era, pues, el regalo, de una dama enamorada de vos.

—¿Y quién podía ser esa dama más que la mujer á quien adoro? ¿Cómo pudo conmoverme la vista de doña Inés encubierta si no era el amor que busco?

Don Juan inclinó la cabeza sobre el pecho como para ocultar su conmoción.

—Pero vos habéis visto á esa doña Inés, exclamó de repente el marqués levantando la cabeza y fijando una mirada entumecida en Aben-Aboo; vos me diréis si es hermosa ó fea, porque si es fea, no es ella, y me interesa saberlo, porque mirad: hoy que se cumplen quince días desde que no

he visto á mi encubierta, he recibido esta brevísima carta.

Y el marqués sacó de su escarcela un papel que entregó á Aben-Aboo.

Este al abrirle palideció: estaba escrito al parecer, por la misma mano que el billete de doña Inés que le habían entregado poco antes. Aquella carta decía:

«La constancia con que me habéis seguido me obliga; estad esta noche en la taberna proxima y me conoceréis.—Quien bien os ama.»

—Yo no puedo aseguraros, dijo el marqués, si esta carta está escrita por la misma mano que escribió la que acompañaba el regalo que me hizo una dama hace seis meses, porque aquella carta de puro guardarla se me extravió. Lo que sé deciros es que estoy loco; que la cabeza se me arde; que vine esta tarde á saludarla, frenético de alegría, aunque solo pudiese enviarla mi saludo á través de las paredes, cuando os ví salir con ella y con su padre, á quien creí reconocer, á quien creí haber hablado alguna vez: soy muy mal fisonomista, y nada tiene de extraño que si en efecto le he hablado alguna vez no recuerde su semblante: la verdad del caso es que por una parte tuve celos de vos, y por otra parte me alegré porque me dije: el señor Diego López es mi amigo, sabe que puede contar con mi bolsa y con mi espada y me hablará con franqueza. ¿Amáis á esa mujer?

—Hoy es el primer día que la he visto.

—¡Ah! no importa: si es ella, con sola una vez que la hayáis visto os habréis enamorado de ella para no olvidarla jamás.

—Ese piensan todos los que aman como vos, de los que conocen á su amante.

—¿No la amáis, pues?

—No marqués, no, porque amo á otra; á una mujer que es vuestra querida: á la comedianta Angélica.

—¡Oh¡ amadla cuanto queráis: yo mismo os llevaré de noche, tarde, á la puerta de su aposento. Llamaré y en vez de entrar yo entrareis vos. Pero decidme: ¿esa doña Inés es hermosa?

—No puede ser la que vos sospecháis, marqués, es imposible, lijo Aben-Aboo, empezando á tender un lazo traidor al confiado don Juan, lo que demuestra que no hay amistad que no pueda romper una mujer.

—¡Ah¡ no sabéis si es eso posible, dijo el marqués; contestadme: ¿es hermosa?

—Hermosísima: tan hermosa como la comedianta: más hermosa, porque hay en doña Inés más juventud y más pureza.

—¡Es jóven! exclamó el marqués que alentaba apenas.

—Como de veintiun años.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿Morena?

—Moreno límpido, encendido, ardiente, y para concluir de una vez ojos negros y grandes, cuello incomparable, alto y puro el seno, los labios muy rojos, y la sonrisa de ángel, pero triste y apasionada.

—¡Oh! ¡es ella! añadió levantándose fuera de sí el marqués: la esposa de mi alma, mi Esperanza.

—¿Estáis loco? dijo Aben-Aboo, dominando sus celos y su rabia.

—Sí, sí, perdonadme, amigo mío, dijo el marqués sentándose y apoyando la frente calenturienta entre sus manos; estaba hablando como si hubiera hablado con ella.

—No lo digo por eso, sino porque os equivocáis: porque esa dama que vos llamáis Esperanza y que yo llamo doña Inés, no puede ser vuestra esposa ni vuestra amante, porque.... en fin, no puede ser.

—No, no me engaño: es ella; ni me he engañado nunca; me lo dijo el corazón desde el momento en que la ví.

—Os digo que no puede ser, insistió Aben-Aboo: para probároslo necesito revelaros un secreto.

—¿Y creéis que yo no soy bastante caballero para guardarlo?

Aben-Aboo esperaba esta respuesta y se apresuró á contestar:

—Para que no creáis que dudo de vuestra hidalguía, voy á deciros el verdadero nombre de esa dama. Olvidadle después é id á buscar con más fruto vuestra perdida Esperanza, á quien tanto amáis. Esa dama tan encubierta es una mora.

—¡Y bien! dijo el marqués con fijeza.

—Esa mora es sultana.

—Y esa sultana, insistió el marqués, es mi esposa ante Dios y mi conciencia.

—Pero..... ¿sabéis lo que decís...? tartamudeó Aben-Aboo.

—Esa dama á quien yo llamo Esperanza, es hija del emir de los monfíes de las Alpujarras; ya véis que no me habéis revelado secreto alguno.

Aben-Aboo al escuchar estas palabras hizo crugir la silla en que se sentaba: todas sus dudas habían quedado esclarecidas por la revelación del marqués; había sentido revolverse en su alma pasiones terribles, salvajes; los celos, la envidia, el odio; pero ninguna de estas furiosas oleadas de su alma salió á su semblante.

Entonces un pensamiento siniestro cruzó por su alma: sintió ánsia mortal contra el marqués, pensó en embriagarle y en asesinarle cuando lo hubiese conseguido, y desplegando la funesta astucia, y la intención mortífera de que más tarde se sirvió en la rebelión de las Apujarras, revistió su semblante de la más engañadora alegría, y tendiendo la mano al marqués exclamó:

—¡Oh! ¡pues me alegro, me alegro con toda mi alma, don Juan! porque amando vos á la sultana Amina, como la amáis, ¡sóis de los nuestros!

—Soy enteramente de ella. Ya sé que sóis morisco, señor Diego López, dijo con altivez el marqués, y que sóis de los más ilustres. Pues bien: si mañana me dice Esperanza... ó Amina, como queráis; «¡Defiende mi corona!» sería traidor á Dios, traidor al rey, perdería mi alma, pero empuñaría el estandarte de la rebelión por los moriscos, y os llevaría al combate.

—¡Que nos llevaríais al combate! exclamó Aben-Aboo, cuya alma acabó de ennegrecerse; sóis digno del amor de la sultana; sóis digno de la corona que ese amor puede ceñir á vuestra cabeza: ¡oh, don Juan! permitid también que dé rienda á la locura de mi alegría y que os abrace: ¿con que al fin todos somos unos? ¿todos hermanos?

Y Aben-Aboo se arrojó en los brazos del marqués que le estrechó en ellos con efusión, porque se sentía feliz y el que es feliz, no odia, no sospecha, no desciende á las miserias del mundo.

—Pero Esperanza no me sujetará á tal prueba, dijo el marqués sentándose de nuevo; Esperanza sabe que soy capaz de sacrificarlo todo por ella, pero no me pedirá el sacrificio. Y sin embargo, y ahora recuerdo que cuando ví á su padre: un día que fuí á pedírsela, en Madrid el año pasado, me dijo estas palabras que no he podido olvidar: «Mi hija sólo se casará con un rey; pero no importa: si es preciso os haremos rey.»

El alma de Aben-Aboo se decidió al crímen; sin embargo dijo con un acento natural y amigable:

—¡Oh! pues, si el emir se propone haceros rey lo seréis.

—¡Dios me libre de ambicionar tal cosa!

—Pero decidme, don Juan, ¿si habéis hablado una vez al emir cómo no le habéis reconocido al verle en Gra-

nada?

Ya os dije que sólo tenía de ese caballero un recuerdo muy confuso, como que hace muy cerca de dos años que le hablé y eso solo una vez y en una ocasión en que estaba muy turbado.

—Lo comprendo, dijo Aben-Aboo: y recayendo en su traidor pensamiento de embriagar al marqués para matarle sin ruido añadió: pero lo que no comprendo bien, es que vos, que sóis tan bebedor...

—¡Ah! es verdad: es necesario que brindemos juntos por mi felicidad.

—No: bebed vos solo: ya sabéis que soy morisco: sabed además que sólo soy cristiano en el nombre, y que el Koran me veda el vino y las bebidas espirituosas.

—Sea como vos queráis; pero en cuanto á mí necesito templar bebiendo y cantando mi alegria. ¡Ola, Roque! ¡Roque de Satanás¡ mis dos botellas, añadió levantándose y asomando la cabeza á la puerta de la escalera.

Apareció á poco Roque, con dos botellas y un vaso; estaba pálido de una manera notable, y miró de un modo singular al marqués.

Después salió.

El marqués se entregó á una alegría que podremos llamar lúgubre, en la que había mucho de locura, mucho de sufrimiento; había encontrado al fin, á Esperanza, á la que había buscado largo tiempo en vano, y un presentimiento oscuro, de que no se apercibia, daba á su contento el aspecto lúgubre y aterrador de que hemos hablado. Bebia á grandos tragos, y con una frecuencia tal, como si hubiera querido ahogar en vino lo que de una manera incomprensible comprimía su alma.

Pero cantaba, rasgueaba la guitarra, bebía y abrumaba á preguntas sobre Amina á Aben-Aboo, que le contemplaba con ansiedad, esperando ver los primeros síntomas de la embriaguez.

Ya había despachado el marqués una botella, y ni el más ligero asomo de embriaguez había aparecido en su semblante. Destapó la segunda, llenó el vaso y le apuró de un trago.

—¿A qué sabe este vino? dijo: ese Roque se descuida: este vino sabe á húmedo.

—¡Bah! os habréis engañado tal vez, dijo Aben-Aboo.

—¿Qué es engañarme? dijo el marqués llenando de nuevo el vaso y apurándole hasta la mitad. Este vino está echado á perder !Eh¡ !Roque! ¡Roque!

Pero Roque no podía oirle, porque la voz del marqués se había hecho ronca; además se iba poniendo densamente pálido; Aben-Aboo sin saber qué pensar de aquello, miraba al marqués con asombro.

—¡Oh! ¿qué es esto? añadió don Juan, llevándose las manos á la frente: la casa se me anda alrededor. ¡Ah! ¿qué... es... esto?

Y como al impulso de una sospecha terrible, se levantó, dió un grito, y cayó de nuevo, pálido como un cadáver sobre la silla.

—¡Oh! ¿le habrán envenenado...? exclamó con terror y con alegría al mismo tiempo Aben-Aboo. Tal vez le mate el amor de Amina. Le han citado á esta taberna... acaso el emir se deshace de una manera tan buena como cualquiera otra, de un amante de su hija, de un amante peligroso....

Y siguió contemplando al marqués que pugnaba en vano por hablar y por levantarse. Sus ojos se cargaban; su semblante palidecía más y más, y al fin, su cabeza cayó inerte sobre la mesa.

—¡Oh! esto está concluido, dijo con una feroz alegría Aben-Aboo: el amor de Amina le ha costado la vida.

Aben-Aboo, se levantó, se acercó á él, tomó la la luz, levantó la cabeza del jóven y la examinó atentamente: entonces notó con rabia, que el marqués no estaba muerto, sino dormido: respiraba con facilidad, y la palidez había desaparecido. Aben-Aboo puso la mano sobre el pecho de don Juan, y notó que su corazón latía naturalmente.

—¡Oh! no era un veneno, exclamó; sin duda se le ha adormecido con la intención de conducirle misteriosamente, sin que pueda darse cuenta del lugar, á los brazos de Amina.

Y la sombría mirada de Aben-Aboo, y la letal palidez que cubrió instantáneamente su semblante, demostraron que luchaba con un horrible pensamiento.

—Y bien, dijo; estoy solo con él: le tengo en mis manos; no puede haber lucha ni gritos; aquí hay un misterio que no comprendo, y en el cual está envuelta Amina; y luego... este hombre es peligroso; el emir ama demasiado á su hija; el marqués ha dicho, sí, lo recuerdo bien, que cuando le pidió la mano de Amina, le dijo que era necesario que fuese rey... que podría ser rey. ¡Oh! ¡y el marqués es valiente! ¡el emir poderoso! Dios me entrega este hombre para que impida con su muerte una traición que nos perdería.

Aben-Aboo salió; fué á la puerta de la escalera, escuchó, miró al oscuro fondo de una manera insensata, y luego, después de un momento de vacilación, en que pasaron por su rostro las más horribles expresiones, se arrancó la daga de la cintura, y se arrojó sobre el marques.

Pero cuando creía asegurado el golpe, cuando iba á descargarle sobre el corazón de don Juan, sintió que un mano, formidable por su su fuerza, detenía la suya y le arrancaba la daga.

Volvióse rugiente de cólera, y vió ante sí á Roque.

—Los que quieren ser reyes, dijo profundamente, no deben ser asesinos

—¡Ah, traidor! exclamó Aben-Aboo: tú sirves al emir de los monfíes.

—Y bien, ¿qué? contestó el tabernero, con una calma glacial.

—Tú sabías que esa dama encubierta por quien te pregunté, era la sultana Amina.

—Y bien, ¿qué? repitió con doble calma Roque,

Tu no eres lo que pareces.

—¡Yo soy monfí! exclamó Roque con acento feroz.

—¡Ah! ¡tu eres monfí! ¡esclavo de un hombre que nos tiende lazos traidores, que mantiene amistades con los cristianos. y nos suscita peligros!

—No sé quién haya podido revelarte que don Alonso de Fuensalida y su hija doña Inés, son el poderoso Muley Yaye ebn-Al-Hhamar, y la noble sultana Amina; pero no importa, Aben-Aboo: la suerte está echada: muy pronto la sangre del combate correrá en la montaña, y acaso en la ciudad: importa poco que hayas descubierto el secreto: y oye... guárdate: porque si te atreves á levantarte contra el emir, eres hombre muerto.

—¿Me retas?

—Te aconsejo.

—¿Y si yo te castigase y diese muerte al castellano que puede ser la causa de nuestra ruina? exclamó Aben-Abooo, echando mano á su espada.

—Aunque yo solo basto para reducirte á la razón, una sola voz mia, haría caer sobre tí mil puñales.

—¡Ah! los monfíes ¡siempre astutos y traidores! exclamó Aben-Aboo, trasportado de rabía: ¡los monfíes en todas partes!

—Vete, y olvida lo que aquí ha

pasado, dijo con altivez Roque; es lo mejor que puedes hacer. Pronto empezarán á venir los moriscos que elegirán por rey de Granada á tu primo Aben-Humeya, y debes evitar que te encuentren aquí.

—¡Sí, adios! exclamó trémulo de cólera Aben-Aboo: ¡pero ay del emir! ¡ay de Aben-Humeya! ¡ay de tí!

—¡Y ay de tu cabeza! contestó con desprecio el monfí.

Aben-Aboo, salió rugiendo; bajó como una avalancha las escaleras, y salió á la calle, rebozóse, y se puso en un soportal, en acecho de su casa y de la taberna.

Entre tanto el monfí había quedado profundamente pensativo en medio de la habitación.

—No sé, dijo, por qué el emir anda con tantas contemplaciones con esos dos mozos, permite que Aben-Humeya sea rey, y me ata las manos respecto á Aben-Aboo. El emir se arrepentirá, porque esto acabará mal... muy mal .. los dos son miserables y traidores: Dios quiera que no sucedan grandes desgracias: por ahora obedezcamos las órdenes de la sultana, y avisémosla de lo que aquí ha pasado.

Y asiendo al marqués, le cargó sobre sus hombros, con la misma facilidad que si hubiera sido un niño, tomó la bugía que estaba sobre la mesa, se encaminó á una puerta situada al fondo de la habitación por la parte que lindaba con la casa habitada por el emir, y desapareció por aquella puerta con su carga.

CAPITULO X.

En que se trata de lo que pasó entre la sultana Amina y Aben-Aboo.

El jóven permaneció algún tiempo observando la casa y la taberna contigua.

La calle estaba desierta y envuelta en un profundo silencio. La luna brillaba sobre ella. Al dar las diez en la iglesia del Salvador, hora en que se cerraban las tabernas, la gente que había en la del Hardon salió, y se cerró la puerta. La calle quedó ya completamente silenciosa.

Aben-Aboo esperó algún tiempo, pero nadie apareció, á pesar de que según las noticias del morisco, los xeques del Albaicín debían empezar á acudir á las diez. Entonces recordó Aben-Aboo que á la casa del Hardon podía entrarse por diferentes minas, algunas de las cuales conducían fuera de la ciudad.

—¡Oh! exclamó: los que han de elegir rey á don Fernando entrarán por las minas, y de la misma manera habrán sacado por las minas al marqués: aunque me estuviese aquí toda la noche nada descubriría... y luego... luego quién sabe para qué se ha dado ese brevaje al marqués. Acaso he supuesto lo que no existe: acaso mis celos... tenía razón ese hombre... no se puede ver á Amina una vez sin amarla... el amor que me ha inspirado ha crecido con los celos que el marqués me ha hecho sentir... y acaso me engañe... porque si ella amara al marqués ¿á qué haberse estado recatando de él durante dos años? pero sin embargo, la carta que le citaba esta noche á la taberna... pero á mí me ha citado también y de una manera más directa, por el postigo .. yo puedo saber si la sultana, esa sultana que ha estado á mi lado sonriéndome horas enteras, es la Dama blanca... y luego puede ser muy bien que me ame: que me conozca hace mucho tiempo... yo me he puesto á su paso en la montaña... tal vez solo ha tenido con el marqués una aventura galante... y sobre todo yo debo apurar hasta donde pueda este misterio... yo debo acudir á la cita de doña Inés.

Y saliendo del soportal rodeó su propia casa como quien bien la conocía, y se dirigió sin vacilar al postigo.

Detúvose un momento en él á fin de dominarse, y cuando lo hubo conseguido, cuando juzgó que en su semblante no quedaba el menor vestigio de la reciente tormenta, llamó recatadamente al postigo.

Inmediatamente aquel postigo se abrió, y Aben-Aboo lanzó un grito de sorpresa al ver ante sí entre las sombras una mujer enteramente vestida de blanco y con un antifaz del mismo color sobre el rostro.

—¡La Dama de la montaña! exclamó.

—Seguidme, dijo la jóven.

Aben-Aboo la siguió con el corazón palpitante: atravesó el huerto tras ella, y tras ella atravesó un corredor oscuro, subió unas escaleras, y se encontró en un precioso retrete alumbrado por dos bujías de cera que había sobre una mesa. Sobre aquella mesa además había un pergamino enrollado y una daga que Aben-Aboo reconoció con terror: era la suya, la que le había arrebatado en la taberna el monfí.

La jóven cerró la puerta, se quitó el antifaz y apareció el semblante pálido y severo de Amina.

—¿Qué habeis pensado de esta cita? dijo Amina con acento grave.

—¿Me preguntais lo que he pensado ó lo que pienso? dijo con audacia Aben-Aboo.

—Os pregunto lo que habeis pensado, no lo que penseis ahora.

—He pensado delirios, prima.

—¡Delirios!

—Sí; he pensado que Dios se compadecía de mí y me daba con vos la felicidad.

—¿Y qué motivos habeis tenido para pensar que yo...

—Hace mucho tiempo que sin conoceros os amo.

—¡Extraño amor!

—Os he visto en la montaña...

—Creo que ya os costó un lance desagradable vuestra obstinación en seguirme.

—Con que confesais...

—Lo confieso todo... todo lo que querais que confiese... que soy la Dama blanca de la montaña, sultana Amina, la amante del marqués de la Guardia...

Amina pronunció estas palabras con una indiferencia despreciativa.

—¡Oh! exclamó con rabia Aben-Aboo, ¿sabeis que os amo, que os he buscado con una tenacidad incansable y os atreveis á decirme que amais á otro?

—Si no viniérais de donde venís, si no hubiérais querido hacer lo que no habeis podido, yo os hubiera dicho: soy vuestra prima Amina, la que habeis seguido á la montaña con peligro de vuestra vida; en el tiempo que hoy hemos estado juntos he comprendido que me amais: yo no puedo pagar vuestro amor, porque no me pertenezco, porque mi corazón y mi vida son de otro á quien conocí antes que á vos; pero ahora después de lo que he hecho, después de lo que habeis dicho, me limito á deciros: tomad vuestra daga, infante Aben-Aboo, y dedicadla á más noble uso que á asesinar hombres dormidos.

—¿Sabéis señora que ese hombre se jactaba de una manera insolente de que le amábais?

—Puede jactarse de ello: además creía hablar con un amigo.

—¿Habéis olvidado señora que ese hombre desprecia vuestros dones vendiéndolos?

—Creía hacer un servicio á un amigo.

—¿Es decir que creeis bueno y noble todo lo que proviene del marqués de la Guardia.

—Es mi esposo, y debo respetar-

le... es más, creo que solo peca de imprudente, de enamorado.

—¿Qué es vuestro esposo? exclamó asombrado Aben-Aboo.

—Tomad ese pergamino y comprended por qué os llamo infante, por qué llamo mi esposo al marqués de la Guardia.

Y entregó á Aben-Aboo el pergamino enrollado que estaba sobre la mesa, y que no era otra cosa que una copia de las capitulaciones concertadas entre el emir de los Monfíes y Aben-Hmeya.

—¡Tenéis una hija! exclamó ferozmente Aben-Aboo, después de haber leido el pergamino ¡Aben-Humeya tiene un hijo!...

—¡Oh! nunca hubiera creido, dijo con profundo desdén Amina, que la ambición hiciese á los hombres tan miserables. Pero ved lo que hacéis, Aben-Aboo, ved lo que hacéis, porque os advierto que vuestra primera traición será la señal de vuestro castigo.

—¿Para qué me habéis llamado aquí, señora?

—Mi padre os conoce, Aben-Aboo, y lo ha temido todo de vos, en los momentos en que los moriscos de Granada eligen por su señor á Aben-Humeya: procuró distraeros, os llamó á su casa con un pretexto, os retuvo á nuestro lado, y yo procuré haceros olvidar vuestra ambición por el amor. Creyéndoos enamorado os cité para apartaros acaso de vuestra ruina, no para alentar un amor que era imposible. Pero vos habéis obrado de tal modo, que me obligáis á ser con vos todo lo severa que puede ser una persona que aborrece el crímen.

—Pues os anuncio que vos seréis la causa de muchos crímenes.

—¡Yo!

—Sí, vos. Primero he codiciado la corona de Granada, y me la habéis robado; después os he codiciado á vos y os he perdido.

—¿Y qué derecho tenéis á esa corona, qué derecho á mi amor?

—Mi voluntad.

—Vuestra voluntad os llevará á vuestra ruina. Haced lo que mejor os plazca, sed en buen hora mi enemigo. Ni os temo ni os desprecio. Procuraré burlar la venganza que sin duda meditáis contra mi padre y contra mí. Pero os aconsejo una cosa. Recatad mucho vuestra venganza, y sobre todo no habléis con mi padre como habéis hablado conmigo Mi padre nada sabe. Yo debía avisarle para que se precaviese de vos, pero sobre ser vos casi impotente, espero que cuando salgáis del estado de delirio en que os encontráis, reflexionaréis, comprenderéis que en vez de odio nos debéis agradecimiento, y seréis nuestro buen pariente. Si ese momento llega, yo os tenderé mi mano, os perdonaré el mal que habéis querido hacerme, y seré vuestra hermana. Ahora salid, porque todo lo que teníamos que hablar lo hemos hablado ya.

—Adios señora, adios, dijo Aben-Aboo, con acento sombrío, adios, y no os olvidéis de mí.

—A pesar de vuestras amezazas, os aconsejo que nada intentéis esta noche contra Aben-Humeya, por más que tengáis algunos parciales, ni dejéis de ver á mi padre. No déis un paso hácia adelante, si no estáis seguro de que no habéis de arrepentiros, porque os lo repito, creo que más que criminal sois loco.

La triste dulzura con que Amina pronunció estas palabras alentó á Aben-Aboo que volvió desde la puerta y se arrojó á los pies de Amina.

—¡Oh! tened compasión de mí, le dijo: tenéis razón, yo no he pensado en el crímen hasta que he visto defraudadas todas mis esperanzas... pero amadme, señora, amadme, porque yo antes de ver vuestro semblante os amaba, me había fingido en vos la

hermosura de un arcángel, y al veros he visto que había soñado poco, que sóis más hermosa, más noble que lo que soñó mi deseo: amadme, y sea en buen hora Aben-Humeya rey de Granada: si vos sóis mia, seré más feliz que mandando sobre todos los imperios del mundo.

—¡Yo os amo! dijo Amina con una dulcísima voz de consuelo.

—¡Oh! ¡que me amáis! ¿luego vuestro amor al marqués de la Guardia es mentira?

—Y es mentira también mi hija Kinza?

—¡Ah!

—¿Y habéis podido creer que habría sido madre sino por el amor de un hombre que hubiera llenado enteramente mi alma?

—¡Oh! y entonces... entonces... ¿cómo me amáis?

—Levantad y oid: yo os amo porque una voz íntima de mi corazón me dice que os ame; pero os amo de una manera tranquila; como creo que se debe amar á los hermanos; el solo pensamiento de otro amor hácia vos, me horroriza, me repugna... ese amor no puede ser entre nosotros: mi corazón le rechazaría, aunque no amase á otro hombre.

—Pues adios, señora... adios, dijo Aben-Aboo levantándose con el semblante teñido de una palidez letal... ya que no puede haber entre nosotros amor, habrá odio... no podéis amarme... yo os juro que me aborreceréis.

Y Aben-Aboo que conocía las entradas y salidas de la casa como quien era su dueño, salió frenético, dejando sola y aterrada á Amina, que comprendía bien lo temible que era Aben-Aboo.

Por algún tiempo, este vagó á la ventura por calles y callejas; sin dirección fija, calenturiento, entregado á pensamientos, ó por mejor decir, á intenciones de venganza á cual más horrible: la venganza, ese mónstruo del corazón humano, no había tomado para él formas, pero se revolvía fermentando y rugiendo en su alma.

Así anduvo una hora: al cabo de ella, el frio que era intenso, contrapesó el ardor febril de su sangre, volvió á su pensamiento la reflexión y se rehizo. Entonces no renunció á su venganza, sino que se resignó á esperar que esta se le presentase en todo su esplendor, justificada, traida por los acontecimientos; comprendió que debía ser prudente, que cuanto más encubriese su odio más seguro seria su efecto, y á paso lento tomó el camino de la calle de San Miguel; cuando llegó á ella notó que estaba tan silenciosa y desierta como cuando la había abandonado, y que no se veía el reflejo de una sola luz ni se escuchaba el más leve rumor en la casa del Hardon.

—Habrán venido por las minas y estarán en los subterráneos, dijo suspirando, y se encaminó á la puerta principal de su casa.

Abrióle un criado que le indicó que su señor le esperaba y le condujo á su habitación.

Yaye estaba sentado junto á una mesa, tenía quitada la venda y se le veía en el lado izquierdo de su frente una profunda cicatriz redonda.

Aben-Aboo, ya enteramente dominado, adelantó y dobló una rodilla ante el emir besando una de sus manos.

—¿Qué haces, hijo mio? le dijo conmovido Yaye.

—Os rindo el homenaje que os hubiera rendido desde el primer momento, señor, si hubiera sabido quien érais.

Yaye le atrajo á sí y le besó conmovido en la frente: Aben-Aboo notó que una lágrima del emir había caido sobre sus mejillas.

Esto que hubiese conmovido á otro, irritó á Aben-Aboo.

—¿Has visto á tu prima? le dijo Yaye haciéndole sentar á su lado.

—Si señor.

—He preferido que ella sea quien te revele lo que no te he querido revelar hasta este momento: quería retenerte junto á mí para que no hicieses una locura, pero no quise imponerte el respeto que en este momento te domina. Pero era necesario, cuando se te da un infantazgo, que tu tio y tu señor hablase contigo. Ya sé que has pensado en un puesto más alto, pero en todos los puestos, hijo mio, encuentra un noble lugar el que es valiente, caballero, y, sobre todo, ama á su patria. Ha llegado el momento de la lucha, lucha que ya no puede dilatarse por más tiempo. Aben-Humeya cumplirá con su deber como rey de Granada, y tú como infante le ayudarás: yo os ayudaré á entrambos. No quiero ocultartelo; la lucha es terrible, arriesgada, y si sobreviene la más leve división entre nosotros somos perdidos, y sentenciamos á nuestros pobres hermanos, ya harto oprimidos, á la esclavitud, á la muerte, á la deshonra, que es la peor muerte de las muertes. Si hay en ti ambición, espera y no desesperes, hijo mio. Si el cristiano nos vence, nuestra corona será la corona del martirio; si le vencemos, si, como en otro tiempo nuestros abuelos, logramos avanzar sobre las tierras del cristiano, ayudados del poder del sultán de Constantinopla nuestro amigo, entonces Aben-Aboo, sobrarán coronas en los reinos que reconquistemos.

—Solo os pido una gracia, señor, dijo hipócritamente el jóven.

—¿Cual?

—No separarme de vos, pelear á vuestro lado, llevar en el combate vuestra bandera.

—En lugar estarás, que satisfaga tu valor y tu orgullo, hijo mío. Ahora escúchame, es necesario que partas al momento á las Alpujarras.

—Eso mismo pensaba deciros, señor.

—Yo partiré mañana. Toma: esta carta mía te abrirá paso entre los monfíes que te ayudarán si necesario fuese. Tu madre vive en Cádiar, añadió conmovido el emir.

—Si señor.

—Tu madre estará inquieta.

—Mi madre me ama en extremo, señor.

—Pues bien: di á tu madre que nada tema, que el emir de los monfíes te proteje. Esto la tranquilizará.

—Muy bien, señor.

—Toma, añadió Yaye, abriendo un cajón de una mesa y sacando una repleta bolsa de oro: sé infante de Granada.

—¡Ah! ¡cuantas bondades, señor!

—Adios, vete: sobre todo prudencia y sigilo: que nada puedan sospechar los cristianos hasta el día del alzamiento.

—Adios, señor, adios, dijo Aben-Aboo que deseaba verse libre de la influencia que ejercía sobre él el emir.

—¿Y no te despides de mi hija? dijo el emir señalando á Amina que había aparecido en una puerta.

—¡Ah, señora, adios! dijo Aben-Aboo dirigiéndose á ella.

—Sed feliz.... y seguid mis consejos, le dijo Amina.

—!Ah! no los olvidaré, señora.

Aben-Aboo salió, y poco después se sintió abrir la puerta exterior y las pisadas de un caballo en la calle que se alejaron hasta perderse en el silencio.

—¡Ah! exclamo Amina en un acento que no pudo oir su padre: quiera Dios que con ese hombre no nos preceda á las Alpujarras la desgracia.

Amina sentia oprimido su corazón por un presentimiento funesto.

CAPÍTULO XI.

Alianza de sangre y lodo.

A punto que Aben-Aboo entraba á caballo en el corral del Carbón, daban las doce en el reloj de la Capilla real.

Era la hora de la cita con Angélica.

El corral estaba desierto, silencioso é iluminado de lleno por la luna. Aun estaba alzado el tablado donde se había hecho la representación, pero despojado de los tapices y de las cortinas: como si dijéramos, en esqueleto.

Aben-Aboo, pensó primero en llamar á maese Pertiñez para que le sirviera de guia hasta el aposento de la comedianta. Pero prefirió no recurrir á él sino en un caso extremo, ató su caballo á un poste del corral, y se aventuró por las estrechas escaleras que guiaban á la hospedería.

Llegó á lo alto de las escaleras y palpó: encontró al fin una puerta que abrió con la llave que le había entregado maese Pertiñez de parte de Angélica.

Pero se encontró con una dificultad; el pasillo estaba oscuro, y apenas penetraba en él un débil reflejo de los rayos de la luna á través de las claraboyas del techo.

Aben-Aboo recordó que el aposento de Angélica estaba á la derecha, y en la parte media del pasillo, cabalmente por aquella parte y en el mismo costado daba un rayo de luna.

Aben-Aboo adelantó con la esperanza de que tal vez aquel blanco rayo de tibia luz le dejaría percibir algún número por el cual guiarse; se quitó las espuelas para no hacer ruido, y adelantó recatadamente, hasta el lugar iluminado por la luna.

Aquel lugar de la pared estaba sobre una puerta; Aben-Aboo sintió una extraña conmoción al notar que enmedio del espacio iluminado por la luna se destacaba negro y enorme el número 13.

¿Era aquello una casualidad, ó que Dios ó el infierno le ayudaban?

Otro extremecimiento distinto agitó á Aben-Abo al llamar á la puerta; al fin era jóven y por más que un jóven esté poseido de las más violentas pasiones, siempre siente un no sé qué poderoso que le domina cuando enmedio del misterio se acerca á una buena moza que le espera.

Porque Angélica debía esperarle.

Aben-Aboo notó que la puerta cedía bajo su mano sin ruido, lo que demostraba que la puerta estaba preparada para esta clase de lances: el jóven adelantó y se encontró en un espacio alfombrado, con gran asombro suyo, porque no esperaba encontrar tal lujo en tal hostería.

Por una puerta al frente se percibía un tenue resplandor: Aben-Aboo adelantó guiado por él, atravesó otro aposento oscuro y se encontró al fin en la misma habitación en que Angélica había recibido aquella mañana á maese Pertiñez.

En un estrado de damasco, reclinada en sus almohadones, y dormida, reflejando en su hermoso semblante, en su cuello y en su seno casi descubierto, como por descuido, la luz de una bujía colocada en una pequeña mesa junto á ella, estaba Angélica.

¿Dormía ó fingía dormir? Esta pregunta se hizo Aben-Aboo, pero comprendió que aquella mujer que le esperaba á aquella hora, despierta ó dormida, no debía de haberle citado para hablarle del gran turco.

Aben-Aboo no se atrevió á despertarla en el momento: tan hermosa estaba dormida; por intención ó pereza, no se había quitado del traje que había usado para la comedia, más que el adorno de plumas: conservaba

el magnífico collar de perlas, regalo humillante de Amina, y sin duda, para respirar mejor, se había abierto el justillo; Aben-Aboo, pudo pues, anegar sus miradas en aquel cuello divino, y en aquel seno de mármol; luego como si una atracción poderosa le hubiese dominado, acercó lentamente su semblante á aquel seno y le besó.

En esto, entraba al mismo tiempo el deseo y el cálculo; necesitaba mostrarse enamorado y audaz con aquella mujer, en quien había visto un enemigo mortal de Amina, y cuya alianza podría convenirle.

Al sentir el ardiente beso del jóven Angélica despertó y exhaló un ligero grito de terror, que si fué fingido, lo fué admirablemente.

Luego, al reconocer al jóven se tranquilizó, se sonrió de una manera tentadora, y tendió la mano á Aben-Aboo, cubriéndose con la otra el seno con los encajes.

—¿Por qué estais de rodillas? dijo infiltrando una mirada traidora por lo amante, en los ojos entumecidos de Aben-Aboo.

—Estaba adorando vuestra hermosura.

—¡Ah! ¿y vos cuando adorais besais?

—¡Ah, señora! perdonad; pero la culpa es de vuestra divina belleza.

—¿Quién os ha enseñado á enamorar de ese modo?

—Vos.

—En poco tiempo hago yo maestros de amor.

—Vos le enseñais con una sola mirada.

—De modo que vos...

—Yo os adoro.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque adorais á otra.

—¡Ah!

—Como yo adoro á otro.

—¡Oh!

—Pero vos necesitais vengaros.

—Sí.

—Y yo también.

—Yo de la altivez de una mujer.

—Yo del desamor de un hombre.

—Somos, pues, amigos.

—Amigos de odio.

—¿Y no más que amigos? dijo Aben-Aboo rodeando la cintura de Angélica.

—Ya veis que os dejo hacer...

—¿Quereis sin duda serviros de mí?

—Como vos de mí.

—¡Ah! yo me serviria de vos para ser feliz.

—Vos podeis hacerme feliz haciéndome vuestra.

—¿Hablais de veras?

—¿Pues no?

—Oid, señora: apesar de que creo que cuando me habeis llamado, me conoceis y comprendeis que puedo serviros de mucho, á pesar de que estoy seguro de que ni me amais ni podeis amarme, vos podeis estar segura también, de que á pesar de que amo á otra mujer, á pesar de que lucho con mi suerte, podeis ser mi tentación, la mano que me impulse .. y á más de eso, la fuente donde beba el amor de que estoy sediento.

—¿De veras? ¿Hablais de veras?

—Entre una mujer como vos y un hombre como yo, no puede haber mentira. Yo os comprendo como vos me habeis comprendido.

—¿Y qué habeis comprendido en mí?

—Que sois capaz de todo por vengaros de una mujer.

—¡Ah! sí, como vos arrostrareis la perdición de vuestra alma por vengaros de un hombre.

—Yo os doy la mujer á quien amo.

—Y yo el hombre á quien adoro.

—A falta de ese hombre...

—Acepto vuestro amor.

—A falta de esa mujer, yo os doy mi alma.

—Oid, dijo Angélica levantándose de entre los brazos de Aben-Aboo, y separándole de sí en un movimiento de suprema dignidad: no creais que la mujer que habeis visto representando sobre un tablado, ofreciendo su talento y su hermosura al vulgo, es una de esas cómicas perdidas, que abren sus brazos al primero que se las presenta con las manos llenas de oro. Bajo la comedianta está la mujer con todo su pudor, con toda su dignidad: tras mi presente de cómica, hay un pasado noble y altivo, aunque lleno de amargura y de pasiones terriblemente combatidas. Lo he perdido todo, todo, menos la honra y el corazón. Y os digo que no he perdido la honra, porque solo he pertenecido á un hombre, á quien he considerado como mi esposo; os digo que no he perdido el corazón, porque no puedo sufrir que ese hombre me engañe y me mienta amores cuando me desprecia. El amor que sentía hacia el marqués, se ha convertido en ódio, en lo único que puede couvertirse el amor, como un día se convertirá en ódio el amor que os inspira esa duquesita de la Jarilla, esa sultana mora, esa doña Esperanza ó Amina...

—Se ha convertido ya.

—Os habeis arrastrado á sus piés y os ha despreciado...

—Sí.

—¡Oh! pues debeis vengaros.

—Me vengaré, no sé cómo, pero me vengaré.

—¡Oh! cuánto me amareis si yo os proporciono una venganza doble, una venganza horrible!

—Siento, señora, que me dominais, que acabareis por enloquecerme, por ser el arcángel de fuego de mi vida.

—¡Oh! seguid, seguid: irritad vuestro ódio: qué hermoso estais pensando en vuestra venganza!

En efecto, Aben-Aboo estaba hermoso, pero con una hermosura como la que solo puede suponerse en Satanás.

—Somos, pues, el uno del otro. Nos pertenecemos, dijo Aben-Aboo.

—Sí; somos desde ahora el uno del otro para vengarnos: después, cuando nos hayamos vengado, cuando yo pueda considerarme viuda, ahogaremos nuestros remordimientos, el uno en los brazos del otro.

—¡Remordimientos!

—Sí; ¿qué culpa tienen Amina y don Juan, de que el cielo los haya reunido para amarse como se aman los ángeles? Nosotros deberíamos respetar ese amor, noble y grande, purificado por el infortunio, y sin embargo, ese amor nos roe el alma, y necesitamos exterminarle para que no nos despedace: cometeremos un crímen: lo sé: marcho á él de frente, sé que me espera el remordimiento, pero me vengaré, ó por mejor decir, destruiré lo que no puedo ver, lo que no puedo suponer sin sentir una rabiosa sed de sangre.

—No parece sino que mi alma es una continuación de vuestra alma, porque lo mismo pensamos los dos, señora.

—Nuestro común ódio hacia esos dos, que sin nosotros serían tan felices, establece ya entre nosotros una especie de amor extraño...

—Que tal vez mañana...

—¿Quién sabe?

—Os juro no perdonar nada por vengaros.

—Yo os lo juro también.

—Os seré fiel como la espada á la mano.

—Y yo á vos como el veneno á la muerte.

—Somos, pues, el uno del otro.

—Como hermanos de venganza ahora.

—¡Y cuando se satisfaga esa venganza!

— Creo que para entonces os amaré... os amaré como yo amo, con toda mi alma.

—Para eso es preciso que no nos separemos.

—He despedido esta noche á mi doncella para estar en libertad de obrar.

—¿Qué quereis decir?

—Que voy á seguiros ahora mismo.

—¿Y el señor Cisneros?

— ¡Ah! ¡Cisneros! ¡pobre loco!

—¿Y el señor Salvador Godinez?

—¡Callad! dijo Angélica palideciendo: callad: cabalmente por temor á ese hombre sería capaz de huir con Satanás.

—Él cree que no le conoceis.

—¿Le conoceis vos?

—No, pero creo...

—Es mi verdugo, el autor de mis desgracias, el que me ha obligado á arrojarme á las tablas: cree que no le conozco. ¡Ah! á una mujer como á mí no se la engaña más que una vez.

— Pero ¿quién es ese hombre? ¿por qué os causa tanto terror?

- Si me probais que no desconfiais de mí, yo no desconfiaré de vos. ¿Cómo os llamais?

—Me llamo el infante Sidi Aben-Aboo.

— ¡Ah! ¡no mentís cuando decís que sois mio! ¿Sois moro?

—Si.

—¿Vais á rebelaros contra el rey?

—Sí.

—¿Ansíais beber la sangre de Aben-Humeya?

—Sí.

—¡Oh! he buscado el crímen y el infierno no podía habérmele presentado más completo, más terrible. ¿Matareis á Aben-Humeya, vuestro pariente?

—Aunque fuese mi hermano.

— ¡Y si yo os dijese el nombre del asesino de vuestro padre!

—El nombre del asesino de mi padre.....

—Vuestro padre murió de hambre después de haber sido herido por los monfíes en una cueva de las Alpujarras.

—¡Ah! y acaso el emir de los monfíes...

— Es el asesino de vuestro padre... y no solo de vuestro padre, sino de don Diego de Válor, padre de Aben-Humeya.

—¡Y aun no hace una hora, que el hipócrita, que el miserable me abrazaba y me llamaba su hijo, y regaba con sus lágrimas mi semblante!

Angélica se extremeció; su crímen era horrible; pero necesitaba despedazar el corazón de Amina, y siguió marchando de frente al crímen.

—¡La prueba! ¡la prueba de lo que acabáis de revelarme, señora!

—Sí. os la daré clara y terminante, pero si hemos de llevar á cabo nuestra alianza, es necesario que no nos separemos: para no separarnos, es necesario que huyamos, para huir es necesario aprovechar los momentos. ¿No os he dicho que me he quedado sola para estar dispuesta á todo?

— ¡Huir! ¡huir conmigo, esta misma noche!

—¿Os falta dinero?

—Tengo unos cien doblones.

—Y yo tengo joyas que valen un tesoro: joyas que he preparado para la fuga.

—¿Pero habéis meditado que estamos en diciembre, que tenemos que pasar por la falda de la Sierra?

—¿Y quién teme al frio llevando un volcán en el corazón.

—Luego... un viaje de algunas leguas á caballo...

—Pero vuestro caballo es fuerte...

—¡Oh! ¡sí!

—¿Para llevarnos á mí, á mis joyas y mi dinero?

—Sí, indudablemente, si no es más que lo que hay en ese cofrecillo.

—¡Oh! pues entonces, esperad.

Angélica, tomó la luz, dejando á oscuras á Aben-Aboo, y desapareció tras una puerta de cristales.

No es la oscuridad lo mejor para inspirar buenos pensamientos; parece que hay más bien allí donde hay más luz. Durante el breve espacio que Angélica tardó en volver, Aben-Aboo acabó de convertirse en un demonio, sintió hácia Angélica un amor satánico, enteramente distinto del amor que le había inspirado Amina: ardió su sangre al recuerdo de su hermosura; se inflamó su alma en un fuego sombrío al medir la profundidad de aquella alma infame de mujer. En una palabra, Aben Aboo se vendió enteramente al diablo.

Angélica volvió enteramente vestida de negro, y envuelta en un largo manto, tomó el cofrecillo de sus joyas, puso en él las que tenía cuando llegó Aben-Aboo, cerró el cofrecillo, y le entregó al jóven que le puso debajo del brazo. Luego se asió al otro brazo de Aben-Aboo, y apagó la luz.

—Me habéis dicho vuestro nombre y vuestros intentos, dijo Angélica en medio de las tinieblas, con un acento tal que erizó los cabellos del supersticioso Aben-Aboo. Voy á deciros el mio y mis intenciones. Pertenezco á la familia más ilustre de Venecia, y en la corte de las Españas todos conocen mi nombre. Permitidme que os diga antes mis intenciones. Quiero gozar con vos un placer del infierno, quiero quemaros y quemarme en ese amor; quiero morir en medio de un torbellino de fuego levantado sobre mi venganza satisfecha. Os he llamado, y habéis respondido á mi llamamiento. Sóis mio, enteramente mio en cuerpo y en alma, como en cuerpo y en alma soy toda vuestra.

Y tras estas palabras, resonó entre las tinieblas, un doble beso, ardiente, terrible, por el que parecían haberse exhalado dos almas condenadas.

—Ahora, dijo la comedianta, sabed mi nombre: me llamo la princesa Angiolina Visconti.

CAPÍTULO XII.

De cómo fué la proclamación de Aben-Humeya.

A la misma hora en que Aben-Aboo desesperado se encaminaba al corral del Carbón, en busca de Angiolina, dentro de una habitación de una casa situada en lo más alto del Albaícin, se paseaba impaciente Aben-Humeya.

Los adornos y los muebles de aquella habitación, demostraban que la casa pertenecía á un moro rico.

Aben-Humeya estaba completamente vestido á la castellana, con un traje de terciopelo negro.

En la casa no se oía el más leve ruido.

El jóven mostraba en su semblante esa profunda preocupación que se apodera de todo el que está á punto de cambiar de posición y de destino de una manera grave y trascendental.

Podía decirse, que las dos pasiones que de una manera más marcada se dejaban ver en aquella preocupación, eran la ansiedad y el miedo.

El jóven había oido distintamente dar las doce en el reloj de la colegiata del Salvador, y su ansiedad y su miedo parecieron doblarse.

Aun duraba la vibración de la última campanada, cuando resonó una llave en una cerradura, se abrió una puerta, y apareció un moro completamente vestido de blanco, cubierto

el rostro con el extremo de su toca, y con una linterna encendida en la mano.

Aquella noche era para don Fernando de Válor, ó Aben Humeya, una noche de fantasmas blancos.

—Sígueme, le dijo el moro.

Aben-Humeya tiró de una manera resuelta tras el encubierto, que atravesó algunas habitaciones y en el fondo de un corredor, abrió una puerta, pasó por ella, y empezó á descender por unas estrechas escaleras.

Aben Humeya le siguió.

Ya á bastante profundidad, el moro abrió otra pequeña puerta chapeada de hierro mohoso, y tiró adelante, siempre seguido por Aben-Humeya.

Marchaban por una estrecha mina abovedada, revestida por una argamasa gris, dura y reluciente.

Después de haber recorrido una distancia como de mil pasos, el moro se detuvo delante de otra puerta, igualmente forrada de hierro, la abrió y empezó á subir por otras escaleras.

Abrió al fin otra puerta, hizo atravesar á Aben-Humeya algunas habitaciones, y al fin le dijo al entrar en un aposento circular ricamente ornamentado y alhajado:

—Espera aquí.

Y cerró con llave la puerta.

El jóven notó que sobre algunos almohadones, que constituían los asientos de la estancia, había ropas y armas moriscas.

El sobresalto y la ansiedad, seguían siendo la expresión de su semblante.

No pasó mucho tiempo antes de que resonase una llave en la cerradura de otra de las puertas de la estancia, que se abrió y dió paso á un hombre grave, hermoso, noble, que llevaba vestiduras de califa, y corona de oro en la cabeza.

Tal era la magestad del recien entrado, que la turbación de Aben-Humeya creció.

—En este momento, dijo á Aben-Humeya, se reunen casa del Hardon, los xeques del Albaicín y de la Vega, y los wazires, alimes y walies de las Alpujarras. ¿Estás dispuesto, Aben-Humeya?

—Quién eres tú que te me presentas con las insignias de rey de los creyentes, la espada de la conquista al costado, y la corona del imperio en la cabeza? preguntó con recelo el jóven.

—Soy el emir de los monfíes de las Alpujarras, el primo hermano de tu padre, tu tio, contestó Yaye-ebn-Al-Hhamar, que él era.

—¡Ah, señor! exclamó Aben-Humeya, dominado por el magestuoso aspecto de Yaye, por su palabra, y por la conmoción misteriosa que se notaba en su voz: !ah señor! ¿con que vos sóis ese noble y poderoso pariente que tanto ansiaba conocer?

Y Aben-Humeya, se arrojó á los pies de Yaye, y asió sus manos, sobre las cuales, como sobre las de Aben-Aboo, anteriormente, rodó una lágrima del emir.

—Ha llegado la hora, dijo Yaye: nuestros hermanos no pueden resistir ya el odioso yugo del conquistador y le rompen. El levantamiento necesita un rey, y todos esos fieles creyentes que se congregan casa del Hardon, te aclamarán, hijo mío, pondrán á tu costado la espada de la conquista, y sobre tu cabeza la corona del imperio.

—¿Y vos, señor? exclamó hipócritamente Aben-Humeya.

—Cuando Granada obedecía las leyes del cristiano, cuando el emperador don Carlos, antes, y después su hijo don Felipe, se llamaban reyes de Granada, yo sustentaba sobre mi cabeza, la corona de un pueblo de valientes, que vivian y viven sueltos y

libres en la montaña: esos valientes son la esperanza del pueblo moro de Granada: sin los monfíes nada podría hacerse: suya es la fuerza: yo he podido bien decir á los moriscos de Granada, de Almería y del Almanzora: «héme aquí, descendiente de reyes, que he sostenido con honra en las Alpujarras, durante veinte años, siempre desnuda y roja en sangre infiel, la espada del Islam; reconocedme y juradme vuestro señor y venid armados bajo mis banderas.» Los moriscos me hubieran aclamado su emir supremo, y todas las pretensiones de los que se hubieran creido con derecho á la corona de Granada, hubieran quedado imposibilitadas de logro. Pero vives tú: el Altísimo me ha negado hijos...

—Pero te ha dado una hija que es un arcángel del sétimo cielo, señor.

—Ya sé, ya sé, que bien quisieras ser esposo de la sultana Amina. Pero ese casamiento es imposible. Has hablado con ella esta noche, has firmado unas capitulaciones que ya había yo firmado, por las que se determina de qué manera serás rey de Granada, y el órden de sucesión de la corona; por lo que mi hija te ha dicho, por el contexto de esas capitulaciones, sabes que la sultana Amina es casada como tú lo eres: que como tú tienes un hijo, la sultana tiene una hija, que si Dios no lo impide serán esposos.

—Y no era mejor, más conveniente que la sultana Amina, rompiese su matrimonio, que yo rompiese el mio...

—Tu casamiento con mi hija es imposible, exclamó profundamente conmovido Yaye, y daría parte de mi salvación, porque ni aun en ello hubieses pensado: sería provocar la justicia de Dios: no, no: y luego yo no quiero ser cruel, no quiero romper el corazón de mi hija que adora á su esposo; no quiero romper el corazón de la pobre Isabel de Rojas que te ama con toda su alma. No, Aben-Humeya, hijo mio; cuanto he podido hacer por tí, por tu engrandecimiento lo he hecho; serás rey de Granada; cuanto pueda hacer por la gloria de tu nombre lo haré, y serás rey vencedor. Luego, después del triunfo, si el Altísimo en sus bondades se digna concedérnoslo, cuando tu hijo y mi nieta sean el uno del otro; cuando haya asegurado sobre tu cabeza y la de tus descendientes la corona del reino, yo que soy harto desdichado, y estoy harto cansado de la vida, pasaré á Africa, y te dejaré dueño absoluto de tu herencia. Entre tanto mi espada y mis consejos te son necesarios, y seré tu padre y tu señor, mientras convenga que así sea. No hablemos más de esto; vístete esas ropas, cíñete esas armas y vamos; es necesario que los que te esperan no se impacienten.

Aben-Humeya empezó á despojarse en silencio de su traje castellano, sustituyéndole con el musulman.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y estáis seguro, señor, dijo de repente don Fernando como si hubieran nacido sus palabras de un recelo, que no habrá quien quiera disputarme la corona?

—Peor para el que á ello se atreva, dijo con una autoridad llena de confianza Yaye.

—Sin contar con el bravío Farax-aben-Farax, que como descendiente de Abencerrajes, se dice merecedor de la corona, mi primo Aben-Aboo puede alegar que como yo, desciende del Profeta, y de los califas Omniades.

—Farax-aben-Farax, es el valiente de los valientes de Granada, y contentaremos su ambición, y daremos entretenimiento á su valor, haciéndole la segunda persona después del rey; Farax será alguacil mayor del

reino (1). Aben-Aboo es nuestro pariente, y como tal, infante de Granada. Mi autoridad nos responde de su lealtad. Nada temas, pues, y puesto que ya has cambiado de ropas, sígueme.

Yaye y Aben-Humeya salieron, y precedidos por el moro blanco que los esperaba fuera, y alumbrados por su linterna, atravesaron algunas habitaciones, llegaron á otra mina y al fin de ella Yaye despidió al moro, y asiendo una mano al jóven le condujo á oscuras á una habitación en la que entraba una escasísima luz, por los claros de la celosía de una ventana árabe que parecía corresponder al interior de una habitación iluminada.

Yaye condujo á Aben Humeya á la celosía.

—Espera aquí, le dijo: mira y escucha.

Aben-Humeya apoyó su trémula mano en la columnilla de la ventana y miró á la habitación que se veía desde ella.

Era extensa y magnífica; al fondo, bajo un arco labrado y dorado, se veía un dosel real, con el escudo de las armas de los reyes de Granada; bajo el dosel sobre dos gradas cubiertas con una magnífica alfombra, un divan; á cada uno de los ángulos de las gradas sobre la alfombra del pavimento general, almohadones destinados á los katibs ó secretarios: alrededor de la estancia corría una galería de arcos, entre los cuales pendían ricos tapices; á lo largo de estos arcos corrían un diván, y más hácia el centro, paralelos á los divanes de los costados otros dos: entre estos dos divanes, en el centro de la cámara, había cuatro almohadones superpuestos de riquísimo brocado, y sobre estos almohadones vestiduras regias y una bandeja de oro, con una corona, y una espada desnuda.

Una lámpara de seda pendiente del techo iluminaba la cámara.

Cuando Aben Humeya se puso á observar tras la celosía, la cámara estaba llena de moros, viejos y venerables los unos, hombres maduros los otros, muy pocos jóvenes; hablaban con calor en corrillos y se notaba que estaban impacientes; al fin, poco después de haberse puesto junto á la celosía Aben-Humeya, se levantó el tapiz de uno de los arcos situados junto al dosel y una vez sonora dijo:

—¡El poderoso emir de los monfíes, Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar!

Inmediatamente, un profundo silencio sucedió á la agitación anterior, los moros se colocaron en órden junto á los asientos, los secretarios ocuparon su lugar á los piés del dosel, y Yaye entró precedido y seguido, de guardias, wazires y walíes y ocupó el dosel: todos estaban de pié é inclinados.

A la derecha del dosel junto á los guardias se veían dos hombres que ya conocemos: eran don Fernando de Válor el Zaquer, tio de Aben-Humeya, y el faquí Abul-Hassam.

Un poco más allá fijando en los anteriores una mirada profunda y recelosa se veía otro hombre como de cuarenta años, de semblante enérgico y bravío. Aquel hombre era Farax-aben-Farax.

Yaye estaba de pié sobre el trono. Todos los asistentes como hemos dicho, estaban de pié é inclinados.

Reinaba un silencio profundo, en

(1) «Alguacil dicen ellos (los moros) al primer oficio después de la persona del rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres, sin consultarlo.»—*Hurtado de Mendoza.—Guerra de Granada.—Libro I.*—Al fin entraron algunos de por medio, y los concertaron de esta manera: que don Fernando de Válor fuese el rey, y Farax su alguacil mayor, que es el oficio más prominente entre los moros cerca de la persona real.—*Marmol.—Rebelión de los moriscos.—Libro IV.—Capitulo VII.*

medio del cual se escuchó reposada magestuosa y grave la voz de Yaye.

—Buenos muslimes, dijo, creyentes del reino de Granada, héme entre vosotros. en el momento necesario. Me habéis llamado y acudo á vuestro llamamiento. Sentáos y escuchadme.

Todos se sentaron; Yaye se sentó pero en una actitud valiente, inclinado hácia el concurso á quien dominaba desde su alto asiento.

—Veo reunidos aquí, dijo paseando sus miradas por la sala, lo más notable del reino: el anciano y sabio Abul-Ben-Eden, xeque del Albaicín, el prudente Aben-Coraixí, la familia entera de los Homaiditas, el fiel Hardon, los buenos y leales xeques de la Vega, y permitidme que lo diga, el cedro del Islam, el león de la ley, la espada del exterminio, el valiente entre los valientes, Farax Aben-Farax, el último que queda de la generosa tribu de los Ben-Serajis (1); entre vosotros hay hombres que han nacido conmigo, y de los cuales conocéis muy pocos: el valiente Harum-el-Geniz mi wazir, el Partal y alguno otro: los demás son mis walíes, mis bravos walíes, los que acaudillan mis monfíes, y tienen siempre teñidas en sangre fresca sus espadas. Veo además prestándonos su ayuda el noble Aben-Jahuar-el-Zaquer, y asiste entre nosotros para iluminarnos con su ciencia el sabio faquí Abul-Hassam.

Detúvose un punto Yaye y luego continuó.

—El lugar que ocupo sobre vosotros, nada significa sino que el emir de los monfíes, que ha nacido sobre un trono, ocupa el trono que ha sustentado con su espada: pero este no es el trono del reino, sino el trono de las Alpujarras. El que vosotros elijáis por rey, ocupará un asiento en este trono á mi derecha, será mi hermano, y como nos habremos sentado en un mismo diván, combatiremos juntos por la libertad de la patria. y por el restablecimiento de la ley. Esto tenía que deciros y ya os lo he dicho, me habéis llamado y he venido; necesitáis para levantaros mi ejército, y ya está aparejado y pronto para la pelea. Ahora, vosotros, xeques y caballeros, tratad de lo que os pareciere conveniente para la salud de la patria y para la elección del rey que ha de gobernaros.

Guardó silencio Yaye, y seguidamente se levantó el xeque más anciano del Albaicín, y apoyado en un bastón dijo con voz más segura y robusta que lo que se podía esperar de sus años.

—El momento de probar si somos dignos de vivir como hombres, ó de gemir y llorar nuestra ignominia como esclavos, ha llegado, poderoso emir, nobles hermanos. Los capítulos que hace tanto tiempo estamos evitando que se cumplan, van á ser al fin llevados á cabo. ¿qué digo que van á ser llevados? ¿Acaso los alguaciles y las guardas que nos hace pagar el presidente Deza no se atreven á entrar en nuestras casas? ¿no obligan á nuestras mujeres á que lleven el rostro descubierto? ¿no nos vedan nuestros baños? ¿no nos obligan á tener las puertas abiertas el dia de viernes y los domingos? ¿Ya, cuando nace entre nosotros un desventurado, podemos celebrar la fiesta de las buenas hadas, ni ya nuestras doncellas pueden regocijarse con las leilas y las zambras? Vienen casa por casa, registranlas, nos cuentan como cabezas de ganado y nos empadronan. Llevan nuestros pequeñuelos á las iglesías y los bautizan: oblígannos á ir á misa, cada día, y después de hacernos adorar figuras, después de predicarnos abominaciones, sacan un papel y alli nombran desde el más pe-

(1) Abencerrages.

queño hasta el más grande y al que falta le buscan y le prenden. ¿Pero á qué he de repetiros lo que todos sabéis y no es necesario recordaros, ni aun para excitar vuestra cólera que harto sublevada está contra tantas infamias? Ya ha pasado el tiempo de las lamentaciones y llegado es el de la venganza. Y puesto que el valiente emir de los monfíes nos ayuda, abreviémos de pláticas y elijamos rey que nos gobierne.

Sentóse Abul-Ben-Edem, y aprovechando su silencio Aben-Jahuar el Zaquer, tio de Aben-Humeya, dijo con voz robusta adelantando hácia el centro.

—Sí, llegada es la hora de la venganza, pero aun no es ocioso representar nuestras miserias á algunos que creen que aun pueden esperarse treguas de nuestros verdugos; y ¿por qué no hemos de justificar la causa que nos impulsa á levantarnos armados con toda nuestra indignación? ¿por qué no hemos de recordar la opresión en que estamos, sujetos á letrados y legos y no menos esclavos que si lo fuésemos? ¿Las mujeres, los hijos, las haciendas y nuestras propias personas al arbitrio de nuestros enemigos, sin esperanza en muchos siglos de vernos fuera de tal servidumbre, sufriendo tiranías y tributos, y privados del asilo en los lugares de señorío y en las iglesias, haciéndonos con esto de peor condición que los castellanos, pero obligados bajo pena de dinero á ir á rezar á las iglesias? Los clérigos se enriquecen á costa nuestra, no tenemos acogida ni en Dios ni en los hombres, los cristianos nos desprecian llamándonos moros y los moros nos niegan su ayuda creyéndonos cristianos: mandasenos que no hablemos nuestra lengua cuando no sabemos la castellana, y no sabemos en qué lengua nos hemos de expresar, ni cómo pedir las cosas; como si no se pudiese ser cristiano hablando en arábigo, y moro hablando la lengua castellana. Llevan á nuestros hijos á sus congregaciones y á sus escuelas, y les enseñan artes prohibidas por nuestra ley: á cada momento nos amenazan con arrebatarlos del pecho de sus madres y de la enseñanza de sus padres, y llevarlos á extrañas tierras, donde olviden nuestras costumbres y aprendan á ser enemigos de los padres que los engendraron y de las madres que los parieron. Nos mandan dejar nuestro traje y vestir el castellano, como si trajéramos la ley en el vestido y no en el corazón; nuestras haciendas no bastan (tan pobres nos han dejado ya) para comprar los nuevos trajes para nosotros y nuestras familias: de las ropas que tenemos no nos podremos valer, porque nadie compra lo que no ha de vestir: para llevado es prohibido; para vendido inútil. Si mendigamos, nadie nos socorre como á pobres, porque somos pelados como ricos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en las guerras contra Castilla, que cuando casó su hija el famoso Alí-Athar, alcaide de Loja, pariente de algunos de los que aquí nos hallamos, se vió en la necesidad de buscar prestados vestidos para la boda. Nos privan del servicio de los esclavos negros y no nos permiten los blancos. Los habíamos comprado, criado y mantenido y nos vemos sujetos á otra nueva pérdida. ¿Quién nos servirá? ¿qué haremos, cuando á nuestras hijas, á nuestras mujeres que van con los rostros cubiertos á servirnos y á proveer de lo necesario sus casas se las manda descubrir los rostros? Son vistas y codiciadas y requeridas, y la deshonra penetra entre nosotros, y no se sabe cuál es la que da ocasión á la avilantez de los codiciosos. Nos obligan á tener las casas abiertas, para que pueda entrar á todas horas el

ladrón, el impuro, el adúltero. Nos quitan la alegría de nuestras fiestas, y nos prohiben los baños, que son la salud y la limpieza de nuestras mujeres: las veremos en nuestras casas tristes, sucias, enfermas, donde tenían la limpieza por contentamiento y por vestido (1). ¿Y quereis que no recordemos tales injurias? ¿quereis que no digamos á cuanto somos obligados por nuestra patria y por nosotros mismos?

—Lo que queremos, dijo Farax-aben-Farax con arranque, no es que se nos diga lo que todos sabemos, lo que todos sentimos, porque lo tenemos delante de los ojos. Lo que queremos son menos palabras y más obras: veinte años y más llevamos de hablar, y de gemir, y de rescatar con oro nuestra servidumbre: ¿será que ahora también ha de quedarse todo en palabras?

—¡Acuérdate Farax! dijo con voz grave Yaye: ¡acuérdate! hace veinte y dos años, subieron al Albaicín el capitán general con sus banderas, la Chancillería con sus oidores, el ayuntamiento con sus veinticuatros, la Inquisición con sus frailes: la ciudad estaba llena de soldados y de piezas de artillería; un pregonero nos leyó un edicto, cuyos capítulos nos llenaron y nos llenan de indignación: hasta entonces, aunque aquel edicto era ya antiguo, no se había cumplido. Tú y yo, y muchos de los que aquí están, y muchos que han pasado ya de esta vida, oimos en silencio, transportados de cólera aquel pregón infame: entonces... ¡acuérdate! yo, apenas habían salido de la Plaza Larga los tiranos, llamé al pueblo á la insurrección: entonces ¡acuérdate, Farax! entonces, digiste tú: ¡no tenemos armas! entonces un noble anciano, el padre de los moriscos del reino, el noble Abd-el-Gewar, que ya no existe, dijo: ¡Tenemos oro! los jóvenes tenían miedo; los viejos apelaban al dinero, para entretener con la codicia de los cristianos el cumplimiento del edicto. Yo comprendía demasiado, aunque jóven, que no hacíamos más que dar largas á la tiranía, que el oro acabaría por concluirse y que sería tarde cuando apeláramos al hierro. Mis temores de entonces se han cumplido: nuestros hermanos, nuestras mujeres, nuestros hijos, han sufrido veinte y dos años de martirio inútil, durante los cuales el vencedor ha aprendido la manera de aterrarnos y el modo de combatirnos. Solo yo, solo los valientes que han vivido conmigo en la montaña, no podemos acusarnos de haber contribuido á las desgracias de la patria con nuestro apocamiento, con nuestra cobardia.

—¡Nos llamas cobardes! exclamó cerrando los puños y lívido de cólera Farax-aben-Farax.

—En una sola ocasión, continuó Yaye, sin dar muestras de haber notado el furor de Farax, pretendísteis alzaros: yo era el capitán del alzamiento: mi padre venía en socorro de Granada por los desfiladeros de la sierra; vendidos por una traición miserable los monfíes, mi padre murió peleando por vosotros, y vosotros al saber que quedábais solos, temblásteis de espanto y corrísteis, arrojando las armas, á esconderos en vuestras casas.

Levantóse un murmullo de disgusto.

—Por más que os pese, digo la verdad, continuó con energía Yaye levantándose del diván; y testifican esa verdad los veintidos años de ignominia que han pasado por vosotros. Yo lo he sacrificado todo por la patria; yo he herido en el corazón al

(1) Véase el discurso de Aben-Jahuar el Zaquer en Hurtado de Mendoza, Guerra de Granada.—Libro I.

rey de España, y para herirle me he herido á mí mismo: yo os he incitado contínuamente al levantamiento, y vosotros habéis contestado siempre á mis excitadores: ¡tenemos oro! ¡os habéis arrastrado humildes ante el presidente, ante el capitán general! ¡os habéis llamado fieles vasallos del rey de España, habéis confesado la religión de los cristianos, habéis poblado sus iglesias, y no habéis preferido á tanta humillación, á tanta deshonra, el ir á vivir entre las breñas donde viven mis monfíes, cambiando con el cristiano, como ellos, hierro por hierro, sangre por sangre!

Callaban todos dominados por la voz tonante de Yaye.

—Al fin me habéis llamado, continuó este después de un momento de silencio: al fin habéis recurrido al último extremo: á la guerra, cuando ya no tenéis oro, cuando los ministros del rey de España os despedazan después de haberos chupado: no tenéis oro, ni armas...

—Pero tenemos sangre, emir, contestó levantándose con una energía superior á sus años el viejo Abul-ben-Eden.

—Me habéis llamado y he venido, continuó Yaye; no tenéis oro ni armas; pero acaba de decirlo el noble Abul-ben-Eden: tenéis sangre. Yo tengo tesoros y soldados: tesoros inagotables, soldados fuertes como robles y bravos como leones. He sacrificado mucho por la patria, mi corazón está desgarrado, muerta mi esperanza, pero me queda aun más que sacrificaros y os lo sacrificaré. Yo bien pudiera deciros: soy vuestro rey: sé que me elegiríais sin dudar, pero no quiero que se crea mi ayuda interesada: os prevengo que será inútil que me elijáis porque no habrá poder humano que me haga aceptar: muchos de vosotros me conocéis y sabéis que mi voluntad es firme como una roca. Elegid, pues, á otro. Pero antes, y como sé que hay algunos que aspiran á la corona de un reino que aun noe xiste, que es necesario conquistar, quiero deciros el estado en que se encuentra España en estos momentos, las fuerzas con que contamos y lo funesta que sería para la patria una división entre nosotros. España está amenazada por todas partes: recela de Inglaterra, es enemiga de Francia, combate en Flandes y en Italia. El rey no tiene ni dineros, ni galeras: sus ejércitos no bastan para sus cuidados; la gente es valdía y floja por mal pagada, las galeras están mal armadas y los capitanes y cabos del ejércitos disgustados: Europa entera se conmueve bajo una terrible lucha religiosa, en que combaten los católicos con los sectarios de Lutero: por otra parte crece el poder del gran Selim II, que nos ayudará con todas sus fuerzas, y los corsarios de Africa llenarán el mar delante de nuestras costas: si nos unimos, si marchamos todos como hermanos contra los ejércitos del rey de España, las Alpujarras serán para nosotros, lo que fueron en otro tiempo las montañas de Asturias para los cristianos: si unidos desplegamos todas nuestras fuerzas, si obedecemos á una sola voz, si caemos sobre Granada y la entramos (que no es difícil), al ver nuestros pendones clavados en el alcázar de la Alhambra, al contemplarnos honrados por el triunfo, nuestros hermanos de Africa y de Costantinopla se prestarán á ayudarnos, y formidables ejércitos inundarán la España, é innumerables galeras cubrirán los mares: pero si les damos la muestra con nuestras divisiones, de una guerra oscura, sin triunfos, llevada de breña en breña, y de valle en valle, nos abandonarán á nosotros mismos, que no podremos resistir á los ejércitos de España: si no hemos de luchar

como debemos, más vale que nada hagamos: si hemos de ser esclavos, seámoslo sin irritar con la resistencia á nuestros enemigos. Es cuanto tenía que deciros. Elegid rey.

—En otros tiempos, dijo Aben-Jahuar el Zaquer, cuando era necesaria una eleccion, nuestros abuelos consultaban á los sabios, á los alimes de Dios, y el Altísimo por medio de ellos, expresaba su voluntad. ¿por qué no hemos de hacer ahora lo mismo?

—¿Y quién es el sabio que nos ha de decir la sentencia de las estrellas? dijo con sarcasmo Farax-aben-Farax.

—Entre nosotros hay un hombre de Dios; dijo uno de los parciales de Aben-Jahuar.

—¿Y quién es ese hombre? dijo Farax.

—El sabio Abul-Hassam, el faqui.

Al escuchar este nombre, que era muy respetado por el fanatismo de los moriscos, se escucho un murmullo de respeto.

Farax conoció que estaba vencido y calló.

Abul-Hassam comprendió que estaba ayudado por la situación y adelantó grave y mesurado, cruzados los brazos, ocultas las manos en las anchas mangas de su caftan, y con la cabeza inclinada.

—Yo veo tres gigantes, á quienes siguen otros más pequeños: dijo después de algunos segundos de silencio: el primero es el rey de España: el segundo, representa á las gentes de iglesia: el tercero á las gentes de justicia: los restantes á las gentes de guerra, rapaces y aventureras. Estos demonios, castigarán al mundo con sus crueldades y tiranías, hasta que el Altísimo permita que se levante en frente de ellos, armado de armas resplandecientes, un rey poderoso, que seguirá la ley del enviado Proteta de Dios: y este rey será el que está contenido en esta profecía escrita en metros por el sabio Tauca el-Hamema, cuyo nombre significa *pecho de la paloma*, comparando su hermosura y su elegancia, con la hermosura de los colores del pecho de esta ave.

Y Abul-Hassam, sacó un largo pergamino que desenrrolló, en el cual leyó lo siguiente:

«En el nombre de Dios piadoso y »misericordioso.

»Las alabanzas sean á Dios solo, »que no hay otro sino Él.

»Oid lo que dijo el Altísimo á su »escogido:

»Cuando viéres á la mujer correr »tras los hombres, sin empacho ni ver»güenza,

»Y creciere el logro y lo mal ga»nado en los hombres,

»Y tomaren por ley la injuria y los »homicidios,

»Y se multiplicase la inobediencia »de hijos á padres;

»Cnando vieres abatido al buen cre»yente, y ser los sabios perseguidos »hasta servir á los malos;

»Cuando vieres poblados todos los »encuentros de tu casa de lo ilícito y »mal ganado.

»Y desamparares á tu hermano y »obedecieres á tu amigo;

»Cuando viéres la madre caduca »ganar con sus hijas entre los hom»bres,

»Y salir el hijo de la obediencia de »su padre y obedecer á su mujer en »todo negocio;

»Cuando viéres las pinturas prohi»bidas en los templos,

»Y las mujeres entregadas á todo »linage de licencias,

»Y los hombres de religión vivir en »ricos y suntuosos edificios,

»Y los temerosos de Dios solos co»mo huérfanos,

»Y los malos con las cabezas mas al»tas y duras que las aplomadas sie»rras;

»Cuando viéres las colas preceder á »las cabezas, y el amigo muy alle»gado negar al amigo, y no osarse fiar »el hombre de aquel con quien se »junta;

»Cuando viéres empobrecer la gen»te liberal, y enriquecer y subir los »avarientos,

»Y las manos liberales hacerse du»ras y crecer el número de los men»digantes;

»Cuando viéres la ley desamparada »y sus secuaces tan pocos como luna»res blancos en cabellos prietos,

»Y los hombres hechos lobos, cu»biertos con vestiduras de hombres.

»Y que el que fuere lobo, comerá »con los lobos, y que el que no fuere »lobo será comido por los lobos;

»Y cuando viéres crecer las discor»dias entre hermanos, y ser las llu»vias sobre la tierra pocas.

»En este tiempo será el fin del im»perio puesto entre los dos mares.

»Y gentes soberbias y duras, co»rrerán como el fuego sobre aquel »imperío,

»Y no dejarán campo que no talen, »ni aldea que no abrasen, ni ciudad »que no derroquen:

»Y los que con sus pecados ha»brán dado causa á la cólera del Al»tísimo,

»Desamparados por él, pararán en »servidumbre, y en envilecimiento y »en angustia.

»Cadenas oprimirán sus cuellos, y »veránse despojados de cuanto tu»vieren,

»Y vilipendiados en sus mujeres, y »abandonados de sus hijas y azotados »en el rostro de sus padres.

»Quitarles habrán sus templos, y »mudaránles las leyes, y enmudece»rán sus lenguas que no podrán pro»nunciar el habla de sus padres.

»Resistirán y serán vencidos; se »quejarán y serán apretados.

»Sus hijos serán llevados lejos de »ellos y criados en otros dioses;

»Sus dias serán de sombra, y sus »noches de quebranto.

»Y durará esta miseria muchos »años.

»Y mandará Dios salir en el Po»niente un rey tirano, que lo atajará »y lo sujetará todo;

»Y su vista no tendrá señal de »vista humana, y maltratará y juz»gará con toda maldad á las gentes.

»Y entre sus manos perecerán los »moros del Poniente con todos sus »bienes.

»Y el Andalucía quedará huérfana, »negra y oscura, hasta que aparezca »un rey en quien no habrá falta.

»Rey hijo de rey será, y vendrá á »Granada, la cándida y la clara, don»de le dirán:

»Vos soy nuestro rey y nuestro »gobernador forzoso.

»El cual subirá con sus ejércitos y »estandartes á los alcázares de la Al»hambra, y allí estará algunos dias »encubierto.

»Y desde allí conquistará muchas »y muy grandes fortalezas, climas y »provincias,

»Y vereis pujante el cetro y la co»rona de los moros.

»Poseerá este rey á Sevilla, y to»mará noventa ciudades á los here»jes;

»Y todas las ciudades del Poniente »serán dichosas bajo la corona de es»te rey.

»Siete años durará esta guerra vic»toriosa;

»Y el rey de los creyentes alcan»zará al cabo de este tiempo al rey »de los infieles,

»Y le combatirá y le matará.

»Y sobre la frente de este rey mal»dito se leerá: *tiranizó y pecó.*

»Y el valiente rey que cumplirá todas estas maravillas, pasará sus

»primeros años encubierto bajo un »humilde nombre,

»Y será bautizado y hereje de su »ley;

»Y para que podáis conocerle me»jor, este mozo será descendiente de »la santa familia del profeta;

»Y sus abuelos habrán sido califas »de Damasco y de Córdoba:

»Y el astro esplendoroso de los »Omeyas lucirá sobre su frente y le »dará victoria.

»Y en el tiempo en que este man»cebo sea reconocido y encumbrado, »los árboles llevarán abundantes fru»tos.

»Y los agostos del pan serán más »ricos en los montes frios y en las »costas;

»Y las abejas llenarán sus colme»nas de miel en este año bendito;

»Y la entrada de este año será en »sábado;

»Y el angel Miguel y el angel Ga»briel bajarán sobre el Andalucía con »la espada de la justicia de Dios.

»Glorifiquemos y alabemos al Se»ñor Altísimo y Unico.

»Él levanta y abate los imperios: »El da la vida y da la muerte; El es »la luz y El la sombra.

»Glorifiquémosle y confesémosle: »no hay otro Dios sino Dios.

»Roguemos á su escogido Mahoma »y por el amor que Dios le tiene, él »enviará sobre los tiranos su castigo »en todo extremo y su rigor.»

Calló Abul-Hassam y extendiendo el pergamino y mostrándolo á los circunstantes que guardaban el más profundo silencio, dijo:

—Esta es la profecía de Tauca-el-Hamema, el sabio y el justo: vedlo.

—¿No dice esa profecía, exclamó Yaye, que el rey que ha de libertarnos será hijo de rey, será descendiente de la santa familia del Profeta, nieto de los califas de Damasco y de Córdoba, y que vivirá entre nosotros encubierto y hereje de su ley?

—Sí, dijo Abul-Hassam, eso dice la profecía.

—¿Y no véis cumplido claramente su pronóstico, sabios y caballeros, en Aben Humeya, que ha llevado entre los cristianos el nombre de don Fernando de Válor?

—¡Sí! ¡sí, sí! dijeron todos los parciales de Aben Jahuar el Zaquer.

—¿Cuanto oro te han dado por eso *jofor* (1) embustero? dijo Farax-Aben-Farax adelantando lleno de cólera hácia el faquí.

—La palabra de Dios ha resonado entre nosotros, dijo con acento solemne Abul-ben-Eden, levantándose: ¿quién es el imprudente que se atreve á blasfemar de la palabra de Dios?

—¿Y qué crédito puede merecer»os un artificio que cualquiera puede haber inventado?

—¡Esta es la profecia de Tauca-el-Hamema! exclamó con acento indignado el faquí: ¡ay del impío que blasfema de los profetas de Dios!

—El reino es libre para elegir su rey, Farax-aben-Farax, exclamó el emir bajando de su trono, y mientras yo lleve espada al costado, nadie se atreverá impunemente á contrariar la voluntad del reino. ¿Hay alguno que se atreva á imponernos aquí su voluntad?

Todos callaron.

Yaye revolvió en torno suyo una mirada amenazadora, que acabó por fijarse en Farax. Este se hizo atrás murmurando sordamente como un mastín á quien su amo arrebata de los dientes una presa, y le amenaza con un palo.

Yaye volvió al diván.

—Puesto que ya habéis oido esa profecía; puesto que estais decididos

(1) Los moros llaman joforos á las profecías.

á elegir rey, consultad entre vosotros; escribid cada uno en un papel el nombre del elegido, y entregad ese papel doblado á los secretarios.

Todos se levantaron y se dividieron en grupos; Yaye hizo á Farax señal de que se acercase.

El tremendo morisco se acercó hosco y sombrío, y Yaye estuvo hablando con él largo tiempo en voz baja.

—No es la ambición la que me mueve, dijo al fin Farax, sino el amor de la patria; pero puesto que quieres que Aben-Humeya sea rey de Granada, séalo en buen hora: Dios quiera que no te arrepientas tarde, emir.

Y tomando un papel, escribió en él el nombre de Aben-Humeya, le dobló y le entregó á un secretario.

Después, cada uno de los moriscos y de los monfíes, fué entregando su voto, y cuando se contaron, se vió que todos habían votado; cuando se abrieron los papeles se encontró escrito en todos el nombre de Aben-Humeya.

Poco después, buscado el jóven por su tio Aben-Jahuar-el-Zaquer, fué traido á la cámara, revestido de las vestiduras reales, y proclamado rey con las mismas ceremonias que vimos al principio de este libro proclamar á Yaye emir de los monfíes en el alcázar subterráneo de las Alpujarras.

El primer acto de soberanía de Aben-Humeya, fué nombrar alguacil mayor del reino á Farax-aben-Farax, y capitán general *de sus ejércitos*, á su tio Aben-Jahuar-el-Zaquer.

Aquella misma noche, Aben-Humeya partió acompañado de sus parciales á las Alpujarras.

Aquella misma noche también, partieron á la montaña Yaye, Amina y los monfíes.

CAPITULO XIII.

Cómo estaba gobernada la villa de Cádiar.

La villa de Cádiar está situada entre lo más montañoso de las Alpujarras, sobre una vertiente.

Esto no impide que los terrenos, colinas y montañas que rodean á esta villa sean muy fértiles, siendo además recomendable esta población, por la pureza y salubridad de sus aires y de sus aguas.

Hoy la tal villa es un poblacho feo, de reducido vecindario, albergado en algunas casas ennegrecidas, agrupadas alrededor de una iglesia situada en lo más alto y deteriorada y fea.

Cádiar ha perdido mucho de su antigua importancia; por mejor decir: lo ha perdido todo.

Pero en el año de 1568 era otra cosa.

Solo habían pasado entonces setenta y seis años desde la conquista de Granada, y aquella terrible catástrofe para los moros, que los había sujetado al fin bajo el yugo de los cristianos, sus enemigos, en toda la extensión de España, había determinado el apogeo, la riqueza, no solo de Cádiar, sino también el de las demás villas y lugares de las Alpujarras.

Esto se explica fácilmente: del mismo modo que el vencido Muley-Abd'-Allah-al-Ssagir-el-Zogoibi (1), más vulgarmente conocido por Boabdil, al trasladarse á Andarax, después de haber entregado la Alhambra y los castillos de Granada á los reyes don Fernando y doña Isabel, llevó consigo á aquel destierro, donde estuvo dos años, gran parte de su córte

(1) Este largo nombre árabe quiere decir en castellano rey servidor de Dios, el pequeño y el desdichadillo.

y de sus caballeros: otros muchos nobilísimos y ricos mulsulmanes, con sus familias, esclavos y tesoros, se habían trasladado de Granada, á esta ó á la otra villa de las Alpujarras, pretendiendo de este modo robarse en parte á la vista de los aborrecidos vencedores; y esta gente acostumbrada á la riqueza y á la molicie de sus alcázares. y á la frescura y frondosidad de los jardines que habían dejado en la ciudad perdida, las embellecieron para hacer más cómoda su residencia en ellas, y aumentaron la población y la riqueza de las villas á que se habían acogido.

Cádiar había sido una de las villas más favorecidas por esta especie de inmigración; muchas familias poderosas se avecindaron en ella, y con una rapidez maravillosa, fueron desapareciendo las casas pobres y antiguas, para dar lugar á otras más bellas y mejor proporcionadas; construyéronse algibes; convirtiéronse en amenos cármenes las laderas de la montaña, estableciéronse en sus plazas mercaderes. creció el tráfico y el dinero, y al cabo, la antes casi insignificante villa, se convirtió en una población importante, rica, populosa y considerada, llegando á tal punto, que el capitán general de la costa y reino de Granada, en vista de la aglomeración en aquel lugar de tanta gente recien conquistada y mal sujeta al yugo, creyó oportuno establecer en la villa un presidio de soldados, y uno de esos rígidos é inflexibles corregidores que son capaces de ahorcar hasta á su sombra.

A más de esto, había en Cádiar parte de una compañía de arcabuceros cuyo resto estaba dividido entre las villas deVálor y Yátor.

El capitán de esta gente de guerra, que pertenecía á los presidios del reino, y córte de Granada, era nuestro antiguo conocido el marqués de la Guardia, á quien, como recordarán nuestros lectores, había procurado su tio, don César de Arévalo, este oficio de capitán, para que se mantuviese con su sueldo, no siempre pagado con exactitud, á falta de las pingües rentas de su marquesado que sabemos estaban empeñadas.

Un capitán de infantería de aquellos tiempos, era mucho más considerado que en los nuestros, y para llegar á este empleo, era necesario haber servido mucho y bien, ser ya viejo, ó gastarse sendos doblones para levantar á su costa una compañía. Fuera de estos dos casos, solo podía ser capitán un jóven, por su título y su nobleza: como si dijéramos, en premio á los servicios de sus antepasados.

En este caso se encontraba el marqués de la Guardia, que era demasiado jóven para capitán, no mediando favor ó méritos heredados, y demasiado arruinado para poder gastar un solo doblón.

En cambio era valiente hasta la temeridad, y se hacía respetar y obedecer ciegamente de sus soldados, en las pocas ocasiones en que se encontraba entre ellos.

Y decimos las pocas ocasiones, porque tal estaba la disciplina militar en aquellos tiempos, que la gente de sueldo ensanchaba cuanto podia y aún más de lo que podía el círculo de su licencia: singularmente los capitanes iban de acá para allá y residían donde mejor les parecía, dejando encargado el mando á su teniente.

El marqués de la Guardia, que, como sabemos, buscaba desalado á su Esperanza sin lograr encontrarla, residía la mayor parte del tiempo en Granada, yendo muy pocas veces á su presidio, y aun así, morando alternativamente en Cádiar, en Válor ó en Yator.

En Cádiar estaba la bandera de la,

compañía, y con ella un teniente soldadote y aventurero, que quedaba encargado del mando en ausencia del marqués.

Este teniente, pues, venía á ser en Cádiar, la segunda potencia después del corregidor.

Además de estas autoridades que llamaremos temporales, había otra autoridad que llamaremos espiritual: el beneficiado de la iglesia parroquial de la villa.

Este eclesiástico era un varón duro, irascible y terriblemente fanático; su fanatismo era para aquel pueblo de moriscos mal convertidos, tan fatal como las arbitrariedades del corregidor, y las licencias del teniente del marqués de la Guardia.

El corregidor se llamaba el licenciado Lope Gutierrez, vivía de los derechos que le daba su vara, no siempre recta é inflexible, y en cuanto á calidad, tan tenebrosa era su procedencia, que solo se sabía de él, y esto por el dicho de algunas lenguas murmuradoras, que había sido escolar sopista en Salamanca.

El teniente se llamaba Cristóbal de Belorado, era hidalgo y valiente, pero hombre licencioso y cruel, que abusaba contra los pobres moriscos de la fuerza que únicamente se le había dado para sostener la justicia.

El beneficiado se llamaba Juan de Ribera; trataba severísimamente á sus feligreses, y á pesar de su rigidez y de sus pretensiones de santo, no les daba el mejor ejemplo, teniendo en su casa á una mocetona de veinticinco años, desenfadada y hermosa, que se llamaba Mariblanca, morisca convertida, que después de algunas negras aventuras, había ido á servir á su casa al eclesiástico.

De modo que, la villa estaba encerrada dentro do un triángulo terrible: el rey, la religión y la justicia, tenían por representantes en ella, tres corazones de pedernal.

Las moriscas que escapaban de la soldadesca, iban á dar en los alguaciles, entrando por último á la parte el sacristán maese Barbillo, especie de bribón con sotana, que sabía ser lo suficientemente hipócrita para que el señor beneficiado le creyese un casi santo, y diese el mayor asenso á las acusaciones de impiedad que fulminaba el sacristán contra todos aquellos que no reconocían su influencia.

El teniente, vejaba á título de rebeldes á aquellos que tenían la desgracia de querer emanciparse de sus tropelías; el corregidor, multaba, encerraba, atormentaba y ponía á la vergüenza, siempre con pretexto de una infracción de las pragmáticas, á aquel contra quien, por cualquier fútil motivo, había contraido ojeriza; por último, el licenciado Ribera, por las sugestiones del sacristán unas veces, por su exagerada severidad religiosa otras, afligía á aquella pobre raza vencida.

El teniente los apaleaba; el corregidor los multaba y los prendia; el beneficiado, á pretexto de irreligión, solía quitarles sus hijos menores de diez años, para enviarlos á los hospicios del rey, donde debían aprender á ser buenos cristianos.

Lo que decimos, pues, de Cádiar, podríamos decir de cualquiera de las demás poblaciones de las Alpujarras; no tenían seguridad personal, ni hacienda ni familia, propiamente dicho: eran esclavos.

¿Y por qué no huían de aquella región maldita?

Porque en cualquiera de los lugares comprendidos en los dominios del cristianísimo rey don Felipe el II, hubieran sido tratados de la misma manera.

Podían haber pasado á Africa, pero sucedía con frecuencia, que des-

pués de haber vendido sus propiedades, y embarcádose con su dinero y alhajas, eran robados por los patrones de los barcos, y, lo que era peor, arrojados al mar para que no pudiesen querellarse del robo.

Así, pues, preferían vivir miserablemente labrando la tierra donde habían nacido, y practicar las industrias en que eran tan sobresalientes, entre las demasías de los cristianos.

Con tantas causas, con tan repetidos vejámenes, estaban dominados por un profundo disgusto y predispuestos á la insurrección por cien fatales elementos.

CAPÍTULO XIV.

El licenciado Juan de Ribera.

Era el jueves 24 de diciembre de aquel año, tres días después de la proclamación de Aben-Humeya.

Era muy de mañana: después de haber celebrado la misa de alba, y mientras maese Barbillo le desnudaba de los ornamentos, el licenciado Ribera dijo al sacristán lego:

—Iréis inmediatamente casa del señor corregidor y le direis que con sus alguaciles y gente de justicia esté esta misma mañana á la hora de las once en la iglesia.

—Se lo diré, contestó con voz gangosa y humilde Barbillo.

—Iréis después á la posada del señor marqués de la Guardia....

—El señor marqués hace días que anda fuera de la villa, observó el sacristán.

—Pues á falta del marqués, iréis á la posada de su teniente el señor Cristóbal de Belorado, y le diréis que con su bandera y sus hombres vestidos de gala, venga asimismo á las once.

—Se lo diré, repitió con la misma mansedumbre Barbillo.

—Iréis luego al convento de los frailes de San Francisco, y diréis al guardián, que de orden del Santo Oficio de la Inquisición, venga con su comunidad y estandarte; después avisaréis á los clérigos de la iglesia; haréis que se vistan los monaguillos, sacaréis la cruz y los ciriales de plata, la capa pluvial de brocado de tres altos, y el alba de encajes de Flandes.

—¡Ah! ¡viene la Santa Inquisición á la villa! dijo con acento de queja maese Barbillo: y vea vuesamerced, señor licenciado: yo no sabía nada.

—Ni yo mismo lo sabía hace una hora, como que aun era de noche cuando llamaron á la puerta; asomóse á la ventana Mariblanca, y un alguacil del Santo Oficio que se había adelantado, la dió para mí, cerrada y sellada, esta órden del Santo Oficio.

Y el beneficiado sacó de su bolsillo un papel grueso y basto, doblado en forma de pliego, sobre el cual se veía en cera verde la cruz de Santo Domingo, sello de la Inquisición.

El sacristán acabó de doblar pausadamente una riquísima alba, la guardó, tomó el papel que el beneficiado le entregaba, y sacando una caja de cuero, y de ella unas enormes antiparras, leyó, tarda, pesada y malamente el escrito, á pesar de que su letra era gorda y perfectamente legible.

—¡Ah! dijo devolviendo el pliego al beneficiado: ¡el señor inquisidor de la Suprema, Molina de Medrano, viene á la visita! no esperaba yo tan pronto al Santo Oficio.

—¿Qué queréis buen Barbillo? la depravación de las costumbres cunde entre esos desdichados moriscos: no hay medio de apartarles de sus zambras, de sus impuras fiestas de bodas, de sus baños y de sus torpes placeres: será necesario que su magestad se deje de contemplaciones, y haga

cumplir á todo derecho, y con una severidad, que nunca será sobrada, la pragmática de su nobilísimo y piadoso padre el gran emperador don Carlos. ¡Fuera! ¡fuera esas fiestas malditas! ¡fuera esas costumbres reprobadas! ¡fuera el misterio con que cierran sus puertas para que no veamos sus impurezas! ¡que el rigor los haga cristianos, ya que no bastan las persuasiones y el consejo humilde! ¡el hierro y el fuego! De otro modo, el día menos pensado, el día en que menos la esperemos, tendremos que lamentar una desdicha. ¡El hierro y el fuego para los rebeldes y los descreidos!

Y la voz del tremendo sacerdote tronaba: y el funesto fuego del fanatismo lucía en sus ojos en una chispa sombría.

—¡Ah! ¡ah! dijo untuosamente el sacristán: pues yo creía que el Santo Oficio apresuraba su visita por otro motivo.

—¿Y qué motivo puede ser ese? preguntó con severidad el licenciado; ¿motivo que yo no conozco, cuando me lo anunciais con tanto misterio?

—¡Hum! dijo flemáticamente el sacristán: ese motivo es un hombre.

—¿Un hombre que vive en el pueblo?

—Hé ahí lo que yo encuentro de malo: que no vive en el pueblo ni se sabe dónde, ni quién es, ni á qué viene.

—¿De quién quereis hablar, maese? dijo el beneficiado, fijando sus ojos grises con una fijeza extraordinaria en el sacristán.

—Hablo de un hombre que, por su talante, parece un gran caballero, que viene de noche al pueblo en un caballo que da envidia el verlo, se mete en el meson Alto, y cuando ya es la queda, sale sin saberse á donde va.

—Debíais haberme avisado.

—Vuesamerced se hubiera quedado con el deseo de saber á donde iba, ó que venía á hacer porque...

—¿Por qué?

—Porque yo le seguí una noche, y al ir á entrar en la plaza, se volvió aquel hombre y me dijo con una voz que me puso espanto:—«Vuélvete si no quieres que te envie á cenar con el diablo».

—¡Ah! ¡eso os dijo! ¿y por qué no me disteis cuenta para que yo se la hubiera dado al corregidor?

—Bien hecho hubiera estado, pero perdóneme vuesamerced; es el tal hombre tan grave de suyo, parece tan principal, que yo quise saber antes si tenía agarradero, no fuese que vuesamerced, que en nada repara cuando de estas cosas se trata, se pusiese en contingencia de un peligro. ¿Qué sabe nadie lo que es un hombre á quien no se conoce?

—Adelante, adelante, maese Barbillo.

—A la noche siguiente me puse en acecho tras una esquina del meson Alto, acompañado del organista y del barbero, que, como sabe vuesamerced han sido soldados, y de los buenos de los tercios viejos: cada uno llevaba una espada y una ballesta; para que no nos sintiera, porque el asunto no era prenderle, sino saber á donde iba, y sacar por el hilo el ovillo, nos habíamos calzado abarcas. Dió la queda, rechinó la puerta del mesón y salió nuestro hombre embozado en una capa negra. Dios me perdone, si miento al decir, que al pasar por delante del Cristo de la Caba Honda, ni se descubrió, ni aun se persignó.

—¡Hum! dijo el beneficiado, acabándose de arreglar los manteos y encasquetándose el bonete.

—Dejámosle pasar un trecho adelante, y nos pusimos en su demanda á larga distancia, por temor de ser

vistos, aunque la noche era oscura, y recatando nuestros pasos para no ser oidos. Pero ¡bah! ese hombre debe de ser el diablo.

—Suelto anda el enemigo entre estas gentes condenadas: pero seguid, maese, seguid.

—Digo que debe de ser el diablo, porque nos sintió, nos vió, se vino para nosotros, y... mire vuesamerced exclamó con acento dramático y dolorido el sacristán, levantándose la manga de su balandrán y mostrando al beneficiado un cardenal lívido y enorme.

—¡Os maltrató!

—Sin hablar una palabra; y lo que es más: al organista le rompió la cabeza, y al barbero un brazo.

—¿Y quién os manda, mentecatos, poneros en seguimiento de quien no conoceis? dijo una voz sonora á la puerta de la sacristía.

Extremecióse todo al escuchar aquella voz maese Barbillo, y el beneficiado, con gran asombro del sacristan, salió solícitamente al encuentro del desconocido y le estrechó las manos con un ardor completamente en contradicción con la frialdad que, según su aspecto, parecía la base de su carácter.

—¡Ah, señor don Alonso! exclamó ¡vos al fin en mi iglesia!

—Perdonad, pero necesitamos quedarnos solos, dijo con gravedad aquel caballero, que no era otro que el emir de los monfíes.

Antes de que el beneficiado mandara salir al sacristán, éste se apresuró á escurrirse: saludó profundamente á Yaye, le lanzó una recelosa mirada de lobo escarmentado y salió murmurando:

—Bien pensaba yo, cuando pensaba que un hombre á quien no se conoce, puede ser muchas cosas. Pero yo sabré quién es ese hombre.

Esto significa que no conociendo el sacristán á Yaye, nadie le conocía en Cádiar.

Entretanto el beneficiado se deshacía en cumplimientos con su visitante.

Desde el momento en que Yaye, al entrar en la sacristía, fijó su mirada en el licenciado, produjo en él el singular milagro de borrar de su semblante la austeridad, y de matar en sus ojos la sombría y dominadora mirada del sacerdote ascético y fanático: parecia que donde estaba Yaye, solo podía haber un semblante grave, solo una mirada inflexible; su semblante y su mirada.

—Vengo á veros para dos negocios importantísimos, señor licenciado, le dijo.

—Si quereis, contestó el beneficiado, subiremos á mi casa y nos encerraremos.

—No, no por cierto; retirémonos á aquel rincón de la sacristía y allí estaremos bien.—

Y Yaye se dirigió á un escaño situado al fondo de la sacristía, á donde le siguió el eclesiástico.

Sentáronse al par, y Yaye dijo, mirando con ansiedad al beneficiado.

—¿La habeis visto?

—Sí señor, la he visto: la he hablado, he procurado convencerla: la he dicho cuán desesperado estais.....

—¿Y qué os ha contestado?

—Como siempre, no: pero ayer añadió: decidle que, hace veintidos años, le dije en una carta que debe recordar, cuál era mi resolución invariable: decidle, que como pensaba entonces pienso ahora, y que es inútil, de todo punto inútil, su obstinación.

—Hágase la voluntad de Dios, dijo Yaye.

—Siempre habeis sido muy cristiano y muy paciente, dijo el beneficiado, y Dios os premiará.

—Necesario me es que Dios tenga

compasión de mí; pero pasando al otro asunto de que necesito hablaros, habeis de saber, que hemos hecho una adquisición importantísima para el pueblo de Dios.

—¡Acaso este terrible rey de los monfíes...!

—No tanto, no tanto, señor Juan Ribera: pero sin embargo, debemos dar muchas gracias á Dios por la adquisición que hemos hecho.

—Ciertamente, don Alonso, que vos sois uno de los campeones, casi me atrevería á decir, uno de los apóstoles más ardientes de la iglesia de Jesucristo: todavía me acuerdo de que lo que no pudieron hacer mis plá ticas, y todos mis esfuerzos, y todas mis amenazas, y el rigor que extremé con los habitantes de las alquerías de la jurisdicción de la villa, á fin de que fuesen buenos cristianos, lo conseguisteis vos en breve espacio: casi estaba ya resuelto á quitarles sus hijos para que no se pervirtiesen con su ejemplo, cuando vos me digísteis: id á las alquerías; entrad en ellas una por una, y abrid para esos infelices el reino de Dios por la puerta del bautismo. ¡Oh, don Alouso! yo os amaba por vuestra piedad, por vuestra caridad, por el celo con que habeis favorecido esta iglesia, que está encomendada á mi indignidad, y que sin vos sería pobre, muy pobre: cuando veo esos hermosos cuadros que adornan nuestra iglesia; cuando tomo en mis manos esos sagrados vasos de oro purísimo; cuando me visto esas albas y esos ornamentos tan maravillosos por su valor y por su mérito; sobre todo, cuando me dais para que las distribuya entre los pobres esas cuantiosas limosnas, oro por vos al Altísimo y os bendigo.

—¡Orad señor licenciado, orad! contestó solemnemente Yaye, en un acento indeterminado que tenía mucho de terrible: orad, porque soy muy pecador y aún estoy en el camino del pecado.

—¡Oh! si vos no os salváis ¿quién se salva? No bastaba vuestra ardiente fe, vuestra inagotable caridad; era necesario que como salváis á los pobres de la miseria del cuerpo, los salváreis de la miseria del alma. Cuando ví arrodillarse á mis piés pidiendo la regeneración del bautismo, una y otra familia que antes habían rechazado el agua de vida que yo les ofrecía, entonces, don Alonso, sentí por vos más que amor, sentí veneración, y desde entonces no oro por vos, porque no se ora por los santos...

—No hay más santo que Dios, el Altísimo y Unico... y trino, dijo Yaye pronunciando con un acento extremadamente duro su última palabra.

—Sí, ciertamente, dijo el beneficiado; los santos lo son en Dios y vos sois uno de sus elegidos.

—Decíamos, continuó Yaye, á quien visiblemente contrariaba la mística adulación del beneficiado, decíamos que hemos hecho una gran ádquisición para el rebaño del Señor.

—Vos la habeis hecho.

—Yo empiezo y vos concluís. Vamos. pues sin más rodeos al asunto: el Ferih de los Bérchules está en mi casa gravemente herido y desea bautizarse.

—¡Cómo! ¿ese terrible monfí, que no pasa semana que no ponga de noche en la puerta de la iglesia, un impío cartel en que nos amenaza de muerte si seguimos en la conversión? ¿ese terrible bandido que tiene aterrada á la comarca?

—Ese hombre, continuó reposadamente Yaye, me salió al camino ayer cuando volvía con mi hija de Granada á mi heredad de Yátor: empezamos á subir la cuesta, cuando hé aquí que siento pasar zumbando junto á mi cabeza una jara, y oigo el chasquido de una ballesta entre una maleza in-

mediata. Eché pié á tierra, me fuí hácia el asesino, me encomendé á Dios, y Dios me amparó: poco después, el Ferih de los Bérchules estaba en mi alquería: no le maté porque yo jamás vierto más sangre que la precisa para defender mi vida. El Ferih quiso matarme, según me dijo después, á causa de haber motivado yo la conversión de la gente de las alquerías: y mirad lo portentoso de los milagros de Dios: ese hombre que había deseado mi muerte por aquella causa, se convirtió á Dios después de dos horas de conversación conmigo. Dios; siempre Dios; manso y arrepentido queda allá como un cordero, esperando con ánsia, antes de morir, la vida del bautismo.

—¿Pero ese pecador está tan en peligro de muerte, que sea necesario, inevitable, ir al momento? exclamó con una inquietud que no era fingida el beneficiado.

—Ese hombre estará en mi casa hasta mañana.

—¡Vivirá... hasta mañana!

—Eso es; mañana habrá salido de mi casa para no volver.

—Pues bien, vuestra heredad está cerca: iremos esta tarde: bien tendremos lugar maese Barbillo y yo de ir después que la Inquisición haya hecho su visita, y volver aun de día.

—¡Cómo! ¿esperáis al Santo Oficio?

—Hoy al medio día, entrará solemnemente en el pueblo, y después de que haya cumplido su santa comisión, pasará á Yátor.

—¿Y qué inquisidor viene encargado de la visita?

—El señor Molina de Medrano.

—¡Molina de Medrano! dijo Yaye como quien no conoce un nombre en una corporación que le es muy conocida.

—Sí, si señor, dijo el beneficiado, comprendiendo la duda de Yaye: es un santo varón muy severo y muy descontentadizo en religión: un ministro de la suprema, que el rey nuestro señor ha enviado de su corte para que le informe del grado de conversión en que se encuentran los cristianos nuevos de las Alpujarras.

—¡Molina de Medrano! exclamó Yaye levantando decididamente la cabeza y dejando ver en sus ojos una mirada semejante á un relámpago: será necesario que yo conozca á ese señor Molina de Medrano: ¿decís que es muy severo?

—Es una de las lumbreras de la Orden de Predicadores, según dicen: yo tampoco le conozco.

—Pues bien, tendremos á un tiempo el gusto de conocerle. Entre tanto y en albricias de la conversión del Ferih, tomad, señor beneficiado, repartid este poco de oro entre los pobres de vuestra feligresía.

Y puso entre las manos del bachiller un repletísimo bolsillo.

—¡Cómo! ¿os váis? dijo el beneficiado viendo que Yaye se levantaba.

—Sí, adios; esta tarde os espero en mi heredad, temprano.

—Iré, señor don Alonso, iré.

—Adios, pues, y hasta la tarde: quedáos, no me hagáis la honra de acompañarme: un sacerdote es más que un simple hidalgo: quedáos, señor licenciado, y hasta la tarde. Adios.

—El os premie y os bendiga, señor, dijo el eclesiástico, lanzándole su bendición cuando salía por la puerta de la sacristía: luego añadió, metiéndose el oro que aun tenía en la mano, en el bolsillo: no me queda duda ninguna; don Alonso es un santo.

—¿Y le habéis dejado ir, cuando acaba de entrar en el pueblo una compañía de arcabuceros? exclamó el sacristán entrando en aquel momento.

—¿De quién habláis, maese Barbillo? dijo con acento acre el beneficiado, que al desaparecer Yaye había

recobrado su dureza y su severidad habituales.

—¿De quién he de hablar, pecador de mí, sino de ese hombre que ha estado hablando con vos? respondió temblando todavía el sacristán.

—¡Cómo! ¿de don Alonso habláis?

—Es que ese don Alonso, es quien anoche estropeó al organista y al barbero, y á mí mismo, aunque mucho menos que á los otros, por la misericordia de Dios.

—Vamos claros, dijo el beneficiado mirando fijamente al sacristán: ¿no me habéis dicho que el hombre á quien pretendísteis seguir anoche, pasó irreverentemente por delante de la Caba Honda?

—Si señor, y lo afirmo y lo juraría á siete cruces.

—¡Y os condenaríais, desdichado! exclamó con una irritación terrible el eclesiástico, os condenaríais si os atreviéseis á jurar que ese caballero había pasado por delante de la imágen de Nuestro Divino Redentor sin descubrirse ni santiguarse.

Barbillo se quedó mirando de una manera atónita al bachiller.

—¡Arrepentíos, arrepentíos, y haced penitencia por haber calumniado á tan cristiano caballero! más valiera que el tiempo que habéis empleado en alentar tan ruines pensamientos, le hubiérais invertido avisando á la gente que os dije.

Cuando el sacristán volvió de su asombro y notó que se encontraba solo en la sacristía, cambió rudamente de aspecto, dejó su posición encorvada, se irguió, brilló en sus ojos una expresión salvaje, y exclamó:

—¡Cien rayos y cien truenos! ese clérigo mentecato lo cree todo: ¡decirme que ese hombre es cristiano! Cuando doña Elvira me ha prometido un tesoro si logro apoderarme de él, algo hay más de lo que el licenciado Ribera cree: yo he seguido á ese hombre y le he visto perderse en la montaña; le he visto además hablar con los monfíes entre las breñas de la rambla de Yátor, y esto más de una vez: hace tres días que ha venido de Granada y no ha venido solo: le acompañaba una hermosa dama; que me confunda Dios, si anoche cuando nos apaleó no le oimos soltar un juramento en árabe... yo no aborrecía á ese hombre... pero desde anoche que nos zurró de lo lindo, le tengo ojeriza. Afortunadamente tenemos á las puertas del pueblo á la Inquisición.

Dicho esto, tomó una capa parda y un enorme sombrero de un rincón de la sacristía, y salió: desde el momento en que estuvo en la calle, su estatura erguida y corpulenta se encorvó; su rostro antes feroz, adoptó de nuevo su expresión humilde, miserable é hipócrita, y empezó á saludar á todos los que encontraba por la calle, con una expresión servicial que tenía mucho de estúpida.

De repente, una mano se apoyó vigorosamente en su hombro.

Volviése Barbillo, y vió ante sí á un hombre como de cuarenta y cinco años.

Aquel hombre era don Fernando de Válor. hermano de don Diego, tio de Aben-Humeya, á quien nombraremos en adelante con su nombre árabe: esto es, con el de Aben-Jahuar el-Zaquer.

CAPÍTULO XV.

Lo que iba á hacer á Cádiar Aben-Jahuar-el-Zaquer.

Volvióse maravillado el sacristán.

—Yo no os conozco caballero, dijo á Aben Jahuar.

—Nada importa, con tal que te conozca yo.

—A mí me conoce todo el mundo en Cádiar, dijo con su sonrisa untuosa Barbillo.

—Pues mira, creo que no te conoce nadie.

—¿Y vos decís que me conocéis?

—Sí por cierto: hace mucho, muchísimo tiempo, que te conocí en otra parte.

—¿En dónde, señor?

—En Granada.

—¿En Granada?

—Sí por cierto: en la cárcel.

—¡Bah! vuesamerced se equivoca, yo no he estado nunca en la cárcel.

—Yo me llamo don Fernando de Válor.

—¡Ah¡ ¡ah! ¡vuesamerced se llama don Fernando de Válor!

—¡Vas recordando...!

—No, no recuerdo muy bien.

—Mi familia ha sido muy perseguida, Barbillo, y después de la muerte de mi hermano don Diego, he sido preso varias veces: hace diez años, lo fuí á pretexto de no sé qué conspiración de moriscos, en que yo no había tenido parte: pero los señores alcaldes de casa y corte, se mostraban tan severos conmigo que lo temí todo: entonces pensé en escaparme, entonces nos conocimos: tú también tenías miedo de ser ahorcado y querías huir: nos concertamos y tú empezaste á abrir un agujero en mi calabozo.

—Repito á vuesamerced que se equivoca

—No perdamos el tiempo. Yo pude al fin probar mi inocencia, y fuí puesto en libertad; tú quedaste preso.

—Os juro que...

—Déjame continuar. Yo me había olvidado enteramente de tí: pero hace algún tiempo, la casualidad y el empeño de una mujer, ha vuelto á unirnos.

—Pero si os digo...

—Hace cuatro meses, que la conducta de mi cuñada doña Elvira de Céspedes me tiene cuidadoso: recibía en su casa de Válor y á horas desusadas, hoy á este, mañana al otro hombre desconocido. Doña Elvira no podía tener amores con ellos, porque eran de tu estofa: pero por medio de ellos podía tratar de amores con otro: hace algunos días, aceché á uno de esos mensajeros, le salí al camino y supe que te traía una carta; yo no quise tocar aquella carta, pero quise saber quién eras tú: me dijeron que eras sacristán de la iglesia de Cádiar, y vine, te ví, y te reconocí: entonces y antes de hablar contigo, quise saber si descubría en tu vida algo que pudiese obligarte á servirme. Fuí á Granada, pregunté, y averigüé que hace cinco años, habías sido condenado á galeras por diez; luego, eres un galeote escapado, Barbillo, y si te niegas á servirme, te delato, te pierdo, porque á los galeotes huidos se les ahorca cuando se les coge.

Echóse á temblar Barbillo.

—Pero nada te acontecerá si me sirves bien, añadió Aben-Jahuar.

—Vamos, está visto que nada se os puede negar y os serviré en cuanto queráis, don Fernando, dijo el galeote escapado.

—Y yo te pagaré. Pero los tiempos no están para estar muy despacio en la calle, y es necesario que busquemos un lugar donde nadie nos vea.

—¿En qué posada vivís? porque vos sóis forastero en Cádiar.

—Vivo en el mesón del *Cojo*.

—Pues en mejor parte no pudiérais vivir, porque el *Cojo* es un grande amigo mío, y á propósito para cualquiera cosa. Yo iré por allá esta noche.

—¡Esta noche! sabe Dios lo que sucederá esta noche.

—Sucederá que como es noche de Navidad, todos la celebrarán y nadie se acordará de nosotros.

—Juro á Dios que han de acordarse muchos de la noche de Navidad de 1568.

—¿Pues qué va á suceder?

—Yo me entiendo y Dios me entiende. Es preciso que al momento, y rodeando por otro lado, vayas al mesón del *Cojo*.

—Iré, en cuanto avise al corregidor, á los soldados y á los frailes de San Francisco.

—¡Avisarles! ¿y de qué?

—¡De que viene la Inquisición al pueblo!

—¡Ah! viene la Inquisición, murmuró Aben Jahuar: pues, no podía venir á mejor hora. Vé, vé, y avisa, y al momento vé á buscarme. Te espero.

—Iré.

Separáronse los dos antiguos conocidos, y Aben-Jahuar, bajando por unas pendientes y torcidas callejuelas, llegó á la entrada del pueblo á un mesón miserable.

—Ahí está esperándoos hace una hora, el señor Diego López, nuestro vecino, dijo un viejecillo cojo.

—¡Ah! mi sobrino Aben-Aboo, exclamó de una manera ininteligible Aben Jahuar. Ya era tiempo.

Y entró, subió unas escaleras, atravesó unos corredores, y entró en un aposento.

Sentado junto á un brasero con fuego, había un jóven.

Era Aben-Aboo.

Tan distraido estaba, que no reparó en que otra persona había entrado en el aposento: miraba á través de una ventana abierta y desguarnecida de vidrieras, á unas breñas cercanas que estaban enteramente cubiertas de nieve, y entre cuyas quebraduras se veían otras cumbres.

Ibale á hablar su tio, cuando Aben-Aboo se levantó, se fué á la ventana, y miró con grande interés hácia fuera en dirección á una cumbre que se veía entre un rompimento de las breñas.

—¿Qué será lo que llama de tal modo la atención de mi sobrino? dijo para sí Aben-Jahuar; y permnaeció inmóvil.

—Ellos son: murmuraba á su vez Aben-Aboo: sí; los dos hombres que hace dos días rondan mi atalaya. Desde aquí no se les distingue bien; pero los reconozco por la capa parda del uno, y la gris del otro: el de la capa parda, es sin disputa aquel comediante que representó con Angiolina en la comedia «Reina Moraima», Andrés Cisneros: no me cabe duda; en cuanto al otro creo haberle visto también, pero no sé quien es: ¿qué busca el señor Cisneros en mi casa? ¿Tendrá acaso algún derecho sobre la princesa? pues en mal hora os habéis venido á las Alpujarras, galanes.

Y Aben-Aboo, tras estas palabras se separó de la ventana.

Al volverse vió á su tio.

—¡Ah! gracias á Dios, dijo: hace una hora que os espero.

—He tenido que atender á asuntos importantes, sobrino, contestó Aben-Jahuar: creo que tú también tienes entre manos asuntos de interés.

—Sí por cierto, tio, contestó Aben-Aboo, me ocupo en pensar de qué manera puedo ser más útil á mi patria.

Movió en un movimiento de incredulidad la cabeza Aben Jahuar.

—¡Qué! dijo ofendido el jóven, ¿creéis que no haré yo tanto como el que más por romper el yugo de los cristianos?

—No digo eso, sino que en estos momentos, en todo pensabas menos en nuestra empresa.

—¿Tenéis la pretensión de adivinar, tio? dijo con cierta secatura Aben-Aboo.

—No, pero pretendo tener tan buenos ojos como tú.

—No os comprendo.

—Estoy viendo desde aquí, dijo Aben-Jahuar extendiendo el brazo

hácia la cumbre á donde antes había mirado Aben-Aboo, dos hombres que llamaban hace poco tiempo tu atención: el uno tiene una capa parda, y el otro una capa gris. Entrambos miraban con la misma atención con que tú los mirabas, á la atalaya donde vives, y desde la cual no pueden ser vistos.

—¡Ah! ¿habéis reparado eso?

—Como lo has reparado tú..

—¿Y qué interés creéis que puedan tener aquellos dos hombres en mirar á mi casa? dijo con negligencia el jóven.

—Veo con disgusto, sobrino, que me tratas con doblez, dijo Aben-Jahuar.

—No, no por cierto; decid más bien que vos sóis receloso.

—Me ha hecho receloso la experiencia: ademas de eso, de algún tiempo á esta parte, no te reconozco: eras más confiado, más sincero: has contraido con tu familia una reserva...

No hago más que pagarla en la misma moneda.

—Mi sobrino Aben Humeya te ama.

—Ciertamente, como ama el carnicero á la oveja.

—En mala disposición de ánimo empezamos la guerra.

—Esforcémosnos todos: mi primo es rey, Aben-Farax alguacil mayor, vos capitán general, yo infante: nuestro poderoso pariente el emir de los monfíes nos ayuda...

—Y todos nos aborrecemos.

—¡Que nos aborrecemos!

—Esta es la verdad; Satanás se ha metido en medio de nosotros.

—Yo por mi parte...

—Tú estás tan empeñado como cada uno de nosotros.

—¡Empeñado! ¿y en qué?

—Has pensado en ser rey de Granada.

—Creo que tenía derecho para pensar así; pero desde el momento en que el reino ha elegido á mi noble primo Aben-Humeya, le he recibido por rey y le he prestado homenaje: y si á eso vamos vos también...

—¿Qué quieres suponer? exclamó con cuidado Aben-Jahuar.

—¿No pretendeis casaros con vuestra cuñada, con mi tia doña Elvira?

—¡Oh! sí... la amo, la amo hace muchos años.

—Bien puede ser porque doña Elvira es muy hermosa... ¿pero no podría también suceder que pretendiérais apartarla de su hijo. y sin suscitar á éste dificultades, envolverle en un lazo y alzaros con el reino?

Te repito que no te conozco, Aben-Aboo.

—Sí, es cierto, vos creíais que yo era un mancebo inexperto, confiado, sobre quien su madre tenía una potestad absoluta...

—Tu madre no es ambiciosa, tu madre no quiere la guerra: tu madre tiembla de que esa guerra empiece.

—Harto lo sé.

—¿Y sabes por qué tu madre tiembla á la guerra?

—Es cristiana de corazón.

—Tu madre ama...

—Es natural que ame á su hijo.

—Y más que á tí ama á otra persona.

—Mi madre no se ha quitado aún sus lutos de viuda, que lleva hace veintidos años.

—Más de veintidos años hace que tu madre amaba con toda su alma á un hombre que no era tu padre.

—Teneis fama de maldiciente, tio.

—Yo no digo que mi hermana, la pobre Isabel haya faltado á su virtud; la conozco mejor que tú: mi hermana ha sido una mártir de su familia, y aunque ha amado, aunque ama á un hombre que debió ser su esposo, ni le ha alentado con una sola esperanza, ni aun ha consentido en verle,

desde el día en que se casó con tu padre. Pero ama á ese hombre, le adora, y se extremece por él tanto como por tí... Teme la guerra, la evitaría á costa de su sangre.

¿Y qué hombre es ese á quien decís que mi madre ama, y con quien debió casarse?

—Ese hombre es nuestro pariente el poderoso emir de los monfíes.

—¡Ah! exclamó Aben-Aboo, comprendiendo entonces el amor con que le había tratado Yaye.

—¿Y estás seguro sobrino, de que esos dos hombres que observan con tal interés y tan de lejos tu casa, no sean monfíes enviados por el emir, en un día en que han de tener lugar graves acontecimientos?

—Os afirmo que esos hombres no son monfíes.

—Pues entonces; no es tu madre el objeto de esos hombres.

—¿Y cuál creéis que pueda ser?

—Bien pudiera ser una dama que has traido imprudentemente de Granada.

—¿Quién os da tantas noticias, tio?

—Nada pasa en las Alpujarras que yo no lo sepa: por ejemplo, hace tres días que llegó á Yátor otra dama que también te interesa mucho.

—¿Una dama que me interesa...?

—Sí por cierto, la sultana Amina.

Palideció profundamente al oir aquel nombre Aben-Aboo.

—¿Y decís que la sultana Amina está en Yátor...?

—Sí, sí por cierto y repito que Satanás en forma de tres mujeres se ha metido entre nosotros.

—Explicaos.

—Tú amas á la hija del emir.

—Es verdad, contestó Aben-Aboo bajando los ojos.

—Aben-Humeya la ama también.

Destelló un relámpago de celos salvajes en los ojos de Aben-Aboo.

—¿Y qué pretende mi primo?

—Pretende un imposible. Hacer su esposa á Amina.

—Pero eso no puede ser, mi prima es casada.

—Pero ¿con quién? ¿con quién? dijo Aben-Jahuar con cierto temor; ¿quién es el afortunado esposo de esa mujer?

—Se os sale la ambición por los ojos, tío: no creeis que la sultana Amina pueda estar casada con menos que con un emir de Africa y temeis que ese emir se ponga entre Aben-Humeya y vos. Descuidad... descuidad de todo punto.

—¿Pero sabes tú quién es el marido de la sultana?

Sonrió con el desdén de la superioridad Aben-Aboo.

—Mi prima no está casada, dijo, sino simplemente deshonrada.

—¡Mira lo que dices! exclamó Aben Jahuar mirando en torno suyo con recelo: en todas partes hay monfíes y esos tabiques...

—Descuidad, tío: por lo mismo que sé que podemos estar espiados hablo muy bajo.

—¿Pero qué pruebas tienes...?

—¿No habeis leido un contrato solemne, celebrado entre Aben-Humeya y el emir de los monfíes?

—Sí.

—¿No hay en él una cláusula por la que se acuerda el casamiento del hijo de Aben-Humeya con una hija de la sultana?

—Sí.

—Pues bien, esa hija es hija del amor: esa hija ha sido concebida en Madrid, sin duda alguna, á contar por el tiempo en que la dió á luz la sultana en las Alpujarras: esa niña es hija del capitán del presidio de Cádiar, el marqués de la Guardia, á quien adora Amina, que es su amante.

—¿La sultana amante del marqués

de la Guardia? ¿y por qué no es su esposo?

—Hace cinco días, en la fecha en que se firmaron las capitulaciones entre Aben-Humeya y el emir estuve hablando con el marqués de la Guardia en el Albaicín, en la taberna del Hardon. El marqués buscaba á su amante, á Amina, y estaba muy lejos de saber que era su esposa... esto no impide que lo sea ya... y con haber atrasado la fecha...

—Resulta, pues, que Amina se ha enamorado de un caballero castellano: peor para el emir.

—Sí, peor para el emir y para su hija, exclamó con acento reconcentrado Aben-Aboo. Pero seguid, tio, seguid: sepamos cuáles son las otras mujeres que Satanás ha metido en nuestros asuntos.

—La sultana Amina bastaría; porque tanto tú como Aben-Humeya estáis empeñados por ella: pero existen además tu tia doña Elvira y tu madre.

—¡Ah!

—Sí, ambas aman al emir y son enemigas á muerte: yo amo á mi cuñada y soy enemigo del emir; los odios se cruzan entre nosotros: hay además otra mujer por quien estáis á un tiempo empeñados Aben-Humeya y tú: esa comedianta que has traido de Granada.

—Os confieso tio, que esa mujer me espanta, que no la comprendo, y que á pesar de estar enamorado de la sultana, esa mujer me enloquece.

—Eso consiste en que la sultana habla á tu ambición, y la comedianta á tu deseo. Pero es necesario que encubras tus amores hácia la sultana: es necesario que separes de tí á la comedianta.

—¿Y á qué propósito?

—Para evitar el odio de Aben-Humeya.

—¿Y qué me importa? Bien sabéis que desde antiguo, por más que lo hayamos disimulado, somos enemigos.

—Pero esa enemistad es fatal en estos momentos.

—Yo no quiero una patria en que he de ser esclavo.

—Es que esa patria, si luchamos todos á una, podrá ser tan grande que haya lugar en ella para todas las ambiciones.

—Yo no puedo contar con la buena fe de Aben-Humeya.

—Si Aben-Humeya se muestra hostil es porque desconfía de tí; ayúdale, inspirale confianza y Aben Humeya se unirá á tí como á un hermano.

—Ya habeis dicho, que entre nosotros se han colocado dos mujeres.

—Si sigues mis consejos, solo habrá una, y esa es tal que no merece que dos buenos creyentes sean enemigos por ella.

—¿Y cuál de esas dos mujeres ha de ser la que ha de dejar de excitar nuestra rivalidad?

—La sultana Amina.

—¡Ah! exclamó Aben-Aboo, cuyo rostro se cubrió con la expresión de la más profunda reserva; ¿y de qué modo podremos hacer para que la sultana Amina deje de ser un objeto de rivalidad entre Aben-Humeya y yo?

Sonrió sutilmente Aben-Jahuar.

—Ni tú ni Aben-Humeya amáis á la sultana, dijo: queréis sin embargo casaros con ella porque comprendéis que el que sea su esposo, tendrá en su favor al poderoso emir de los monfíes.

—Puede ser que piense así mi noble primo.

—No piensas tú de otra manera.

—Y bien, dado caso de que yo piense así, ¿de qué modo hemos de obrar para que la sultana deje de ser un medio de elevación?

Sonrió de nuevo sutilmente pero de una manera más sesgada Aben-Jahuar.

—Supongamos que muere el emir...

—¡Ah!

—Esto es muy fácil que suceda... acometemos una empresa peligrosa... además el emir va todas las noches...

—¿A dónde?

—A ver á tu madre.

—¡A ver á mi madre!

—¿No te he dicho qne se aman?

—¡Eso es mentira!

—Observa tu casa á las altas horas de la noche.

—Sóis un demonio, dijo Aben-Aboo; queréis envenenarme el corazón.

—Tengo experiencia y te aconsejo bien.

Guardó por un momento silencio Aben-Aboo, y luego dijo.

—No hablemos más de esto y vamos á lo que importa. Vos como capitán general de los moriscos me habéis mandado llamar y he venido.

— Ha llegado el momento de probar tu valor.

—¿Es decir, que ha llegado la hora?

— Si; Farax-aben-Farax, con seis mil hombres, marchará esta noche sobre Granada, sublevará el Albaicín, acometerá la Alhambra, en la cual hay poco resguardo, y para lo que llevan escalas, y es muy posible... los cristianos se entregarán descuidados á sus fiestas de la Noche-Buena; acudirán á los templos á la misa del Gallo, y cuando pretendan salir de ella, se encontrarán con la muerte. Pero es necesario obrar al mismo tiempo en las Alpujarras: los cristianos, sea por casualidad ó por recelo, se mueven en nuestras montañas; la parte de compañia del marqués de la Guardia, que estaba en Cádiar, ha marchado á Yátor, pero en cambio, acaba de entrar esta mañana en la villa y de alojarse en las casas, la compañía de arcabuceros del capitán Diego de Herrera.

—¡Cómo! ¿ese miserable que ha cometido en las Alpujarras tantas infamias, vuelve entre nosotros?

—Vuelve para morir. Además de esto, la Inquisición nos visita hoy.

—¡La Inquisición!

—Esto nos favorece: como nuestros hermanos están poco instruidos en lo que atañe á la religión cristiana, el inquisidor Molina de Medrano, que viene encargado de la visita, se extremará con ellos á pretexto de que son poco celosos, de que ignoran los preceptos de la religión cristiana, les amenazará, pretenderá arrebatarles sus hijos...

—Es necesario arrancar el corazón á ese clérigo, exclamó Aben-Aboo.

— ¡Los monfíes! exclamó con un acento feroz Aben-Jahuar, los monfíes harán eso. El Ferih, el tremendo Abd-el-Melik-el-Ferih, te espera esta tarde á la caida del sol en las quebraduras de la rambla de los Ciegos.

—¡Ah! ¡me espera!

— Si; tú á más de ser infante de Granada, eres el morisco de más influencia en Cádiar.

—¿Y me obedecerá el Ferih?

— Ciegamente.

—¿Sabe esto el emir?

—Ha dado órdenes al Ferih para que te espere.

—¿Y qué he de hacer, tio?

—¿Qué han hecho con nosotros los cristianos?

—Nos han aterrado á fuerza de crueldades.

—Pues bien, los cristianos te han dicho lo que debes hacer.

—¡Oh! ¡oh! ¿debo hacer con los cristianos lo que los cristianos han hecho con nosotros...? ¡bien! lo haré.

—No olvides lo que hemos hablado.

—¡Oh! es muy difícil olvidarlo: mi madre y mi tia aman al emir: el emir

ama á mi madre: el marqués de la Guardia está casado con la sultana Amina y tiene de ella una hija... ¿Sabéis dónde está la hija de la sultana? exclamó de repente Aben-Aboo.

—Puede ser que lo sepa.

—¿Y por qué no he de saberlo yo?

—Te he dicho que puede ser que lo sepa, lo que quiere decir que no lo sé.

—¿Y tenéis medios para saberlo?

—Los buscaré...

—Y entonces...

—Lo sabrás.

—¡Ah tio, tio! conozco que sóis un demonio, y sin embargo me parece que me voy á condenar con vos.

—O á salvarte.

—El olor de la sangre y de la carnicería me da ya en las narices.

—Procura que ese olor no te desvanezca: si oyes mis consejos, y eres valiente y leal, hijo, grande suerte te espera. Pero por el momento muéstrate con Aben-Humeya como un hermano; con Aben-Farax como con un amigo.

Aben-Aboo estrechó la mano de Aben-Jahuar.

—Ahora es ncesario que te vayas, dijo este á Aben-Aboo: espero á una persona que no quisiera que te viese conmigo.

—Pues entonces adios, tio.

—No te olvides de ir esta tarde á puestas del sol, á las quebraduras de la rambla de los Ciegos; yo iré también. Adios.

Aben-Aboo, salió, y poco después, su tio le sintió bajar por las escaleras.

—He ahí un sobrino de buena raza, dijo Aben-Jahuar cuando se hubo quedado solo. Es valiente y cruel, y sobre todo ambicioso: en mejores manos no podría haberse puesto lo de Cádiar. Esta noche se verá claro en las calles aunque no haga luna.

Y se puso á pasear meditabundo á lo largo de la habitación.

Como se vé, el amor hácia su cuñada doña Elvira, y su anhelo por poner las cosas á punto de que él fuese la única cabeza de la rebelión de los moriscos, hacían meditar á don Fernando de Válor ó Aben-Jahuar, horribles crímenes: para llegar á su objeto era preciso que se ensangrentase en su misma familia, que matara á sus sobrinos; que desgarrase el corazón de su hermana, y que hiciese caer en un lazo traidor y horrible á Yaye, su pariente también, pariente generoso que le había dado continuamente oro y protección, y á cuya influencia debía el no haber muerto en galeras, ó á lo menos en un encierro como murió su hermano. Pero Aben-Jahuar quería poseer el amor de doña Elvira y la corona de Granada, y nada le detenía en su terrible paso hácia aquellos objetos: ni aun la sangre de los suyos.

Oyéronse pasos en el corredor, se acercaron, se entreabrió la puerta, y una voz clerical, dijo:

— *Deo gratias.*

— A Dios sean dadas, contestó don Fernando.

Poco después, maese Barbillo, el galeote escapado, el sacristán de la parroquia de Cádiar, estaba de pié y caperuza en mano, delante de Aben-Jahuar.

CAPÍTULO XVI.

De qué manera servía á quien le pagaba, maese Barbillo.

Miróle este por un momento fijamente.

—¿Has concluido ya tus negocios? le preguntó.

—Por el momento sí; pero no puedo estar mucho tiempo con vuesamerced, porque tengo que colgar la iglesia, y sacar los sillones para la Inquisición, y qué sé yo cuántas cosas.

—Bien, sientate.

—Estoy así bien, señor.

—Siéntate.

Barbillo se sentó.

—¿Has dicho á alma viviente lo que has hablado conmigo?

—¡Cómo, señor! ¿desconfía vuesamerced de mí?

—Desconfío de todo hombre que anda en tratos con mujeres.

—¿Y yo?

—Tú, á la socapa, tienes por novia á la morisca mejor moza de la villa.

—¿Quién ha dicho á vuesamerced tanto? exclamó con cuidado Barbillo.

—Me alegro que nada me niegues: yo sé que el ama del beneficiado Juan de Ribera, la buena Mariblanca, arde por ti, y que tenéis tratado casaros.

—Algo hay de eso: pero mientras viva el beneficiado...

—¿Quién sabe lo que el beneficiado vivirá? pero volviendo al asunto: quien tiene por novia una mujer de tan buenos ojos, y tan ladina como Mariblanca, está expuesto á ser imprudente

—¡Quiá! ¡no señor! ya sabe vuesamerced que yo soy mucho pez, y que todas las Mariblancas y Marinegras del mundo, no me harán hacer lo que no me convenga: es verdad que la Mariblanca es una muchacha que no la hay más garrida en la corte del rey; es verdad que he andado, ando y andaré tras ella, y que lo que mucho cuesta se aprecia mucho; pero no hay miedo de que yo diga más de lo que la debo decir.

—Yo sé que mi cuñada doña Elvira, viene algunas veces encubierta á Cádiar, y que aunque no vea á su cuñada doña Isabel, siempre ve á Mariblanca.

—Es verdad, pero eso consiste...

—¿En qué?

—En que Mariblanca y yo, servimos á doña Elvira.

—En sus amores...

—Cierto que sí.

—¿Pero tú sabes con quién tiene sus amores?

—Ayer no lo sabía, pero hoy lo sé.

—Y...¿quién es?

—Un caballero muy principal.

—¿Como de cuarenta y cinco años?

—Si señor.

—¿Muy blanco, muy hermoso, con el pelo negro?

—Eso es.

—¿Y sabes cómo se llama ese caballero?

—Lo que sé, es que es muy amigo del beneficiado Juan de Ribera.

—¿Y cómo le conocías de antes?

—De una manera muy sencilla: á causa de doña Elvira. Antes de conocerme á mí, doña Elvira había conocido á Mariblanca.

—¿Y cómo conoció mi cuñada á tu novia?

—El padre de Mariblanca es morisco.

—Ya lo sé.

—Un morisco feroz.

Es más que morisco: es moro: es monfí: se llama Abd-el-Melik-el-Ferih.

—Un moro muy principal... pues bien: habéis de saber que Mariblanca se enamoró de un capitán del presidio de Andarax. De esto, hace diez años: Mariblanca tenía entonces quince: el capitán la sedujo... la deshonró.... y la robó de la casa de su padre... todo esto me lo ha contado Mariblanca:

—Sigue, sigue.

—Como decía, el capitán la sacó de su casa, jurándola que sería su esposa, y la escondió, y gozó de ella cuanto quiso, y cuando se fastidió de ella, empezó á distraerse y á requebrar á otras... entonces Mariblanca le dijo, que la cumpliese su palabra, á lo que contestó que no podía casarse con ella porque era mora. Enton-

ces Matiblaoca se fué á buscar al beneficiado.

—¿A Juan de Ribera?

—Al mismo. Le dijo en confesión lo que la acontecía, y le pidió que la bautizase. El beneficiado la bautizó, y ella, con la partida de bautismo en la mano, volvió á Diego Herrera y le dijo:

—Yo he dejado por tí la casa de mi padre, que si me encuentra me matará: yo te seguí, oyendo tus promesas de que te casarías conmigo: ya soy cristiana, cúmpleme tu promesa.

El capitán volvió la espalda á la muchacha, que se iba quedando atrás, y que al ver este desprecio de su amante, cegó de cólera y de venganza, y echando mano á un pequeño puñal que llevaba consigo, le hirió á traición. El capitán cayó: Mariblanca creyendo que le había muerto, huyó, y se refugió en la iglesia, donde tomó asilo. Entonces el beneficiado Juan de Ribera, la llevó á su casa, y antes de tomar ninguna resolución, fué á la casa del capitán: le encontró en el lecho herido, pero no peligrosamente, y supo que el capitán no queriendo acabar de perder á una mujer á quien ya había hecho bastante daño, había dicho que le habían herido los monfíes. Condolióse, pues, de la muchacha el beneficiado, ó enamorado de ella, según dicen malas lenguas, aunque Mariblanca lo niega, y la recibió por su ama, á pesar de que entonces la muchacha solo tenía diez y siete años.

Pasó mucho tiempo: Abd-el-Melik-el-Ferih que desde que su hija huyó de su casa, había desaparecido de Cádiar, sin que nadie le hubiese vuelto á ver, permaneció fuera, hasta que una noche, hace dos años, cuando Mariblanca volvía de la fuente, se encontró de repente con un monfí. Era su padre.

—¡Ah! ¡ah! ¡un encuentro endiablado! ¿Y cómo es que hasta hace dos años no se había presentado el padre á la hija?

— El Ferih había estado en Africa.

—¿En Africa durante ocho años?

—Sea como quiera, el Ferih no se presentó á su hija sino después de ocho años que su hija había huido: pero cuando la vió ante sí...

—No la mató puesto que vive; pero sin duda procuró matarla.

—Nada de eso: la miró por un momento fijamente mientras la pobre temblaba, y luego como si nunca la hubiese visto la dijo:—Sígueme muchacha.

—¿Y le siguió Mariblanca?

—¿Qué había de hacer? estaban solos y el Ferih la miraba con los ojos más feroces del mundo. El padre delante y la hija detrás, salieron de la villa, siguieron un sendero adelante y no se detuvieron hasta pasar la valla del cercado de una huerta. Una vez dentro el Ferih se detuvo, y señalando á su hija una casa, tras una de cuyas ventanas se veía una luz, la dijo:—Vé allí; empuja la puerta, sube unas escaleras, y cuando entrares en una habitación, cuya puerta encontrarás también abierta, dirás á una dama que verás allí: el monfí me envía.—La muchacha siguió adelante hácia la casa, empujó la puerta, subió las escaleras, abrió otra puerta y se encontró en una pequeña habitación donde había una lama muy hermosa.

—¿Quién eres! la dijo la dama.

—El monfí me envía; contestó con voz medrosa Mariblanca.

—¿Has conocido á ese monfí? replicó la señora.

—¡Es mi padre! exclamó toda trémula Mariblanca.

—¿Y sabes por qué tu padre no ha lavado con tu sangre la deshonra que has echado sobre él?

—No lo sé, señora, dijo Mariblanca.

—Tu padre me debe la vida, repuso la dama, y en agradecimiento me ha prometido no tocar á uno solo de tus cabellos.

—¡Ah! ¡Dios se lo pague á vuesamerced, señora! exclamó Mariblanca cayendo de rodillas.

—La dama se inclinó sobre ella, y sin levantarla del suelo la dijo:

—Te he salvado la vida para que me sirvas.

—¡Ah! ¡serviré á vuesamerced de rodillas! exclamó juntando las manos Mariblanca, que no podía echar de sí el terror que le había causado la súbita presencia de su padre.

—No; quiero que me sirvas de pié y con gran discreción, levántate.

—¿Y en qué he de servir á vuesamerced?

—¿Conoces tú á doña Isabel de Córdoba y de Válor?

—¡Ah! ¡sí señora! contestó Mariblanca; la conozco mucho, porque va con frecuencia encubierta, á hablar con mi señor el beneficiado.

—¿Que va á hablar con tu señor?

—Sí señora; muchas veces mi señor está en la iglesia, y doña Isabel le espera: es un ángel: me habla con cariño porque soy morisca convertida.

—¿Es decir, repuso la dama, que con poco que hicieras podrías entrar y salir libremente en casa de doña Isabel?

—Sí señora.

—Pues bien: es necesario que entres en su casa cuantas más veces puedas, que observes, que veas.... ademas de eso tú debes de tener un amante...

—Mariblanca se turbó, tartamudeó, y al fin confesó que era mi novia.

—¡Ah! dijo la dama: un sacristán... ciertamente el amante digno del ama de un beneficiado; así todo se queda en casa: pues bien, es nécesario que de noche tu amante ronde por fuera de la casa de doña Isabel, y vea quién entra y quién sale, ó quién ronda ó no.

—Mariblanca prometió á la dama servirla á su placer, y salió más muerta que viva, temiendo encontrar de nuevo á su padre; pero su padre había desaparecido: vínose á casa del beneficiado, y mientras este dormía aquella noche su primer sueño, me contó todo lo que la había acontecido. De esta manera fué como Mariblanca conoció á vuestra cuñada doña Elvira de Céspedes, y me ha contado tantas veces y tan al pormenor su aventura, que la sé de memoria sin que en ella falte ni un ápice.

—Me has dicho en esa relación que doña Elvira había salvado la vida al Ferih.

—Así lo dijo doña Elvira á Mariblanca.

—Esto lo sabré yo por la misma parte interesada; dijo para sí Aben-Jahuar, y luego añadió alto:

—¿Y qué vísteis Mariblanca y tú?

—Mariblanca, que empezó á frecuentar, á pretexto de conocimiento y de cariño á doña Isabel, vió que estaba siempre muy triste, que hasta dentro de su casa llevaba sus lutos de viuda, aunque ha más de veintidos años que, según cuentan, y estando de recien casada con él, murió su marido: que ama mucho á su hijo Diego López, y que es muy caritativa y muy cristiana.

—¿Y no vió nunca Mariblanca en la casa ningún hombre?

—Sí señor, los parientes del difunto marido de doña Isabel.

—¿Y nadie más?

—Nadie más.

—¿Y tú qué viste en tus rondaduras?

—Os diré, señor: yo he visto mucho y no he visto nada.

—Explícate.

—He visto, por ejemplo, algunas temporadas en este último año un

bulto con trazas de caballero, y de caballero principal, que rondaba las bardas de la huerta donde vive doña Isabel.

—¿Rondarla nada más?

—Algunas veces hablaba con el esclavo de Diego López, que para hablarle se ponía caballero en la tapia, y esto muy tarde.

—¿Y no pudiste entender lo que hablaban?

—Si, sí señor; una noche por encargo de doña Elvira, que deseaba mucho saber lo que el caballero hablaba con el esclavo, me arriesgué á todo, y aprovechando la oscuridad, que era tal que no se veían los dedos de las manos, me tendí cosido sobre la tierra y la barda cerca del lugar por donde solían hablar el caballero y el esclavo del señor Diego López; poco después de estar allí oí ruido entre las matas, y sentí acercarse á un hombre que se detuvo y silbó como una culebra; al silbido sentí que por dentro se acercaba una persona que trepaba á la barda, y al fin oí la voz de Alí, á quien conozco mucho, que decía:

—¿Sóis vos, señor?

—Sí, yo soy, contestó el de fuera: ¿qué tienes que decirme?

—He puesto la carta de vuestra señoría, sobre la mesa del aposento de mi señora; me he puesto en acecho; cuando mi señora ha entrado y ha visto la carta se ha puesto pálida, la ha tomado y la ha leido temblando; después la ha ocultado, como ha hecho siempre con las otras, entre sus ropas; ya entrado el día, me ha encontrado en el huerto, me ha mirado fijamente, como siempre que he dejado alguna carta, pero no me ha dicho nada; á Genoveva, su doncella, la ha tratado con impaciencia, y como la pobre muchacha no sospecha nada, se ha entristecido; yo por mi parte me he hecho el torpe, como si nada supiese, y ha pasado.

—¿Y nada más? dijo el caballero.

—Sí, sí señor, contestó Alí: he robado un ramo de flores del búcaro de la señora, y una de las marañas del cabello de su peinado. Ahí vá todo junto: los cabellos en las flores.

—Paréceme que hubiera querido mucho mejor el incógnito, dijo Aben-Jahuar, las flores en los cabellos.

—Eso tambien creo yo; dijo Barbillo, porque el tal señor está perdidamente enamorado de doña Isabel.

¿Y lo sabe eso doña Elvira?

¡Pues no ha de saberlo! como que yo la escribí relatándolá, sin faltar letra, la conversación que había oido entre el hidalgo y Alí.

¿Y no ha entrado nunca ese enamorado, casa de mi hermana?

—Nunca. Sabrílo yo, y hace algunas noches estaba tan desesperado como antaño.

—Continúa.

—Pues señor, doña Elvira quiso á todo trance saber con certeza quién era el desesperado amante de doña Isabel, y... ayer vino á Cádiar.

—Ya lo sé.

—Se ocultó en la casa que tiene de costumbre, en la Caba Alta.

—Lo sé también: casa de la viuda de un mudejar.

—Eso es: con la viuda mandó llamar á Mariblanca.

—Lo sé también: es decir que Mariblanca fué á ver á doña Elvira, pero no sé lo que hablaron.

—Doña Elvira quería á todo trance, que yo con algunos amigos me apoderase del encubierto; anoche mismo Mariblanca me lo dijo, y como pagaba bien doña Elvira, busqué el organista y al barbero, que son dos mozos de pelo en pecho, y bien armados, esperamos á nuestro hombre por el camino por donde suele entrar en la villa; el hombre vino, pero nos apo-

rreó: á pesar de la noche le conocí: esta mañana le ví en la sacristía.

—¿Con qué es decir que el beneficiado, anda en tratos con ese hombre?

- ¿Y cómo si anda? y jura y perjura que es el mejor cristiano que conoce.

—Pues no tiene mucho conocimiento el beneficiado.

—¡Cómo! ¡qué! exclamó avispado como suele decirse, Barbillo.

- Dios me entiende y yo me entiendo, y basta con que Dios y yo nos entendamos: vamos á otra cosa: Mariblanca seguirá frecuentando la casa de mi hermana.

- Ahora más que nunca, y de tal manera la finje cariño y amistad Mariblanca, que doña Isabel ha llegado á amarla y á no poder pasar sin ella: de tal modo, que la tarde que Mariblanca falta á su visita, la envía á buscar doña Isabel.

—¿Y qué sabe Mariblanca de cierta dama, que hace diez dias ha traido mi sobrino Diego López á su casa?

—¡Ah! esa es otra historia. Diego López ni aún se ha tomado el trabajo de disculparse con su madre.

—¡Hola¡ ¡Hola! ¿con que de tal modo falta mi sobrino al respeto á mi hermana?

—Hace algún tienpo que el señor Diego Lopez está desconocido; antes era alegre y decidor, iba á todas partes, galanteaba á las mozas, y hacía finezas á Mariblanca, hasta el punto que casi, casi, llegué á tener celos: jugaba á la pelota, tiraba la barra y era el que mejor parte llevaba en la palestrilla (1). ¡Pero ahora! ni tiene un requiebro para las mozas, ni una palabra para sus conocidos; anda triste y mohino, pensativo y cabizbajo, y algunos pastores le han visto acechando por el sitio por donde suele pasar la Dama Blanca de la montaña.

—¡Bah! ¡bah! ¡la Dama Blanca! dijo con acento de burla Aben-Jahuar.

- Burlaos cuanto querais, pero no por eso será menos cierto que anda por nuestras montañas ese duende maldito, que hace mal de ojo á los ganados, y mucho será que no se lo haya hecho al señor Diego López.

— Bien, bien; pero sigue, que nuestra conversación se va haciendo demasiado larga y tengo que hacer.

—¿Pues y yo que estoy haciendo falta ya en la iglesia? ¡Ya se vé! ¡quiere vuesamerced saber tanto!

—Quiero saber lo que sabe Mariblanca acerca de esa dama, que ha ido á vivir desde hace tres dias á la casa de mi hermana.

—Esa dama es muy hermosa.

—Lo sé.

—Y muy principal.

—Lo sé también.

—Y gasta unos vestidos como no se han visto en las Alpujarras.

—Vamos al asunto, maese Barbillo.

—Pues el asunto es, que el señor Diego López se presentó en su casa el lunes en la noche, trayendo á esa dama á la grupa de su caballo, y que dijo á su madre, según vuestra señora hermana ha dicho á Mariblanca, que era necesario que la tuviese en su compañía. La dama, que se llama, quisiera no equivocarme, doña Angélica, dijo á vuestra hermana que era viuda de no sé qué príncipe, que se encontraba sola en el mundo, que el

(1) Llamábase en aquellos tiempos, y aun casi hasta nuestros dias palestrilla, el lugar á donde se tiraba á la espada blanca ó negra. Este lugar, que era siempre en las plazas públicas, estaba demarcado por cuatro escaños, dentro de los cuales, en presencia de un maestro de armas, se sacudían tajos y reveses todos los que querían, sin careta ni otro objeto alguno defensivo, y sin más precaución que un botón puesto en las puntas de las espadas y de las dagas.

señor Diego López la había enamorado, y que prefería vivir al arrimo de doña Isabel á que nadie viese que siendo moza y sola la galanteaba un hidalgo jóven. Doña Isabel por amor á su hijo, y viéndose también sola, ha dicho en el pueblo que la doña Angélica es una parienta suya, que ha venido á vivir una temporada en las Alpujarras. ¡Pobre madre!

Callóse Barbillo, porque no tenía nada más que decir.

—Toma maese, le dijo Aben-Jahuar sacando un escudo de oro de su bolsillo y dándolo al sacristán, has cantado de plano y te estoy agradecido Ahora cuídate de no decir á alma viviente, ni aun á Mariblanca, que has hablado conmigo, y adios.

—¿Y no me encargáis nada, señor?

—Será muy posible que no necesite de tí, contestó Aben-Jahuar con voz cavernosa.

—Pues lo siento mucho. don Fernando, porque tenéis una manera tal de tratar á las gentes, que dan ganas de serviros de rodillas.

—Si te necesito otra vez te buscaré.

Y como al decir esto Aben-Jahuar había demostrado con el acento y con el gesto que deseaba quedarse solo, Barbillo, después de haberle saludado servilmente, salió.

—No gozarás ese dinero, si no lo gastas de aquí á la noche, dijo el capitán general de los moriscos: sé cuanto necesitaba saber: ahora empecemos á obrar.

Y yendo á la puerta gritó:

—¡Hola mesonero! mi caballo y la cuenta.

Un momento después salía del mesón y de Cádiar á un mismo tiempo.

CAPÍTULO XVII.

El capitán Diego de Herrera.

Los pobres moriscos de la villa estaban consternados.

En primer lugar, desde el día anterior se sabía una noticia en extremo alarmante.

El hecho á que aquella noticia se refería, era el siguiente:

Acostumbraban los escribanos y los alguaciles de la audiencia de Ujíjar de Albacete, villa de las Alpujarras, ir á pasar las vacaciones de Pascuas en Granada, donde los más de ellos tenían sus familias y al hacer el camino, como los moriscos estaban acobardados y ellos lo sabían bien, porque eran los que los acobardaban, llevábanse á su paso, gallinas, pollos, miel, fruta y dinero, todo arrancado con amenazas, ó mejor dicho: robado.

Cinco de estos escribanos y alguaciles, entre los que iban dos ferocísimos, Juan Duarte y Pedro de Medina, salieron de Ujíjar el martes veinte y dos de diciembre llevando por guía á un morisco, é hicieron por los lugares por donde pasaron, desórdenes y tropelías con el mismo descuido que si las Alpujarras hubieran estado en perfecta tranquilidad, y no agitadas y preparándose para un alzamiento; á las noticias de estos desórdenes, salió á ellos con algunos monfíes, nuestro antiguo conocido Harum el Geniz, y encontrándolos en una senda cerca de la villa de Poqueira, les cortaron el camino y los pasaron á cuchillo, no pudiendo escapar más que el escribano Pedro de Medina, y el guía morisco, que fueron á ampararse á la villa de Orgiva. Del mismo modo los monfíes mataroñ y quitaron los caballos á

cinco escuderos que habían salido de Motril.

Temían, pues, los moriscos, que, como en otras ocasiones, pagasen justos por pecadores, es decir, que el corregidor de Ujíjar enviase al término donde aquellos fracasos habían acontecido y aun mucho más lejos, algunas escuadras de soldados, y no pudiendo haber á los monfíes, ó no atreviéndose á ellos, extremasen sus crueldades y sus licencias con los que ninguna parte habían tenido en el caso.

Lo que en segundo lugar los tenía como suele decirse, con la mosca sobre la oreja, era que sabían de cierto que la Inquisición iba á Cádiar á hacer su visita, y lo que en tercer lugar los aterraba era la llegada á la villa del capitán Diego de Herrera, y su cuñado Juan Hurtado Docampo, hombres crueles, que con cincuenta soldados y una carga de arcabuces, habían venido de Granada, causando á su paso por los pueblos, agravios, cometiendo desafueros, y tratando á los naturales como cosas viles de las cuales dispone á su antojo su dueño.

Aquella mañana antes de que entrasen los dos hidalgos cuñados con su gente, sabíase en la villa, y encontrábanse en la plaza los moriscos divididos en corros, hablando animadamente: pero notábase que cambiaban, aunque con gran disimulo, de conversación cuando pasaba junto á ellos algún alguacil del corregidor, ú otro de los castellanos de los que vivían en el pueblo con fueros y soberbia de autoridad, ya fuese por su oficio, ya por su amistad con los oficiales del rey.

Un observador hubiera notado que los moriscos tramaban algo y algo terrible.

Como á las nueve de la mañana, oyéronse en la parte baja de la villa pífanos y tambores, y cambió como por ensalmo la expresión de los semblantes de los moriscos, de tal modo, que nadie los hubiera creido sino los más contentos y felices hombres del mundo: poco despues entraron en la plaza con la bandera tendida los cincuenta arcabuceros, llevando delante dos pífanos y dos tambores, tras ellos Diego de Herrera y su cuñado Juan Hurtado Docampo, ginetes en dos rocines, con las espadas desnudas, y con más fueros, autoridad é hinchazón que podía haber traido el mismo rey.

—¡Eh! ¡tú, Tomás el Ansarí! dijo el capitán Herrera á un anciano que estaba entre los moriscos y á quien conocía por haber estado antes de presidio en la villa: mis muchachos vienen cansados, necesitan buen almuerzo, buena cama, y buenas mozas: conque mira de qué modo se les aposenta, que no tengan que enojarse con vosotros.

El Ansarí, que era el xeque de la taha de Cádiar, noble anciano descendiente de la esclarecida familia de los Abencerrajes, se acercó al capitán con la gorra en la mano, y le dijo con la sonrisa en los labios:

—Bien venido sea vuesamerced entre nosotros: por mi parte, mi casa y cuanto en ella tengo está para serviros y á ese honrado hidalgo que os acompaña: juro á Dios que no os ha de faltar nada y en cuanto á la tropa, yo haré de modo que á cada soldado se le aposente como si fuera un rey.

—Bien harás en eso Ansarí, porque tanto como un rey vale un soldado español, y tal andais vosotros que os importa estar bien con la gente de guerra; que nadie sabe lo que acontecerá, y ocasión podría llegar, en que sea más útil la amistad de un soldado que la del mismo Preste Juan de las Indias.

—Si esa ocasión llega, ya procuraremos que los buenos soldados del rey no puedan quejarse de nosotros.

Tras estas palabras Tomás el Ansarí se llevó consigo hacia su casa al capitán Herrera y á su cuñado, y los arcabuceros fueron alojados en las mejores casas del pueblo.

Al atravesar la plaza el capitán Herrera, detuvo de repente su caballo.

—¡Juro á Dios que no la hubiera conocido! exclamó mirando á una moza que pasaba á la sazón y que se detuvo á su vez y clavó una penetrante mirada en el capitán; ha crecido y está hecha una reina: será preciso volver á trabar conocimiento con esta muchacha.

Aquella muchacha era Mariblanca, que después de haber mirado por un momento al capitán, siguió su camino haciendo un mohin de desprecio.

—¿Conoces á esa prenda? dijo el capitán al Ansarí, siguiendo adelante.

—Es Mariblanca, contestó lacónicamente el xeque.

—Cuando yo se la quité á su padre para hacerla mía, repuso con desvergüenza el capitán, se llamaba Alida.

—Entonces era mora.

—Es verdad: recuerdo que por casarse conmigo se bautizó.

—Y entonces la pusieron María: después, como es blanca como la nieve, han dado en llamarla Mariblanca.

—¿Y se ha casado?...

—Es ama del licenciado Juan de Ribera, beneficiado de la iglesia de la villa.

—¡Ah! ¡ah! ¡querida de un clérigo... bien... pues mira, aposenta á mi cuñado en tu casa, que yo voy á aposentarme en la del beneficiado.

—Como guste vuesamerced, dijo el Ansarí.

Diego de Herrera, como quien conocía el pueblo, se fué derecho á la casa del beneficiado.

Cuando llegó á ella, no había nadie más que el niño de coro que servía á Mariblanca, porque en cuanto al clérigo solo se dejaba servir por la jóven.

Era demasiado persona un capitán de infantería española en aquellos tiempos y en tales circustancias, para que un vecino, y mucho menos un niño, se opusiese á su voluntad. El capitán metió por sí mismo el caballo en la cuadra donde el beneficiado tenía su mula; entróse como por su casa en las habitaciones interiores, y en la mejor se echó sobre un ancho mueble, especie de sofá que el beneficiado, hombre cómodo si los había, tenía para su regalo, y clavó sus espuelas en el damasco de los almohadones sin importársele de ello un ardite.

—¿Dónde está tu amo? dijo el capitán al niño de coro que le había seguido absorto.

—Está en la iglesia, señor, contestó aturdido el muchacho.

—¿Y no hay quien me dé de almorzar?

—No, no señor, contestó más aturdido el muchacho: la señora Mariblanca está fuera.

—¿Quién está ahí? dijo una voz sonora y fresca á la puerta del aposento.

El muchacho por toda respuesta señaló al capitán que estaba echado sobre el sofá una pierna sobre la otra, y desceñido el talabarte.

—¡Ah! dijo Mariblanca, de la manera más natural y aun con alegría, con la alegría de quien vé al cabo de mucho tiempo de ausencia á una persona á quien ama; ¡bien venido sea el señor capitán!

El muchacho se había ido: Mariblanca y Diego de Herrera estaban solos.

Reconozcámos á estas dos personas.

Era ella una mujer como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, pero con el brillo de una juventud extremada, alta de frente, ancha de hombros, un tanto largo el cuello, promi-

nente el pecho, delgado el talle y gallardamente pronunciadas las caderas; era muy blanca, hasta el último punto que puede ser blanca una mujer, levemente sonrosada en las mejillas y los labios húmedos y muy rojos: tenía los cabellos muy negros y muy abundantes: las cejas y las pestañas negrísimas y espesas; los ojos garzos; torneados el cuello, los brazos y las piernas, y muy pequeños y muy gruesecitos los pies y las manos: era una de esas moriscas cuyo tipo se conserva aun en las Alpujarras, que enamoran á una piedra, que derriten con su mirada el hielo, y que desesperarían á un pintor.

Vestía al uso del país, y su corto zagalejo dejaba ver las deliciosas extremidades en que se sustentaba: se nos olvidaba decir que era alta y robusta, y que en sus ojos, en su boca y en la actitud de su cabeza, había algo de duro, altivo y fiero, que en vez de perjudicarla aumentaba su hermosura, porque asociaba á ella la idea de la fuerza, del valor y de la dignidad.

Diego de Herrera era un hombre de cuarenta años; alto, robusto, membrudo, con picaresco semblante de soldado, curtido por el sol, por el aire, y por el polvo y el humo de las batallas: procacidad en los ojos, cinismo en la expresión de la boca, audacia en sus maneras, y rudeza y sabor soldadesco en todo su conjunto; todo como cubierto, velado y dulcificado por cierto espíritu de nobleza de raza, que hacía comprender que se trataba de un noble, aventurero y soldadote, eso sí, pero de *pur sang*.

—¿Sabías tú que yo vivía en esta casa, Diego? dijo Mariblanca, posando en el capitán una mirada entumecida, no sabemos si por el odio, pero que podía haberlo sido del mismo modo por el amor.

—¿Pues si tú no vivieras en esta casa, vida mía, á qué había yo de haber venido á ella?

—Pues has tardado en venir, contestó Mariblanca.

—¿Qué quieres? En primer lugar el soldado es del rey en cuerpo y alma, y es necesario ir á donde nos manda su magestad, sin que nos duelan prendas del alma: además que la última vez que nos vimos me trataste de un modo que no demostraba que tuvieses muchas ganas de volverme á ver.

—Te dí de puñaladas.

—Pero no me mataste, como me estás matando con tus ojos.

Y el capitán se sentó en el sofá, y echó á un lado el talabarte con la daga y la espada.

Mariblanca se había acercado, y había apoyado una mano en el hombro del capitán.

—¿Es verdad que mis ojos te matan? le dijo.

—¡Ah, diablo! me parece que respiro con dificultad, Álida, repuso el capitán rodeando con sus dos manos su cintura.

—A veces el tiempo que pasa hace milagros, dijo con un leve sarcasmo la jóven.

—Sí, sí por cierto; el tiempo que pasa, cuando pasa como ha pasado por tí, hace el milagro de convertir á una niña bonita en una moza como tú ¡cien rayos! ¿sabes que sería capaz por tí de matar á todos los clérigos del mundo?

—¿Y por qué?

—¿No eres ama del beneficiado?

—¡Y bien!

—Ama y manceba...

—Son dos cosas distintas...

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Si yo pudiera creer eso...

— La que dió de puñaladas al amante que la engañaba, no es mujer de tener más que un amante.

—¡Oh! ¡oh! si yo llego á creer eso...

Y el capitán trajo hácia sí con tal fuerza á Mariblanca, que aunque esta era fuerte, no pudo evitar que la diese un sonoro beso en el cuello.

Mariblanca, sin embargo, saltó atrás y quedó libre.

—Estas son locuras, dijo

—¡Cómo! exclamó el capitán: ¿no quieres ser mi mujer?

—No digo eso, sino que venir á esta casa, y después enamorarme en ella, son locura sobre locura.

—¿Pues qué he de hacer?

—Ven á verme esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿A hablarte por la reja? no me acomoda.

—Toma, dijo Mariblanca yendo á una espetera y tomando una llave.

—¿Y para qué es esto?

—Para que entres esta noche en el huerto por el postigo.

—Hace mucho frío para estar al sereno.

—Al huerto dá la ventana de mi aposento.

—¡Ah! eso es distinto. Pero es el caso, que yo no daré con ese postigo.

—Pues es muy fácil; mira (y Mariblanca señaló al huerto que se veía por una puerta del fondo): ¿ves aquella higuera?

—Sí.

—Sus ramas salen fuera de la tapia.

—Sí.

—Junto á esa higuera está el postigo.

El capitán tomó la llave y la guardó en el bolsillo de sus gregüescos.

—¿Y á qué hora he de venir, luz de mis ojos?

Quedóse meditando un instante Mariblanca.

—Esta noche es noche de Navidad, dijo al fin.

—Es verdad, repuso el capitán.

—A las doce dirá la misa del Gallo el señor Juan de Ribera.

—Y entre tanto tú te quedarás sola en la casa.

—Si, porque pretextaré que estoy enferma para no ir á misa.

—Bien, muy bien, con que es decir que esta noche á las doce.

El capitán se levantó, y se dirigió á Mariblanca con notoria intención de abrazarla.

—Quieto, quieto, señor mío, dijo la jóven: aunque estamos solos puede entrar gente de un momento á otro. Vete. Hasta la noche.

—Sea como tú quieras, Mariblanca, adios.

El capitán se fué á la cuadra, sacó su caballo, montó en él y fué á hospedarse casa del Ansarí murmurando por el camino:

—Está hecha una prenda de rey: y me ama: me ama aún: las mujeres no olvidan nunca á su primer amante: vive Dios que esta Noche Buena, va á ser la mejor noche que haya pasado en toda mi vida.

CAPITULO XVIII.

El palacio encantado.

Aún no eran las once de la mañana, cuando salía de Cádiar una larga procesión, en medio de los moriscos que la miraban con un mutismo de mal agüero.

Componían esta procesión unos cuarenta frailes entre donados y de misa. franciscanos descalzos, con sus hábitos cenicientos, sus anchas sandalias y sus estrechos cerquillos, llevando su pendón y su cruz: tras estos, iba la clerecía de la iglesia parroquial, con sus albas y sus bonetes, llevando delante estandarte y ciria-

les, y detrás el señor beneficiado, cubierto con una riquísima capa de coro, llevando á la derecha un diácono, y á la izquierda un subdiácono; seguía el corregidor con el escribano, y la turba alguacilesca, después los vecinos más ricos del pueblo, entre los que se contaba Tomás el Ansarí, y por último, el capitán Diego de Herrera, y su cuñado Juan Hurtado Docampo, vestidos de gala, llevando tras sí al compás de la marcha de pífanos y tambores, los cincuenta arcabuceros que habían traido á la villa, no menos engalanados y empenachados.

Toda esta gente salía á recibir al señor Molina de Medrano, inquisidor de la Suprema del Santo Oficio de la General Inquisición, que con un secretario, algunos alguaciles y un resguardo de cuadrilleros de la Santa Hermandad, esperaba aquella procesión en la venta de la Mala-noche, á un cuarto de legua de Cádiar, para entrar con ella en la villa, con la pompa, decoro y aparato que correspondían al Santo Oficio.

Llegaron á la venta los que recibían, se incorporaron á ellos los recibidos, y tomaron el camino de Cádiar, aumentándose el ruido de los pífanos y tambores de la infantería, con los clarines de los cuadrilleros y los sordos timbales del Santo Oficio.

Apenas el insigne maese Barbillo, que armado de sobrepelliz y sotana, atalayaba desde la torre de la iglesia el camino, vió que los que iban, se habían reunido á los que venían, cuando, satisfaciendo la impaciencia de los monaguillos, les mandó echar las campanas al vuelo.

Aquel alegre toque penetró como una amenaza terrible en las casas de los moriscos del pueblo: los hombres miraron con temor á sus mujeres como si las viesen por la última vez, y estas abrazaron llorando á sus pequeñuelos.

¡La Inquisicion se acercaba!

Sin embargo, esta consternación, este dolor eran un delito, y debían quedar ocultos en el fondo del hogar: fuera era necesario, no solo mostrar el semblante alegre, sino también salir engalanados al encuentro de la Inquisición.

Esta, con las gentes que la acompañaban, entró al fin en el pueblo; pero apenas había entrado, cuando de una breña cercana se levantó un hombre.

Aquel hombre era el emir de los monfíes.

Llevaba Yaye el mismo traje castellano con que aquella mañana había hablado á Juan de Ribera, con el nombre de don Alonso de Fuensalida.

Junto á él, oculto en las quebraduras, estaba su caballo.

Silbó Yaye, y un momento despues saltaron por las rocas del barranco dos hombres.

Era el uno su wazir Harum-el-Geniz; el otro, bravío, terrible, casi salvaje, era el tremendo Ferih de los Bérchules.

—Al momento, Harum, al momento, dijo Yaye: vé y ordena á Farax-aben Farax, que con los seis mil hombres que le he entregado, marche sobre Granada: que procure llegar á ella á la media noche; que levante el Albaicin con unos pocos, mientras con los restantes embiste la Alhambra. Que ponga, en fin, en ejecución cuanto le tengo ordenado. Vé.

Harum partió.

Yaye se volvió al Ferih, y le señaló á Cádiar que se levantaba delante de ellos sobre su vericueto.

—¿Oyes? le dijo.

—¡Los infieles están alegres! contestó el Ferih.

—Allí vive tu hija, la hija que te ha deshonrado; allí está el que des-

honró á tu hija: es necesario que te vengues, Melik.

—Hace mucho tiempo que estoy esperando mi venganza.

—¡Allí también está doña Elvira de Céspedes!

—¡Ah, señor! el amor que os tiene esa dama, os puede ser funesto: ¿por qué en estos momentos supremos no satisfaceis ese amor? ¿ignorais que Aben Jahuar-el-Zaquer, es un traidor?

—No importa: una cabeza más que cortar.

—Es que Aben-Humeya y Aben-Aboo, son sus sobrinos.

Extremecióse Yaye al escuchar el nombre de sus hijos, y repitió sin embargo.

—No importa: escúchame bien: en Cádiar tenemos ahora mismo un inquisidor infame, un beneficiado hipócrita y cruel, un capitán de infantería aventurero y asesino; una compañía de arcabuceros, un convento de frailes; un corregidor, y una bandada de alguaciles. Cerca á la redonda á Cádiar: que no pueda salir ninguno de esas gentes; que cada breña, cada piedra, cada mata, oculte á un monfí.

—Cercaré la villa, señor, y no saldrá ni una mosca de ella.

—Pero cércala bien: con gente sobrada, y de modo que nadie pueda verla.

—Así lo haré, señor.

—Sólo dejarás pasar por el camino de Yátor, al beneficiado Juan de Ribera y al sacristán Barbillo.

—¿No sabeis, señor, que ese Barbillo es el amante con que ahora se entretiene mi infame hija?

—El beneficiado y el sacristán volverán á Cádiar: cuenta Ferih con que les acontezca algo en el camino.

—¿Y si fuese con ellos alguna otra persona?

—La dejarás también pasar.

—Muy bien, señor.

—Vete y espérame en la rambla Roja.

El Ferih desapareció entre las breñas.

El emir desató su caballo de un espino, y siguió una rambla abajo.

Las campanas de la iglesia de Cádiar seguían repicando.

Yaye se pedió entre las quebraduras.

Entonces, de una breña que estaba próxima al lugar donde habian hablado Yaye, Harum y el Ferih, salieron dos hombres.

El uno tenía una capa gris y el otro una capa negra.

Eran los mismos que habia estado mirando Aben-Aboo desde la ventana del mesón del Cojo.

Eran el comediante Andrés Cisneros y Laurenti ó Bempo ó Godinez, como quieran nuestros lectores.

—¿Habeis oido? dijo Laurenti á Cisneros.

—Sí por cierto, dijo el comediante todo trémulo, y me parece que estamos en muy mal lugar.

—Yo os creía más valiente.

—¿Podéis pedirme más valor? Por esa mujer he hecho lo que no hubiera hecho por ninguna. Desde que me dijísteis que no la perdiese de vista, desde el domingo por la mañana, la he observado: en acecho estaba cuando entró en su aposento Aben-Aboo, y me dieron tentaciones de entrar y de matarle allí mismo.

—Hubiérais hecho muy mal.

—Los celos son malos consejeros.

—Vos no debéis tener celos de esa mujer.

—¿No los tenéis vos?

—¡Yo! lo que la tengo es odio. Además, no hay que tener celos. Ella no ama más que á un hombre, y ese hombre no la ama.

—¿Y á pesar de eso, huye con otro hombre?

—Por vengarse.

—¿Y por vengarse ha hecho lo que yo la he visto hacer?

—¿Y qué la habéis visto hacer vos?

—He dicho mal, no lo he visto: lo he sentido.

—¿Pero qué habéis sentido?

—Ya os he dicho, que cuando salieron del corral del Carbón, los seguí; que cuando salieron de la ciudad los seguí también, pagando á los guardas de la puerta del Rastro, para que me dejasen salir como á ellos; que los seguí por el camino, á pesar de que el caballo de ese maldito morisco, andaba más deprisa que lo que yo hubiese querido; que cuando ellos han entrado en una venta del camino, me he esperado fuera, sin comer, descansando sólo el tiempo que han tardado en salir: pues bien, durante esa larga jornada, he sentido en medio del silencio de la noche...

—¡Algún beso!..

—Besos ardientes: besos de enamorados

Y bien, ¿no os ha besado también Angiolina?

Sí.

—¿No se ha mostrado tan amorosa con vos delante de las gentes, como os han dicho se ha mostrado con Aben-Aboo, las mozas de las ventas á quienes habéis preguntado, cediendo á vuestros ridículos celos?

—Sí, sí; es verdad que hasta que apareció en Granada el marqués de la Guardia, todos me han creido amante de esa mujer.

Sin embargo nada habéis obtenido de ella.

—Es verdad.

—Y os ha mantenido contínuamente en una falaz esperanza.

—Es verdad.

—Pues de la misma manera, aunque todo el mundo la crea enamorada de Aben-Aboo, aunque Aben-Aboo, que si no la ama ya, la amará con toda su alma, se crea amado por ella, os lo afirmo, os lo afirmo yo que la conozco desde hace diez años: Angiolina, que solo ama al marqués, será fiel á sus amores, se vengará del marqués, le matará si es posible: matará si puede á la sultana Amina, á cuantos encuentre ante sus celos y su rabia: pero guardará puro su amor á ese hombre: vos no conocéis á Angiolina, añadió suspirando Laurenti: no, no la conocéis: si ella me hubiera amado, que bien pudiera haber sido si yo... pero en fin, no hablemos de esto: hay dolores que hierven en mi corazón, silenciosos, terribles; que se agitan dentro de él, que luchan, que solo conoce esa mujer... no hablemos más de este asunto, pero vos necesitáis vengaros.

—Sí. . con toda mi alma.

—Yo también.

—Pues á vengarnos hemos venido á las Alpujarras, á vengarnos del marqués de la Guardia.

—Nuestra venganza es injusta, dijo moviendo tristemente la cabeza Cisneros.

—¡Oh! yo odio á ese hombre: yo la aborrezco á ella: á él porque ella le ama, á ella porque le ama á él. Pero andad más de prisa, Cisneros; ¿no habéis oido al emir mandar á sus monfíes que cerquen á Cádiar a la redonda.

—Y es muy posible que si los monfíes nos encuentran y nos prenden, y nos presentan al emir, no podamos dar cima á nuestros proyectos.

—Si me seguís á buen andar yo os juro que no darán con nosotros.

—La primer contra que tenemos es que no conocemos el terreno.

—Vos no; yo sí, y os sirvo de guía.

—¿Qué, conoceis vos las Alpujarras?

—Conozco la parte que necesito conocer.

—Yo creía que nunca habíais venido á ellas.

—Yo presentía que los sucesos me habían de traer á ellas alguna vez, siguiendo á Angiolina, y procuré que me fuesen familiares.

—No sé cuando habéis podido...

—Yo necesito muy poco tiempo para conocer un terreno: como que he sido bandido...

—¡Ah! exclamó Cisneros, mirando con un asombro temeroso á Laurenti, que á cada momento crecía en proporciones fatídicas ante sus ojos.

—Sí; he sido bandido, y famoso y terrible: me han perseguido y jamás han podido dar conmigo: basta con que yo vea la estructura de un país para que comprenda sin equivocarme las ventajas que puedo sacar de él. Y si no juzgad, juzgad por vos mismo: ¿no me habeis encontrado junto á vos en las Alpujarras cuando menos lo esperábais?

—¿Y cómo había de esperarlo? Yo creía que os quedábais en Granada al frente de la compañía.

—¡Que se la lleve el diablo! vos os vinísteis siguiendo á una mujer; yo me vine siguiendo á un hombre.

—¡Al marqués de la Guardia! ¿está acaso en las Alpujarras?

—En las Alpujaraas se encuentra, aunque es muy posible que no lo sepa.

—¿Y dónde está?

—¿Para qué queréis saberlo? Dejáos guiar de mí, no me preguntéis más de lo que yo quiera deciros, y sobre todo andad más deprisa. Porque conozco el terreno os aguijo; hasta que salgamos de esta umbría estamos en peligro.

—Es que resbalo sobre el hielo.

—Si no os sentís con fuerzas para la empresa en que os habéis metido volvéos.

—No, no; os seguiré á donde queráis.

—Pues bien, seguidme, y por ahora callad; entramos en un terreno nevado, y la nieve ahogará el ruido de nuestros pasos.

—Pero el que pueda oirnos nos puede ver.

—Son dos cosas distintas: pueden oirnos sin vernos: callemos, pues, ya que no podemos hacernos invisibles.

Cisneros siguió en silencio á Laurenti, que á gran paso, por entre pinares lóbregos y estrechas y ásperas quebraduras, alejándose constantemente hacia el Este, anduvo sin parar durante tres horas.

Cisneros le seguía con gran fatiga; al fin en un barranco granítico de altísimas cortaduras que á nada se parecía más que á una profunda grieta abierta en las rocas, se sentó sobre una piedra exclamando:

—Señor Godinez, yo no puedo más: si la jornada es más larga seguid vos solo; en cuanto á mí suceda lo que quiera, y aunque me exponga á ser cogido por los monfíes aquí me quedo.

—Descansad cuanto querais, contestó Laurenti, porque no pasaremos de aquí: este es un escondrijo tan bueno, como que no hay un solo natural de las Alpujarras que se atreva á pasar junto á él, ni en cuatro tiros de arcabuz á la redonda: mirad bien: este es un agujero; ni hay en él arena ni yerba, ni musgo, la roca pelada, negra y calcárea, únicamente: ni aun las águilas se atreven á anidar en ella: ¿veis ese pico, esa roca informe que se levanta allá abajo, sola y escueta, y cuya parte superior remeda groseramente una cabeza humana desgreñada?

—Sí que la veo.

—Pues bien, los naturales pretenden que esa roca ha sentido alguna vez, que ha sido una mujer hermosa.....

—Consejas de los montañeses.

—Yo os contaré esa conseja en

otra ocasion: ahora os diré el nombre de esa roca.

—¿La bruja maldita, acaso?

—No, la princesa encantada. Pues bien, esa princesa nos va á servir de abrigo y refugio, y al lado de un buen fuego y después de un excelente almuerzo, podremos hablar largamente de nuestros asuntos, puesto que tenemos de plazo hasta la noche.

—¿Y dónde encontraremos ese fuego y ese almuerzo?

—En las faldas de la princesa; conque, levantáos y vamos, que estando parados se hace más sensible el frío de este aire maldito que zumba entre las cortaduras.

Laurenti se dirigió á la princesa encantada: siguióle Cisneros, dieron la vuelta á la enorme roca, y el comediante vió, que sobre algunas escabrosidades que remedaban bastante bien el repliegue de la falda de una estátua sobre su pedestal, había una estrecha y negra grieta por la cual apenas cabía un hombre.

Laurenti y Cisneros subieron á ella, recorrieron un pasadizo estrecho y tortuoso, y se encontraron en un espacio densamente lóbrego.

—¿Y qué diablos vamos á hacer aquí á oscuras?

—Esperad, esperad un momento: este es mi palacio en el cual no falta nada.

—¡Ah! ¡tenéis el don de hacer milagros!

—Bien podéis decirlo: solo hace tres días que he descubierto este escondrijo y ya está habitable.

—¿Y cómo lo descubrísteis? No hay senda hasta él, y siendo un lugar de maldición para los naturales...

—Es verdad: está en el centro de una sierra, lejos de las veredas y de los pueblos; por lo mismo, yo que buscaba un lugar escondido y poco frecuentado, he dado con él.

Y entre tanto, Laurenti arrancaba chispas de un pedernal.

—¿Y cómo supísteis su nombre y su historia?

—¡Eh! ¡y qué curioso sóis amigo mio! observó Laurenti, haciendo luz en la yesca encendida, con una pajuela de azufre.

—¡Diablo! exclamó Cisneros, al ver á la luz de la lámpara que había encendido con la pajuela Laurenti, el gran espacio en que se encontraban: nunca hubiera creido que fuese tan grande el vientre de la *princesa encantada*.

—Donde han dominado mucho tiempo los árabes y los moros, dijo Laurenti, se encuentran cosas muy singulares, especialmente en las montañas: los tales musulmanes son minadores como topos: además, como andaban siempre en contínuas guerras civiles, y en rebeldías contra sus emires ó reyes, necesitaban la mina para escapar en las ciudades, y en las montañas para esconderse, los antros y las grutas: venid, venid conmigo y veréis.

Y se encaminó con Cisneros á un oscuro ángulo de la caverna, y se metió por otro pasadizo.

—¡Ah! con que es decir, preguntó Cisneros, que solo hemos visto como quien dice, la antecámara.

—Menos aún, amigo mio; hemos pasado el zaguan, y estamos en las escaleras: ¿no notais que descendemos?

—Sí por cierto.

—¿No reparáis que por esta rampa cabe una cabalgadura?

—Sí.

—Dentro de poco llegaremos á las galerías, solo que las galerías son más estrechas que las escaleras.

—¿Qué bulto es aquél que hay allí? dijo deteniéndose Cisneros: parece un hombre echado sobre sus manos.

—Paréceme que tenéis miedo, Cisneros.

—¡Yo!

—Sí, y que el miedo os enturbia los ojos: lo que os parece un hombre acurrucado, no es otra cosa que un asno de las Alpujarras, que come tranquilamente su pienso.

—¿Y qué hace ese asno aquí?

—Vos supondréis, que yo no había de reducirme á vivir en una casa completamente desamueblada, siendo rico, es decir, habiendo traído conmigo oro y alhajas.

—¡Ya..!

—Habéis de saber, que, cuando buscando yo un lugar apartado y seguro de tropiezos, me encontré en los alrededores de este sitio, oí una voz que me decía á gritos:

—¡Eh! ¡amigo! ¡buen amigo! ¡detenéos! ¡no déis un paso más! Levanté la vista al lugar de donde salía la voz y vi un pastor que en una vereda aguijaba sus cabras.

Supuse que había cerca de mí algún peligro, y me detuve.

—Si queréis salir al camino venid para acá, me dijo el pastor.

Encaminéme á él.

Cuando llegué le pregunté, que por qué me había detenido.

—¿Sóis forastero? me dijo.

—Forastero soy, le respondí.

—Ya se conoce, repuso: si vos hubiérais estado en las Alpujarras algún tiempo, hubiérais oido hablar de la *princesa encantada*.

—¿Y qué princesa encantada es esa?

—Dios os libre de conocerla, me dijo, porque moriríais si no os acontecía una desgracia peor.

Y entonces me relató la historia del encantamento de la princesa, que es tal, que darian de buena gana tres ducados por saberla, Torres Navarro ó Lope de Rueda. Se puede hacer con ella una comedia que daría muchas ganancias. Ya os la referiré en otra ocasión.

Seguí con el pastor algún tiempo. Durante este espacio, el pastor me dijo que en el lugar donde estaba encantada la princesa había un palacio encantado también, solo que en vez de estar la princesa encantada en el palacio, el palacio estaba encantado en la princesa.

—He ahí una singularidad que no he visto en ningún libro de caballerías, por más que los tales libros estén llenos de disparates.

—Eso consiste en que el vulgo tiene el privilegio de inventar los más disparatados disparates: sin embargo, dentro del palacio encantado estamos: hemos pasado el zaguan, hemos bajado las escaleras, pasado junto á las caballerizas y nos revolvemos por los corredores.

—Pues si este ha sido palacio, tal le ha puesto el encanto que no le conociera el alarife que le construyó.

—¡Eh! hasta el fin no podemos juzgar. Aun no hemos llegado al fin. Dejadme que acabe de relataros mi conversación con el pastor.

—¿Y decís, le pregunté, que nadie se atreve á pasar ni á tres tiros de arcabuz á la redonda junto á la sima de la princesa encantada?

—Nadie, ni los pájaros, me contestó: cuando una cabra se pierde hácia allá preferimos perderla á acercarnos en su busca al sitio maldito: y se pierden muchas, señor: yo creo que las atraen los brujos que viven en el palacio, para devorarlas.

—Mirad no hayan corrido esa voz los monfíes para tener un albergue seguro.

—Ningún monfí se atrevería á llegar al sitio donde vos llegásteis cuando os llamé: y eso que los monfíes son valientes como demonios.

—¿Y conocéis vos á los monfíes? cuasi nadie los conoce.

—No los conocerán las justicias, ni los cuadrilleros, ni los soldados del rey: pero los pastores de la sierra es distinto: como que nos compran cabras y corderos y muchas noches duermen en nuestras majadas. Si no fueran moros y tan crueles, son buena gente: buenos mozos, gastadores, y bravos, eso sí, como lobos: á los pastores nos tratan bien: pero desdichado del pastor que dice que los ha visto...

—¿Con que tambien esos valientes monfíes tiemblan de acercarse á la sima maldita?

—Ya os digo que se dejarían cojer y arcabucear de los soldados del rey antes de pasar de ciertas piedras que están puestas como señales alrededor de la sima.

—Pues os agradezco el que me hayáis salvado de tal peligro.

—No habéis tenido mala suerte en que yo os vea. Ahora bien, he aquí el camino de Orgiva.

—Es que yo no iba á Orgiva, le contesté: por lo que me decís, me he perdido.

—¿Pues á dónde íbais?

—A Cádiar.

—¡Diablo! pues tenéis que desandar el camino, y un mal camino: atravesar el puerto que estará cerrado...

—No importa, solo que estoy cansado.

—Pues metéos en una cortijada, descansad y tomad un guía.

—No, no, prefiero otra cosa. ¿Me vendéis vuestro asno? le dije señalando el que llevaba en el hato.

—Es un jumento nuevo y de buena casta que puede cargar con una iglesia, me dijo.

—Pues mejor, así podrá aguantar una buena jornada.

—Es que yo no le venderé en menos de diez ducados.

—No quede por eso, tomad doce.

Y sacándolos del bolsillo los dí al pastor.

—Vamos á aquella cortijada, me dijo; descargaré el pollino y os lo llevaréis.

Poco despues, y habiéndome dado el pastor las señas del camino por donde debía ir para llegar al puerto, me encontraba cabalgando en mi asno por la senda de un áspero desfiladero.

A mis piés veía la especie de embudo donde está situada la sima de la princesa encantada.

Estaba enteramente solo; descendí, llegué á las quebraduras; ví la roca á quien creen una mujer encantada, y encontré esta gruta: ¡ah! ¡á propósito! detenéos un momento Cisneros: véis ese agujero abierto debajo de esa enorme roca?

—Sí.

—Pues ahí hay un barril de pólvora.

—¡Un barril de pólvora! ¿y para qué?

—En el centro de la primera gruta, me había olvidado de decíroslo, hay otro, y otro á la entrada de la galería, junto al lugar que sirve de establo al asno. Estos tres barriles son mi defensa.

—¡Ah!

—Sí, estoy ya escarmentado: si en otra ocasión hubiera tomado las mismas precauciones, mi suerte sería otra, y acaso otra la vuestra, porque entonces no hubiera venido á España con Angiolina.

—Pero no comprendo...

—Mis proyectos son tales, que puede suceder que me vsa perseguido ya por los tercios del rey, ya por los mismos monfíes. En un extremo, al entrar en la gruta pongo fuego á la primera mecha, después á la segunda, por último á esta.

—Pero os sentenciáis á volar hecho pedazos.

—No por cierto: la explosión se

efectúa siempre de abajo arriba: nunca de arriba abajo.

—Deben ser terribles vuestros proyectos cuando de tal modo os preparáis.

—Vamos adelante, Cisneros, y sabréis parte de esos proyectos. Os anuncio que vamos á penetrar dentro de poco en un verdadero palacio.

—¿Será verdad lo del encantamento?

—Si lo del encantamento no es verdad, estoy seguro que si estas rocas hablaran podrían contarnos alguna historia, y aun historias de mucho interés.

—¿Y creéis vos que se hayan abierto exprofeso estas galerías para hacer un palacio en las entrañas de la tierra?

—No amigo mio: estas galerías se han abierto para otro objeto; esta es sin disputa, una antigua mina romana, ó acaso más antigua: á poco trabajo encontraréis sobre el terreno escorías de fundiciones de plata; mirad un pequeño fragmento.

Y Laurenti levantó del suelo una partícula de una materia gris oscura y esponjosa.

—En lo que no cabe duda, es en que algún rico bandido, ó algún señor rebelde se han aprovechado de esta y otras minas para ocultarse, y de que, para hacerlas más cómodas han construido en ellas algunas habitaciones con el bello gusto de los árabes. He aquí que llegamos á un punto en que podéis admirar esa delicada arquitectura.

En efecto tenía delante un arco árabe estucado, medianamente conservado, pero sin puerta.

—¡Ah! dijo Cisneros, esto se parece á la Alhambra.

—¡Si! el mismo adorno, el mismo primor, pero más reducidas las habitaciones: bajad la cabeza si no queréis tropezar en el arco.

Entraron y se encontraron en una pequeña habitacion cuadrada embaldosada de mármol, estucada, con techo de bovedillas.

Al fondo había una puerta más alta que la anterior que daba paso á una galería á cuyos costados había algunas puertas, y á cuyo fin se abría otro arco, por el que se ingresaba en una gran cámara.

—Esto es muy bello, dijo Cisneros.

—Ya lo creo; es un verdadero alcázar algo deteriorado.

—Y en el que hace algún frio.

—Lo que prueba que el aire tiene comunicación.

—¡Cómo! ¿no estáis seguro de ello?

—No he tenido tiempo de recorrer la mina. Las únicas habitaciones que existen son las que corresponden á las puertas por junto á las cuales acabamos de pasar. Esta cámara, no tiene más que una entrada y dos alcobas: mirad: el pavimento es magnífico: de mosáico aunque empolvado y sucio: mirad qué bella es la fuente del centro; lo que prueba que hay algún valle ó barranco más abajo del nivel de esta habitación donde pueden ir á parar las aguas: el encañado debe estar en buen uso, porque ayer la fuente corría. Cuando salí al aire libre ví que había llovido.

—Pues ha sido un hallazgo este escondite, dijo Cisneros, porque yo no sabía donde meterme: me conoce el emir de los monfíes, me conocen Aben-Humeya y Aben-Aboo, me conocen en fin otras muchas personas, por temor de encontrarme con las cuales, he andado á salto de mata, durmiendo en los ventorrillos y aperreándome por los cerros.

—Agradecedme, pues, el que haya pensado en vos al establecerme aquí.

—¡Cómo!

—Aquel es vuestro aposento, dijo Laurenti señalando uno de los alhamíes ó alcobas: venid y juzgad.

Dirigiéronse allá, y Cisneros con gran asombro, encontró un lecho y una pequeña mesa con algunas botellas.

—Es cuanto aquí nos hace falta, dijo Laurenti: vino que beber y lecho en que descansar.

—Y el vino es bueno, dijo Cisneros empinando una botella.

—Es de la tierra.

—Pero falta algo más.

—¡Qué!

—Algo que comer.

—Mi olla debe estar cocida, dijo Laurenti.

—¡Diablo! sóis un hombre que de nadie necesitáis.

—Si tal, he necesitado de un jumento que traiga nuestras camas, nuestros víveres y nuestra leña, á más de dos buenos arcabuces que hay en aquel rincón.

—Sóis todo un hombre, señor Godinez.

—Voy á traer leña, la encenderemos, pondremos junto á ella nuestra mesa, comeremos, beberemos, y acabaremos de entendernos.

Algún tiempo después, sentados en dos taburetes de pino, teniendo en medio una mesa, en que se veían dos botellas, un vaso y una fuente de estaño, en que humeaba una olla podrida, al lado de una hoguera que ahumaba la habitación, comían y bebían callando, en uno de esos primeros momentos de la comida, en que solo se atiende á un apetito exigente, Laurenti y Cisneros.

—Vamos á ver, dijo el primero al segundo, sacando un enorme reloj de bolsillo: son las once del dia hasta las cuatro de la tarde en que necesitamos ponernos en marcha, van cinco horas: en cinco horas de buena conversación, se puede convenir en muchas cosas.

—Os digo en verdad, amigo Godinez, contestó Cisneros, que me encuentro en las Alpujarras, y metido según creo en una grande empresa, sin que yo me dé otra razón de andar en estos pasos, más que mi empeño por una mujer, que se ha burlado de mí, que se ha burlado, por lo que entiendo, de vos, cuya historia es un misterio, y cuyo fin podrá ser desastroso. Yo he tenido amores con muy nobles y hermosas damas; he gozado del favor y de la amistad de poderosos señores; he manejado á mi antojo á un príncipe, y he jugado con mi fortuna, sin pararme nunca á considerar en qué vendrían á parar mis aventuras: nunca una mujer ha dominado mi corazón como le domina la princesa: si me hubieran dicho que por esa mujer había yo de olvidar mis proyectos, mi conveniencia, cuanto me interesa; que me había de ver reducido á una vida casi miserable, sin dinero, sin amistades, aislado enteramente, sujeto como un niño, y corriendo tras ella por cerros y valles, no lo hubiera creido.

—No hay burlas con el amor, dijo Laurenti: esa mujer os arrastra, os lleva consigo, os atrae, os desespera: tenéis celos: celos mortales: tenéis sed, una sed inextinguible de hacerla vuestra, y junto con esto, la rabia de veros burlado, porque esa mujer se ha burlado de vos.

—Es verdad.

—Yo también voy detrás de esa mujer, pero con distintas intenciones: yo la conocí por una venganza, y por una venganza me apoderé de ella: se la robé á su padre, pero cuando se toma por medio de venganza una mujer tal como Angiolina, nuestra venganza nos hiere, porque nos hace esclavos: al poco tiempo de haberme apoderado de Angiolina, la amaba; la amaba, no sabré deciros cómo, porque yo nunca había amado, pero me parecía que el ser de ella, se había trasladado al mio; que respiraba con

su aliento, que mi corazón latía en el suyo... ¡ah! fui muy imprudente en tomar por instrumento de una horrible venganza á Angiolina: ella me recuerda mi venganza: la recuerda todos los días, á todas horas, porque desde que me apoderé de ella, hasta hoy, (y han pasado diez años), no he dejado de verla contínuamente, á excepción de dos meses, el año pasado, que vine á Granada: siempre que la veo, tan hermosa, y al parecer tan pura y tan casta, se levanta ante mis ojos, detrás de ella, otra mujer hermosa, que en mal hora dejó de ser casta y pura: otra mujer que me mira con sus dulces ojos grandes y melancólicos y que me acusa. Nunca que miro á Angiolina, dejo de ver el espectro de esa otra desdichada: nunca veo esa figura sangrienta, sin que mi corazón se hiele y se extremezca, por más que mi semblante continúe impenetrable: ese fantasma que vive eterno detrás de Angiolina, es mi remordimiento, mi horrible remordimiento, mi infierno.

—¿Fué una mujer que abandonásteis por Angiolina? dijo con interés Cisneros.

—No; contestó roncamente Laurenti; fué una mujer á quien maté, á quien maté á puñaladas, á pesar de que pedía á gritos la vida; la vida, no para ella, sino para el hijo que llevaba en sus entrañas.

Laurenti se extremeció de una manera visible y calló.

—Mucho debió ofenderos esa mujer, cuando tan cruel fuísteis con ella, ¿era acaso vuestra esposa?

—Era mi hermana, contestó con acento sepulcral, horrible, tremendo como una blasfemia, reconcentrado como el rugido de un leon á quien devora la calentura.

Cisneros se puso de pié de una manera instintiva, y miró con terror á Laurenti.

—¡Matásteis á vuestra hermana! exclamó.

—Sí, pero sentáos: la maté... y ya no tiene remedio; pero esa catástrofe horrible, aumentó mi amor por Angiolina: durante diez años la he seguido á todas partes encubierto, disfrazado, sirviéndola, tendiéndome á sus piés como un esclavo, procurando hacerme amar de ella, y recibiendo solo en pago, indiferencia; la indiferencia de un mal amo respecto á su criado: pero al menos no tenía celos: si Angiolina no me amaba, al menos no amaba á nadie; pero una noche, Angiolina entró en su casa con un hombre, con la frente alta, sin recatarse de sus criados, é introdujo á aquel hombre en sus mismas habitaciones como si hubiera sido su marido. ¿Y qué creéis que hice yo...?

—¡Esperásteis á aquel hombre á la salida, y le matásteis...!

—No le maté, ese hombre vive.... es el marqués de la Guardia.

—¡Ah!

—Pasé la noche sufriendo lo que ningún hombre ha sufrido jamás, pegado á una pared medianera de los aposentos de Angiolina, pegado el oido á la pared, oyendo, percibiendo cuanto Angiolina en su enamorado delirio dijo y concedió á aquel hombre.

—¿No le matásteis al salir?

—No, porque tuve miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—Miedo de que me aborreciese Angiolina.

—¡Ah! repitió Cisneros.

—Vos no sabéis lo que es amar: si yo la hubiera amado menos, ella hubiera sido la que hubiera muerto: pero era su esclavo, y lo soy aun.

—Y entonces, ¿de quién queréis vengaros?

—¿De quién? del hombre que ha tenido la culpa de que Angiolina ame al marqués.

—No os comprendo.

—Angiolina jamás hubiera amado, porque era honrada; porque aun cuando ella creía no haber pertenecido á su marido, aunque no le amaba, le estaba agradecida y hubiera respetado su nombre.

—¿Por qué decís que Angiolina creía no haber pertenecido á su marido?

—Porque ese marido, el príncipe Maffei Lorenzini, era una moneda falsa, no había tal príncipe.

—¿Pues quién era ese hombre?

—Ese hombre era yo: yo que había tomado un disfraz impenetrable y un nombre supuesto; yo que gastando mis tesoros de bandido, sostenía el fausto con que Angiolina se presentaba en la corte como princesa.

—¡Ah! ¡sois un hombre extraordinario!

—Decía, pues, que Angiolina, por un amor vulgar nunca hubiera manchado ante las gentes el nombre de su esposo. Pero las mujeres en general vienen al mundo con un grave pecado, con el pecado de la vanidad.—Angiolina se había acostumbrado á ser la reina de las damas de la corte por su hermosura y por su fausto: yo gastaba cuanto era necesario: el homenaje y la envidia de los caballeros y de las damas de la corte, mantenían satisfecha su vanidad; pero cuando se presentó en Madrid la sultana Amina, ó doña Esperanza, ó la hermosa duquesita, como dieron en llamarla.....

—La hermosa de las hermosas, la rica de las ricas, la altiva entre las altivas, observó Cisneros.

—Decís bien: esa fatal mujer á cuya influencia debo la amargura que tengo en el corazón.—A poco de presentarse en la corte la sultana, noté con terror que Angiolina la envidiaba.—Nadie sabe hasta dónde puede llevar la envidia á una mujer, y yo lo temí todo.—En efecto, Angiolina notó que la sultana estaba enamorada; buscó el hombre de su amor, le encontró, y por una sucesión de fatales consecuencias, se hizo querida del hombre á quien amaba la sultana, pretendió robárselo... la vanidad y la envidia llevaron á Angiolina respecto al marqués, al mismo punto á que á mí me llevó mi venganza respecto á Angiolina: se enamoró perdidamente del marqués de la Guardia. Pues bien ¿quién es la causa de que Angiolina haya contraido ese empeño?

—Indudablemente la sultana Amina; pero acaso, acaso, sin la sultana, Angiolina se hubiera enamorado del mismo modo del marqués.

—No la conoceis: el marqués la había galanteado: y por lo mismo que el marqués estaba reputado entre las damas de la corte por un hombre irresistible, su vanidad hubiera defendido de él á Angiolina.

—¿Quién sabe?

—Sea como quiera, la causa palpable de mi desgracia es la sultana. La causa de haber ido la sultana á la corte, la ambición del emir de los monfíes. Necesitaba, pues, no atreviéndome á saciar mi corage en Angiolina, no pudiendo saciarle en otro: hay rabias que necesitan matar. Mi rabia se volvió al emir y á su hija. El rey don Felipe, supo que el duque viudo de la Jarilla era el emir de los monfíes: la corte supo que la hermosa hija del duque, estaba deshonrada por el amor del marqués de la Guardia: el mismo emir, en una ocasión cayó á mis piés bañado en sangre, y la Inquisición se apoderó de él: librároule del Santo Oficio sus monfíes: pero no importa; el golpe de gracia, el golpe que acabará de hacer pedazos su corazón, que le exterminará, se lo daré yo aquí, en las Alpujarras en medio de su ejército; golpe terrible, del cual se encargarán tales ma-

nos, que Satanás escribirá mi venganza entre las más terribles que haya producido el odio humano.

Laurenti, cayó, apoyó la cabeza entre sus manos, y quedó profundamente pensativo: Cisneros le miraba con terror.

—Ahora bien, dijo Laurenti alzando de nuevo la cabeza, despues de algunos momentos de silencio, cuento con vos para mi venganza.

—¡Conmigo! ¿y qué he de hacer yo?

—Ya habéis oido que doña Elvira de Céspedes, viuda de don Diego de Córdoba y de Válor, está en Cádiar. Lo habéis oido de boca del mismo emir de los monfíes.

—¿Y bien?

—El emir ha recomendado al Feríh con un acento particular esa dama.

—¿Y bien?

—Es necesario que vayais á verla.

—¿Y con qué pretexto?

—Por ejemplo: vos conoceis á Aben Humeya.

—Mucho: como que el tal está también enamorado de Angiolina, y trabó amistad conmigo para aproximarse á ella por mi medio.

—Pues bien, presentaos á doña Elvira, y decidla: que habiendo escapado su hijo de Granada, y sabiéndose que los moriscos piensan sublevarse, acudís á ella para que por su mediación, os admita su hijo á su servicio.

—Pero no veo lo que en eso pueda convenirme.

—Esta es una de las primeras mallas de una pared, en que os juro se cogerán tantas cosas, contribuyendo vos á ello, que el rey de España os perdonará por lo de marras, y os dara cuanto querais.

—Pero Angiolina...

—No hay que pensar en ella... ni os ama, ni me ama; esa será otra de las buenas presas que queden en la red: no pudiendo obtener á Angiolina os importa abriros un camino para volver á la corte: vos fuera de Madrid, vivís como el pez de mar en agua dulce: estais mareado: procurad, pues, enmendar vuestra mala suerte, y para eso servidme: yo necesito ser una doble persona: vos sois alentado y astuto, y me convenís.

—¡Qué diablos! dijo Cisneros, más perdido que estoy no puedo estarlo: haré cuanto querais.

—Y no haréis nada que no sea en provecho vuestro: preparaos, sin embargo, y fortaleceos, porque la empresa es dura y llena de peligros.

—Entre peligros ando hace mucho tiempo, y de todos ellos me ha sacado despues de Dios, mi buen aliento.

—Pues por lo pronto, hemos convenido en lo que debemos convenir: esta tarde nos pondremos en camino, y esta noche entraremos en Cádiar. Conque si teneis sueño, que bien podrá ser, según lo que habeis trasnochado y andado por cerros, dormid, que yo os llamaré cuando sea hora.

Cisneros que comprendió que aquel terrible y misterioso Godinez, que se había convertido en su señor, no tenía más ganas de hablar, y sintiéndose por otra parte cansado, se metió en el alhamí ó alcoba que Laurenti le había dicho era su aposento y se acostó, y á poco se durmió.

Laurenti, cuando le oyó roncar, se levantó, fué á un rincón donde tenía su maleta, la abrió, sacó de ella una cartera, y volvió á sentarse junto á la mesa, sacó de la cartera unos papeles y se puso á meditar sobre ellos con profunda y terrible atención.

CAPÍTULO XIX.

El exámen de doctrina cristiana.

A las once de aquel mismo dia, el inquisidor Molina de Medrano, acompañado del Licenciado Juan de Ribera, del guardián de San Francisco, de algunos clérigos y frailes, del corregidor, del capitán Diego de Herrera y de algunos castellanos viejos vecinos de Cádiar, entró en la iglesia.

Quedaron fuera, Juan Hurtado Docampo con los arcabuceros, los timbales y los alguaciles de la Inquisición.

Desde el momento en que el inquisidor Molina de Medrano entró en la iglesia, una campana empezó á tañer un toque lento y acompasado.

Aquel toque llevó el terror á los oidos de todos los moriscos, porque aquel toque era la voz que les llamaba á la iglesia para ser examinados de doctrina cristiana.

Cuando resonaba la campana tañendo de aquel modo, todos los moriscos tenían obligación estrecha, bajo severas penas, de acudir á la iglesia, sucediendo muchas veces, que el terror hacía dejar el lecho á los mismos enfermos.

Apenas empezó el toque, de todas las casas de la villa empezó á salir gente que se encaminó á la iglesia.

Bien pronto esta se encontró llena de una multitud vestida en su mayor parte con el pintoresco traje árabe, notándose solo que las mujeres no llevaban albornoz ni nada que las cubriese el rostro.

No era aquel un pueblo cristiano, que lleno de fe y por su libre y expontánea voluntad acude al templo y se arrodilla ante los altares: era un pueblo que iba allí llamado por una campana inexorable que parecía decirles con su lúgubre son:—El que no acuda será condenado:—todos estaban de pié, apilados hácia el fondo de la iglesia, vista desde el presbiterío, dejando vacío un gran espacio entre las sillas que á los piés del altar mayor ocupaba el inquisidor Molina de Medrano, teniendo á su derecha al beneficiado Juan de Ribera, á su izquierda el sacristán Barbillo, que tenía en las manos un papel en que se fijaban de una manera medrosa las miradas de los moriscos, y detrás de su silla, los clérigos de la iglesia, el guardián y los *padres graves* del convento de San Francisco, y por último, los familiares y alguaciles del Santo Oficio. Además, y para no perdonar intimidación ni aparato, á derecha é izquierda del presbiterio, en su primer escalón había dos soldados de la fe con las alabardas al hombro.

En el espacio que quedaba libre entre el presbiterio y el semicírculo demarcado por la primera fila de los moriscos, había algunas personas arrodilladas: eran estas personas, doña Isabel de Córdoba y de Válor, Aben-Aboo, su hijo, Angiolina Vizconti, Mariblanca, Tomás el Ansarí, y algunos otros cristianos viejos, alguaciles y oficiales castellanos, y moriscos ricos, conocidos por todo el mundo como convertidos de buena fe.

Todas estas personas que estaban arrodilladas, parecían buenas cristianas por su actitud recogida y tranquila, en contraposición de los moriscos que estaban de pié al fondo de la iglesia, y cuyos semblantes, no solo se mostraban disgustados, sino hostiles.

Angiolina Visconti por su parte, al ver ante sí al inquisidor Molina de Medrano, palideció y se cubrió instintivamente el semblante con el manto. Molina de Medrano había fijado en ella una mirada penetrante, y hasta cierto punto amenazadora: esto consistía,

en que Molina la había conocido el año anterior, en razón á las actuaciones del proceso fulminado por el Santo Oficio contra Yaye, y en razón á pasar Angiolina en la corte por esposa del príncipe Lorenzini Maffei, á quien se atribuía la herida que había entregado al emir de los monfíes al Santo Oficio. Angiolina había desaparecido de Madrid por el mismo tiempo de la fuga de Yaye, y esta circunstancia y la de encontrar á la princesa en las Alpujarras, llenaron de alegría la negra alma del inquisidor, que creyó haber encontrado un precioso hilo, que podía llevarle á una rehabilitación de la influencia del Santo Oficio que tan mal parada había quedado en el asunto de Yaye. Disimuló sin embargo Molina de Medrano, y Angiolina, comprendiendo que era peor mostrar miedo que afrontar con valor aquella situación, descubrió de nuevo el rostro, y acercándose á doña Isabel, le dijo con recato:

—Es necesario que no digáis que soy vuestra parienta, sino que he venido á parar á vuestra casa.

Doña Isabel miró con turbación á Angiolina.

—Molina de Medrano se apercibió de todo esto.

Después de algunos momentos en que el inquisidor estuvo contemplando con su mirada de buho á los moriscos que tenía ante sí, se levantó, y con voz tonante y acento enérgico y duro, les manifestó el objeto de su visita: que su majestad el católico rey de las Españas, y el Santo Tribunal de la Inquisición, estaban indignados contra ellos, por la tibieza de su fe, y por la tenacidad con que conservaban sus trages y sus malas y reprobadas costumbres, contra los mandamientos de su magestad; que el rey y la Inquisición le enviaban para poner remedio á todo aquello; que estaba decidido á obrar con un rigor saludable, y que iba á examinarlos en el acto de doctrina cristiana.

Después de esto, se volvió á maese Barbillo que continuaba con su papel en ristre, y le dijo:

—Id llamando á los vecinos, uno por uno, desde el más alto, hasta el más bajo, sin dejar nombre que en el padrón se encuentre, hasta los niños de siete años.

Maese Barbillo, se caló las antiparras, arrojó una mirada sobre el papel, y dijo:

—¡Doña Isabel de Córdoba y de Válor, viuda de Miguel López!

Levantóse doña Isabel de donde estaba arrodillada, y se acercó tranquila, pero pálida, al inquisidor.

—¿Sóis vos esa doña Isabel á quien ha llamado el sacristán? dijo Molina con voz áspera.

—Yo soy, contestó doña Isabel.

—¿Cuanto tiempo hace que os habéis bautizado?

—El tiempo que cuento de vida.

—¡Ah! ¿sóis cristiana desde la cuna?

—Lo es mi familia desde la conquista de Granada.

—¡Lástima que tan noble familia se olvide de sus obligaciones para con Dios y para con el rey! Vos debéis ser parienta de don Fernando de Válor.

—Soy su tia, hermana de su padre.

—¿Y sabéis que don Fernando de Válor anda huido?

—Sé que tuvo contestaciones con el cabildo de Granada, y que por resultas de ellas, ha desaparecido.

—¿Conocéis los misterios de la Religión Católica Apostólica Romana?

—¡Oh! si señor, y los adoro.

—¿Qué tenéis que decir de esta mujer? preguntó el inquisidor volviendo-

se con una ruda grosería al beneficiado.

—Esa señora, dijo Juan de Ribera, es un modelo de piedad, y de caridad cristiana.

—¿De modo que no hay necesidad de examinarla?

—Vuestra señoría puede hacerlo si gusta, y yo me alegraré mucho, porque conozca vuestra señoría á una excelente cristiana.

—Apartáos, pero no os vayáis de la iglesia, dijo Molina de Medrano.

Doña Isabel fué á sentarse en un escaño.

—Seguid, dijo el inquisidor á Barbillo.

—Diego Lopez Aben-Aboo, dijo el sacristáu; hijo de Miguel López, difunto, y de doña Isabel de Córdoba y de Válor.

—Adelantó Aben-Aboo.

—Soy cristiano desde que nací, como mi madre, dijo con impaciencia el jóven, sé la doctrina cristiana desde el principio hasta el fin, y soy bueno y leal vasallo de su magestad.

—Pero sois soberbio y poco respetuoso; nadie os ha preguntado.

—Preguntad cuanto queráis.

—¿Es cristiano como su madre este mozo? dijo el inquisidor volviéndose á Juan de Ribera.

—Oye misa y cumple con los preceptos de la Iglesia.

—¿Está instruido?

—Sí señor.

—¿Dá escándalos?

—No señor.

—¿Cumple con las pragmáticas de su magestad?

—Sí señor.

—¿Y respeta su justicia?

—Nunca ha sido preso ni aun reprendido.

—¡Sóis primo de don Fernando de Válor! le dijo con voz tonante el inquisidor.

—Su primo soy, contestó Aben-Aboo.

—¿Y sabéis donde para vuestro primo?

—Mi primo vive en Válor y yo en Cádiar. Apenas nos tratamos.

—Bien, retiráos, pero no os vayáis de la iglesia.

Aben-Aboo, fué á sentarse junto á su madre.

—Seguid, dijo el inquisidor á Barbillo.

—Doña Angélica, forastera, que vive en casa de doña Isabel de Córdoba y de Válor, su parienta.

Adelantó Angiolina, y posó una mirada tranquila y altiva en el inquisidor.

—¡Ah! ¡ah! hénos aquí otra vez frente á frente, señora princesa, dijo con sarcasmo Molina de Medrano: por cierto que no esperaba yo volver á ver á vuecencia tan lejos de la corte y entre tales parientes.

—Yo no tengo aquí ningún pariente, contestó con altivez Angiolina; aquí no hay ningún Visconti. Pero como soy viuda...

—¡Ah! ¿ha muerto el señor príncipe?

—Sí señor: mi salud requería el aire de las montañas, y lo repito, como soy viuda y jóven, al venir á parar casa de mi buena amiga doña Isabel, convinimos en que pasaría por su parienta.

—Es extraño que os hayáis venido á tomar los aires en una tierra por donde anda sin duda vuestra antigua amiga la duquesa de la Jarilla con su noble padre, y donde además se encuentra otro vuestro grande amigo, el señor marqués de la Guardia.

—Creo que no sean estas cosas para tratadas en un templo, dijo con altivez Angiolina.

—Tenéis razón, estos asuntos deben tratarse en otra parte; por lo mismo, tened la dignación de esperar,

señora, á que yo concluya la importante comisión que traigo. Seguid, añadió el inquisidor, mientras Angiolina se retiraba al escaño donde estaban sentados doña Isabel y Aben-Aboo.

—Mariblanca, morisca, que antes de convertirse se llamaba Alida, hija de Melik-el-Ferih.

Adelantó Mariblanca con su resplandeciente hermosura y su bello trage de montañesa alpujarreña.

—Mariblanca es mi ama desde que se bautizó, dijo el beneficiado, y cuando digo que es mi ama, añado que es buena cristiana y buena doncella, que de otro modo no tendría yo conmigo.

—¿Y cuánto tiempo hace que se bautizó esta... doncella?

—Hace diez años.

—¿Y qué edad tenéis, moza?

—Veinticinco años, señor.

—¿Es decir, exclamó severamente Molina de Medrano, que tomásteis por ama, una doncella morisca de quince años, garrida y hermosa?

—Estaba abandonada.... su padre la había abandonado.

—Debísteis evitar el tenerla en vuestra casa.

—Hícelo por caridad.

—Idos á vuestros quehaceres, muchacha, dijo el inquisidor, y procurad ser en lo sucesivo tan cristiana y tan honrada como lo habéis sido hasta ahora.

Mariblanca saludó al inquisidor, salió, y dijo al pasar, al capitán Diego de Herrera, que estaba en la puerta de la iglesia.

—Que no te olvides de que te espero esta noche, Diego.

—Esa muchacha está loca por mí, dijo el capitán acariciándose el bigote.

Entre tanto, Barbillo había llamado á Tomás el Ansari, morisco bautizado.

Adelantó humildemente el anciano.

Examinóle minuciosamente Molina de Medrano, pidió informes de él al beneficiado, y cuando estuvo convencido de su cristiandad y buenas costumbres, le pidió por su familia.

—Estoy solo en el mundo, señor, contestó el xeque; mi esposa murió, mis hijos han muerto, y dos nietos pequeñuelos que me quedaban, han sido llevados á Castilla para criarlos en los hospicios del rey.

—Su magestad quiere que todos sus vasallos sean buenos católicos, y ha mirado por el alma de vuestros nietos.

—Dios se lo pague á su magestad, señor, contestó el Ansari.

Y se retiró.

—¡Malicatulzarah! (1) dijo el sacristán.

Adelantó una hermosísima mujer, muy jóven, como de veinte años, vestida con el trage morisco, y llevando de la mano un niño como de ocho años y una niña como de siete, igualmente vestidos á la morisca.

—¿Cómo os atreveis á presentaros así en la iglesia, y delante de mí? dijo el inquisidor á la pobre jóven que temblaba.

—¡Ah, señor! somos pobres y no tenemos dinero para comprar vestidos castellanos.

—¿Que sois pobres, y vestís sayas de lana fina, y gastais cadena de oro y arracadas de plata?

—Estas joyuelas eran de mi madre y las conservo por su amor.

—¿Y esos niños?

—Son hijos mios.

—¡Vuestros hijos!

—Sí señor, soy casada.

—¡Casada! ¿pero qué edad teneis?

—Veinte años.

—¿Y esos hijos, son de vuestro esposo?

(1) *Malicatu-l'-Zarah*, reina de las flores.

—¡Oh! ¡sí señor!

—¿Pero á qué edad se casan estas gentes? exclamó escandalizado el inquisidor.

—Las castellanas pueden casarse á los doce años, señor, observó la morisca.

Irritóse el inquisidor.

—Hablad cuando os pregunten, le dijo.

La morisca bajó los ojos y calló.

—¿Vive vuestro marido?

—Sí señor: todo el mundo le conoce en la villa, es tejedor de sedas.

—¿Y por qué no ha venido á la iglesia?

—Está gravemente enfermo, dijo maese Barbillo, y por eso no le habia nombrado.

—Que vayan al momento por él cuatro alguaciles del Santo Oficio, y uno de la villa que los guíe.

—¿Pero no ois, señor, que mi pobre Adel está enfermo de peligro?

Irritóse más con esta réplica Molina de Medrauo, y gritó lleno de cólera, sin tener en cuenta el sagrado lugar en que se encontraba:

—Los enfermos y los sanos, los altos y los bajos, todos vendrán aquí: es necesario limpiar los dominios del rey de la mala yerba, y si los muertos pudieran oir y contestar, á los muertos sacaria yo de la tumba, cuanto más á los enfermos de sus lechos. Dios y el rey lo mandan.

—Pero si mi Adel muere, ni vuestro Dios ni vuestro rey me le volverán, exclamó desesperada Malicatulzarah

—Id ministros, id, exclamó en el colmo de su cólera el inquisidor; traedme acá ese descreido. Y tú, tú la de *vuestro Dios y vuestro rey*, como si no fuesen también tu Dios y tu señor, mira cómo me contestas, porque si no te encuentro instruida en los misterios de nuestra santa religión, si no te retractas de tus blasfemias, me apodero de tí en nombre del Santo Tribunal de la Inquisición.

La jóven no temblaba: tenía fija una mirada lúcida, altiva, terrible, en Molina de Medrano, que en vano quería dominarla con su mírada de lobo hambriento.

Empecemos por tus hijos: si eres buena cristiana les habrás enseñado á rezar: dí el Padre Nuestro, muchacho.

—No lo sé, contestó el niño, estrechándose contra el zagalejo de su madre.

—¡Ah! ¡no sabes el Padre Nuestro! ¡no sabrás tampoco cuáles son las personas de la Santísima Trinidad!

—¡Le ille Allah! contestó el niño en árabe con voz sonora.

—¿Qué quiere decir este muchacho? exclamó el inquisidor.

—¡No hay otro Dios, que Dios el Altísimo y Unico y Mahoma su profeta! dijo una voz débil desde el centro de la multitud, pero que apesar de su debilidad, resonó clara y distinta en el templo.

Molina de Medrano se puso de pié y gritó:

—¿Quién es el blasfemo...?

—Has preguntado lo que ha querido decir mi hijo, contestó adelantando apoyado en un viejo, un hombre como de treinta años, demacrado, pálido, vacilante, y á todas luces gravemente enfermo: al verle Malicatulzarah corrió á él, seguida de sus hijos, y ayudó al anciano á llevar al jóven hasta el presbiterio.

Era toda una familia que se presentaba ante la Inquisición: el abuelo decrépito, el hijo enfermo, la mujer hermosa y desesperada, y los hijos pequeñuelos, asombrados y temblando por lo que veian.

—Tus alguaciles han ido á buscarme, dijo, pero yo estaba allí entre mis hermanos: yo esperaba que fueses un hombre de caridad, pero eres un

lobo, y vengo á que me despedaces con los mios, antes que el miedo haga renegar á mi esposa del Dios de nuestros abuelos.

—Es decir que te confiesas moro.

—Moro soy y moros son los mios, y moros moriremos confesando al Dios Altísimo y Unico.

—¿Están bautizados? dijo el inquisidor con una intención de hiena dirigiéndose al beneficiado.

—Si señor, bautizados están, pero siempre han sido flojos cristianos, contestó todo trémulo el beneficiado.

—Nunca hemos sido cristianos, ni lo son los que tienes delante: ninguno... ninguno ha dejado de ser moro: hemos doblado la frente de miedo, hemos mentido y Dios nos castiga, pero ha llegado la hora; ó nosotros ó vosotros.

—Morireis como mueren los herejes contumaces, gritó Molina de Medrano. Llevaos ese hombre, esa mujer y ese viejo, y encerradlos en la cárcel.

—¡Y mis hijos! exclamó con un grito indefinible Malicatulzarah, viendo que los alguaciles la arrebataban sus pequeñuelos.

—Quien no es cristiano no tiene hijos, gritó Molina de Medrano: estos niños son hijos del rey.

Malicatulzarah palideció; un destello terrible, un destello de sangre lució en sus ojos, y antes de que nadie pudiera evitarlo, se avalanzó al inquisidor y le estrechó el cuello con entrambas manos.

Era la leona que defendía sus cachorros.

Pero instantáneamente la infeliz lanzó un grito agudisimo, soltó el cuello de Medrano y cayó de espaldas exclamando:

—¡Vengadme, hermanos, vengadme!

Uno de los soldados de la fé la había herido con su alabarda en el costado izquierdo en el momento en que se arrojó sobre el inquisidor.

La sangre corría sobre el pavimento: una exclamación de horror había salido de todas las bocas: Adel arrojado sobre su esposa lloraba á gritos: lloraban los niños, el viejo levantaba las manos y los ojos al cielo en un ademán de blasfemia, y aterrados los moriscos, temiendo que la maldición de Dios cayese sobre aquel lugar de sangre, se precipitaron por la puerta de la iglesia.

Solo quedaron allí Aben-Aboo, que miraba de una manera letal al inquisidor, doña Isabel y Angiolina, pálidas como la muerte, Tomás el Ansari impasible. Barbillo atortolado, el beneficiado confuso, los soldados feroces, y Molina de Medrano mirando fascinado á aquel hombre y aquellos niños que se retorcían sobre el cadáver de su esposa y de su madre, y el viejo morisco detrás de este grupo, pidiendo justicia al cielo por la sangre que corria á sus piés.

—Lleváos esa gente... lleváosla, exclamó Medrano, el templo está impuro, y es necesario purificarle: no podemos permanecer aquí.

Y Molina de Medrano, como si hubiera sentido miedo de permanecer en aquel sitio, salió.

Doña Isabel corrió á aquella pobre familia, pero Aben-Aboo y el Ansari se interpusieron.

—Nada podemos hacer por ellos, dijo el Ansari: idos á vuestra casa señoras: idos, y procurad olvidar lo que habéis visto.

Doña Isabel salió llorando seguida de Angiolina que iba profundamente preocupada.

El Ansari y Aben-Aboo las seguian.

—¡Oh! ¡y cuánto tarda la noche! dijo el Ansari.

—¡Juro á Dios beber la sangre de

ese clérigo! dijo con la voz ronca y trémula Aben-Aboo.

CAPÍTULO XX.

De cómo fué el casamiento del marqués de la Guardia.

Hacía tres días que el marqués de la Guardia, se impacientaba á causa de la situación en que se veía colocado.

Veamos en la situación en que se encontraba el marqués.

Esta se reducía á estar encerrado en una casa desconocida para él, no ver á otra persona viviente que á su criado Peralvillo que le servía, y á un esclavo negro que le procuraba alimentos.

La casa en que se encontraba el marqués estaba construida á la morisca, bellamente amueblada, y con cuantas comodidades se conocían en aquellos tiempos.

En esta casa ocupaba el marqués un recibimiento, una cámara y un retrete con alcoba y mirador á un jardin.

En este retrete había además una chimenea siempre provista de fuego.

El jardín, que se veía desde el mirador, era muy bello, ó debía serlo cuando sus árboles estuviesen verdes y no despojados como entonces por el invierno, y cuando la nieve y la escarcha no cubriesen su cesped.

Sobre las tapias, que estaban revestidas por espalderas de jazmines silvestres, solo se veía á lo lejos la cumbre de una montaña distante, y sobre aquella cumbre una atalaya.

Más allá se veía una estrecha línea azul oscura.

Era el horizonte del Mediterráneo.

Tres días antes, esto es, el martes siguiente al domingo en que bebió en casa del Hardon el vino aquel que le adormeció, despertó don Juan con la cabeza un tanto pesada, y vió con admiración suya á su lado á Peralvillo, que tenía los ojos hinchados como de haber dormido mucho.

—¿Qué es esto, Peralvillo? dijo don Juan incorporándose en el lecho en que se encontraba vestido: ¿nos hemos mudado?

—Sin duda, señor: dijo restregándose los ojos Peralvillo, que tenía todas las trazas de un lacayo de capa y espada de aquellos tiempos: pero yo no conozco al dueño, ni sé cuanto pagamos por la casa.

—¿Pero dónde estamos?

—Eso mismo pregunto yo, señor: ¿dónde diablos nos han traido?

—¡Cómo traido! pues qué, ¿no hemos venido nosotros?

—Indudablemente, puesto que estamos aquí, hemos venido, pero no por nuestro pié: cuando haya pasado algún tiempo y recordéis como yo....

—¿Y qué has recordado?

—Por mi parte recuerdo que yendo por la calle de Elvira á punto de oscurecer un domingo, me he encontrado á un sargento amigo mio.—¿A dónde váis, señor Peralvillo? me ha dicho.—Voy á entretener el ocio por esas calles, le he contestado.—Lo mismo ando yo, me ha dicho...

—¿Pero qué tiene que ver el sargento y tu conversación con él, con lo que nos sucede? dijo impaciente el marqués.

—Y tanto como tiene: figuráos que el sargento me convida á ir á la taberna, para dar tiempo á que volviesen del jubileo dos beatas amigas suyas.

—¡Ah! ¡te llevó á una taberna!

—Si señor, comimos, bebimos.... yo noté que el vino tenía cierto sabor... y después no noté nada... porque me dormí.

—¡Como yo! dijo el marqués.

—Pues ved ahí que no entiendo

para qué diablos hayan de habernos aletargado.

—Pero en fin, ¿hace mucho tiempo que has despertado tu?

—Hará una hora: halléme en un colchón á los pies de otra cama más alta: primero nada recordé; después fuí recordando; me levanté y os ví en la cama dormido: os moví para despertaros, pero ¡bah! estábais como un tronco: llamé... y como si hubiéramos estado en un desierto: examiné nuestro alojamiento, que solo tiene cuatro piezas, aunque muy ricas, eso sí, y hallé sobre una mesa una carta cerrada con sobrescrito para vos.

—¡Una carta! exclamó el marqués: ¡dame, dame!

Peralvillo salió y entró de nuevo en la alcoba con la carta.

El marqués rompió la nema, abrió la carta y Peralvillo, que observaba el semblante de su amo para ver el efecto que en él producía la carta, le vió palidecer, temblar, levantarse luego trasportado de alegría y exclamar:

—¡Es de ella, de ella!

—¿Pero quién es ella, señor, quién es ella? ¿acaso el duende negro de la calle de San Miguel que nos trae de cabeza?

—Ya sabes que no quiero que se me pregunte, Peralvillo, contestó el marqués.

—Es verdad, señor, pero la situación en que nos encontramos....

El marqués no contestó: se había acercado á una vidriera y estaba absorto en la lectura de la carta.

Peralvillo se calló, y se puso á pasear por la cámara con las manos atrás.

He aquí lo que el marqués leía:

«Don Juan de mi corazón: al fin mi padre se compadece de nosotros; al fin consiente en que sea tu esposa. Para que nos unamos, mi padre te ha robado de Granada, valiéndose del medio de aletargarte: yo te escribí para que fueras á la taberna donde has sido aletargado. Nada te importe donde estás. Nada te importe que pasen algunos días antes de que me veas. Nada te faltará. Tu criado estará contigo para servirte. Un esclavo de mi padre te proveerá de cuanto quieras; pero nada preguntes á ese esclavo, porque nada te contestará. Quien tanto confía en tí que ya se llama tu esposa—Esperanza de Cárdenas.»

Luego por bajo se leía:

«Nuestra hija sabe ya dar besos, y te se parece tanto, que aunque quisiera olvidarte no podría.»

El marqués leyó diez veces esta carta, la guardó y volvió á sacarla otras tantas, y al fin cuando ya Peralvillo se había sentado cansado de dar paseos, el jóven se dirigió á él.

Tengo apetito, le dijo, y almorzaría de buena gana.

—Y yo también, señor. Pero en esta casa no he visto la cocina.

—No importa, llama.

—Es que ya he llamado, y nadie me ha respondido. Mucho será que el duende negro no nos haya encantado, señor.

El marqués aplicó un puntapié á Peralvillo.

Miróle este dolorosamente y salió de la cámara, se dirigió á la puerta de la antecámara y dijo:

—¡Ah de casa! Mi señor, que es un señor muy impaciente, y que trata de una manera dolorosa á sus criados cuando tiene hambre, pide de almorzar.

Oyéronse pasos tras de la puerta, luego una llave en la cerradura de ésta, abrióse y apareció un negro atlético, que hizo retroceder dos pasos á Peralvillo.

—Se va á servir al momento al señor, dijo el negro en buen castellano, y desapareció volviendo á cerrar la puerta.

—Paréceme, señor, que estamos metidos en una mala aventura, dijo Peralvillo: no me gusta nada ese tizón de dos piés que acaba de hablarnos.

—Tienes el defecto de ser el hablador más incorregible del mundo, Peralvillo, dijo el marqués que preocupado con su pensamiento, quería quedarse á solas con él, y devorar su alegría.

Peralvillo comprendió la situación en que se encontraba su amo y se calló.

Poco después acudió á la puerta de la antecámara donde había sonado la llave, y vió que el negro entraba trayendo por sí solo una enorme mesa cubierta y servida.

—Os ayudaré amigo mio, dijo Peralvillo que deseaba á todo trance hacerse un conocimiento.

—No hay necesidad, dijo el negro, entrando con la mesa en la cámara.

Peralvillo quiso aprovechar la entrada del negro para ver lo que se ocultaba tras la puerta de la antecámara, que había quedado abierta, pero al encaminarse á ella se cerró.

—Vamos, dijo Peralvillo volviéndose: cartas que no se sabe quien las ha traido; negros que sirven sin permitir que nadie les ayude; puertas que se cierran por sí mismas: decididamente estamos encantados.

Cuando entró en la cámara, el marqués, que siguiendo las instrucciones que le daba en la carta Amina, no había dicho al esclavo una sola palabra, se sentaba á la mesa.

—Ponme vino, y trínchame esas perdices, Peralvillo, dijo el marqués.

Peralvillo se quitó los puños, se levantó las bocamangas, y se puso á trinchar las perdices.

—Y están asadas con aceite, y soberbiamente asadas, dijo: ¿sóis vos el cocinero, amigo? añadió volviéndose al negro.

Este hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pues podías servir en las cocinas de su magestad, á quien por noticias de un galopín á quien yo conocía, sé que gustan mucho las perdices asadas con aceite.

Una mirada del marqués hizo callar á Peralvillo, que puso delante de su amo la fuente de plata con las perdices trinchadas, y le sirvió vino en una enorme copa de oro.

Después, y no atreviéndose á hablar por temor al marqués, se puso á contemplar el servicio.

—¡Cáspita! dijo para sí: del ramillete de su magestad no saldría una mesa mejor servida: todo esto es regio: ¿y de dónde diablos has sacado esas flores? decididamente estamos encantados y encantados por duendes reales.

—Otro plato, Peralvillo, dijo el marqués.

—¿Qué queréis? ¿carne, cecina ó pescado?

—Dame de ese salmón.

Sirvió Peralvillo.

Poco después el marqués se levantó de la mesa.

—Yo os aconsejaría señor, que comiéseis de estos mariscos, de estas ensaladas y de estas confituras.

—Come de lo que quieras como si estuviese empezado, Peralvillo, dijo el marqués conociendo la intención de su lacayo; come y déjame en paz.

—¿Pero dónde he de comer, señor?

—En esa mesa.

—Pero...

—No hay otra.

El negro adelantó y se acercó á Peralvillo.

—Fuera tenéis vos mesa servida.

—¡Ah! exclamó Peralvillo extremeciéndose, porque esperaba encontrar fuera una olla podrida y un gigote, cuando ya se había consentido

á gozar del excelente almuerzo del marqués.

Salió, pero en la pequeña mesa que encontró en la antecámara, solo vió un cubierto de plata, una copa de vidrio y algunos platos.

—¡Pero y la comida! exclamó pálido Peralvillo.

—Tomad de aquí lo que queráis, dijo el esclavo con cierto acento de superioridad.

Volvió la cabeza Peralvillo y encontró tras sí al negro que había traido consigo la mesa del marqués.

—¡Ah! esto es distinto, dijo: mi amo está desganado pero yo no lo estoy... estas perdices, después esas ostras, luego aquella ensalada de truchas, después unas confituras y dos botellas de vino: perfectamente. Hemos concluido, camarada.

—Cuando vuestro señor necesite algo llamad, dijo el negro.

—Se llamará, amigo.

—Y en cuanto á vos no seáis curioso, porque os pudiera pesar.

—Y decidme, ¿durará mucho este encierro? dijo Peralvillo con la boca llena.

—No lo sé.

—Y mientras estemos aquí, ¿comeremos del mismo modo?

—Probablemente.

—¿Y cuáles son las horas de comer en esta casa?

—Las que vuestro señor quiera.

—Bien, ¿pero y si mi señor no tiene ganas de comer?...

—Pedid vos.

—Y si...

—Sóis el lacayo más hablador del mundo.

—Lo que no quita para que seamos buenos amigos.

—Yo no os conozco.

—Pues conozcámonos. ¿Hay doncellas en esta casa? no me pesaría conocer á las doncellas.

—Quedad con Dios, dijo el esclavo abriendo la puerta.

—Vaya con Dios vuesamerced, contestó empinándose una botella Peralvillo.

. . . . . .

Sin ningún nuevo accidente, comiendo cuando querían, durmiendo por entretenimiento, y fastidiándose más de lo qne hubieran querido, pasaron amo y criado, desde el anochecer del martes veintiuno de Diciembre, hasta el medio día del viernes veinticuatro.

A punto que el sol señalaba el medio día natural en un cuadrante situado en el mirador que daba sobre el jardín, apareció de improviso en la cámara el esclavo negro, y presentó al marqués inclinándose profundamente, una carta en una bandeja de oro.

Tomó el marqués la carta, la abrió, y vió con suma sorpresa que era de su tio don César de Arévalo, de quien hacía mucho tiempo que no tenía noticias.

La carta era brevísima.

«Mi amado sobrino, decía: os estoy esperando con suma impaciencia; tengo muchas cosas que deciros, y una grave comisión que desempeñar con vos. Seguid al dador de esta y me veréis.—Vuestro tio.—Don César de Arévalo.»

—En esta carta me dicen que os siga, dijo el marqués al esclavo.

—Y yo tengo órden de guiar al señor á donde le esperan, contestó el esclavo.

—¿Es decir que salimos de nuestro encierro? dijo Peralvillo.

—Vos no, repuso el esclavo, y salió precediendo al marqués, después de lo cual cerró la puerta.

Peralvillo se quedó durante algún tiempo mirando aquella puerta con desesperación, y luego se entró en la cámara, tomó de un rincón, donde so-

lía ocultarlas, una botella, se la empinó, y después fué á tenderse de una manera heróica en la cama de su amo.

Este entre tanto, guiado por el esclavo, había llegado á otra cámara á cuya puerta le salió al encuentro un hombre que se arrojó entre sus brazos.

Era su tio.

Después de los primeros apretones, el marqués dijo á don César:

—¿Qué significa esto?

—¡Cómo! ¿no sabéis lo que esto significa?

—No por cierto, mi buen tio, porque esperaba no volveros á ver tan pronto.

—Creo que te casas.

—Eso sospecho.

—¡Cómo! ¿pues no lo sabes de cierto?

—Hace tres días que he tenido el primer indicio.

—¿Indicio no más?

—Nada más, tio.

—Pues te casas de veras, sobrino: digo, á no ser que no quieras casarte, en lo que harías ciertamente muy mal.

—Si es con doña Esperanza de Cárdenas, me caso.

—¿Pues con quién había de ser, sino con su excelencia la hermosa duquesa de la Jarilla?

—Ved tio, que el rey confiscó ese título.

—Sí, pero le ha devuelto á la duquesa.

—¿Pero y el proceso contra su padre?

—El emir de los monfíes es una cosa, y su hija la duquesa de la Jarilla, es otra. ¿Qué culpa tiene la duquesa, de que su padre sea enemigo del rey, y le haya provocado y se le haya ido de entre las manos?

—Sí; pero ya sabéis que en el mundo en que vivimos pagan justos por pecadores: y al menos el título y la grandeza del duque....

—Es que el padre de doña Esperanza era duque viudo; que tu presunta esposa estaba en posesión de su título y de su grandeza: que se han hecho muchas informaciones y muchas probanzas, se ha gastado mucho dinero, y el Consejo de su Magestad, ha declarado: primero: que doña Esperanza de Cárdenas, es descendiente legítima de los duques de la Jarilla; segundo: que es cristiana desde su nacimiento, y muy piadosa, y muy honrada, y muy pura; tercero: que si bien su padre es rebelde y moro y traidor al rey, su hija no le ha ayudado en sus conspiraciones, ni ha alentado los amores del difunto príncipe don Carlos, á quien continuamente ha rechazado; cuarto: que por lo mismo no puede imponérsele pena alguna, debiéndosela, por lo tanto, restituir sus bienes y preeminencias como grande de España, exigiéndola, sin embargo, juramento de fidelidad al rey. Por último, y en atención á las rebeldías de su padre, se la ha declarado mayor de edad, librándola de toda tutela; se la ha puesto en posesión de su título, su grandeza y sus bienes, y se la ha concedido licencia para casarse... con mi amado sobrino, el señor marqués de la Guardia, capitán de infantería de los ejércitos de su magestad, y el mayor loco, que después de mí he conocido ni espero conocer.

—Pero tío, esas noticias son tales, que no debéis ofenderos si dudo de que os encontréis en completo uso de razón.

—Carta canta, dijo don César, yendo á una maleta que estaba sobre la mesa, y sacando de ella un promontorio de papeles: y á los desconfiados como vos, no hay cosa como darles con la prueba en las narices.

Y desatando el legajo, sacó de él

un pliego de papel sellado, moreno, granugiento, escrito con letra gorda, y autorizado al fin, por la firma de tres escribanos de cámara, y el sello de la chancillería de Valladolid.

Devoró el marqués el contenido de aquel pliego: era la restitución hecha por el rey á la excelentísima duquesa de la Jarilla, grande de España, de su título y grandeza, y todos sus bienes que le habían sido confiscados.

—¿Y ahora crees, sobrino? dijo don César.

—Creo tio; pero me parece que sueño.

—Lee este otro documento, añadió don César, dando al marqués un segundo pliego, autorizado del mismo modo que el primero.

El rey declaraba en él mayor de edad, á la duquesa de la Jarilla, y aprobaba su casamiento con el marqués de la Guardia, indultando á entrambos de la pena en que habían incurrido por haberse casado sin su licencia en la villa de Yátor en las Alpujarras, el día 30 de Diciembre de 1567.

—Pero tio, dijo el marqués con asombro, aquí se me da por casado desde hace más de un año, y vos solo me habéis dicho que se me concedía licencia para casarnos.

—Tanto da: yo decía que te se daba licencia, porque me consta que no te has casado: pero cuando hay mucho dinero para hacer probanzas falsas...

—¿Pero quien ha andado en eso...? el emir no puede haber sido, porque hace más de un año que vive de incógnito fuera de la corte.

—¡Ah! en eso hemos andado el abuelo de la duquesa y yo.

—¡El abuelo de la duquesa! ¡pues no le conozco!

—¡Cómo! ¿no conoces al abuelo materno de la duquesa, rey del desierto de Méjico, cristiano, vasallo de su magestad, y el hombre más rico de España?

—Pues no le conozco, tio.

—Bien puede ser: á los enamorados, generalmente les basta con conocer á la mujer que les enamora. Pero eso no quita, que á los muchos y buenos doblones del mejicano se deba el buen resultado de vuestro negocio: porque desengáñate, sobrino: aunque el rey es demasiado caballero, y altivo, y celoso de su autoridad para doblegarse por todo el oro del mundo, sus consejeros, los que andan á su lado, no piensan del mismo modo: título de Castilla del consejo de su majestad, ha habido, que ha desempeñado sus rentas con lo que le ha producido este negocio, y oidor que por la primera se ha visto dueño de una razonable cantidad de oro. Y lo que es más extraño; la Inquisición, la tremenda Inquisición, ha cedido por la gracia del dinero.

—¿Pero qué tenía que ver la Inquisición...?

—¡Ahí es nada! La Inquisición, que había preso al emir de los monfíes, á quien no pudo quemar, por la sencilla razón de que el emir se le fué como una anguila de entre las manos, le ha seguido *la vareta,* como dicen los curiales, le ha sentenciado en rebeldía, le ha quemado en estatua ha declarado infames á sus hijos hasta la cuarta generación, y les ha sentenciado á llevar de por vida, el sambenito; porque la Inquisición como sabes muy bien...

—Sí, lleva su castigo á los hijos y á los nietos de los que sentencia.

—Pues para que la Inquisición quite el sambenito á tu esposa, y la declare buena y limpia cristiana, ha sido necesario empezar por regalar una vajilla de oro y más de diez alhajas riquísimas al inquisidor gene-

ral don Fernando Valdés, que estaba terriblemente irritado, y con razón, contra los monfíes. Como que hicieron con su venerable persona una heregía, y le causaron del susto una enfermedad que puso al pobre señor muy al cabo. Además, fué necesario deslumbrar á los inquisidores de la Suprema..... todo esto invirtiendo un tesoro.

—¡Oh! ¡y cuántos sacrificios!

—De que tú eres la causa, sobrino, y por los que debes amar mucho á tu mujer.

—Pero tío, si yo la adoro.

—¡Milagro!

—Un milagro causado por la hermosura y por el alma de Esperanza. ¡Ah! os juro, tío, que no merezco tanta felicidad. Y sin embargo, esa felicidad será amargada.

—¡Amargada! ¿y por qué?

—Yo quisiera que mi Esperanza fuera pobre, muy pobre, y de una humilde cuna.

—¡Bah! sobrino, tú estás loco: como parece mejor una bellísima rosa, ¿á la luz de la luna, ó á los rayos del sol? ¿en un tiesto miserable, ó en un magnífico jarrón de oro?

—Sí, pero podrá creer que me caso.....

—¡Por interés! ¡bah! tus rentas son considerables, sobrino.

—¡Mis rentas! ¡si están empeñadas hasta el cuello, según me digísteis vos hace más de un año en una carta dentro de la cual me enviásteis la provisión de la compañía que yo mando.

—Es mucha verdad: pero también lo es, que los usureros que cobraban tus rentas, me vinieron á ver uno tras otro, me dieron muchas y rendidas gracias por haberles pagado....

—¿Pero les pagásteis vos?

—¡Yo! ¿de dónde ni cómo? Los sacos y las buenas presas, han andado por el cielo en el poco tiempo que he estado en los Países Bajos, y aunque hubiéramos entrado en Gante, á saco mano, no hubiera tenido con mi parte ni la centésima de la cantidad que se necesitaba para el tal desempeño.

—¿Con que es decir...?

—Que las escrituras de todas tus haciendas están allí desempeñadas.

El marqués que era noble, generoso y altivo, alzó los ojos al cielo y suspiró con impaciencia y pena.

—¡Cómo ha de ser! dijo: ella es primero.

—Y aún hay más. Tu esposa, á más de sus riquezas propias, que son inmensas, trae su dote; un tesoro por parte de su padre, y otro por parte de su abuelo, en buenos doblones de oro y alhajas.

Tornó á lanzar su mirada de blasfemia al cielo don Juan.

—¡Tú estás loco, sobrino! le dijo don César: cuando una mujer que tanto vale se casa contigo...

—Se casa tal vez por cubrir su honor... y yo necesito su alma, su alma entera.

—Bien, muy bien: pero eso pasará y quedará lo positivo: esto es, la inmensa cantidad contante y sonante del dote de tu mujer, las rentas de su título que ya son enormes, y que juntas con las del tuyo, llegan á ser maravillosas. Dentro de un año me lo dirás si es que vuelvo por España.

—¡Pues qué, os vais!

—Sin duda debo parecer peligroso á los que te casan, cuando me apartan de tu lado.

—¡Pero cómo!

—Soy oidor de la Real Audiencia del Perú, dijo con hueca gravedad don César.

—¿Y eso...?

—También me lo han procurado los que te casan con tu mujer.

—¡Ah! ¡ah!

—Tengo órden además de llevarme á tu lacayo Peralvillo.

—Lleváoslo en buen hora, cada día se va haciendo más hablador.

—Ahora bien, y sin saber cómo, hé aquí que he terminado mi comisión.

—¿Pero qué comisión era esa?

—Darte parte de lo que sucedía, entregarte tus bienes que ahí están con tu ejecutoria en esas escrituras, preparándote, en fin, para que nada de esto tuviese que decirte el padre de tu mujer.

—¡Cómo! ¿está aquí el emir de los monfíes?

—Sí.

—¿Pero en dónde estamos?

—Ni más ni menos que en el riñón de las Alpujarras, cerca de la villa de Yátor, en una heredad del señor don Alonso de Fuensalida.

—¡Ah! ¡el emir continúa disfrazado!

—Sí, pero aunque el padre de tu mujer está encubierto, es necesario evitar que te presentes á él con ese traje de ronda. Ahí en mi maleta traigo un rico vestido de terciopelo, y un collar de Santiago: con que manos á la obra: voy á servirte de ayuda de cámara: ¿y qué mucho? casi casi, eres una especie de rey.

—¡Rey! murmuró el marqués mientras su tío le desnudaba, recordando la frase que en otra ocasión le dijo Yaye: «si habeis de casaros con mi hija todo se reducirá á haceros rey.»

—¿En qué piensas sobrino? dijo don César, encajándole al mismo tiempo una camisa de Cambray.

—Pienso en que el padre de doña Esperanza ha cambiado mucho de inenciones.

—¡Porque te dá su hija!

—Sí.

—¡Bah! ama á su hija, y las mujeres son capaces... estírate más las calzas, sobrino, y mira qué grana... es de la más rica: el jubón... sencillo... pero los herretes de diamantes valen un mundo: vamos, la daga, la espada y la gorra. El padre de tu mujer te espera, y como es un gran personaje, moro ó cristiano, lo que importa poco, no debe impacientársele; maldita arruga: suéltate el segundo herrete, sobrino: vamos, ya está bien: ¡hola!

Apareció el esclavo negro.

—Id, y decir á vuestro señor, le dijo don César, que dentro de un momento va á tener la honra de saludarle el señor marqués de la Guardia.

El esclavo salió, y tras él, don César y el marqués: atravesaron algunas habitaciones y se detuvieron en una antecámara, donde les indicó el esclavo que se detuviesen; poco después, el esclavo que había salido, volvió y dijo:

—Mi noble señor, espera al señor marqués de la Guardia.

—Hasta luego, sobrino, dijo don César, estrechando fuertemente la mano del marqués.

—¡Ah! no sé lo que me sucede tio, dijo don Juan, y entró por la puerta cuyo tapiz tenia levantado el esclavo.

Encontróse en una cámara magnífica. En ella con el mismo traje con que se habia presentado aquella mañana al beneficiado de Cádiar, se paseaba Yaye profundamente pensativo.

Al sentir los pasos del marqués, se detuvo, se volvió á él, y le miró con una grave benevolencia.

—¡Ah! sois vos, dijo: bien venido seais.

—¡Ah señor! dijo el marqués: disimulad mi turbación porque...

—Sentáos, marqués, dijo Yaye con una perfecta y fácil cortesanía: sentáos, y hablemos un momento.

Sentáronse en un estrado, y Yaye asió las manos del jóven,

—¿Queréis ser mi hijo ahora, como lo queríais ser en otro tiempo.

—No puedo vivir sin ella, dijo con la voz apagada y trémula el marqués.

—Ni ella puede vivir sin vos. El Altísimo lo quiere, y no merecería yo su ayuda si no cumpliese con placer su voluntad. Pero, prescindiendo de todas las dificultades que se oponían á este casamiento, y que ya están vencidas, hay enmedio de nosotros un terrible secreto.

Don Juan comprendió que Yaye se refería á la muerte de su padre, y bajó los ojos.

—A pesar de ese terrible secreto, señor, comprendo que debísteis tener poderosas razones para obrar de la funesta manera que obrásteis y... no hablemos más de ello... yo no puedo aborreceros; no puedo..... no..... sois padre de Esperanza..... ¡que me perdone Dios...!

—Tuve razón; pero decís bien..... olvidemos..... vos por Esperanza..... yo... ¡cómo no he de amaros yo si sois la vida de mi hija!

Yaye se enjugó una lágrima.

—Pero hablemos de otros asuntos. Ha llegado para mí un momento supremo: el momento de la guerra contra España.

—Pero ¿por qué no os reducís á la obediencia del rey...?

—No hablemos de eso..... Felipe y yo somos enemigos á muerte. Por lo mismo no debemos fiar en la devolución de sus títulos y de su rango á mi hija. Felipe es un lobo: le debo un hijo, y temo que si ha accedido al dictámen del Consejo, haciendo justicia á nuestra Esperanza, es solo para tenderla un lazo, para apoderarse de ella, para cobrarse del hijo que le he muerto. No, no debeis permanecer en España. En las aguas de Motril os espera un bergantin fletado por mí que os llevará á Venecia, á Francia, á cualquier Estado de Europa. No entreis en los dominios del rey de España mientras don Felipe viva.

—¡Pero separar de vos á vuestra hija...!

—Dios lo quiere. Dejadme, dejadme luchar con mi destino, que es terrible; yo no puedo exponer á mi hija. No quiero tampoco perderos. Permaneciendo aquí, ó tendríais que haceros monfí y lidiar contra España, ó servir á Felipe y volver las armas contra el pecho de vuestra esposa y de vuestra hija. No, no; váis á casaros, y después... vuestra compañía está en Yátor; entregadla al teniente Velorado y tomad testimonio de ello, para que el rey no pueda llamaros nunca desertor; ya tenéis su licencia para dejar la compañia: después, escoltado por mis monfíes iréis á Motril donde os embarcaréis, vos, mi hija y mi nieta: con vos irá para serviros el más noble, el más bravo, el más fiel de mis walíes: el noble Harum-el-Geniz, y permanecerá con vosotros si así lo queréis. Ha visto nacer á Esperanza y la ama casi tanto como yo.

—Será lo que querais, señor, dijo el marqués que estaba aturdido.

—Bien, puesto que estamos enteramente de acuerdo, id, abrid aquella puerta, atravesad un corredor y encontrareis á vuestra esposa y á vuestra hija.

Zumbaron los oidos al marqués, se nublaron sus ojos, se levantó como un ébrio; y dominado por su emoción, y sin decir una sola palabra á Yaye, corrió á la puerta que éste le había indicado.

Poco despues se oyeron dos gritos de suprema alegría, uno como de hombre, otro de mujer; besos y sollozos.

—¡Oh! era preciso, dijo el emir: Amina no puede amar ni ser amada de otro modo.

Y siguió paseándose á lo largo de la cámara.

CAPITULO XVIII.

Continuación del anterior.

Anunciaron á Yaye que acababan de llegar á la heredad el beneficiado y el sacristán de Cádiar.

Yaye mandó introducir al momento á Juan de Ribera.

—¡Oh, qué dia! ¡qué dia tan aciago, exclamó el beneficiado apenas vió á Yaye.

—¿Pues qué sucede? contesto el emir.

—Sucede... vamos... no sé cómo he podido escapar para cumpliros mi promesa... sucede que el Santo Oficio ha venido á la villa.

—Ya lo sé... vos mismo me lo digísteis.

—Es verdad... pero tengo la cabeza trastornada..... ¡qué escándalo y qué dolor, Dios mio!... y que la tenacidad de esos desdichados nos obligue á ver tales cosas...

—¡Ah! ¡la muerte de esa morisca... de esa Malicatulzarah...!

—¡Lo sabíais...!

—Yátor está cerca de Cádiar.

—¡Pero no sabreis...!

—Sí, sí; sé y me pesa, que su marido Adel, el tejedor, que estaba enfermo, ha muerto también; pero el anciano padre y los pequeñuelos huérfanos están amparados.

—¡Por vos, siempre vos en todas partes donde hace falta la caridad! ¡Cuando digo que sois un santo!

—No soy santo, pero creo que entre estas gentes se adelanta más con la blandura.

—¡Hum! dijo el beneficiado: son duros como rocas.

—Ya veis si yo he convertido gente.

—Dios os dá la gracia.

—No, sino que obro de distinto modo que el inquisidor que ha venido á visitar á Cádiar..... Me han dicho que ha obrado con muy poca caridad.

—Es un tanto duro el señor Molina de Medrano, pero muy religioso, eso sí... figuraos que aunque acababa de dejar el camino, no ha querido reposar ni comer hasta que se ha purificado la iglesia que había quedado impura por la sangre que en ella se había vertido. Por esa razón he venido más tarde y os he hecho esperar..... pero en cambio se ha lavado el templo de su impureza, gracias á las ámplias facultades que trae el señor Molina de Medrano y podrá celebrarse en él la Páscua... de otro modo la iglesia hubiera estado impura algunos dias.

—¡Gracias á Dios! así tendremos misa del gallo.

—A la que me alegraría mucho que asistiéseis: celebrará el señor inquisidor Medrano: yo seré diácono y el licenciado Arias subdiácono: tendremos villancicos en que cantará con su hermosa voz..... una dama que vos apreciais mucho, y otra señora que ha venido á su casa...

—Doña Isabel de Válor ¿y la otra?

—Una gran señora.

—¡La princesa Angiolina Visconti...! Os prometo ir.

—Con vuestra noble hija.

—¿Conoceis vos á mi hija?

—No señor, pero he oido ponderar su virtud y su hermosura.

—Mi hija no está aquí en estos momentos.

—¡Qué desgracia!... pero en fin, os tendremos á vos.

—Indudablemente; pero vamos á lo que importa.

—Sí, á la conversión del Ferih de los Bérchules.

—Pues no tenemos el gusto de bautizar á ese descreido...

—¡Cómo! ¿por qué?

—Porque mientras yo fuí á veros, el tal bandido se ha escapado.

—¡Cómo! ¿pues no estaba herido, y herido de peligro?

—Eso mismo me he dicho yo: no lo comprendo, pero lo cierto es que se ha escapado..... yo lo he sentido mucho y vos..... no debeis sentirlo menos.

—¡Oh! ¡siéntolo en el alma! ¡un miembro podrido que continúa separado del cuerpo de los fieles!

—Y aun por algo más debeis sentirlo, señor beneficiado, porque según creo, aunque vos me habeis guardado el secreto, Melik el Ferih, es padre de una morisca, de una Mariblanca que es vuestra ama.

—¡Ah! dijo el beneficiado no pudiendo evitar un extremecimiento: vos lo sabeis todo.

—¿No veis que busco el bien, y para practicarle tengo por todas partes gentes que se informan de todo?

—¡Ah! dijo el beneficiado que empezaba á sentir algún recelo.

—Por eso, porque lo sé todo, vuestra venida, apesar de la fuga del Ferih, no es inútil. No os ireis sin bautizar una mora, y aún más, sin casar á una mora y á un cristiano, padres de la no bautizada.

—¿Y por qué no bautizar también á la madre?

—Por la sencilla razón de que, desde que nació, la madre es cristiana.

—¡Ah! ¡una morisca!

—Algo más que una morisca: una sultana.

—¡No os comprendo! dijo el beneficiado que se sentía mal, y que iba viendo transformarse en otro hombre distinto del que había visto hasta entonces á Yaye.

—Pues es muy fácil de comprender: la dama á quien vais á casar es hija del emir de los monfíes: en una palabra, es mi hija.

—¡Vos!... exclamó el beneficiado y no pudo continuar.

Anudósele la voz en la garganta, se puso pálido como un cadáver, tembló, se anonadó; quedó tal como si la tremenda cabeza de Medusa, con toda su terrible virtud y sus sierpes ponzoñosas se hubiese presentado ante su vista.

—¡Qué os espanta! ¿no sois vos el que con tanta crueldad habeis martirizado á los pobres moriscos? ¿no sois vos el que habeis arrebatado los hijos á sus madres y los habeis enviado á los hospicios del rey? ¿Habeis tenido valor suficiente para remitir las súplicas desesperadas, las lágrimas, los gritos de angustia de las desdichadas á quienes arrebatábais los hijos de sus entrañas, y os falta delante de mí que ningún mal he de haceros, puesto que habeis venido bajo el seguro de mi palabra!

Tranquilizóse un tanto el eclesiástico.

—¿Pero quién había de creer.....? dijo: yo hubiera jurado...

—Que yo el don Alonso de Fuensalida á quien conocíais, era el mayor cristiano del mundo...

—Vuestras obras... vuestra caridad ....

—Sí, es cierto: mi caridad hácia los mios, me ha obligado á presentarme ante vos encubierto con un nombre castellano, á captarme vuestra voluntad con donaciones hechas á vuestra iglesia, á fingirme catequizador de moriscos, cuando en verdad solo se bautizaban los infelices por sugestión mia, para evitar las crueldades que so pretesto de religión cometíais con ellos: sí es cierto: mi caridad para con los moriscos ha sido grande, porque lo que he hecho en Cádiar lo he hecho también en las demás villas de las Alpujarras. Pero no hablemos más de esto. Procurad tranquilizaros, porque os lo repito: aun-

que os encontráis entre monfíes, nada os acontecerá: por muy cruel y fanático que seais, aunque mereciéseis un terrible castigo, os he llamado yo, porque os necesito, y estais tan seguro como si os cobijara el trono del rey de España.

—¿Y para qué me necesitais, señor? dijo el beneficiado no bien repuesto á pesar de las tranquilizadoras palabras de Yaye, y tratándole con tanto respeto cuanto era su miedo.

—Ya os he dicho para lo que os necesito: para casar á mi hija y bautizar á mi nieta.

—Estoy dispuesto á obedeceros, señor.

—Con vos ha venido vuestro sacristán que se ha quedado fuera.

—Sí señor.

—¿Sabe ese hombre á lo que venís?

—Le he dicho que se trataba de bautizar...

—Bien, por eso no quede, haremos una farsa; mandaré á uno de los mios que se meta en cama...

—Pero...

—¿Y qué os importa á vos pronunciar algunas palabras y verter una poca de agua sobre la cabeza de un hombre?

—Lo que yo temo, es que maese Barbillo que es muy ladino conozca que no se trata de un herido.

—Descuidad que la farsa se hará bien. Ahora vamos á otra cosa. Es necesario que la fecha de ese casamiento y de ese bautismo se anticipen.

—No os comprendo bien.

—Váis á comprender al momento.

Yaye sacó de su bolsillo una cartera, y de aquella cartera dos papeles doblados, y los presentó á Juan de Ribera.

Eran dos partidas de casamiento y de bautismo; la una estaba fechada en 30 de Setiembre de 1567, la otra nueve meses después. Solo faltaba la firma del beneficiado.

—¿Pero no véis, dijo Juan de Ribera, que estas partidas no pueden constar en el libro de la parroquia ni con los folios que aquí tienen?

—Descuidad: el libro de la parroquia desaparecerá sin que os puedan hacer cargo. Ya comprenderéis que tratándose de mi hija y de mi nieta, tengo un gran interés en que estas partidas no aparezcan falsas; á vos os interesa también porque.... pienso demostraros mi agradecimiento de una manera digna de mí.

Y Yaye abrió un cajón de su mesa, y sacó de él una tras otra veinticinco columnas compuestas por veinticinco dorados doblones de á ocho cada una.

—Si, si, es verdad: sóis el mismo generoso señor de siempre; pero encuentro una dificultad.

—¿Cual?

—¿De quién es hija la dama que se va á casar?

—Es hija mía.

—Aquí dice: la excelentísima señora doña Esperanza de Cárdenas, duquesa de la Jarilla, grande de España, hija del excelentísimo señor don Juan de Andrade, duque viudo de la Jarilla.

—Es que yo soy ese.

—¿Pero no sóis entonces el emir de los monfíes?

—También lo soy; para que os aclare más dudas, preguntad al inquisidor Medrano, ya que le tenéis en la villa, y aposentado en vuestra casa, quién es el duque viudo de la Jarilla: él me conoce bien.

—¡Ah!

—Lo que importa es que firméis estos documentos, porque se va haciendo tarde, y tenéis que volver antes de la noche á Cádiar.

Juan de Ribera firmó.

Yaye guardó de nuevo las dos partidas, y dijo:

—Vamos y terminemos. Casaréis á mi hija, bautizaréis á mi nieta, y después haremos delante del sacristán la farsa del bautismo de Melik-el-Ferih, del padre de vuestra ama.

—Vamos á donde queráis, señor.

Yaye y el beneficiado desaparecieron por una puerta.

Pasó una hora, y maese Barbillo fué llamado.

Atravesó la cámara acompañado de un lacayo y desapareció por otra puerta.

Media hora después, el lacayo y Barbillo volvieron.

—Es mucha, mucha, la caridad cristiana de don Alonso, dijo con cierto intencionado sarcasmo Barbillo al atravesar la cámara: pero creo que ese buen Ferih no está tan gravemente herido como dicen. ¿Eh? ¿qué decís vos?

—Digo, contestó el lacayo, que no era otra cosa que un monfí, mirando fijamente á Barbillo, que jamás me entrometo en las cosas de mi señor.

Y salieron por otra puerta.

Apenas habían salido, cuando entraron de nuevo en la cámara Yaye y el beneficiado.

—Ya que habéis casado á mi hija, y bautizado á mi nieta, le dijo Yaye, que nadie sepa lo que aquí ha sucedido. Mi hija debe aparecer casada en la fecha que consta en la partida de desposorios. Nadie ha asistido á la ceremonia, más que mi familia: si esto se sabe... vos lo habréis dicho... y entonces...

—¡Oh! descuidad, descuidad, señor, contestó todo humilde el beneficiado.

—Y no os atreváis á nada cuando os veáis libre y seguro en Cádiar, porque podría pesaros.

—¿Y cómo me había yo de atrever, viviendo en las Alpujarras, á faltar á la voluntad de quien tan poderoso es en ellas?

—Y aun fuera de ellas. Mis monfíes están en todas partes. Oid: en una ocasión, herido gravemente, caí en poder del Santo Oficio. La Inquisición hubiera tenido un grande placer en quemarme vivo; pero no pudo. Mis monfíes me sacaron de la cárcel del Santo Oficio. Y esto sucedió en Madrid, delante del rey, como quien dice, y del inquisidor general. Guardáos, pues, si apreciáis vuestra vida.

—¿Pero me prometéis, señor que ningún peligro corro? los moriscos están inquietos.... esta mañana....

—Sí; esta mañana se ha cometido un horrible crímen en vuestra iglesia... pero nada temáis por ahora.... más adelante podrá suceder... para más adelante, ya os habré procurado yo una buena prebenda.

—¡Una prebenda! ¡vos!

— Sí por cierto. Si yo quiero haceros obispo.... yo moro, capitán de bandidos, como vosotros decís... seréis obispo.

—¡Ah, señor! esclamó el beneficiado, arrojándose casi á los piés de Yaye.

—Pero para que yo os favorezca, será necesario que os hagáis merecedor de mis favores.

—Descuidad, callaré, os serviré, seré vuestro esclavo.

—Bien: obrando asi obrareis prudente: ahora idos: ya el sol desciende y es necesario que lleguéis á Cádiar antes de la noche. Algunos de mis criados os acompañarán hasta la entrada del pueblo, id.

El beneficiado se dirigió á la puerta.

—Se os olvida eso, dijo Yaye, señalando el dinero que estaba sobre la mesa.

El beneficiado, con vergüenza, no de recibir el dinero, sino por la manera con que lo recibía, guardó el oro en sus bolsillos.

Después salió con Yaye que le pre-

cedía, con las muestras de la mayor distinción y amistad.

Poco después, Yaye entró de nuevo en la cámara.

—Ha sido necesario, dijo, confiar á ese miserable, para que no hable una sola palabra: difundido este secreto, cualquiera que por casualidad escapase, podría llevarlo á oidos tales, que perjudicasen á mi hija... ¡Mi hija! ¿puede hacer un padre más sacrificios que los que yo he hecho por Amina?

Yaye se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancarse de ella una horrible pesadilla.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! exclamó.

Y luego, dirigiéndose á una puerta, la abrió y llamó.

—¡Suleiman!

Presentóse el mismo monfí jóven que había burlado un año antes en Madrid al inquisidor general.

—¿Qué me mandáis, magnífico señor? dijo.

—¿Has mirado bien á ese clérigo? le preguntó.

—Le conocería aunque pasasen muchos años, y le viese entre mil.

—¿Y al que le acompañaba?

—Si señor.

—Es necesario que esos dos hombres mueran.

—Morirán, señor.

—Vete, y dí á mi wazir Harum, que le espero.

Fuése Suleiman, y á poco entró Harum.

Yaye se encerró con él.

CAPÍTULO XXII.

Lo que hicieron contra el emir Aben-Aboo y Aben-Jahuar.

Aquella misma tarde, un jóven con un trage sumamente pintoresco, y con una escopeta al hombro, atravesaba el áspero desfiladero de una montaña próxima á Cádiar.

El trage de este jóven, consistía en un gorro ó bonete de grana, una chaquetilla de colores vivos, y adornada con alhamares y bordados de plata; una camisa sin cuello bajo una chupa del mismo color de la chaqueta (jaqueta la llamaban los moros); una faja de seda sobre la chupa, y unos calzones anchos, cortos hasta la rodilla, abiertos por abajo, cuadrados en su abertura, y en las piernas unos botines de grana bordados.

Llevaba además sobre la faja un cinto con dos bolsas, llenas la una de balas de hierro, y la otra de pólvora: en el cinto dos largos pedreñales ó pistoletes, y un puñal; pendiente del cinto con dos cordones de seda, un alfange berberisco, y sobre el hombro un albornoz de lana, listado á anchas franjas negras y blancas.

Este jóven era Aben-Aboo.

Con su bello trage morisco, su fisonomía se había completado: era el infante de Granada, bravío y valiente, con el sello característico de su raza fijo en el semblante, y la expresión sombría y amenazadora del oprimido, que tras largos años de paciencia, se levanta ante su opresor.

Era á punto que el sol se ponía, el cielo hasta entonces limpio y despejado, empezaba á cargarse de oscuras nubes hácia el Norte, y allá entre los altos picos de Sierra Nevada se escuchaba rodar el trueno á lo lejos: frias ráfagas de viento pasaban silbando entre los brazos desnudos de las encinas y las peladas rocas, á las que se veia acudir las águilas para preservarse en su profundo nido de la tempestad.

Aben-Aboo siguió andando á gran paso.

El nublado siguió andando con extraña rapidez, y al fin, al ponerse el

sol, un tupido toldo de densas nubes cubrió las montañas.

Algunas gruesas gotas cayeron sobre las rocas.

Aben-Aboo entonces partió á la carrera.

Los que hayan viajado por las Alpujarras, y hayan tenido necesidad de atravesar una rambla para llegar al término de su viaje, comprenderán por qué Aben-Aboo, que tenía que atravesar la rambla de los Ciegos, corría.

A los que no conozcan aquél terreno, les diremos: que basta una lluvia de algunos minutos para que en aquel quebradísimo terreno, las innumerables vías de las vertientes de las montañas, conduzcan á la rambla que viene á ser un punto de reunión, un pequeño arroyo, y que juntos todos estos arroyos produzcan por su inconcebible número una corriente bastante considerable para que no pueda ser atravesada por un hombre.

Cuando la lluvia es fuerte y dura algunas horas, no es ya un rio invadeable, el que rueda por la rambla, sino un torrente mostruoso, atronador, que se extiende de monte á monte, que arrastra árboles y aun rocas: un aluvión gigantesco que dura muchas horas después de haber terminado la lluvia que lo produce, que va á aumentar alguno de los traidores ríos de las Alpujarras, y que cuando se extingue deja sobre la rambla un fango arenoso, entre el cual, no es difícil encontrar reses muertas y aun cadáveres humanos.

Por eso corría Aben-Aboo.

La tormenta se le echaba encima, y la lluvia empezaba, lenta sí, pero con indicios de aumentarse progresivamente hasta convertirse en un furioso aguacero.

Saltaba el jóven como un gamo de roca en roca, y al fin vió una ancha abertura practicada entre dos rocas gigantes, por la cual se veia un plano ancho, pendiente, de arena blanca y brillante.

Tan blanca era esta arena, que cuando reverberaba en ella el sol, ofendía la vista, por cuya razón la habían llamado la rambla de los Ciegos.

Entre estas dos altísimas y cortadas rocas, había un hombre cubierto en otro albornoz rayado, que al saltar junto á él Aben-Aboo, desde una breña, retrocedió un paso y preparó su escopeta, exclamando con acento enérgico:

—¡Párate! ¡la señal!

—¡Granada y los monfíes! contestó Aben-Aboo.

—¡Ah! ¿eres tú, sobrino? dijo el que le esperaba, y dejó caer el embozo de su albornoz.

Era Aben-Jahuar-el-Zaquer.

—¿Y nuestra gente? dijo Aben-Aboo.

—Están más abajo.

—¿Está con ellos Abd el-Melik-el-Ferih.

—No; pero ya hemos quedado de acuerdo: nuestra gente se compone de veinte de los míos.

—¡No son monfíes!

—No; son moriscos y cristianos renegados por delitos, gente dura y brava, que yo estoy reclutando hace tiempo, y cuyo número aumento con todo hombre á proporción que se me viene á las manos.

—¿Y sabe el emir que vos tenéis esa gente?

—Si lo sabe yo no se lo he dicho.

—¿Y entonces quién paga esa gente?

—Los moriscos de Granada y de la Vega.

—¡Ah! ¿y cuantos son?

—Unos trescientos que podrán servirnos de mucho para nuestros asuntos particulares.

—¿Y para qué habéis traido con vos esos veinte hombres?

—Atravesemos la rambla, sobrino, que la noche y la lluvia se nos vienen encima por fortuna nuestra, y sabrás para lo que he traido conmigo á esa gente.

Y Aben-Jahuar tomó á buen paso hácia las quebraduras del frente seguido de Aben-Aboo.

Cuando hubieron atravesado la rambla, subido un áspero repecho, y penetrado en las quebraduras que había indicado el tio al sobrino, se encontraron en un terreno extremadamente bravío, oculto bajo el saliente de una roca.

—¿Ves la Muela del Lobo, sobrino, dijo Aben-Jahuar, señalando una alta roca que se veía á lo jejos hácia el Sur, al pié de una montaña.

—Si por cierto.

—¿Ves al pie de la muela una huerta, y en medio de la huerta una casa?

—Sí.

—¿Y alcanzas á percibir á la poca luz que tenemos, lo que pasa delante de aquella casa?

—Tengo muy buena vista, tio: delante de aquella casa hay tres literas, seis caballos y algunas acémilas que están cargando con maletas y cofres. Eso indica, que la gente que vive en aquella casa, ha olido la tempestad de sangre que se prepara, y huye antes de que se le eche encima. Algunos perros cristianos que piensan ponerse en salvo antes de que arrecie el peligro.

—¡Bah! en aquella casa hay cristianos y monfíes.

—¡Cristianos y monfíes!

—Sí por cierto: voy á deciros el nombre de los cristianos: primeramente la excelentísima señora duquesa de la Jarilla, doña Esperanza de Cárdenas, ó si no la conocemos por ese nombre, la sultana Amina.

—¡La sultana Amina! exclamó extremeciéndose Aben-Aboo.

—Déjame que continúe mi lista de cristianos: el antes solamente marqués de la Guardia, y hoy duque de la Jarilla por su casamiento con la sultana, don Juan Coloma.

—¡Ah! ¡mi amigo el marqués! dijo con un sarcasmo amenazador el jóven.

—Además, doña Estrella Coloma y Cárdenas, hija de los excelentísimos duques de la Jarilla.

—¡Su hija!

—Ítem: la nodriza de doña Estrella y dos criados: Calpuc, el indiano, abuelo de doña Esperanza y bisabuelo de doña Estrella; don César de Arévalo, tio del marqués de la Guardia, ó mejor dicho del duque de la Jarilla, y por último, Peralvillo, lacayo del duque.

—Y sin duda allí estará también...

—Sí, voy á decirte los monfíes que están en esa casa: primero el magnífico emir de los monfíes nuestro pariente: luego Harum-el-Geniz, su wazir; Suleimán su walí, y como hasta cincuenta monfíes.

—¿Pero á dónde es ese viaje?

—No sé tanto; solo sé que podrá suceder muy bien si tienes valor, que hagamos un buen negocio.

—Tío..... jugamos el todo por el todo.

—Y á que nos habíamos de haber puesto estos vestidos berberiscos nosotros y nuestra gente, á qué traer antifaces rojos sino para no ser conocidos. Sígueme, sobrino, y confía en mí y en el diablo que nos dará buena suerte.

—Aben-Jahuar y Aben-Aboo siguieron las breñas adelante, descendieron á unas ásperas quebraduras y al entrar en ellas, Aben-Jahuar gritó ténuemente como un cuclillo.

En el acto respondió otro grito semejante, y otro y otro.

—Ahí están, dijo Aben-Jahuar.

—¿Quién?

—Los míos.

—Pues os juro que hubiera pasado junto á ellos sin notarlos, dijo Aben-Aboo.

—Eso prueba, cuando han podido engañarte á tí, que eres astuto y experimentado como el monfí más viejo, que engañarán también á los monfíes. Ahora, ocultémosnos también nosotros, y guardemos el más profundo silencio.

Tio y sobrino se perdieron entre un jaral.

Junto al sitio en que toda esta gente estaba oculta, había un estrecho desfiladero, y en él una senda escabrosa.

El desfiladero estaba desierto.

Nadie tampoco hubiera sospechado que junto á él había gente oculta.

Pasó algún tiempo; empezó al fin á llover con más fuerza, y en el momento en que arreciaba la lluvia, se oyeron resonar pasos de cabalgaduras en la parte baja del pedregoso sendero, y voces de hombres que hablaban descuidadamente.

—Aguijad, aguijad, decía una voz robusta; marchad deprisa, la lluvia arrecia, y mucho será que podamos pasar la rambla de los Ciegos.

—Las mulas no pueden marchar más deprisa, señor, contestó otra voz: nos vemos obligados á llevar las literas una detrás de la otra.

—Pues aprisa cuanto se pueda, dijo la voz que mandaba.

De repente se oyó un sordo mugido, indistinto y sordo primero, que fué creciendo y aumentándose hasta oirse perfectamente el bramido de las aguas que corrían á alguna distancia.

En aquel punto la lluvia caía á torrentes.

—¡La avenida en la rambla de los Ciegos! gritó una voz.

—Pues volver, volver atrás; gritó con energía la voz que antes había mandado; dentro de poco tendremos por aquí otra avenida.

Apenas había pronunciado aquella voz estas palabras, cuando sonó un tiro: luego otro y otro, sucediendo á esto el rumor de un reñido combate.

Veamos lo que era aquello.

Hemos dicho que la gente de Aben-Jahuar estaba oculta en unos arenales al lado de un pendiente desfiladero: á uno de sus lados se habían ocultado también Aben Jahuar y Aben-Aboo.

Por aquel desfiladero había aparecido una caravana, que aunque la noche había cerrado anticipadamente á causa de la tempestad, se veía de tiempo en tiempo á la clara luz de los relámpagos.

Componían esta caravana cuatro monfíes; tras ellos tres literas, cada una de las cuales era llevada por dos mulas una delante y otra detrás, y cada una de estas mulas por un monfí. Luego á caballo, el marqués de la Guardia, Calpuc el rey del desierto, don César de Arévalo, Peralvillo y Harum-el Geniz: últimamente como hasta cuarenta monfíes.

En el momento en que las literas pasaron del lugar donde estaban escondidos con su gente Aben-Jahuar y Aben-Aboo, sonaron los disparos que hemos dicho, y á poco se trabó un combate cuerpo á cuerpo entre los de Aben-Jahuar y los del emir.

Las literas habían quedado cortadas y delante, y se oía la voz de Amina y las de sus doncellas que pedían socorro, y las imprecaciones en árabe de los monfíes que guiaban las literas.

Uno de los relámpagos iluminó la escena.

—¡Ah! exclamó con rabia Harum el Geniz, que se batía como un lobo: ¡son corsarios berberiscos!

La estratagema de Aben-Jahuar, por lo que vemos, había producido muy buen efecto.

De repente el pavor se apoderó de todos.

No era un enemigo humano el que les aterraba: eran los elementos: algunos pedazos de roca habían pasado zumbando por el desfiladero y por la parte alta se dejó oir un ronco mugido.

—¡La avenida! ¡la avenida! gritaron todos.

Y se arrojaron fuera del desfiladero.

No tardó mucho en dejarse ver el torrente que pasó brillando entre la oscuridad como una serpiente inmensa, blanquecina, puesta en fuga y cuya carrera fuera velocísima.

A la luz de los relámpagos vieron Harum, el marqués, y todos los demás, que los que creían berberiscos se perdían entre las breñas al otro lado del torrente que por efecto de la tempestad llenaba el desfiladero.

Por una casualidad no había quedado entre ellos ni uno solo.

Faltaban los monfíes que precedían á las literas; los que las conducían y Amina, su hija, la nodriza y las doncellas de Amina que eran llevadas en las literas.

Al ver esto el marqués de la Guardia, que era valiente hasta la temeridad, antes de que nadie pudiese impedirlo, se arrojó con su caballo á la avenida, pretendiendo atravesarla.

Un grito de horror salió de todas las bocas.

—El caballo y el ginete fueron arrebatados por la corriente.

Pronto, pronto, á buscar el puente del salto del Gamo, gritó Harum: salvemos á la sultana: la sultana antes que todo.

—Es que, dijo un monfí viejo, no podremos llegar al salto del Gamo.

—Tienes razón Mahdar; el desfiladero del Fraile estaba invadeable: estamos encerrados, señores, añadió con desesperación; estamos encerrados por la avenida entre una rambla y dos defiladeros: ¡que se haga la voluntad de Dios!

. . . . . .

. . . . . .

—Dios ó el diablo nos han protegido, sobrino, decía Aben-Jahuar á Aben Aboo, entrando con él en Cádiar, en el mesón del Cojo cubiertos con sus capas castellanas; la tormenta nos ha ayudado; de otro modo auuque sin duda hubiéramos vencido, algunos de los nuestros hubieran quedado en poder de ellos y era un mal cabo; ahora... ahora... no salen á bien librar hasta mañana de la prisión en que los han puesto las aguas.

—Pero han sucedido horribles desgracias tio, dijo Aben-Aboo, cuyo semblante tenía una expresoin ferozmente sombría.

—¿Y qué importa? ya no es un obstáculo á nuestros proyectos la hija del emir.

Y al decir estas palabras se entró con su sobrino en el aposento en que se habían encontrado aquella mañana.

Poco después un hombre llamó recatadamente á la puerta, le abrieron y entró. Era el emir.

CAPÍTULO XXIII.

Como trataba Yaye á sus parientes.

Tendió á un tiempo las manos á Aben-Jahuar y Aben-Aboo y se las estrechó con fuerza.

—¡Oh! dijo sentándose. Estoy contento. Al fin he tomado una resolución decisiva, he fijado la suerte de mi hija y me quedo libre para hacer con vosotros la guerra al cristiano.

—¡Que habéis fijado la suerte de vuestra hija! primo, dijo Aben-Jahuar con las muestras del más solícito interés.

—Sí, esta tarde se la he entregado

á su marido. Era para mí un obstáculo inseparable; la acompaña su abuelo, y va bien escoltada. Es verdad que puede haberles cortado el camino la tormenta impidiéndoles pasar la rambla de los Ciegos, pero esto no es más que algunas horas de detención; remontarán la montaña y llegarán mañana á Motril, donde en una galeota mia se trasladarán á Venecia. Y estoy alegre vive Dios, muy alegre. Era necesario decidirse, decidirse de todo punto. Pero tengo apetito. Manda, hijo mio que nos den de cenar.

Se levantó Aben-Aboo y salió.

—Tengo que hablarte primo, de un asunto, ó por mejor decir de dos asuntos importantísimos para los dos. No he querido decírtelo delante de nuestro sobrino.

—Tan de repente has pensado ese asunto?

—Sí; cuando al fin he visto asegurada la suerte de Amina, me he encontrado otro hombre. Pienso abdicar.....

—Abdicar... ¿y en quién?

—Aben-Aboo es muy bravo y los monfíes le aman...

—¡Cómo!

—Silencio, le siento acercarse..... cuando hayamos cenado, yo me despediré, é iré á esperarte á la salida de la villa por la Caba-honda.

—Iré.

Aben-Aboo entró en aquel momento y á la primer mirada comprendió que había pasado algo grave entre sus dos tios.

Sin embargo comprendió también que debía disimular.

—¿Con que mi prima, dijo, se vá á Venecia? ¡Y yo que contaba al menos con verla!

—¿Y qué habíamos de hacer aquí con ella una vez empeñada la guerra? No, no: era prudente ponerla fuera del incendio. Si Dios nos ayuda y triunfamos, tiempo tendremos de verla.

El Cojo entró entonces con una verdadera cena de mesón, pero era tal el apetito de los comensales, estaban todos tan contentos, cada cual por su causa, que devoraban un pésimo gigote y algunas aves, acompañadas de una liebre que por casualidad tenía cabeza.

Durante la cena y como estaban servidos por el Cojo y por su hija, alegre mocetona de veinte y cuatro años, la cena pasó con una conversación indiferente.

—¿Qué diría la Inquisición si nos viera comer carne la noche de Navidad? dijo el emir.

—¿Y si viera que esta carne nos la servía una mora de tan buena carne como Pascuala? dijo Aben-Jahuar.

—Vamos, señor, siempre que hay gentes delante se estrella vuesamerced, contestó la muchacha.

—¡Cuando digo yo que esta Pascuala acabará por arruinarme! dijo el Cojo.

—¿Pues qué hace la muchacha para ello? dijo Aben-Aboo.

—¡Bah! con esa cara de hereje que pone á los huéspedes... no hay ninguno que no se me haya quejado, sobre todo de la mala cama.

—Es que los tales huéspedes quieren á veces, que las camas sean tan completas... dijo la muchacha.

—Y no crean vuesamercedes que esto es por virtud; no señor; sino porque la tiene bebidos los sesos ese organista del diablo, que solo gana tres maravedises... que... que en fin, es un haragán, un desarrapado... lo que no quita que esta señora se pase las noches de claro en claro pelando la pava con él.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Y así mientras duró la cena, los tres personajes ocultaron su verdadero estado con conversaciones tales,

como la de que acabamos de dar una muestra.

Acabada la cena, el emir se despidió de Aben-Jahuar y de Aben-Aboo.

—¡Que está tranquilo acerca de su hija! dijo sombríamente el jóven apenas se quedó solo con su tio.

—Afortunadamente, nadie nos ha conocido, ni los mismos que nos han ayudado saben lo que han hecho. El emir no puede hacernos cargo de nada.

—¿Y á dónde irá ahora?

—Es muy posible que vaya á ver á tu madre.

Ya sabemos que Aben-Jahuar sabía que Yaye no había ido en busca de su hermana doña Isabel.

—¿A buscar á mi madre en una noche como esta?

—Pues esta noche más que otra, debe el emir estar cuidadoso por mi hermana.

—Pero la tenacidad de *ese hombre*, cuando mi madre...

—¿Y qué quieres? así son todos los enamorados.

—¡Pues juro á Dios...!

Aben-Aboo se detuvo, pero Aben-Jahuar adivinó el resto del juramento: Aben-Aboo se había puesto de pie, y se arreglaba la capa y el talabarte.

—Mira lo que haces, sobrino, exclamó profundamente Aben Jahuar: el emir es poderoso, y está acostumbrado á satisfacer sus empeños: prudencia, sobrino, prudencia, y no aventuremos en un minuto lo que tanta paciencia y tantos sacrificios nos ha costado.

—Tan prudente seré, dijo Aben-Aboo, que daré ocasión á que otros aprendan en mí prudencia.

Aben-Aboo que había pronunciado estas palabras de una manera ambigua, cuya verdadera intención no podía apreciarse bien, salió.

—¡Ah! dijo Aben Jahuar: ¡quiere abdicar en Aben-Aboo! ¡si ese insensato llega á ser emir de los monfíes, todo está perdido para mi! los monfíes conocen su ferocidad y le aprecian: le servirían á ciegas, y correrían tras él, aunque los llevase á arrojarse de cabeza á un volcán. Pero aunque sois astuto y feroz, señor sobrino, yo os llevo la delantera, y nos veremos, vive Dios, ¡nos veremos! ¡vos, el emir y yo..! ¡Ah! ¡Ah! yo os juro amigo mio, que no habéis de ver la verdad hasta que esa verdad os espante.

Después llamó, pagó la cuenta que le ajustó el Cojo por los dedos, y se fué á encontrar al emir.

Hallóle en la parte baja del pueblo junto á las tapias.

—Empezaba á impacientarme, le dijo.

—He tenido que engañar á Aben-Aboo para separarme de él.

—¿Y sospecha algo?

—Nada: solo espera con impaciencia que llegue la hora.

—Poco tardará en sonar, ya son las nueve. Entre tanto podemos hablar nosotros, y ponernos de acuerdo.

—¿Pues qué, estamos discordes?

—Sí; y este es un mal presagio.

—¿Y en qué consiste esa discordancia?

—En que todos tenéis ambición, y vuestras ambiciones encontradas, serán la causa de nuestra ruina.

—¿Y nada dices de tu propia ambición?

—Yo la he perdido: todo me ha salido mal: en todos mis afectos, en todos mis deseos, en todas mis esperanzas, estoy ya contrariado: ya no soy el hombre que luchaba con toda su inteligencia, con todas sus fuerzas: soy un vencido que se rinde.

—¡Un vencido!...

—Sí, vencido por su suerte.

—Desmayas en los momentos en

que más necesitamos de tu ayuda.

—No por cierto: yo os doy todo lo que tengo: mi ejército, mis tesoros, mi espada. ¿Quereis más?

—Pero esa abdicación...

—Es necesaria. Aben-Aboo está descontento: Aben-Humeya le mira con recelo: señor es uno, vasallo el otro: ni Aben-Aboo serviria bien á Aben-Humeya, ni Aben-Humeya confiará en Aben-Aboo. Por el contrario, siendo Aben-Aboo emir de los monfíes, se encontrarán igualmente poderosos...

—Aben-Aboo pesará sobre Aben-Humeya:

—Pero aún vivimos nosotros más experimentados que ellos: nosotros que tenemos una poderosa influencia, tú sobre los moriscos, yo sobre los monfíes: nosotros que podemos enlazarnos á ellos por sagrados vínculos.

—¡Cómo!

—Tú amas á tu cuñada doña Elvira, dijo Yaye.

—Es verdad, contestó con voz cavernosa Aben-Jahuar.

—Yo amo... cada dia con más fuerza, cada dia con más desesperacion, á tu hermana doña Isabel.

—¿Por qué no la amaste del mismo modo hace veintidos años? entonces Aben-Aboo sería tu hijo...

—¡Ah! exclamó Yaye: olvidemos lo pasado y pensemos solo en el presente: estoy irrevocablemente decidido á lo que te he propuesto.

—No creo realizable tu proyecto más que en lo relativo á la abdicación en Aben-Aboo: por lo demás, ni mi hermana se casará contigo, ni conmigo mi cuñada doña Elvira; además, y seamos francos.... doña Elvira te ama, Yaye.

—¡Oh! ¿quién te ha dicho eso?

—¿No crees que los celos son muy perspicaces?

—Los celos mienten, ó por mejor decir, los celos se engañan. Doña Elvira no ama á nadie, á nadie más que á su hijo: por eso, encontrando solo un hombre ante el porvenir de su hijo, siendo ese hombre yo, pretende inhabilitarme, apoderarse de mi, matarme, en una palabra; Doña Elvira, primo, me aborrece y por que me aborrece me cerca de acechanzas, me ataca con todas sus armas, con su astucia, con un amor fingido, con un empeño tenaz. Cuando vea que yo abdico en Aben-Aboo... que me caso con tu hermana, doña Elvira se casará contigo, para contrabalancear el poder de Aben-Aboo: no lo dudes Aben-Jahuar: doña Elvira solo ama á su hijo Aben-Humeya.

Quedóse profundamente pensativo Aben-Jahuar.

—¿Y qué hemos de hacer? dijo.

—¿Consientes en que pongamos por obra mis proyectos?

—¿Y tú estás seguro de que doña Elvira querrá casarse conmigo?

—Sí, en el momento en que yo me case con tu hermana doña Isabel.

—Pero es necesario empezar á obrar al momento.

—Es necesario que vayamos á casa de tu hermana.

—¡Ah!

—Tú hablarás á Aben-Aboo; le participarás mi resolución, y le prepararás para que desde esta noche empiece á obrar como corresponde á su nuevo estado: yo entre tanto hablaré á tu hermana.

—Quiera Dios, dijo Aben-Jahuar que saquemos de ella tan buen partido como yo espero sacar de Aben-Aboo.

Y tomando por fuera de las tapias arriba, se encaminó con Yaye á la atalaya donde vivía Aben-Aboo.

CAPÍTULO XXIV.

De cómo se encontraron reunidas de una manera extraña, personas que se creian muy separadas.

En una habitación completamente blanca, con el pavimento cubierto de una estera de esparto, desnudas las paredes y con techo de bovedillas y adornada con algunos muebles modestos, al lado de una chimenea encendida, había dos mujeres.

Era la una doña Isabel de Córdoba y de Válor: la otra Angiolina Visconti.

Doña Isabel, si bien contaba ya cuarenta años, estaba en el esplendor de su hermosura: no de esa hermosura brillante, vaporosa, delicada, esmaltada, por decirlo así, de la jóven, de la adolescente casi, sino en esa fuerte y brillante hermosura de la mujer, en que hay un exceso de vida y de pasión, en que se mira con una dolorosa resignación la metamórfosis de la mujer, en que se marchitan las mejillas en que aparecen las canas y las arrugas, en que las formas más hermosas se deprimen, en que la mirada se apaga, en que los cabellos se disminuyen, se aclaran, se retiran de la frente, ó por mejor decir, la ensanchan: doña Isabel no tenía ya la belleza de la esbeltez, pero tenía en cambio la magestad y la incitante hermosura de la matrona: había engruesado, pero sin perder la belleza de sus formas; su pecho se había levantado, pero sin perder su aspecto puro y virginal; doña Isabel había crecido en vida y en hermosura y no había perdido nada de su pureza: el sufrimiento agudo de un amor contrariado, de una vida robada á la felicidad, había impreso, fijado sobre su semblante la expresión del sufrimiento, pero de un sufrimiento valiente y resignado, y esta expresión daba á su hermosísimo semblante, á su ardiente mirada, un resplandor sublime, por decirlo así, casi divino: doña Isabel era á los cuarenta años, una de esas mujeres que hacen bendecir á Dios que las ha criado, que inspiran un amor exento de competencias de todo género, que absorven completamente la vida y el alma de un hombre.

Sin embargo, en los veinte y dos años que habían pasado desde la muerte de Miguel López, se había visto libre de pretensiones, exceptuando las de Yaye.

¿En qué podia consistir esto, tratándose de una mujer tan hermosa y tan pura?

Consistía en que en Cádiar no la conocía nadie más que los parientes próximos de su hijo, su confesor y un escaso número de mujeres.

Estas en verdad habían ponderado su hermosura; pero doña Isabel no salia de su casa sino para ir á misa (eso todos los dias), y en esta sola ocasión se cubria de tal modo el rostro con el manto, que solo podia apreciarse lo airoso de su andar, lo gentil de su conjunto, y ese perfume particular que deja tras sí toda mujer hermosa.

Su casa, encerrada dentro de una tapia y situada en una altura, estaba libre de miradas curiosas, y en ella no penetraba nadie, más que, como hemos dicho, los parientes, y estos viejos unos, ó casados los otros, y algunas mujeres.

La hermosura pues, de doña Isabel, solo se conocia de fama.

Pero lo repetimos: era esta tal, que á pesar de ser hermosísima Angiolina, se encontraba como empalidecida, como borrada, como vulgarizada, al lado de doña Isabel.

Encontrábanse las dos, en el momento en que las presentamos de nue-

vo en escena, en esa disposición de ánimo en que se piensa mucho y se habla muy poco.

Además, la situación en que se encontraban colocadas la una respecto á la otra, era tirante y difícil: vivían juntas y apenas se conocían: al llevar Aben-Aboo á Angiolina de Granada, había dicho á su madre:

—Esta dama es una noble viuda á quien amo, y que se encuentra sola en el mundo: si no fuera la persona que es, pudiera haberme recibido en su casa, como otras tantas; pero esto no era conveniente ni decoroso, ni para ella ni para mí: he contado, pues, con que vos la serviréis de madre hasta el día en que pueda llamarse vuestra hija.

Doña Isabel tendió la mano á la aventurera que su hijo la presentaba, la admitió en su casa, la llamó su parienta para salvar las apariencias, y nada la preguntó ni nada la dijo Angiolina.

La dulzura y la virtud, y la magnífica belleza de doña Isabel, empezaron á dominar á la veneciana, que se sintió arrastrada hácia ella. Angiolina por su parte, que era una mujer digna y noble cuando no se trataba de su empeño por el marqués de la Guardia, empezaba también á hacerse lugar en el corazón de doña Isabel.

Esta no sabía quién era: pero aquella mañana en el exámen, delante de la Inquisición, se había llamado Angiolina princesa.

Doña Isabel no había podido olvidar aquella revelación, ni que el inquisidor había tratado á Angiolina como una conocida antigua, ni la turbación y la vacilación de Angiolina al reconocer al inquisidor. Cuando doña Isabel dejaba de pensar en esto, se la venía á la memoria la terrible muerte de Malicatulzarah, con sus horribles detalles, con toda su aguda pasión, y entonces los ojos de doña Isabel se llenaban de lágrimas, y su corazón se levantaba á Dios rogando por aquellos desventurados.

Por esta razón estaba tan profundamente pensativa doña Isabel.

El haberse visto reconocida por Molina de Medrano cuando menos lo esperaba; el haber visto aquella mañana desde la atalaya entre las breñas y á lo lejos á Laurenti y á Cisneros, y el recuerdo de la sangrienta escena de la iglesia, tenían también profundamente pensativa á Angiolina.

Dieron las ánimas, y doña Isabel las rezó.

Contestóla Angiolina, y por esta razón se cruzaron entre ellas algunas palabras.

—Cómo zumba el viento en la chimenea, dijo doña Isabel arreglando los tizones.

—Todo es hoy lúgubre, contestó Angiolina.

—¿Y mi hijo? ¿dónde estará mi Diego? añadió doña Isabel: otras noches ha venido más temprano.

—Aquí estoy madre, dijo la voz de Aben-Aboo á la puerta.

Y el jóven adelantó, se quitó la gorra, la capa y el talabarte, y se sentó delante del fuego entre las dos mujeres.

—No es prudente andar á deshora por la calle cuando tenemos el pueblo lleno de soldados, y cuando la Inquisición hace su visita, dijo doña Isabel: recelan demasiado de nosotros, y es peligroso...

—Pues ved ahí, madre mía, dijo Aben-Aboo: yo quisiera que hubiese cien veces más soldados y mil veces más inquisidores en el pueblo.

Palideció doña Isabel al escuchar la ronca y amenazadora voz de su hijo y no contestó.

Angiolina miró de una manera profunda al jóven.

Su semblante estaba terriblemente contraido, ceñudo.

—Supongo, dijo doña Isabel, que nos acompañarás á la misa del gallo.

—Cabalmente he venido á deciros que no iréis.

—¿Que no iremos? exclamó doña Isabel: ¿y por qué?

—Porque no debéis ir.

—¡Que no debemos ir! explícate por Dios, Diego.

—Ha llegado la hora, replicó el óven.

—¿La hora de qué?

—Esta mañana se ha vertido en la iglesia sangre inocente.

—¡Ah! exclamaron las dos mujeres.

—Esta noche se verterá en la misma iglesia sangre de infames.

—Pero tú no la verterás, Diego, hijo mío, exclamó toda asustada doña Isabel: el crímen ageno no autoriza al crímen propio; tú te harás ageno á esos crímenes.

—¿Crímenes llamáis á la venganza de un pueblo oprimido?

—Dios toma á su cargo las lágrimas y la sangre de los que sufren.

—No queremos esperar tanto.

—Pero no meditas que una vez dado un paso.

—Se dan diez, ciento, mil.... en buen hora: yo daré el primero sin vacilar.

—No, tú no darás ninguno.

—He jurado beber la sangre de ese infame inquisidor y la beberé, madre.

—Pero te perderás, y perderás á los tuyos.

—¿Teméis que alguien perezca en esa lucha, señora? dijo con acento de reconvención Aben-Aboo.

—Temo que perezcas tú, contestó con dignidad doña Isabel que había comprendido la intención de su hijo.

—¿Y no teméis por nadie más?

—Temo por todos, por todos, Diego, ¿lo entiendes?

—Yo creía que antes que por mí temblábais por...

—¿Por quién? preguntó con tal altivez doña Isabel que Aben-Aboo á su despecho se vió obligado á bajar los ojos.

En aquel momento y cortando la conversación que empezaba á hacerse difícil, se abrió la puerta y apareció en ella Alí, el esclavo de Aben Aboo.

—Señora, dijo; vuestro hermano don Fernando, que viene con otro caballero, desea veros.

—Di á mi tio, contestó Aben-Aboo, que pase á mi habitación.

—No, no, dijo doña Isabel: dile que entre aquí.

El esclavo salió.

—Acaso mi tio me busca á mí, no á vos, señora.

—Tu tio, dijo á la puerta Aben-Jahuar, os busca á todos; pasad, primo, pasad; hermana, te traigo un antiguo conocido.

Y adelantaba llevando de la mano á Yaye que temblaba como un niño.

Todos se pusieron de pié.

Aben-Aboo miró con recelo á su tío: doña Isabel fijó una mirada atónita, vaga, indescribible en Yaye, y Angiolina al ver al emir se puso sumamente pálida.

—¿Qué es esto? dijo Aben-Aboo; pues no me habíais dicho...

—Indudablemente te he dicho mucho y aun tengo más que decirte.

—Sí, dijo Yaye; vuestro tio tiene que deciros de mi parte graves cosas: seguidle, Aben-Aboo; yo también tengo que tratar con vuestra madre gravísimos asuntos.

—Aben-Aboo vaciló un momento, y luego dijo:

—Veamos lo que tenéis que decirme, tio don Fernando; os dejo con mi madre, tio don Juan: oid vos señora á ese mi tio que se queda con vos,

como yo voy á oir á este con quien me voy.

Y salió con Aben-Jahuar.

—Permitidme, dijo Angiolina, váis á hablar de graves negocios y...

—No, no, quedáos doña Angélica, dijo con precipitación doña Isabel.

—La princesa Angiolina Visconti, mi antigua amiga, dijo Yaye con acento natural, dulce, casi cariñoso, dice bien; tenemos que tratar gravísimos asuntos, prima, y necesitamos tratarlos á solas. Venid, princesa, venid y perdonadme, pero graves razones me disculpan.

—¡Oh! siempre estáis para mí perdonado, dijo Angiolina, y aceptando la mano de Yaye se dejó conducir á una puerta inmediata.

Doña Isabel había quedado de pié y temblando junto á la chimenea.

Su mirada estaba fija en Yaye de una manera lúcida, ardiente, medrosa, enamorada.

Yaye se conservaba tan hermoso como ella se había conservado.

Yaye cerró las dos puertas de la habitación.

—¡Oh, no! exclamó doña Isabel; pueden venir, encontrar las puertas cerradas.

—Nadie vendrá, dijo Yaye: tu hermano tiene que hablar mucho en mi nombre á nuestro hijo.

—¡Ah! exclamó doña Isabel cubriéndose el rostro con las manos.

Yaye se acercó y apartó las manos del rostro de doña Isabel.

—Esta le miró frente á frente.

Sus ojos parecían absorver á Yaye.

—¡Oh Dios mio! ¡más hermosa que hace veinte y dos años!

Doña Isabel bajó los ojos y calló.

—¡Veinte y dos años sin vernos! continuó Yaye: ¡veinte y dos años amándonos de una manera desesperada.

—¡Ah! ¡no, no, yo no! exclamó doña Isabel.

—Sí, me amas, tus ojos me lo dicen, me lo dicen tus manos que tiemblan entre las mías, me lo dice tu alma, Isabel, esposa mía.

Y en un momento de fascinación aquellos dos semblantes se unieron, aquellas dos bocas se besaron.

Doña Isabel exhaló un grito ahogado, se retiró bruscamente de Yaye, se desasió de él y le dijo trémula y conmovida:

—Vete.

—¡Que me vaya!

—Sí, vete: vete y déjame con mi pobre amor sin esperanza, resignado, sufrido; vete, y no me atormentes, porque me atormentarías en vano, Yaye. Lo que Dios quiso que fuera, fué: me has hecho avergonzarme ante mí misma; no me hagas que me averguence ante Dios; vete, Yaye, vete: sabes que te amo, que te amo como el primer día en que te confesé mi amor, pero... Dios no quiere que pasemos de ahí; vete, Yaye, y déjame en mi triste paz.

—Los dos somos viudos, dijo Yaye.

—Pluguiera á Dios que no lo fuésemos, repuso doña Isabel.

Ennegrecióse el semblante del emir.

—¿Habré yo vivido soñando? dijo.

—Sí, contestó doña Isabel; toda tu vida ha sido un sueño, y un sueño horrible.

—Pero es que quiero despertar de ese sueño: es que quiero olvidar lo que por mí ha pasado: es que quiero volver á la vida, renacer trasformado en otro hombre: es que desde hace algún tiempo, veo claramente que Dios aparta de mí su mano y maldice todas mis obras: ¿será también que Dios haya maldecido mi sincero amor, la luz que contínuamente ha alumbrado mi existencia? ¿será que tras tantos años de esperar y de sufrir, haya también de renunciar á tí, á tí á quien he buscado en vano, á tí á quien

adoro y á quien me amparo perdida ya la esperanza de todo?

—¿Y la patria á quien me sacrificaste, Yaye?

—¡La patria! ¡la patria! exclamó con sordo acento el emir; ¡no hay esperanza para la patria como no la hay para mí!

—Lo que habéis hecho vosotros los ambiciosos, dijo doña Isabel, ha sido mantener el descontento entre los moriscos; excitarlos á la rebelión, en vez de aconsejarles una sumisión que hubiera hecho más blando el yugo del conquistador. Pero los moriscos han resistido, excitados por vosotros, los que queríais ser á costa suya; se han rebelado una y cien veces, han resistido de todo punto la conversión, se han hecho temibles á fuerza de indómitos, y solo han conseguido venir al punto de un rompimiento fatal: esta mañana, ¡oh Dios mío! ¡esta mañana he visto morir una familia delante de mis ojos! he visto el templo del Señor manchado de sangre y... ¡te he acusado Yaye!

—¡Isabel! exclamó el emir.

—Sí; yo no puedo hacer otra cosa que acusarte. ¡Acuérdate!

—¡Isabel! repitió Yaye.

—¿Qué has hecho de tus hijos, emir de los monfíes? exclamó con acento solemne y doloroso doña Isabel.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla! exclamó Yaye con terror: y luego añadió con voz sorda y reconcentrada: mis hijos están malditos de Dios.

—¡Oh! ¡sí! exclamó doña Isabel: malditos de Dios porque son hijos del adulterio.

—Pero ya te he dicho que mi vida ha sido un sueño horrible: que necesito tu amor para ahogar en él mis recuerdos.... mis remordimientos.... porque tengo remordimientos, Isabel... remordimientos crueles... y tú.. tú eres eres la primera causa de esos remordimientos.

—¡Yo..!

—Sí, tú, porque tú fuiste mi primera víctima.

A esta confesión tan franca, tan espontánea, la generosa doña Isabel no supo qué contestar.

—Cuando yo te conocí, abría mis alas al viento de la vida, volaba de frente al sol, le miraba cara á cara, y en vez de deslumbrarme, me parecía el sol pequeño. Sin embargo, te amaba Isabel, te amaba: aun no se ha cerrado la dolorosa herida que abrió en mi alma nuestra separación; solo la muerte de Miguel López y la certeza de que no fuiste suya, pudo calmar la desesperada amargura que sintió mi alma al verte su esposa. Yo te necesitaba para llegar á mis sueños de gloria, como la nube fresca y olorosa que debía sustentarme en mi vuelo por el espacio. Durante veinte y dos años he estado pensando contínuamente en tí; llorándote á mis solas, ó entregado al furor por no poseerte: durante veinte y dos años, me has esquivado, te has apartado de mí, y yo que siempre he estado á tu alrededor, no me he valido de los mil medios con que contaba para apoderarme de tí, porque no podía decirte: soy tuyo, enteramente tuyo: tú eres mi Dios y mi patria; mis altares y mi honra: tú lo eres todo para mí, noble y pura mujer engrandecida por el martirio.

Doña Isabel miraba fascinada á Yaye: podía decirse que su magnífica hermosura se había transfigurado.

Yaye creía ver alrededor de su cabeza una aureola de luz.

La desdichada se había apoyado desfallecida en el respaldo de su sillón, y miraba de hito en hito á Yaye.

Y un amor inmenso, sin reserva, apareció en su rostro en una explosión de felicidad; pero de repente,

aquel hermoso semblante se nubló de nuevo bajo su pálida tristeza; el fuego divino de sus ojos se apagó bajo dos brillantes lágrimas, y oprimiéndose el pecho sobre el corazón, exclamó:

—¡Ya es tarde!

Yaye se estremeció.

Aquella terrible frase ¡ya es tarde¡ hacía mucho tiempo que se presentaba ante sus ojos saliendo al encuentro de todos sus proyectos.

—¡Tarde¡ ¡tarde aun para arrepentirse¡

—Tu arrepentimiento no puede evitar las desgracias que nos amenazan, exclamó dolorosamente doña Isabel. ¿Qué vá á suceder en Cádiar esta noche?

Yaye se estremeció.

—Es necesario vengar á nuestro pueblo, dijo con voz ronca.

—Y para ello es necesario que se ensangrienten tus hijos, que se cubran de crímenes. Me destrozaste el corazón como amante, y ahora me le destrozas como madre. ¿qué vá á ser de nuestro hijo, Yaye?

Y arrebatada por su pasion de madre, doña Isabel levantó lo voz más de lo que hubiera debido.

—¡Oh! ¡silencio! ¡silencio, imprudente! exclamó el emir palideciendo de una manera mortal: cuando yo entré aquí estaba contigo una mujer terrible, esa italiana, esa farsanta... nos hemos olvidado de todo al vernos solos, y no hemos cuidado de la seguridad de nuestra entrevista.

Y Yaye tomó una bujía y salió á una habitación inmediata.

—Afortunadamente no habia nadie, dijo volviendo á entrar; he cerrado las puertas y podemos hablar sin temor: pero es necesario que nos decidamos pronto: tu hermano no podrá entretener por mucho tiempo á nuestro hijo: escúchame Isabel, y escúchame como quien va á salvar ó á perder irremisiblemente á una criatura: estoy cansado de la vida: la fatalidad me ha convencido de que todo lo que haga para salvar á mi pueblo será inútil: antes de empezar la lucha están divididos; tu hermano, mis hijos, todo morisco que vale algo, que puede algo, quiere la corona: se levantan á un tiempo, pero con el odio en el corazón los unos para los otros: esto acabará mal: Selim II que podría ser para nosotros una poderosa ayuda, está demasiado entretenido con los venecianos, y nada hará por el momento: Felipe II sujeta á Flandes con el severísimo gobierno del duque de Alba, y los hugonotes están acobardados en Francia: la reina Isabel de Inglaterra contemporiza y no he podido meter la rebeldía en Italia: todo nos sale mal. Desde hace año y medio, Dios se ha encargado de mostrarme palpablemente que yo seré el último emir, que nuestros hijos serán los últimos moros de España.

—Hace veinte y dos años, pensaba yo del mismo modo: veía á pesar de mi juventud, que la lucha de los moriscos contra el rey de España era una lucha insensata: veía con dolor á mis hermanos empeñados en esa lucha... pero ya no es tiempo de hablar de eso, aprovechemos el tiempo Yaye, porque es necesario que nuestra entrevista concluya pronto, porque sufro demasiado. ¿A qué has venido con mi hermano, amparándote de él?

—He venido á decirte: sé mi esposa.

—¿Y para qué se ha llevado mi hermano á nuestro hijo?

—Para que nuestro hijo sepa que yo le dejo mi herencia.

—¡Tu herencia!

—Sí; yo abdico en él mi dignidad de emir de los monfíes.

—¡Dios mio! ¡mi hijo rey de tus bandidos!

—Mis bandidos le harán mejor de lo que él sería sin ellos.

—Pero... en vez de evitar...

—Yo no puedo evitar nada. ¡Dios lo quiere! Aben-Aboo es ambicioso, Isabel.

—¡Oh Dios mio!

—Y no podrás acusarme de que yo he excitado su ambición.

—¡Oh no!

—Los parientes de Miguel López, su ascendencia, su nombre, todo le ha alentado para fundar esperanzas ambiciosas sobre la corona de Granada; además, Isabel, la fatalidad me hizo traer hace año y medio á las Alpujarras á mi hija Esperanza.

—¡Ah! ¡pobre niña! exclamó doña Isabel.

—La fatalidad ó mi ambición, ó Satanás, han determinado mi destino. Esperanza cayó entre los brazos de un castellano, y fué necesario ocultar su deshonra. Mi alcázar subterráneo la ahogaba: entonces y mientras le construia un pequeño palacio en Yátor, Esperanza salió á respirar el aire libre por las noches y por las mañanas.

—¡Ah! ¡la Dama blanca de la montaña!

—¿Quién fué el primero que pronunció este nombre? La fatalidad sin duda. No podía haberse elegido un nombre más misterioso ni más incitante. ¡La Dama blanca de la montaña! ¡la hermosísima Dama blanca! y como si la fatalidad no hubiera quedado satisfecha, extendió este nombre por todas las Alpujarras: le llevó á los oidos de todos los moriscos, y acreciendo la fatalidad, Aben-Humeya y Aben-Aboo, la buscaron, la vieron escondidos en las quebraduras y... se enamoraron de ella sin conocerla; de ella... de su hermana...

—¡Oh! ¡que horror!

—Luego sospecharon que era mi hija... despues esta sospecha se convirtió en certidumbre y entrambos me la pidieron por esposa.

—Dios te castiga de una manera tremenda Yaye, y el castigo de tu culpa recae sobre los que han tenido la desgracia de pertenecerte. Tú has condenado á tu amor y á tu familia: tú has hecho maldito á todo lo que has tocado con tu mano.

—Mi culpa ha sido haber amado á mi patria y habérselo sacrificado todo... mi culpa ha sido...

—Haber ambicionado lo imposible, haber mirado con desprecio la felicidad sencilla, humilde, pero tranquila, sin remordimientos. Has querido salvar á tu pueblo y le has perdido.

—Sea como quiera ya es tarde para volver atrás: vale más morir luchando que ser martirizados lentamente dia por dia, hora por hora, minuto por minuto: en el punto que están las cosas... y no nos engañemos, en el punto en que yo las encontré... la lucha, la guerra, han sido y son la única, la última esperanza de nuestro pueblo. Nuestro hijo ha tenido la desgracia de nacer de tí...

—¡Ah! exclamó doña Isabel.

—Y acaso, si hubiera sido hijo de Miguel López, si este hubiera vivido, no fuera más feroz, más impetuoso. La sangre de los Válor que corre por sus venas es la que le dá soberbia: si fuera hijo de otra mujer...

—¡Me acusas! es decir que yo no debí casarme...

—Acaso no: y si tú no te hubieras casado...

—Mi desesperación al verme abandonada...

—¡Tu venganza!

—¡Ah Dios mio!

—Dejemos, pues, las recriminaciones porque entrambos tenemos de qué acusarnos. Si tú no te hubieras casado, hubieras sido mi esposa: Aben-Humeya, mi otro hijo de la fatalidad, tú lo sabes bien Isabel, no existiria:

no existiría mi otra hija Esperanza: nuestro hijo educado por mí, seria un caballero...

—¿Y qué no lo es?

Movió dolorosamente la cabeza Yaye.

—Mucho me temo, dijo, de que Aben-Aboo no sea un infame.

—Le juzgas con demasiada ligereza.

—¡A qué ha traido esa comedianta de Granada? ¿sabes tú quién es esa comedianta?

—Solo sé que es una ilustre dama viuda...

—Tu hijo afrenta á su madre permitiendo que se la engañe, que se la escarnezca: esa mujer es enemiga á muerte de mi hija, enemiga mía: Aben-Aboo, uniéndose á ella, se conjura contra mí que le he colmado de beneficios; acaso se apresta á ser el brazo de exterminio de esa mujer.

—¡No, no! ¡Dios no lo permitirá!

—Nuestros padres han cometido sin duda grandes pecados, porque estamos malditos de Dios.

—¿Has venido á acabar de rasgarme el corazón?

—Solo un medio de salvacion nos queda.

—¿Cuál?

—Sé mi esposa...

—Y siendo yo tu esposa...

—Cuando seas mi esposa, Aben-Aboo sabrá quién es su padre.

—¡Otro sacrificio!

—Te lo pido por nuestro hijo...

—¡Pero si es ambicioso!...

—Cúrele yo del amor de su hermana, que ya sabré buscarle en Africa un reino donde mande á su placer.

—¡Ay! no tengo esperanza ninguna, Yaye.

—Ni amor tampoco.

—Amor sí; y un amor desesperado: lo sabes: te lo escribí hace veinte y dos años: te amaré siempre, te dije entonces, y he cumplido mi juramento; yo te amo Yaye, ahora más que entonces; con toda mi alma, con todo mi deseo, y me pareces más hermoso y más grande: pero en medio de los dos se levanta una sombra maldita.

—¿Piensas acaso que yo tuve alguna parte en el asesinato de Miguel López?

—¡Ah, no! ¡no! ya lo sé: ya sé que eres inocente de aquel crimen: pero escucha: algunas noches estoy desvelada: mi cabeza revuelve sus recuerdos, y tú entre ellos te levantas diciéndome siempre: yo te amo: te miro enamorado, anhelante, sufriendo por mí; y cuando voy á arrojarme en tus brazos me detiene una sombra horrible, la sombra de Miguel López. Yo te amaba, me dice: y tu amor me costó la vida: un hijo de otro lleva mi nombre: yo me vengaré en ese hijo de la afrenta que se me ha hecho: Yaye te ama, le amas tú, pero yo, espíritu condenado, vago en derredor de vosotros envidioso de vuestra felicidad... ¡Oh! ¡yo estoy loca, Yaye! todo lo que pasa á mi alrededor me asusta; el más leve ruido me extremece; creo que solo estoy segura á los piés del altar, á donde no se atreven á perseguirme esos recuerdos, ni ese horrible fantasma.

—Pues bien, dijo Yaye: vamos juntos al pié de ese altar, arrodillémosnos ante él, y levantémonos con las manos asidas, esposos.

—¡Y cómo vendrías tú ante el altar del Dios de los cristianos?

—Isabel, ¿creerás en lo inmenso de mi amor, cuando sepas que ese amor me ha convertido?

Doña Isabel lanzó un grito de alegría.

—¿Convertido tú?

—Mira:

Y Yaye se abrió el jubón, y mostró á doña Isabel el relicario con la imágen de la Vírgen, que ella le ha-

bía dado veinte y dos años antes, pendiente de su cuello.

—Pero este relicario quedó en poder de mi cuñada doña Elvira, dijo alentando apenas doña Isabel.

—Es verdad, pero yo se lo hice robar. ¿No sabes que mis monfíes entran en todas partes?

—Y la santa imágen de la Vírgen... ¡oh Dios mío!... ¡y mi amor!.. ¡no me engañes por Dios, Yaye!

—Mi hija Esperanza á quien amo con toda mi alma, es cristiana también como tú; el padre de doña Estrella, de la madre de Esperanza, el rey del desierto de Méjico, profesa también el cristianismo: rodeado de una familia de convertidos, he meditado mucho y me he convertido también.

Doña Isabel miró de una manera vaga, ansiosa, insensata á Yaye, y poniendo sus manos sobre sus hombros, le dijo con la voz desfallecida:

—Júrame que no mientes, Yaye: ¡júramelo!

—Te lo juro por el misterio de la Encarnación del Verbo, contestó Yaye.

—¡Cristiano! ¡cristiano! exclamó extremecida de placer doña Isabel: pues bien: soy tuya, tuya: tu esposa, tu amante, tu esclava, lo que tú quieras que sea.. ¡oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡al fin has tenido compasión de mí!

Y doña Isabel se arrojó entre los brazos de Yaye, le estrechó en ellos, y rompió á llorar.

Yaye lloraba de placer.

—Serenémosnos dijo, retirando suavemente á doña Isabel, y sentándola en un sillón. Es necesario evitar que nuestro hijo nos encuentre encerrados.

—Sí, sí; es necesario, necesario de todo punto que.... que nuestro hijo...

Y doña Isabel se detuvo.

—Para curarle de su ambición, es necesario darle á probar algunos amargos desengaños: yo abdico en él: pero mi nombre y mi espada quedan al frente de los monfíes...

—¡Con que esa guerra es inevitable!

—Has olvidado ya la muerte de Malicatulzarah.

—¡Oh miserables! exclamó con fiereza doña Isabel.

—¿Crees que los castellanos no son unos infames, á quienes si pudiéramos deberíamos exterminar?

—Harto se han ensangrentado con los pobres moriscos.

—Pues bien, Isabel, ha llegado el dia de la venganza: no podremos exterminar á todos los verdugos, pero gran parte de ellos caerán bajo nuestra espada..... y..... ¿quién sabe? Tu amor me engrandece, Isabel mia, el Dios misericordioso á quien adoro, me demostrará que me ha perdonado por tu amor, si me concede el triunfo.....

—Y yo te aliento al combate: antes temblaba, temblaba por mi hijo... pero ahora... ahora que levantas tu corazón á Dios, ahora que solo desnudas tu espada para defender al débil y al oprimido, ahora Yaye, siento hervir en mis venas la sangre de mi raza: levántate, valiente mio, y extermina en nombre del Dios de la justicia á esos miserables asesinos de viejos, moribundos y mujeres: levántate con la espada de Dios en la mano, y cuenta con el aliento de tu esposa...

—Silencio, se acercan... por aquella otra puerta que no está cerrada, dijo Yaye.

En efecto, se oian pasos precipitados.

Levantóse el tapiz y apareció Aben-Aboo, adelantó, se detuvo, y fijó una mirada indescriptible en Yaye y en su madre.

Tras él venia Aben-Jahuar.

—¿Es verdad lo que acaba de decirme mi tío, señor? dijo el jóven con la voz ronca.

—¿Y qué os ha dicho mi buen primo?

—Me ha dicho que mi madre y vos...

—Es verdad lo que mi hermano te ha dicho, hijo mio. Amo á nuestro pariente Sidy Yaye.

—¿Y os casais con él?

—Me caso.

—¿Y vos me dejais la dignidad de emir de los monfíes?

—Sí, porque os amo Aben-Aboo, porque quiero que no tengais celos de vuestro primo Aben-Humeya.

—¿Es decir que vais á ser mi padre...?

—Sí.

—¿Que levantaré vuestra bandera contra los castellanos?

—Sí.

—Yo había creido que todo esto era un sueño terrible, dijo con voz casi sepulcral Aben-Aboo.

—¡Te parece terrible mi casamiento con tu madre, mi abdicación en tí de mi corona! dijo con extrañeza Yaye.

—¿Sabía esto mi tio Aben-Jahuar hace algún tiempo? dijo el jóven señalando con una mirada hosca al morisco.

—No lo ha sabido hasta esta noche.

—Madre, dijo el jóven acercándose á doña Isabel y asiéndola una mano; que Dios os haga feliz; señor, añadió asiendo otra mano de Yaye, os juro que muy pronto habeis de ver el buen uso que hago del poder que me dais.

—Tú serás sin embargo, mi hijo y mi vasallo, dijo Yaye.

—Lo seré, señor.

—Si cumples bien y fielmente, como lo espero, antes de mucho, tu madre y yo nos retiraremos á una vida oscura y pacífica.

—A donde quiera que vayais, allí irá con vosotros el corazón de vuestro hijo.

—Esta noche es la más feliz de mi vida, dijo Yaye: mi hija sale de España con su esposo; una mujer digna del amor de un héroe, me dá con su amor la paz de mi alma, y tú valiente hijo mio, aceptas mi espada, y te aprestas á un combate que ya no puede dilatarse: nuestro pariente el noble Aben-Jahuar nos ayuda con su valor y sus consejos, y Aben-Humeya verá con placer, que ya entre él y su valiente primo no existe motivo de rivalidad. Dios ha querido que llegue este fausto momento. Hagámosnos, pues, dignos de él, aprovechando el tiempo en su servicio, Isabel, añadió volviéndose á ella, no salgais esta noche de vuestra casa: suceda lo que suceda, nada temais. Pero, añadió en voz tan baja que solo doña Isabel pudo oirla; tened mucha cuenta con esa mujer, con esa italiana.

—Pero... murmuró doña Isabel.

—Os va en ello la honra y acaso la vida. Y luego añadió alto: mi valiente sobrino, mi noble primo: ya es tarde y sabeis que nos esperan. Adios Isabel, os repito que nada temais, y, sobre todo, no olvideis lo que os he encargado.

—Adios, señor, dijo doña Isabel: adios hermano, adios hijo mío.

Y al pronunciar estas últimas palabras, se arrojó sollozando en los brazos de Aben-Aboo.

—¡Oh madre mía! ¡madre mia! exclamó el jóven, ¡rogad á Dios!

Pronunció con tal acento Aben-Aboo sus últimas palabras, que doña Isabel, sin poderse explicar la causa de ello se extremeció.

Poco después estaba sola, pensativa, pálida y llorosa al lado de la chi-

menea: una mujer de pié, inmóvil en una puerta, la observaba.

Era Angiolina.

—¡Con que Aben-Aboo es vuestro hijo! ¡con que tú no has tenido otro esposo que el emir! murmuraba la veneciana ¡Ah! ¡ah! ¡mi venganza se va haciendo cada dia más horrible!

Y dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas de aquella mujer singular.

CAPÍTULO XXV.

De qué modo satisfizo Mari-Blanca la honra de su padre.

Cádiar estaba en aquellos momentos completamente desierto.

Nevaba; la leve claridad emanada por el reflejo de la nieve, era la única luz dudosa y fantástica que determinaba de una manera vaga las formas en las estrechas pendientes y tortuosas calles.

Yaye, Aben-Jahuar y Aben-Aboo, se habían deslizado por fuera del pueblo á lo largo de las tapias, en dirección á la montaña.

Reinaba, pues, en la villa, una tranquilidad absoluta y un silencio profundo.

La oscuridad era también densa, modificada solo por el débil reflejo de la nieve.

En ninguna ventana, ni aun por los resquicios se veía luz, á excepción de una casa, en la cual se veía un rojizo reflejo, tras las vidrieras de un balcón.

Aquella casa era la del beneficiado Juan de Ribera.

Además la puerta estaba abierta, y en el zaguán se veían dando guardia algunos soldados y dos alguaciles del Santo Oficio, lo que demostraba que el inquisidor Molina de Medrano se había aposentado casa del párroco.

Mariblanca, maese Barbillo y el niño de coro, estaban atareados en la cocina, cuidando de cazuelas y cacerolas, lo que demostraba también que el beneficiado por temor ó respeto á la Inquisición, se había propuesto obsequiar con una excelente cena de Navidad al señor ministro de la Suprema, Molina de Medrano.

Maese Barbillo y Mariblanca estaban indudablemente en mala disposición de ánimo, iban de acá para allá evitando tropezarse, no se miraban y se mostraban silenciosos y ceñudos.

Pero á primera vista se notaba que el ceño y el disgusto de Mariblanca, nada tenía que ver con maese Barbillo, á quien trataba con una indiferencia, y casi podríamos decir, con un desprecio irritante.

El aspecto sombrío de Mariblanca, era la causa del aspecto hosco de maese Barbillo.

Solo el niño de coro se mostraba indiferente, y dirigía la palabra ya al uno ya á la otra, sin obtener por contestación más que monosílabos.

Sin embargo, una observación del niño de coro vino á dar lugar al diálogo siguiente:

—¿Sabéis señora Mariblanca, que esta Noche-Buena pasa lo que nunca ha pasado? dijo el niño de coro.

—¿Y qué pasa esta Noche-Buena que no ha pasado en otras, Cristobalillo? dijo Mariblanca mirando con recelo al muchacho.

—No andan mozos por las calles, respondió el niño.

—Nieva y hace frío, repuso Mariblanca.

—El año pasado nevaba más y el frío no podía resistirse, y acuérdese vuesamerced, señora ama; á estas horas todo era cuadrillas de mozos, y había un ruido de zambombas, rabeles y villancicos, que daba gozo.

—Tiene razón Cristobalillo, dijo el sacristán, esta noche parece Cádiar un cementerio.

—¿Qué entendéis vos de eso maese Barbillo? dijo con despego Mariblanca: si esta noche no rondan ni cantan, será porque no quieren, ó porque tienen miedo ó frío, y sobre todo, ¿qué se os dá?

—Sin duda que habéis pisado alguna mala yerba, María; dijo maese Barbillo.

—Pudiera ser, contestó Mariblanca.

—Y tanto como que puede ser: y á propósito, ya que se os sacan algunas palabras del cuerpo: ¿qué diablos haciais en la cañada de San Juan esta tarde?

—¡Yo! contestó con precipitación Mariblanca.

—No me queráis negar que habéis ido á la cañada de San Juan: os he visto yo al pasar por el camino cuando iba á Yátor con el señor beneficiado.

—¿Quién ha traido los berros de la ensalada? dijo Mariblanca.

—Es verdad que en la cañada de San Juan hay muy buenos berros; pero tambien hay muy buenos hongos, de los que habéis traido una cantidad no pequeña.

—Os engañais, lo que yo he traido son setas.

—Os digo que son hongos, y os advierto que por lo que pueda suceder arrojéis al albañal esa cazuela de truchas que con los hongos habéis guisado.

—No la serviré á nadie, maese Barbillo, dijo Mariblanca; porque ese guiso de setas y truchas le he hecho yo para mí.

—¡Ah! eso es distinto: entonces si solo para vos lo habéis hecho, voy creyendo que serán buenas setas y no hongos, porque vos no querréis morir envenenada.

—¡Yo! ¡tan desesperada creéis que esté!

—No lo digo por tanto... pero hé aquí que son las once... Cristobalillo anda vete á vestir al señor beneficiado, que dentro de poco tendremos que ir á la iglesia á la Misa del Gallo.

Cristobalillo miró picarescamente al sacristán y al ama, y salió cantando un villancico.

Apenas se quedaron solos, cuando maese Barbillo tomó otro talante y se encaró con Mariblanca.

—¿Por qué estáis tan mal carada y tan silenciosa? le dijo.

—¡Qué, no puedo yo tener la cara que mejor me convenga! dijo Mariblanca.

—Creo que yo tengo derecho preguntaros.

—¡Vos! ¿y quien os le ha dado?

—Tenemos tratado casarnos.

—¡Se tratan tantas cosas que no se cumplen!

—Señora Mariblanca; me parece que habéis variado mucho.

—¿Qué os he concedido otro día más de lo que os doy ahora?

—¡Ah! ¡ah! es verdad que hace mucho tiempo que me estáis haciendo penar.

—Dejadme en paz. Barbillo, y no me canséis con vuestras quejas ni con vuestros celos; ningún motivo os he dado; ningún favor os he hecho....

—Ya lo creo, como el licenciado tiene ojos de lince...

—Ya sabéis que el licenciado me importa tanto como vos: en una palabra, Barbillo: solo he querido á un hombre; solo he sido de un hombre, y es disparate pretender que sea de otro... lo entendéis... si no lo entendéis, bien claro os lo digo: acordáos de ello siempre, y no me fastidiéis más.

—¿Pero por qué me habéis prometido?...

—Porque no me atosiguéis contínuamente.

—¿Es decir que no seréis mi mujer?...

—¡Yo!... ni de vos ni de nadie.

—Ya, ya lo creo; no habia querido deciros nada porque no me dijérais que era celoso; pero se conoce que ha vuelto al pueblo el capitán Diego de Herrera.

—Y bien, para que no os coja de susto: sabed que me caso con el capitán.

—¡Que os casais!

—Sí por cierto: por toda una eternidad.

—¡Ah! ¡ah! ¡con un miserable que os insultó!...

—Señor Barbillo, dijo á la puerta de la cocina el niño de coro.

—¿Qué diablos quieres? dijo Barbillo irritado por aquella intempestiva interrupción.

—No soy yo quien quiere, sino el señor beneficiado. Me ha dicho que vayamos á la iglesia.

—¡Pero si acaban de dar las once!

—No importa: como oficia el señor inquisidor...

Maldijo Barbillo en su foro interno al inquisidor y al beneficiado, y empezó á quitarse su mandil de cocinero.

—¿Y vos no ireis á la misa del gallo? dijo á Mariblanca.

—Ya veis que tengo que acabar de arreglar la cena.

—Es verdad: como tenemos convidados...

—Señor Barbillo, dijo otra vez el niño de coro: que el señor beneficiado y el señor inquisidor van ya camino de la iglesia.

—¿Nos veremos luego Mariblanca? dijo el saeristán.

—Ciertamente, porque yo creo que vendreis á cenar.

—Después...

—¿Después de la cena?

—Sí.

—Tengo un convidado.

—¿El capitán?

—Cierto: le espero... para pelar la pava...

Barbillo lanzó una mirada de tigre á Bariblanca, y salió.

La jóven quedó sola en la cocina.

Esperó á que pasase algún tiempo, y luego tomó una bujía, la encendió y salió al zaguán.

No habia nadie: sin duda los soldados y los alguaciles habían seguido al inquisidor.

La puerta de la calle estaba cerrada con llave.

—¡Ah! ¡ah! dijo Mariblanca: me habeis dejado encerrada, pero yo voy á encerrarme más; habeis salido de la casa y no volvereis á entrar, yo os lo juro.

Y echó los cerrojos por la parte de adentro de la puerta y á más de esto la atrancó.

Luego recorrió la casa. Nadie había en ella.

Entonces bajó al huerto, apagó la luz, se acercó á la tapia y cantó un villancico de Navidad.

Se oyó fuera un silbido y Mariblanca calló.

Poco después al escaso reflejo de la nieve se vió trepar á un hombre por la tapia y saltar al huerto.

Mariblanca se extremeció, adelantó hacia el bulto y exclamó:

—¡Padre! ¿eres tú?

—Yo soy, dijo una voz ronca.

—Ven, ven conmigo, le dijo asiéndole de una mano.

Y condujo á su padre á un sotechado, abrió una puerta y le introdujo en una habitación oscura.

—Espera aquí, le dijo.

—¿Qué aposento es este? dijo la misma ronca voz.

—Es el mio. Espera, voy por luz.

Mariblanca salió y poco tiempo después volvió con dos bujías que puso sobre una mesa.

Aquella mesa estaba cubierta por

un mantel y por un servicio para dos personas.

—¿Me has convidado á cenar, mi buena hija? dijo Melik-el-Ferih, que él era, mirando de una manera profundamente amenazadora á la jóven.

El Ferih llevaba el traje característico de los monfíes é iba completamente armado.

—Te he convidado para que conozcas á tu hija.

—Tú deshonraste á tu familia.

—Me cegó el amor de un hombre.

—Tú renegaste del Dios Altísimo y Unico.

—Por salvar la honra de mi familia.

—Tú huiste de mi casa.

—Creí haber matado al infame que se burló de mí.

—Has sido manceba de un clérigo.

—Quien te ha dicho eso ha mentido, padre: tu hija ni ha dejado de ser honrada, ni ha dejado de ser mora. Tú verás, padre, tú verás, cómo satisface tu honra tu hija.

Movió fatídicamente la cabeza el Ferih.

—Si no quedas satisfecho, padre, mátame... pero espera... espera... y verás que tu hija es digna de tí.

—¿Pero qué pruebas puedes darme...?

—Estoy esperando de un momento á otro al capitán Diego de Herrera.

—Para cenar con él....

—Sí, para cenar con él. Y ya es la hora, padre, ya es la hora, exclamó con voz lúgubre Mariblanca.

—¿Y quieres que yo asista á tu cita?

—Escóndete.

—Esconderme...

—Sí, escóndete en mi alcoba y espera.

Y la jóven llevó tras las cortinas de su alcoba á su padre que la siguió fascinado por el aspecto, por el acento, por la mirada singular de Mariblanca.

La jóven salió entonces al huerto.

Durante algunos instantes el aposento permaneció desierto; al fin, se abrió la puerta y apareció Mariblanca llevando de la mano al capitan Herrera.

Este venía casi ébrio y se arrojó cansado sobre una silla.

Mariblanca salió y trajo algunos platos que puso sobre la mesa.

—¿Sabes, Alida, la dijo el capitán, que ha sido mucho que me acuerde de tu cita? Solo el amor que te tengo ha podido ayudarme, como que hemos estado bebiendo de lo lindo mi cuñado Ocampo, el alférez de la compañía y yo.... Vamos, esto es asunto de que nos vayamos cuanto antes á descansar como dos buenos casados: no sé, no sé como he podido trepar por la tapia: tu amor siempre, tu amor que me daba fuerzas. ¡Vive Dios y qué hermosa está la muchacha!... ¿Sabes Mariblanca, que me se va quitando la borrachera.

—¿Sabéis, señor mío, que á mí no me gustan los hombres borrachos? dijo sonriendo dulcemente Mariblanca.

—¡Ira de Dios! á fé que cuando vine al pueblo no me acordaba, no, vive Dios, no me acordaba de tí, y si no te veo... ¡bah! no hubiera vuelto á acordarme... pero así que te ví.... ven y dame un abrazo Alida.

—No he de acercarme á ti, mientras estés de ese modo.

—Pues entonces para rato tenemos... vamos... ha sido una buena broma... como nuestra... es necesario si has de ser mi mujer que te vayas acostumbrando á esto.

—Diego, comiendo se quita la embriaguez.

Y Mariblanca servía un plato al capitán.

—Comiendo, eh? ¡pues comamos! así como así, solo hemos bebido... y

tengo apetito. ¡Ah! ¡ah! ahora el señor beneficiado estará en la iglesia bien ageno de que su ama se divierte con un buen mozo.

—El capitán comía con apetito.

Mariblanca se sirvió del mismo manjar y al llevar el primer pedazo á la boca se puso pálida y se extremeció; sin embargo comió.

—¡Qué felices vamos á ser Diego! dijo Mariblanca: ¡oh! ¡qué felices! ¡vamos á estar eternamente juntos!

—Juntos eternamente... por ahora no me desagrada: eres hermosa y jóven y me amas .. vaya si me amas... pero dices eso de eternamente de un modo...

—Te juro que estaremos juntos hasta la muerte.

—No te conozco muchacha, dijo el capitán engullendo siempre: antes eras más desconfiada: y ahora hablas con una seguridad... ¡diablo! no parece sino que sabes cuando nos vamos á morir.

Mariblanca soltó una carcajada que heló la sangre al capitán.

Tan aguda, tan acerada por decirlo así, tan sarcástica, tan llena de crueldad y de odio había resonado aquella carcajada en sus oidos.

—Tienes una manera muy singular de reir, niña, dijo el capitán.

—Es verdad, cuando te conocí reía de otro modo. Es verdad que entonces era feliz y confiada... después... han pasado diez años, diez años de vergüenza y de tormento y lentamente mi risa ha cambiado hasta convertirse en esa risa de odio y de venganza.

Y soltó otra carcajada más terrible.

El capitán se levantó: Mariblanca se levantó también.

—¿Qué significa esto? exclamó: ¿qué burlas son estas, Alida?

—Estas son burlas con que pago la burla que me hiciste: esto es que no confío mucho en el puñal que ya me engañó una vez, y te hiero de una manera más segura, capitán Herrera.

—Vamos, tú estás loca Alida, dijo el capitán sentándose de nuevo: con todo eso solo consigues que mi embriaguez se aumente, y que me ponga malo. Dejémonos de niñerías, sigamos nuestra cena, y hablemos como buenos amigos. Ponme más de estas truchas Alida; están muy sabrosas.

—Basta con lo que hemos comido, Diego, para nuestro viaje.

—¿Qué viaje?

—El que vamos á hacer juntos dentro de un momento á la eternidad.

—¡Un viaje á la eternidad! exclamó el Ferih saliendo de repente de detrás de las cortinas de la alcoba.

—¡Un monfí! exclamó el capitán.

—Mi padre, testigo de nuestra boda, Diego, dijo Mariblaca y soltó otra carcajada.

—Pero ese manjar que has comido... estás pálida, lívida... hija mía, exclamó el Ferih que al fin era padre.

— Eran truchas, con hongos venenosos de las umbrías de la cañada de San Juan; en la salsa había jugo de yerbas.

—¡Ah! ¡infame ramera! exclamó el capitán que aun conservaba sus fuerzas, lanzándose sobre Mariblanca.

Pero el Ferih le asió del cuello y ciego de furor, le dió de puñaladas.

El capitán cuando le soltó el Ferih, cayó desplomado debajo de la mesa.

—¡Mata ahora á tu hija, padre! exclamó Alida, repitiendo otra horrible carcajada.

—¡Oh! ¡matarte! !matarte! hija mia! !no, yo te perdono: yo quiero que vivas: yo durante mi destierro de España no te he olvidado un solo dia: yo no me hubiera atrevido á matarte.

—Me he atrevido yo porque estoy deshonrada: porque le he visto otra

vez... he visto al miserable... le amo... y él... él no me amaba... solo pretendía volver á burlarme...

—Pero... es necesario que vivas... es necesario pedir socorro...

—¿Para qué?... ¿para que la justicia encuentre aquí al capitán asesinado?

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! y cada vez te pones más pálida...

—Solo hay un remedio... una yerba... y esa yerba...

—Está en la montaña, exclamó con desesperación el Ferih.

Y luego añadió con un acento de resolución suprema.

—Pero no importa... no... yo te salvaré.

Y asiendo á su hija, la cargó sobre sus hombros; salió al huerto, buscó el postigo, dejó por un momento á Alida en tierra, violentó el postigo con sus fuerzas de toro y dió á correr con ella, por las desiertas calles hacia la salida de la villa.

En el momento en que salía el Ferih del pueblo con su preciosa carga, tocaban á la misa del Gallo las campanas de la iglesia.

—Es de noche, decía Alida dejándose conducir, y con voz ya bastante débil: es de noche y no encontraremos la yerba, padre.

El Ferih rugía.

—La nieve cubre la montaña..... no encontrareis la yerba, repetía con voz más débil Alida.

El Ferih forzaba su carrera rugiendo como un leon.

—La Muela del Ermitaño donde se encuentra la yerba está lejos, y habré muerto antes de que llegues.

El Ferih corría y lloraba.

De repente Alida se retorció entre sus brazos y dió un horrible grito.

El Ferih sintió un extremecimiento de horror.

—¡Padre! ¡padre! exclamó Alida llorando: mátame, porque padezco horriblemente.

El Ferih se detuvo dominado por el horror de la situación.

Estaba en el campo á la salida del pueblo, y se había parado bajo el saliente de una roca.

El horror, la fatiga, le obligaron á descansar un momento; se sentó y al poner la mano sobre el suelo se extremeció de alegría.

Había creido tocar la yerba salvadora.

Arrancó algunos tallos y los mordió.

Entonces lanzó una exclamación indescriptible.

—¡La bendita yerba de San Juan! exclamó.

—Es ya tarde, dijo Alida con voz apenas perceptible.

—¡Tarde hija mía! ¡tarde! ¡Dios nos favorece! toma, la yerba de San Juan te salvará.

—Es tarde... tarde... dijo Alida, yo muero: véngame padre... un cristiano me ha asesinado.

El Ferih pretendió introducir en la boca de su hija el jugo de la yerba salvadora, pues Alida tenía los dientes fuertemente apretados por el dolor: cuando arrostrándolo todo el Ferih logró abrir con su puñal los dientes de Alida, la cabeza de ésta cayó desplomada.

Ya todo era inútil: la infeliz había muerto.

En aquel momento repicaron á Gloria las campanas de la iglesia de la villa.

El monfí que había quedado mudo, aterrado, replegado sobre su hija, se alzó rígido y trémulo.

No dió un solo grito, no derramó una sola lágrima, pero exclamó de una manera terrible:

—¡Los cristianos! ¡siempre los cristianos! ¡ayer mi honra! ¡hoy su vida!

¡Necesito la honra y la vida de todos los castellanos!

Y se llevó á la boca una bocina y la tocó, haciendo retumbar las breñas.

Y luego de breña en breña se oyeron á la redonda toques de bocina, y á aquella señal, saliendo de entre las quebraduras, avanzaron en círculo y á la carrera sobre Cádiar los monfíes.

Las campanas seguían repicando á Gloria.

CAPITULO XXVI.

De cómo fué para la villa de Cádiar y para otras muchas en las Alpujarras una noche muy mala la Noche-Buena de 1568.

Apenas los monfíes en un número considerable habían cargado sobre la villa, cuando aparecieron en un repecho cercano, dos bultos informes.

Iban envueltos en capas, y bajo de ellas asomaban dos largos arcabuces, á juzgar por las apariencias.

—Ha llegado el momento, amigo mio, dijo uno de aquellos bultos al otro: las campanas de la villa han dado sin saberlo la señal á las bocinas de los monfíes. La jornada va á ser caliente, con que preparaos, señor Cisneros.

—Tan desesperado estoy Godinez, repuso Cisneros, que me importa muy poco lo que pueda suceder. ¿Pero qué diablos vamos á hacer en la villa?

—Ya veremos: aproximémosnos entre tanto y esperemos una ocasión favorable, yo os avisaré. Hasta entonces andad y callad.

Siguieron adelante Cisneros y Laurenti, vencieron el repecho, y se perdieron en un barranco.

Entre tanto, los cristianos de la villa y aun algunos moriscos, llenaban la iglesia en que se celebraba la misa del gallo.

El presbiterio estaba hecho un ascua de oro, como suele decirse: tantas luces brillaban en él.

El órgano trocando las graves notas de la música sagrada por las ligeras y alegres de los villancicos llenaba el templo de armonía, unido á las voces de los niños de coro, y á las de algunas mujeres á quienes por gran merced había permitido cantar en aquella ocasión el inquisidor Medrano.

Todo parecía alegre, todo tranquilo: sin embargo, había al pié de las gradas del presbiterio cuatro soldados de la fé, con las alabardas enhiestas, dos á cada lado, y en la puerta de la iglesia había una respetable guardia de soldados de la compañía de Diego de Herrera, mandada por un sargento.

Esto podía ser muy bien en honor del Santo Oficio, representado en Cádiar por el licenciado Molina de Medrano; pero en realidad había algo de temor: el suspicaz miembro del Consejo de la Suprema, no había visto sin recelo ciertas señales de agitación en la villa, aunque recatadas, y el silencio sepulcral de aquella noche, por lo general ruidosa en las poblaciones cristianas: se había rodeado de soldados y alguaciles y confiando demasiado en el terror que infundían el rey y la Inquisición celebraba su misa tranquilo.

El corregidor por su parte, había acudido á la iglesia rodeado de alguaciles armados, con ánimo de rondar por la villa así que concluyese la misa, y Hurtado de Ocampo, medio borracho, decía á sus conocidos sin respeto al lugar en que se encontraba:

—No os extrañe la falta de mi cuñado, porque se ha ido á soplarle el ama al beneficiado Juan de Ribera

mientras está entretenido en la iglesia.

Unos se escandalizaban, y otros se reian; seguían entre tanto los villancicos, la misa tocaba á su fin, y el pueblo parecía tranquilo.

De repente se oyó á lo lejos una campana que tocaba apresuradamente á rebato.

Aquella campana era del convento de San Francisco: poco despues sonaron en la plaza arcabuzazos, y algunos vecinos se lanzaron despavoridos en la iglesia gritando:

—¡Cerrad las puertas! ¡cerrad las puertas, y á las armas! ¡Los monfíes están en la villa!

Sucedió á estas palabras un alarido general y una confusión horrorosa: los más valientes de los hombres desnudaron sus espadas: los demás y las mujeres corrían sin saber á dónde, y los moriscos que había en la iglesia se levantaron armados, y corrieron al presbiterio donde estaban aturdidos el inquisidor Medrano, el beneficiado Juan de Ribera y el licenciado Arias.

Y enmedio de aquel primer tumulto, de aquella confusión, entre los disparos que sonaban en la plaza, entre los gritos de terror de los cristianos se oía gritar á los moriscos que empezaban á herir en la multitud y abrirse paso hasta el altar:

—¡Le ille Allah!

Los soldados de la fé, los alguaciles y algunos hombres esforzados se batían desesperadamente al fondo de la iglesia, en tanto que Juan de Ribera, el licenciado Arias, Molina de Medrano y maese Barbillo escapaban por la sacristía.

Pero al entrar en ella el inquisidor se sintió cogido y al volverse vió dos ojos ardientes como dos brasas, fijos en los suyos.

—Yo soy Aben-Aboo, le dijo quien le había cogido: yo soy quien he jurado beber tu sangre, miserable lobo, y ha llegado la hora.

Y arrastraba hacia la iglesia al inquisidor.

Ya en otro lugar hemos tenido ocasión de dar á conocer que si la crueldad era el pecado culminante del inquisidor Medrano, no tenía ni un tanto de la noble virtud que ha ceñido una aureola á la frente de los mártires del cristianismo; carecía absolutamente de valor, y por lo tanto de dignidad.

Asi es, que rompió á llorar y á pedir piedad á gritos.

Pedir piedad á Aben-Aboo era lo mismo que pedir dulzura al acíbar, suavidad á una zarza, agua á una roca.

Aben-Aboo seguía arrastrando al inquisidor hacia la iglesía con un gozo feroz.

Cuando Aben-Aboo asomó á la puerta de la sacristía, el espectáculo que presentaba el templo era terrible.

El combate había cesado; todos los que habían resistido estaban por tierra: solo quedaba la matanza continua, cruel, gozada con una lentitud horrible por los monfíes.

Brillaban por todas partes las antorchas y los yataganes ensangrentados, y tenían lugar escenas repugnantes, horribles; todo género de excesos cometidos con las mujeres sobre la sangre de sus padres, de sus hermanos, de sus hijos y de sus esposos.

Herían, los monfíes y los moriscos, mataban y despedazaban, ébrios de furor.

—No mateis á las mujeres, decía un monfí, cuyos ojos irradiaban una mirada insensata; no las mateis, antes afrentadlas, deshonradlas, delante de su Dios, de sus padres, de sus esposos, como ellos han deshonrado á nuestras hijas; no mateis tan aprisa: bebamos gota á gota la sangre de

os castellanos; gota á gota como ellos han bebido la de nuestros padres, y la de nuestros hijos: no los mateis como mata el león en el combate, sino como matan los clérigos en la Inquisición. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y aquel hombre que blandía con furia un largo puñal ensangrentado, soltó una carcajada horrible, dolorosa, la carcajada de un loco.

Aquel hombre era Melik-el-Ferih.

El padre de Mariblanca.

. . . . . .

El autor siente una verdadera repugnancia, una repugnancia de horror, al llegar á este sangriento episodio de la historia de aquellos tiempos; porque lo que el autor va á contaros, no es el aborto monstruoso de una imaginación calenturienta; son hechos terribles, resultado de la presión brutal de un despotismo sombrío y cruel ejercida sobre los moriscos del reino de Granada en un espacio de setenta y seis años: durante ellos, los moriscos no habían sido tratados como hombres, sino como cosas de que disponía á su antojo el feroz conquistador: cuantas rapiñas pueden inventarse, cuantos excesos pueden cometerse, cuantas afrentas pueden inferirse, cuantos dolores pueden causarse, todo lo habían sufrido los moriscos: no se había procurado asimilarlos por medio de la tolerancia y del tiempo al pueblo vencedor, bajo la triple faz de la religión, las leyes y las costumbres; no se había procurado su refundición lenta, pero segura en la gran masa del pueblo español; no se había cuidado de aligerar el yugo, como lo exigían la fé de los tratados, la política, y para decirlo de una vez, la caridad: desde el principio, desde el día siguiente al de la conquista de Granada, se había tendido á destruirlos: España, embrutecida, fanatizada por sus frailes, no conocía los grandes beneficios que debía á la civilización de los árabes y de sus descendientes los moros; si tenía industria, aquella industria era originaria de árabes; si se había suavizado la gótica rudeza de sus costumbres, á su contacto contínuo con los árabes lo debia: si su agricultura había mejorado, si los antes yermos campos habían sido transformados en fértiles campiñas por los canales de riego, aquellos canales los habían abierto los árabes: si sus médicos, si sus letrados sabían algo, aquellos médicos, aquellos letrados habían ido á beber la ciencia á las escuelas de Córdoba, ó la habían encontrado en los libros que de aquellas escuelas salían como otras tantas antorchas luminosas: el espíritu civilizador del pueblo árabe, se había infiltrado de una manera profunda en el pueblo español: de ellos había tomado este en el lenguaje un número incalculable de voces, en sus códigos gran número de leyes; había adoptado casi por completo sus sistemas monetario y administrativo, y hasta la denominación de sus ministros de justicia, y de muchos de los altos cargos del Estado: al poco tiempo de la dominación de los árabes en España, el jefe de las fuerzas marítimas de los solariegos, de los españoles indígenas, se llamaba almirante; alcalde, el juez; alcaide, el gobernador de plaza fuerte; alguacil, el encargado de las obligaciones menudas de la ley; su arquitectura, sus trages, sus armas, tomaron su bello carácter oriental que las distingue de los edificios, de los trages y de las armas de los otros Estados contemporáneos de Europa, y hasta en su religión existe, como un testimonio irrefragable de la influencia de los árabes sobre los solariegos, el misal mozárabe: ellos, con sus órdenes religiosas de los rabits y los morabithos, dieron la norma de las órdenes religioso-militares, y hasta

en las diversiones públicas nos legaron las justas, las cañas, la lidia de toros: en poesía, en música, nos dieron su carácter y sus instrumentos: la buena poesía española de nuestros tiempos aun conserva el sonido cadencioso, y la forma hiperbólica de la poesía árabe, y aun conservamos la guitarra como instrumento de placer; el timbal y el tambor como instrumentos de guerra: nuestras enseñas de honor, las banderas que nos han llevado tanto tiempo al combate y al triunfo, no son las águilas romanas; nosotros, cuando más, hemos heredado de los romanos el estandarte, copia del lábaro; pero la bandera, y sobre todo el antiguo pendón de dos puntas de Castilla, son una copia de las divisas que ondeaban en su centro las apiñadas taifas de los sectarios del Profeta.

¿Pero á qué esforzarnos en demostrar la influencia que tuvieron y aun tienen sobre nosotros, la civilización y las costumbres de los árabes?

Basta pisar el territorio español para encontrar las profundas huellas del paso de aquel pueblo extinguido: el castillo, la catedral, la villa, la campiña, muestran por doquier en España la forma del pueblo árabe: su lenguaje, sus costumbres, sus cantos populares, sus fiestas, conservan aún vivo entre nosotros el espíritu de aquel pueblo, que pasó, como un meteoro, con el rápido vuelo de la conquista, desde el Yemen hasta los Pirineos, dejando por doquiera las señales indelebles de su paso. Puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que la mitad de la sangre española es sangre árabe; en una palabra, que si fueron nuestros abuelos los solariegos descendientes de Pelayo y de Teodomiro, también lo fueron los descendientes de los que vinieron de Oriente acaudillados por Tarck y por Muza.

¿Quereis conocer una mujer típicamente árabe? Id á Andalucía ó á Valencia.

¿Quereis encontrar ese tipo en toda su pureza, en todo el esplendor de de su indolente y magnífica hermosura?

Enriscaos en las Alpujarras; recorred nuestro litoral del Océano desde Huelva á Gibraltar, el del Mediterráneo desde Gibraltar á Valencia: mezclaos entre sus habitantes, escuchad su lenguaje, observad sus coscostumbres, estudiad sus pasiones, y habreis conocido en toda su pureza á la mujer de la raza de Oriente importada á España por los árabes.

Oid la poesía de ese pueblo.

Encontrareis el romance árabe con toda su síntesis, con toda su expansión, con todo su sentimiento: un poema de amor, de dolor, ó de esperanza en cuatro versos, en una copla; poemas no escritos, improvisados por el corazón, cantados por la felicidad, por la desesperación ó por el deseo.

Y presenciad sus bailes, acompasados por una guitarra y acompañados por ese canto; contemplad el corto zagalejo de la que baila, con sus rayas de vivos colores; su corpiño de pana negra ceñido á un talle, á una espalda, á un pecho y á unos brazos incomparables; ved ese pañuelo de mil colores que apenas cubre una magnífica cabellera, y se anuda ligeramente bajo la barba de un semblante encantador ligeramente moreno ó deslumbrantemente blanco, cuyos ojos negros ó garzos despiden relámpagos de pasión, y cuya boca sonríe, como ayudando á los ojos en su guerra contra el corazón del que los ve sonreir y mirar; observad á ese jóven moreno que baila con ella, con su pañuelo en la cabeza su chuba ó su chaqueta, su ancha faja encarnada, sus anchísimos zaragüelles, ó su ajustado calzón, su media y su alpargata, ó su

botín labrado y su zapato blanco: observad la contera de la vaina del cuchillo, ó el extremo de las cachas de la navaja saliendo del bolsillo interno del lado izquierdo de la chaqueta: oid el repique de las castañuelas, las palmas de las gentes del corro, acompañando á la guitarra, á la copla, al baile; mirad el paisaje esplendoroso que os rodea, levantad los ojos al radiante cielo que inunda de una luz fuertemente meridional el cuadro, y podréis afirmar que casi habéis visto una zambra árabe.

Tan fuertes raices había echado en el suelo español ese pueblo, de tal manera había mezclado su sangre de vencedor con la sangre del vencido, que la única diferencia esencial que existía entre ambos pueblos eran dos libros, por otra parte muy semejantes: quitad á los árabes de España el Koram y dadles la Biblia, ó quitad la Biblia á los solariegos y dadles el Koram, y no encontraréis más que un solo pueblo, pero un pueblo maravilloso.

Dícese que los árabes españoles tenían mucho del carácter de los solariegos.

Nosotros decimos que los solariegos habían tomado mucho, todo lo que habían podido tomar de sus enemigos, y que se parecían mucho á ellos.

Por lo mismo después de la conquista de Granada, una política tolerante, amplia, fecunda, protectora; simplememente el religioso cumplimiento de los tratados, hubiera sido bastante para refundir á los moriscos, sin violencia, de una manera lenta, sí, pero segura, en el pueblo español.

Para esto hubiera sido necesario que los hombres de la conquista hubiesen sido tolerantes é ilustrados y no eran ni lo uno ni lo otro.

Desde el último tercio del siglo XV el estado político de España había variado completamente de faz: durante la edad media, la nobleza robustecida por las concesiones forzosas de los reyes, había llegado á hacerse prepotente: entonces no existían más que dos poderes: la alta nobleza en la cual se refundía el alto clero, y el estado llano, ó sea las universidades como llamaban á la muchedumbre en Aragón, ó las comunidades como la llamaban en Castilla: el trono se encontraba anulado, sin fuerza propia, con una autoridad prestada entre la alta nobleza, con sus escandalosos privilegios feudales, y el estado llano con sus fueros populares y su bravío espíritu de independencia: rebelábanse de una parte los nobles por el más fútil pretexto contra la corona; negaba á esta por otra parte subsidios de hombres y dinero en las cortes el estado llano, para lo cual bastaba que la petición real pareciese atentar, aunque remota y levísimamente á los fueros y libertades del reino: compraba el rey partidarios, en la nobleza con mercedes dispendiosas, en el estado llano con franquicias y fueros que hacían cada vez más precaria y más nula la autoridad real. Enrique II se vió obligado para ser rey á repartir en mercedes el patrimonio de la corona: Enrique III llegó hasta el punto de no tener un día que comer; don Juan el II se vió obligado á pedir á su favorito dinero para comprar su jubón nuevo, y Eurique IV hubo de contemporizar con los bandos, humillarse, deshonrarse, deshonrar á su esposa, desheredar á su hija, sin librarse por eso de ser destituido é insultado en estátua por la facción rebelde, y de ver proclamado rey á su hermano el infante don Alonso.

La corona necesitaba vengar los ultrajes que debía á la nobleza: esta había escarnecido el poder real du-

rante centenares de años, y había pesado con gravámenes insoportables sobre la masa común. Habían llegado á tal punto la ambición, la rapiña y la corrupción de los nobles, que era imposible que pasaran adelante: la codicia y la soberbia los habían dividido de tal modo, que bastaba dejarlos entregados á sí propios para que se destruyesen.

Al subir al trono Isabel de Castilla, su marido Fernando de Aragón, comprendió que era llegado el momento de destruir de una manera radical y para siempre el poder de la nobleza: pero era Fernando V demasiado astuto y político, para exponer á un fracaso sus proyectos de restauración del poder real obrando de una manera violenta, impremeditada y prematura. Necesitaba contemporizar para ganar tiempo y procurarse sus medios de combate, y contemporizó: necesitaba destruir al alto clero y á la alta nobleza, y buscó á los enemigos de aquellos dos poderes en el bajo clero y en el estado llano: el bajo clero le dió al famoso fray Francisco Jimenez de Cisneros, al fanático ermitaño del Castañar, al hombre que poseía la humildad más vanidosa y más soberbia de que puede encontrarse ejemplo, con una tenacidad invencible, á la cual se ha dado nombre de firmeza, y con un ascetismo sistemático y feroz al cual se ha dado nombre de virtud: hombre de acero: profundamente reservado y suspicaz, dotado de alguna instrucción, pero de miras estrechas, poco previsor y extremadamente testarudo.

Fernando V vió en él un ariete y le aprovechó, le elevó gradualmente hasta ponerle á la altura de aquellos con quienes debía combatir, y le apoyó con todo el poder que le daban las circunstancias y con los elementos de fuerza de las diferentes coronas que poseía.

Fray Hernando de Talavera, y fray Tomás de Torquemada, fueron dos instrumentos poderosísimos que el bajo clero dió á los Reyes Católicos, y en cuanto al estado llano, le dió en la Santa Hermandad un ejército que debía contrapesar la prepotencia de la nobleza.

Alarmada esta, representó contra la organización de la Santa Hermandad, á pretexto de que con esta reorganización se lastimaban sus privilegios, pero ya era tarde: fuerte Fernando para la lucha, la había empezado incorporando á la corona los maestrazgos de las órdenes miiitares, levantando ejércitos permanentes pagados por las ciudades, y acabando al fin por instituir la Inquisicion, tribunal terrible, con el cual, después de amansada la nobleza á la que se había arrancado sus banderas, esto es, sus ejércitos particulares, y sus guaridas, esto es, sus castillos que fueron desmantelados, debía contener al pueblo.

La nobleza había muerto como poder, herida por el cetro de los Reyes Católicos: habíase apoyado la corona para vencer á la alta nobleza y al alto clero, en el estado llano y en el clero bajo, pero dándola celos aun el poder popular, que le había ayudado á su triunfo, se alió estrechamente con el altar, y la Inquisición y el rey fueron ya los únicos poderes que imperaron de una manera absoluta: dependiente la Inquisición de la corona, es verdad, pero activa, incansable, ambiciosa, tendiendo en tiempos no muy distantes al dominio universal, llenó de hogueras las plazas públicas, de víctimas los calabozos, de horror la historia: la razón fué proscrita, la discusión anatematizada, la libertad de conciencia perseguida, la familia espiada hasta en lo íntimo de sus hogares: todo fiscalizado, todo subordinado á los intereses del trono y del

altar y todo empequeñecido, como debía serlo, para dar fuerza á aquellos dos astutos poderes, que habían sabido engrandecerse con los mismos elementos que les eran contrarios.

Cuando aconteció la conquista de Granada, se había operado ya la maravillosa transformación política de España: el gran cardenal don Pedro de Mendoza había creado la Inquisición, los tercios reales estaban organizados, y los altivos ricos hombres, los que pocos años antes podían llamarse pequeños reyes, servían á sueldo bajo el estandarte real: tres años después de la conquista, fray Francisco Jimenez de Cisneros era cardenal arzobispo de Toledo, canciller mayor de Castilla y ministro universal: fray Hernando de Talavera, confesor de la reina, arzobispo de Granada; y el sombrío, el terrible domínico fray Tomás de Torquemada inquisidor general: las comunidades religiosas habían sido reformadas, la Inquisición había quemado millares de criaturas, Colón había descubierto un nuevo mundo, y las prepotentes banderas españolas amenazaban á la Europa.

En tales circustancias, los moros de Granada habían rendido pleito homenaje á los Reyes Católicos: esto es, se habían confesado sus vasallos.

La tiranía y el fanatismo dominaban de consuno: el altar empezaba á predicar el derecho divino de los reyes, y la corona apoyaba fuertemente el exclusivismo de Roma; continuaban en ejercicio muchas de las bárbaras leyes de la edad media, y los jueces de una parte, los inquisidores de otra, y el elemento militar por último, empezaron á pesar sobre la antigua tolerancia que tan amplia había sido en Castilla y sobre las libertades públicas que no podían ser compatibles con la autoridad real tal cual se quería que esta autoridad fuese.

El primer acto de intolerancia de los Reyes Católicos, fue la expulsión de los judíos.

Treinta mil familias industriosas salieron de España á consecuencia de aquella medida hija del fanatismo religioso.

Dado este golpe á los judíos se reparó en los moriscos.

El feroz fanatismo de los preclaros varones que sustentaban el pendón de la fe en España, oncontró que era una cosa muy dura que los vencidos siguiesen en la práctica de su religion, de sus leyes y de su dialecto nacional, en el uso de sus trages y en la práctica de sus costumbres.

Empezáronse á violar las capitulaciones de la conquista de una manera curva, casuística: encontróse que había entre los moriscos una clase de gente llamada *elches,* esto es, descendientes de cristianos que en otro tiempo habían abjurado el catolicismo abrazando la religion musulmana.

A estos se les mandó convertirse.

No obedeciendo, se empezó á ejercer con ellos la fuerza.

El resultado de esta abierta infracción de los tratados, produjo una insurrección.

Esta insurrcción dió pretexto para extender á los moriscos las prescripciones que se habían hecho á los *elches.*

Entonces empezó el martirio lento, horrible, de los moriscos de Granada.

El aspecto amenazador de los moriscos, obligó á los reyes á que enviasen allá á Cisneros.

Partióse este de Alcalá de Henares, donde se encontraba erigiendo su colegio, que después fué Universidad, y llegó á Granada donde se encontraban los Reyes Catolicos; la primera providencia del grande hombre fué quemar cuantos manuscritos árabes le vinieron á las manos, destruyendo con ellos inapreciable tesoro de ciencia

y apagando con las llamas del fanatismo luminosas noticias que nos hubieran servido en gran manera para esclarecer la confusión que reina en la historia de los árabes españoles.

Empezáronse á seguida los trabajos de la conversión de una manera ruda y tenaz: en vez de apelarse á la mansedumbre evangélica se apeló al terror: al que resistía el bautismo se le prendía, se le encerraba con un fraile fanático, y no se perdonaba medio, hasta que aterrada la víctima pedía á voces el bautismo.

Crecía con esto el descontento, huían á centenares de las poblaciones los moriscos y se iban á la montaña haciéndose monfíes, y entregándose, irritados por la tiranía de los vencedores, á los más graves excesos contra los cristianos.

La lucha era sorda, sostenida: habíanse bautizado todos los moriscos de Granada y la mayor parte de los de las Alpujarras, pero si bien ostensiblemente profesaban el catolicismo, seguían siendo moros en secreto.

Si iban á misa los días de precepto, era porque los párrocos estaban facultados á imponerles multas y aun prisión por la falta de asistencia.

Si confesaban, jamás decían la verdad.

Los giumas (viernes), días consagrados por el Koram, se encerraban en sus casas, hacían las abluciones y se consagraban á la oración á puerta cerrada.

Del mismo modo y también á puerta cerrada, trabajaban los días de fiesta prescritos por el rito católico.

Inmediatamente después de ser bautizados sus hijos, les lavaban con agua caliente la cabeza, para quitarles el crisma y el santo oleo, los circuncidaban, celebraban según sus usos la fiesta de las buenas hadas, y les ponían el imprescindible sobrenombre árabe.

Cuando se casaba una doncella, al volver á su casa, la quitaban los vestidos castellanos con que se había visto obligada á ir á la iglesia, la vestían ropas moriscas y hacían las bodas, con leilas, zambras y banquetes según sus costumbres.

Solo aprendían la doctrina católica los que tenían necesidad de casarse, porque para ello sufrían un exámen prévio, y aun muchos se disculpaban con no saber la lengua.

Llenos de odio y ansiosos de venganza por la tiranía de que eran víctimas, recibían á los monfíes, y aun á los turcos y piratas berberiscos en sus alquerías y les avisaban de cuando podían sorprender recuas de castellanos para robarlos, hacerlos cautivos ó matarlos.

Aterrados los castellanos por esta acechanza sorda, por este peligro contínuo, unían su voz á las declamaciones de los frailes, y el trono y la Inquisición se propusieron extremar el rigor contra ellos, y destruirlos si necesario fuese.

Entonces se promulgó el famoso edicto del emperador don Carlos, de que dimos cuenta á nuestros lectores en el principio de este libro.

Viéronse los pobres vencidos atacados á un tiempo en su industria, en sus haciendas, en sus costumbres, y lo que era peor, vejados, tratados vilmente, con una injusticia notoria, con una crueldad siempre en aumento, sin que se oyesen sus quejas, sin que se diese castigo á los que los ofendían y vieron con temor empadronados sus hijos desde la edad de tres años, hasta la de quince, porque no sabían lo que querían hacer con ellos.

Hacíaseles pagar los alguaciles y las guardias que servían para oprimirlos; se les obligaba á tener las casas abiertas, se les exigían tributos onerosos; se prendía á las mujeres

que iban por la calle con los rostros cubiertos; se les arrebataban sus hijos y los llevaban á los hospicios por el más leve pretexto, y en vano eran sus quejas, porque los clérigos mandaban á nombre de Dios, y Felipe II era tan sombría y fanáticamente cruel como los clérigos.

No se pensó ni un solo momento en que los moriscos constituían una parte considerable de la población de España, ni en que por su indnstria y sus riquezas, eran un gran elemento de prosperidad pública.

Los funestos reyes de la casa de Austria todo lo posponían, todo lo olvidaban á trueque de que no hubiese en sus Estados una sola persona que no fuese católica; manía lamentable, fanatismo ignorante que han dado al trono y al clero español de aquel tiempo y aun de los tiempos subsiguientes, un carácter odioso y repugnante: ciega brutalidad que ha costado á España torrentes de sangre, que ha retrasado su civilización, que nos ha debilitado, atacando nuestra población y nuestra riqueza, comprometiéndonos en guerras desastrosas, colocándonos á retaguardia de las demás naciones de Europa: fatales resultados de la estrecha alianza del trono y del altar: de los reyes de derecho divino y del clero omnipotente y sanguinario, sostenido por el infame tribunal de la Inquisición.

El rey y el fraile, al destrozar entre sus garras á los que se atrevian á rebelarse contra su despotismo, destrozaban á España: el terror hacía callar al derecho, el desuso del derecho le puso en olvido, y el pueblo tan libre otros días, vino á ser la troje hollada por los dos fatales elementos reunidos.

Uníase á esto una magistratura inmoral, un ejército compuesto de aventureros, una nobleza degradada que se arrastraba á los piés de la Inquisición y del trono, y un pueblo degradado tambien, que todo lo sufría en silencio, ó que, por mejor decir, por resultado de su degradación y de su envilecimiento, no sufría nada.

En los tiempos de la dominacion austriaca, un español, en siendo esclavo sumiso, y católico fanatico, era cuanto podía ser: un leal vasallo del rey, y un hijo obediente de la Iglesia.

La literatura y las artes, sufrieron, como era preciso, la suerte del país: se vieron marcadas con el sello realista monástico, que se imprimia en todo, y apenas dieron á conocer alguno que otro rasgo tímido de independencia; nuestros mejores artistas, nuestros más aventajados escritores, no brillaron como hubieran brillado de seguro, bajo un gobierno digno de hombres que hubieran sabido serlo: la mezquindad de la época los hacia mezquinos: los mataba.

En todas las empresas de la casa de Austria, exceptuando las de Carlos V, se ve, no la política, no la sagacidad, sino la tenacidad y la ignorancia: Felipe II desangró y debilitó la nación en empresas descabelladas aconsejadas por el fanatismo, y una de estas empresas que pudo traer fatalísimos resultados, no solo para España, sino también para Europa, fué la de la conversión de los moriscos, no solo bajo el punto de vista religioso, sino también bajo el de las costumbres.

La rebelión de las Alpujarras motivada por la crudeza con que quiso llevarse á cabo la sumisión de los moriscos, fué de tanta trascendencia, como que refiriéndose á ella en el principio de su historia de la guerra de Granada, dijo Hnrtado de Mendoza, autor contemporáneo, y tanto, como que tomó personalmente parte en aquella guerra:

«Veráse una guerra al parecer te-

nida en poco, y liviana dentro en casa, mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza, los ánimos de príncipes amigos y enemigos lejos y cerca.»

Más adelante el mismo autor confiesa las graves circunstancias en que se encontraba España al estallar la rebelión de las Alpujarras, en las siguientes líneas:

«....Los Estados de Flandes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recien pacificados por el duque de Alba. Más, puesto que las fuerzas del rey, y la experiencia del duque capitán, criado debajo de la disciplina del emperador, testigo y parte de sus victorias, bastasen para mayores empresas: todavía lo que se temía de Inglaterra, y las fuerzas de los hugonotes en Francia, algunas sospechas de príncipes de Alemania y designios en Italia, daban cuidado; y tanto mayor, por ser la rebelión de Flandes por *causas de religión* comunes con los franceses, ingleses y alemanes, y *por quejas de tributos y gravezas comunes con todos los que son vasayos,* aunque sean livianas y ellos bien tratados.»

Por las citas anteriores, se vé que en aquellos tiempos había quien veía claro, y que solo el rey y los clérigos estaban ciegos por su fatal locura religiosa.

Y esta ceguedad, esta monomanía feroz por exterminar todo lo que no era católico, como si el catolicismo no fuese una religión altamente afecta á la discusión y á la libertad, hacen comprender hasta qué punto serían vejados, tiranizados, martirizados los moriscos por aquel doble despotismo, por aquella tenaz ferocidad, por aquella cólera sagrada, por decirlo así; por aquella intemperancia de mando, por el odioso *sic voleo sic jubeo* del tirano.

Y esta ferocidad, esta carencia total de miras políticas, ya que no de sentimientos humanitarios, habían hecho precisa, inevitable la rebelión de los moriscos, porque cuando llega á un límite dado la miseria humana, la desesperación suple con ventaja al valor, y la sed de venganza produce horribles catástrofes, á vueltas de sublimes rasgos de heroismo.

Y cuando un pueblo ha sido insultado, robado, azotado, herido en sus más íntimas afecciones; cuando se han visto holladas las canas de los ancianos, separados la esposa del esposo, el hijo de los padres; cuando las sospechas han bastado como si hubiesen sido evidencias para imponer castigos atroces; cuando se han desoido una y cien veces las súplicas humildes; cuando el que manda se ha mantenido inflexible en el mandato cruel; cuando esto sucede, no hay pueblo cobarde, lo arrostra todo, prefiere la muerte aunque sea horrorosa, al martirio lento, continuado, dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, y como se lanza á la pelea enloquecido por la desesperación, excitado por la sed de venganza, se entrega respecto á sus enemigos á las mismas crueldades, á los mismos horrores, á los mismos crímenes de que ha sido víctima.

Los pueblos cuando se insurreccionan en nombre de su derecho, ponen siempre en práctica la tremenda ley del *Talión.*

Por eso antes de condenar los horrores de una revolución, es necesario meditar á sangre fría las causas que la han motivado.

Hemos creido necesaria la antecedente digresión, para que nuestros lectores no crean ficciones de una fantasía salvaje, los hechos que vamos á continuar relatándoles.

No los inventamos: únicamente los ordenamos y los trascribimos con la

historia á la vista, apoyándonos en su testimonio.

CAPÍTULO XXVII.

Continúa el asunto interrumpido en el anterior.

La iglesia de la villa de Cádiar, era teatro de una orgía de sangre.

Melik-el Ferih, enloquecido por el reciente recuerdo de la desastrada muerte de Alida, y por la dolorosa causa que habia motivado aquella catástrofe, estaba ébrio de sangre y sediento de venganza.

Aben-Aboo, con la mirada sangrienta como un lobo, arrastraba desde la sacristía al presbiterio, asido por el cuello al inquisidor Molina de Medrano que tropezaba embarazado por sus largos y rígidos ornamentos pontificales.

Al ver Melik-el-Ferih aquel grupo á la viva luz de las cien velas que aún ardían en el tabernáculo, saltó del montón de cadáveres en que había subido, y se lanzó hacia el presbiterio, pero antes de llegar á él tropezó en un muerto y cayó.

Al levantarse vió ante sí una mujer pálida, de rodillas, mirándole de una manera ansiosa, y procurando ocultar entre sus brazos, entre sus ropas, á una criatura.

Aquella mujer para salvar á su hija se había acurrucado entre los muertos, y solo se había alzado al ver caer junto á ella al monfí.

Melik-el Ferih contempló á la madre y á la hija con una mirada tal, en que había tan feroz, tan cruel alegría, que la pobre madre se extremeció.

—¡No la mateis! gritó: no mateis á mi hija: mi hija no os ha hecho ningún daño.

—¿Y qué daño ha hecho mi hija á los cristianos? gritó el Ferih mezclando á sus palabras una carcajada insensata:

—¡Ah! ¡teneis una hija! dijo la infeliz: pues bien, por la vida de vuestra hija, no mateis á la mia.

—¡Por la vida de mi hija! exclamó el Ferih.

Y sus ojos rodaron de una manera espantosa en sus órbitas.

La infeliz madre dió un grito horrible.

El Ferih la había arrebatado la pobre criatura asida por el cuello, y la había abierto de una sola puñalada: despues habia arrojado aquel miserable despojo palpitante á los piés de la madre, y de un salto se había puesto en el presbiterio y asido al inquisidor Molina de Medrano.

—¡No le mates! ¡no le mates! exclamó Aben-Aboo: una puñalada es poco castigo para este infame lobo: ¡no le mates, Ferih!

—¡Matarle! no por cierto... ya verás... ya verás... la noche es nuestra y es necesario que nos divirtamos... vamos á divertirnos mucho...

El solo anuncio de aquella diversión, de que sin duda iba á ser él el protagonista, despegó la carne de los huesos del inquisidor.

El Ferih entretanto había acercado uno de los tres sillones del presbiterio, y le había puesto sobre el altar.

—Siéntate ahí, dijo el Ferih: te ponemos en un trono... no tienes por qué quejarte te vamos á adorar, faquí de los cristianos: vamos, sube: ¿no quieres ser rey?

—No puedo subir, soy viejo; exclamó llorando el inquisidor: tened compasión de mí.

—¡Ah! ¿no puedes subir? dijo Aben Aboo; por eso no quede: échamelo acá, Ferih, añadió desde el altar, á donde había subido de un salto.

El Ferih asió por la cintura al inquisidor y le levantó. Aben-Aboo le

asió por el cuello, le puso sobre el altar y le sentó rudamente en el sillón.

Desde aquel momento puede decirse que Molina de Medrano no vió ni sintió más que un terror pánico: todo daba vueltas en derredor suyo, pero cubierto de una niebla densa, azul, impura, y el miserable temblaba, pero de una manera exclusivamente orgánica.

—No basta, no basta eso, dijo el Ferih: es necesario asegurarle en su trono.

Y volviéndose hacia el fondo de la iglesia donde continuaba el degüello y las crueldades, tocó por tres veces la bocina.

Cesó la matanza y un numeroso grupo de monfíes adelantó hasta el presbiterio, y se pusieron á reir y á señalar con ademanes grotescos al inquisidor.

—¡Ah, valientes mios! dijo el Ferih: ved á este respetable señor encaramado en su silla, vestido de oro y rodeado de luces, ni más ni menos que como los ídolos que han querido que adoremos: pero este trono es todavía poco resplandeciente.

—Es verdad, sí, es verdad.

—Aumentemos el resplandor de su trono.

—Pongamos fuego al altar.

Y algunos adelantaron blandiendo sus antorchas.

—Esperad, esperad, dijo Aben-Aboo: ¿no veis que tanto resplandor puede parecerle demasiado y hacerle huir de una gloria de que se creerá indigno? es necesario que se vea obligado á recibir nuestros homenajes. Buscad cuerdas, y si no las halláreis vengan las de vuestras ballestas.

—Dice bien.

—Asegurémoslo en su trono.

—Que no pueda escapar.

—Como no pueden escapar los sentenciados por la Inquisición.

—Como no pudo escapar mi padre, á quien ví revolverse como una sabandija por entre las llamas.

—Ni mi madre á quien quemaron porque decían que era bruja.

—¡Allah Ahbar! (Dios es grande).

—¡Allah Galib! (Dios es vencedor).

—¡Allah Rahman! (Dios es misericordioso).

Y sin saber de dónde, salieron á plaza cordeles, y en medio de un tumulto espantoso de carcajadas y silbidos, el inquisidor fué fuertemente atado á la silla, y la silla no menos fuertemente atada á las columnas del tabernáculo.

Volvieron á avanzar los implacables monfíes con las antorchas.

—Esperad, esperad, aún no es tiempo: traed acá á cuantos cristianos encontreis.

Extendiéronse los monfíes por la iglesia, y á poco volvieron trayendo á empellones como unas veinte personas entre hombres, mujeres y niños.

—Pocos son, dijo Aben-Aboo: pero ahí veo á mi buen amigo Lope Gutiérrez, corregidor de la villa. ¿Eh? ¿qué te parece de esto?

El corregidor tan feroz antes, cuando mandaba, cuando se creía fuerte, rompió á llorar.

—Yo no os he hecho ningún daño, dijo: yo era mandado; me lo mandaba el rey.

—¿Y te mandaba el rey, dijo una morisca jóven y hermosa, saliendo de entre la multitud, que para obligar á una mujer á ser tuya, la amenazaces con ahorcar á su padre, y vender por esclavos á sus hermanos?

—Yo no he hecho eso... yo no he hecho eso, os lo juro.

—¿Me conoces? exclamó la morisca arrancando una antorcha á un monfí, acercándola á su semblante, y acer-

cándose al mismo tiempo al corregidor Lope Gutiérrez, que retrocedió.

La morisca le miraba con los ojos dilatados, escandecidos como los de una bacante.

—¿Me conoces al fin Lope Gutiérrez? repitió la morisca; tú me deshonraste, y no bastó mi sumisión á tus deseos; poco tiempo despues á pretexto de que eran monfíes ahorcaste á mi padre, y echaste á galeras á mis hermanos.

—¡Ah! ¡no! ¡no! exclamó el corregidor.

—Ese miserable me abofeteó á pretexto de que no me había quitado el sombrero en su presencia, echó á galeras á mi hijo porque tomó la defensa de su anciano padre, mi pobre esposa murió al verse separada en su ancianidad de su hijo, y después me ví reducido á la indigencia: mis bienes, unas escasas tierrecillas, habían sido confiscadas: ¡vengadme, hermanos!

—Ese miserable mató á mi amante porque no quise ser su manceba.

—Ese hombre deshonró á mi hija.

—Ese hombre es nuestro, exclamaron las mujeres apoderándose de él, y sacándole arrastrando de la iglesia.

—Hé aquí un buen exámen de doctrina cristiana, dijo Aben-Aboo volviéndose al inquisidor que no le oía. Dejad, dejad á esas buenas muchachas que despachen á su gusto al señor corregidor: no lo queráis todo para vosotros. ¿Quién es aquel que se esconde detrás de esotro que está tan cabizbajo?

—El cabizbajo es el alguacil Truchuela, un bribón que merece ser desollado vivo: el que se esconde es el escribano Diego de Angulo.

—¡Ah! ¿con que sóis vos el escribano que no tenía más placer que fulminar procesos para engordar con las costas perdiendo hombres? ¿y vos maese Truchuela el alguacil que prendía con perro á los moriscos?...

Rompieron á dar alaridos los dos acusados.

—Colgad de los piés á esos dos perros, dijo Aben-Aboo.

No le escucharon sordos ni remisos, porque media docena de monfíes asieron del alguacil y del escribano, y los colgaron cabeza abajo de la verja de una capilla.

Los miserables gritaban de una manera horrorosa.

—Ponedles mordazas, gritó uno.

Poco después aquellos hombres dejaron de gritar.

—¿Qué mujer es aquella, exclamó el Ferih, que está detrás de aquellos dos soldados castellanos?

—Yo soy doña María de Cáceres, dijo aquella mujer que era bastante hermosa, y que lloraba silenciosamente adelantando hácia el presbiterio.

—¿Quién tiene que quejarse de esa mujer? dijo Aben-Aboo que se había constituido en único juez de un tribunal ejecutivo.

Nadie contestó.

—Ya lo véis, nadie tiene que quejarse de mí, contestó con acento sereno doña María.

—¿Y por qué lloráis? ¿creeis que los moros somos tan infames como los castellanos? ¿creéis que nosotros sentenciamos á los inocentes solo por el placer de verter sangre?

—Lloro, dijo doña María, porque he visto muchas desdichas.

—¿Qué pretendéis hacer con esa mujer? dijo una de las moriscas que volvían de dar fin del corregidor. Esta cristiana es nuestra.

—¿De qué tenéis que acusarla? dijo Aben-Aboo.

—¡Acusarla! ¡por el contrario, tenemos mucho que decir en su favor!

—Es caritativa.

—Es buena.

—Ha dotado á muchas doncellas.

—Ha remediado muchas desdichas.

—Es la madre de los infelices.

—Una sola condición y os libro, dijo Aben-Aboo.

—¿Y qué condición es esa?

—Abrid los ojos al conocimiento de la santa ley del Dios Altísimo y Unico.

—¡Que reniegue de Jesucristo! exclamó con horror doña María.

El Ferih que desde que había empezado este diálogo había templado su ballesta y armado en ella una jara, se echó de repente la ballesta al rostro, y exclamó disparándola sobre doña María.

—Mi hija también era inocente y ha muerto.

Doña María cayó sin axhalar un gemido.

—¡Oh! ¿qué has hecho? exclamó horrorizado apesar de su ferocidad Aben-Aboo.

—Estamos perdiendo el tiempo, gritó el Ferih: yo he sido encargado por el emir de hacer jusficia en la villa de Cádiar... ¡ea mis valientes! acabad con esos perros... y tú, clérigo tostador de criaturas de Dios, añadió volviéndose al inquisidor que continuaba alelado por el miedo, muere como debes morir.

Y tomando una antorcha de manos de un monfí, se encaminó al altar.

—¡Detente, Ferih! exclamó una voz poderosa, terrible, llena de autoridad y de mando en el fondo de la iglesia.

El Ferih quedó inmóvil en el lugar en que se encontraba cuando resonó aquella voz: los monfíes que habían empezado de nuevo la matanza, se detuvieron también.

Entre tanto un hombre armado como los caballeros moros del tiempo de la conquista, con corona en la cabeza é insignias de califa, adelantó evitando pisar los cadáveres, pero sin poder evitar teñir sus piés de sangre.

Detrás de él ondeaba un estandarte rojo, en cuyo centro se veían las armas de Granada, y tras el estandarte seguía un escuadrón cerrado de monfíes.

Aquel hombre era el emir Yaye-ebn-Al-Hhamar.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? exclamó: ¿es esto lo que yo te he mandado hacer Ferih: es esto lo que conviene hacer á un caballero Aben-Aboo?

Ni el Ferih, ni Aben-Aboo, contestaron: pero se levantó un sordo murmullo entre los monfíes que estaban en la iglesia á la llegada del emir.

—¿Quién se atreve á murmurar, cuando su señor habla? exclamó con voz tonante Yaye, revolviendo en torno suyo una mirada amenazadora: ¿hay algumo que se atreva á levantar la voz, ni los ojos, ni un solo dedo, cuando habla su emir?

Nadie contestó: nadie se movió.

—¿Qué es lo que miro en rededor exclamó creciendo en su cólera Yaye: ¡mi vista solo encuentra cadáveres!

—Cadáveres de castellanos, señor, contestó humildemente Aben-Aboo.

—Pero entre esos cadáveres hay viejos, niños y mujeres: doncellas que han sido violadas, madres delante de cuyos ojos se han degollado los niños de pecho. ¿Queréis acaso igualar y aun exceder las crueldades de los castellanos? ¿Pensáis acaso que porque este es un lugar de idolatría, no está presente en él el Dios Altísimo y Unico?

—¡Señor! murmuró Aben-Aboo.

—¡Basta! exclamó Yaye: los que se precian de valientes no se ensangrientan en los débiles: los que se precian de justos no sacrifican inocentes: los que se creen buenos muslimes deben temer á Dios, á Dios que escribe en el libro de su justicia la sentencía de los asesinos con la sangre de los débiles.

—Hemos sufrido cuantas desdichas, cuantas crueldades, cuantas humillaciones puede sufrir un hombre, dijo el Ferih.

—Los crímenes agenos, deben inspirarnos horror, no deseo de imitarlos, repuso el emir; además, si hemos de triunfar es necesario que sepamos obedecer. ¿Qué te había ordenado yo Ferih?

Melik no contestó.

—Te dije, cerca la villa, que no salga de ella un cristiano...

—Degüella y mata, me dijiste.

—Sí, pero degüella y mata á los clérigos, á los ministros de justicia, y á los soldados: pero sé justo y clemente con los que no han cometido otro delito que no ser moros como nosotros.

—¿Qué estás hablando de justicia y de clemencia, emir, á quien como yo ha visto su hija deshonrada; á quien la ha visto morir á consecuencia de las infamias de los castellanos; á quien la ha mirado expirar, gritando de dolor entre sus brazos y pidiéndole venganza? ¡Mi hija! ¡mi pobre Alida queda allá muerta entre las breñas, y me pides templanza á mí, á quien despedazan la rabia y el dolor!

Y el Ferih rompió á llorar como una mujer.

Hubo algunos momentos de solemne silencio, durante el cual solo se oyeron los gemidos de los que expiraban á consecuencia de sus heridas.

—Desatad ese clérigo que está en el altar, dijo el emir.

Pareció reanimarse á estas palabras Molina de Medrano.

—Ved, señor, dijo Aben-Aboo, que este es el miserable que causó esta mañana la muerte de la infeliz Malicatulzarah y de su esposo Adel: ved señor que es un lobo sediento de sangre.

—Ese hombre debe morir, y morirá, pero no de la manera horrible, cruel, con que ellos matan á sus víctimas.

El inquisidor había sido bajado del altar, y se arrastraba á los piés de Yaye, en cuyo semblante fijaba una mirada entumecida por la atonía.

—Yo os conozco... señor... yo os conozco... tartamudeó.

Y se asió á las ropas talares de Yaye.

Yaye se inclinó.

—Tú eres Molina de Medrano...

—Sí, sí, pero yo obedecía al rey...

—Obedecías á un tirano...

—Por el Dios de Abraham y de Ismael que es nuestro mismo Dios.... no me matéis... cautivadme... vendedme... llevadme á Africa... pero no me matéis.

—Tú has predicado el exterminio contra los que adoran al Dios de Abraham, de Agar y de Ismael, y ahora pides misericordia á nombre de ese mismo Dios... suele suceder que los asesinos cuando se apodera de ellos la justicia mueran con valor: pero tú á más de asesino eres cobarde.

— ¡Perdon! ¡señor, perdón!

—Arrancadle de mí y matadle: matadle á hierro y pronto... necesitamos salir de aquí.

—¡Piedad! gritó Medrano al sentirse asido por una turba de monfíes.

Fué su última palabra: rasgado su pecho á un tiempo por veinte puñales manchaba de sangre su vestidura pontifical.

—Acabad con esos soldados, dijo el emir.

Seis soldados que habían sido apresados por los monfíes fueron inmolados en pocos segundos.

—Ahora soltad esa gente menuda.

—Nos matarán los que están fuera señor, dijo un viejo.

—Id con ellos diez hombres, y amparadlos en las casas del ayuntamiento de la villa: asimismo llevaréis á

esas casas las mujeres, los viejos y los niños que encontréis.

Algunos monfíes salieron escoltando á algunos cristianos que por fortuna habían escapado con vida de la iglesia.

—Rematad á esos desdichados que penan, añadió Yaye.

Pocos momentos después, y mientras el emir hablaba acaloradamente con Aben-Aboo, fueron cesando los gemidos de los moribundos hasta dominar un silencio pavoroso.

Los monfíes que se agrupaban inmóviles tras el estandarte rojo del emir, llenando la iglesia, parecían fantasmas.

Yaye y Aben-Aboo siguieron hablando algún tiempo con gran interés.

El Ferih, doblegado al fin por su dolor estaba apoyado sobre el altar, inmóvil insensible á todo.

Al fin Yaye se separó de Aben-Aboo, y dirigió la voz á los monfíes.

—Valientes, les dijo: al hacer lo que hemos hecho, hemos herido el rostro del tirano rey de España; hemos arrojado á sus ojos la sangre infame de sus jueces, de sus clérigos, y de sus soldados: ya no hay medio de retroceder: los ejércitos del rey de España vendrán sobre nosotros, pero vendrán tarde, porque el alguacil mayor del reino, el valiente Farax-Aben-Farax se apodera en estos momentos de Granada: Dios nos alienta y nos guía: pero no irritemos á Dios cometiendo actos de crueldad y de barbarie semejantes á los que acaban de cometerse: si apreciáis en algo mi espada, si creéis que yo puedo llevaros á la victoria, no vertáis más sangre débil, no cometáis más crímenes, porque yo nunca desnudaré mi espada para ponerme al frente de infames ni de asesinos.

—¡Viva el emir! gritaron á una voz los monfíes.

—Además, dijo Yaye: oidme y entendedme bien: yo no soy el emir que debe mandaros.

Levantóse un murmullo de descontento que era una adulación al emir.

—Los moriscos de Granada han elegido un rey.

—¡Viva el emir poderoso y vencedor Yaye-ebn-Al-Hhamar! gritaron los monfíes.

—Yo soy el emir de las Alpujarras, únicamente, dijo Yaye: los granadinos han elegido legítimamente su rey; su rey es aliado y pariente mio. Obedeced al rey de Granada Muley-Aben-Humeya.

Pronunció con tal acento estas palabras Yaye, que los monfíes viendo en ellas un mandato gritaron:

—¡Viva el rey de Granada Muley-Aben-Humeya!

—¡Gracias, gracias, valientes muslimes de la montaña! exclamó una voz á las puertas de la iglesia; oyóse precipitado ruido de espuelas, y adelantó y abrazó á Yaye un jóven sencillamente vestido á la morisca.

Aquel jóven era Aben-Humeya.

Tras él seguía otro hombre de más edad igualmente vestido á la usanza mora, llegó junto al emir, pero en vez de abrazarle se inclinó profundamente.

Aquel hombre era Aben-Jahuar el Zaquer.

—¿Y tu hermana? le dijo rápidamente y en voz baja Yaye.

—Está en seguridad en un cortijo de la montaña.

—¡Oh! ¡gracias hermano, gracias! Y volviéndose á los monfíes continuó en voz alta asiendo de la mano á Aben-Aboo, que era el único que vestía á la castellana; ¿Conocéis á este caballero?

—Sí, sí, gritaron todos.

—Es Sidi Aben-Aboo, de la raza de los Omeyas, añadieron algunos.

—Es mi pariente, añadió Yaye,

Desde ahora, leales muslimes, compartiré con él vuestro gobierno: obedecedle como á mi mismo, es mi compañero, aclamadle.

—¡Viva Muley-Aben-Aboo! gritaron expontáneamente los monfíes.

—Y para concluir, este otro caballero, Sidi Aben-Jahuar el Zaquer, mi pariente también, es el walí de los walíes (1) de Granada y de las Alpujarras.

—¡Viva Sidi Aben-Jahuar! gritaron los monfíes.

—Lo que á vosotros os he hecho saber en persona, se hará saber á las demás taifas por sus xeques. ¡La guerra empieza! constancia y valor y triunfaremos.

—¡Viva el emir!

—Pero si hemos concluido, dijo Aben-Humeya que había oido con un profundo disgusto la expontánea aclamación de los monfíes á su primo Aben-Aboo, si hemos concluido, bueno será que nos preparemos á un próximo y sangriento combate.

—¿Pues qué sucede? dijo con gran calma Yaye.

—La compañía de infantería española que estaba en Yátor, viene sobre Cádiar, dijo Aben-Humeya; y según me han informado mis corredores viene á su frente, bramando de corage, el valiente marqués de la Guardia.

—¡El marqués de la Guardia! ¡no! ¡es imposible!

—Si es posible ó no, pronto lo veremos, dijo Aben-Humeya; entre tanto oid.

Se habían escuchado algunos distantes disparos de arcabuz. Animados por aquel socorro los cristianos que se habían refugiado á la torre de Cádiar empezaron á tocar de nuevo á rebato.

Yaye, Aben-Aboo, Aben-Humeya á Aben-Jahuar, se lanzaron fuera de la iglesia: los monfíes los siguieron á la carrera.

La iglesia quedó silenciosa, poblada solo de cadáveres, iluminada y resplandeciente, pero manchado de sangre el altar, y presentando delante de él un bulto brillante á trozos, rojo en otros.

Aquel bulto era el cadáver de Molina de Medrano, á quien cubrían aun los ornamentos pontificiales.

Por una coincidencia terrible aquel cadáver ocupaba el mismo lugar donde había caido muerta Malicatulzarah.

CAPITULO XXVIII.

Continúan las escenas de sangre.

En aquellos momentos en un estrecho y oscuro callejón de Cádiar había dos hombres como ocultos en la sombra, y hablando en voz muy baja por temor acaso de ser escuchados desde las casas.

Oíanse desde allí las campanas de la iglesia parroquial y del convento de San Francisco, tocando, de una manera que podía llamarse desesperada, á rebato, y se oían á lo lejos, perdidos, indistintos, gritos salvajes, alaridos, voces confusas.

Alguna vez un hombre pasaba en huída por la calleja, sin reparar en los dos hombres que estaban como cosidos á un entresijo de ella, y poco después de haber pasado el que huía, en la parte baja, á la salida de la villa, se oía algún disparo de arcabuz, lo que demostraba que el pueblo estaba cercado.

A excepción de estos ruidos lejanos ningún otro ruido se oía: la calleja estaba profundamente silenciosa, cerradas las puertas y ventanas de sus casas, y sin que por un solo resquicio se viese una luz.

Aquel era el silencio del miedo,

(1) Lo que equivale á nuestra denominación de capitán general.

porque á no dudarlo, los habitantes de aquellas casas, como todos los de Cádiar, velaban.

De repente se sintió abrirse silenciosamente una ventana, y desde su fondo oscuro cayó á la calle un objeto pesado que produjo un ruido opaco, sordo, como el de un odre que se revienta.

La ventana volvió á cerrarse y volvió el silencio.

—¿Qué es eso? dijo uno de los dos escondidos con voz temblorosa.

—Paréceme que tenéis miedo, señor Cisneros, dijo el otro hombre.

—No tengo miedo, pero me repugna lo que está sucediendo; Dios me perdone, si no es un cuerpo humano el que han arrojado á la calle.

—Es sin duda el cadáver de algún soldado de los de la compañía de Diego de Herrera, que estaban aposentados en las casas de la villa: ¿pero qué os importa eso? No hemos venido á Cádiar ciertamente á divertirnos.

—¿Pero qué hacemos aquí, á estas horas y en tales circunstancias, señor Godínez?

—¿No habéis venido esta noche, como teníamos concertado, á doña Elvira de Céspedes.

—Sí.

—¿No la habeis dicho que su hijo Aben-Humeya os conoce, y que veníais á ampararnos de ella?

—Sí.

—¿No la habeis dicho además, como también convinimos, que venía con vos un amigo que igualmente necesitaba del amparo de Aben-Humeya?

—Sí.

—¿Y no habeis venido á buscarme?

—Ciertamente.

—Ahora bien, la entrada de los monfíes nos ha hecho ampararnos de lo apartado y oscuro de esta calleja; pero ahora que los monfíes están allá dentro, y por lo que se vé, bien entretenidos, podemos y debemos ir á casa de doña Elvira.

—Es que yo no he estado nunca en Cádiar; valíme de las señas que me dísteis, pregunté por la calle donde vive doña Elvira, y hallé la casa por su mirador de madera y el farol de su imágen... pero ahora estoy seguro de no dar con la calle.

—Pues la tenemos bien cerca.

—¡Ah!

—Sí, aquí á la vuelta. Venid conmigo.

—¿Pero no oís?

—Oigo y no oigo. Es decir, que ontes se oia tocar á rebato en el convento de San Francisco, y ya no se oye: antes no se oían disparos, y ahora no se oyen descargas de arcabucería.

—Serán los vecinos del pueblo que se defienden desde sus casas.

—No, no; solo dispara así la infantería española; son descargas cerradas.

—¿Pero qué infantería es esa? La compañía de Diego de Herrera ha sido degollada.

—Pero estaba en Yátor la compañía del marqués de la Guardia.

—Pero en Yátor habrán entrado los monfíes como en Cádiar y habrán degollado á los soldados.

—Así es probable que haya sucedido: pero os afirmo, y no me engaño que tenemos cerca infantería española, mucha y valiente. Esto nos favorece.

—¿Qué nos favorece?

—Ya vereis. No podían presentarse mejor nnestros negocios. Andad, andad más deprisa, que se nos va acercando el combate. Hé aquí que estamos en la calle de doña Elvira.

—Creo que os engañais. No veo el farol.

—¿Queríais que los monfíes deja-

sen ardiendo una luz debajo de una imágen? Llamad.

—¿Dónde?

—Estamos á la puerta de doña Elvira.

—¡Ah! ¿esta es la casa?

—Esta es.

Cisneros buscó el llamador de la puerta, y dió tres golpes.

Vióse poco después luz por las rendijas y una voz de vieja dijo desde adentro:

—¿Quién sois?

—Vuestra señora me espera, contestó el comediante.

—¿Sois el hidalgo que vino esta noche?

—Yo soy.

—¿Venís solo?

—No, viene conmigo un amigo.

—Abrid, abrid, dijo con precipitación otra voz de mujer más fresca y más sonora.

Abrióse la puerta y entraron Laurenti y Cisneros.

—Y á tiempo ha sido, dijo éste: entrad, entrad con esa luz, señora, que tenemos el combate ya en la calle.

La vieja, una dama hermosa, vestida de negro que estaba en la segunda puerta del zaguán, y Cisneros y Laurenti desaparecieron en el interior.

Entre tanto el fuego de la mosquetería redoblaba, oíase entre él el crugir de las ballestas y el silbar de las jaras, y alguno que otro grito de un hombre herido.

Veamos lo que pasaba en la calle.

Debemos retroceder: mientras tenían lugar los terribles acontecimientos de la iglesia, otros no menos terribles tenían lugar en el convento de San Francisco: por más que los frailes se habían defendido, por más que habían tocado á rebato, incendiado el convento, incendiada la torre de la iglesia, último refugio á donde aquellos desdichados se habían acogido, se habían visto obligados á rendirse; más ceñido que el Ferih á las órdenes del emir, el walí que mandaba á los monfíes que habían asaltado el convento, dejó libres á las mujeres, á los niños y á los viejos que á él se habían refugiado y sólo degolló á los frailes y á los hombres robustos.

Después de esto penetraron en el convento entre las llamas, tomaron los vasos sagrados y los ornamentos y fueron depositados en la plaza.

Enseguida empezaron el saqueo por las casas una parte de los monfíes, y otra se fué á combatir la torre de la iglesia donde estaban refugiados el beneficiado Ribera, maese Barbillo y algunos alguaciles, soldados, vecinos y mujeres.

Aquellos infelices se encontraban apurando desde hacía mucho tiempo una agonía horrible: oían á sus piés los gemidos de los que eran asesinados en la iglesia, veían recorrer las calles monfíes con antorchas, penetrando en las casas, matando cristianos, saqueando y arrojando á un tiempo por las ventanas los cadáveres y los objetos robados: veían ardiendo el convento de San Francisco y lo que más les aterraba era el notar que la campana de los frailes había cesado de tocar á rebato.

Ellos por lo mismo, redoblaron su toque de una manera desesperada: al principio solo habían tañido la campana mayor; después asociaron á ella otra campana: por último, hasta los esquilones se pusieron en movimiento.

—¿Habeis cortado las escaleras de la torre, Barbillo? decía lleno de angustia el beneficiado.

—Sí señor, contestaba repicando á dos manos Barbillo.

—¿No pueden subir?

—No señor, como no pongan escala, y para eso les arrojaremos los ladrillos que hemos arrancado del sue-

lo y cuando estos falten los esquilones.....

—Nos pondrán fuego, exclamó llorando de terror el beneficiado.

Barbillo siguió repicando.

—¿Qué habrá sido de la pobre Mariblanca? añadió Juan de Ribera.

Barbillo soltó un bufido, y apretó con entrambas manos las cuerdas de ambos badajos.

—¡Ay señor beneficiado, exclamó una pobre mujer. Mire vuesamerced, mire por allá, por la parte de Yátor se ven antorchas!

—Y son soldados del rey, exclamó un muchacho.

—¿Soldados del rey has dicho, hijo? exclamó Juan de Ribera, avalanzándose al arco de campana que miraba á Yator.

—Yo no veo más que las luces.

—Pues yo sí, yo veo muy bien los coletos de gamuza y los capacetes de los soldados, dijo una jóven. ¡Oh, Dios mio, vendrán á socorrernos!

—Es la compañía del señor marqués de la Guardia, exclamó con alegría maese Barbillo: veo tendida su bandera blanca, con su cruz de bastos rojos.

—Muy alegre os habeis puesto, maese.

—¡Si son ciento y cuarenta demonios, y el marqués de la Guardia un león, y el teniente Belorado un toro, y el alférez Cordavias un lobo! ¡Ah, señores monfíes, paréceme que vais á dar con la horma de vuestro zapato!

—¿Pero vendrán aquí.

—¡Pues no han de venir! vedlos que suben por el repecho.

—Pero no estarían en Yátor, porque si hubieran estado allí no hubieran podido atravesar la rambla, ni los barrancos, dijo el beneficiado.

—Habrán subido á la sierra y habrán pasado por el puerto.

—Pues entonces traen seis leguas en el cuerpo, vendrán rendidos, exclamó con desaliento el beneficiado.

—¡Pero calla! exclamó Barbillo, han apagado las antorchas; encima los tenemos. ¡Ah valientes!

Y se tiró con el furor del miedo á las campanas.

En aquel momento una jara que penetró por el arco se le clavó en la frente y cayó de espaldas.

Levantóse un alarido de terror entre los prisioneros de la torre.

Otra jara hizo sonar de una manera aguda una campana y otra y otra y otra siguieron entrando por los arcos.

Toda aquella pobre gente se arrodilló.

Solo siguió tocando á rebato la campana mayor, cuyo badajo ponían en movimiento los prisioneros tirando desde el suelo de su cuerda.

Pero de improviso un nuevo incidente vino á centuplicar su terror.

Un humo espeso y acre empezó á penetrar por los arcos de las campanas.

Los monfíes habían puesto fuego á la torre.

Sin embargo, entre aquel torbellino de humo y de llamas la campana seguía tocando apresuradamente á rebato.

Allá en los extremos de la villa y en el centro ardían también algunas casas de cristianos.

No tardaron en oirse en las entradas del pueblo disparos de arcabucería.

Entonces fué cuando Yaye, Aben-Aboo, Aben-Humeya, Aben-Jahuar y el Ferih, salieron de la iglesia con los monfíes.

Al salir de la plaza desembocaba en ella á la carrera una manga de arcabucería, en medio de la cual flotaba la bandera blanca con la cruz de bastos rojos que había visto desde la torre el difunto Barbillo.

Al frente de la manga y armado

con una pica corta, venía un caballero jóven, con el rostro pálido y la mirada chispeante é iracunda, que apenas vió á los monfíes mandó hacer fuego con voz ronca á sus soldados.

Aquel caballero era el marqués de la Guardia.

Brillaron primero las mechas sopladas por los soldados y poco después se vió un relámpago y se escuchó una detonación uniforme: algunos monfíes cayeron por tierra: á la descarga de la mosquetería española contestó una descarga de la ballestería de la montaña.

Algunos soldados cayeron también.

Una segunda descarga de los soldados diezmó de nuevo á los monfíes.

—¡Es el marqués de la Guardia! exclamó con rabia Aben-Aboo.

—¡El marqués de la Guardia! exclamó con terror el emir. ¿Qué es esto, Dios mío?

—¡Hierro en mano y á degüello! gritó con voz tonante Aben-Aboo á los monfíes, lanzándose el primero alfanje en mano sobre los soldados.

—¡Ah! dijo el marqués de la Guardia con una alegría insensata, horrible: ¡te me vienes á las manos, asesino! ¡á mí, camaradas! los arcabuces bajo el brazo izquierdo y fuera las espadas: ¡á ellos! ¡Santiago y cierra España!

Pero de repente los monfíes se detuvieron cortados: por otra avenida de la plaza había aparecido el teniente Cristobal de Belorado, y los barría enfilándolos con las descargas de sus arcabuceros.

Casi al mismo tiempo el sargento Gaspar de Aponte desembocaba por otro punto y los hería por la espalda.

Los monfíes acorralados entre tres fuegos, se arrojaron en tropel por una salida de la plaza que quedaba descubierta, obligando á que los siguiesen á Yaye, Aben-Humeya, Aben-Aboo y Aben-Jahuar.

—¿A dónde va vuestra señoría? exclamó el teniente Cristobal de Belorado, atravesándose al marqués de la Guardia que se había puesto en seguimiento de los monfíes.

—¡Huyen!

—No huyen: desembarazan un lugar en que se han encontrado acorralados por sorpresa; pero dentro de poco cargarán sobre nosotros á centenares. ¡A cubrir las calles! gritó inmediatamente el viejo soldado.

—¡Es verdad! dijo suspirando el marqués: mandad barrear las calles: primero es nuestra obligación como nobles y castellanos: sacad todos los muebles y colchones que encontréis en las casas: ¿tenemos bastante pólvora?

—Nos hemos traido cargadas cuatro acémilas.

—Destinad veinte hombres que apaguen el incendio de la iglesia. Hola ¿qué hacéis alférez Cordávias? id cubriendo: sargento Aponte, vivo; haced abrir las casas y barread aprisa. Recoged nuestros heridos y rematad á esos perros monfíes. ¡Ah! primero es nuestra obligación como cristianos y caballeros.

Y se puso á pasear por la plaza, con la pica debajo del brazo y con una distracción espantosa, murmurando monosílabos y lanzando de tiempo en tiempo un horroroso juramento.

En un momento las calles que daban á la plaza estuvieron cubiertas y barreadas; esto es, cortadas con altas barricadas; muchos de los cristianos que vivían en la plaza y que habían estado escondidos, salieron con sus escopetas, y unos veinte soldados de la compañía de Diego de Herrera que se habían salvado en la torre, descolgándose con una cuerda, fueron armados con los arcabuces de los soldados que habían sido muertos ó heridos en la sorpresa de la plaza.

—¿Pero dónde está el señor beneficiado? decían algunas mujeres que habían salido de la torre

—¡El beneficiado! dijo uno de los de la compañía de Diego de Herrera: no ha tenido valor para descolgarse por la cuerda como nosotros y se ha quedado en la torre.

—¡Cómo! ¡el beneficiado de Cádiar! exclamó el marqués de la Guardia; ¡el que me casó esta tarde!.. ¡Ah! ¡Diez hombres conmigo!

Pero cuando llegaron al pié de la torre, les detuvo un espectáculo horrible.

La torre, que se había incendiado por el centro, arrojaba por los arcos de sus campanas torbellinos de fuego: por la parte que miraba á la plaza, un hombre asido á una cuerda se contraía, se izaba, luchaba, daba gritos, pero no descendía; estaba aferrado á la cuerda con el terror de la muerte.

En vano le gritaban los soldados que se dejase resbalar.

Aquel hombre no les oía.

Viósele agotar sus fuerzas en conatos desesperados, extenderse al fin, quedar un momento pendiente de los brazos, y caer luego desde la altura dando vueltas.

—¡Es el beneficiado! gritaron las mujeres.

—¡Está muerto! dijo un soldado.

El marqués de la Guardia se separó de aquel lugar, y se puso á pasear de nuevo á lo largo de la plaza.

Entre tanto seguían los preparativos de de defensa: muy pronto todas las avenidas de la plaza estaban perfectamente cubiertas, todas las calles que de ellas nacían, cortadas. Solo con un largo sitio y por hambre, podían rendir los monfíes á los castellanos, y era de esperar que el capitán general enviase pronto socorro.

Cuando todo estuvo preparado, distribuidos los centinelas, apagado el incendio de la iglesia, se esperó en vano la acometida de los monfíes: el más profundo silencio reinaba en la villa.

—¿Qué hacemos aquí? dijo el marqués de la Guardia, volviéndose bruscamente á Cristóbal de Belorado: nos vamos á quedar esperando al Mesías? los enemigos se han marchado.

—Los moros son mala gente, señor marqués, dijo Belorado: callan pero no se fíe usía de su silencio: han huido pero no se fíe usía de su fuga: saben que somos pocos, y quieren que nos extendamos en la villa. Como estamos, estamos bien.

—Os digo que los moros se han retirado.

—Como guste usía, pero...

—¡Señor Cristóbal de Belorado! ¿Sereis acaso vos el capitán de la compañía, y estaré yo acaso faltando á mi obligación disputando con vos?

Callóse el teniente.

—Tomad veinte hombres y reconoced.

El marqués volvió la espalda al teniente y siguió paseando.

—El capitán está loco, dijo Belorado, y su locura nos va á costar el pellejo; pero ¿qué hemos de hacer? lo manda; desobedecer ó cumplir mal su mandato, sería una cobardía: ¡Hola sargento Aponte! escoged veinte hombres, y conmigo.

—¿A dónde vamos, señor Cristóval de Belorado? dijo el sargento?

—¡Eh! ¿y qué os importa á vos? ¿Tenéis miedo?

El sargento se calló ante el teniente, como el teniente se calló ante el capitan.

—¡Ah, de la primera escuadra! gritó.

Formáronse inmediatamente en tres filas unos treinta hombres; el sargento hizo adelantar los hombres de las dos primeras filas, envió á los diez restantes á sus puestos, y fijó una

mirada terrible en los veinte hombres que se habían quedado.

Algunos de ellos murmuraban.

—¡Eh! ¿Qué dices tu Gil Perez? ¿y tú Pedro Donoso? ¿y tú, Chirlo del diablo? ¡eh! ¿tenéis miedo, bergantes? ¡silencio y firmes! ¡ó voto á!...

Y lo soltó redondo, arrimando al mismo tiempo á los soldados algunos golpes con el asta de su alabarda.

El sargento se vengaba en los soldados de las palabras del teniente, como el teniente se había vengado en el sargento del exabrupto del capitán: pero hay que notar que aquella venganza aumentaba á medida que descendía.

Los soldados no podían desagraviarse con nadie, porque la venganza había dado fondo en ellos.

El sargento dió parte á Belorado de que la gente estaba dispuesta, y Belorado se adelantó hácia ellos, y les dijo apoyado en su pica:

—Muchachos: vamos á hacer un reconocimiento sobre los enemigos: esto quiere decir que sopléis las cuerdas para que den pronto fuego. El lance es apretadillo y se os ha buscado para él, á vosotros, que por valientes marchábais en la vanguardia de la compañía: ¡cuerpo de Dios! todos habéis estado en Flandes, y ya sabéis á lo que sabe el hierro: ¡voto á... que el que se me vuelva atrás un paso, se encuentra con la punta de mi pica! ¡Treinta legiones! debéis ser valientes porque sóis soldados y.... ¡fuego y rayos! acordáos de que estos moriscos son muy ricos y de que podemos encontrar al paso alguna cosa. Con que no os digo más. Id á donde yo vaya... y en marcha, hijos, en marcha.

Y el teniente, con el sargento y los veinte hombres salió por el claro de una barricada.

—¡Una valiente espada que perdemos, y veinte y un leones, que van á quedar tendidos á oscuras y miserablemente! dijo el alférez Cordávias, que estaba apoyado en su bandera, al aposentador de la compañía.

—Pero yo no entiendo esto, dijo el aposentador: á nosotros nos había relevado la compañía de Diego de Herrera, estábamos en Yátor y de él no debíamos de habernos movido: el marqués parece dominado por algo terrible: vamos, no lo comprendo: ¿y á qué enviar á Belorado con esa gente?

—Yo no sé, yo no sé lo que le pasa al marqués, amigo Macías: todos le creíamos en Granada, cuando he aquí que se presenta en la posada de Belorado... yo estaba con él, y con dos buenas mozas.—Que se vayán esas mujeres, dijo el marqués.

Por más que nos extrañase esta salida tan descortés, porque al fin si él es título de Castilla no es más hidalgo que nosotros, venía de tal manera que nos causó espanto: venía con la cabeza descubierta, con el semblante desencajado: mojado de pies á cabeza; más que mojado, cubierto de lodo; miraba en torno suyo de una manera insensata, y arrojaba llamas por los ojos. ¿Véis que es buen mozo y buena cara? pues daba miedo: cuando salieron las mujeres dijo á Belorado.—Dadme vestidos y vos Cordavias, haced que los trompetas toquen llamada de infantes, y á la plaza con la gente.

Yo salí; algunos minutos después, y antes de que hubiese acudido toda la compañía, ví venir al capitán vestido con otras ropas, y con una coraza limpia al lado del teniente, ¿y no habéis reparado? trae sobre la coraza una cadena de oro, y pendiente de la cadena una rica joya.

—Sí, sí; ya lo he visto, y no sé á qué vienen esas galas: sobre todo cuando hace una noche tan oscura, y cuando es más fácil encontrar un arcabuzazo que un galanteo.

—Yo tampoco lo entiendo: ni sé si

el capitán ha cumplido con su obligación abandonando á Yátor y trayéndonos á Cádiar, con tres leguas en el cuerpo y enlodados hasta la cintura.

—En Yátor debe de haber habido también jarana.

—Esto se estaba esperando de un momento á otro, y creo, Dios me perdone, que tenemos faena para algún tiempo.

—¿Creéis que esto sea una guerra?

—Creo que nosotros somos los primeros soldados del rey que han disparado en esta guerra los arcabuces.

—¡Bah! ¡Diego de Herrera!...

—En la iglesia hay algunos soldados muertos de su compañía: sin armas, con todas las señas de haber sido sorprendidos: juraría á que esos perros los han degollado en sus mismas casas.

—Todo pudiera ser; pero noto una cosa singular.

—¿Qué?

—Ya sabeis que Cristóbal de Belorado es hombre capaz de meterse en el infierno, antes de que uno solo de sus soldados pueda decir que se ha parado ante el peligro. De seguro se ha metido por las calles de la villa y reconocido en regla como Dios manda.

—¿Y qué encontrais de extraño en eso?

—Que no se oye un solo arcabuzazo.

—Eso no quiere decir más sino que á los monfíes les gusta más el campo que las calles, y que han cercado la villa.

—Belorado há tenido ya tiempo para salir de la villa y habrá salido: á lo menos habrá mandado internarse en las quebraduras inmediatas algunos hombres, y nada, nada se oye. Los moros se han retirado de Cádiar.

—Vayan con Dios: á enemigo que huye...

—¡Alférez! dijo el capitán desde el centro de la plaza.

Se echó el alférez la bandera al hombro, y se dirigió al capitán.

—Dejad una escuadra de guardia y con la demás gente reconoced los muertos que hay en la iglesia y en la plaza.

El alférez obedeció.

—Es extraña la confianza que tiene el capitán, dijo volviendo junto al aposentador. No parece sino que está seguro de que los monfíes se han retirado.

—Pues no lo entiendo, dijo Macías.

—Ni yo tampoco. ¡Hola, sargento Astudillo! quedaos de guardia con vuestra escuadra en la plaza!

—Muy bien, mi alférez.

—Poned en cada bocacalle un centinela.

—Muy bien.

—Y decid á los sargentos de las otras tres escuadras que formen la gente.

El resto de la compañía que no había ido á reconocer ni quedaba de guardia, se encontraba poco después en la iglesia, reconociendo los cadáveres.

La mayor parte de las velas se habían apagado, pero aún quedaban muchas ardiendo.

La iglesia exhalaba un olor insoportable á sangre fresca.

Los soldados revolvían los cadáveres y los amontonaban.

Cuando encontraban una mujer, la arrancaban las arracadas, y si las orejas resistían se las abrían con las dagas: no perdonaban joya ni suma que hallaban, ni dejaban de registrar la bolsa á un solo muerto.

Y en aquella ocupación ni parecían sentir el olor de la sangre ni el ho-

rror que naturalmente inspiran cadáveres despedazados.

Eran dignos miembros de aquella famosa infantería española compuesta de vagos y aventureros, á la cual para que tomasen una plaza al asalto, no había necesidad de hablarles de la gloria que podían alcanzar, sino de las horas que se les concedían de saqueo y licencia, una vez tomado el castillo ó la ciudad sobre la que los arrojaban como una tromba de exterminio.

Encontráronse más de cien cadáveres, entre ellos el corregidor, algunos alguaciles, algunos soldados, más de treinta mujeres, algunos niños y como sabemos, el del inquisidor Medrano, el del beneficiado Juan de Ribera, el de maese Barbillo, y el de Hurtado do Campo.

Después de este reconocimiento se reconocieron las casas de la plaza, y en ellas, desiertas todas porque los moriscos habían escapado con los monfíes, se encontraron soldados asesinados en sus lechos, y en la del beneficiado Juan de Ribera, el capitan Diego de Herrera, cosido á puñaladas bajo una mesa servida.

Los primeros soldados que entraron allí, al ver los manjares los devoraron: poco despues dos soldados que habian comido de las setas preparadas por Mariblanca murieron en medio de las más horrorosas convulsiones.

Al amanecer volvió de su recocimiento el teniente Cristóbal de Belorado.

—Señor marqués, dijo: los monfíes se han retirado enteramente.

—Ya lo sabía yo, dijo el marqués de la Guardia: ahora, añadió, que ya es claro, poned guardias en la atalaya y en la torre de la iglesia: haced que los demás que hayan quedado recojan los muertos y los entierren, y aposentad la compañía.

Dicho esto, el marqués fué á apo-sentarse en la vecina casa de Juan de Ribera, escribió un largo parte al capitán general de Granada, y le envió con un correo.

CAPÍTULO XXIX

De lo que aconteció aquella misma noche en Granada.

Farax-Aben-Farax, con seis mil monfíes, había emprendido aquella tarde, cumpliendo la orden del emir, su marcha sobre Granada.

Pero estaban tan difíciles los pasos de la sierra, que para llegar á la media noche se vió obligado á elegir los más prácticos en el terreno, los más hábiles y los más fuertes y con solo trescientos hombres tomó á buen paso el camino de la ciudad.

Pero no llegó tan pronto que no pasase con mucho la hora de la media noche, y las gentes de la ciudad tuvieron tiempo para ir á las iglesias á oir la Misa del Gallo, y volver tranquilamente á sus casas.

Aunque los moriscos del Albaicín estaban prevenidos y todo lo tenían preparado, no se atrevieron á moverse por sí solos, porque, amedrentados, querían que se lo diesen hecho todo los monfíes.

Por otra parte la tardanza de estos empezaba á desanimarlos.

Contaban demas con ocho mil moriscos del valle de Lecrin, del partido de Orgiva y de las alquerías de la Vega, y ni un solo emisario de estos se había presentado. En un lugar de la sierra que se llama Cenes, debian esperar ocultos en un cañaveral dos mil hombres, y también faltaron; estos hombres mandados por los walíes de la montaña, el Partal y el Nacoz debían acometer la Alhambra, y escalar la parte que corresponde á Generalife, para cuyo efecto se habían fabricado en los lugares de Dúdar y Quen-

tas diez y siete escalas grandes de esparto, por cuyos anchos travesaños de madera podían subir á un tiempo tres hombres: la longitud de estas escalas se había calculado con arreglo á la altura de los muros, cuyas medidas había dado un morisco albañil llamado maese Francisco Aben-Edem, y los moriscos del Albaicín debían acudir con sus capitanes á la primera señal.

Lo que debían hacer estos capitanes era lo siguiente:

Miguel Acis, con las gentes de las parroquias de S. Cristóbal, San Gregorio el Alto y San Nicolás debía acudir á la puerta de Frex-el-Leux, ó de Fajalanza, con un estandarte de damasco carmesí con lunas de plata y flecos de oro: Diego Niquelí, el mozo, con las gentes de San Salvador, Santa Isabel de los Abades y San Luis, y una bandera de tafetán amarillo á la plaza de Bib-al-Bonut, y Miguel Mozagaz con la gente de San Miguel, San Juan de los Reyes, y San Pedro y San Pablo y una bandera de damasco azul turquesado, á la puerta de Guadix.

Lo primero que debían hacer los de esta parte, era pasar á cuchillo á los cristianos que vivían en el Albaicín, y, dejando una guardia en aquellos lugares, acometer después la ciudad por tres partes, y al mismo tiempo la fortaleza de la Alhambra.

Los de la puerta de Freux-el-Leux, debían bajar al campo del Triunfo por fuera de los muros, ocupar el Hospital Real, acometer la puerta de Elvira, entrar por ella matando á los cristianos que encontrasen, forzar la cárcel de la Inquisición, y soltar los moriscos presos en ella.

Los de la plaza de Bib-al-Bonut, debían bajar por la cuesta de la Alhacaba, dando por la calle de la Calderería en la cárcel de la ciudad, poniendo libertad á los moriscos, y yendo después á la casa del arzobispo procurando prenderle ó matarle.

Los de la puerta de Guadix debían bajar por la ribera del Darro, acometer las casas de la Audiencia Real, y prender al presidente don Pedro de Deza, yendo después á reunirse todos á la plaza de Bib-al-Rambla donde debían acudir también los ocho mil hombres del valle de Lecrín, del partido de Orgiva, y de la Vega.

La ciudad debía ser entregada al degüello, al saqueo y al incendio

Teníanse sospechas de que los moriscos tramaban algo; pero como no hubiese un solo traidor entre ellos, ni se conocía su plan, ni se sabía el día de la rebelión, ni aun se creía que pudiese ser, á pesar de que en Granada había muy poca gente de armas y casi ningún pertrecho.

El marqués de Mondéjar don Iñigo Lopez de Mendoza, había escrito al consejo del rey pidiendo hombres, y su petición se había desatendido hasta tal punto, que si los moriscos llegan á poner en práctica su plan concertado, hubiera sido horrible lo que hubiera acontecido en Granada la Noche-Buena de 1568.

Todo consistió en esperar los unos la resolución de los otros: Farax-aben-Farax confiando en las gentes del Albaicín y necesitando aprovechar el tiempo, creyó que bastaba presentarse en el Albaicín con los trescientos monfíes que llevaba, y tanto anduvo, que á pesar del temporal, lo oscuro de la noche y lo intransitable de la sierra, llegó á Granada á la una de la noche, tomando de los molinos que están junto al río Darro los picos y herramientas que había en ellos, llegó á un muro que en aquellos tiempos existia aún, y del cual solo quedan hoy algunos restos, y abriendo con los picos un portillo que estaba tapiado por cima de la puerta de Guadix, entró por lo alto del barrio

de Raab-Albayda, en el Albaicin, dejando veinte y cinco monfíes de guardia en el portillo, y haciendo que los restantes se pusieran bonetes encarnados y tocas blancas para parecer turcos, se fué á la casa que tenía en Granada junto al convento de Santa Isabel de los Abades, y llamó á los principales moriscos con quienes estaba concertado el alzamiento.

—¿Qué es esto? les dijo: acabo de entrar en la ciudad y la encuentro tranquila, desiertas y silenciosas las calles, y hasta las rondas metidas en sus casas. ¿Qué es lo que pensáis hacer? La Alpujarra se ha levantado, y en estos momentos los cristianos son degollados é incendiadas sus haciendas; vosotros solos estáis en silencio y acobardados.

Disculpáronse los llamados con que nadie les habia acudido.

—Los ocho mil hombres que deben venir del Valle y de la Vega, dijo Farax, y los capitanes de las parroquias del Albaicín están prevenidos. Pero es necesario que vosotros los ricos y los respetados les déis los primeros el ejemplo, no mostrándoos cobardes y débiles. Que para esto he venido yo.

—Has venido con muy poca gente, dijo Abul-ben-Eden, y te perderás; nosotros no queremos perdernos más de lo que estamos. Los primeros que nos han faltado son los monfíes.

—¡Cómo! exclamó irritado Farax; me habéis hecho perder mi casa, mi familia y mi hacienda, y darme á la sierra, solo por la libertad de la patria, y ahora que llegamos al punto del combate, los que más debíais favorecernos y ayudarnos os echáis fuera del peligro, como si hubiese otra salvación que la guerra, ó como si después de lo que hemos hecho esperásemos alcanzar perdón de los cristianos! antes debíais haberlo pensado: pero ya que sois tan miserables y tan cobardes, yo, yo solo con los que tengo, haré que el Albaicin se levante ó perezcais todos los que estais en él.

Y rugiendo de cólera se salió de su casa antes del amanecer, llevando los trescientos monfíes en dos cuadrillas, y por la calle de Raab-Albayda se encaminó á la plazuela que está delante de la colegiata del Salvador, donde le dijeron que había una guardia de seis ú ocho soldados.

Cuando llegaron á la plazuela los monfíes que iban delante, se detuvieron á esperar la llegada de los otros, porque vieron un soldado que se paseaba por la plazuela haciendo centinela, y cuando sintió el ruido de los pasos de los monfíes que subían por Raab-Albayda, creyendo que era la ronda del corregidor, se fué hacia los monfíes con la mano puesta en la espada y echándola de valiente, y cuando estaba cerca de ellos les dió el ¿quién vive?

La contestación de los monfíes fué disparar sobre él las ballestas que llevaban armadas, hiriéndole en un muslo.

El soldado dió á huir hacia el lugar donde sus compañeros dormían descuidadamente alrededor de una hoguera, y empezó á dar gritos y á llamar al arma.

Los monfíes cargaron sobre los soldados, que aturdidos con el sueño no pudieron levantarse tan pronto que no dejasen dos hombres muertos, llevando consigo otros dos heridos.

Siguiéronles los monfíes por unas callejuelas estrechas hasta la plaza de Bib-al-Bonut, donde en aquellos tiempos estaba el convento de los Jesuitas: llamaron é insultaron al jesuita Albotodo, que era morisco, y no pudiendo forzar la puerta que era muy fuerte, arrancaron una cruz de madera que estaba clavada sobre ella y la hicieron pedazos.

La otra cuadrilla de monfíes, capitaneada por el walí Nacoz, tomó des-

de la plazuela del Salvador á la derecha, llegó á la Plaza Larga, derribó la puerta de una botica que era de un familiar del Santo Oficio, llamado Diego de Madrid, y no habiéndole encontrado dentro, le robaron é hicieron pedazos botes, redomas, armarios y cuanto encontraron, y luego pasaron el portillo de San Nicolás, situado junto á la puerta más antigua de la alcazaba Cadima, y saliendo á la plazuela de la iglesia, desde donde se vé enteramente la Alhambra, el barrio del Hajeriz y gran parte de la ciudad, empezaron á tocar la zambra con sus dulzainas y atabalejos, y á decir á grandes voces:

—No hay más Dios que Dios y Mahoma su mensajero: todos los moros que quisieren vengar las injurias que los cristianos han hecho á sus personas y ley, vénganse á juntar con estas banderas, porque el rey de Argel y el Xerife, á quien Dios ensalce, nos favorecen y nos han enviado toda esta gente, y la que nos está aguardando allí arriba. Ea, ea, venid, que ya es llegada nuestra hora y toda la tierra de los moros está levantada (1).

Los cristianos escucharon aterrados este pregon, porque temian lo que no sucedió: esto es: que se levantasen los moriscos del Albaicin: en vano Farax-Aben-Farax y Nacoz y el Niqueli, repitieron sus pregones: ni un solo morisco salió á la calle.

Entre tanto las campanas de la Colegiata del Salvador tocaban apresuradamente á rebato, y empezaba á extenderse este toque á las torres de las demás paroquias.

Desesperado Farax, y viendo que ya amanecia, que nadie le ayudaba, y que no llegaba el grueso de los monfíes, se decidió á abandonar la ciudad.

(1) Mármol: Historia de la rebelion y castigo de los moriscos de Granada: libro IX, capítulo IV.

Al pasar ya en retirada con sus dos cuadrillas por la calle de los Panaderos, se abrió una ventana y apareció un viejo.

¿Cuantos sois? preguntó á Farax.

—Seis mil, contestó el alguacil mayor del reino.

—Venís pocos y venís tarde; exclamó el viejo con desprecio, y cerró la ventana.

Salióse ya enteramente desesperado Farax por el portillo por donde habia penetrado en el Albaicín, y antes de retirarse definitivamente quiso probar el último recurso, y subiendo al cerro de San Miguel hizo dar desde su cumbre otro pregón, y como nadie le contestase tampoco, gritó con todas sus fuerzas como si hubiera querido que le oyesen todos los moriscos del Albaicín:

—¡Perros! ¡traidores! ¡cobardes! ¡que nos habéis engañado y no cumplís lo prometido! ¡quedáos en paz! ¡pero yo os juro que si vuelvo será para degollaros lo mismo que á los cristianos!

Y seguidamente, rugiendo como un leon herido, se precipitó con sus trescientos monfíes por la ladera del cerro, y subiendo por el rio Darro tomó el camino del lugar de Cenes.

Solo Dios sabe lo que hubiera acontecido aquella noche, si los moriscos del Albaicín se hubiesen levantado á la voz de Farax, ó si hubiesen llegado los restantes monfíes, que á causa de la nieve no pudieron atravesar la sierra.

CAPÍTULO XXX.

Complemento del anterior.

Entre tanto los soldados que habian huido de la plazuela del Salvador, donde como dijimos estaban de guardia, fueron á avisar á Bartolomé de Santa María, uno de los alguaciles en-

cargados por el presidente Deza de rondar el Albaicín. Por el camino los soldados habían ido llamando á grandes voces al arma; mas estaban los vecinos tan descuidados, que creyendo que fuese burla, se asomaban á las ventanas gritándoles que callasen, y creyéndolos borrachos. Otros vecinos, salieron á medio vestir, asombrados, soplando las mechas de los arcabuces, y no sabiendo qué hacer ni á dónde ir.

Llegados, pues, el alguacil, los soldados y algunos vecinos á las casas de la Chancillería, dieron parte de lo que sucedía al presidente Deza, aunque de una manera confusa é incompleta, porque el miedo que antes no les había dejado ver, no les dejaba entonces hablar. El presidente hizo avisar al corregidor y al marqués de Mondéjar, y mandó al Albaicín al alguacil Santa María, para que se enterase bien del hecho y volviese á noticiárselo. Entre tanto el soldado que fué á avisar al marqués de Mondéjar estuvo detenido mucho tiempo en las puertas de la Alhambra, que no quisieron abrir, hasta que lo mandó el conde de Tendilla que andaba rondando por los adarves, y había ya oido desde ellos la zambra y las voces de los monfíes en el Albaicín.

El soldado le informó de todo, y el conde de Tendilla le llevó al aposento de su padre el marqués de Mondéjar, que no quería creer lo que le decían, hasta que afirmándole su hijo que había escuchado instrumentos moriscos en el Albaicín, y el soldado que había visto hombres vestidos y tocados como turcos, saltó del lecho, se armó y mandó que la gente de la fortaleza se pusiese en armas.

Pero se encontró con que solo tenía ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos: gente que no bastaba para defender el castillo, cuanto más para sacarla de él. Tanto más no sabiéndose el número de los enemigos, que podían ser muchos, puesto que solo en el Albaicín podían tomar las armas diez mil moriscos: en la ciudad había muy poca gente bien armada de que poder disponer, y lo estrecho, pendiente y tortuoso de sus calles favorecía á los moriscos para la defensa.

Resolvióse por eso á no dejar la Alhambra hasta que amaneciese, y habiendo sabido que el alguacil que fué á reconocer el Albaicín no había encontrado rastro de moro, ni más que algunos vecinos asustados, mandó que las campanas cesasen de tocar á rebato y que subiesen algunas rondas para asegurar el Albaicín, no fuese que con el pretexto del alboroto saqueara la gente de mal vivir las casas de los moriscos.

El corregidor por su parte apenas recibió el primer aviso, montó á caballo y con algunos caballeros que se le presentaron armados, fué á situarse en la Plaza Nueva, delante del palacio de la Chancillería, donde recogió la gente que bajaba desbandada del Albaicín, y allí estuvo quieto hasta que amaneció, temeroso que el lance siguiese más adelante.

Habian encontrado los que fueron á reconocer el Albaicín el portillo abierto por los monfíes, y junto á él las herramientas de que se habían servido y un saco lleno de bonetes turcos: cuando fué de día el marqués de Mondéjar dejó la Alhambra y bajó á la Plaza Nueva con don Alonso de Cárdenas, su yerno y sus hijos el conde de Tendilla y don Francisco de Mendoza, reuniéndosele en la Plaza Nueva los marqueses de Villena y Villanueva, el conde de Miranda y otros muchos caballeros que se encontraban en Granada siguiendo pleitos y otros muchos escuderos y gentes de guerra, que habían acudido temerosos de lo que aquello pudiera ser.

En aquellos momentos un tragine-ro dijo al marqués de Mondéjar, que había encontrado á los monfíes camina-ndo con dos banderas tendidas, por detrás del cerro del Sol hácia el lugar de Casa Gallinas.

Alborotáronse con estas noticias los que estaban con el capitán gene-ral y quisieron marchar tras los mon-fíes. Pero el marqués de Mondéjar no lo consintió á causa de que era más importante la seguridad de la ciudad, y de no saberse el número de los ene-migos.

Limitóse á enviar un escudero suyo con alguna gente á reconocerlos, y él con treinta caballos, cuarenta arcabu-ceros y los alabarderos de su guardia subió al Albaicin; atravesó por medio de él sin encontrar una sola persona, porque los moriscos estaban encerra-dos y prevenidos en sus casas teme-rosos de ser robados: y llegando á la plazuela del Salvador, preguntó á al-gunos cristianos que se encontraban en ella, por qué no se veían moriscos por las calles y le respondieron que se habían retirado á sus casas.

Entonces mandó á Jorge de Baeza que llamase á los principales de ellos y venidos y habiendo protestado que ellos no tenían culpa alguna de lo que había sucedido, y que eran buenos y leales vasallos del rey, el marqués les respondió: que puesto se habían mostrado tales no acudiendo al llama-miento de los monfíes, continuasen en su lealtad, y que contasen con su am-paro.

Afectaron quedar muy contentos los moriscos, bajó á la Plaza Nueva el capitán general, y como ya era bien entrado el dia, se resolvió dar sobre los monfíes, y salieron cuando los que habían salido á reconocerlos trajeron noticia del camino que lle-vaban.

Los monfíes seguían entre tanto su camino hácia la sierra y sin detenerse en los lugares de Dudar y Quéntar pasaron por ellos y bajaron á Cenes, donde se detuvieron á almorzar, y ha-biendo sido avisados que el capitán general de Granada se les venía en-cima tomaron de nuevo el camino por la falda de Sierra Nevada hácia el lu-gar de Dilar.

El marqués de Mondéjar tomó por cima de Huétor hácia Dilar, y al lle-gar al campo de Gueni los caballos de vanguardia, descubrieron á los moros que iban ya embreñándose en la sierra.

Don Alonso de Cárdenas apretó las espuelas á su caballo, y seguido de algunos ginetes, se puso en demanda de los monfíes creyendo poder alcan-zarlos antes que se embreñasen: pero se lo impidió una cuesta muy agria que hay en el barranco del rio de Di-lar, y tardaron tanto en subir y bajar que los monfíes tuvieron tiempo de posesionarse de un cerro alto y muy áspero que se levanta á la derecha del pueblo, y poniendo las banderas en medio, empezaron á jugar sobre los del marqués las ballestas y los arca-buces.

Mataron algunos soldados, pusié-ronse en respeto á los demás, obliga-ron al marqués de Mondéjar á no pa-sar adelante, y luego tomaron lo ás-pero de la sierra, donde no podían subir los caballos, y burlando al mar-qués de Mondéjar, bajaron al valle de Lecrin, le sublevaron diciendo que dejaban alborotada á Granada, y se entregaron respecto á los cristianos que vivían en los pueblos del valle, á las mismas atrocidades que habían en-sangrentado á Cádiar.

El marqués mandó tocar á recoger, y cuando tuvo la gente formada, cuan-do vió que por su poco número se veía obligado á volver á la ciudad, tomó el camino de ella murmurando para su celada:

—Los del consejo de Su Magestad

creen que aquí no necesitamos ni hombres ni dinero, y si este descuido dura, Granada se perderá.

Enmedio del camino le detuvo un soldado que traía para él una carta: aquella carta era del marqués de la Guardia, en que le daba cuenta de los terribles sucesos de Cádiar.

CAPÍTULO XXXI.

De cómo supo Yaye que su mala estrella se le hacía cada vez más enemiga.

Volvamos al marqués de la Guardia en el punto en que después de haber escrito su carta para el capitán general se había quedado solo.

Era poco después del amanecer.

El marqués estaba en un estado de exaltación terrible.

Estaba loco.

Solo se le oía murmurar:

—¡Esperanza! ¡Mi Esperanza! ¡Mi hija!

Y después de murmurar estas palabras revolvía en torno suyo su mirada ensangrentada y furiosa.

Abrióse la puerta del aposento, y un soldado le entregó una carta.

Aquella carta decía:

—«Caballero: ignoro por qué razón os he encontrado al frente de vuestra compañía en Cádiar, cuando os creía al lado de mi hija. Tengo derecho á que me satisfagais, y os mando que vengais á encontrarme siguiendo al hombre que os llevará esta carta.—El emir de los monfíes.»

—¿Dónde está el hombre que ha traido esta carta? dijo el marqués, guardándosela en el bolsillo.

—Espera en el zaguán, señor, contestó el soldado.

—Hacedle entrar.

Entró un hombre de aspecto al parecer humilde y miserable y pobremente vestido.

El marqués se quedó solo con él.

—¿Sabes quién te envía? dijo el marqués.

Irguióse el mendigo.

—Soy walí del poderoso emir de los monfíes, contestó, y me llamo Suleimán.

—¿Y te atreves á decírmelo?

—Sí: tú eres también monfí.

—¡Yo!

—Sí, tú: tú eres monfí, eres traidor.

El marqués echó mano á su espada.

—Sí, dijo Suleimán, sin inmutarse por el movimiento amenazador del marqués: eres monfí, porque eres esposo de la sultana Amina; y eres traidor, porque ayudas á los cristianos.

—¡La sultana Amina! exclamó con acento rugiente el marqués: ¡sabes tú lo que ha sido de la sultana Amina! ¡sabes si está muerta ó viva..... ó tal vez peor que muerta!

Palideció profundamente Suleimán, y asió con furor un brazo del marqués.

—¿Te habrás atrevido, perro cristiano?... exclamó.

—Me la han robado, gritó el marqués, lanzando de sí á Suleimán, y con ella me han robado á mi hija.

—¡Qué te han robado á la sultana Amina! ¿y quién, quién? gritó Suleimán, sin temor de ser oido: ¿sabes tú lo que hará contigo el emir, si no le das cuenta de su hija, aunque te ocultes enmedio de los escuadrones del Rey de España?

—¿Dónde está Aben-Aboo?

—¡Aben-Aboo! ¡el compañero en el mando del emir! exclamó con extrañeza Suleimán, porque no sabía á dónde el marqués iba á parar.

—¡Llévame, llévame á donde esté el emir! dijo el marqués: á él solo daré cuenta de lo que ha sucedido; llévame á donde esté el emir, y nada temas.

—Yo nada temo, replicó Suleimán,

pero puesto que obedeces á nuestro común señor, sígueme.

Calóse el marqués su morrión de hierro, envolvióse en una capa que le habían prestado, y siguió á Suleimán.

En cuanto éste estuvo fuera de la casa, tomó todo el aspecto de un mendigo anciano y enfermo.

Bajaron torciendo por algunas callejas y salieron al campo: esto es, á la montaña.

En cuanto estuvieron en ella, Suleimán se irguió de nuevo, y siguió adelante á gran paso.

El marqués iba tras él.

Pasaron algunos barrancos, en los cuales quedaba el fango del pasado aluvión, y al fin Suleimán empezó á trepar por un sendero escarpado, á cuyo fin se veía la entrada de una cueva.

Cuando llegaron á ella, el marqués vió que dentro se paseaba un hombre enteramente vestido á la usanza mora.

Aquel hombre era el emir.

Al sentir á Suleimán se volvió: al ver tras él al marqués, se puso letalmente pálido, y con un ademán imperioso mandó á Suleimán que se retirase.

El monfí descendió á la carrera por el sendero.

Yaye y don Juan quedaron solos.

—¡Cómo te encuentro aquí, mi buen hijo! exclamó el emir con un acento doloroso y reconcentrado, conteniendo mal su cólera.

—Teneis razón, señor, dijo el marqués. Teneis razón en extrañar que me encuentre á vuestro lado porque debía estar muerto.

Pronunció de tal modo el marqués estas palabras, que la irritación del emir pasó para dejar su lugar al espanto.

—¡Muerto! ¡y por qué! ¿y mi hija y tu esposa?

—No sé qué ha sido de ellas, exclamó con desesperación el marqués.

—¡Habla! ¡habla! ¡acaba! no sé por qué veo en tus palabras, en tus miradas, los indicios de una gran desgracia.

—¡Me la han robado! exclamó con acento rugiente el jóven.

—¡Robado! ¡pero quién! ¡cómo!

—¡Quién! Diego López Aben-Aboo, exclamó el marqués: sí, le reconocí, y eso que solo le ví á la luz del fuego de un arcabuzazo; pero tenía fijos en mí los ojos con una expresión infernal... y luego oí su voz ronca que gritaba: ¡embreñáos! ¡embreñáos con ella!... después nos separó la mano de Dios: una maldita avenida por el barranco donde nos encontrábamos.

Yaye estaba aterrado, contraído, mudo, sin poder pronunciar una sola palabra.

El marqués le refirió de qué manera habían sido sorprendidos, y cómo desesperado se arrojó con su caballo á la corriente.

Después continuó:

—Yo debí perecer: la violencia de la avenida arrastraba á mi caballo: veía pasar rápidamente á ambos costados míos las sombras informes de las rocas: encontréme de repente fuera del caballo que se había sumergido, y me sentí sumergir; pero también de repente me sentí alzado y me encontré sobre el tronco de un arbol que arrastraba la avenida. Por una casualidad aquel tronco se detuvo en una roca: yo tendí los brazos á aquella roca, y encontré por casualidad las raices de un árbol: trepé... y me encontré salvo, pero me encontré solo... solo... ¿qué había sido entre tanto de mi Esperanza?

El marqués inclinó la cabeza desesperado.

—¡Mi hija...! ¡robada por Aben-Aboo! murmuraba entre tanto sordamente el emir.

Y luego cerrando los puños, y levantando los ojos al cielo exclamó:

—¡Oh! ¡es mucho, mucho castigo! ¡es demasiado! ¡es horrible, Señor!

Y luego volviéndose al marqués, continuó:

—¿Pero estás seguro?.. ¿seguro de todo punto?

—¡Oh! tan seguro estoy de ello, que donde quiera que le encuentre, he de beber la sangre de ese infame.

—Pero, exclamó desconfiando aun el emir, tú te encontraste solo en una roca en la montaña... en un terreno que no conoces, de noche... y después te he encontrado con tu compañía en Cádiar: tu compañía estaba en Yátor.

—La avenida me había echado cerca de Yátor.

—¿Pero cómo pudiste conocerlo, no siendo práctico en la tierra?

—Se escuchaba á lo lejos el ladrido de algunos perros, y se veían algunas luces inmóviles entre la oscuridad; yo me dirigí adonde se escuchaban aquellos ladridos, adonde brillaban aquellas luces, y me encontré en Yátor. Entonces busqué á mi teniente Cristóbal de Belorado, y le mandé reunir la gente, con la cual me encaminé á Cádiar, adonde llegué después de la media noche. Yo sabía que Aben-Aboo era vecino de Cádiar, que tenía allí á su madre, y no se por qué, estaba seguro de encontrar en Cádiar á Aben-Aboo. Y no me engañé. ¿Por qué huyeron los monfíes?

—¡Huyeron!... porque yo no quería que tú murieses; porque yo los mandé retirar: pero en estos momentos, en el punto en que tú has salido de Cádiar, en el momento en que no puedes correr peligro, mis monfíes habrán embestido de nuevo la villa, y no dejarán ni uno solo de tus soldados vivo.

—¿Y para qué quiero yo vivir?

—¿Para qué? si es cierto lo que dices, ¿por qué quieres morir y no vengarte?

—¿Y no me habéis impedido vos mi venganza?

Yaye se extremeció: el hombre que había robado á su hija, era su hermano; el hombre de quien con tanta justa causa quería vengarse el marqués de la Guardia, era su hijo.

La fatalidad ó la justicia de Dios eran con él inexorables: él había matado al padre del marqués de la Guardia creyéndole corruptor de su esposa, y el hijo del difunto marqués había seducido á su hija: su hija había enloquecido al príncipe don Cárlos, le había hecho traidor á su padre, y Felipe II se había visto obligado á prenderle, á procesarle y acaso á matarle: Amina había enloquecido también á Aben-Aboo, y le había hecho traidor á su padre, rebelde, inobediente, feroz. Acaso Yaye, como Felipe II, se vería obligado á matar á su hijo por el bien de su pueblo. Acaso en medio de todo aquello podía haber horrorosos crímenes: el incesto, el fratricidio acaso: Amina, Aben-Aboo y Aben-Humeya ignoraban que eran hermanos, y los dos hermanos amaban á su hermana y estaban celosos entre sí.

El emir estaba consternado: la más terrible desesperación le torturaba el alma, la vida se le había hecho de todo punto insoportable, y un remordimiento voraz le roía las entrañas.

¿Dónde te robaron tu esposa, dijo al fin dirigiéndose al marqués.

—En un barranco, cuando caminábamos bien de prisa, porque según decían, teníamos que atravesar una rambla peligrosa.

—¿Y estábais ya cerca de esa rambla?

—Si señor.

—¡Ah de abajo! gritó el emir asomándose á la boca de la cueva.

Poco después subió Suleimán.

—Que se reunan al momento cuarenta monfíes, y mi caballo.

Poco después el emir cabalgaba en el fondo del barranco y Suleimán, á quien había hablado algunas palabras Yaye, dijo al marqués:

—Sígueme, señor.

El marqués miró á Yaye.

—Síguele, síguele, hijo mio, dijo el emir: él te llevará á lugar seguro.

El marqués siguió á Suleimán y Yaye siguió adelante con su gente, á gran paso, salvando todo género de obstáculos, por lo más áspero de la montaña.

De repente los monfíes que iban de descubierta, se detuvieron y se encararon las ballestas que llevaban armadas.

—¿Quién vá? gritó el que iba más adelante.

—¡Allah le ille Allah! gritó una voz muy conocida del emir.

—¡Harum! exclamó Yaye haciendo saltar hacia adelante su caballo, al escuchar aquella voz.

—¡Ah, poderoso señor! exclamó desesperado el wazir.

—Nuestra hija nos ha sido arrebatada, gritó Calpuc.

—Y mi sobrino ha perecido, dijo todo desencajado don César de Arévalo.

—Y sobre todo, dijo para su capote Peralvillo, que estaba entre los recien encontrados; hemos pasado una muy mala Noche-buena con el agua á la rodilla y dando diente con diente.

El emir desmontó y se apartó á un lado con Calpuc, Harum y don César.

—¿Con que es verdad? dijo.

—Sí, sí, verdad es, dijo Calpuc: una horrible verdad. ¿Pero quién te lo ha dicho.

—Basta que yo lo sepa, dijo el emir.

—¿Y sabeis también, poderoso señor, quiénes han sido los ladrones? ¿Sabeis quién puede haberlos pagado?

—¡Qué! ¿no habeis podido vosotros conocer á los robadores?

—Eran piratas berberiscos, dijo Harum.

—Corsarios berberiscos eran, repitió Calpuc.

—Sí, sí, unos horribles berberiscos con bonetes encarnados, añadió don César de Arévalo.

—¿Pero no sabeis que los monfíes que han ido á Granada con Farax-Aben-Farax, llevaban muchos vestidos berberiscos y bonetes colorados para hacer creer á los de Granada que habían venido á ayudarnos los africanos?

—¡Ah! exclamó como quien encuentra una difícil solución Harum. Ya decía yo. Farax-Aben-Farax debía ya estar en marcha para Granada cuando sucedió la desgracia.

—¿Y qué importa? ¿No pudiste conocer á ninguno de los robadores?

—No señor.

—¿Y por qué no los perseguísteis?

—Nos lo impidió la tempestad, nos vimos encerrados entre trestorrentes, dijo Harum.

—Y tan verdad es esto, dijo entristecido don César, que mi sobrino que se arrojó á la corriente para perseguir á los infames, fué arrastrado por las aguas sin que se sepa qué ha sido de él. Es necesario que averigüeis lo que ha sido de mi sobrino, poderoso emir.

—¿Qué me hablais de vuestro sobrino, cuando he perdido á mi hija? exclamó Yaye; y luego volviéndose á Harum dijo: es necesario batir en derredor la montaña: los ladrones no deben estar lejos: deben haberles cortado el paso otros barrancos. Conmigo, caballeros, conmigo, y que nos proteja Dios.

En vano el emir registró por aquella parte todos los barrancos, quebra-

duras y escondrijos de la montaña: nada se encontró.

Yaye se volvió desesperado.

No le quedaba otro recurso que ir á encontrarse frente á frente á Aben-Aboo.

Cuando volvió á Cádiar encontró á los monfíes al mando del Ferih enteramente apoderados de la villa.

Su pronóstico al marqués de la Guardia se había cumplido.

Cercada por todas partes y abrumada por el número la valiente compañía de arcabuceros, había sucumbido toda, á excepción del marqués de la Guardia, de quien estaba apoderado Yaye, y del soldado que el marqués había enviado al capitán general de Granada.

La población presentaba un aspecto horrible.

No se veía en las calles más que sangre y cadáveres; en la plaza estaba amontonado un botin sangriento y algunas casas que habían sido incendiadas ardían aún.

La atalaya y la huerta que habían servido de habitación á Aben-Aboo, estaban desiertas: doña Isabel de Válor y Angiolina Visconti habían desaparecido.

Cuando Yaye hizo buscar á doña Elvira de Céspedes no pudo darse con ella, y solo quedaban en la villa algunos moriscos aterrados y los monfíes triunfantes.

Cuando Yaye preguntó por Aben-Aboo y por Aben-Jahuar el Zaquer, le dijeron que habían marchado á la taa de Jubiles.

Aben-Humeya había marchado también á la taa de Válor.

Yaye envió dos de sus walíes con órden terminante de que se presentaran Aben-Humeya y Aben-Aboo.

Pero Aben-Humeya contestó con altivez que era rey de Granada y que no obedecía á nadie, y Aben-Aboo no pudo ser encontrado.

Yaye conoció que era llegada para él la hora de la expiación.

Entretanto don César de Arévalo esperó en vano á que pareciese su sobrino, y cuando, no teniendo que hacer en las Alpujarras, se despidió del emir y se fué con Peralvillo á Granada, supo con horror que el capitán general había recibido una carta del marqués de la Guardia, fechada en la madrugada del primer dia de Pascua, en que le participaba que con su compañía había batido los monfíes y ocupado la villa de Cádiar.

Todo el mundo, incluso don César de Arévalo, dió por cosa cierta, cuando se supo el degüello de la compañía por los monfíes, que el marqués de la Guardia había perecido víctima de su lealtad el rey.

Entonces, y no teniendo ya cosa que le detuviese en España, se fué con Peralvillo al Perú, donde le llamaba su oficio de oidor de aquella real audiencia.

Desde este momento don César y Peralvillo se nos pierden: no se sabe si se ahogaron en la travesía, ó si don César se murió de viejo haciendo injusticias á los peruanos.

CAPITULO XXXII.

En que se ve que se estrechan las distancias entre nuestros personajes.

¿Qué había sido de Angiolina Visconti y de doña Elvira de Céspedes?

Vamos á decirlo sin rodeos á nuestros lectores.

Aben-Aboo había llevado á Angiolina á un caserío de sus parientes en la montaña donde no podía correr el menor peligro.

Doña Elvira había sido conducida por Laurenti, medio robada, engañada, al subterráneo de la Princesa encantada.

Es tal la multitud de sucesos que

se agolpan en esta parte, que se embrollan en las viejas memorias que nos sirven de guía, que nos vemos obligados para desenredarlos y darles claridad, á dejar en suspenso la explicación de la causa de algunos; de este número, es la razón que tuvo Laurenti para apoderarse de doña Elvira, y el por qué del consentimiento de doña Elvira á seguirle.

En cuanto á doña Isabel de Córdoba y de Válor ya hemos apuntado anteriormente que Yaye la había puesto en seguridad en la montaña.

El marqués de la Guardia había sido conducido por Suleiman, de órden de Yaye, al alcázar subterráneo de los emires de los monfíes.

En cuanto á Amina y su hija nada podemos decir por ahora á nuestros lectores.

Digamos algo acerca de la rebelión, puesto que su historia nos llevará como por la mano al desenlace de los sucesos complicadísimos que vamos relatando.

Lo que había acontecido en la villa de Cádiar la noche del 24 de diciembre de 1568 había acontecido en todas las villas de las Alpujarras.

Los moriscos se habían rebelado enteramente apoyados en los monfíes, habían acometido á los cristianos, matando á los que no pudieron escapar, cautivando á las mujeres jóvenes, incendiando, robando, martirizando con una crueldad infinita: tan cierto es que cuanto más dura y ferozmente ha sido tiranizado un pueblo, más terrible, más cruel, más abominable es su venganza.

Ni es nuestro objeto entrar en los detalles de aquellas inhumanas carnicerías, ni nuestro carácter se presta á ello: en el relato de los acontecimientos de Cádiar de que no hemos podido dispensarnos, no hemos tenido afortunadamente necesidad de presentar niños crucificados, y acañaverados, sacerdotes á quienes se arrancaba vivos el corazón; hombres quemados á fuego lento; horrores inauditos, venganzas monstruosas, que se llevaron á cabo en casi todos los lugares de la Alpujarra, y que empañaron la causa defendida por los monfíes, haciendo de ellos innobles ladrones y repugnantes asesinos.

Yaye veía desvanecerse sus sueños: comprendía al fin que solo había sido rey de una numerosa banda de malhechores, contenida por su espada, mientras no se había llegado á un rompimiento decisivo, pero desbordada y alentada y puesta en insubordinación por fatales elementos el día del rompimiento. Alrededor de Yaye había muchos caballeros entre ellos Harum, que conservaban la tradicional y generosa hidalguía de los antiguos árabes, pero que eran impotentes para contener el mal.

Yaye conoció que en todo se había engañado: pero cada de uno de sus engaños había sido para él de una trascendencia terrible.

Yaye estaba desesperado.

A más de sus desgracias domésticas, que eran bastantes para desgarrarle el corazón, veía con espanto que la guerra se había empezado con los peores auspicios posibles.

La justicia, la opinión pública, la conciencia debían protestar y protestaban contra aquellas gentes que no cesaban de incendiar, de violar, de matar, de robar.

Los horrores se sucedían sin intermisión (1).

(1) Lo primero que hicieron fué apellidar el nombre y secta de Mahoma, declarando ser moros agenos de la santa fe católica, que tantos años había que profesaban ellos y sus padres y abuelos. .. Y á un mismo tiempo sin respetar cosa divina ni humana, como enemigos de toda religión y caridad, llenos de rabia cruel y diabólica ira, robaron, quemaron y destruyeron las iglesias, despedazaron las venerables imágenes, deshicieron

Inmediatamente después del alzamiento de Cádiar, se alzó la taha de Poqueira; á continuación los quince lugares ó alquerías de la taha de Orgiva; los once lugares de la de Ferreira; los veinte de la de Jubiles; los veinte de las tahas de los dos Ceheles; los diez y nueve de la de Ujíjar; todas estas villas y lugares, los primeros del alzamiento, lo verificaron, como Cádiar, el día 24 de diciembre; después y hasta el primero de enero del siguiente año de 1569, esto es, en el espacio de seis días se rebelaron los lugares de la tierra de Adra, las tahas de Veria, Andarax, Dalias, Lucha, Marchena, Rio Boluduy, las tierras de Salobreña y Almería y el Marquesado del Zenete: es decir: todas las Alpujarras y parte de la Axarquía de Málaga y de la provincia de Almería.

Un número considerable de cristianos asesinados, cuyo número no seria exagerado determinándolo en diez mil, habian sido el terrible reto, lanzado por los moriscos al rostro de Felipe II: una oleada de sangre extremeció á España, é hizo que se fijasen en ella las miradas de Europa; sombrío relámpago de una insurrección comprimida hacía mucho tiempo, y que al fin estallaba salvaje en todo el esplendor de su horrorosa venganza.

Encontró esta rebelión al marqués de Mondéjar sin gente y sin pertrechos: afortunadamente la tentativa de los monfíes sobre Granada había fracasado: si por un acaso, por una combinación mejor meditada, el estandarte de Mahoma llega á tremolar sobre las torres de la Alhambra, España se hubiera encontrado de repente acometida por un enemigo formidable: Africa entera se hubiera lanzado á los puertos españoles ocupados por los turcos y el ambicioso sultán de Constantinopla, el guerreador y terrible Selim II hubiera encontrado en España su campo de batalla contra la cristiandad.

¿Quién sabe lo que pudo haber sido de Europa, por la imprevisión de Felipe II, por lo antipolítico de su opresor fanatismo, por su ciega confianza en las fuerzas del clero y de las gentes de justicia? En el reino de Granada, como en todo pais recien conquistado, se necesitaba un gobierno justo y benévolo para atraer, un ejército respetable para reprimir. Nada de esto había; se azotaba al vencido, se le provocaba, se le excitaba á la rebelión y no se tenía ningún medio represivo.

Así es que el marqués de Mondéjar no supo qué hacer en los primeros momentos; urgía ir á apagar el terrible incendio de las Alpujarras y no contaba con fuerzas para ello: temía una acometida sobre la ciudad y no encontraba los medios de defensa: tenía los enemigos dentro de la casa, esto es: los moriscos del Albaicín, porque, aunque reprimidos y al parecer leales, porque no veían aun en los

---

los altares, y poniendo manos violentas en los sacerdotes de Jesucristo, que les enseñaban cosas de la fe, y administraban los sacramentos, los llevaron por las calles y plazas desnudos y descalzos, en público escarnio y afrenta. A unos asaetearon, á otros quemaron vivos, y á muchos hicieron padecer diversos géneros de martirios. La misma crueldad usaron con los cristianos legos que moraban en aquellos lugares, sin respetar vecino á vecino, compadre á compadre, ni amigo á amigo: y aunque algunos lo quisieron hacer no fueron parte para ello, porque era tanta la ira de los malos, que matando cuantos les venían á las manos, tampoco daban vida á quien se lo impedía. Robáronles las casas, y á los que se recogían en las torres y lugares fuertes, los cercaron y rodearon con llamas de fuego, y quemando á muchos de ellos, á todos los que se les rindieron á partido dieron igualmente la muerte, no queriendo que quedase hombre cristiano vivo en toda la tierra que pasase de diez años arriba. Mármol: historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada: Lib. IV, cap. VIII.

monfíes bastante apoyo para rebelarse, se rebelarían en el momento en que supiesen que un ejército turco venía en su ayuda; todo esto era inminente: urgía guarnecer la ciudad, y atravesando á todo trance por medio de las rebeladas Alpujarras, cubrir las costas.

En este conflicto el marqués de Mondéjar apeló á la antigua usanza de Castilla, apellidó guerra: hizo llamamiento de gente á las ciudades y señores de Andalucía, con arreglo á la antigua obligación de los concejos: puso banderas para el enganche de soldados aventureros, buscó cuantas armas, pertrechos y provisiones pudo, gran parte con su propio caudal y parte con la ayuda de los más principales señores del reino de Granada, y como todos estos esfuerzos no bastasen para tanta empresa, escribió á Felipe II, manifestándole lo grave del suceso, y pidiéndole con urgencia capitanes, hombres y dinero.

Entre tanto la ciudad estaba profundamente desasosegada: las noticias que se sabían cada día de las Alpujarras, y los que venían de ellas aterrados y acaso maltratados y heridos, exagerando aún lo terrible de la rebelión, eran una contínua ocasión de alarmas falsas: veíanse de repente correr los vecinos sin saber á dónde con los arcabuces afianzados y las espadas desnudas; y volver á su casa despavoridos, solo por el pensamiento del peligro que no existía: todo era turbación y miedo: desconfiaban los unos de los otros: las mujeres corrían á los templos á rogar á Dios, y las principales damas se acogieron á la Alhambra, como lugar más fuerte, siendo infinito el número de las familias que abandonaron á Granada; no se veían por todas partes más que casas vacías y tiendas cerradas: los clérigos y los frailes en rogativas, y todos ansiosos por la venida de gentes de guerra.

Las primeras que llegaron fueron las de Alcalá y Loja: una compañía fué por órden del marqués á Restabal, pueblo inmediato á las Alpujarras, para poner en salvo á los cristianos viejos, sus familias y haciendas; otras dos compañías se estacionaron en Dúrcal para impedir á los enemigos el paso á la ciudad, y el capitán don Diego de Quesada con una bandera de infantería y una corneta de caballos fué á ponerse sobre el puente de Tablate, lugar estrecho á la entrada de las Alpujarras.

El presidente Deza por su parte, queriendo emular con el marqués de Mondéjar, escribió á don Luis Fajardo, marqués de los Velez, adelantado en el reino de Murcia y capitán general de la provincia de Cartagena, excitándole á que con sus gentes, y las de sus parientes y amigos, acometiese á los rebelados de las Alpujarras por la parte del rio de Almería: á lo que se prestó hidalgamente el marqués de los Vélez, levantando banderas y empezando á reunir gente. La misma incertidumbre, la misma perplejidad de que estaban poseidos el capitán general, el presidente de la Chancillería y el corregidor de Granada, se había apoderado de las cabezas de la rebelión.

Yaye estaba aturdido; Aben-Aboo, oculto; Aben-Jahuar, receloso; Aben-Humeya, desalentado; al ver el poco efecto que había hecho en los moriscos de la ciudad y de la Vega el alzamiento, no sabían qué partido tomar: y entre tanto la turba multa, esto es: los monfíes, los moros *gandules* (entre monfí y morisco) y los moriscos rebelados, se entregaban á la matanza, al saqueo, al incendio y á toda clase de licencias, haciendo de la guerra una empresa de bandidos, desprestigiándola, haciéndola odiosa. El mismo aspecto repugnante y brutal

que había tomado la rebelión, la reconcentró en la montaña, sin poder pasar más adelante; hizo que Selim II mirase con poco calor la ayuda de aquella empresa; que el dey de Argel, Aluch-Ali, más ocupado de presas y piraterías que de este asunto, y más siendo tan dudoso el de los moriscos, contestase á sus peticiones de socorro de una manera vaga, y que solo el rey de Fez, descendiente de los Xerifes, que por su religiosidad veía en la sublevación de las Alpujarras una guerra santa, fuese con ellos más explícito.

Pero lo que sobraba al Xerife de buenos deseos, le faltaba de fuerzas: temía exponer sus naves en el mar contra las galeras de España, y aplazó su socorro; limitóse solo, á formar una alianza con el dey de Argel, y á ayudar indirectamente á los moriscos, distrayendo las fuerzas marítimas de España en una empresa contra Túnez y Biserta.

Si estaban divididos y empeñados en una vieja rivalidad, el presidente don Pedro de Deza y el capitán general don Diego López de Mendoza, no estaban menos divididos los jefes de los moriscos.

Aben-Humeya desalentado andaba errante de villa en villa; el emir de los monfíes se ocupaba más de sus asuntos particulares que de la guerra; Aben-Aboo, conspiraba contra el emir y contra Aben-Humeya y Aben-Jahuar le alentaba, previendo el día en que, quedándose solo Aben-Aboo, pudiese vencerle haciéndole á la vez traición y apoderándose de todo.

De parte de los cristianos faltaban fuerzas: de parte de los moriscos conciencia: la lucha se había reducido desde el principio empequeñeciéndose á una guerra de montaña que podía durar más ó menos, pero sin otro horizonte por el momento, sin otros augurios que los de una sucesión de sangrientas escaramuzas sin resultado de una parte ni de la otra.

España tenía su poder y sus ejércitos: los moriscos sus breñas inaccesibles, y su bravío y feroz espíritu de independencia; pero España podía, como lo hizo más adelante, aislar el incendio é impedir que por la agregación de nuevos elementos se extendiese.

La balanza, pues, estaba igual al empezarse la guerra: entrambas partes se temían: emtrambas estaban recelosas: entrambas contaban con temor las fuerzas probables que podría poner en acción la parte contraria.

Porque ni los moriscos apreciaban bien las dificultades casi insuperables que tenía que vencer España, distraida en otras empresas para levantar enormes ejércitos, ni los cristianos sabían las también insuperables dificultades con que contaban los moriscos para procurarse una eficaz ayuda de sus correligionarios de Africa.

Desalentado Aben-Humeya, se salió un día solo de Lanjarón, resuelto á pasar á Africa abandonando la empresa, y no atreviéndose ya en razón al estado de las cosas á demandar perdón del rey de España.

Encontráronle unos monfíes atravesando un barranco, á pié, triste, cabizbajo, llevando el caballo del diestro.

Aquel encuentro fué para él decisivo; fué, puede decirse, una prisión: desde entonces Aben-Humeya, á pretexto de lealtad estuvo vigilado; pusiéronle casa real á usanza de los antiguos reyes de Granada: le casaron con tres moriscas principales, una del Albaicín, otra del río Almanzora, y otra de Tabernas: procuráronle un pequeño harem con las más bellas de las cristianas que habían robado en las villas y lugares entrados á sangre y fuego, y le obligaron á desnudar la espada y á dirigir la guerra.

Dividió los moriscos y los monfíes en dos ejércitos: el uno ocvpó el camino de Orgiva, entre Granada y la entrada de las Alpujarras al Levante de Almería, al Poniente de Salobreña y Almuñécar, y al Norte de Granada.

El otro ejército adelantó sobre Granada, poniéndose sobre Dúrcal, pero habiendo sido rechazado después de una noche de combate dudoso (4 de enero de 1569) por las gentes de las compañías de Lorenzo de Avila y de Gonzalo de Alcántara, que fueron socorridas por el marqués de Mondéjar, que con dos mil infantes y cuatrocientos caballos se había paesto sobre la villa del Padul, se retiraron del centro de las Alpujarras al Laujar, barrio inmediato á Válor el Alto, y allí se hicieron fuertes y sentaron sus reales.

En tal estado se encontraba la guerra de Granada al empezar el año de 1569.

CAPITULO XXXIII.

En que el autor deja la historia para tomar otra vez la novela.

Aben-Jahuar y Aben Aboo, habían abandonado, no sin razón, la escena pública, por decirlo así.

La noche del 24 de diciembre del año anterior, esto es, aquella terrible noche en que la exterminadora venganza de los monfíes había caido sobre Cádiar: en el momento en que el marqués de la Guardia al frente de sus soldados, cargaba sobre los enemigos y llamaba á Aben-Aboo ansioso de matarle: cuando el emir al ver en peligro al marido de su hija mandó retirar á los monfíes, Aben-Jahuar al pasar junto á la embocadura de una oscura calleja había asido á su sobrino de un brazo y le había arrastrado consigo.

—¿A dónde me llevais? dijo el jóven.

—Sigue, sigue aprisa, dijo Aben-Jahuar: es preciso huir del peligro.

—¿Pero qué peligro nos amenaza? esto es una retirada falsa, sin duda, para sacar á esos perros de la plaza.

—Los cristianos no son en estos momentos nuestro peligro. El peligro está entre nosotros. Nuestro peligro es el emir de los monfíes.

—¿Nos hará acaso traición?

—No me entiendes. El emir no puede hacer traición á los moros. El emir matará hasta el último de esos cristianos, pero será cuando no esté entre ellos su hijo el duque de la Jarilla.

—¡Ah!

—El emir llamará al duque, lo robará, si es necesario, para salvarle, y cuando el duque de la Jarilla, esto es, el esposo de Amina hable con el emir eres hombre perdido.

—¡Ah!

—Fuiste muy imprudente cuando nos apoderamos de Amina, te olvidaste de ponerte el antifaz. El resplandor, aunque momentáneo, de los disparos de las escopetas de nuestros hombres, bastó para que el marqués, que estaba cerca de tí en el barranco, te reconociera.

—Acaso os equivoqueis: con la turbación del lance, con una noche tan oscura...

—El duque...

—Me martirizais con llamar duque á ese hombre.

—Pues bien: el marqués de la Guardia, es valiente y sereno, y no hay en él, por grande que sea el peligro, turbación que le impida ver pronto y bien; tú eras el que estabas turbado...

—Yo no soy cobarde.

Pero tenías ansiedad por apoderarte de Amina: por lo misno no pudiste oir lo que yo oí; el marqués te llamó

por tu nombre y te apellidó infame, ladrón y asesino. Poco después la avenida del barranco le arrastró; yo dí la cosa por concluida.... porque ¿quién había de pensar que el marqués se salvase? Sin embargo, se ha salvado: el emir le ha visto entre los soldados que combatían en Cádiar, y no ha mandado retirar al verle sino para salvarle. Le salvará, lo sabrá todo. ¿Qué piensas tú responder al emir cuando te pregunte por Amina? ¿puedes entregarle su hija?

—¡Ah! exclamó Aben-Aboo.

—Anda, pues, más de prisa, sobrino; es necesario que nos perdamos: que no puedan dar con nosotros.

—¿Pero no consideráis que perdernos ahora, es perdernos para siempre?

—Es que estaremos poco tiempo perdidos.

—No os entiendo; ¿creéis que mañana no me preguntará Yaye por su hija?

—Dentro de algún tiempo no podrás temerle.

—Explicáos, explicáos, tio, porque no os entiendo.

—Hablemos, pues, sin rodeos. Es necesario que muera el emir.

—¡Que muera! no es tan fácil matarle.

—Tú le matarás.

—¡Ah! sois más sanguinario y más cruel que yo.

—Conozco la necesidad. Y entre matar y morir, prefiero matar.

—Pero mi pobre madre... mi pobre madre que le ama.

—Tu madre le amaba antes de casarse con tu padre.

—¡Tio! ¡tio! ved lo que decís.

—Yaye debió casarse con tu madre; el casarse con ella costó la vida á tu padre.

—Harto lo sé, dijo roncamente Aben-Aboo: me lo ha dicho Angiolina, que no sé por qué, aborrece al emir.

—Le aborrece porque el emir es padre de Amina, y Amina ha robado á Angiolina Visconti, que este es su verdadero nombre. el hombre, á quien amaba, porque la princesa amaba con toda su alma al marqués de la Guardia.

—Parece que Satanás habla por vuestra boca. ¿No sabéis que estoy enamorado de esa mujer?

—Por lo mismo mata al emir, para poder matar después al marqués de la Guardia.

—¿Olvidáis que el emir me ha proclamado su sucesor, y su compañero en el mando? ¿que los monfíes me miran ya como su señor?

—Pues mejor, mucho mejor; los monfíes no tienen necesidad ninguna de saber que tú has matado al emir, y cuando él haya muerto, tú serás el rey único y absoluto de esos valientes. Con ellos, y alguna habilidad, puedes dar de través con Aben-Humeya, y quedar único rey de Granada.

—Me aconsejáis que atraviese un lago de sangre.

—Cuando se buscan coronas los cadáveres se pisan.

—Si al menos el emir hubiera tenido una parte directa en el asesinato de mi padre... pero quien le mató fué vuestro difunto hermano... por más que ha hecho Angiolina no ha podido hacerme ver claro que el emir tomase parte alguna en aquel crímen. Vos, que en aquella ocasión acompañábais al verdero asesino...

—¿Quién te ha dicho que mi hermano fué el autor de esa muerte? Monfíes fueron los que le mataron.

—Probadme que asesinó á mi padre...

—¡Le matarás, sobrino, le matarás!... y para ello te ayudará tu madre.

—¡Mi madre! ¡mi madre que tanto le ama!

—Te ayudará sin saberlo: pero adelante sobrino, adelante, que ya viene el día.

—¿Pero dónde nos ocultaremos?

—¿Dónde? en el lugar donde murió tu padre.

¡Ah! exclamó Aben-Aboo.

En efecto, el día se entraba por el Oriente á buen andar, y á buen andar también Aben-Jahuar y Aben-Aboo, se perdieron entre las quebraduras de la montaña.

CAPÍTULO XXXIV.

De cómo puede parecer feliz y aún serlo á medias un desgraciado.

En vano, como sabemos, había pretendido, Yaye apoderarse de Aben-Aboo.

Aben-Aboo no parecía.

Del mismo modo Angiolina Visconti, doña Elvira de Céspedes y Aben-Aboo habían desaparecido.

En vano Yaye apuró cuantos recursos tenía en su mano para descubrir su paradero.

Los monfíes no pudieron dar con ellos.

Entonces Yaye desesperado se volvió á buscar consuelo á la única persona que podía dárselo: á doña Isabel de Córdoba y de Válor.

Pero para que esta pudiera darle aquél consuelo, era preciso que fuese feliz.

Para esto era preciso engañarla hasta cierto punto.

Y decimos hasta cierto punto, porque una de las cosas que Yaye necesitaba hacer para que la felicidad de doña Isabel fuese una verdad, era bautizarse y casarse legítimamente ante la Iglesia Católica con ella.

Y la conversión de Yaye no era una mentira.

Fuese que la desgracia continuada y terrible hubiese creado en su corazón una ardiente necesidad de consuelo; que hubiese llegado á ese caso extremo en que el corazón humano se levanta al cielo, buscando en Dios la resignación y la fuerza, y que el Dios del islamismo no pareciese á Yaye tan grande, tan misericordioso, tan inagotable de consuelos, como el Dios que, todo caridad, se humanizó y lavó con su sangre las culpas de los hombres; fuese que su amor hácia doña Isabel influyese en él bajo el punto de vista religioso, Yaye se había convertido; Yaye había dejado hacía mucho tiempo de rogar al dios de Mahoma, para levantar su espíritu á Jesús crucificado: Yaye era cristiano de corazón.

Acaso también consistió en que del islamismo al cristianismo no hay más que un solo paso; creer en un misterio altamente poético: en la maternidad de una virgen.

Acaso también, perdida la ambición y el ódio que ciegan, había comprendido Yaye lo que antes había comprendido Amina: que la religión cristiana es una religión eminentemente grande, racional, conveniente, como por su esencia divina lo es, y no puede dejar de serlo: acaso influyó en él el pensamiento de que había atribuido injustamente á la religión más dulce, más caritativa, más pacífica, las crueldades, la intolerancia y el fanatismo que solo pertenecían á los vicios y los errores de los hombres.

Yaye, como todo hombre dotado de un gran espíritu y de una alta inteligencia, había discutido y combatido mucho en su pensamiento, y no se convirtió al cristianismo, sino cuando su razón le dijo que debía convertirse.

Si Yaye hubiese pensado del mismo modo veintidos años antes, acaso hu-

biese sido feliz; y lo que es indudable, no hubiera llenado su conciencia de remordimientos.

Perdido todo, familia, patria, porque Yaye desde el momento en que empezó la guerra, la vió vencida; desesperado hasta el último punto, buscó su consuelo en la embriaguez: porque lo único que podía ya embriagarle era el amor de doña Isabel.

Yaye la había llevado la misma noche de la sangrienta catástrofe de Cádiar á su heredad de Yátor.

Un respetable número de monfíes aseguraba de todo peligro al último tesoro de Yaye.

El emir no había dejado de verla un solo dia, ni de tranquilizarla acerca de su hijo: Yaye había guardado un profundísimo secreto acerca de la terrible posición en que se encontraba colocado respecto á Aben-Aboo.

Porque si Yaye hubiera revelado á doña Isabel que su hijo se había apoderado de su hermana, que probablemente habría cometido, sin saberlo, uno de estos dos horribles crímenes: el fratricidio ó el incesto, hubiese desgarrado el corazón de aquella pobre mujer que tanto había sufrido, que había olvidado todas sus penas desde el momento en que había visto á Yaye en la senda de la salvación y del honor, profesando el cristianismo y desenvainando su espada en defensa de un pueblo oprimido, y que se había quitado su luto, llevado veintidos años, cuando había desaparecido el luto de su corazón.

Yaye, pues, guardó un profundo secreto acerca de aquellas horribles desgracias: del mismo modo D.ª Isabel, sacada á tiempo de Cádiar, no había podido ser testigo de la ferocidad con que habían manchado la justicia de su causa los monfíes: doña Isabel creía que se había empezado una guerra justa, noble y leal: la guerra entre el oprimido que rompe sus cadenas y el tirano que lucha por ponérselas de nuevo: D.ª Isabel creyente de corazón, confiaba en que Dios, que es misericordioso y ayuda al débil y al desventurado, sea cualquiera su religión, ayudaría á los moriscos, y completando el milagro, los convertiría después: D.ª Isabel lo veía todo de color de rosa, y era porque todo lo veía á través de su virtud, de su caridad y de su amor.

Una noche entró Yaye en su heredad de Yátor.

Doña Isabel estaba impaciente por que tardaba más que otras noches: al sentirle cerca D.ª Isabel, se levantó de junto á la chimenea donde estaba sentada, se arrojó en sus brazos, le estrechó palpitante de pasión entre ellos, y le besó en la boca.

No extrañen esto nuestros lectores, porque Yaye y D.ª Isabel eran esposos.

El día anterior un sacerdote, salvado por Yaye del furor de los monfíes, había venido con él á la heredad.

El buen anciano, porque anciano era, demostraba ardientemente su gratitud á Yaye. Cuando Yaye le dijo que quería bautizarse, lloró de alegría: sin embargo, se informó minuciosamente de si Yaye conocía el espíritu del Evangelio, si era cristiano por su voluntad; y cuando estuvo seguro de ello, le bautizó: después, cuando pidió que le casase con doña Isabel, se informó asimismo de la cristiandad de ella, y al fin, de una manera misteriosa, sin testigos, arrodillados á los piés del anciano sacerdote, Yaye y D.ª Isabel recibieron la bendición de Dios, y se levantaron asidos de las manos, convertidos en uno por su sagrada alianza.

Inútil es creer que Yaye cuidó de que el anciano sacerdote fuese puesto fuera de peligro en Granada por los más leales de sus monfíes.

Pero ninguno de estos supo, incluso Harum-el-Geniz, que Yaye se había bautizado, ni mucho menos casado con doña Isabel.

Sabían sí que al hacer su compañero en el mando á Aben-Aboo, debía casarse con su madre en un breve plazo.

La noche en que dijimos que Yaye había entrado en la habitación donde se encontraba doña Isabel, y se había arrojado entre sus brazos, iba deslumbrantemente vestido.

Doña Isabel por el momento no reparó en ello, pero cuando se separó de él y le miró, lanzó un grito de niña, un grito de alegría y exclamó:

—¡Oh! ¡y qué hermoso y qué resplandeciente estás, rey mío!

—¡Oh! ¡no estàs tú menos hermosa y resplandeciente, mi sultana! contestó sonriendo de una manera melancólica Yaye.

En efecto, Yaye y doña Isabel estaban vestidos de una manera maravillosa por lo bello y al mismo tiempo por lo sencillo de sus vestiduras.

Doña Isabel llevaba por la primera vez de su vida un traje árabe: aquel traje se lo había enviado aquel mismo día Yaye en una caja de sándalo, y dentro de aquella caja, sobre aquel traje, había encontrado doña Isabel un cofrecillo de ágata, y dentro de este cofrecillo una riquísima diadema de oro, perlas, rubíes, amatistas y diamantes y un collar de gruesas perlas, todas iguales, como vaciadas en un mismo molde, con un broche en que campeaba un gruesísimo brillante, rodeado de rubíes: aquellas perlas se parecían de tal modo á las que Calpuc había vendido en otro tiempo al alemán Franz, que era de sospechar que hubiesen provenido del Nuevo Mundo: era tan rico este collar, que podía dar tres vueltas al magnífico cuello de doña Isabel, lo que significa que el collar valía un tesoro: había asimismo en el cofrecillo dos arracadas tan grandes, que podían descansar sobre los hombros y tan cuajadas de pedrería que relumbraban como soles; últimamente, dos ajorcas ó brazaletes formados por tres filas de perlas compañeras de las del collar y con enormes y bellos broches de pedrería; una flor de gran tamaño de diamantes, perlas y esmeraldas, destinada á servir de herrete sobre el pecho, á la túnica interior de brocado blanco y encajes que venía entre las ropas, y un ceñidor maravilloso, en el que formando arabescos, se veían todas las piedras preciosas conocidas, formaban el riquísimo aderezo destinado por Yaye á su esposa.

Las ropas eran una túnica de brocado de seda y plata, formando arabescos, delicada, flexible como la tela más sútil, ancha, flotante, que la caía hasta los piés, determinando por detrás una pequeña cola redonda: y esta túnica cerrada en la parte superior sobre el pecho por el herrete de que hemos hablado, dejando ver en su abertura, hasta el ceñidor, riquísimos encajes de Flandes; sobre esta túnica un caftán de brocado verde de mar con grandes arabescos negros de terciopelo sobrepuesto, con anchas mangas perdidas; con falda hasta la rodilla, y sobre este caftán, descendiendo de la diadema, un largo velo de gasa de plata salpicada de pequeñísimas violetas de oro.

No podía ser este traje más sencillo á pesar de su riqueza, ni una mujer cuya hermosura, cuya expresión, cuya poesía pudiesen estar en más en relación con la hermosura y con la riqueza del traje.

Doña Isabel, durante su juventud, es decir, antes de su desastrado casamiento con Miguel López, había sido la doncella, que por su hermosura y por la riqueza de sus trajes y joyas, se había hecho más reparable

en el Albaicin. Su hermano don Diego la había amado con delirio, acaso porque era la única mujer de la familia, acaso porque doña Isabel se hacía amar de todo el mundo: apesar de sus ruinosos dispendios, don Diego, no solo no había tocado á las ricas joyas de familia que había heredado de su madre, como su madre de la suya, y así sucesivamente desde la primera abuela de su raza la sultana Howara esposa de Abd-el-Rahman-Aben-Moavia, primer califa Omniade de Occidente, sino que había aumentado cuanto había podido el número de aquellas joyas puramente árabes, con otras puramente del renacimiento, y sostenido una magnífica colección de costosísimos trajes á su hermana. Doña Isabel estaba, pues, acostumbrada á las galas y á las joyas; es más, la agradaba porque la agradaba todo lo bello, pero había usado de unos y otras sin afectación y sin orgullo, y había dejado de usarlas sin pena, desde el momento en que por sus desgraciados amores con Yaye, por su casamiento con Miguel López, y por la extraña fatalidad que la había arrojado casada y virgen entre los brazos del hombre de su amor, había perdido la alegría de su alma: desde entonces, y durante veintidos años, solo había vestido un sencillo traje negro de lana, y una toca blanca, y lo que es más, por amor á su hijo, y para que nada le faltase, había vendido una á una y sin pena las admirables joyas de las sultanas y damas sus abuelas, como las que debía á su hermano, y los ricos trajes con que se había engalanado en su tranquila juventud: doña Isabel había vivido apartada del mundo, replegada en sí misma, viviendo solo para su hijo y para su amor, que era el recuerdo de Yaye; llorando á solas con su lecho; inflamando su corazón en el candente recuerdo de la terrible felicidad que había producido como una consecuencia maldita á Aben-Aboo, rogando á Dios con toda la pasión de su alma, porque reducido Yaye al cristianismo, pudiera abrirle sus brazos.

Aquél día había llegado: Yaye era cristiano: Yaye era su esposo: doña Isabel había arrojado lejos de sí con su traje de luto el luto de su alma: como su alma se había engalanado con todas las flores, con todos los perfumes de la felicidad, cuando recibió el rico canastillo de bodas de Yaye, al que acompañaban dos esclavas para servirla de doncellas. Doña Isabel, que había vuelto á ser la niña, había visto aquellas joyas y aquel traje con placer, se había perfumado, se había puesto aquellas galas, y se había contemplado al espejo: entonces su alma había sonreido, y su conciencia íntima la había dicho:

—Eres más hermosa que hace veinte y dos años: eres la alegría y la vida de Yaye.

Y Doña Isabel había llorado de felicidad, y había esperado impaciente á su esposo, con lo más hermoso que la naturaleza produce, sobre su hermosura, con la magnífica y pura frente ceñida por la diadema de las sultanas.

Si no alcanzáis á soñar en cuerpo y en alma, una mujer tal como la que el autor ve en su pensamiento, viva, palpitante, irresistible, al describiros á doña Isabel, debéis sentirlo porque perdéis un bellísimo sueño: y como la vida es sueño....

Pero esto es muy vulgar. Os describiremos á Yaye.

Su traje era más sencillo que el de doña Isabel, y pertenecía á la moda de los tiempos medios de la dominación árabe en España: una pequeña corona de oro macizo de puntas, lisa y sencilla: alrededor de la corona, una toca blanca, cuyo extremo, cayendo

del lado izquierdo de la cabeza, ondulaba sobre el pecho y venía á caer á su espalda pasando sobre el hombro derecho: una túnica ceñida de brocado verde con arabescos negros, grandes y sobrepuestos, larga hasta las rodillas, cerrada en el cuello sobre una camisa blanca y plegada, y abrochada por delante con una sola fila de botones de piedras preciosas: una faja de seda y oro ceñida á la cintura: una espada árabe con empuñadura de oro, cincelada en arabescos con inscripciones cúficas esmaltadas, y un grueso brillante en el pomo: unas calzas de seda ceñidas, á grandes listas rojas y negras: unos borceguíes de tafilete verde bordados con hilo de plata, y sobre este traje una especie de toga talar negra, abierta por delante, con mangas perdidas y forrada de armiños.

Doña Isabel llevàba asido de la mano á Yaye hácia la chimenea.

—¡Oh! ¡y como tiemblas! le dijo: hace mucho frio, ¿no es verdad?

Yaye no temblaba por el frio, sino por la poderosa conmoción que le dominaba, cuando quería, acobardado por su destino, olvidarlo todo y embriagarse con el amor, con la hermosura, con el irresistible encanto de doña Isabel.

—Sí, sí, el invierno es crudo, dijo Yaye asiendo por la redonda cintura á doña Isabel, que llena de solicitud, con todas sus galas, se había inclinado sobre la chimenea para avivar su fuego.

—Siéntate, luz de mi vida, la dijo Yaye; tengo que hablarte.

—Me dices eso de una manera demasiado seria, dijo palideciendo doña Isabel.

—Nada temas, la dijo sonriendo melancólicamente Yaye.

Y asiendo un sillón, le unió al de doña Isabel; se sentó en él y asió las manos de su esposa que le miraba con ansiedad.

—¿Por qué esa palidez, Isabel? la dijo Yaye que empezaba á embriagarse y á olvidarlo todo delante de ella. ¿Acaso no tienes una gran confianza en mí?

—Después de Dios en nadie confío tanto como en tí, Yaye: pero desde que puedo llamarme legítimamente tuya: desde que puedo levantar mi frente tranquila y feliz, porque mi felicidad no puede avergonzarme... ¡oh! un vago cuidado se ha apoderado de mí: un recelo misterioso, que me he apresurado á arrojar de mi alma: sí, sí, yo te amo; no sé cómo hacerte comprender cuánto te amo: mira, lo que voy á decirte, es terrible, no debiera ser... pero... te amo más... infinitamente más, sin comparación, ya lo creo... te amo más... ¡que á mi hijo! ¡que al hijo de mis entrañas!... es más: cuando al fin Dios ha tenido compasión de mí, y te me ha dado, he comprendido que amaba, á mi hijo porque era hijo tuyo... he comprendido y me he sonrojado al comprenderlo... que cuando durante mi viudez y mi luto, pasaba no sé cuánto tiempo bebiendo la mirada de nuestro hijo, fijos mis ojos en los suyos... era porque en la mirada de nuestro hijo hay algo de la tuya... ¡oh! no sabes cuánto me he desesperado, cuanto he vacilado, cuando he recibido tus cartas; cuanto he deseado llorando estrecharte contra mi corazón: ¡oh! yo te he amado siempre así; desde el día en que te ví... desde el tiempo en que pasábamos tan dulces mañanas cada cual en su mirador no he olvidado nada... nada... y cuando veía que el tiempo no me hacía vieja; que á pesar de los años, porque ya estamos cerca de las puertas de la vejez, mi corazón era siempre el corazón de una niña: cuando por un privilegio sin duda, veía,—yo puedo y debo decírtelo to-

do, todo lo que pienso, todo lo que siento,—veía, que mis ojos eran cada vez más brillantes, y que me hacía más hermosa... ¡oh! ¡y cómo la modesta viuda, la que siempre tenía fijos los ojos en el suelo delante de las gentes, la que siempre estaba pálida, ¡oh, y cómo se contemplaba al espejo! ¡y cómo se coloraban sus mejillas, y cómo decía su corazón: gracias Dios mío, porque me conservas hermosa para mi Yaye! ¡haz Dios mío, que crea en tí para que yo pueda unirme á él! ¡para que pueda mirarme en sus ojos como me miro en este espejo!

Y al decir estas palabras doña Isabel, atrajo á sus labios las manos de Yaye y las besó suspirando.

Yaye estaba al fin embriagado: lo había olvidado todo: no veía más que á doña Isabel, y no la veía en la tierra, se creía con ella en el cielo.

Y esta embriaguez de Yaye, que era hermoso, daba tal expresión á su semblante, tal lucidez á sus ojos, que doña Isabel abría toda su alma para que la fecundase aquel amor.

—Y mira, añadió doña Isabel: si nos hubiéramos casado entonces, yo nunca te hubiera dicho esto, aunque pensaba del mismo modo; y no hubiera sido tan feliz, porque no hubiera conocido la desgracia.

Estaba tan dominado Yaye, que no contestó.

—Escucha, dijo doña Isabel inclinándose sobre su semblante, colorada de un leve rubor y con el acento ligeramente trémulo: anoche, ya tarde, dormías: yo no: la felicidad, lo inmenso de mi felicidad, no me dejaba dormir: la lámpara iluminaba blandamente tu semblante: tu sueño parecia fatigoso, tu aliento ronco: yo velé tu sueño: yo hubiera querido leer á través de tu hermosa frente tus pensamientos: yo te contemplaba enamorada y cuidadosa, me parecía que el sueño que se habia apoderado de ti te hacía sufrir; de repente tu entrecejo se plegó de una manera terrible, tu semblante todo tomó un aspecto de amenaza, tu boca una expresion cruel, feroz, y con una voz ronca, con palabras apenas articuladas, murmuraste: ¡Amina! ¡Aben-Aboo! yo me incliné sobre tí, uní casi mis oidos á tus labios, y sentí tu aliento que abrasaba, pero no oí ni una palabra más.

—¡Oh! dijo Yaye sonriendo, acabo de separarme de mi hija; mi hijo vela en la montaña frente al cristiano, ¡mientras yo duermo entre los brazos de su madre!

—Porque yo lo soy todo para tí, como tú lo eres todo para mí, exclamó con acento opaco y ardiente doña Isabel: porque olvidas entre mis brazos como yo olvido entre los tuyos... pero esos son breves momentos: algunas horas robadas á la realidad; después nuestro mismo amor vuelve sobre nuestros hijos: ¿no es verdad?.... ¿no es verdad que nos engañamos cuando creemos que los amamos menos que á nosotros mismos?... ¿cómo hemos de amarlos menos? ¿acaso no son ellos tu sangre? ¿acaso mi hijo no es un pedazo de mis entrañas? ¡Yaye! ¡Yaye de mi alma! ¡tú, y tus hijos y yo... no somos más que un solo corazón...! ¡no los olvidamos anegándonos en nuestro amor, porque ellos son hijos de nuestro amor!

—Es necesario romper á todo trance la situación en que nos encontramos: yo era valiente cuando era desgraciado, cuando nada tenía que perder... ahora que te tengo á tí, me encuentro cobarde: el combate me extremece: se me figura que el primer arcabuz disparado por el enemigo ha de matarme: ¡Isabel! añadió gravemente Yaye: es necesario que sepas lo que eres para mí: desde anoche, luz de mis ojos, desde que he empezado á satisfacer la sed de mi corazón, nada hay ya en el mundo para

mí más que tú: he vivido soñando: he buscado lejos de tí la vida, y solo he encontrado la muerte: y cuando al fin vuelvo á vivir, la inflexible fatalidad me cierra el camino. Pues bien, estoy resuelto á todo: nada puedo hacer por mi pátria, porque la pátria ha muerto: la ha borrado del libro de los pueblos y de las generaciones la mano de Dios. He resuelto revelarlo todo á nuestro hijo.

—¡Ah! dijo doña Isabel cubriéndose el rostro con las manos.

—Es preciso, preciso de todo punto, dijo Yaye: y quiera Dios que mi revelación no llegue tarde, nuestro hijo está enamorado de su hermana.

Doña Isabel se puso de pié pálida como un difunto.

—¿Y acaso tu hija le ama también?

—No, es peor que eso: le aborrece.

—Estamos malditos de Dios Yaye, exclamó anonadada doña Isabel.

—No, no; nuestro hijo, cuando sepa que Amina es su hermana se horrorizará de su amor y le olvidará, le sustituirá con otro... además, yo no estoy seguro... necesito averiguar... probar... en esto pasará algún tiempo... y en ese tiempo te obligo á hacer un pequeño sacrificio.

—Ante todo júrame que estás seguro de que podemos salvar á nuestros hijos.

—Lo estoy, contestó Yaye.

—Pues bien, sepa Diego en buen hora que soy su madre.

—El sacrificio que acabo de indicarte, es más sencillo. Se trataba de mi casamiento ante mi pueblo, de un casamiento aparente...

—¿Con quién?

—Con la sultana Howara, dijo Yaye sonriendo.

—¡Casarte tú!..... según las costumbres de los moros, ese matrimonio debe consumarse, debe presentarse un testimonio á la córte... y yo... yo no puedo permitir eso..... tú me has engañado de una manera infame.

Y doña Isabel se levantó con la cólera de una leona.

—Es que ese matrimonio está consumado, dijo Yaye sonriendo.

Los hermosos ojos de doña Isabel irradiaron en una expresión de agonía, de tal modo, que Yaye asustado se apresuró á decir:

—¡Isabel! ¡Isabel de mi alma! ¡la sultana Howara eres tú!

—¡Dios mío! ¡y qué horrible juego! exclamó doña Isabel dejándose caer sobre el sillón.

—Toca la corona que rodea tu frente; mira la corona que ciño: ¿á qué había yo de ceñírmela sino porque el momento de mi unión contigo delante los míos se aproxima?

—¡Pero yo no comprendo esto! ese nombre árabe...

—Es el de tu ilustre abuela la sultana de Córdoba, la esposa del califa Abd-el-Rahmán, el de la gran mujer á quien debió Abd-el-Rahmán el trono que le hizo grande.

—Pero yo no quiero dejar de llamarme Isabel, ni renegar de Dios.

—Ya te he dicho que es solo un casamiento aparente.

—¿Me obligarán á confesar el islamismo?

—Todos te creen morisca.

—¿No tendré que pronunciar una palabra sola contra Dios?

—No: es muy sencillo... se supone que ya está todo hecho: entregadas las arras, concluido el contrato... todo se reducirá á tu presentación y á una fiesta de bodas.

—¡Ah! ¿es decir que solo engañamos á los hombres?

—Y los engañamos por necesidad: Dios lo sabe. Si yo no tuviese que esperar por nuestro hijo...

—¡Por nuestro hijo!...

—Sí.... necesito reducirle.... con-

vencerle á que nos siga. Los moriscos y los monfíes han empezado la guerra de una manera infame: como verdaderos bandidos.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Han incendiado, robado, degollado, exterminado: un caballero no puede desnudar con honra su espada al frente de ellos... he vivido soñando: pero no he despertado tarde... durante algunos días los engañaremos: después nosotros, con nuestro hijo, nos acercaremos á la costa, embarcaremos nuestros tesoros y nos trasladaremos á Francia ó á Venecia, para vivir solo por nosotros mismos.

—¿Y tu ambición?

—Mi ambición ha sido anegada por un torrente de sangre.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Te juro que antes de un mes habremos arrojado esta corona que abrasa la frente, y estas vestiduras reales que oprimen el pecho. Pero es necesario dar el último paso hacia nuestra libertad.

Y Yaye se levantó y asió á doña Isabel de la mano.

—¿Es decir que es esta noche?

—Sí, dijo Yaye.

—¡Que nos esperan!

—Sí.

—Yo me había puesto estas joyas y estas vestiduras por darte gusto; pero no creía...

—Sí, ha llegado la hora de que los moros vean por un momento levantarse ante ellos una sultana tan hermosa y tan llena de magestad como la esposa de Abd-el-Rahmán: es necesario que te aclamen, que les fascines y que contribuyas á que no desconfíen de nosotros.

—Pero este terrible convenio durará poco.

—¡Oh! te juro que antes de que pase un mes habremos fijado nuestro destino.

Yaye llamó á las esclavas, y las mandó que trajesen un haike. Envolvióse en él doña Isabel á la usanza mora, y enteramente encubierta, sin que se la viesen más que sus magníficos ojos negros, y sin mostrar de su hermosura más que la gallardía de su cuerpo y lo magestuoso de su paso, salió de la cámara.

Aquella cámara estuvo desierta durante cuatro horas: al cabo de ellas oyóse en el exterior ruido de caballos y de gente armada, y los alegres acordes de la zambra.

Poco después se oyeron abrir puertas en el interior, y al fin aparecieron Yaye y doña Isabel envuelta, como á su salida, en el haike, que arrojó de sí doña Isabel.

—¡Oh! ¡cuanta magnificencia y cuanta grandeza! dijo: no sabía yo que eras tan poderoso, Yaye mio.

—Si, pero tras esa grandeza hay sangre y lágrimas dijo Yaye. Feliz aquel que en vez de nacer sobre un trono nace en una cabaña.

—Ha habído un momento, dijo doña Isabel quitándose por sí misma su diadema y sus ropas, en que aquellos ancianos de barbas blancas que llegaban uno tras otro á inclinarse delante de mí; en que aquellos fuertes soldados que de igual modo me saludaban; en que aquella música heredada de nuestros abuelos; aquellas lámparas que brillaban tan numerosas como estrellas sobre aquellas paredes de oro; aquellas esclavas que bailaban al compás de la zambra; aquel trono que tenía bajo mis pies, me fascinaron, me hicieron sentir no sé qué vanidad, no sé qué sentimiento de que aquello fuera un sueño. Porque eso ha sido un sueño, ¿no es verdad? Ya no volveré á ponerme más esa diadema: la venderé y daré su precio á los pobres: ya no volveré á ponerme más esta túnica dorada y negra, emblema de la dignidad real: ¿no es verdad Yaye? ¿No es verdad

que tú me amas del mismo modo con estas sencillas ropas castellanas?

Doña Isabel se había puesto un trage de terciopelo negro, y se había colocado de una manera hechicera sus trenzas; pero como era excesivamente blanca, como había conservado las arracadas, el collar de perlas y los brazaletes, con el ancho y largo vestido negro de terciopelo, indolentemente reclinada en el divan, asomando un precioso pié calzado aun con el borceguí morisco recamado de perlas, sobre el dintel de la chimenea; apoyando en el sillón un magnífico brazo desnudo, la cabeza en la mano, y fijando en Yaye una mirada intensa y enamorada, estaba infinitamente más hermosa que con el deslumbrante trage, con el traje de relumbrón de que se había despojado.

Yaye se levantó, se quitó la corona, la arrojó con desdén sobre un sillón, se desciñó la espada, arrojó el ropón negro, se puso una loba de terciopelo que cruzó sobre su pecho, y se acercó á doña Isabel.

—¡Oh! ¡vida de mi vida! la dijo: ¡tú eres toda la felicidad que existe para mí!

CAPÍTULO XXXV.

El reverso de la medalla.

Era verdaderamente lástima que la fortuna no ayudase á Yaye.

Mientras él se embriagaba al lado de doña Isabel, el destino implacable, seguía su terrible camino y le preparaba nuevas desgracias.

Yaye se había arrepentido tarde.

Las pasiones, los odios, los intereses que se habían cruzado en su camino habían llegado á tal extremo que solo un milagro de Dios podía deshacer sus fatales consecuencias.

Como si la justicia divina le castigase, no había llegado á la posesión completa del amor de doña Isabel, de su eterno sueño, de su pasión viva, sino cuando otras terribles desgracias amargaban su felicidad y la ennegrecían.

Y decimos mal cuando llamamos felicidad al estado en que se encontraba Yaye: es verdad que había momentos en que la hermosura, la magia y el amor de doña Isabel le hacían olvidarse de todo y no vivir más que para ella: pero ya lo hemos dicho: aquellos solo eran momentos que pasaban con una rapidez fatal para traerle de nuevo á la memoria á su hijo, apoderado de su hermana en una situación misteriosa, tras cuyas tinieblas podía suponerse todo lo más horrible: veía á su pueblo ensangrentado de una manera criminal, horrorosa, en una guerra feroz: lo veía todo perdido, sin esperanza de recobro, desde la felicidad de su hija hasta la libertad de su patria.

Porque dado caso que Amina le fuese devuelta, ¿en qué estado se la devolverían? Suponiendo, lo que no era probable, que Aben-Aboo la hubiese respetado, ¿cómo hacer creer al marqués de la Guardia en aquel respeto? ¿Cómo arrancar de en medio de los dos esposos el terrible espectro de la desconfianza, y la amargura de la suposición, matando sus placeres, su paz, su felicidad? ¿Cómo evitar que el marqués vertiese ó procurase verter la sangre de Aben-Aboo, ni cómo podía su mismo padre dispensarse de castigarle?

Y viniendo á los moriscos ¿cómo volver atrás después de las horrorosas devastaciones, de los asesinatos, de los horribles crímenes cometidos en las Alpujarras? ¿Cómo seguir adelante, solos, abandonados de todos, encerrados en las breñas de las Alpujarras, rodeados por los ejércitos de España, y combatidos por los grandes capitanes de Felipe II?

Desesperado, loco y calenturiento, pero con la locura del león, Yaye, había corrido al remedio de aquellos males con una energía imponderable: había aterrado á los monfíes, ahorcando á algunos de aquellos que se habían mostrado más infames en el degüello de las Alpujarras: se puso á su frente, los reorganizó, se dejó ver de todos ellos indómito, soberano, prepotente, con la espada desnuda y la cólera y la amenaza en los ojos. Les afeó sus excesos, y promulgó una ley por la cual se prohibía terminantemente so pena de muerte, asesinar á los niños menores de siete años, á las mujeres fuese cualquiera su edad, y áun á los hombres que no hubiesen tomado las armas ó que tomándolas no hubiesen hecho resistencia, ó que después de hecha se hubieren entregado: en una palabra, regularizó la guerra; la matanza y el incendio cesaron, pero cuando ya habían sucumbido doce mil víctimas; cuando el horror de aquella catástrofe zumbaba por España, pidiendo venganza, y por Europa, llamando gravemente la atención de las cortes extranjeras: en cuanto á sus asuntos de familia nada había conseguido: parecía que la tierra se había tragado á Amina, á su hija y á Aben-Aboo: solo se habían encontrado en unos barrancos cercanos al lugar del robo, los monfíes que conducían las literas y los que las precedían, muertos á hierro, y las dos doncellas que acompañaban á Amina en aquella ocasión, degolladas: vestigios que no eran los más apropósito para tranquilizar á Yaye acerca de las intenciones de Aben-Aboo respecto á su hija.

Aben-Jahuar, Angiolina Visconti y doña Elvira de Céspedes habían asimismo desaparecido, y solo quedaba delante de Yaye, con la corona en la cabeza y la espada desnuda, avanzando á las posiciones del ejército de España, Aben-Humeya, pero triste, desalentado, sombrío y receloso.

Harum-el-Geniz, Suleimán y algunos de los más leales walíes de Yaye, acompañados de cuadrillas compuestas de los monfíes más astutos y más prácticos y conocedores de los escondrijos y senos de la montaña, buscaban por todas partes á los que se habían perdido, pero de una manera inútil.

Todos los dias recibía Yaye desesperante aviso de que nada se había descubierto, y más desesperado cada dia después de este aviso, iba á buscar consuelo en el frenesí de su amor por doña Isabel: de aquel amor que le embriagaba.

Antes de presentarse á ella, Yaye hacía una violenta reacción sobre sí mismo, concentraba en su corazón todos sus dolores, y entraba sonriendo, como el hombre más feliz del mundo, y se arrojaba en los brazos de su esposa.

Doña Isabel le preguntaba por su hijo.

Yaye le contestaba que Aben-Aboo estaba al frente del ejército, que se obtenian triunfos y que pronto podría sin manchar su honra, dejando encomendada la prosecución de la guerra á buenos caudillos, abandonar á España é ir á gozar de su felicidad al extranjero.

Doña Isabel creía á Yaye, era felíz, le inundaba con todo el poderío de su magnífica hermosura, con toda la poesía de su alma, con toda su pureza de niña, con todo su ardiente amor, y le fascinaba, le hacía soñar y le daba algunas horas de olvido de todo lo que no era ella; algunas horas de felicidad suprema.

Pero cuando la fascinación pasaba, cuando Yaye se separaba de doña Isabel, caía de repente de aquel cielo soñado, al infierno de la terrible verdad: en vano hacía esfuerzos desespe-

rados: el terrible círculo que le rodeaba se estrechaba cada vez más, amenazando ahogarle. Los sucesos ayudaban á la venganza de sus enemigos.

Venganzas, algunas de ellas injustificadas, absurdas, pero ciertas, porque en el corazón humano dominan, por desgracia, la injusticia y el absurdo.

A tal especie pertenecía el odio que profesaban á Yaye Laurenti y Angiolina, porque este odio se fundaba en que Yaye era padre de una mujer cuya hermosura, cuyos amores con el marqués de la Guardia, habían herido el corazón y exasperado las pasiones de aquellos dos funestos personajes.

Pero este odio era resultado de la ambición de Yaye: si Yaye no hubiera llevado á la corte con una intención terrible á Amina, Amina no hubiera excitado las pasiones de nadie.

Es cierto que sin la venganza de Laurenti y de Angiolina, Yaye se hubiera encontrado combatido por la ambición de Aben-Jahuar, por las rivalidades de sus hijos, por el amor desesperado de doña Elvira: Yaye meditaba todo esto, y veía con dolor que su culpa estaba en su nacimiento, primero, y después en la educación que se le había dado; por último, en la ignorancia en que había vivido durante su primera juventud acerca de su orígen, de su posición y de los proyectos de su padre.

Ninguna historia como la de Yaye tan apropósito para probar la influencia de la fatalidad en la existencia de los seres.

Todo lo que Yaye había hecho, era lógico, necesario, y sin embargo todo lo que Yaye había hecho se había vuelto contra él amenazador y terrible.

Jóven aún, como que solo contaba cuarenta y cinco años, no se atrevía á volver la vista atrás, porque el pasado le obligaba á cerrar los ojos, pretendía huir de su presente, y no se atrevía á mirar al porvenir.

Ni aún podía salvarse, huyendo con doña Isabel, la única felicidad de su vida, á continuar aquella felicidad enmedio de una vida oscura: la situación en que se encontraban sus hijos, le detenía en el peligro.

¿Y qué peligro podía ser éste?

Yaye no le veía claro y distinto, pero lo temía todo: temía horribles desgracias; conocía que aquellas desgracias eran fatales, precisas; la expiación necesaria de sus errores, y aún lo diremos: de sus crímenes.

La desaparición de tantas personas de quien con fundado motivo desconfiaba, era ya una terrible amenaza.

¿Por qué se ocultaban Aben-Jahuar y Aben-Aboo?

¿Por qué Aben-Humeya se mostraba con él taciturno, reservado y sombrío?

Yaye veía agolparse sobre su frente la tempestad, y había perdido el valor que tan necesario le era para conjurarla; mejor dicho: Yaye no podía conjurar aquella tempestad y se aterraba.

Por eso iba á buscar la felicidad del olvido y de la embriaguez, todas las noches, al lado de su esposa.

Por eso doña Isabel había sorprendido alguna vez su sueño fatigoso, su suerte horrible.

Yaye no podía expiar de una manera más horrorosa sus errores ó sus crímenes.

CAPITULO XXXVI.

En que el autor descubre donde estaban los que se habían perdido.

Necesitamos dividir nuestra atención entre tres lugares distintos.

Dos de ellos los conocemos.

El otro nos es enteramente desconocido.

Si penetramos en el uno, en el subterráneo donde vivió en otro tiempo Calpuc, en donde éste tuvo herido á Miguel López, y donde Miguel López murió por último de hambre, encontraremos á uno de naestros perdidos porsonajes.

A Amina.

La veremos sentada sobre un lecho, inmóvil, teniendo sobre su regazo á su pequeña hija, á quien amamanta; y para besar la cual de una manera delirante, sale de tiempo en tiempo de su inacción.

Nada falta en el subterráneo que pueda hacer soportar la permanencia en él de una persona: nada más que aire y dia.

Por lo demás se ha procurado embellecer y hacer habitable, cuanto ha sido posible, aquel antro.

¿Quién había revelado á Aben-Aboo la existencia de aquel antro?

Nuestros lectores adivinan su nombre sin duda. Había sido Laurenti.

Nuestros lectores saben que Laurenti había encontrado en un proceso en la Chancillería de Granada, la historia entera en que se contenía la muerte de Miguel López, la del capitán Sedeño, el orígen de doña Estrella de Cárdenas, y demás sucesos que dejamos relatados en la primera parte.

La justicia habia bajado al subterráneo, guiada por el mismo Calpuc; pero después aquel subterráneo había quedado abandonado.

Un dia en que Aben-Aboo vagaba fugitivo por la montaña, y se había entrado á dormir en una cueva, encontró junto á sí, al despertar, una carta.

Aquella carta contenía las siguientes palabras:

«Hace ya muchos días que vagais á pié, acompañado de algunos hombres de vuestra confianza, llevando con vos una dama y una niña, y evitando, siempre con peligro, el encuentro de los monfíes que os buscan. Esa señora, demasiado delicada para andar con lluvia y con nieve por breñas y vericuetos, será causa de que una vez deis en las manos del emir, que no sería en tal caso muy humano con vos. Yo, como vos, soy enemigo del emir, y quiero ayudaros, indicándoos un lugar muy escondido, donde podreis guardar á vuestra prisionera y quedar libre para vuestros negocios y para evitar la persecución de que sois objeto. (A seguida el autor del anónimo daba á Aben-Aboo las señas indudables, por las cuales podía dar con el subterráneo). No desconfieis de quien os escribe, concluía, porque si fuese vuestro enemigo, podría haberos muerto ó preso mientras dormíais en vez de haber dejado junto á vos y sobre vuestra ballesta, esta carta.»

Temeroso Aben-Aboo de que embarazado por Amina y por su hija, diesen con él los monfíes que le buscaban, como ya había estado á punto de suceder alguna vez, buscó el subterráneo por las señas que tan misteriosamente le habian dado, y encerró en él á Amina y á su hija.

Aben-Aboo se encontraba, como Yaye, sin poder ir ni atrás ni adelante. Su tio Aben-Jahuar le había metido de una manera insidiosa en aquel laberinto, del cual el jóven no encontraba la salida.

Sabía, á no dudarlo, que el emir no tenía duda alguna de que él había sido el raptor de Amina: sabía que del mismo modo que Yaye le había colmado de beneficios, se ensangrentaría con él, si le había á las manos, porque sabía demasiado hasta dónde llegaba la tremenda justicia del emir. Había conocido al fin claramente, que su tío Aben-Jahuar le había envuelto

con una intención refinadamente traidora en aquel compromiso, y en vez de presentarse lealmente á Yaye, para manifestarle la verdad de los hechos é implorar su perdón, le aconsejó su miedo deshacerse á todo trance y cuando pudiese del hombre que se lo inspiraba.

La muerte del emir estaba decretada en el pensamiento de Aben-Aboo como un medio de seguridad; la de Aben-Jahuar como la satisfacción de la venganza de una parte, y por otra como una medida prudente que debía librarle de un rival peligroso, porque Aben-Aboo había comprendido de una manera clara que el objeto de Aben-Jahuar era destruir cuantos obstáculos se oponían á su ambición, y quedar solo, como señor soberano, al frente de la rebelión de los moriscos.

Para esto necesitaba Aben-Aboo una alianza, y la buscó, ó mejor dicho, aplazó el buscarla en Aben-Humeya.

Aben-Aboo entraba de lleno impulsado por su ambición y por su miedo en la senda del crímen.

Sin embargo, y como á mujer, había tratado y trataba con profundo respeto á Amina.

Consistía esto, primero: en que Aben-Aboo no amaba á Amina, porque estaba enamorado de la princesa: segundo, en que habiendo resuelto deshacerse por medio del asesinato, de Yaye, el resto de conciencia que le quedaba le separaba de la jóven: y tercero, en que, prescindiendo de estos dos antecedentes, sabía que Amina jamás podría ser para él más que una esclava violentada.

Aben-Aboo tenía en Amina una carga que conservaba por temor, y que en todo caso podía servirle para dictar condiciones al emir.

Así es que cuando Aben-Aboo bajaba todos los días al subterráneo á cuidar de Amina, no la hablaba una sola palabra.

Unicamente un día la dijo:

—Parto para una empresa aventurada, en la cual podré perecer: os dejo provisiones para muchos días. Si falto tres, rogad á Dios que os ampare porque podréis morir aquí sepultada.

Amina lanzó un grito de terror, estrechando contra su corazón á su hija.

¿Cual podría ser la empresa aventurada que acometía Aben-Aboo?

Antes necesitamos revelar á nuestros lectores los otros dos lugares en donde encontraremos el resto de nuestros perdidos personajes.

El segundo lugar que hemos dicho que conocemos, era el subterráneo de la Princesa Encantada.

Si entramos en él una noche, encontraremos á dos personas muy conocidas nuestras: á doña Elvira de Céspedes, viuda de don Diego de Córdoba y de Válor y á Aben-Jahuar, su cuñado.

El lugar en que se encontraban no era aquel salón árabe en que ya hemos entrado una vez con Laurenti y Cisneros, sino un pequeño retrete, á que se entraba por una de las puertas que, como dijimos, daban al corredor por donde era necesario pasar para llegar á la gran cámara.

Doña Elvira estaba recostada en un colchón doblado que la servía de diván: Aben-Jahuar estaba sentado junto á ella en un escabel ó banquillo de pino; una candileja clavada en la pared, alumbraba aquel espacio de una manera siniestra, y por último, algunas astillas de madera en el centro del pavimento roto, servían de calorífero.

Doña Elvira se conservaba sumamente hermosa; pero su hermosura había tomado un aspecto terrible: conocíase que el disgusto contínuo, la

ira reprimida, el deseo contrariado, el orgullo ofendido, habian ido fijando lentamente su marca en aquel semblante, hasta darle el aspecto del de un hermosísimo demonio; su sencillo y severo traje estaba en armonía con la terrible expresión de su semblante, y sin embargo, sonreía á su cuñado, y le sonreía con tal intención, de una manera tal, que Aben-Jahuar estaba fascinado: porque en la mirada de doña Elvira hácia él había amor, más que amor, pasión: Aben-Jahuar se creía soñando.

—¿Sabes Elvira, la dijo, que apenas puedo creer á lo que mis oidos han escuchado, á lo que ven mis ojos? ¿Que tú me amas y que me amas hace mucho tiempo?

—Sí, dijo doña Elvira, te amo, te amo porque lentamente tu amor y tus sacrificios me han obligado.

¿Y sabes por qué te he ocultado mi amor?

—Yo creía que era imposible que me amases, dijo con recelo Aben-Jahuar.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque... creía que amabas á otro.

—¿A Yaye? dijo con la mayor naturalidad doña Elvira.

—Sí, á Yaye, contestó con acento reconcentrado Aben-Jahuar.

—¡Qué poco conoces el corazón de las mujeres!

—Sin embargo, has rechazado constantemente mis deseos.

—Porque no quería comprometerte... porque esperaba á concluir para siempre de una manera desembarazada.

—¿Concluir, qué?

—Concluir mi venganza.

—¿Contra Yaye?

—Contra Yaye.

—¿Venganza de amor?

—Venganza de odio.

—¡Tú has amado á Yaye!

—Yo no podía amar al asesino de mi marido.

—¡Ah!

—Yo no podía ni puedo amar al que es un obstáculo para el engrandecimiento de mi hijo.

—¿Consistirá tu odio en que Yaye se ha casado con Isabel?

—No, de ningún modo: ¡Isabel y Yaye! ¡digno consorcio! ¡la mujer adúltera unida al asesino de su marido!

—Dame una prueba indudable de que me amas.

—¿Y qué prueba? dijo doña Elvira infiltrando una candente mirada en los ojos de Aben-Jahuar.

—Sé mi esposa.

—Juro serlo en el momento en que me vengue de Yaye.

—¿Y cómo piensas vengarte? preguntó Aben-Jahuar.

—No lo sé: hace mucho tiempo que Dios ó el diablo protegen á ese hombre: he gastado á manos llenas el oro para lograr que se apoderen de él, y no he podido conseguirlo.

—En otro tiempo le tuviste en tu poder.

—¡Enfermo! ¡hé aquí cómo me muestra su agradecimiento Yaye! casa á su hija con ese marqués de la Guardia, y todo viene á asegurarme su intención de que piensa robar á mi hijo la corona de Granada.

—Una sola palabra, Elvira.

—¿Cual?

—¿No has sido tú también adúltera?

—¡Yo!

—¿No has sido amante de Yaye?

—¡Yo amante de ese miserable!

—Pronto me darás una prueba de si le amas ó le aborreces.

—¡Una prueba!

—Sí, porque si es cierta tu sed de venganza muy pronto vas á ser vengada.

—¡Vengada! exclamó doña Elvira, y palideció y se extremeció.

—¡Paréceme que te espanta mi venganza, Elvira! dijo con acento terrible Aben-Jahuar.

—¡Porque tiemblo! tiemblo de impaciencia.

—Pues creo que esta noche quedarás vengada.

—¡Esta noche! ¿pero cómo?

—¿Qué te importa cómo sea, si esta noche ves ante tus plantas al emir?

—¡Pero explícame!...

—¡Oh! ¡oh! cualquiera diría Elvira que le amas y que temes por su vida.

—¡Su vida! exclamó doña Elvira no pudiendo contenerse en el fingimiento que se había propuesto: ¿pues qué le váis á matar?

—Verdaderamente Elvira, dijo Aben-Jahuar con acento siniestro, qué estás muy ansiosa de su sangre.

—¡Si! ¡pero!... ¡pero quién le va á matar! exclamó doña Elvira descubriendo cada vez más su amor hácia Yaye.

—No ha faltado quien diga á tu hijo, quien se lo pruebe, que Yaye fué la causa de la prisión y de la muerte de mi hermano.

—¿Y mi hijo lo ha creido?...

—Acaso en estos momentos, tu hijo se encamina al lugar donde sabe que debe encontrar al emir solo y desarmado.

—¡Para matarle!

—Cree que el emir ha sido la causa de la muerte de su padre.

—Pero eso no es verdad: Yaye no ha tenido culpa alguna...

—¿Pues no le acusabas poco hace tú misma?...

—¡Mentira! ¡mentira! y escucha hermano: yo te creo violento, celoso, irritado, pero no miserable: escúchame por Dios, hermano... porque es necesario evitar un horrible crimen.

—¿Es decir, que amas á Yaye?

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡si! exclamó doña Elvira cubriéndose el rostro con las manos: le amo desesperadamente hace veintidos años.

—¿Y por qué me engañabas? dijo Aben-Jahuar, dominando su odio y dando á sus palabras un acento tristemente melancólico: ¿por qué me decias que querías vengarte de Yaye?

—¡Oh! ¡yo no sé! ¡yo no sé! ¡yo estoy loca! Yaye me ha despreciado: le he escrito arrojando en mis cartas todo mi corazón, y no ha contestado á mis cartas: he querido apoderarme de él, y no he podido: ¡al fin se ha casado!... ¡se ha casado con Isabel! yo quería vengarme... quiero vengarme... pero ya te lo he dicho: no sé cómo: porque yo no quiero matarle...

—Le matará tu hijo.

Doña Elvira al escuchar esta terrible profecía lanzó un gritó de horror.

—¡Mi hijo! exclamó: !mi hijo! ¡un parricidio!

—¡Un parricidio! exclamó Aben-Jahuar levantándose: ¡un parricidio has dicho!

—Si, si: ¡porque... mi hijo es hijo de Yaye!

Destelló de los ojos ojos de Aben-Jahuar una mirada salvaje indescribible.

—¡Oh! exclamó: ¡oh! pues entonces es necesario... necesario de todo punto evitar... yo no sabía... yo estaba engañado... y ese hombre... ese hombre extraño que nos ha procurado este asilo... ese hombre á quien yo esperaba...

—Pero yo quiero ir, volar junto á mi hijo: decirle: el hombre que quieres asesinar es tu padre... es necesario salir al momento de aquí... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿no oyes que es necesario que salgamos de aquí?...

—Pero yo no sé las salidas, dijo afectando desesperación Aben-Jahuar.

—¡Llévame, llévame á detener á mi hijo! exclamó doña Elvira arro-

jándose á sus piés: logre yo impedir ese horroroso crímen... y te amaré, Fernando, te amaré con toda mi alma... y seré tuya, y seré tu esclava. ¿No sabes que mi hijo es hijo de Yaye?

—Alzate, y silencio; suenan pasos; acaso sea ese hombre: si es él, aun tenemos tiempo... sí, sí, él es.., pero enjuga tus lágrimas, tranquilízate... se acerca.

—¡Ya es hora! dijo acercándose á la puerta Laurenti.

. . . . . .

Debemos trasladarnos á otro lugar, al lugar que hemos dicho que no conocíamos, y donde encontraremos á Angiolina.

Todos los que hayan estado en Granada ó en las Alpujarras, habrán tenido ocasión de ver que hay una clase de gente pobre, que vive en muy pobres habitaciones.

Son estas, cuevas naturales, á las que se ha puesto una puerta, abierto una chimenea, dilatado y blanqueado el interior. En Granada y en las Alpujarras, hay barrios enteros de estas viviendas, barrios cuyas calles son barrancos, y á los que sirve de terrado el repecho de la montaña, cubierta de higueras de Túnez y de pitas, entre las cuales se levanta el humo de las chimeneas.

Por lo general las gentes que viven en estos miserables albergues son gitanos.

En una de estas negras viviendas, entró Aben-Aboo, la misma noche en que tuvo lugar la escena anterior.

El jóven iba solo, vestido á la berberisca y armado con un arcabuz.

Dentro de la cueva estaba una vieja calentándose junto á un fuego medio extinguido, asando castañas.

Cuando entró, el jóven se dirigió á la vieja

—¿Ha pasado alguien? dijo Aben-Aboo.

—¡Nadie! dijo la vieja: hoy como todos los dias el barranco ha estado solitario; solo he visto á lo lejos por la loma de la fuente pasar un pastor de cabras.

—¿Y no se acercó?

—No.

—¿Qué hizo?

—¿Qué hizo? estar parado algún tiempo apoyado en su báculo.

—¿Y nada más? ya te he dicho que observes bien cuanto hagan los que pasen cerca ó lejos de la cueva.

—¿Qué hizo? no me acuerdo de que haya hecho nada.

—¡Nada! exclamó con impaciencia Aben-Aboo.

—Nada hizo, solamente puso un lazo en un madroño.

—¡Ah! ¿un lazo para coger gorriones?

—Eso es.

—¿Y no volvió?

— No por cierto aunque á poco de irse, cayó un gorrión en el lazo: yo esperé algun tiempo á ver si volvía, y como no volvía, atravesé el barranco, llegué al madroño, cogí el gorrión, me lo traje, le asé y me lo comí.

—¡Un lazo para coger gorriones! murmuró Aben-Aboo.

Y luego sacando de su bolsillo unas monedas de plata, dijo á la vieja:

—Vete.

—¡Que me vaya! ¿y á dónde?

—Ya no haces falta aquí.

—¿Y quién cuidará de esa señora?

—Te digo que no haces ya falta, tu cueva está cerca: vete con tus hijas.

—¿Y ya no me daréis más dinero?

—¡Toma, toma, sanguijuela insaciable! dijo Aben-Aboo, dando á la vieja dos ducados más.

—Todos los días el hambre pide pan: antes cuando mi marido y mis hijos vivían, trabajaban y mi casa estaba alegre, porque siempre había

una olla al fuego y pan en la cesta; pero los cristianos mataron á mi marido y á mis hijos: mi casa ha quedado triste, y mis hijas buscan á los pastores y á los monfíes para que les den un pedazo de pan, porque tienen hambre.

—Yo mandaré que te den cuatro ducados todos los meses.

—¡Cuatro ducados! ¡Dios es grande y misericordioso, y os recompensará, señor!

—Bien, pero vete, necesito quedarme solo.

Aben-Aboo franqueó la puerta.

—¡Qué oscura y qué callada está la noche! dijo la vieja, asomando á la puerta la cabeza: pero á bien que dentro de dos horas saldrá la luna. Que Dios os guarde, hermoso señor.

Y la vieja se rebujó la cabeza en un andrajo, salió de la cueva, y pronto se perdió entre la oscuridad.

Aben-Aboo cerró fuertemente la puerta.

—¡Un lazo para coger gorriones! repitió Aben-Aboo, tomando de un hueco de la cueva una linterna, y encendiéndola con una astilla del fuego: esa es la señal convenida: ¡esta noche! ¡esta noche al fin!

Aben-Aboo se extremeció, y permaneció inmóvil con la linterna en la mano.

—¡Esta noche...! ese hombre, ese castellano es terrible: me ha probado casi que el emir es el asesino de mi padre: me ha probado que mi madre es una infame; ella amaba al emir antes de casarse con mi padre: recien casado con ella, don Diego de Válor y mi tio Aben-Jahuar se llevaron consigo á mi padre, y la justicia le encontró después muerto de hambre y herido en el mismo lugar donde tengo escondida á la sultana Amina: ¡Dios es justo y misericordioso! pero aun no estoy satisfecho: ese Godinez ó ese demonio á quien parece confiar tanto doña Elvira, la madre de Aben-Humeya, no me ha presentado ninguna prueba concluyente: es cierto que me ha hecho reparar en muchas circunstancias que casi me convencen... pero me ha dicho qne la prueba indudable la tiene la princesa, que por su rivalidad con Amina, se la procuró: la princesa está en mi poder... puedo tocar la verdad, y sin embargo esa verdad me extremece.

Aben-Aboo dió un paso hácia una oscura gruta de la cueva que conducía al interior, y se detuvo otra vez irresoluto.

—¿Seré yo acaso el instrumento de una venganza infame? se dijo: pero no: la princesa... la princesa me embriaga... parece amarme... ¿pero estaré yo ciego? sin embargo la princesa me domina, sabe que soy su esclavo... sabe cuánto la amo, que mi amor puede arrastrarme á una violencia, y sin embargo, se encuentra conmigo alegre, satisfecha, tranquila: solo me opone que mientras viva el marqués de la Guardia... indudablemente que el amor que ha tenido al marqués se ha convertido en odio... y yo... yo la amo más cada día. Es necesario resolverse.

Y Aben-Aboo penetró en aquel antro.

Llegó á un ángulo, arrolló con el pie un montón de tascos de estopa, removió después el suelo terrizo que la estopa había dejado descubierto, y apareció una trampa de madera.

Levantó aquella trampa, bajó unas escaleras abiertas á pico, y se encontró en un pequeño espacio, donde había una cama, una silla, y una mesa con una lámpara encendida.

Salióle al encuentro una mujer vestida de negro.

Aquella mujer le abrazó y le besó en la frente.

Aben-Aboo se extremeció porque aquella mujer era Angiolina Visconti.

—¡Oh! ¿cuándo seréis mi esposa? exclamó el jóven.

—Cuando sea viuda, contestó tranquilamente Angiolina.

—¡Viuda!

—Ya sabéis que yo no he pertenecido más que á un hombre, que le he considerado mi esposo, y que mientras viva...

—El marqués ha muerto, dijo Aben-Aboo.

—¡Que ha muerto el marqués! dijo Angiolina con acento reconcentrado, comprendiendo y dominando la angustia que se apoderó de su alma.

Aben-Aboo que la observaba profundamente, engañado por el violento esfuerzo con que Angiolina había dominado su alma, dijo para sí:

—Indudablemente la princesa, no ama ya al marqués: si le amara se hubiera extremecido, se hubiera entregado á alguna demostración de dolor al saber su muerte.

Angiolina leyó sin duda el pensamiento de Aben-Aboo en su mirada, porque dijo con interés, con conmoción, pero sin terror, sin sentimiento:

—¿Y dónde ha muerto el marqués?

—En Cádiar, la noche de Navidad; la compañía entera á cuyo frente se encontraba ha sido exterminada.

—¡Ah! ¿y le habéis matado vos?

—Afortunadamente no.

—¿Por qué decís afortunadamente?

—Porque no quisiera unirme á vos trayendo las manos manchadas con la sangre de ese hombre á quien habeïs considerado como vuestro esposo.

—¿De modo que, dijo Angiolina, anduve acertada en vestirme de negro para huir con vos de Cádiar?

—¿Lleváis por él luto?

—¿No habéis dicho vos mismo que yo le consideraba mi esposo?

—¿Y esa muerte no os causa pesar?

—Ya lo véis, hablo de ello tranquilamente con vos como si se tratara de la de cualquier otro.

—Pero no os mostráis alegre.

—Yo no tengo mal corazón.

Era que Angiolina no tenía sobre sí misma dominio bastante para llevar su finjimiento hasta el punto de mostrarse alegre por la muerte del marqués, cuando estaba transida de dolor, anhelante, haciendo poderosos esfuerzos para que no saliesen á sus ojos las lágrimas, á sus labios los gritos desesperados.

—¿Será acaso que no creáis que el marqués haya muerto? dijo el receloso jóven.

—Sí lo creo: porque según lo que ha pasado en las Alpujarras, el marqués que era muy noble y muy valiente ha debido morir.

—¡Ah! ¡le elogiáis!

—El que haya sido conmigo un infame, el que yo me haya visto obligada primero á desear vengarme de él, después á despreciarle, no prueba que cuando se trataba de un servicio del rey fuese cobarde ni villano: para probaros que os creo, voy á deciros una sola palabra: soy vuestra.

—¡Que sóis mía! exclamó Aben-Aboo, levantándose de su silla.

—¡Sí, sí, dijo Angiolina conteniéndole con un movimiento: después de algunos días...

—¡Ah! dijo Aben-Aboo. ¡Otro plazo!

—¿No despreciaríais algún dia á una mujer que os abriese sus brazos, caliente aún el cadáver de su esposo?

—¡Esa extraña manía de llamar vuestro esposo al marqués...!

—Yo le he considerado como tal. Sin embargo, podeis abreviar ese plazo.

—¿Cómo?

—Sabeis que soy enemiga del emir porque de él vienen mis desgracias. Si él hubiera guardado más á su hija,

no me hubiera visto ultrajada por el marqués. Si mi esposo...

—¿De qué esposo hablais ahora?...

—Del príncipe Lorenzini Maffei.

—¡Ah!

—Sí, mi esposo no sé por qué mal hirió al emir en Madrid, y huyó: desde entonces quedé abandonada, y me ví obligada á ampararme de Cisneros. Solo por una sucesión de tristes casualidades he podido venir á vuestras manos. Aborrezco al emir y á su hija, el odio que siento hácia ellos me abrasa el corazón. Si exterminái al emir y á la sultana Amina... el día en que me digáis: no existen, podéis pisar su sepultura, aquel día... me arrojo en vuestros brazos.

Angiolina se extremeció horrorizada de sí misma: sabía que Aben-Aboo era hijo del emir, hermano de Amina, y sin embargo le pedía la sangre de su padre y de su hermana: y era que aunque comprimía su dolor, dolor causado por la noticia de la muerte del marqués, que Aben-Aboo la había dado con la mayor seguridad, aunque sabía que el marqués no había muerto, la enloquecía, la hacía sentir una horrible sed de exterminio, la arrastraba á todo.

Una fatalidad más que se levantaba contra Yaye.

Porque Angiolina, que, como hemos dicho, solo era infame cuando se tocaba á su corazón, á sus celos, á su desesperación por el marqués, se había reservado de dar á Aben-Aboo la prueba aparentemente terrible de que Yaye había tenido parte en el asesinato de Miguel López.

Si Aben-Aboo no se hubiera enamorado de Angiolina hasta el punto de inventar una mentira para procurarse su posesión, acaso Angiolina no se hubiera atrevido á afrontar el horroroso crímen de levantar el puñal de nn hijo contra su padre.

Pero al escuchar la noticia de la muerte del marqués, noticia dada con tal maestría, que Angiolina creyó en ella, enloqueció y lo arrostró todo: en aquellos momentos, si hubiera podido, hubiera incendiado la creación.

—¡Otra condición más! exclamó Aben-Aboo.

—Pero condición que podéis satisfacer fácilmente.

—¡Matando al emir!

—¿Acaso no fué él la causa, y el cómplice de la muerte de vuestro padre?

—Me lo habéis repetido mil veces, pero no me habéis dado la prueba, dijo Aben-Aboo.

—¡La prueba! ¿queréis la prueba? exclamó Angiolina levantándose de donde estaba sentada, y sacando de debajo el cofre de sus alhajas que había traido de Granada: os voy á dar la prueba, añadió abriendo con mano temblorosa el cofrecillo, y sacando de él unos papeles doblados que entregó á Aben-Aboo.

Aquellos papeles eran parte del testimonio que Laurenti había traido de Granada: en él constaban las informaciones hechas acerca de la muerte de Miguel López, la acusación y la sentencia contra don Diego de Córdoba y de Válor, y las inculpuciones que este había hecho, descargándose, contra el emir de los monfíes, puesto que monfíes habían sido los asesinos visibles de Miguel López.

Si Aben-Aboo hubiera meditado un poco, hubiera aplazado hasta informarse mejor, la ejecución de su venganza: hubiera podido saber por Aben-Jahnar que ninguna parte había tenido Yaye ni su padre Yuzuf eñ aquella muerte; pero solo leyó esta terrible frase: los monfíes fueron los asesinos de Miguel López, y el emir de los monfíes estaba enamorado de doña Isabel de Córdoba y de Válor.

Aben-Aboo, con los ojos desencajados se volvió á Angiolina después de

haber cogido aquellos papeles, que por desgracia para Aben-Aboo estaban autorizados en forma.

—Me habéis dicho que seréis mia, el día en que podáis pisar las sepulturas de Yaye y de Amina. Os aseguro que si cumplís vuestra promesa seréis mia mañana.

Y sin decir una palabra más, salió desencajado, frenético.

Cuando se quedó sola Angiolina, lanzó un largo grito de angustia, se arrojó de costado sobre el lecho y rompió á llorar por el marqués.

Aben-Aboo entre tanto corría frenético á través de las breñas, en medio de las tinieblas de la noche.

CAPÍTULO XXXVII.

En que se cuentan sucesos horribles.

Aquella misma noche, el emir estaba sentado junto á una chimenea en su Alqueria de Cádiar.

Doña Isabel sentada frente á él, indolente, magnífica, pero preocupada, fijaba su vista distraida á través de los cristales de una ventana, en la luna que acababa de aparecer sobre una montaña inmediata.

Yaye estaba también profundamente pensativo.

—Será necesario al fin romper por todo, dijo Yaye dirigiéndose á doña Isabel.

—¿Romper por todo? exclamó ésta.

—Sí, es necesario... necesario de todo punto, buscar á nuestro hijo: necesito hablarle... después de hablarle, espero que todo se arreglará: es un sacrificio, un sacrificio enorme: ¿pero qué hacer?

—¿No hemos resuelto ya que nuestro hijo sepa la verdad de su nacimiento?

—Sí, es cierto: pero yo lo dilataba; yo esperaba; el momento es llegado: después de esto...

—Después de esto, y para evitar nuevas y mayores desgracias, será necesario que hagas otra revelación á otro hijo tuyo.

Yaye se puso pálido: hasta entonces doña Isabel ni una sola palabra le había dicho que indicase que conocía el misterio del nacimiento de Aben-Humeya: las últimas palabras de doña Isabel, aunque tranquilas y afectuosas, le aterraron.

—¡De otro hijo mio! exclamó: ¿acaso sabes?... ¿acaso esa funesta mujer te ha revelado?...

—No; mi cuñada nada me ha dicho: ¿pero no sabía yo que hace veintidos años, doña Elvira te tuvo en su poder? ¿Acaso pudieron engañarse mis ojos? como no pudo engañarse mi corazón, no pudieron engañarse mís celos; yo sabía que doña Elvira te amaba, que te amaba con toda su alma, con toda la vehemencia de un empeño contrariado. Mi hermano, después de haber quedado tú en poder de doña Elvira por aquella sucesión terrible de fatalidades, solo volvió para estar un momento al lado de su esposa y ser preso por el Capitán general. Cuando nació Aben-Humeya, no pude dudar de que era tu hijo: lo que había visto, el tiempo transcurrido desde la prisión de mi hermano, hasta el nacimiento de Aben-Humeya, todo me confirmó en que era tu hijo. He guardado este terrible secreto de familia, pero en el estado á que han llegado las cosas, es necesario que Aben-Aboo y Aben-Humeya sepan que son hermanos: preciso de todo punto.

—¿Y crees que yo fuí culpable, que yo acepté por mi voluntad los amores con doña Elvira? dijo Yaye cuya voz temblaba.

—¡Doña Elvira era muy hermosa! contestó tristemente doña Isabel.

—Doña Elvira abusó de mi situación: cuando doña Elvira me perteneció, yo no vivía, propiamente dicho;

estaba dominado por un marasmo profundo... y es más, Isabel, y puedes creerme como si leyeses en mi conciencia: en medio de aquella fascinación fatal, yo creía poseerte cuando poseía á doña Elvira. ¡Oh! ¡cuán terrible, cuán funesta es mi historia!

—No hablemos más de eso: ha sido lo que Dios, sin duda para probarte, ha permitido que sea. Pero en el punto en que nos encontramos, es necesario obrar, y obrar pronto: romper esa cadena funesta con que nos estrecha el destino y nos ahoga; remediar como se pueda el mal causado, y empezar otra nueva vida, una vida enteramente distinta. Me has prometido arrojar esa sangrienta corona; quiero mejor vivir en una choza, al lado del mar, alimentándome de la pesca, tranquila, descuidada, feliz, con el amor de mi familia, que los alcázares dorados, la servidumbre de los esclavos, las vestiduras regias, la grandeza del imperio, en medio de los remordimientos de horribles crímenes y bajo el peso de insoportables cuidados.

—¡Oh! ¡si quisiera Dios!

—¡Ojala que Dios no esté irritado contra nosotros!

Y doña Isabel se puso de pié.

—¿A dónde vas? la dijo Yaye.

—Ha salido la luna, contestó doña Isabel.

—No te comprendo.

—Dentro de un momento me comprenderás.

—Pero...

—Silencio... déjame hacer.

—Te confieso que me espanta ese misterio.

—Ese misterio se esclarecerá pronto; pero no me detengas, dentro de un momento volveré.

Doña Isabel salió, y Yaye quedó entregado á una ansiedad indescribible á una curiosidad punzante y gravísima.

Doña Isabel entre tanto había ido á una retirada habitación de la alquería, cuyas ventanas daban sobre un barranco.

Pero antes de decir lo que encontró doña Isabel en aquel aposento, debemos poner en antecedentes á nuestros lectores.

Algunos días antes, doña Isabel había recibido por medio de un gitano, mientras paseaba en el valle próximo á la alquería, una carta de su hijo concebida en estos términos:

«Necesito hablaros, madre mía: si queréis concederme esta merced, esperadme esta noche cuando salga la luna en una de las ventanas de vuestra casa que dan sobre el barranco. Yo llevaré una escala que vos podréis recoger con un cordón. Nada de esto digáis á vuestro esposo.—Vuestro hijo que bien os quiere, Diego López Aben-Aboo.»

Esta carta maravilló á doña Isabel, porque no podía comprenderla: ella creía que su hijo estaba al frente de los monfíes avanzando contra Granada.

Pero eran tan graves las circunstancias en que se encontraba Yaye, en que ella misma se encontraba, que guardó un profundo silencio acerca de la carta de su hijo, y aquella noche, en el momento que salió la luna, fué á la ventana indicada por Aben-Aboo, la abrió é hizo una ligera señal; la contestaron otra señal desde abajo, y doña Isabel echó el cordón de que se había provisto, sintió que abajo tiraban de él, tiró á su vez doña Isabel y trajo consigo una escala: la aseguró al alfeizar, se atirantó, y poco después entró por la ventana un hombre.

Aquel hombre era Aben-Aboo.

—¿Qué significa esto, Diego? le dijo con ansiedad doña Isabel.

—¿Estamos solos, madre mía? dijo el jóven mirando con recelo á su alrededor.

—Sí, solos estamos: el emir está en la montaña y no vendrá hasta la media noche.

—Tenemos entonces tiempo sobrado.

—Pero yo te creía lejos de aquí.

—¿No os ha dicho nada vuestro esposo, madre?

—¿Y qué había de decirme?

—¿Nada os ha dicho de mí?

—No; solamente que te encontrabas mandando los monfíes hácia el puente de Tablate.

—¡Ah! ¿no os ha dicho que yo le hago traición?

—No... no... ¿pero eso es verdad?

—No, madre, no, pero hay traidores que pretenden desunirnos á todo trance.

—Mi esposo está satisfecho de tí.

—Vuestro esposo sabe que me amais madre, y os engaña.

—¡Engañarme!

—Sí: desde la noche del levantamiento de las Alpujarras ando huyendo, madre mía, y desde entonces el emir me anda buscando.

—Pero ¿por qué huyes?

—Porque sé que el emir me cree traidor, y me castigará. Vos sola, vos sola podréis, madre, hacer que el emir se contenga y consienta en escucharme. Si me escucha, yo me justificaré; os lo eseguro, porque soy inocente, pero quiero que me escuche aquí, aquí y á solas.

Doña Isabel, que amaba con delirio á su hijo, se afligió, lloró, y le prometió que el emir le escucharía y que el que se hubiera propuesto dividirlos y enemistarlos, sería castigado.

Doña Isabel y Aben-Aboo quedaron en verse tres noches después.

Doña Isabel iba á cumplir su promesa.

Abrió una ventana, arrojó una piedrecilla al barranco, y se oyó abajo una palmada.

Doña Isabel echó un cordón, le retiró, trayendo una escala, la aseguró, y á poco apareció un hombre en la ventana y saltó dentro.

Era Aben-Aboo.

—¿Habéis hablado al emir, madre mía? la dijo con ansiedad.

—No; pero le he preparado; ahora le hablaré; él también desea hablarte: pero, qué pálido estás Diego, qué desencajado; ¿te ha sucedido alguna desgracia, hijo mio?

—Es que tengo miedo, madre.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—¡Miedo del emir!

—¡Miedo de mi esposo! ¿crees tú que aunque fueses culpable, el emir podría castigarte?

—¡Oh! ¡madre mía! un demonio se ha puesto en medio de nosotros.

—¿Quién?

—Mi tio don Fernando el Zaquer.

—¡Oh! ¡siempre fué mi hermano traidor y miserable! pero nada temas, Diego, nada: ¿no sabes que el emir me ama con toda su alma? ¿que te ama... á tí... porque... porque eres mi hijo?

—¡Madre, madre! ¡decís eso de una manera!

—El emir tiene que revelarte grandes secretos: secretos que tocan á tu madre, que te tocan á tí: por terrible que te parezca lo que te revele mi esposo... créelo: tu madre te dice que lo creas.

—¡Pera explicadme!

—No; no: sería para mí demasiado sacrificio: el emir te lo explicará.

—Una palabra: ¿ese secreto pertenece á vos?

—Si.

—¿Y por qué no me lo reveláis?

—¡No te digo que sería para mí un horrible sacrificio?

—Me ponéis en confusión, madre.

—Mi esposo te sacará de ella. Adios.

—¿Tardará mucho en venir, madre?

—Tardará un tanto, porque necesito prevenirle. Adios.

Y doña Isabel, conmovida y trémula, escapó.

Aben-Aboo se quedó solo.

—Sí, sí, dijo: sin duda pretenden revelarme que mi padre murió á manos de mi tío don Diego de Córdoba y de Válor: pero es ya tarde; ya sé á lo que debo atenerme: ¿se referirá esa revelación á Amina? ¿Quien sabe? pero es preciso no perder el tiempo; ¡hola! ¡eh! ¡primo! ¡subid, y subid pronto! dijo Aben-Aboo en voz breve asomándose á la ventana.

Poco después otro hombre entró en la habitación.

Era Aben-Humeya.

—¿Está el emir en la alquería?

—Sí, contestó Aben-Aboo.

—¿Y has hablado á tu madre?

—Sí.

—¿Y nada sospecha?

—Nada.

—¿De modo que podemos dar el golpe?

—Sí, podremos vengar á nuestros padres.

—¡Oh! ¡y qué horribles misterios, primo!

—Pero le tenemos en nuestras manos. La justicia de Dios caerá sobre los infames: él muerto: mi madre... no la mataré, porque al fin me llevó en sus entrañas; pero castigaré en ella á la infame que se ha unido con el asesino de su esposo, con el padre de su hijo.

—Sí, sí; con el asesino de mi padre.

—Después, tú, rey de Granada, yo, emir de los monfíes...

—Una palabra, primo: ¿sabes tú del paradero de Amina?

—Yo no: ¿la amas?...

—Te juro que si quise casarme con ella, solo fué por atraerme la amistad del emir.

—Y yo lo mismo.

—Muerto el emir...

—Amina nada importa...

—Si la encontramos...

—Si la encontramos la jugaremos á los dados.

—La jugaremos...

—Y quien la gane...

—La encerrará en su harem.

—Convenido.

—Me parece que suenan pasos.

—¡Oh! ¡sí! debe ser el emir; escóndete y está pronto: cuando yo me abrace á él, hiérele tú por detrás.

—Esconderme ¿y donde?

—Aquí, tras de este tapiz. Pronto, ocúltate.

Aben-Humeya se escondió.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Yaye.

Se detuvo á alguna distancia de Aben-Aboo y le miró profundamente: el jóven temblaba.

—Tu madre me ha dicho que deseabas hablarme, dijo el emir.

—Sí, sí señor, deseaba hablaros, porque me han calumniado, porque han suscitado vuestra cólera contra mí.

—Creo que aquí no hay calumnia, sino error, dijo conteniéndose Yaye. Pero necesito que me hables con verdad: ¿me has injuriado de una manera irreparable?

—No señor.

—¡Desdichado de tí si no has respetado á Amina!

—Señor dijo Aben-Aboo, poniéndose letalmente pálido.

—Sí, desdichado de tí... porque es necesario decírtelo de una vez... Amina es tu hermana.

—¡Qué Amina es mi hermana! exclamó aturdido por aquel golpe imprevisto Aben-Aboo.

—Sí, tu hermana, dijo profundamente conmovido Yaye, porque tú eres... porque tú eres mi hijo...

—¡Vuestro hijo! ¡que yo soy vuestro hijo! exclamó Aben-Aboo... pero

esto no puede ser, no... mi padre se llamaba Miguel López.

—Tu padre soy yo: tú naciste diez meses después de la muerte de Miguel López.

—¡La prueba! ¡la prueba! gritó Aben-Aboo.

—¿No te ha dicho tu madre que creas cuanto yo te diga?

—Pero mi madre es vuestra esposa, exclamó Aben-Aboo: mi madre tiene interés... en hacerme pasar por vuestro hijo...

—Aben-Aboo, gritó Yaye: ¿te atreverás á dudar de mí?

—Mi padre murió asesinado y le asesinásteis vos.

—¿Yo?...

—Sí, vos, emir de los monfíes... y por vengar á mi padre yo he venido á mataros...

—¡A matarme! exclamó Yaye, cuya frente se cubrió de sudor frío.

—Sí, á mataros y os mato, exclamó Aben-Aboo, y por un movimiento rápido, que Yaye aturdido no pudo evitar, se abrazó á él.

Y en aquel momento Aben-Humeya saltó como un tigre del lugar en donde estaba escondido, y antes de que Yaye pudiese desprenderse de Aben-Aboo, le clavó un puñal por tres veces en un costado, gritando:

—¡Muere, asesino de mi padre, su hijo le venga en tí!

—¡Misericordia de Dios! exclamó cayendo Yaye: ¡asesinado, y asesinado por mis hijos!

Aquella exclamación en la boca de un hombre herido de muerte, aterró á los dos jóvenes que se miraron pálidos de espanto.

—¡Ah! ¡que os perdone Dios! exclamó Yaye cayendo; ¡que os perdone Dios, porque no habeis sabido lo que habeis hecho!

—Pero... exclamó Aben-Aboo, inclinándose sobre el emir; ¿sostendreis aun á punto de muerte esta impostura?

—¡Que os perdone Dios! dijo con desesperación Yaye.

—¿Será cierta esa horrible revelación?...

—Corred, corred: buscad socorro, dijo el emir; yo quiero salvarme, no por mí, sino por vosotros: quiero salvarme para que no tengais el remordimiento de un parricidio.

En este momento un hombre apareció en la ventana y saltó á la estancia.

Aquel hombre era Laurenti.

—¿Es decir que todo se ha consumado? dijo viendo á Yaye por tierra en un lago de sangre: ¿es decir que los hijos han matado á su padre?...

—Laurenti, exclamó Yaye... tú...

—Sí, yo, el bandido que se venga.

—¿Has dicho que el emir es nuestro padre? exclamaron los jóvenes.

—Sí, y os traigo la prueba. Lee tú esta carta de tu madre, Aben-Humeya, la escribió hace veinte y dos años; toma tú esotra, Aben-Aboo, también hace veinte y dos años que la escribió tu madre doña Isabel.

—¡Ah! ¡las cartas! ¡las terribles cartas que me robaron! exclamó expirando Yaye, mientras los jóvenes devoraban las cartas en que sus madres habían anunciado su nacimiento á Yaye.

—Sí, sí, te las robé yo, dijo Laurenti, rompiendo los sellos de la Inquisición: me he vengado y nada tengo ya que hacer aquí. Adios.

Y antes de que los dos jóvenes pudieran detenerle, se precipitó á la ventana y se deslizó por la escala.

—¡Oh! ¡no hay duda, no hay duda, exclamó con desesperación Aben-Aboo es mi padre! ¡Estoy maldito de Dios!

Y sin atreverse á mirar á Yaye huyó, ganando la ventana y la escala.

Aben-Humeya quedó inmóvil, atc-

rrado, como herido por un rayo, después de leer la carta de doña Elvira.

Luego tieso, rígido, terrible, como impulsado por un poder superior, se acercó á Yaye, se inclinó sobre él y le miró.

Yaye estaba muerto.

—¡Mi padre! dijo con voz ronca: ¡mi madre! añadió, y se apretó las sienes con las dos manos, y luego con los cabellos erizados, vacilante, como un ébrio, se acercó á la ventana, ganó la escala y se deslizó por ella.

El cadáver de Yaye quedó sobre un lecho de sangre en la estancia, y á los piés de la mesa donde estaba la luz, las dos cartas que el horror había dejado caer de las manos de Aben-Aboo y de Aben-Humeya.

CAPÍTULO XXXVIII.

En que empieza á desenlazarse nuestra historia con la salida para la eternidad de dos de sus principales personajes.

Entre tanto doña Isabel esperaba impaciente.

Suponía que debía ser larga la entrevista de Yaye y de Aben-Aboo y no se había atrevido á escucharla.

Durante algún tiempo permaneció anonadada en un sillón junto á la chimenea. Luego, no pudiendo dominar su ansiedad se levantó, fué á su aposento, abrió una puerta, entró en un pequeño retrete, se arrodilló delante de un reclinatorio en que había un Cristo crucificado y se puso á rezar.

Para doña Isabel aquella era una situación suprema.

Su pudor de madre iba á verse herido por la horrible revelación que Yaye en aquellos momentos hacía sin duda á su hijo.

Un terror misterioso se había apoderado de doña Isabel.

Se sentía mal, con el alma comprimida y no sabía darse razón de l causa.

Estaba bajo la influencia de esa intuición inexplicable que nos anuncia una desgracia; intuición ó augurio del cual no podemos darnos cuenta, sino cuando la desgracia ha acontecido.

Dominaba en torno suyo un silencio profundísimo y aquel silencio la asustaba.

Se distraía y solo rezaban sus labios.

Su corazón no estaba en Dios, sino en aquel apartado aposento donde se habían encerrado Yaye y Aben-Aboo.

Pasó así algún tiempo, sin que nada turbase aquel denso silencio, aquella calma glacial.

De repente se oyeron fuertes ladridos de los perros de la alquería, luego ruido de voces, y al cabo pasos precipitados en la cámara de doña Isabel.

Esta se levantó del reclinatorio y corrió á su cámara.

En ella encontró á Harum-el-Geniz, en cuyo semblante se notaba algo extraordinario.

—¿Qué sucede? dijo doña Isabel.

—Debe amenazarnos una gran desgracia, señora, dijo el leal monfí.

—¡Una gran desgracia!

—Sí, porque Aben-Jahuar el Zaguer vuestro hermano, y vuestra cuñada doña Elvira de Céspedes, acaban de llegar á la alquería y preguntan anhelantes por el emir, por vos, por vuestro hijo, por Aben-Humeya.

—Hacedles, hacedles entrar al momento, dijo doña Isabel.

Aben-Jahuar y doña Elvira fueron introducidos.

Doña Elvira se avalanzó pálida á doña Isabel.

Hacía veintidos años que aquellas dos mujeres no se veían: es más, que se aborrecían.

Doña Isabel miró con una expre-

sión de gran extrañeza á su cuñada.

—¿Qué queréis en mi casa, señora? la dijo.

—¡Qué quiero! salvar á Yaye, á quien vos habéis perdido, contestó doña Elvira.

—¿Qué decís? exclamó con un supremo desprecio doña Isabel.

—¿Donde está Yaye? exclamó con afán doña Elvira.

—Sí, ¿dónde está el emir? repitió Aben-Jahuar.

—¿Pero por qué me preguntáis por él de ese modo?

—Urge aprovechar los momentos, hermana, dijo Aben Jahuar, imponiendo silencio con un ademán á doña Elvira.

—Está aquí, en su casa, dijo cada vez más admirada doña Isabel.

—¡Ah! ¡loado sea Dios! dijo Aben-Jahuar.

—Está hablando de negocios de familia con mi hijo, añadió doña Isabel.

—¿Que está encerrado con tu hijo, hermana? exclamó Aben-Jahuar palideciendo de nuevo: ¿y hace mucho tiempo que han quedado solos?

—Cerca de una hora; pero no comprendo...

—¡Una hora! exclamó aterrada doña Elvira.

—Ha tenido tiempo bastante para asesinarle.

—¡Para asesinarle! exclamó doña Isabel: ¿qué decís?

—Tu hijo cree á tu esposo asesino de su padre.

Doña Isabel no escuchó más: se precipitó hácia la habitación donde había dejado á Yaye y á su hijo, y Aben-Jahuar y doña Elvira la siguieron.

La puerta de aquella habitación estaba cerrada por dentro, y no se escuchaba hablar á nadie en aquella estancia.

—¡Harum! ¡Harum! gritó fuera de sí doña Isabel: echad esta puerta abajo, echadla!

Acudieron Harum y algunos monfíes y la puerta cayó por tierra.

Un grito de horror se exhaló de todas las bocas al ver el espectáculo que se presentó de repente á los ojos de todos.

Yaye estaba boca abajo sobre un lecho de sangre.

Todos quedaron inmóviles, aterrados;doña Isabel con el semblante desencajado, con la mirada extraviada, dió algunos pasos hácia el cadáver, luego se detuvo, vaciló, lanzó uno de esos horribles gritos que solo lanzan las mujeres, y que solo expresan en toda su tremenda extensión, el horror, el dolor, la desesperación: extendió los brazos y cayó de boca sobre el cadáver, como un árbol á quien el hacha hiere por el pié.

Doña Elvira había quedado muda, inmóvil, con la mirada terriblemente fija en aquel grupo horrible de la esposa desmayada, sobre el cadáver del esposo asesinado.

Aben-Jahuar, horrorizado de sí mismo, miraba también, como petrificado, aquel grupo, abrumado por el peso de su conciencia.

Harum blasfemaba, levantando el cadáver de su señor, llorando, rugiendo, amenazando á los cielos y á la tierra.

Los otros monfíes habían levantado á doña Isabel, que parecía muerta, y la habían llevado á un diván.

De repente Harum, cierto ya de que su señor no existía, le dejó de nuevo sobre la alfombra, y se volvió con la cólera reconcentrada del tigre á doña Elvira y á Aben-Jahuar.

—Vosotros habeis venido, diio lanzando llamas por los ojos, vosotros habeis venido á esta casa anunciando una desgracia, preguntando por Aben Aboo y por Aben-Humeya.

—¡Ellos! ¡ellos! ¡los malditos¡ ¡ellos han sido! gritó doña Elvira: ¡sus hi-

jos! ¡el hijo mio y el hijo de esa mujer!

Y doña Elvira, con los ojos inflamados, pero sin verter una lágrima, adelantó hacia el cadáver:

—¡Yaye! exclamó: ¡tú has sacrificado todo cuanto has tenido á tu alrededor! tu aliento ha sido maldito para todo lo que ha tocado, y te has despedazado á tí propio, porque has caido bajo el puñal de tus hijos: ¡has vivido de la desgracia ajena, y te has labrado tu propia desgracia! ¡Que te perdone Dios!

Y aquella mujer cayó de rodillas, levantó las manos al cielo, y luego se cubrió con ellas el rostro, y rompió á llorar.

—¡Idos! exclamó Harum-el-Geniz, dirigiéndose á Aben-Jahuar: ¡idos antes de que mi razón se extravíe y no pueda responder de mí mismo! ¡idos y llevaos á esa mujer!

—Una palabra, dijo Aben-Jahuar, que apenas podía hablar: el emir tenía una hija.

—¿Sabeis vos lo que ha sido de la sultana Amina?

—La sultana Amina está en poder de Aben-Aboo.

—¿Pero dónde, dónde?

—En el mismo subterráneo donde murió de hambre Miguel López.

—¡Es decir que vos, cuando tanto sabéis, sois cómplice en el robo de la sultana, y acaso en el asesinato del emir! dijo Harum, desnudando su puñal, y adelantando demudado hácia Aben-Jahuar:

Una mano vigorosa detuvo el brazo de Harum.

Volvióse, y vió tras sí, pálido como un cadáver, á Calpuc, el rey del desierto mejicano.

—¡Idos! ¡idos! exclamó Calpuc con voz conmovida.

—Sí, me voy, dijo con acento sentido Aben-Jahuar: y pluguiera á Dios que nunca hubiera venido: pero recordad, Calpuc: Amina está en el subterráneo donde vos tuvísteis á Miguel López.

Y arrojando una última é indescribible mirada á Yaye, y asiendo de la mano á su cuñada, salió.

Quedaron solos Calpuc, Harum y algunos monfíes junto al cadáver de Yaye y doña Isabel desmayada.

—Aquí hay una escala, dijo uno de los monfíes.

—Por aquí han huido los infames, gritó Harum.

—Y en el suelo hay dos cartas, dijo otro monfí.

Tomólas Calpuc, y las leyó extremeciéndose; después las quemó á la luz de la lámpara.

Calpuc parecía sereno, pero en lo pálido de su semblante, y en lo concentrado de su mirada, revelaba todo lo intenso de su padecimiento interno.

—¡Todo! ¡todo cuanto he amado! exclamó mirando á Yaye.

Harum no podía creer aquello, no quería creerlo, y continuaba rugiendo y blasfemando.

—¡Juro al Dios Altísimo y Unico, desgraciado señor, no reposar hasta vengarte! ¡Juro al Dios Altísimo y Unico, vengarte de tus asesinos! ¡No reposaré hasta verter la sangre de Aben-Aboo y Aben-Humeya!

—Sí, pero es necesario salvar á la esposa y á la hija de tu señor: la esposa está allí, entre la vida y la muerte... la hija... yo iré delante de vosotros á salvar á mi nieta.

. . . . . .

. . . . . .

Yaye fué puesto en un lecho por los monfíes que acompañaban á Harum, y doña Isabel conducida á su aposento y entregada al cuidado de sus doncellas.

Poco después, armados y á gran paso, atravesaban la montaña cincuen-

ta monfíes mandados por Harum y guiados por Calpuc.

. . . . . .

. . . . . .

Entre tanto Aben-Jahuar y doña Elvira marchaban por un estrecho camino.

Doña Elvira lloraba.

Aben-Jahuar iba profundamente pensativo.

Al llegar cerca de una venta, Aben-Jahuar se detuvo, y dijo á doña Elvira!

—No podemos permanecer en las Alpujarras; aquí todo es horrible para nosotros.

—¡Oh! ¡terrible, muy terrible! exclamó doña Elvira.

—Debemos pasar á Africa: la guerra, muerto Yaye, enemistados Aben-Humeya y Aben-Aboo, empeñados los monfíes en la venganza del emir, fracasará: ¿no podremos olvidar lejos de esta tierra tantos horrores?

—Haced de mí lo que os plazca, porque ya todo me importa poco, contestó doña Elvira.

Y se dirigió á la venta en la que entró con Aben-Jahuar.

. . . . . .

. . . . . .

Al mismo tiempo Laurenti se encaminaba acompañado de Cisneros á la cueva donde habia dejado Aben-Aboo á Angiolina.

—¿Con que hemos concluido ya, señor Godinez? dijo el comediante.

—Sí; sí por cierto. Yo os daré tales papeles, que cuando os presenteis con ellos al arzobispo de Toledo, basten para que podais sin miedo volver á vuestro oficio, por toda España, y permanecer cuanto querais en la corte.

—¿Y esa mujer?

—¿La amais todavia?

—Os lo confieso.

—Pues renunciad á ella, porque soy más fuerte que vos, y también la amo.

Llegaban en aquel punto á la cueva: en el barranco un hombre tenía dos caballos del diestro.

—Esperad aquí, dijo Laurenti.

Y entró en la cueva.

Al sentir sus pasos en la escalera, Angiolina, que había esperado llena de ansiedad algunas horas hacía, se levantó anhelante creyendo que era Aben-Aboo.

—¿Me habeis vengado ya? exclamó.

—Sí, dijo Laurenti: Aben-Aboo ha matado á su padre.

Angiolina dió un grito al reconocer áLaurenti.

—Y como nada tenemos que hacer aquí ya, dijo el bandido, nos volvemos á Roma, mi adorada Angiolina. El destino ha querido que no salgas de mis manos, hermosa; primero he sido para tí en los tiempos más felices de mi vida, un hombre misterioso, que gozaba, si no tus amores, tu hermosura; después tu salvador Bempo; luego á veces tu esposo el príncipe Lorenzini Maffei, á veces Bempo tu esclavo; después he sido Salvador Godinez, autor de comediantes, y al cabo vengo á ser Laurenti el bandido, Laurenti tu señor. Prepárate para acompañarme mientras escribo una carta para que ese pobre enamorado tuyo Andrés Cisneros pueda volver á la córte.

Laurenti sacó de su bolsillo un tintero de asta, le destornilló, sacó de una cartera papel, y escribió una carta al arzobispo de Toledo, recomendándole á Cisneros, que era merecedor de la gracia del rey, decía, contribuyendo á la muerte del emir de los monfíes, el enemigo más respetable que tenía España en las Alpujarras.

Laurenti firmaba aquella carta con el nombre de Lope de Arias.

Mientras Laurenti escribía, Angio-

lina, considerándose perdida, había meditado un atrevido proyecto: resuelta ya á lo que pensaba hacer, compuso su semblante, se dominó, y cuando Laurenti la mandó que le siguiese, se apoyó sonriendo en su brazo.

—Sin duda meditas alguna traición dijo el bandido, cuando tan tranquila te muestras.

—¡Una traición! dijo Angiolina: te engañas, Laurenti.... ¿acaso no eres tú mi esposo? ¿acaso no me he vengado ya de ese aborrecido emir? ¿pues qué causa puede haber para que yo me entristezca?

—Así cantan las sirenas, pensó para sus adentros Laurenti.

Y siguió hácia afuera llevando consigo á Angiolina.

Cuando llegaron al barranco, Laurenti dijo acercándose á Cisneros:

—Tomad la carta que os había prometido para el arzobispo de Toledo, y una bolsa con que podais hacer el viaje. Montad á caballo y adios.

—¿Y no nos volveremos á ver?

—¿Quién sabe? contestó Laurenti.

—Adios, señora, adios, dijo Cisneros montando á caballo.

Angiolina no contestó, y Cisneros se alejó despechado.

Laurenti puso sobre un cogín, en el arzón delantero á Angiolina, y montó á caballo; dió algunas monedas á quien habia tenido aquellos caballos y siguió el barranco adelante.

Por algún tiempo caminaron en silencio.

La noche era nebulosa, fría, áspero el terreno y el caballo, aunque era fuerte y ágil, tropezaba con frecuencia.

—¿Nada tienes que decirme, Angiolina? dijo Laurenti.

—Nada, absolutamente nada, contestó Angiolina con la voz perfectamente sonora.

—¿No te aterra estar en mi poder?

—No. . . . . .

—¿No temes que yo sea para tí un amante excesivamente despótico?

—No, Laurenti, no: si yo hubiera sabido que Bempo, el hombre que me ha acompañado durante diez años, eras tú, tú el primer hombre de mi amor...

—¡De tu amor...!

—Si tú hubieras observado otra conducta conmigo... si no me hubieras sentenciado á aquella oscuridad misteriosa, á aquella prisión, á aquella violencia contínua...

—¡Me hubieras amado...!

—Yo te amaba y te aborrecía á un tiempo.

—No te comprendo.

—Miraba en tí á un tiempo el amante y el verdugo: huí del verdugo, pero he recordado siempre al amante.

—Para ultrajarle.

—No.

—Has sido querida del marqués de la Guardia.

—Me arrojó en sus brazos un empeño de mujer.

—Has sentido celos de muerte contra la hija del emir.

—Siempre mi empeño y mi vanidad de mujer: pero me he vengado y estoy tranquila: he vuelto á tu poder y no tiemblo, porque sé que me amas Laurenti, que enloqueces por mí, que por mí eres capaz de todo: porque sé que no seré tu esclava, sino tu señora.

—¡Ah!

—Sí; mis miradas te embriagan, mis palabras te fascinan, mi amor te hace esclavo mío.

—Es verdad, dijo con voz ronca Laurenti: por tu amor he cometido mis más repugnantes crimenes; mis crímenes más horribles: esa hermana

en poder de su hermano... ese padre asesinado por sus hijos.

Laurenti se extremeció: Angiolina se extremeció también.

A entrambos los habian llevado el amor y los celos á crímenes monstruosos; en entrambos la conciencia se sublevaba contra sus hechos, implacable, severa: eran dos espíritus condenados.

Pero en entrambos quedaba arraigado el gérmen que los había llevado á aquellos crímenes.

Laurenti amaba con toda su alma á Angiolina, y por un fenómeno singular, á aquel amor se unía un odio implacable, porque Laurenti se sentía aborrecido por ella.

Lo mismo acontecía á Angiolina; amaba, codiciaba al marqués, pero el marqués había herido su corazón y su vanidad, abandonándola, despreciándola por Amina.

Angiolina creía muerto al marqués; le creía muerto por consecuencia de los manejos vengativos de Laurenti, y sentía contra el una insaciable sed de venganza.

—¡Oh! ¡yo te mataré! dijo en su pensamiento Angiolina, cuando conoció que Laurenti estaba, más que nunca lo había estado, enamorado de ella.

—Angiolina, dijo Laurenti, después de algunos momentos de silencio: si tú me amases, aún podría ser feliz.

—¿Y por qué no he de amarte? ¿no has hecho por mí inmensos sacrificios? ¿no lo has sufrido todo? ¿no me has visto acompañada por el marqués, apoyada en su brazo, sonriéndole enamorada?

¡Ah! exclamó Laurenti.

—Sin embargo, yo no amaba al marqués: estaba únicamente ofendida en mi orgullo, y creía amor lo que solo eran celos de vanidad, empeño; pero cuando he sabido que el marqués ha muerto, no he llorado...

—¿Quién te ha dicho que ha muerto el marqués? exclamó Laurenti, disimulando su extrañeza, porque sabía bien que el marqués vivía.

—Aben-Aboo, contestó Angiolina.

—¿Has sabido que el marqués ha muerto, y no has vertido todo tu corazón en lágrimas? ¡si tú hubieras muerto, yo no hubiera podido sobrevivirte!

—Eso debe probarte que no le amaba.

—¡Ah! yo te lo perdonaría todo Angiolina si pudiera creerte.

—¿Y qué pruebas puedo darte para que me creas?

Laurenti se extremeció de conmoción, estrechó convulsivamente la cintura de la jóven y la besó en el cuello.

Angiolina suspiró, se volvió, y rodeó sus brazos al cuello de Laurenti.

—¡Yo te amo! le dijo suspirando.

Y le besó en la boca.

—¡Oh! ¡tu amor! ¡tu amor Angiolina! exclamó el bandido ¿no me engañas?

—No; yo te amaré toda tu vida y aun después de tu muerte.

—¡Oh! ¡amado por tí, mi vida será muy corta, porque la felicidad me matará!

—No, no te matará la felicidad, dijo Angiolina, apoderándose rápidamente de la daga de Laurenti, y estrechándole con fuerza contra su seno: te mato yo.

Laurenti dió un grito: había sentido una punzada agudísima en su costado izquierdo, un cuerpo agudo que penetraba lentamente en su carne.

—Sí, te mato yo; miserable asesino; raptor y deshonrador de mujeres; ladrón infame.

Y Angiolina apretaba con fuerza la daga sobre el costado de Laurenti, y la estrecha daga penetraba con lentitud.

De repente Laurenti abrió los brazos, cayó sobre la grupa del caballo, y desde allí al suelo.

Angiolina saltó del caballo,y fué al sitio donde estaba Laurenti.

—¡Muerto! exclamó reconociéndole: ¡le he atravesado el corazón! ¡miserable, que has sido la causa de todas mis desgracias! ¡al fin me veo libre de tí! ¡libre y sola! Ya me he vengado de tí, pero aún me queda que vengarme de otro hombre: don Juan ha muerto... es necesario que Aben-Aboo muera también: y le mataré; sí, le mataré, no sé como, pero el infierno le arrojará en mis manos.

Y temerosa de que Laurenti no estuviese bien muerto, con la crueldad del odio y del miedo, le atravesó las sienes con la daga, sirviéndose para hacer penetrar el arma, de una piedra á manera de martillo.

La daga quedó atravesada en el cráneo de Laurenti.

Angiolina registró los bolsillos del cadáver, se apoderó del dinero que llevaba y de sus pistoletes, y montando de nuevo á caballo, se alejó, exclamando con un gozo horible.

—¡Oh! ¡de esta vez estoy segura de no volverte á encontrar!

Y resuelta á todo, llevando en la mano un pistolete amartillado, dejó al caballo en libertad de marchar por donde mejor quisiera!

Poco le importaba lo que pudiera acontecerla; si encontraba cristianos, les diría que era una cautiva escapada del poder de los monfíés, y si eran monfíes se declararía cautiva de Aben-Aboo.

El caballo caminaba á la ventura.

De repente, al atravesar una rambla, se escucharon pasos y voces de hombres, y se vieron relumbrando algunas antorchas.

Al sentir las pisadas del caballo, todos aquellos hombres avanzaron y rodearon á Angiolina.

—Es una dama, exclamaron con asombro.

—Sí, una dama que huye de sus enemigos, exclamó Angiolina.

—¡Ah! dijo un jóven que acababa de sobrevenir: vos sóis la princesa Angiolina Visconti.

—Y vos sóis don Fernando de Válor.

—Sí, yo soy Aben-Humeya.

—Pues me doy por dichosa, dijo Angiolina, porque he huido de mis verdugos, y os buscaba para que me amparáseis, señor.

—¡Ah! hermosa princesa, en mala hora venís á ampararos de mí: pero no importa: asid del diestro el caballo de esa dama, y adelante. No podemos detenernos un momento hasta que estemos en medio de mi ejército. Hasta entonces, perdonadme si para salvaros y para salvarme, no me detengo un punto. Adelante, adelante y aprisa: es necesario que antes del amanecer lleguemos á Laujar.

Aben-Humeya siguió á gran paso al frente de sus moriscos entre los cuales siguió marchando el caballo de Angiolina, ó más bien del difunto Laurenti.

CAPITULO XXXIX.

De cómo se perdieron de nuevo Amina y el marqués.

Entre tanto Calpuc, Harum, y un cuerpo como de quinientos monfíes, marchaban á gran paso atravesando las Alpujarras en dirección á Orgiva.

Iba además con ellos otra persona muy conocida nuestra.

El marqués de la Guardia que había sido sacado por Harum del alcázar subterráneo del emir.

El marqués caminaba entre Calpuc y Harum.

De tiempo en tiempo Calpuc exhalaba un profundo suspiro, al que con-

testaba una imprecación del marqués y una blasfemia de Harum.

—¡Por los siete cielos y por el infierno! exclamaba Harum: ¡muerto mi señor, y muerto villanamente á traición! ¡muerto por esos dos miserables!

El marqués juraba y votaba, y ofrecía su alma al diablo por matar á Aben-Aboo que le había robado á su esposa y á su hija; pero el marqués no sabía, que Aben-Abooo y Aben-Humeya eran hijos del emir, y que por lo tanto Amina era hermana de ellos.

Calpuc guardaba también dentro de su alma aquel terrible secreto.

Los tres aguijaban sus caballos, hasta el punto de dejar atrás á los monfíes, que aunque iban á la carrera, no podían seguirlos.

De tiempo en tiempo Harum se volvía y gritaba á los monfíes:

—¿Os habeis convertido en bueyes cansados, de cabras sueltas que érais? ¿no sabeis que vamos en busca del asesino del emir, que vamos á libertar á la sultana?

Los monfíes lanzaban un alarido de furor y forzaban su carrera.

Pero por mucho que apresuraban su marcha y aunque eran fuertes é incansables, no podían seguir á los caballos.

Estos les tomaron gran delantera.

A punto de amanecer, el caballo del marqués, más fuerte, ó mejor llevado por su ginete, había adelantado á los de Calpuc y Harum, y entraba en la rambla de los Gamos, en aquella rambla donde existía aún la encina muerta, de cuyas deshojadas ramas habia mandado colgar veinte y dos años antes Yuzuf, padre de Yaye, á los monfíes asesinos de Miguel López.

Pasaba el marqués á la carrera junto á aquella viejísima encina, cuando de repente se oyó el galope de otro caballo, y apareció al fin, trayendo sobre su lomo un hombre y una mujer.

Este caballo, conduciendo aquel grupo, pasó como una exhalación por delante del marqués cortando la carrera á su caballo.

A la luz de la mañana, el marqués creyó reconocer en aquella mujer á Amina, en aquel hombre á Aben-Aboo, y no pudo quedarle duda, porque reconocido por Amina, la oyó gritar:

—¡Sálvame! ¡sálvame de este infame!

El marqués revolvió violentamente su caballo, exponiéndole á dar de través, y destrozándole en esta vuelta violenta, y se puso en seguimiento de Aben-Aboo.

Pero fuese que el caballo de éste fuese más fuerte que el del marqués ó que estuviera más descansado, apesar de la desventaja de llevar sobre sí dos personas, siguió sosteniendo la ventaja que había ganado, y sin que el marqués pudiera por más que castigaba y excitaba á su caballo, hacerle disminuir aquella ventaja.

Hubo un momento eñ que Aben-Aboo revolvió su caballo con la intención manifiesta de venir sobre el marqués y empeñar un combate.

Pero vió tras el marqués á otros dos ginetes á lo lejos, aunque no pudo reconocerlos, y allá, más lejos aún, los monfíes que entraban á la carrera en la rambla, y se puso de nuevo en fuga.

—¡Flanquead! ¡flanquead y cortadle la huida! gritó Harum á los monfíes: ¡flanquead, mientras nosotros le seguimos por derecho!

Y los monfíes, al escuchar aquella voz de mando, se dividieron en dos bandas, y tomaron los atajos y los desfiladeros de la sierra.

El marqués continuaba clavando sus espuelas en los flancos de su ca-

ballo que lanzaba gemidos de dolor, y corria cubierto de espuma, pero sin alcanzar ventaja.

El caballo de Aben-Aboo no podía adelantar tampoco, por el aumento de su carga.

De repente el caballo del marqués, se paró jadeante, se extendió, tosió fatigosamente, arrojó un vómito de sangre y cayó muerto.

Don Juan lanzó una blasfemia, se desembarazó de los estribos, y siguió corriendo tras de Aben-Aboo, pero desesperado.

De repente lanzó un grito de alegria.

El caballo de Aben-Aboo había caido reventado también.

Calpuc y Harum continuaban montados, pero sus caballos se resistían á las espuelas y se negaban á seguir corriendo.

Los monfíes empezaban á aparecer sobre los flancos de la montaña, y se oian sus gritos de amenaza á Aben-Aboo.

Este se desembarazó también de los estribos, asió á Amina, cargó con ella y se embreñó.

Parecía inevitable la captura de Aben-Aboo, ó que á lo menos se veria obligado á abandonar su presa.

De tiempo en tiempo, Amina lanzaba un grito de socorro, y Harum, que había logrado incorporarse al marqués, gritaba á los monfíes, algunos de los cuales preparaban sus arcabuces y sus ballestas:

—¡No tiréis! ¡no tiréis! ¿no véis que podeis herir á la sultana?

Aben-Aboo, como si le hubiera prestado fuerzas un poder sobrenatural, seguía corriendo.

Oyóse de improviso un grito de triunfo de Aben-Aboo.

Acababa de entrar en la jurisdicción maldita, por decirlo así de la Princesa Encantada; en aquel escondrijo que había encontrado por casualidad Laurenti.

Ya hemos dicho que aquel lugar era terriblemente respetado por la credulidad supersticiosa de los monfíes: al llegar á cierto punto, Harum se detuvo aterrado, como si hubiera tratado de penetrar en el infierno y los monfíes que flanqueaban la montaña, se detuvieron también y retrocedieron cuando reconocieron la hoya.

Solo el marqués, con la espada desnuda en una mano, y un pistolete amartillado en la otra, seguía tras Aben-Aboo y Amina, que se acercaban ya á la roca á la que se había dado el nombre de Princesa Encantada.

Aben-Aboo dió la vuelta á la roca y penetró por la grieta, recorrió los primeros senos, y al llegar á un paraje se detuvo, dejó en el suelo á Amina que se había desmayado por la emoción y la fatiga, se inclinó sobre el suelo, levantó una piedra, y descubrió una mecha de yesca seca y perfectaménte preparada.

Aben-Aboo cogió aquella mecha entre la cazoleta del pedreñal, y dió fuego: la mecha empezó á arder; Aben-Aboo cargó de nuevo con Amina y continuó descendiendo á la carrera, internándose rápidamente en el subterráneo.

El marqués de la guardia, aunque muy retrasado, penetró también en la gruta espada en mano, siguiendo á Aben-Aboo.

Entre tanto los monfíes detenidos por su terror supersticioso en la frontera, por decirlo así, de aquel terreno maldito, no daban un paso: el mismo Harum vacilaba, solo Calpuc atravesó á la carrera aquella demarcación fatal.

Excitado al fin Harum por su lealtad á sus señores, la pasó también; pero ni un solo monfí adelantó.

Limitáronse á rodear aquella demarcación.

Calpuc adelantaba, Harum le seguía.

De improviso una detonación horrorosa, hizo temblar la tierra; la roca que representaba la Princesa Encantada, voló lanzando á gran altura enormes fragmentos, y solo quedó en el lugar que ocupaba un montón de escombros calcáreos.

Calpuc y Harum se detuvieron pálidos de espanto, y los monfíes lanzaron un alarido de terror.

Era imposible ya penetrar en el subterráneo: Aben-Aboo, Amina y el marqués de la Guardia, habían quedado sin duda sepultados.

Calpuc y Harum, pasado el primer momento de terror, corrieron al lugar de la catástrofe, y al contemplar aquel hacinamiento de rocas rotas, impidiéndoles el paso, separándolos de Amina y del marqués, cayeron de rodillas y oraron por ellos.

Pero de repente Harum se alzó.

En su semblante pálido se veía una expresión terrible de venganza, de una venganza ansiosa; sus ojos destellaban sombríos relámpagos de muerte

Como él, Calpuc se había alzado rígido y terrible.

—De seguro, dijo volviéndose á Harum, en esta terrible voladura, solo ha perecido el marqués de la Guardia. Aben-Aboo se ha dirigido aquí sin vacilar: debía conocer este escondrijo: debía tenerlo preparado á todo evento. Las voladuras se efectúan siempre para arriba: esto lo sé yo muy bien, como que he hecho volar muchas masas de pedernal, en el desierto mejicano para buscar el diamante: esa caverna debe tener una salida por la cual se habrá sin duda salvado ó se salvará con Amina Aben-Abooo... pero el pobre marqués...

—Acaso se haya salvado también, murmuró con acento ronco Harum; seguía ya de cerca á Aben-Aboo.

—Pero lo que nos queda que salvar es mi bisnieta; sin duda ha sido abandonada por Aben-Aboo en el lugar donde ha tenido acultá á mi nieta. Corramos, Harum, corramos; salvemos al menos á la última de nuestra familia.

Y á los que no podamos salvar, los vengaremos, exclamó Harum roncamente.

Y alejándose de la sima que había abierto la explosión llegó con paso lento y tardo al lugar de donde no se habían atrevido á pasar los monfíes.

Calpuc le seguía.

Harum hizo sonar su corneta.

Poco después los quinientos monfíes, con sus dos banderas, estaban agrupados á su alrededor.

—¡Valientes! gritó Harum: ya sabeis que el emir ha sido asesinado por Aben-Abooo y Aben-Humeya.

—¡Venganza! gritaron á una voz todos los monfíes como impulsados por un mismo pensamiento.

—¡Sí, venganza y venganza terrible! vosotros sois los valientes que componíais la guardia del emir, los que íbais tras su bandera: á vosotros toca vengarle y le vengareis. ¿Hay alguno entre vosotros que no quiera jurar enemistad á muerte á Aben-Aboo y Aben-Humeya?

Tododos callaron.

—Mirad que vuestro silencio es un juramento de venganza contra esos dos infames: que el que no quiera ser de los nuestros hable, y quedará libre.

Continuó aquel elocuente silencio.

—¿Es decir que desde hoy todos somos hermanos? gritó Harum.

—Sí.

—¿Que todos nos obligamos á ayudarnos, defendernos y avisarnos?

—Sí.

—¿Que en cualquier tiempo y oca-

sión puedo contar con vosotros cuando os llame?

—Sí.

—¡En el nombre de Dios Altísimo y Unico! ¡que ninguno de vosotros olvide lo que ha jurado, si no quiere ser tenido por infame y traidor!

—¡No! ¡no! gritaron en coro los monfíes.

—Pues bien: que ninguno de vosotros diga ni aun á su padre el nombre de los asesinos del emir.

—¡No! ¡no!

—Ahora, valientes, separémonos: yo haré de modo que todos, cualquiera que sea en el lugar donde nos encontremos, sepamos los unos de los otros: quedáos conmigo los de mi taifa: los demás á vuestros apostaderos.

Harum extendió el brazo en un ademán de imperio, y los monfíes se disolvieron, encaminándose á distintos puntos.

Solo quedaron con Harum cien hombres con una bandera.

—Ahora, dijo Calpul, á mi antiguo subterráneo.

. . . . . .

. . . . . .

Al oscurecer de aquel mismo día, Calpuc y Harum penetraron en el subterráneo.

Antes de llegar á la habitación donde había muerto Miguel López, oyeron el llanto desesperado de una criatura.

Cuando llegaron á aquella habitación, encontraron á la pequeña hija de Amina abandonada sobre el lecho.

Tomóla Calpuc en sus brazos, la besó en la frente, y exclamó llorando:

—¡Lo último, lo último acaso que me queda de todo cuanto he amado!

CONCLUSIÓN.

La venganza de los monfíes.

CAPÍTULO XL.

En qué estado se encontraba la guerra de las Alpujarras algunos meses después de los sucesos anteriores.

La guerra de las Alpujarras se hacía cada vez más difícil y de resultado más dudoso.

El marqués de Mondéjar no tenía medios para reprimir la insurrección.

Le faltaban hombres y dinero.

Además, entre él y el presidente de la Chancillería, se cruzaban competencias de autoridad.

La prudentes medidas que el marqués de Mondéjar tomaba para mantener en paz á los moriscos del Albaicín y de la Vega, eran inutilizadas por las severas é imprudentes represiones que el presidente don Pedro de Deza ejecutaba sobre los moriscos.

Los alguaciles y los guardas de la Chancillería se permitían con ellos toda clase de excesos, y por la más leve causa, con los más absurdos pretextos, eran encarcelados.

La mayor parte huían á las Alpujarras.

La rebelión crecía.

Un día y otro llegaban noticias terribles.

Ya era la de que en Huécija, los monfíes, después de haber acorralado en la torre de su iglesia á una comunidad entera de frailes agustinos la habían matado, echándoles aceite hirviendo por un agujero abierto en el techo de la habitación en que se encontraban; ya de que habían enchido ó rodeado de pólvora al cura de Mairena, y le habían puesto fuego, y de que habían enterrado hasta la cintura al vicario de la misma villa, y le habían asaeteado, enterrando á otros eclesiásticos hasta el cuello, y dejándolos morir de frío y de hambre; ya de que á otros cristianos habían mutilado los miembros y entregádolos á las mujeres para que con almaradas los acabasen de matar; ya que á este ó al otro corregidor, alguacil, corchete, ó miembro de justicia habían acañabereado, apedreado, desollado ó despeñado; ya que á los hijos del alcaide de la Poza, llamado Arze, habían dado cruel muerte degollando al uno, azotando, crucificando, é hiriendo en el costado al otro, como en escarnio y reproducción de la muerte de Jesucristo; ya que un convento entero de monjas había sido entrado, y repartidas las monjas jóvenes entre ellos y hechas sus mancebas, y destinadas á la más dura servidumbre las monjas viejas; ya, en fin, de horrores repugnantes, inconcebibles, de todo punto infames, practicados por los monfíes.

Los que escapaban, maltratados algunos y heridos, llevaban el terror á Granada, y las peticiones de represión y de venganza de los ciudadanos atemorizados, hacían más precaria la situación de los moriscos de la ciudad, y enconaban las diferencias entre el presidente don Pedro de Deza, y el capitán general marqués de Mondéjar.

Este opinaba que nada debía hacerse contra los que en nada habían delinquido, y protegía abiertamente á los moriscos de la ciudad, porque decía:

—Si ellos tuviesen pensamiento de alzarse, y de faltar á la lealtad al rey, hubieran aprovechado la entrada de los monfíes en el Albaicín la noche de Navidad: manteniéndoles en su lealtad por medio de la blandura, se conseguirá que muchos de los moriscos de las Alpujarras que ven dudosa la guerra y la temen, se vengan á Granada á ponerse bajo el amparo del rey, cuando si á los de la ciudad se les trata con rigor, huirán á las Alpujarras y aumentarán desesperados la fuerza de la rebelión.

Pero en contra de las razones del marqués, el presidente decía:

—Los de la ciudad y los de las Alpujarras son unos mismos: si los de acá no se han levantado, es porque no han visto seguro el suceso, pero el día en que por recibir ayuda de Berbería los rebeldes, ó por otra circunstancia, crean llegada la hora del triunfo, se sublevarán y nos encontraremos con los enemigos en casa. Deben, pues, ser considerados como enemigos ocultos y tratados con rigor.

No se sabía á cual de estos dos opuestos pareceres conceder el acierto; pero el resultado era que el presidente conspiraba contra el marqués de Mondéjar, y que el marqués de Mondéjar andaba contrario y enemistado con el presidente; que la ciudad, dependiente de la Chancillería en gran manera, andaba rehacia en ayudar en lo que podía al marqués, y que los habitantes castellanos, acusaban públicamente de blandura y de parcialidad por los moriscos al capitán general, y pedían le sustituyese el marqués de los Vélez don Luis Fajardo, adelantado de Murcia, en quien decían tener más confianza.

Del mismo modo los caballeros y

gentes que habían venido á ayudar en la empresa al marqués de Mondéjar, estaban divididos, ayudando los unos al capitán general, poniéndose los otros de parte del presidente y del marqués de los Vélez.

Aben-Humeya entre tanto había acabado de levantar todas las Alpujarras; había dado ocasión á que el fuego cundiese á la tierra de Almería, á la Axarquía de Málaga y á la serranía de Ronda; había enviado embajadores al rey de Argel avisándole del buen punto en que se encontraba la guerra, y pidiéndole socorro, y había enviado á Africa á Hernando el Habaquí á tomar turcos á sueldo, de los que andaban pirateando en el Mediterráneo.

Entre tanto las gentes del rey de España llevaban en las Alpujarras la peor parte; el capitán Avila había sido vencido y encerrado en Adia; Castil de Ferro fué tomado por los monfíes; Orgiva había sido entrada y ocupada; y el mismo Aben-Humeya, cargando con seis mil hombres sobre el puente de Tablate donde estaban las avanzadas de la gente del marqués de Mondéjar, las hizo retroceder, venciéndolas y obligando al capitán Diego de Quesada que las mandaba á retirarse á Durcal.

Por esta victoria de Aben-Humeya, Granada estaba amenazada.

El marqués de Mondéjar se vió obligado, pues, á salir contra el enemigo, dejando encomendado el gobierno de la ciudad á el presidente don Pedro de Deza, y llevando por todo ejército ochocientos infantes, doscientos caballos y algunos caballeros partículares.

Cuando llegaron encontraron cortado el puente.

Al otro lado estaba Aben-Humeya con un estandarte y tresmil quinientos hombres entre monfíes y moriscos, armados parte con arcabuces y ballestas, parte con hondas y armas enhastadas.

Parecían dispuestos á defenter á todo trance aquella puerta de las Alpujarras.

Aben-Humeya, ginete en un caballo negro, con corona en la cabeza y vestiduras reales, seguido de su estandarte, recorría sus apiñados escuadrones que ocupaban el repecho; alentaba á los unos, excitaba á los otros, ofrecía recompensas, se multiplicaba, acudía á todas partes, y obraba, en fin, como un valiente capitán.

El marqués de Mondéjar por su parte, mandó á la infantería forzar el paso del puente; pero la infantería que acompañaba al marqués, reunida de improviso pocos días antes, mal regida y poco disciplinada, fué rechazada por los monfíes, que repasaron el puente cargando en tropel y con recio alarido sobre las gentes del marqués.

Entonces Mondéjar mandó cargar á la caballería, pero á la primera embestida empezaron á arremolinar algunas picas de su escuadrón, y el marqués, resuelto á todo, se vió obligado á embestir en persona, seguido de su guardia, de sus escuderos y de los caballeros particulares que le acompañaban.

Aconteció que, como el paso era estrecho, entre dos cerros, y los monfíes se embarazaban unos á otros por el poco espacio, y presentaban un frente de ocho hombres, no pudieron resistir los primeros la acometida del marqués y de sus gentes, fueron arrollados y arrojados á los barrancos laterales los primeros en que se encarnizó la embestida, y revueltos los de detrás, y siendo muy estrecho el paso del puente, cayeron la mayor parte despeñados al fondo del tajo, se retiraron los demás, y alentada la gente del marqués, pasó á la carrera y á la deshilada por las tablas, apretando á

los monfíes y haciéndoles retirarse á la montaña, donde no podían perseguirlos los caballos.

El marqués pasó adelante, puso alguna arcabucería en el castillo de Lanjarón, que encontró abandonado, y acampó en una cumbre delante de los enemigos.

Pero esta victoria, señalada é importantísima, porque quebraba el primer ímpetu de los monfíes, debida al arrojo y á la sangre fría de Mondéjar, no fué bastante para darle autoridad como capitán y acallar las rencillas y las competencias del presidente de la Chancillería y la rivalidad del marqués de los Velez.

De nada le sirvió tampoco el haber libertado á Orgiva, el haber conseguido notables ventajas sobre el enemigo, obligándole á concentrarse, y todo esto con poca gente, sin ningún dinero, sin bastimentos ni provisiones.

Culpábasele por el presidente Deza de haber causado con sus contemporizaciones la rebelión de los moriscos; se desestimaban sus triunfos, se atribuían al acaso más que á la pericia, todo esto en cartas al rey en que por el contrario se elogiaba al marqués de los Velez, que, requerido por el presidente Deza, había entrado con sus deudos, amigos y allegados en el reino de Almería; se ponderaban su valor y su pericia: se refería enfáticamente cómo había combatido una gruesa taifa de moros que atravesaban desbandados por Illar; cómo había tomado á Fliz, villa de moriscos y saqueádola y llevádola á sangre y fuego, y matando más mujeres que hombres, y cómo por falta de vituallas, se había visto obligado á recogerse á Casar de Caniáyar, á quien por otro nombre llamaban y aun llaman hoy, Barranco de la Hambre, en memoria de que en él se recogieron los moriscos cuando don Fernando el Católico fué sobre Andarax, en la primera rebelión de las Alpujarras, barranco en el cual murieron de hambre casi todos los moriscos que en él se refugiaron.

Felipe II recibía estas cartas; las leía detenidamente, conocía la parcialidad que en ellas se encerraba, y no proveía socorros ni para Mondéjar ni para el marqués de los Velez, ni se decidía por el uno ni por el otro.

Política incomprensible, que dejaba crecer una rebelión respetable, que dilataba la guerra y empequeñecía la influencia del rey en las Alpujarras.

Sin embargo, puso algún temor á los moriscos la toma de Poqueira, Jubiles y Paterna, lugares que por su aspereza creían inexpugnables, tomas tanto más dolorosas para ellos, cuanto por la reputación de fuertes de aquellas villas, había recogido en ellas todos sus caudales que fueron tomados por los cristianos.

Con estas ventajas creyó el marqués de Mondéjar tener ya vencida y á punto de terminar la rebelión; pero esta, que parecía sosegada en el centro de las Alpujarras, saltó por otras partes á las Guájaras, que son tres lugares pequeños al poniente de las Alpujarras, situados entre Almuñécar y el valle de Lecrín, en la rambla que va á parar al puerto de la Herradura.

Los monfíes ocuparon los dos peñones que se llaman las Guájaras, uno alto, de subida áspera y difícil, y otro más bajo y accesible.

Fortificáronlos como pudieron, con piedra seca y mantas y enjalmas, á falta de tierra y ramas, y aumentado su número por tres mil moriscos de los lugares vecinos, esperaron al marqués, que dejando con sobrada impremeditación, á sus espaldas lugares sospechosos y mal reducidos como Ohanes y Válor, cargó sobre las Guá-

jaras donde de nuevo aparecía la rebelión audaz y provocadora.

Desastrada pudo ser para los castellanos esta empresa por la imprevisión del marqués de dejar á sus espaldas y á sus flancos lugares enemigos.

Acometidas las Guájaras, los monfíes y los moriscos se defendieron con el valor de la desesperación; el ardor del capitán de infantería don Juan de Villaroel empeñó á una bandera de arcabuceros en el asalto imprudente del peñón más difícil; cundió la imprudencia, y ya pasaban de ochocientos infantes los que subían por lo más áspero del peñon, sin que el marqués de Mondéjar pudiese contenerlos; alentado el capitán Villaroel con aquel aumento de gente, creyendo tener asegurado para sí el honor de la jornada, desoyendo las órdenes del marqués, prosiguió en el asalto de una manera desvanada, dando ocasión á los monfíes de que los rechazasen con sus arcabuces y ballestas, y con una lluvia de piedras derrumbadas desde lo alto del peñón.

De los moros todos eran á arrojar: hombres, mujeres, viejos y niños.

Los cristianos fueron rotos, muertos de una manera desastrada la mayor parte de ellos; cargados por los moros que, al ver el desórden, saltaron del peñon abajo, y mataron entre otros muchos hidalgos al imprndente capitán Villaroel, que cayó desalentado con la espada en la cinta, acuchillado en la cabeza, y mutiladas las manos con que pretendía parar los golpes de los alfanjes y yataganes.

Murió allí tambien don Luis Ponce de León, que estando herido de muerte y por tierra, le despeñó un criado suyo por salvarle; y asimismo murieron el proveedor de las compañías de Granada Juan de Ronquillo, y el único hijo del maestre de campo Hernando de Oruña, que cayó ensangrentado á los piés de su mismo padre.

El marqués, á la vista de aquel estrago y de los enemigos que embravecidos por el triunfo cargaban, prolongándose por la cumbre para tomarle las espaldas, guiados por los terribles walíes Gironcillo y el Zamar, envió á don Alonso de Cárdenas con una manga de arcabucería á que contuviese su ímpetu.

Logróse, conteniéndose el ímpetu de los enemigos; llegó la noche, y el marqués con su gente recogida y en ordenanza permaneció acampado delante de los moros.

Al amanecer llegó al campo del marqués su retaguardia, compuesta de cinco mil quinientos hombres y cuatrocientos caballos.

Renovóse de nuevo el asalto del peñón por todas partes, y siendo el combate encarnizado todo el día, con gran mortandad de los cristianos, que eran heridos por los moros desde sus reparos y asperezas á mansalva.

Visto por los monfíes y los moriscos que se encontraban cercados, que el campo del marqués había vencido, que les faltaban municiones y víveres, y que al día siguiente podrían resistir mal un nuevo asalto, rompieron durante la noche por el lugar que encontraron más flacamente cercado, salvándose los monfíes con sus capitanes Gironcillo y el Zamar, y sacando las mujeres y niños que pudieron, pero quedando otro gran número de los naturales en las Guájaras defendiendo el peñon.

El marqués puso parte de su gente en demanda de los que huían, y el walí Zamar, embarazado por el peso de una hija doncella, á quien había tomado en sus brazos, porque no podía seguir de cansada, fué herido en un muslo por un arcabucero, preso, cautivada y deshonrada aquella hija por cuya salvación se había perdido, y enviado él mismo á Granada, donde

le mandó atenacear el conde de Tendilla, hijo del marqués de Mondéjar.

Los horrores crecían.

Los desdichados que habían quedado cercados en el peñon, gente floja, mujeres, niños y viejos la mayor parte, fueron acometidos, tomada la cumbre del peñón después de un ligero combate, y pasados todos los que allí se encontraron á cuchillo, sin distinción de persona, edad, ni sexo.

Cuando hoy se pasa por entre los peñones de las Guájaras los naturales señalan algunas anchas ráfagas de tierra roja, y pretenden que aquella es la señal de la sangre vertida en aquella jornada.

Esta jornada fué de poco honor para Mondéjar; había triunfado sí, pero perdiendo la mitad de su gente, sin un gran resultado decisivo, puesto que aquella matanza de moriscos irritó más que aterró á los insurreccionados.

Aquella victoria había sido tan costosa, que se tenía por una derrota, é hizo pensar que si de esta suerte seguía triunfando con frecuencia el marqués, se necesitarían para la guerra de las Alpujarras los ejércitos de Jerjes y los tesoros de Creso.

Apretaban, pues, el presidente Deza y los vecinos más calificados de Granada en que se encomendase la empresa de la pacificación de las Alpujarras al marqués de los Velez, quitando este cargo al de Mondéjar.

Este último, por su parte, daba por concluida la guerra; pero para desmentirle se levantaba Ohanez y el marquesado del Zenete con nuevo empeño y temeridad increible; apenas castigados estos lugares, se alzaban otros, y los vencidos volvían á levantarse cuando el ejército cristiano, yendo de acá para allá, los desalojaba para ir á sujetar nuevas insurrecciones.

Perseguíase, buscábase á Aben-Aboo y Aben-Humeya, y no se les encontraba; pero los soldados no se volvían sin haber saqueado y cometido todo género de excesos en los lugares á donde habían ido á buscarlos.

Válor, Narila, Orgiva, sufrieron sucesivamente cuantas calamidades pueden llevar la guerra y el bandidaje á una población; las mujeres y los niños eran cautivados y vendidos, y muertos los hombres y los viejos.

Veíase con frecuencia una larga caravana de moriscas descalzas, desgreñadas, aterradas, llevando sus hijos en los brazos unas, y otras de la mano, atravesando las montañas, escoltadas por algunos monfíes, en fuga de los cristianos que se habían acercado á su población.

Acontecía muchas veces que estas pobres caravanas de fugitivos se encontraban con un cuerpo de cristianos, que los acometían, se ensangrentaban en ellos, los cautivaban, y no perdonaban género de ferocidad.

Otras veces, por el contrario, los monfíes encontraban al revolver de un desfiladero una inmensa turba desbandada de soldados españoles cargados con la presa de una población que acababan de saquear, y llevando consigo mujeres cautivas; entonces los cristianos, embarazados por el botín, eran degollados, sin que los monfíes tomasen un solo preso, y á veces sin que perdiesen los degolladores un solo hombre.

Era, en fin, una guerra de exterminio y de bandidaje, cuyo fin no se veía, y que amenazaba siempre con el peligro de que el turco tomase parte en ella, enviando á las Alpujarras un formidable ejército.

Por resultado de un terrible descalabro sufrido en Válor por las gentes del marqués, el rey mandó á este que recogiese su gente á los lugares fuertes y suspendiese todo género de

hostilidades hasta recibir nuevas órdenes.

Algo más adelante el rey conoció que se necesitaba más capitán para aquella empresa, que el marqués de los Velez y el de Mondéjar, y encargó de ella á su hermano don Juan de Austria, á quien, á pesar de su mocedad, daba aliento y autorizaba la generosa sangre de su padre, el poder y respeto de su hermano, y bajo cuyas ordenes estarían más obedientes los capitanes y más sujetos los soldados.

Por otra parte, alentados los monfíes y los moriscos por las ventajas que recientemente habían alcanzado tras los pasados desastres, habían crecido en brios; Aben-Humeya más ayudado por los suyos entró con mayor autoridad en el gobierno; imitó la manera de ordenar la gente y de combatir de los cristianos, dividió su ejército en tercios, compañías y escuadras; nombró para estos cuerpos, maestres de campo, coroneles, capitanes, alféreces y cabos; dió á cada compañía una bandera, y como estandarte suyo levantó un guión rojo con las armas de Granada.

Dividió las Alpujarras en partidos, y estos partidos en tahas, poniendo en cada taha para su gobierno un alcaide que atendiese á la defensa y al mando de su demarcación, y por último, para su decoro y seguridad personal, creó una guardia de cuatrocientos arcabuceros.

Tranquilos entre tanto y sosegados los moriscos de Granada, y los de la Vega, estaban muy lejos de temer la inmensa desgracia que se les preparaba con la venida de don Juan de Austria.

El primer augurio de estas desdichas, fué la matanza que hicieron algunas gentes de Granada, de moriscos que estaban presos en la cárcel de la Chancillería por mandato del presidente Deza.

Culpábaseles, con razón ó sin ella, de estar en tratos con los de las Alpujarras, para alzarse con la ciudad, y entregarla al saqueo, al incendio y al degüello.

Aumentó el temor y el ódio de los cristianos el haber corrido la voz el dia 17 de marzo de 1569, de que en la ladera de la Sierra Nevada más próxima á la ciudad, se habían visto de noche fuegos que parecían señales y que de algunas ventanas y terrados del Albaicín habían contestado con otras lumbres.

El presidente había tomado precauciones en consecuencia, y había mandado á don Jerónimo de Padilla, capitán de la gente de guerra que aseguraba al Albaicín, y al cuadrillero Bartolomé de Santa María, que mandaba las rondas, estuviesen atentos y prevenidos, y al alcaide de la cárcel que tuviese gran cuidado con algunos moriscos principales que tenía presos.

El alcaide reunió á algunos parientes y amigos suyos armados para que custodiasen á los presos, y todo parecía estar prevenido, cuando una casualidad vino á producir una catástrofe.

Desde muy antiguo, la campana de la torre de la Vela del castillo de la Alhambra al dar las once de la noche, toca treinta y tres campanadas; á este toque se llamaba en aquellos tiempos el cuarto de la modorra.

La noche del 18 de marzo, como el encargado de la campana tocase este cuarto más tarde que de costumbre, y de una manera más apresurada, creyóse en la ciudad que tocaba á rebato y se alborotó Granada.

Alborotáronse asimismo los presos de la cárcel, tanto cristianos como moros, y llegaron á tal punto que vinieron á las manos.

Los moriscos se valían para acometer y defenderse, de muebles, ladri-

llos y palos que sacaban de los calabozos, y los cristianos y la guardia, unos con los travesaños de los grillos, otros con sus espadas y arcabuces acometían á los moriscos.

El corregidor Juan Rodríguez de Villafuerte, que dormía en una sala del palacio de la Audiencia, oyó entre sueños el ruido del combate de la cárcel, se levantó y mandó á un soldado que fuera á ver qué era aquello.

El soldado volvió diciendo que los moriscos presos se habían rebelado, y que estaban peleando con la guardia y con los otros presos cristianos; que los unos decían «¡viva Mahoma!» y los otros «viva la fé de Jesucristo!»

Avisado de lo que sucedia el presidente don Pedro de Deza, mandó que la compañía de infantería que estaba de guardia en la Plaza Nueva, cercase la cárcel, pero á este tiempo ya grandes turbas de gente de la ciudad, creyendo que se tocaba á rebato, habían acudido armadas y entrado en la cárcel.

Los moriscos desesperados, habían juntado las esteras, los muebles, las camas y les habían puesto fuego, y los cristianos á un tiempo apagaban el fuego y pasaban á cuchillo á los moriscos entre torbellinos de humo.

Diez horas duró esta escena de sangre, y fueron muertos á hierro y á fuego ciento diez moriscos que estaban presos, y cinco cristianos, resultando además diez y siete heridos.

Muchas casas del Albaicín fueron saqueadas y robadas, y gran número de moriscos, aterrados, pasaron á las Alpujarras á aumentar la rebelión.

En estas circunstancias, el 6 de abril de 1569 partió don Juan de Austria para Granada, desde Aranjuéz, á donde habia ido á recibir instrucciones del rey.

Acompañábale su ayo don Luis Quijada, y el 12 del mismo mes llegó á la villa de Iznallóz, á cinco leguas de Granada, en la que entró al siguiente día con gran solemnidad, como quien era hijo del famoso emperador don Carlos, y hermano del rey de España.

Acompañábale en la entrada el marqués de Mondéjar, que había venido para esto solo de las Alpujarras.

Salióle á recibir el conde de Tendilla con doscientos ginetes, vestidos y armados á la morisca, y adelantó al lugar de Albolote.

Fuera de las puertas de la ciudad le recibió el presidente Deza con cuatro oidores, y los alcaldes del crímen, y el corregidor con cuatro veinticuatros y sus tenientes y el arzobispo con cuatro dignidades del cabildo, y muchos caballeros particulares.

Todas estas gentes llegaron hasta el río Béiro, próximo á la ciudad por la puerta de Elvira, y allí encontraron á don Juan de Austria.

En el llano del río estaba formada la infantería en número de diez mil hombres, que al pasar don Juan, hicieron salva con sus arcabuces.

Por industria del presidente Deza, y para predisponer al rigor la jóven alma de don Juan de Austria, se había preparado una farsa.

Al llegar á la Puerta de Elvira, le salieron al encuentro más de cuatrocientas mujeres, desarrapadas, desmelenadas, enlutadas, dando alaridos, y arrojándose á los pies de su caballo.

—Justicia, señor, justicia, gritaban en coro.

—Nosotras somos las viudas y las huérfanas de los que han matado cruelmente los viles moriscos de las Alpujarras.

—Venganza contra los asesinos de nuestros padres, de nuestros esposos, de nuestros hijos, de nuestros parientes.

—Justicia, señor, y que no tenga-

mos el dolor de ver á nuestros enemigos perdonados.

Y siguieron con sus alaridos, con sus lágrimas y con sus aclamaciones de venganza, hasta el punto de que don Juan de Austria se enterneció, las consoló y las prometió cumplida venganza, todo con gran consentimiento del presidente Deza, autor de aquella pantomima, y con no pequeño fruncimiento de cejas del marqués de Mondéjar, que veía claro á donde iba encaminado todo aquello.

Entrado don Juan en la ciudad, no tardó en presentársele una diputación de los moriscos del Albaicín y de la Vega, compuesta de cuatro de los más ricos y principales de ellos y un procurador general, el cual le espetó el siguiente discurso que tomamos á la letra del historiador Mármol:

«Grande es el contento que aquestas gentes tienen de ver á vuestra excelencia en esta ciudad para el remedio de tantos males como hay en ella, que cierto es, representan su destruición. Temen que algunos habrán desatado las lenguas, y dado falsas nuevas de su fidelidad, diciendo ser autores del mal, ó favorecedores de los malos; mas confían en Dios, y en la bondad y clemencia de Su Magestad, que los que hubieren sido leales, serán favorecidos y bien tratados, como es justo sean rigorosamente castigados los que pareciere haber sido culpados en el levantamiento. Quéjanse que son molestados por los ministros de las cosas de justicia y de guerra con cohechos; que los soldados les roban sus haciendas y les deshonran sus casas; y que hasta agora los superiores no han puesto remedio en ello. Y suplican á vuestra excelencia lo mande remediar de manera, que desagraviados de lo pasado, proviniendo á lo porvenir, cese el alojamiento de las gentes de guerra en las casas, y tengan libertad de poder ir seguros á sus labores. Bien sabe que en esta ciudad cada uno da fuerza á la ruin opinión, ó la acrecienta de manera, que muchos temen lo que ellos mesmos inventaron; mas asegúralos la prudencia de vuestra excelencia, en cuya protección y amparo ponen sus vidas, honras y haciendas.»

A lo que don Juan de Austria, consumo agrado, contestó las palabras siguientes:

«El Rey, mi señor, me manda venir á este reyno, por la quietud y pacificación de él; sed ciertos que todos los que hubiéredes sido leales al servicio de Dios Nuestro Señor, y de Su Magestad, como decís, seréis mirados, favorecidos y honrados, y se os guardarán vuestras libertades y franquezas; pero también quiero que sepáis, que juntamente con usar de equidad y clemencia, con los que lo merecieren, los que no hubieran sido tales, serán castigados con grandísimo rigor. Y en cuanto á los agravios que vuestro procurador general dice que habéis recibido, darme habéis vuestros memoriales, que yo lo mandaré ver y remediar luego, y quiéroos advertir, que lo que dixeredes sea con verdad, porque de otra manera habríades hecho daño á vosotros mesmos.»

Pero al salir los moriscos consolados con las nobles palabras de don Juan de Austria, estaban lejos de sospechar la tormenta que amenazaba á sus cabezas.

Pocos dias después de la llegada de don Juan de Austria, llegó el duque de Sesa, y con su presencia empezó á tratarse del asunto de la pacificación en consejo.

Componíase este consejo, bajo la presidencia de don Juan de Austria, del arzobispo, del duque de Sesa, del marqués de Mondéjar, de Luis Quijada, y del presidente Deza, al cual se añadió algunos dias el licenciado Bri-

biesca de Muñatones, del consejo y cámara de Felipe II, al cual había enviado este exprofeso á Granada.

El marqués de Mondéjar fué de opinión, á la que se adhirieron el arzobispo y Luis Quijada, de que se remediase el daño poniendo guarniciones bastantes en los lugares de las Alpujarras, concentrando á los moriscos que querían la paz en la parte llana de las tahas de Berja y Dalías, y tomar las sierras con la gente de guerra: que si no bastase esto, se le diesen al mismo marqués mil infantes y doscientos caballos, con los cuales, y con la gente que había dejado en Orgiva, destruiría los sembrados y quemaria á los moriscos todos los bastimentos que tenian, reduciéndolos por hambre.

Pero el presidente Deza, enemigo declarado del marqués de Mondéjar, creyó insuficiente lo que aquel había opinado, y dijo que lo que se debía hacer antes de todo, era quitar de Granada y de la Vega á los moriscos y deportarlos tierra adentro de España, para que no pudiesen ayudar á los moriscos rebelados con avisos, armas y gentes. Aconsejó además, que para aplacar á Dios, ofendido por tanto sacrilegio y tanto delito, se ejecutase un rigurosísimo castigo en los alzados empezando por las Albuñuelas y siguiendo á las otras tahas de las Alpujarras.

Pidió, en fin, como buen clérigo de aquellos tiempos, la deportación, el hierro y el fuego para los moriscos, y declaró que solo de este modo podría llegarse á la pacificación absoluta y duradera del reino.

El marqués de Mondejar, apoyado por el arzobispo y el duque de Sesa, se opuso con energía á tan violentas y sanguinarias medidas, como quien sabía bien por haber sido muchos años capitán general de Granada, que no era de los moriscos toda la culpa del alzamiento, sino del rigor y de la injusticia con que hacía tantos años se les venía tratando.

Dijo que no podía ni debía despoblarse un reino como el de Granada, de gente útil y rica, exponiéndose á perder el fruto de las ricas industrias que solo los moriscos conocían; que no era el rigor lo más apropósito para reducir á gentes que excitadas por añejos y cada dia más duros rigores, se habían levantado, y que solo servirían para despoblar y empobrecer el reino por una parte, y por otra para hacer más encarnizada y duradera la guerra.

Durante esta controversia, sobrevino el licenciado Muñatones, con la autoridad de enviado especial del rey, y aunque al principio repugnó la deportación, instigado al fin por Deza y por el licenciado Bohorques, gente de su mismo oficio, convino en ella y en extremar el rigor; tuvo esta opinión mayoría, se aprobó, y no le quedó al marqués otro recurso que representar al rey, y enviar con la representación á la corte á su hijo el conde de Tendilla.

Esta lucha del consejo producía dilaciones, se perdía tiempo y de él se aprovechaba Aben-Humeya para rehacerse, para organizar á sus gentes, en una palabra.

Conoció el consejo lo que en tiempo se perdía y se dió orden de seguir la guerra mientras llegaba la resolución del rey acerca de las medidas que débían tomarse respecto á los moriscos.

Llamóse de nuevo gente de las ciudades, se atendió á la provisión de víveres y municiones, enviáronse banderas de infantería de guarnición á las principales villas de las Alpujarras, y se recomendó á sus capitanes que tuviesen gran cuidado en la costa, por que se habían recibido noticias de la llegada de galeotas de Ber-

bería con gente, armas y municiones para los moriscos.

En efecto, Aben-Humeya enviaba mensages á los alcaides y faquíes que privaban con el Xerife y con el dey de Argel para que inclinasen y decidiesen á sus amos á socorrerle. De Tetuán habían venido á las Alpujarras algunos soldados y mercaderes con provisiones; el dey de Argel, Aluch-Alí, prometía venir en socorro de las Alpujarras en el momento que llegasen cuarenta galeras que Selim II le enviaba para aquella empresa; por último, el Xerife había enviado á Aben-Humeya algunas fuerzas, y muchos turcos aventureros habían ido á ponerse bajo sus banderas.

Alentados los moriscos al ver que les acudían tantas gentes, no solo dieron por logrado el triunfo, sino que volvieron á las poblaciones, y se dedicaron á sus industrias y á las labranzas de sus campos.

Este aumento de fuerza de los rebelados, y la confianza de los moriscos eran demasiado amenazadores para que el receloso Felipe II no se decidiera por las medidas terribles.

Entre tanto seguía completándose el alzamiento de las Alpujarras, y empezaba el de los lugares del río Almanzora.

Al fin llegó la resolución de Felipe II acerca de la suerte de los moriscos.

La deportación de los de Granada y del Albaicín había sido decretada.

CAPÍTULO XLI.

De lo que aconteció á los moriscos de Granada la víspera de San Juan de 1569.

Al amanecer, los tambores y los pífanos de las compañías de infantería tocaron llamada á las gentes de guerra.

Las principales plazas de la ciudad se vieron llenas de soldados.

Luego se pregonó solemnemente un bando, por el cual se mandaba á todos los moriscos y mudejares que habitaban en la ciudad, en el Albaicín y en la Alcazaba, así vecinos como forasteros, se reuniesen en sus respectivas iglesias parroquiales.

No pudiendo resistir obedecieron.

Pero aterrados, porque lo temían todo, porque no sabían qué iba á hacerse con ellos.

Cuando estuvieron reunidos en las iglesias, fueron encerrados en ellas.

Preguntaron aterrados qué suerte iba á ser la suya y el presidente Deza les ofreció cédulas de seguro de sus vidas, y lo que más los tranquilizó fué la palabra que don Juan de Austria les empeñó en nombre del rey, de que los tomaba bajo el seguro y amparo real, que no se les haría daño, y de que les sacaba de Granada para apartarlos del peligro en que se encontraban entre la gente de guerra.

Los desdichados hubieron de satisfacerse con esto: permanecieron aquella noche presos en las iglesias guardados por algunas compañías de infantería, y al día siguiente escuadronada y apercibida la gente de guerra en el campo del Triunfo, que está situado entre la puerta de Elvira y el Hospital Real. campo que aun no llevaba aquel nombre, salieron los moriscos de las iglesias entre arcabuceros, yendo entre ellos para protegerlos con su autoridad, don Juan de Austria, el duque de Sesa, el marqués de Mondéjar, don Luis Quijada ayo de don Juan, y el licenciado Briviesca de Muñatones, y fueron encerrados en el Hospital Real, donde Francisco Gutierrez de Cuéllar, caballero del hábito de Santiago, y teniente de conta-

dor mayor, venido por orden del rey á Granada, y con él algunos otros contadores y escribanos, hizo lista de ellos con sus nombres, estado y profesiones, encontrándose después de hecha la lista, pasar de diez mil los moriscos arrancados de sus hogares.

No se hizo esta prisión en masa sin que aconteciese algo terrible.

Apesar de cuanto se procuró por don Juan de Austria y los del consejo, que nada siniestro aconteciese al tiempo de trasladar los moriscos de las iglesias al hospital Real, sobrevino un hecho, que puso en peligro de ser muertos á manos de la soldadesca á todos los moriscos.

Don Alonso de Orellana, uno de los capitanes de la infantería de Sevilla, queriendo señalar su compañía de las otras, ató en el asta de una lanza un crucifijo cubierto con un velo negro, y puso al soldado que le llevaba á la cabeza de la compañía: al sacar aquella compañía los moriscos de las iglesias, los infelices, al ver la cruz enlutada, creyeron que los llevaban á morir, y creyendo lo mismo las moriscas que iban llorando tras ellos, empezaron á dar alaridos y á mesarse los cabellos y á exclamar:

—¡Oh desventurados de vosotros, que os llevan como corderos al degolladero! ¡cuánto mejor os fuera morir en las casas donde nacísteis!

En estos momentos, un soldado dió un palo á un morisco jóven, que llevaba medio ladrillo debajo del brazo, y que, al sentir el golpe se lo tiró al soldado partiéndole una oreja; esto aconteció cerca de don Juan de Austria: arrojáronse los alabarderos de la guardia sobre el morisco, y allí mismo le hicieron pedazos.

Revolviéronse los soldados y los moriscos, empezaron á correr voces entre los primeros de que el herido era don Juan de Austria, entre los segundos de que los iban á matar á todos, y fué necesaria la autoridad de don Juan de Austria, del presidente Deza y del marqués de Mondéjar, para que no aconteciese una gran desdicha.

Apaciguóse, pues, á los moriscos, se sosegó á los soldados, se apartó al muerto, se retiró al herido, y para que no se alborotase la ciudad y matasen á los moriscos que iban por las calles, don Juan de Austria mandó á don Francisco de Solís y á Luis de Mármol Carvajal, que más adelante historió la rebelión de los moriscos de Granada, se pusiesen á las puertas de la ciudad y no dejasen entrar á nadie dentro.

Al fin los moriscos fueron encerrados en el Hospital Real, edificio gótico de fines del siglo XV ó principios del XVI, fundado por doña Isabel la Católica, para la curación de toda clase de enfermedades y especialmente para recoger locos.

Aquellos pobres moriscos, solo por el delito de serlo, y por haber inspirado temor, fueron deportados al interior de Castilla: todos fueron tratados cruelmente, y muchos de ellos muertos, vendidos otros por esclavos y repartidas entre la soldadesca las moriscas más hermosas.

A pesar de esta deportación, no quedó Granada enteramente limpia, como se decía entonces, de moriscos: habían quedado en la ciudad y en las alquerías de la Vega los niños menores de siete años, y los viejos mayores de cuarenta, como gente que no podía causar recelo; y á más de esto, muchos oficiales de artes y oficios, que eran necesarios en la ciudad, y los mudejares, porque alegaron que no debían ser tratados de igual manera que los moriscos, porque decían descender de cristianos, que habían vivido como en vasallaje entre los moros, y que sus antepasados habían servido buena y fielmente á los prín-

cipes cristianos contra los reyes moros.

Hecha esta limpia de seguridad, por decirlo así, los ciudadanos de Granada se creyeron salvos, pero sin embargo, empezó á notarse la falta de los moriscos deportados; resintióse el comercio, se enflaqueció la industria, las casas y jardines de los moriscos, tan bellos poco antes, empezaron á verse asolados, destruidos y tan mal parados, que parecía, segun el dicho de los contemporáneos, que había caído una maldicion sobre Granada.

Los moriscos viejos, llorando sus desventuras, decían haberse cumplido un pronóstico hecho en otro tiempo á los de Granada: este pronóstico les había anunciado que vendría un tiempo en que bajaría por la cuesta de la Alhacaba un arroyo de sangre morisca que cubriría una gran piedra puesta en la desembocadura de aquella cuesta al campo del Triunfo, en una esquina del convento de la Merced: y ciertamente que pudieron dar por cumplido el pronóstico, porque el día de la deportación bajaron por aquella cuesta tantos moriscos, que bien pudo considerárseles como sangre que cubrió la cuesta y la piedra.

Hubo otra circunstancia, sin duda casual, pero que podría tenerse por peor resultado de un fatalismo: la batalla de las Navas de Tolosa, fué la más funesta de cuantas ganaron los cristianos á los moros: en las crónicas árabes, se encuentra aquel hecho señalado con el nombre de batalla de Hins-al-Acab (1): Hins-al-Acab, se llamaba y se llama hoy en Granada, la cuesta por donde bajaron del Albaicín los moriscos para ser deportados.

Dado este terrible paso de precaucion, á costa de la libertad, de la vida y de las haciendas de diez mil infelices, se pensó en llevar adelante la guerra de las Alpujarras á todo rigor.

Aben-Humeya y Aben-Aboo, rey el uno, alcaide de los alcaides el otro, entre los moriscos, se robustecían y organizaban sus fuerzas: el marqués de Mondéjar no inspiraba gran confianza por su blandura, y don Luis Fajardo se averiguaba muy mal con los moriscos del Almanzora y del Marquesado. Aben-Humeya se había apoderado de las fortalezas del rio Almanzora, y puesto por general de aquel distrito al Malek, tristemente célebre por sus desgracias, y que más tarde debía morir desastradamente, con su amante Maleka en Galera, y ensoberbecido con los socorros que le había enviado el dey de Argel, no dejaba reposar un punto á los cristianos, y aunque no alcanzase grandes ventajas, la confianza de los moriscos de la Alpujarra crecía hasta el punto de que labraban tranquilamente sus tierras y se entregaban al artefacto de la seda, como si fuesen las gentes mejor defendidas y seguras del mundo.

En vista de esto, y de que Aben-Humeya seguía levantando la tierra y extendiendo la rebelión, temiéndose que esta cundiese á los reinos de Valencia y Murcia donde había un considerable número de moriscos, el rey determinó que se hiciesen dos campos contra los rebeldes, uno bajo las órdenes de don Juan de Austria, y otra bajo las del marqués de los Vélez.

En cuanto al marqués de Mondéjar, para evitar entorpecimientos y competencias, se le apartó de Granada con el pretexto de que fuese á la corte á informar en persona al rey acerca de los asuntos del reino de Granada, y de la manera que se había de tener para sujetar á los moriscos; co-

(1) Cuesta de Fortaleza.

mo quien habiendo sido tantos años capitán general de Granada, debía conocer bien á aquellas gentes.

Al saber que el marqués de Mondéjar era llamado á la córte, el licenciado Briviesca de Muñatones, como práctico que era en cosas de Estado, dijo (era tuerto de un ojo): *que me saquen el otro si el marqués torna de allá mientras dure la guerra.*

En tal estado se encontraba la rebelión del reino de Granada á principios del mes de octubre de 1569.

CAPÍTULO XLII.

De cómo empezaba Harum á vengar al emir.

Era una de esas terribles noches de tormenta que tan frecuentes son en el otoño en las Alpujarras.

Llovía, relampagueaba, tronaba, zumbaba el viento entre las breñas.

Las calles de Andaráx estaban completamente desiertas.

En Andaráx estaban Aben-Humeya con trescientos escopeteros de su guardia, y más descuidado de lo que debiera estarlo, acompañado siempre de dos mujeres y entretenido en zambras y diversiones.

Una de estas mujeres era Angiolina Visconti.

Irritábale ésta con su hermosura, le enloquecía, le entretenía con promesas y entretanto le vendía.

La otra mujer se llamaba María de Rojas, y era morisca.

Esta María de Rojas, prima de Diego Alguacil, uno de los moriscos más influyentes en las Alpujarras y en Granada, era sobrina de aquel Miguel Rojas, padre de Isabel de Rojas, con quien ante la iglesia católica se había casado Aben-Humeya.

Este, voluntarioso y tirano antes de haber asegurado á su cabeza la corona, había repudiado á su mujer, dejándola abandonada en Granada, había matado con extremada crueldad á los parientes de su esposa que se atrevieron á pedirle cuenta de aquel abandono, y enamorándose de María de Rojas, que era hermosísima, se la arrebató á Diego Alguacil de quien era amante, y se casó con ella á la usanza mora.

Aben-Humeya no comprendió que debía ser natural y precisamente su enemigo una mujer á cuyo padre y hermanos había muerto, á quien había arrebatado sus amores, y que aquella mujer debía pensar en vengarse: creyó que todo lo olvidaría una vez sultana de las Alpujarras, y la arrastró á su tálamo: mató su alma como había matado á sus parientes, y se embriagó con sus amores fingidos, porque María de Rojas no había olvidado nada, ni su padre estrangulado, ni sus hermanos degollados, ni á Diego Alguacil, de cuyos brazos casi había sido arrancada.

Fuése que el remordimiento de haber matado á su padre, fuese que la confianza de su fortuna hubiesen embriagado á Aben-Humeya, nada temía, y lo que era peor aún, se rodeaba de enemigos y provocaba el peligro.

María de Rojas, al ver un dia en la casa de Aben-Humeya á Angiolina Visconti, apareciendo como un nuevo sol, al cual se volvían los inconstantes amores de Aben-Humeya, no tuvo celos, porque no puede tenerlos quien no ama, pero alentó esperanzas: comprendió que Angiolina era tan desgraciada como ella, y que como ella ardía en sed de venganza contra Aben-Humeya: no tardaron en comprenderse las dos mujeres, y al comprenderse, hicieron de su venganza una causa común, y se ayudaron mútuamente, y se encubrieron la una á la otra.

Cuando María de Rojas necesitaba

algunos momentos de libertad, Angiolina entretenía á Aben-Humeya escuchando sus protestas de amor, alentándole, dándole esperanzas. Y si Angiolina necesitaba disponer de algún tiempo, quien le entretenía, no ya con esperanzas, sino con fingidos celos, era María de Rojas.

¿En qué invertían el tiempo que se procuraban la una á la otra estas dos mujeres?

Al lado de Aben-Humeya, sirviéndole con la mayor lealtad en las apariencias, acompañándole á todas partes, poniéndose delante de él en todos los peligros, había tres personajes terribles: Aben-Aboo su hermano, que á pesar de serlo, ambicionaba su corona, y tendía asechanzas á su vida; Diego Alguacil, el primer amante de María de Rojas, que se fingía el súbdito más sumiso y más leal del mundo, y Harum-el-Geniz, el valiente caudillo de los monfíes después de la muerte del infortunado Yaye, que afectaba ayudar á Aben-Humeya con todas sus fuerzas.

El insensato jóven nada sospechaba: ensoberbecido con algunas ventajas obtenidas sobre los castellanos, con la ayuda decidida del dey de Argel que le había enviado algunos centenares de turcos, bajo las órdenes de los capitanes Alí, Hucen y Carcax, piratas levantinos, que solo al olor del oro y de la sangre habían dejado los puertos del sultán de Constantinopla Selim II, se creía ya decididamente sultán de Andalucía en el momento en que le asechaba de cerca la muerte.

Era, como dijimos al principio de este capítulo, una fría, nublada y tempestuosa noche de otoño.

Acababan de dar las doce en el reloj de la villa.

A aquella hora, entraron en un casarón medio derruido en la parte baja del pueblo dos hombres.

El uno llevaba el ostentoso traje de walí de los walíes ó capitán general de los monfíes.

Era Harum-el-Geniz.

El otro llevaba un bello traje berberisco.

Era Aben-Aboo.

La estancia en que habían penetrado, estaba alumbrada únicamente por la fuerte luz de un montón de ramas de olivo que ardían en un ancho hogar.

Sentado junto al hogar había un hombre como de treinta años, con traje morisco.

Este hombre era Diego Alguacil.

Al oir á los recien llegados se levantó.

—¡Cuánto habeis tardado! dijo.

—Los barrancos están invadeables, respondió Harum-el-Geniz, y trayendo tanta gente nos ha sido preciso rodear mucho,

—¿Cuánta gente traeis?

—Dos mil monfíes.

—¡Ah! pues si traeis dos mil monfíes ¿á qué esperar? ¿acaso no teneis confianza en ellos?

—Sí, sí ciertamente. Pero es necesario justificar la muerte de Aben-Humeya para que el dey de Argel y el sultán no puedan acusarnos de ella, dijo Aben-Aboo.

—¿Y habeis encontrado un medio?

—Excelente.

—¿Y qué medio es ese?

—Que le maten los turcos que le ha enviado Aluch-Alí.

—¡Ah! pero los turcos aunque están disgustados con él no se atreverán á tanto.

Sonrió sesgadamente Aben-Aboo, y miró con una expresión de horrible inteligencia á Harum.

—Los turcos, dijo, matarán á Aben Humeya, cuando sepan que Aben-Humeya quiere matarlos á ellos.

—Pero eso no es verdad, dijo Diego Alguacil.

—Poco importa que no lo sea, con tal de que lo crean los turcos.

—Sí, bien: yo aborrezco á Aben-Humeya, yo deseo su muerte: me ha herido en el corazón, me ha afrentado dijo Diego Alguacil. Pero el deseo que tengo de exterminarle me hace desconfiar de que podamos herirle.

—¡Bah! dijo Aben-Aboo: tú serás quien cause la muerte de mi buen primo.

—¡Cómo!

—Toma, contestó Aben-Aboo dando una carta cerrada á Diego Alguacil.

—Esta carta, dijo el morisco mirando el sobrescrito, es para el alcaide de Mecina Bombarón, y la letra parece de Aben-Humeya.

—Tan de Aben-Humeya es como mía, dijo sonriendo de una manera sesgada Aben-Aboo. Esa carta la ha escrito Diego de Arcos que, como sabes, ha sido secretario de Aben-Humeya. Y esta carta es tal, que yo te juro que nadie nos culpará de la muerte de Aben-Humeya.

—Quiera Dios que esta carta nos libre de ese malvado, dijo Diego Alguacil, devolviendo la carta á Aben-Aboo.

—Se necesita un hombre de confianza para llevar esa carta, dijo con acento breve Harum-el-Geniz.

—Diego Alguacil la llevará, repuso Aben-Aboo.

—¿Y para qué he de llevarla yo?

—¿No quieres vengarte de la afrenta que te ha hecho Aben-Humeya?

—¡Oh! ¡sí! ¡vengarme! ¡vengarme de una manera terrible!

—Pues para eso es necesario que esta carta llegue á manos de él.

—¡Recelarán!

—Concluyamos, Diego Alguacil: ¿podemos contar contigo, ó no? dijo Harum.

—Quiero saber la parte que tomo en mi venganza, y para ello os estoy esperando.

—En esa carta llevas la muerte de Aben-Humeya, de ese miserable traidor, repuso Harum el-Geníz. Lo que necesitas hacer es muy sencillo: como los barrancos van crecidos, tendrás que tomar la falda de la sierra: en la muela de las Aguilas están los capitanes turcos esperando á Aben-Aboo; procura pasar por el sendero que cruza delante de la cueva, y cuando llegues á ella, como sorprendiéndote de encontrar allí gente, pides un guía para llegar á Mecina Bombarón con la carta de Aben-Humeya á pretexto de haberte extraviado.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Es decir que en esta carta vá la muerte de Aben-Humeya?

—Sí. Ahora bien; dicen que Aben-Humeya está tan descuidado todas las noches que anda en zambras y en fiestas.

—Es verdad; ese maldito está abandonado de la mano de Dios.

—Dios abandona siempre á los traidores y á los desleales ; pero estamos ya perdiendo tiempo. Vamos, Diego Alguacil; yo te acompañaré por el camino, y luego tomaré por los atajos para llegar antes que tú á la muela de las Aguilas y con distinta dirección, á la cueva donde me esperan los capitanes turcos.

Aben-Aboo se levantó y se puso en marcha: Harum-el-Geniz y Diego Alguacil le siguieron dejando la casa abandonada.

—¡Que Dios os dé buena ventura! dijo Harum-el-Geniz cuando estuvieron fuera de la casa volviéndose hácia la parte más alta del pueblo.

—¡Cómo! ¿te quedas tú? dijo Diego Alguacil.

Importa que yo me quede en Andarax, dijo Harum: y además ¿quién se ha de quedar al frente de los dos mil

monfíes que cercan la villa para que no se pueda escapar Aben-Humeya?

—Dices bien. Adios.

—Adios, dijo Aben-Aboo.

—Adios, contestó Harum-el-Geniz tomando por la parte alta del pueblo.

Aben-Aboo y Diego Alguacil salieron al campo mientras Harum se encaminaba á la plaza murmurando:

—¡Ah, mi noble y desgraciado señor! me he visto obligado á esperar mucho tiempo la venganza de tu sangre: pero al fin esos dos miserables van á hacerse pedazos. ¡Tus hijos! ¡no podían ser tus hijos, no: aquellas cartas mentían! ¡si hubieran sido tus hijos la sangre hubiera hablado á esos corazones de tigre! ¡y si eran tus hijos!... ¡oh Dios poderoso!... si eran tus hijos... el hijo que tiñe sus manos en la sangre de su padre merece ser muerto por su hermano.

Y entrando á punto en la plaza Harum, se encaminó á la iglesia transformada entonces en mezquita, y torciendo por una estrecha calleja, llegó á un postigo oscuro de la tapia de un huerto.

CAPÍTULO XLIII.

De cómo la princesa Angiolina Visconti volvía á ser un instrumento manejado por Harum.

Harum se detuvo junto á aquel postigo y escuchó con la mayor atención.

Nada se oía.

Una gran casa situada en el fondo del huerto y á la cual pertenecía, estaba envuelta en un silencio profundo y en una oscuridad lúgubre.

Solo en una ventana morisca se veía luz á través de su arco calado.

—¡Vela! dijo Harum: vela esperándome y Aben-Humeya no está en la casa: esa luz que brilla en el aposento de la italiana me lo dice. ¡Miserable mujer! su amor y su empeño por el marqués son acaso la causa de estas desgracias. Acaso sin ella mi desventurado señor, hubiera podido dar el golpe de muerte al rey don Felipe en su misma corte.... pero aquella funesta herida... aquella imprevista prisión en el Santo Oficio.... ¡Vamos, es necesario no pensar más en lo pasado porque es cosa de desesperarse! miremos adelante... á la venganza: ¡por el Dios Altísimo y Unico, que será cumplida y que te alcanzará en ella tu parte y una parte y una parte horrible, infame italiana!

—Y tras estos pensamientos, buscó en el marco del postigo, halló el nudo de una cuerda, tiró, y el postigo se abrió.

Harum adelantó por el huerto como sobre un terreno conocido: atravesóle en pocos instantes, llegó á una galería, buscó en uno de los oscuros extremos una puerta, encontró unas escaleras, las subió, y al fin de ellas llamó con recato á una puerta.

Poco después se oyeron apresurados pasos de mujer, la puerta se abrió y apareció una dama que por su traje parecía mora y mora riquísima, pero no lo era.

Era Angiolina.

—Entrad, entrad amigo mio, dijo á Harum-el-Geniz: os esperaba con ánsia.

—¿Y María de Rojas? dijo con interés Harum.

—Antes de que veáis á María necesito hablaros, dijo con ansiedad Angiolina.

—Hablemos, pues, pero invirtamos en nuestra conversación el menos tiempo posible.

—Sentáos, dijo Angiolina, acercando unos almohadones á su lado.

Harum se sentó.

—¡Oh! ¡y por cuan horrible causa

nos hemos conocido! dijo Angiolina, asiéndole una mano.

Harum miró fijamente á la veneciana.

—Horrible, sí, muy horrible, señora: Dios no puede perdonar á los que han sido la causa de la desastrada y terrible muerte de mi señor.

—Os juro, Harum, os lo juro por la salvación de mi alma, que no he tenido la menor parte en ella, que nada sabía, que si alguna noticia hubiera tenido, habría evitado ese horroroso asesinato.

Harum se contuvo de una manera admirable hasta el punto de que, á pesar de hervir la cólera en su corazón, su semblante permaneció impasible, y ni el más ligero extremecimiento agitó la mano que Angiolina tenía en prenda de amistad entre las suyas.

—Todos hemos sido bien desgraciados: la sultana Amina ha perdido á su hijo y á su esposo.

—¡Ah! ¡infeliz! dijo Angiolina, dominando su alegría por la desgracia de Amina, como Harum había devorado su odio.

—La misma sultana... ¿quién sabe lo que ha sido de la sultana?

—¿Qué no lo sabéis Harum? dijo insidiosamente Angiolina.

—No.

—Pues mirad, para eso os había detenido, para preguntaros por ella.

—¿Y qué os importa ya la sultana Amina? ¿no ha muerto el hombre que os hacía enemigas?

—Creo que no, dijo con fijeza Angiolina.

—Desengañáos, señora; cuando yo os busqué la primera vez para que me ayudáseis en nuestra común desgracia, os dije la verdad. El marqués pereció en la voladura de un subterráneo cuando perseguía á Aben-Aboo que se llevaba robada á su esposa.

—¿Y si yo os dijese que el marqués de la Guardia vive?

—¿Que vive el marqués de la Guardia? exclamó con la expresión de la mayor extrañeza Harum. Sería necesario creer en un milagro.

—Ese milagro le ha efectuado Dios, compadecido sin duda de mí, que por la muerte del marqués hubiera muerto de dolor.

—Pero eso es imposible: os aseguro, á fuer de buen creyente, que ví perecer al marqués de la Guardia.

—Os engañásteis: yo sé que vive. Y vamos claros, Harum: vos sabeis también como yo que vive.

—¡Yo!

—Sí, es más: vos me habeis traido el consuelo de la certeza de su existencia.

—¡Yo!

—¡Sí, vos! ¿os acordáis de un día en que vinísteis á ver al rey, que os había llamado?

Este rey que citaba Angiolina, era Aben-Humeya.

—Sí, sí, es verdad; hace seis meses.

—Cabalmente.

—Pues bien: con vos venía un moro encubierto.

—¡Ah! ¡el morabito (1) de Africa! exclamó con la mayor naturalidad Harum: ese hombre ha prometido llevar el rostro cubierto y no dormir bajo techado, hasta tanto que logre una venganza.

—¿Y quién mejor que el marqués pudiera haber hecho ese juramento?

—Insistís en vano, señora, os equivocáis.

—¿Y si yo os diese una prueba?

—¿Cual?

—Ese moro encubierto se quedó en el patio entre vuestros monfíes.

—Es verdad.

—Yo le veía desde una celosía: sin

(1) Ermitaño.

saber por qué aquel moro me había llamado la atención: su estatura, su actitud, sus ojos negros, que se veían por cima de la toca con que llevaba cubierto el semblante....

—Pudísteis equivocaros, señora.

—Dudé un momento; pero mi corazón me decía que era él y quise salir de dudas: entonces le llamé en voz alta desde la celosía.

—¿Que le llamásteis?

—Sí: le llamé por su nombre. ¡Don Juan! exclamé: y entonces el moro hizo un movimiento marcado: dió algunos pasos hácia adelante y miró con interés al lugar donde había reconocido mi voz.

—Esa es una prueba muy vaga.

—Es que tengo otras.

—¿Cuales?

—Una carta de don Juan á su esposa.

—¡Ah! exclamó Harum.

—¿Sabéis acaso que don Juan recibió una carta en la que se le participaba que Amina estaba en una cueva de Mecina de Bombarón?

—Yo, señora... no recuerdo.

—Esperad: voy á ayudaros á recordar, dijo Angiolina sacando de su seno dos papeles doblados.

Desdobló el uno y leyó lo siguiente:

«Señor marqués de la Guardia: soy un cautivo cristiano, que para librarme de la muerte he renegado en la apariencia y estoy como soldado entre las gentes de Aben-Aboo. A fuerza de fingir y de disimular, he logrado la confianza de este moro, hasta el punto de que con mucha frecuencia me confió la guarda de una mujer que tiene presa en una cueva en el barranco de la fuente de la Zorra. Esta dama que es jóven y hermosa, se ha atrevido hoy á confiarse á mí, me ha contado su historia y me ha pedido que la ayude. Yo no he podido negarme á ello, porque esa dama es vuestra esposa doña Esperanza de Cárdenas, duquesa de la Jarilla. Escribidla para que se tranquilice acerca de vos, porque Aben-Aboo la afirma que habéis muerto: no sabiendo yo vuestro paradero, y habiéndome dicho doña Esperanza que el wazir Harum-el-Geniz os buscaría si no sabía vuestro paradero, dirijo esta carta al dicho Harum, y le suplico que os busque y os la entregue: doña Esperanza no escribe, porque me es imposible procurarla los medios; espera vuestra esposa una contestación pronta: dádsela por Dios, porque si tarda creerá que habéis muerto: vuestro servidor que os besa las manos.—Juan de Carreño.»

—Vos debísteis recibir esta carta, Harum, añadió la italiana, y dársela al marqués, porque á los ocho días recibí esta otra escrita de puño y letra de don Juan: llena de ternezas á su esposa, avisándola de que corría á salvarla...?

—¿Estáis segura, señora, de que esta carta está escrita por el marqués?...

—¿Queréis que no conozca su letra cuando aun tengo en mi poder las cartas de amor que me escribía hace dos años, cuando pretendía ser mi amante y yo le desdeñaba?

—De modo que....

—Sí, Harum, sí, os he tendido un lazo porque amo.

—¿Amáis al marqués á pesar de haberse casado con otra?

—Cabalmente por eso le amo más.

—¿Ignoráis que después de muerto el emir de los monfíes, yo soy el padre de la sultana Amina.

—Padre que no sabe donde está su hija.

—Lo sabré, puesto que está en poder de Aben-Aboo.

—Vos no sabréis nada, ni haréis nada si yo no quiero que lo hagáis.

—¡Ah! os creeis con poder.

—Puedo en vez de entregaros la persona de Aben-Humeya avisarle; Aben-Humeya me ama como ama á una mujer todo aquel que no ha logrado de ella favor alguno...

—Todos os creen la amante favorecida del rey.

—Pues todos se engañan. Solo he sido de un hombre, y solo de él seré; porque prefiero la muerte á ser de otro; pero concluyamos que el tiempo se pasa. Habladme con verdad porque os voy á imponer condiciones.

—Veamos, dijo Harum.

—¿Qué gente habéis traido?

—Dos mil hombres.

—¿Cercan esos dos mil hombres la villa?

—Sí.

—¿Y creéis que no puede escaparse Aben-Humeya? dijo con intención Angiolina.

—Yo creo que sin vuestra ayuda y sin la de María de Rojas nos sería imposible apoderarnos de él.

—Si le avisamos, su huida es segura; además de que podría intentar la resistencia porque tienen la villa ochocientos escopeteros.

—Bien, bien, señora; vuestras condiciones.

—¿Viene con vuestra gente el marqués de la Guardia?

—Sí.

—Haced que yo le vea al momento.

—¡Que vos le veáis! ¿y para qué?

—¿Sabéis acaso hasta qué punto llega mi amor? ¿sabéis si por acaso desesperada quiero obligarle á que me ame á costa de un nuevo sacrificio?

—¿Y sé yo si pretendeis hacer una traición?

—Señaladme un lugar donde yo pueda verle á solas rodeada de vuestras gentes: es más, entre vosotros vienen mujeres: me someto á ser registrada por una de esas mujeres para que os convenzáis de que no llevo puñal ni nada que pueda dañar al marqués.

—Y bien, ¿si os concedo esa entrevista con el marqués, me entregaréis á Aben-Humeya?

—Sí: yo y María os entregaremos á ese hombre.

—¿Dónde?

—Aquí mismo: en su casa.

—Pues bien, llamad á María de Rojas.

—Pero me juráis....

—Os juro que inmediatamente veréis al marqués.

—Os creo Harum, os creo, como creo que llegará un día en que me haréis probar vuestra venganza. Pero vea yo por la última vez á don Juan, y todo me importa poco: ¿para qué quiero yo vivir? pero no hablemos de esto. Voy á llamar á María de Rojas.

Y Angiolina se levantó y desapareció tras una puerta.

—¡Oh! ¡esta mujer! ¡esta mujer¡ exclamó Harum: ¡su maldita pasión por el marqués, nos ha sido funesta, funestísima! ¡y sin embargo, al herirnos se ha herido ella misma: hay en sus ojos algo de insensato, algo que me causa compasión! compasión á pesar de mi odio hácia ella. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Harum compuso su semblante porque sintió los pasos de dos mujeres que se acercaban.

Levantóse el tapiz y apareció Angiolina seguida de otra mujer.

Aquella mujer era muy jóven: de frente altiva, blanca y pálida; los cabellos, las cejas, las pestañas y los ojos negros, los labios rojos; el cuello y el talle largos, redondos, esbeltos; el andar indolente; la mirada lánguida, la boca anhelante, el seno conmovido.

Se detuvo delante de Harum y le dijo con el acento ardiente de la mujer que ama.

—¿Y Diego Alguacil?

—Ha ido en busca de quien atacará á Aben-Humeya.

—¿Con que ha llegado la hora?

—Sí; si vosotras me ayudáis.

—Te ayudaremos, dijo María de Rojas: es necesario concluir de una vez; ese infame se ha convertido en lobo: me causa horror, y cuando me veo obligada á sonreirle se me parte el corazón: cuando le abro mis brazos creo morir. Y.... ¿será esta noche?

—Sí, esta noche.

—Pero para ello es necesario que yo salga con Harum, y que detengas á Aben-Humeya para que no repare en mi falta.

—Aben-Humeya está en una zambra y vendrá tarde, dijo María de Rojas. Yo le entretendré si cuando vuelva no has vuelto tú. Además, escucha, Harum: ni tú ni tus gentes entréis á matarle sino cuando veáis una luz detrás de la celosía que está sobre la puerta que dá á la plaza. Ahora, idos, aprovechad el tiempo. Yo me quedo aquí esperando con impaciencia.

Angiolina se envolvió en un albornoz y salió con Harum, bajaron al huerto, le atravesaron y salieron por el postigo.

Llovía á mares y relampagueaba.

Muy pronto Harum y Angiolina salieron de la villa y se perdieron entre los barrancos.

CAPÍTULO XLIV.

De cómo los capitanes turcos sirvieron á Aben-Aboo ó creyeron servirse á sí mismos.

La muela del Aguila era una pequeña montaña en dirección á Andarax.

Por la parte media de su vertiente oriental corría un sendero que aunque áspero atajaba el camino desde Andarax á Mecina de Bombarón.

Este sendero pasaba junto á la entrada de una enorme gruta.

En esta gruta la noche en que marcha nuestra acción, ardía una hoguera de ramas de olivo.

Sentados en piedras alrededor de la hoguera, había tres hombres atezados, de mirada ávida, armados hasta los dientes, y revelando en su trage tanto á los turcos vasallos del sultán de Constantinopla, como al pirata berberisco de los mares de Levante.

Estos tres hombres, parecían estar impacientes é irritados.

—Por Allah, decía uno de ellos: en esta tierra es durísima la fatiga: el combate es nada, comparado con los hielos y con este viento crudísimo que vuela de cumbre en cumbre.

—Aluch-Alí, nuestro señor, dijo otro de ellos dirigiéndose al que había hablado, nos quiere mal cuando nos ha enviado á esta empresa, Carcax; en esta tierra maldita solo se siembran ingratitudes y se cogen traiciones; por el Dios Altísimo y Unico, que cuando me acuerdo de mi buena galeota, se me abre el corazón: prefiero verme sobre ella, dando caza viento en popa á los cruzados de Malta, que ser rey de esta tierra miserable.

—Miserable, porque son miserables los que en ella han levantado su bandera, Alí; por lo demás, Granada es el jardín del Profeta; pero con Aben-Humeya.... hace algunos días que solo recibimos reveses: en Válor hemos sido destrozados: en Cádiar hemos huido de breña en breña delante de los cristianos, y si Aluch-Alí, nuestro señor, no nos saca de aquí pereceremos en la lucha.

—¡Por Alah, Huscen! ¿qué dirían de nosotros en Argel si dejásemos abandonados á nuestros hermanos?

—No, no son estos mezquinos her-

manos nuestros; nuestros hermanos no arremeterían al peligro para huir después aterrados: Aben-Humeya es un insensato, que cuando há menester de más valor se entrega al desaliento ó á los placeres, ó lucha mal, poco y tarde. Aben-Aboo aunque es valiente, descontento ú ofendido, no hace lo que debía: y los moros desbandados, desnudos, miserables, ó perecen por la espada, ó al rigor del hambre.

—¡Aben-Aboo! exclamó Huscen; hace dos horas que le esperamos yertos de frío, y aún no ha venido: tal vez tenga miedo... ó prefiera tal vez dormir en Andaráx á arrostrar para venir á buscarnos, los rigores de una noche tan fría.

—¿Quién se atreve á dudar de Aben-Aboo, y á llamarle indolente y cobarde? dijo una voz robusta á la entrada de la cueva.

Volviéronse los capitanes turcos al sonido de aquella voz y vieron á un moro que adelantaba en la cueva.

Era Aben-Aboo.

Los turcos se levantaron.

—¡Ah! ¡es Aben-Aboo, el alcaide de los alcaides! dijo Alí.

—¡Por Alah! exclamó con desprecio Aben-Aboo mirando con una profunda fijeza á los turcos: ¿á quién parece tarde? ¿quién se atreve á blasonar de valiente, amancillando mi honra?

—¡Aben-Aboo! exclamó el feróz Huscen.

—¡Yertos de frío, y murmurando como mujeres! ¡nunca lo hubiera creido de vosotros, capitanes!

—Perdona si te hemos ofendido, Aben-Aboo, dijo Carcax; pero tenemos razones para quejarnos; desde que llegamos á las Alpujarras no hemos visto en torno de nosotros más que traidores; si hemos empeñado alguna empresa hemos sido vencidos ó abandonados. ¿Quién nos ha traido del Africa á estas montañas para sufrir sonrojos y reveses? ¿Quién humilla nuestro esfuerzo y nos obliga á ser testigos de tanto oprobio? ¿Y quieres que callemos como viles y cobardes, y no levantemos la voz contra tanta vergüenza?

—No, vive Dios, dijo Aben-Aboo; como vosotros estoy irritado, como vosotros veo que el insensato Aben-Humeya, ó es cobarde ó aprecia en poco su vida y su honra.

—¿Y quién le ha aclamado rey? dijo Carcax: vosotros, vosotros que os creísteis que sacaría el reino del yugo del cristiano y establecería el estandarte del Profeta sobre los muros de la Alhambra. ¿Y qué ha hecho ese miserable? entregarse al ócio, gastar su vida en fiestas y en zambras, empobrecer á los suyos para alentar sus vicios; y después de algunos triunfos que no ha sabido aprovechar, al ver á don Juan de Austria en las Alpujarras, acobardarse y huir de breña en breña como la res acosada por los perros, cuando resuenan á sus espaldas las trompas castellanas.

—Y bien, exclamó con arranque Alí; ¡qué nos importa que Granada sea cristiana ó no! si esta guerra concluye mal, los moros solo verán un pedazo de menos en sus dominios: mas ¡ay si un día Africa se arroja sobre Europa! ¡ay si clava en su vieja frente el estandarte del Profeta!

—¡Escrito está! exclamó con acento solemne Aben-Aboo: pero vencidos en tanto los moriscos, habrán visto desvanecerse su esperanza como humo que arrebata el viento. Volveréis sí: pero os aterra el nombre de don Juan de Austria, y queréis abandonarnos. Pues bien: ¡idos! me causa rubor vuestra cobardía ¡idos! impacientes os esperan los vuestros á la orilla del mar en las galeras que han aprestado para la fuga.

—Sí, nos iremos, gritó Alí, tré-

mulo de cólera; mas no será sin herir antes la cabeza de ese miserable que descansa entre débiles mujeres. ¡Que tememos á don Juan de Austria! ¡que huimos aterrados ante el peligro! Pues bien, si valemos tan poco, si tú, Aben-Aboo, el más bravo de los moriscos nos desprecias y nos rechazas, volveremos humillados al África, pero antes dejaremos en la ribera de la Alpujarra las señales sangrientas de nuestros pies.

—Aben-Aboo, dijo Huscen, con acento amigable: ni creo tus palabras ni me ofenden, porque son hijas del despecho con que ves las desdichas de tu pátria. No tienes razón para acusarnos; hemos venido á ayudaros y os hemos ayudado, partiendo con vosotros el peligro, ensangrentando en los cristianos nuestras armas.

—¿Y por qué retroceder ahora? exclamó Aben-Aboo.

—Mientras Aben-Humeya esté en el trono, respondió Carcax; mientras haya una sola villa en las Alpujarras que le aclame rey, no entrarán en la pelea mis gentes: haced vosotros lo que queráis.

—Ni yo expondré otra vez mi estandarte á la vergüenza, dijo Alí.

—¿Y no es más conveniente, dijo Huscen, hacer pedazos la frente de Aben-Humeya y dar la corona á quien valga más que él; á un hombre como Aben-Aboo, valiente, leal, emprendedor, buen musulmán y buen caballero?

—¡Yo! ¡yo rey! exclamó Aben-Aboo, disimulando su alegría. ¿Qué dices Huscen? ¿Sobre mis débiles hombros quieres arrojar tan pesada carga? ¡No! ¡no! matad en buen hora á Aben-Humeya, y ocupe su trono otro que yo: uno de vosotros, por ejemplo.

—Aluch-Alí, nuestro señor, dijo Carcax, nos ha enviado á ayudaros, no á ser reyes... arreglad este asunto entre vosotros los moriscos... mas... alguien se acerca... ¿has traido á alguno contigo Aben-Aboo?

—He venido solo.

En aquel momento apareció en la entrada de la cueva un hombre.

Era Diego Alguacil.

Al ver á Aben-Aboo y á los turcos adelantó y les dirigió confiadamente la palabra.

—Musulmanes, dijo: dadme ayuda; me he perdido en la montaña y necesito un guía para cumplir un encargo en servicio del rey.

—¿De qué rey hablas? dijo Aben-Aboo afectando no conocer á Diego Alguacil.

—¿De qué rey he de hablar, contestó el morisco, sino del alto, el grande Muley Aben-Humeya, á quien Dios ensalce.

—Cuadra muy mal tu comisión con tu torpeza, moro, dijo con recelo Carcax.

—Tiene trazas de espía de los cristianos, dijo con acento de amenaza Huscen.

—Esta carta responderá por mí, dijo Diego Alguacil sacando del seno la que le había dado en Andaráx Aben-Aboo.

—De Aben-Humeya, sultán de Andalucía al alcaide de Mecina de Bombarón, dijo Carcax leyendo el sobrescrito de la carta que había tomado de manos de Diego Alguacil.

Aben-Aboo miró recatadamente á los turcos con una mirada enérgicamente significativa, con la que parecía decirles:

—Necesitamos apoderarnos de esa carta.

Y luego añadió volviéndose á Diego Alguacil como si no le conociera:

—Ven conmigo: llevo el mismo camino que tú y antes del alba habremos llegado á Mecina de Bombarón.

Alí adelantó receloso.

—Descuida, le dijo rápidamente Aben-Aboo: vá conmigo, y yo ni vacilo ni dudo: y luego añadió alto: sígueme moro: hermanos mios, adios.

—Que Allah te guarde, contestaron los turcos.

Aben-Aboo y Diego Alguacil salieron de la cueva.

—Sigámosles, dijo Huscen, y castiguemos á Aben-Aboo si nos hace traición.

—Deteneos, dijo Alí: el estrecho sendero por donde caminan está sobre el tajo.

—¿Y qué? dijo Huscen.

—¿Y qué? ¡Dios ayude al mensajero de Aben-Humeya!

Como para confirmar las palabras de Alí se escuchó en aquel momento uno de esos horribles gritos que exhala el que de repente siente la muerte sobre sí.

—¿Habeis oido? dijo Huscen.

—Sí, un grito de horror, de agonia: sin duda ha caido el mensajero: ¡es la senda tan estrecha, y está tan resbaladiza con el hielo!...

En aquel momento Aben-Aboo apareció en la entrada de la cueva y adelantó hácia los turcos.

Parecía horrorizado: erraba su mirada sin objeto.

—Por fortuna llevaba yo la carta, dijo con voz opaca.

—Ha resbalado...

—Sí...

—Ha caido...

—Si, un salto horrible; ha rebotado en las rocas, y ha caido al fin al torrente. Os juro que me ha causado horror.

—¿Y la carta? exclamó con afán Carcax.

—Aquí está, dijo Aben-Aboo, entregándola á Alí: llevadla, enviadla al alcaide de Mecina de Bombarón: yo me vuelvo á Andaráx: esa desgracia me ha horrorizado.

—¿Que llevemos esta carta al alcaide de Mecina? dijo con asombro Alí.

—Sí; el rey lo manda, repuso Aben Aboo: habeis venido á servirle y debeis obedecerle.

—¡Ah! no há mucho que nos hablabas de otra manera, Aben-Aboo, dijo Carcax.

—La muerte enseña mucho y acabo de verla, contestó sentenciosamente Aben-Aboo, y salió de la cueva y se alejó.

Los turcos quedaron asombrados.

—O nos hace traición ó está loco, dijo Alí.

—Lo que nos importa es saber lo que dice esa carta, repuso Carcax.

—Sí, veamos, porque recelo una traición, añadió Huscen.

Alí se inclinó sobre la hoguera, abrió la carta y la leyó.

Hé aquí el contenido de aquella carta:

«En el nombre de Dios Altísimo Unico y misericordióso: el ensalzado, el favorecido de Dios, gobernador de los moros de España, Muley Aben-Humeya, al valiente alcaide de Mecina de Bombarón, desea salud y prosperidades.—Sabrás alcaide, porque todo el mundo lo sabe, que los turcos que nos ha enviado el dey de Argel, más que de provecho y de ayuda nos sirven de escándalo y perjuicio haciendo insultos y deshonestidades, forzando mujeres, y robando haciendas á los moros de la tierra. Hácenlo como corsarios y ladrones que son, gente aventurera y mala, ajenos á todo respeto, sin temor á los hombres ni á Dios. Necesario es pues, evitar estos males, mas como son poderosos te los enviaré á Mecina de Bombarón mañana: cuando llegaren, haz muestra de festejarlos: ordena una zambra, dales de cenar y pon zumo de hagiz (1) en los manjares; cuando estén ale-

(1) El jugo de esta yerba produce embriaguéz y modorra.

targados mátalos, que después yo me disculparé con el dey de Argel, manifestándole las causas que he tenido para obrar así.—Prospérete Dios y te dé ventura.»

Por bajo se leía en mal caracter africano la frase siguiente con que acostumbraba á firmar Aben-Humeya: *Esto es verdad,* como si dijera: esta carta es legítima.

El furor, la ira, la venganza, todas las malas pasiones se pintaron en el semblante de los turcos apenas conocieron el contenido de la carta.

—¿Y dudaremos aún? exclamó el iracundo Carcax: ¿Dudaremos después de lo que hemos leido?

—¡Dudar! exclamó Alí: ¡necesito toda la sangre de ese perro infiel!

—¡Mil vidas que tuviera! exclamó Huscen. Si vosotros esperáis, yo no espero ni un momento. Yo voy á buscar á los míos...

—Y yo....

—Y yo... contestaron Alí y Carcax.

Y salieron de la cueva trémulos de corage, y en paso rápido se perdieron entre las quebraduras.

Apenas habían salido los turcos cuando de entre un matorral salió una sombra informe, y se asomó al borde del abismo.

—¡Ah del muerto! exclamó.

—¿Quién va allá? contestó una voz desde abajo.

—Espérame, contestó el de arriba.

Y se deslizó por el borde de la cortadura.

Poco después se detenía junto á otra sombra.

Eran Aben-Aboo y Diego Alguacil.

—Lo han creído? dijo Diego.

—¡Lo de tu muerte! ¿pues no han de haberla creido, si yo hubiera dudado? ¡oh! ¡qué grito tan lastimero!

—¿Y los turcos?

—Allá van hácia Andarax; vamos también nosotros: los turcos y los monfíes nos ayudan.

—¡Los monfíes! exclamó Diego Alguacil: Dios me perdone: pero desconfío de ellos.

—¡Desconfiar! ¿y por qué?

—Huyen demasiado.

—Los tercios que ha traido don Juan de Austria....

—Son valientes es verdad: pero los monfíes nunca han sido tan cobardes: parece que á la primera arremetida huyen de intento.

—¡Oh! ¡si eso fuera!

—Yo creo....

—¡Qué!

—Que la muerte del emir los ha irritado; que os atribuyen á vosotros esa muerte.

—¿Y quiénes somos nosotros?

—Tú y Aben Humeya.

Se extremeció todo Aben-Aboo.

—Te engañas, te engañas, Diego, contestó el jóven procurando dominar lo conmovido de su voz: los monfíes no tienen razón para sospechar... no pueden sospechar.

—Allá lo veremos, replicó Diego Alguacil: ó más bien lo verán los que se queden.

—¿Y tú por qué no?

—Porque yo, en cuanto Aben-Humeya muera, que será esta noche, recobro á María, á la prenda de mi alma, que ese infame me ha robado, y me voy con ella á Africa. Te aconsejo que hagas lo mismo, Aben-Aboo.

—¿Que abandone yo la corona, cuando ya la siento sobre mi cabeza?

—Los monfíes te matarán como matarán á Aben-Humeya.

—¿Crees tú que no sea tan fácil matar á los monfíes como á lós turcos?

—Dios es grande y vencedor, dijo Aben-Aboo.

—Pues bien haz lo que quieras: en

cuanto á mí he tomado mi resolución. Ahora vamos á Andarax.

—Vamos, contestó Aben-Aboo.

Poco después los dos moriscos habían desaparecido en las quebraduras.

CAPITULO XLV.

En que volvemos á encontrar al perdido marqués de la Guardia, y se sabe cómo escapó del subterráneo de la Princesa Encantada, y la escena que tuvo con su antigua amante.

Entre tanto, á pesar de la lluvia y del frío, y á través de breñas y despeñaderos, había seguido Angiolina á Harum-el-Geniz.

El monfí se detuvo un momento, habló algunas palabras con otros monfíes, y él y Angiolina pasaron.

Anduvieron aún algún tiempo.

Al fin la italiana vió una luz entre la oscuridad.

—¿Está el marqués de la Guardia donde brilla aquella luz? dijo:

—Sí; contestó secamente Harum.

Llegaron á poco á una especie de venta situada al lado de uno de los estrechos caminos de herradura que cruzan las Alpujarras.

Al llegar á la puerta, Harum previno á Angiolina que se cubriese con su velo, y asiéndola de la mano, la condujo á un pequeño aposento alto, á través de unas escaleras.

Al abrir su puerta, Harum desasió la mano de Angiolina.

—Dentro encontraréis al marqués de la Guardia, la dijo: fuera os espero.

Angiolina entró con el corazón comprimido.

Sentado en un lecho mezquino, verdadero tormento de la hospitalidad de una venta, había un hombre meditabundo é inmóvil.

Al sentir el ruido de la puerta que se abría, el hombre que estaba sentado en el lecho levantó la cabeza y miró á Angiolina.

Al verle la veneciana lanzó un grito de horror, palideció, sus ojos se llenaron de lágrimas y corrió á aquel hombre, le abrazó, y le miró con ansiedad.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó: ¡me le vuelven muerto!

El marqués contestó con una triste sonrisa.

Estaba pálido, con la palidez impura de la enfermedad, de una enfermedad lenta: estaba demacrado, y sus ojos, sus antes hermosos ojos, casi hundidos en los alveólos: la barba larga, el aspecto macilento: la actitud como de hombre cansado, y de tiempo en tiempo desgarraba su pecho una tos seca, aguda, terrible.

La mirada de Angiolina se extravió.

—¿Quién sóis, señora? dijo con voz ronca el marqués de la Guardia.

—¡Qué! ¿tan desdichada soy que ha llegado el caso de que no me reconozcas, don Juan? dijo la veneciana.

—Yo he escuchado vuestra voz, señora; la he escuchado no recuerdo cuándo ni dónde, dijo el marqués; pero recuerdo que ha sido en otros días más felices.

Y el marqués la miraba con esa expresión de deseo del que quiere reconocer á una persona.

—¿Pero qué es esto? exclamó Angiolina: ¿qué te sucede don Juan? ¿habrás perdido acaso la razón?

—No, la razón no; pero la memoria, la vista, el oido... ¡oh! ¡oh! ha sido una cosa horrible.

—Pero.... ¿qué horrible cosa ha sido esa? dímela, dímela, y yo te vengaré.

—¡Vengarme! ¿y por qué? Sería necesario que me vengárais en mí mismo: yo he sido la causa de todo: ella no tiene la culpa: me ama y ha tenido celos.

—Y... ¿quién es esa mujer que te ama y está celosa? exclamó con ansia la jóven.

—¡Ah! ¿y qué te importa?... ¿tú conoces á la princesa Angiolina Visconti? una hermosa mujer que me sirvió para hacerme amar de otra.

—¡Ah! exclamó Angiolina.

Y su exclamación fué semejante á un rugido.

—¿Y dices tú que esa mujer, que esa Angiolina, se ha vengado de tí?

—Sí; se ha vengado de una manera horrible.

—¿Pero no me conoces? ¿no reconoces en mí á esa Angiolina que solo ha amado por tí, que solo ha vivido por tí, que solo por tí ha odiado, que solo por ti ha teñido sus manos en sangre, y ha llenado de remordimientos su conciencia?

—No, tú no eres Angiolina; si lo fueras mi odio me lo diría. ¡Oh! ¡funesta mujer!

Un nuevo acceso de tos cortó la palabra al marqués, y al retirar el pañuelo de su boca, Angiolina le vió manchado de sangre.

Hubo un momento de terrible silencio.

Don Juan contemplaba á Angiolina con una curiosidad cada vez más creciente.

Angiolina contemplaba á don Juan con una ansiedad cada vez más terrible.

—¿Pero quién te ha puesto en ese terrible estado? exclamó Angiolina.

—Ella, esa mujer, exclamó el marqués.

—¿Pero qué mujer es esa?

—¿No os he dicho que se llama la princesa Angiolina Visconti?

—No, no; ella no hubiera atentado á tu vida... ella hubiera muerto mil veces antes que tocar á uno solo de tus cabellos... ella, porque tú vivieses sería capaz de buscar á tu adorada Amina, de entregártela, y de morir después.

—¡Amina! ¡Amina! esa infame mujer la ha perseguido; ella ha causado la desgracia de su padre; ella la ha entregado á Aben-Aboo; ella me ha asesinado.

—¡Oh! ¡no! exclamó con angustia Angiolina.

—Vos debeis conocer á esa mujer, cuando de tal modo la disculpais, dijo el marqués.

—¡Que si la conozco! ¡Pluguiera á Dios que de tal modo me conocieses tú! exclamó llorando Angiolina.

—¡Llorais! ¡me compadeceis! teneis razón en llorar y en compadecerme señora, y puesto que conoceis á esa malvada, puesto que ella me ama con ese amor de Satanás, ¡Oid, oid, y contadla lo que vais á oir, para que se extremezca y tema la justicia de Dios!

El marqués se sentó en el lecho, se reclinó sobre las almohadas é inclinó la cabeza; Angiolina se arrodilló á sus piés, y continuó llorando en silencio.

—Oid: hubo un dia, el más feliz de mi vida, en que un sacerdote me unió á la única mujer que he amado. Yo juzgaba el mundo estrecho para mí; yo creí que Dios me había anticipado su gloria dándomela sobre la tierra, representada por una mujer.

Tosió el marqués, y apareció en su pañuelo una nueva mancha de sangre.

Angiolina, anonadada, ocultó su semblante sobre las rodillas del marqués.

Este continuó:

—Era de noche; caminábamos hacia la costa: de repente nos sorprendieron la tempestad y los hombres: mi esposa me fué robada, y yo arrebatado por la corriente, milagrosamente salvado, viví para buscar á mi Esperanza... y la encontré... pero robada por un infame.—Su caballo corría;

veloz como el viento seguíale mi caballo... rendidos entrambos animales por la fatiga, el miserable que me robaba mi Esperanza, continuó su fuga á pié llevándola á ella sobre sus hombros.—Yo le seguía.... le seguía.... entróse en una caverna, y yo me entré tras él.—Sentí sus pisadas á través de un oscuro laberinto, y le seguí en las tinieblas.—De repente... no sé lo que aconteció.—Parecía que el mundo entero había caido sobre mí y luego no sentí nada..... nada.....— Después de no sé cuánto tiempo volví á la vida, pero á una vida horrible: parecíame sentir despedazadas mis entrañas; ardía mi cabeza; mis miembros estaban como descoyuntados, y me rodeaban las más lóbregas tinieblas.—Me creí en la región de los muertos.—Y sin embargo hice un esfuerzo, y logré arrastrarme sobre mis manos; impulsado por la desesperación y por el terror, redoblé mis esfuerzos, y no sé en cuánto tiempo, pero largo, lento, débil, estenuado, sin cesar de arrastrarme, logré al fin volver á ver la luz del dia.—Estaba en una cueva.—Cuando me acerqué á su entrada, me ví en la parte media de la vertiente de una montaña al borde de una roca: abajo, mi vista debilitada, turbia, veía como á través de una niebla sangrienta un pequeño valle.—El vértigo zumbaba en mi cabeza.—De improviso, y como enmedio de un sueño, oí un lejano ladrido que se acercaba, se acercaba, hasta resonar junto á mí.—Era un perro guardián del ganado que pastaba en el valle.—Junto al perro había un pastor anciano.—Los buenos pastores me recogieron, cuidaron de mí, y ellos avisaron á mi amigo Harum.—¿Y sabeis lo que me dijo Harum cuando estuve en estado de escucharle?—Seguíais de cerca á Aben-Aboo, cuando os perdimos de vista: poco después, y cuando nos acercábamos á la caverna por donde habíais desaparecido, sonó una detonación terrible; la roca voló rota en mil pedazos y... os dimos por muerto.

—¡Oh! ¡qué horror!

—Y todo esto es obra de esa mujer maldita: porque ella ha sido el primer eslabón de la cadena de desgracias que á todos, inclusa ella misma, nos han acontecido.—De ella es la obra de mi asesinato, porque yo, por resultado de aquella explosión estoy enfermo de muerte, y pluguiese á Dios viviese lo bastante para volver á ver á mi Esperanza y á mi pobre hija.—Puesto que conocéis á Angiolina, puesto que acaso ella os envía, contadla, señora, cómo me habéis encontrado: enfermo, loco.... sí, loco, transformado enteramente en cuerpo y en alma, desesperado, desalentado, inutilizado, muerto; decidle que todo esto es obra suya, y que yo la maldigo.

—¡Oh! no, no la maldigas, don Juan, perdónala, perdónala, y extermínala después: ¡pero maldecirla porque te ha amado...! ¡porque te ama con toda su alma...! ¡esto es horrible, esto no puede ser!

—¿Quién sóis vos que os interesáis tanto por esa mujer, que lloráis, que os retorcéis las manos desesperada? dijo el marqués mirando fijamente á la jóven.

—¡Oh! ¡no me conoce, no conoce á la mujer que por él lo ha perdido todo; su honra, su conciencia, su alma! Y ¡es verdad! estas ropas moriscas me desfiguran; este albornoz que me envuelve, esta toca que rodea mi cabeza, y mi terror, y mi dolor...

—Y Angiolina arrojó el albornoz, se arrancó la toca, dejó flotar sus hermosos cabellos, y asió las manos del marqués, infiltró en sus ojos una mirada lúcida, intensa, impregnada de amor, y acercando su boca seca y árida á la contraida boca del marqués,

estampó en ella un beso candente, supremo, satánico.

El marqués dió un grito, y cómo obedeciendo á la poderosa mágia de aquella mirada y de aquél beso, reconoció á Angiolina.

—¡Oh! ¡sí! ¡tú! ¡eres tú! exclamó: pues bien miserable; has venido á tiempo, porque aún me queda fuerza para exterminarte.

Y con un movimiento rápido é imprevisto, verdadero arranque de loco, asió con sus dos manos la garganta de Angiolina, que dió un grito ahogado y cayó de espaldas, más por la dolorosa impresión de las intenciones del marqués respecto á ella, que por la fuerza de sus manos, demasiado débiles para que Angiolina no pudiese desprenderse de ellas.

En aquél momento se abrió la puerta, y apareció Harum.

—Un caballero, dijo con voz severa, nunca tiene razón bastante para convertirse en verdugo.

Y apartó al marqués, que fué á sentarse en su lecho en la actitud de un tigre replegado en sí mismo; levantó á Angiolina, la dió su toca y albornoz en que ella se envolvió en silencio, y asiéndola de la mano la sacó de la habitación.

—¡Oh! ¿por qué no me habéis dejado morir á sus manos? dijo llorando Angiolina.

—Porque le amo demasiado para permitir que tiña sus manos en sangre, y porque vos debéis vivir.

—¡Ah! vuestra venganza es cruel, muy cruel; pero os aseguro que no viviré mucho. ¿Y él? hablemos de él: yo no importo nada. ¿Y él? ¿creeis que podrá vivir, Harum?

—Solo Dios sabe lo oculto: solo Dios, que es fuerte y misericordioso, puede hacer milagros, contestó sentenciosamente.

—¡Oh! no me habíais engañado al decirme que el marqués había muerto. ¡Muerto!... lo que es lo mismo.... loco... agonizando lentamente.... si el amor de la sultana Amina pudiese salvarle....

—¡Qué decís, señora!... exclamó con extrañeza Harum.

—¡Qué! ¿no creéis que yo sea capaz de sacrificarlo todo por él?... mi vida, mis celos... vos no habéis amado nunca.... si yo pudiese salvarle sentenciándome á tormentos contínuos, inauditos, insoportables, le salvaría. ¿Qué me importan Amina, ni vos, ni el mundo entero, ni el cielo, ni el infierno, cuando se trata de salvarle á él?

—¡Ah! ¡funesto amor! exclamó aterrado Harum.

—Decidme, decidme lo que yo puedo hacer: exclamó con afán Angiolina.

—¿Sóis capaz de sacrificaros?

—¿No os he dicho que soy capaz de todo por él?

—Creo haber oido decir que Aben-Aboo os ama.

—Aunque no me amara, yo le obligaría á amarme.

—Obligad á Aben-Aboo, enamoradle, sed suya, embriagadle.

—Lo haré, contestó sin vacilar Angiolina.

—Y averiguad, descubrid, dónde para la sultana..... salvadle.... salvad acaso á ese pobre loco.....

—Lo haré... ¡pero los medios!.. los medios, dadmelos vos.

—Esta noche irá Aben-Aboo á matar á Aben- Humeya.

—¡Ah! me pondré á su paso... él estaba enamorado de mí... salvaré á vuestra señora, Harum, si está en poder de Aben-Aboo, y si el amor de doña Esperanza vuelve la razón y la salud al marqués, si son felices, después que yo muera, decidles: su amor la hizo cometer crímenes: su amor os fué fatal, pero también su amor os

ha salvado: perdonadla y rogad á Dios por ella.

—¡Vamos! ¡vamos! no sóis tan malvada como yo creía. Asíos bien á mi brazo y á Andarax. Se acerca la hora.

Poco tiempo después Angiolina volvía á entrar en casa de Aben-Humeya, y en la habitación que habia abandonado á la llegada de Harum.

CAPÍTULO XLVI.

De cómo fué la muerte de Aben-Humeya.

Los turcos habían llegado á Andarax con cuatrocientos de sus piratas; pero contenidos por la línea de los monfíes, no habían podido pasar adelante.

Aben-Aboo había llegado también con trescientos hombres, y Farax-aben-Farax, alguacil mayor de las Alpujarras como hemos dicho, con trescientos moriscos.

Pero Suleimán, nuestro antiguo conocido, que se había quedado mandando los monfíes en ausencia de Harum, había declarado que nada se haría hasta que Harum llegase.

—¿Con que es decir, que nada podemos hacer, ni á nada podemos atrevernos sin los monfíes? exclamó el iracundo Alí.

—El emir de los monfíes, repuso Suleimán, es el rey, el único rey de las Alpujarras; sin los monfíes no hubiera sido posible la guerra; el día en que los monfíes cedan y se recojan á sus guaridas, los cristianos se encontrarán, como antes, dueños de las villas y lugares de las Alpujarras. Entre tanto los fuertes somos nosotros: tenemos rodeado á Andarax, y nadie entrará en él mientras no lo permita el emir de los monfíes.

—¿Y quién es el emir de los monfíes? dijo con acento ronco Aben-Aboo: ¿acaso no ha muerto mi tio Yaye-ebn-Al-Hhamar?

—Ciertamente que tu noble tio, ha sido villanamente asesinado, replicó con voz ronca Snleiman; pero vive su hija.

—¡La sultana Amina!

—Si, la sultana de los monfíes.

—¡Una mujer! ¡y una mujer, cuyo paradero no se sabe!

—Pero la sultana Amina tiene un esposo, dijo Suleiman.

—¡El marqués de la Guardia! ¡un cristiano renegado! repitió Aben-Aboo.

—El esposo de la sultana Amina, es el emir de los monfíes.

—Pero si la sultana Amina muriese....

—¡Más le valdría no haber nacido al miserable que se atreviese á la vida de la sultana! exclamó con acento de amenaza Suleiman.

—Pero puede darse por muerta puesto que nadie sabe dónde se encuentra.

—Y bien, dijo Suleiman, dejándose arrastrar por las circunstancias, á falta de la sultana Amina, tenemos á su hija la sultana Zoraya (1).

—Mal nombre la habéis puesto, porque la otra sultana Zoraya, hija como esta de cristiano, y esposa de Muley-Hacen, fué muy desgraciada.

—¿A qué es esa inútil disputa? dijo una nueva voz terciando en la conversación: os he llamado y habéis venido; Aben-Humeya está descuidado y ha llegado el momento de obrar.

Quien así hablaba, era Harum, walí de los walíes de los monfíes, que acababa de llegar.

—Es verdad, dijo el capitán turco Carcax: esta disputa es inútil: si los monfíes tenéis derecho á llamaros dueños de las Alpujarras, nosotros que hemos venido de Africa á ayudaros, tenemos también derecho á que se nos trate lealmente, á que se nos

(1) Lucero de la mañana.

honre, á que se cumplan los pactos que hemos establecido: en vez de esto se pretende destruirnos, se nos acecha, y se nos manda matar: debemos, pues, vengarnos, y nos vengaremos matando á Aben-Humeya.

—Aben-Humeya es rey de Granada, exclamó Harum.

—¿Y pretenderás acaso disuadirnos de nuestra venganza? exclamó Alí: ¿ignoras que tenemos la prueba de la traición del rey contra nosotros?

Aben-Humeya debe morir, exclamó Farax-Aben-Farax, pero debe pensarse en un nuevo rey.

—¿Y qué rey pensáis que debemos elegir caballeros? dijo Harum.

Sucedió un silencio solemne.

En medio de él, se alzó la voz de Aben-Aboo.

—Concluyamos antes, dijo, con Aben-Humeya, que nos hace traición, y después tendremos lugar de pensar en un nuevo rey.

—El rey que ha de gobernarnos, dijo Farax-Aben-Farax, acaba de hablar. Aben-Aboo será nuestro rey.

—Sí, sí, que sea rey de Granada Aben-Aboo, exclamaron á una voz todos los que allí estaban congregados.

En aquel momento y antes de que Aben-Aboo pudiese contestar, se oyó una voz que hablaba con dificultad á caúsa del sobrealiento causado por la fatiga de quien hablaba.

—Pronto, exclamó, pronto capitanes, acudid: Aben-Humeya se nos escapa, tiene preparados caballos en la puerta de su casa.

El hombre que hablaba así, era Gironcillo de la Vega, alguacil mayor de Granada por los moriscos.

La noticia de que Aben-Humeya intentaba escapar causó una gran sensación entre turcos, moriscos y monfíes.

Especialmente los turcos expresaron su impresión de una manera violenta.

—Aben-Humeya no puede escapar, dijo reposadamente Harum: la villa está cercada por mis monfíes.

—Es que tus monfíes se han dividido, dijo Gironcillo: y ó tú nos haces traición ó te la hacen los tuyos,

—Quien eso dice miente, exclamó Harum fuera de sí de cólera: ni yo ni mis monfíes somos traidores; y en prueba de ello seguidme los que queráis.

Y Harum tiró por un barranco arriba en dirección de la villa.

Inmediatamente le seguía Aben-Aboo.

Despues Gironcillo de la Vega, Suleiman, los tres capitanes turcos, moriscos y monfíes.

Aquella gente caminaba en silencio sin pronunciar una sola palabra, apagadas sus pisadas sobre la tierra empapada por la lluvia.

A pesar de la gente que tenía en el pueblo Aben-Humeya, ni un solo hombre armado ni que se les opusiese, ni que diese aviso ó hiciera señal, encontraron los conspiradores, en su tránsito por la villa hasta la plaza.

Cuando entraron en ella, Harum vió puesta una luz tras la celosía de un agimez sobre la puerta.

Aquella luz, era la señal concertada entre él y María de Rojas.

Aquella luz era la señal de que Aben-Humeya estaba en su casa y de que había llegado la hora.

Harum, Aben-Aboo, los turcos, Gironcillo, Suleimán y sus gentes, avanzaron en silencio hácia la casa.

En aquel momento sonó un tiro, disparado por uno de los moriscos que daban la guardia á Aben-Humeya, y como si aquella detonación hubiera sido una señal de combate, todos se lanzaron con las armas enhiestas, sobre la guardia, la arrollaron, rom-

pieron las puertas y se precipitaron en la casa.

. . . . . .

Poco antes había entrado en ella Aben-Humeya.

Su paso era vacilante y sus miradas vagas.

Venía de una zambra, donde, á pesar del Koram que prohibía el uso de las bebidas espirituosas, se había embriagado.

Sin embargo no era su embriaguez tal, que le privase del uso de sus sentidos, y cuando María de Rojas fué á encontrarle, sonriéndole, la dijo:

—¿Por qué me haces traición?

A esta pregunta brusca, directa, imprevista, la jóven se desconcertó y solo contestó con embarazo:

—A nadie amo más que á tí, señor, á tí que eres mi esposo: quien te diga otra cosa te engaña y merece la muerte; porque ha calumniado á tu esposa, á la sultana de Granada.

Aben-Humeya la rechazó de nuevo y la dijo con acento indolente:

—Vé, y cuéntale eso á tu amante, á Diego Alguacil: pero apresúrate á contárselo, porque mañana su cabeza no te podrá oir.

—Algún enemigo de tu reposo, señor, dijo María de Rojas dominándose, ha inventado esas mentiras.

—¡Oh! afortunadamente, repuso Aben-Humeya, reclinándose en su diván y ya soñoliento, he sido avisado á tiempo y he prevenido la traición: al principio, creí de más gravedad el peligro y mandé ensillar dos caballos.... pero después.... me quedará tiempo para descabezar á los traidores, y ayudado por los monfíes que son valientes y leales, acabaré con todos mis enemigos. ¡Ah! ¡mi buen hermano Aben-Aboo, mi querido hermano! ¡queréis cobrar vuestra parte de aquel asesinato...! ¡ah! ¡ah! ¡como herí al emir, os heriré á vos mi buen hermano! ¡quien mató á su padre.... puede muy bien... sí... puede muy bien matar á su hermano!

—¡Tu hermano! ¡tu padre! exclamó asombrada María de Rojas, que no conocía el terrible crímen de los hijos de Yaye.

—¡Ah! estabas todavía ahí dijo Aben-Humeya.

—Has hablado del asesinato de tu padre, y has llamado tu hermano á Aben-Aboo.

—¿No era mi tío el pariente más poderoso que me quedaba, el emir de los monfíes? ¿No debió haber sido mi padre?

—¡Ah! dijo María

—¿Y no me ví obligado á matarlo para que él no me matase?

—¡Ah! repitió ia jóven.

—¿Y mi buen primo, el hijo de la hermana de mi padre, el alcaide de mis alcaides, no debía tratarme como á un hermano?

—¡Ah! repitió por tercera vez María de Rojas.

—¡Pues! ¡mi padre y mi hermano! mi corona destila sangre sobre mi frente, y ese velo rojo me incita..... quieren matarme..... y yo los mataré á ellos... ¡Los mataré y dormiré tranquilo!

Aben-Humeya inclinó la cabeza vencido por el sueño.

—Sí, dijo María de Rojas con voz ronca: si son traidores debes matarlos; enemigo muerto no daña, pero...

—¡Ah! ¿estabas todavía ahí.....? vete..... y puesto que amas tanto á Diego Alguacil, dile que su cabeza está mal segura. ¡Ah! ¡ah!

Inclinó de nuevo la cabeza.

—Sí, voy á avisarle, murmuró la jóven para sí, y cuando le avise veremos cuál cabeza está menos segura sobre los hombros, si la suya ó la tuya.

María se encaminó á la puerta y al llegar á ella, se encontró con Angiolina.

—No le pierdas de vista, permanece junto á él, dijo María de Rojas; su embriaguéz no es bastante para hacerle perder el conocimiento.

Dijo estas palabras en voz tan baja y de una manera tan rápida María, que Aben-Humeya no pudo percibir ni aún su murmullo.

María salió, y Angiolina magnífica é incitantemente vestida, adelantóse hácia el diván donde estaba reclinado Aben-Humeya.

Como si Angiolina hubiese lanzado delante de sí una influencia mágica, cuando estuvo á poca distancia de Aben-Humeya, éste se incorporó sobre el diván y la miró frente á frente.

La hermosura de Angiolina Visconti parecía como que había dominado, como que había desvanecido su embriaguez.

—¡Ah! ¿sois vos, señora? la dijo: ¿á qué debo la felicidad de vuestra presencia?

—Habeis tardado y estaba inquieta, dijo Angiolina sentándose en el diván, al lado del jóven.

—¿Inquieta vos por mí? permitidme que me maraville de tal mudanza; hasta ahora he sido para vos la persona más indiferente del mundo.

—Siempre he sido vuestra amiga, bien lo sabeis.

—¡Amiga! ¡amiga! pero yo no quiero vuestra amistad, sino vuestro amor: recordad: desde que os ví representando en Granada, os importuné con mis ruegos: después una feliz casualidad os trajo á mi lado, he seguido en mis importunaciones..... y vos.....

—Ya os lo he dicho una y mil veces y os lo repito, soy vuestra amiga y no puede ser otra cosa.

—Pero esa fría amistad...

—Don Fernando, la amistad en la mujer es el prólogo del amor.

—Ved lo que decís, señora.

—Y bien... si yo os dijese que mi amistad hácia vos es interesada, algo más que amistad...

—Os preguntaría la razón de no concederme por completo vuestro amor.

—Recordad: yo no os he llamado jamás Aben-Humeya, sino don Fernando.

—No os comprendo.

—Comprendedme, pues; yo no os quisiera ver moro.

—¡Ah! ¡sois vasalla fidelísima del rey de España.

—No, porque no soy española: por el contrario, le aborrezco; porque es el opresor de mi pátria, la hermosa Italia: pero si no soy española, soy cristiana, don Fernando.

—¿Y pensais que yo no soy cristiano también, señora?

—Habeis renegado de Jesucristo por llamaros Muley Aben-Humeya (1).

—He renegado con los labios, pero no con el corazón.

—Sin embargo persistís en esa danosa apariencia.

—Acaso no persista mucho tiempo señora.

—¿Pensais acogeros al perdón del rey de España?

—No he dicho tanto: soy demasiado altivo para humillarme á las plantas de aquel cuyos ministros mataron á mi padre; que dió lugar á la avilantez de los que sin respetar mi linaje, me arrancaron, ó pretendieron arrancarme de la cintura la daga con que en uso de mis privilegios había entrado en su cabildo como regidor perpétuo; he aceptado la corona que me dieron los moriscos para vengarme, y me he vengado ya de todos mis enemigos: quédanme en verdad algunos, pero sus cabezas rodarán muy pronto á mis piés. Entonces no pedi-

(1) Muley, corrupción de Malek, significa rey.

ré yo perdón al rey de España, sino que apretaré de tal modo la guerra, que le obligaré á una avenencia honrosa, le obligaré á que me conceda mis privilegios, mi nobleza, mi rango de infante de Granada, con las tierras y señoríos que fueron de mis abuelos, y cuando esto suceda, declararé ante la iglesia católica, que jamás he sido musulmán, que dentro de mi corazón, y esta es la verdad, he tenido levantado un altar al dios de mis padres, y que si he alentado una sedición de gentes desesperadas, ha sido porque yo estaba desesperado también, porque se cometían conmigo degradantes injusticias.

—Y bien, haced eso cuanto antes, don Fernando: salvaos: salvad si aún es tiempo vuestro honor de caballero: acabad de una vez una guerra inútil, que no puede haceros rey, y que cuanto más dure, más desgraciada hará la condición de los moriscos: aprovechad la primera ocasión de una avenencia; haced proposiciones al rey de España, y poned por primera condición para la paz, el perdón primero, y la tolerancia y el respeto de los tratados para con los moriscos.

—Y bien mirado, señora, ¿qué se os da á vos de que la guerra con el rey de España concluya ó siga? ¿ó es que queréis meterme en una conversación de Estado para qne no os hable de mi amor? Eso es imposible, porque teniéndoos delante, solo veo vuestra hermosura que me enloquece.

—Yo no puedo ser vuestra.

—¡Porque soy musulmán ó lo parezco! ¡qué extraño capricho!

—Aunque volviéseis á vuestro antiguo; aunque os reconciliáseis con la iglesia, yo no sería vuestra.

—¡Ah! ¿no querríais ser mí esposa?

—No, porque sois casado.

—¡Casado!

—Sí; con Isabel de Rojas como cristiano; con María de Rojas como moro.

—¿Es decir, que de ningún modo seréis mia?

—No puedo serlo.

—Y si no podéis serlo, ¿á qué habéis venido de tal modo engalanada, de tal modo hermosa, á mi aposento enmedio de la noche, y cuando por las circunstancias en que me encuentro, estoy desesperado y dispuesto á todo?

—He venido, contestó sin alterarse Angiolina, porque sé que antes que todo sois caballero. He venido, porque han llegado á mis oidos, no sé qué rumores de traición contra vos: porque soy vuestra amiga y quiero guardaros el sueño.

—¿Y por qué no guardar mi sueño ente vuestros brazos?

—Por una razón suprema, contestó con dignidad Angiolina.

—¿Y cual es esa suprema razón? dijo Aben-Humeya.

—Esa suprema razón consiste en que amo con toda mi alma á otro hombre, y no quiero, no puedo, no debo ser de otro.

—¡Ah! ¿amáis á otro hombre, y me lo decís á mi, que os adoro?

—Os digo la verdad.

—Pero esa verdad me ofende.

—No debe ofenderos.

—Y me empeña.

—No debe empeñaros.

—¿Sabéis señora, que en el poco tiempo pue llevo de reinar, me he acostumbrado á que nadie resista á mi voluntad?

—Habéis hecho muy mal en acostumbraros á eso, porque á cada paso encontraréis imposibles.

—Pues os juro que vos no seréis un imposible para mí.

—No juréis don Fernando, no juréis, porque os exponéis á jurar en vano.

—¿Os creéis con fuerza para resistirme?

En aquel momento sonó un tiro fuera.

—Yo os amo y soy vuestra, exclamó Angiolina arrojándose entre los brazos de Aben-Humeya, abrazándole y sujetándole.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó Aben-Humeya.

—Esto es que cedo al fin á vuestro amor.

—¡Esos golpes, ese ruido de armas! exclamó Aben-Humeya luchando con Angiolina.

—¿Quién piensa ahora más que en mi amor? exclamó con languidez la italiana.

—¡Ah! ¡miserables! exclamó Aben-Humeya: ¡tú estás vendida á los traidores!

Y haciendo un violento estuerzo, logró desasirse de los brazos de Angiolina y puso mano á su puñal y le desnudó.

Pero Angiolina le tenia asido fuertemente del brazo izquierdo, se lo retorcía, y le tenía en una posición violenta en que no podía volverse, para herirla Aben-Humeya.

Pero aquella lucha no podía ser larga porque Angiolina era una mujer y sus fuerzas, por más que se violentara, empezaban á faltarle.

Pero afortunadamente para ella, María de Rojas se precipitó en la habitación, seguida de Aben-Aboo, de Harum-el-Geniz, de los tres capitanes turcos, de Farax-Aben-Farax, de Diego Alguacil, de Gironcillo de la Vega, y de una multitud de conjurados.

—¡Ahí tenéis al miserable, al traidor, al asesino, exclamó María de Rojas, señalando á Aben-Humeya que aún luchaba con Angiolina.

Aben-Aboo fué el primero que se arrojó sobre él; tras Aben-Aboo los otros, y Aben-Humeya fué desarmado.

La situación era terrible, pero Aben-Humeya se puso á la altura de la situación.

Miró tranquilamente en torno suyo, enteramente desvanecida la embriaguéz, y dijo con acento sereno:

—Los que me avisaron de vuestra traición no mintieron: hé aquí que sucede lo que yo había previsto que sucedería...

—Tienes razón, dijo con ímpetu el capitán turco Alí: los que cometen traiciones, deben temer que un día su misma traición se vuelva contra ellos.

—¿Quién se atreve á hablar aquí de traición? dijo Aben-Humeya: pero ya lo veo: os tengo delante cometiendo una traición, y os cuadra bien llamar traidor al que venís á asesinar.

—El asesino debe ser asesinado, gritó María de Rojas; esa es la justicia de Dios.

—¿Por qué hablan las mujeres, antes que los hombres? dijo el turco Carcax, ¿se acostumbra esto en esta tierra?

—Cuando una mujer, dijo sin bajar de su tono solemne y trémulo María de Rojas, ha visto asesinados á su padre, á sus parientes, á sus hermanos; cuando ha sido separada del hombre á quien ama; cuando se ha visto obligada á servir los horribles caprichos del que ha matado á su familia y á su amor, esa mujer tiene derecho de acusar ante Dios y ante los hombres al asesino. El asesino es ese, exclamó señalando con un dedo inflexible á Aben-Humeya, y yo os lo he entregado; pero para que me hagáis justicia.

—Sí, es cierto, dijo con acento ronco Aben-Humeya, María de Rojas tiene derecho á acusarme: yo me he ensangrentado en su familia, familia de miserables traidores, y solo he cometido una falta: la de no ensangrentarme también en ella.

Y soltó una impía carcajada.

Todos callaron dominados por el acento febril, sarcástico, terrible de Aben-Humeya.

—Y bien, ¿no hay nadie que me acuse más? añadió el jóven.

—Sí, gritó Farax-Aben-Farax: yo te acuso de traidor á tu patria y á tu Dios.

—¿Y sabes tú cuál es mi Dios? exclamó con desprecio Aben-Humeya.

Ante esta audacia todos callaron.

—Mi Dios es el Dios de los cristianos, el Dios que confieso delante de vosotros; el Dios cuya fe no ha faltado en el fondo de mi corazón.

—¿Y por qué has ceñido la corona de un pueblo musulmán? exclamó con indignación Harum-el-Geniz.

—A tí solo te contestaré, walí de los walíes, dijo Aben-Humeya, á tí que eres el único que tienes derecho á acusarme; pero si me juzgas á mí ¿por qué no juzgas también á Aben-Aboo?

—Ignoro la causa por qué deba yo acusarte especialmente, y acusar á Aben-Aboo, dijo reposadamente Harum.

—Pues qué, ¿ignoras que Aben-Aboo y yo matamos á tu noble señor el emir de los monfíes?

—Mientes, exclamó Aben-Aboo, que creía que solo Dios, su madre y Aben-Humeya eran los conocedores de aquel crímen; mientes, miserable: yo puedo probar que la noche que murió el emir, mi noble tio, yo estaba muy lejos de Yátor, en cuyas inmediaciones pasó aquella muerte.—Mientes, repito; estás perdido y quieres perderme: y si no, presenta una prueba bastante de que yo he tomado parte en la horrible muerte de mi tio y señor.

—Es verdad, faltan sobre la tierra los testigos; unos han muerto, otros están lejos. Algunos que pudieran hablar, callan. Pero Dios lo sabe, Dios arrojará sobre tí la sangre del emir de los monfíes, como la arroja sobre mi cabeza, ¡Dios castigará á los dos parricidas!

—¡Parricidas! sonó como un eco de horror entre los circunstantes.

—¿Qué os extremece? dijo Aben-Humeya: ¿acaso no debíamos llamar nuestro padre, al noble y poderoso emir nuestro pariente?

—Repito que ese hombre, al encontrarse perdido, arroja sobre mi cabeza, para perderme, un crímen en que no he tenido parte.

—Es verdad, tú no le heriste.

—¡Lo oís! al cabo no se atreve á sostener su impostura.

—Pero le sujetaste entre tus brazos para que no pudiese defenderse mientras yo le hería, dijo con una horrible calma Aben-Humeya.

Dominaba un silencio de horror en los circustantes.

—¡La prueba! ¡la prueba! gritó fuera de sí Aben-Aboo.

—Es inútil, dijo con autoridad Harum-el-Geniz: ni Aben-Aboo, ni Aben-Humeya han cometido ese asesinato.

—¡Ah! ¿te importa acaso ocultar el nombre de los asesinos, walí de los walíes? dijo Aben-Humeya.

—No: pero yo me encontraba aquella noche en la alqueria donde moraba mi pobre señor, y sé quien fué el asesino.

—¿Y quién fué? dijo con sarcasmo Aben-Humeya.

—Fué un emisario del rey de España: un bandido italiano llamado Laurenti, que se había introducido entre nosotros.

Al escuchar el nombre de Laurenti, se extremecieron Aben-Humeya, Aben-Aboo y Angiolina.

Harum tenía razón: el verdadero asesino del emir había sido Laurenti,

puesto que él había incitado á los jóvenes á aquel asesinato.

—Fué ese miserable que acabo de nombraros: así me lo reveló bañada en llanto, la sultana Howara, la noble esposa del emir mi señor: la madre de Aben-Aboo.

—¡Oh! ¡mi madre! ¡pobre madre mia! exclamó Aben-Aboo.

—Yo, dijo Harum, juré vengar á mi señor con la muerte de su asesino; un día Laurenti fué encontrado en la montaña por los monfíes, con una puñalada profunda en un costado, y con su propia daga clavada en la sien izquierda.

Angiolina tembló y se puso mortalmente pálida.

—Le maté yo como se mata á una perro, añadió Harum, y del mismo modo hubiera muerto á los otros asesinos del emir, si hubiera habido más de uno. Tengo la evidencia, más, la prueba, de que ni Aben-Humeya ni Aben-Aboo, han tenido parte en esa muerte.

—¡Oh! ¡mi madre! mi pobre madre, dijo para sí Aben-Aboo, ha cubierto el delito horrible de su hijo! ¡infeliz madre mia!

—No se trata, pues, de vengar la mnerte del emir, dijo con acento conmovido Harum: el emir está vengado. Aben-Humeya trata de perder á Aben-Aboo, acusándole de complicidad en aquel crímen. Afortunadamente estoy yo aquí, y soy un testimonio vivo, al que prestaréis entera fe, caballeros: ¿no es verdad, que no creéis que Aben-Aboo haya cometido tan odioso crímen?

—¡No! ¡no! ¡no! exclamaron todos.

—Puedes engañar con tu autoridad á los hombres, walí de los walíes, ¡pero no puedes engañar á Dios!

—¡Y aun insiste el miserable renegado! exclamó con indignación Harum: pero tu resistencia es inútil: no venimos aquí á castigarte como asesino del emir de los monfíes: no: venimos á juzgarte como traidor á tu pátria: estás en inteligencia con los cristianos.

—¿No os he dicho que yo soy cristiano? exclamó con insolencia Aben-Humeya.

—¿Qué más queréis oir, caballeros? dijo Farax-Aben-Farax: el miserable confiesa su crímen.

—¿Y por qué no los confiesa todos? exclamó el turco Huscen.

—¿Tenéis también vosotros de qué acusarme? dijo Aben-Humeya.

—¿Conoces esto? dijo Carcax adelantando fuera de sí de furor y mostrando á Aben-Humeya, la carta en que mandaba al alcaide de Mecina de Bombarón, matar alevosamente á los turcos.

Aben-Humeya tomó la carta y la leyó: cuando la hubo leido desapareció la fría calma de su semblante, tembló no de miedo sino de furor, y exclamó arrugando entre sus manos la carta:

—Esta es una infamia horrible. Veo aquí tu mano Aben-Aboo, miserable, que mataste al padre y matas al hermano: tú has comprado á mi secretario, Diego de Arcos, cuya es esta letra, y has fingido esta carta.

—Estamos perdiendo el tiempo, dijo Carcax; este decreido lo negará todo. ¿no es justa su muerte, capitanes y caballeros?

—Sí; sí; debe morir, gritaron todos.

Y como si aquella hubiese sido una señal, el feroz Carcax se arrojó sobre Aben-Humeya.

—¡A mí, esclavos! ¡á mí! ¡ha llegado la hora de la muerte! gritó el turco: ¡á mí, verdugos!

Y sofocaba entre tanto á Aben-Humeya á quien había asido por la garganta.

Dos africanos atezados habian aparecido y avanzaban para Aben-Hume-

ya: uno de ellos llevaba un cordón en la mano.

Los detalles de la muerte de Aben-Humeya son repugnantes; oigamos cómo refiere esta catástrofe don Diego Hurtado de Mendoza, en su guerra de Granada.

«Ahogáronle dos hombres: uno tirando de una parte y otro de otra de la cuerda, que le cruzaron en la garganta; él mismo se dió la vuelta como le hiciese menos mal; concertó la ropa; cubrióse el rostro.»

El mismo historiador refiere en otro lugar:

«Saqueáronle la casa; repartiéronse las mujeres, dinero, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los capitanes y soldados, y... eligieron á Aben-Aboo por cabeza en público, según lo habían acordado en secreto.»

La muerte de Aben Humeya fué la señal de dispersión de los que la habían decretado y ejecutado; los turcos se alejaron con su gente; Farax-Aben-Farax, con sus moriscos y con su nuevo rey Aben-Aboo, que se llevó consigo á Angiolina; Diego Alguacil por su parte, se unió de nuevo á María de Rojas, y preveyendo que ninguna buena aventura podía acontenerles en las Alpujarras, pasaron algunos días después á Africa, donde se casaron.

Antes de separarse Harum y Angiolina tuvieron este breve diálogo:

—¿Por qué habéis atestiguado que Aben-Humeya y Aben-Aboo eran inocentes de la muerte del emir?

—Necesito que Aben-Aboo confíe en mí, contestó Harum.

—¿Y por qué no habéis muerto también á Aben-Aboo? dijo Angiolina, ¿acaso no tenéis poder para ello?

—¿Se sabe dónde está la hija de mi señor? repuso Harum.

—¡Ah! teneis razón, exclamó con amargura Angiolina.

—Acordáos señora, la dijo Harum, del estado en que habéis visto al infeliz marqués de la Guardia: acordáos de lo que me habéis prometido: Aben-Aboo os ama: fascinadle; emplead toda vuestra astucia, toda vuestra inteligencia; averiguad el paradero de la sultana, y cuando le hayais averiguado, cuando nos hayamos apoderado de ella, entonces... entonces Aben-Aboo sentirá sobre su cabeza la venganza de los monfíes.

—Os juro, os juro ayudaros, exclamó Angiolina; pero ayudadme vos también.

—Os ayudaré, os lo juro, dijo Harum, pero silencio: Aben-Aboo se acerca: salidle al encuentro y empezad á ser un demonio fascinador para él.

Angiolina salió sonriendo al encuentro de Aben-Aboo, y Harum triste, cabizbajo, preocupado, salió de Andarax, llegó á los primeros puestos de los monfíes y mandó tocar á recoger.

Cuando todos estuvieron reunidos los llevó á una rambla distante, y puesto enmedio de ellos les dijo:

—Nuestra venganza por el noble emir que hemos perdido, se ha cumplido ya. Aben-Humeya ha muerto.

—¿Y Aben-Aboo? ¿y Aben-Aboo? gritaron acá y allá.

—Aben-Aboo no tardará mucho en caer también. Estoy satisfecho de vosotros, hermanos. Nada tenemos que hacer aquí: marchad á vuestros apostaderos y estad dispuestos á la primera señal.

Los monfíes se dividieron en grupos y Harum, con una banda de ellos se internó en la montaña.

CAPÍTULO XLVII.

Reseña de la continuación de la guerra de las Alpujarras hasta su terminación.

Puesto que ya hemos reseñado el principio de aquella guerra, nos parece oportuno para redondear nuestro libro, acabarla de dar á conocer, aunque sumariamente, á nuestros lectores.

Aben-Aboo, fué coronado según la usanza mora, y proclamado bajo el nombre de Muley Abdalá-Aben-Aboo.

Pero esta jura y coronación fué condicional por tres meses mientras venía la confirmación del título de rey para él, del dey de Argel.

A este efecto envió á Africa Aben-Aboo á un morisco tintorero de Granada, llamado Ben-Daud, con dinero y presentes para captarse la voluntad del dey.

En poco tiempo envió Ben-Daud la aprobación de Aluch-Alí, pero, previendo los resultados de la guerra, el buen emisario, obrando prudentemente, se quedó por allá.

Recibida la aprobación del dey, se procedió formalmente á la coronación poniéndole en la mano derecha una espada desnuda, y en la izquierda un estandarte, corona de oro en la cabeza y manto de púrpura sobre los hombros, y en esto lo levantaron en alto por tres veces delante del pueblo y otras tantas gritaron: «¡Dios ensalce al rey de la Andalucía y de Granada, Abdalá Aben-Aboo!»

Reconociéronle por su señor todos los pueblos sublevados de las Alpujarras, y todos los capitanes de moriscos, excepto Aben-Mequenum y Giron el Archidoni.

Nombró walí de los walíes ó capitán general, á Gerónimo-el-Malek, y nombró de su consejo, para tenerlos propicios, á los capitanes turcos Carcax y Dalhy.

Otro capitán turco, el Carivaxi, pasó á Africa por gente para reforzar el ejército morisco; y Huscen fué enviado con el mismo objeto de obtener gente y armas, con un presente de cautivos, al dey de Argel.

Creó una guardia de cuatro mil arcabuceros, parte de los cuales debían estar constantemente junto á su persona, y parte rodeando su casa en línea avanzada, y el lugar en que residiese, y vigilar á los que llegasen.

El miedo había empezado á roer el corazón de Aben-Aboo, hasta el punto de no creerse seguro sino rodeado de un pequeño ejército, escogido entre las taifas de los capitanes que creía más leales.

Uno de estos capitanes era Harum el Geniz, y la mayor parte de sus arcabuceros monfíes.

De modo que Aben-Aboo, sin saberlo, estaba en medio de sus enemigos y se creía asegurado por ellos.

El primer hecho de Aben-Aboo después de su proclamación, fué proveer á Castil de Ferro de armas, artillería y municiones, y á seguida sitió la villa de Orgiva, á cuyo socorro envió don Juan de Austria al duque de Sesa.

Aben-Aboo entonces dividió en dos partes su gente, dejó la una continuando el cerco de Orgiva, y con la otra parte dió sobre las gentes del duque de Sesa, en un lugar que se llamaba entonces Calat-el-Hhajara, (Castillo de la Peña) y hoy Acequia de las Tres Peñas, y después de muchas escaramuzas, las venció matando algunos capitanes y como hasta cuatrocientos soldados, y obligando al duque á ampararse de la noche para recoger su gente y retirarse.

Por otra parte, el capitán Fran-

cisco de Medina, abandonó la villa de Orgiva á causa de faltarle municiones y víveres, y ensoberbecido con estos triunfos Aben-Aboo, bajó por Güejar y el Puntal de la Vega, robó ganados, saqueó é incendió la villa de Medina y llegó con su ejército compuesto de monfíes, turcos y moriscos hasta media legua de Granada.

El duque de Sesa por desagravio, cargó sobre las Albuñuelas, las quemó, quemó asimismo á Restábal, Belegí, Dúdar y otros lugares, y tornó á Granada, donde don Juan de Austria se encontraba roformando la infantería.

Era ya el mes de noviembre, y el invierno se presentaba recio.

Por aquel tiempo se alzó la villa de Galera á una legua de Huescar, en tierras de Baza, lugar fuertísimo en el paso de Cartagena al reino de Granada, y no distante del de Valencia.

Defendían á Galera por órden de Aben-Aboo, cien arcabuceros turcos y berberiscos, á las órdenes del Malek, alcaide de aquel distrito: levantóse asimismo Orce, y todos los lugares del río de Almanzora (de la Victoria).

Crecía la insolencia de los rebeldes: Aben-Aboo mostraba ser más diestro, más inteligente, más activo y màs afortunado que lo fué Aben-Humeya; llegó hasta el punto de ponerse sobre la Silla del Moro, por la parte de los montes al Sur, amenazando la Alhambra y el barrio del Realejo, aunque de allí no pasaron ni hicieron demostración alguna, y llegando solo de noche, y retirándose de dia.

Crecía el desasosiego de la ciudad, dábanse guardias y rondas en la puerta de los Molinos, en la de la Antequeruela, en el cerro de los Mártires; se enviaban descubiertas á los lugares de Pinillos y Cenes, cercanos á Güejar, donde tenía su campo Aben-Aboo, y todos los dias se tenían noticias de personas y de recuas cogidas por los moriscos á las mismas puertas de la ciudad.

Entre tanto el marqués de los Velez, sitiaba á Galera con poca artillería, con poca gente y por lo tanto con poco provecho.

Escribió don Juan de Austria á Felipe II quejándose de que le hiciese estar ocioso en Granada cuando esta se encontraba amenazada de cerca por el campo que tenía Aben-Aboo puesto en Güejar, y por otra parte por la resistencia de Galera, que podía dar causa á que la rebelión se extendiera al reino de Valencia; en vista de estas quejas, el rey mandó formar dos campos; uno á cargo de don Juan, que asistido por el marqués de los Vélez, el comendador mayor de Castilla y don Luis Quijada, hiciese la guerra en el río Almanzora; y otro bajó el mando del duque de Sesa que debía quedar en las Alpujarras.

Don Juan de Austria marchó bien provisto y pertrechado contra Güejar á 23 de Diciembre de 1569, con nueve mil hombres de infantería, seiscientos caballos y ocho piezas de campo. Por la parte alta, esto es, por el más encumbrado de los dos caminos que hay de Granada á Güejar, fué el mismo don Juan con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos; don Luis Quijada iba en la vanguardia con dos mil infantes; don García Manrique con el resto de la caballería, y en la retaguardia, con el estandarte real, el resto de la infantería, la artillería y las municiones, Pedro López de Mendoza y don Francisco de Solís.

Pero cuando llegó la expodición á Güejar hallaron que los moriscos habían abandonado el pueblo, retirándose á las Alpujarras. Solo se encontraron en la trinchera diez ó doce viejos que fueron degollados, ni se vió de los enemigos más que algunas

mujeres y niños, y bagajes cargados, que subían por la sierra resguardados por arcabuceros y ballesteros como en número de ciento, que disparaban, retirándose de breña en breña, estorbando que se les diese alcance. Hubo algunas muertes de una y otra parte; tomáronse cautivos á los enemigos cuarenta personas entre hombres y mujeres, matándole otros tantos; de los cristianos murieron cuarenta soldados y el capitán Quijada, á quien, siguiendo el alcance dió una pedrada una morisca: entróse al lugar á saco y degüello, y don Juan, reposando poco en victoria tan fácil, se preparó á otra más aventurada, marchando sobre Galera.

Corrido había por toda España la fama de fortaleza de aquella villa, la dificultad de entrarla .y lo. bien proveida de defensa que se encontraba, y multitud de caballeros de todo el reino, partieron para aquella empresa, no sin disgusto del rey que comprendía claro que era más de estorbo que de provecho tanta gente allegadiza: enviaron las ciudades nuevas gentes de á pie y de á caballo, y población hubo en que cada cinco vecinos pagaron un soldado que fuera contra Galera.

Esto significaba harto claro, que, cuando tales sacrificios se hacían, se daba gran importancia, se juzgaba como de gran consideración la guerra de las Alpujarras.

Acudieron más de ciento y veinte banderas con capitanes naturales de los mismos pueblos, y organizada toda esta gente, partió la mitad con el duque de Sesa para las Alpujarras, y la otra mitad con don Juan de Austria contra Galera.

Indignado Aben-Aboo con el desgraciado suceso de Güejar, quiso dar alguna muestra de sí mismo, y embistió, aunque inútilmente, de noche, á Almuñécar y Salobreña; y viendo el poco efecto de sus esfuerzos y la decisión con que era acometido, envió de nuevo emisarios á Argel á pedir socorro.

Entre tanto el marqués de los Velez, perdiendo más que ganando, continuaba su simulacro de sitio sobre Galera, viéndose con frecuencia obligado á retirarse, y volviendo más por honra que por certeza de mejores resultados.

En este lugar nos presenta la historia un diálogo notable que hemos de mostrar, aunque no sea más que porque da á conocer de lleno, el carácter del marqués de los Velez.

Habiendo salido este á recibir á don Juan de Austria, el jóven príncipe abrazó al viejo soldado y le dijo:

—Marqués ilustre: vuestra fama con mucha razón os engrandece, y atribuyo á buena suerte, haberse ofrecido ocasión de conoceros. Estad cierto que mi autoridad no acortará la vuestra, pues quiero que os entretengáis conmigo, y que seáis obedecido de toda mi gente, haciéndolo yo mismo como hijo vuestro, acatando vuestro valor y canas, y amparándome en todas ocasiones en vuestros consejos.

A cuyas benévolas palabras contestó el marqués con las siguientes aunque mesuradas, extrañas:

—Yo soy el que más ha deseado conocer de mi rey un tal hermano, y quien más ganara de ser soldado de tan alto príncipe; mas si respondo á lo que siempre profesé, irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra.

Por lo que se ve, en 1570 á cuyos principios sucedía esta conversación, los nobles castellanos aún no habían perdido los humos de la edad media; aún se hombreaban con los reyes.

El marqués de los Velez lo hizo como lo dijo: dejó la guerra y se mar-

chó mohino á su casa donde nadie podía disputarle la primacía.

Entre tanto y mientras el duque de Sesa acometiendo la empresa de las Alpujarras, marchaba sobre Orgiva, don Juan de Austria se encaminaba sobre Galera, resuelto ya definitivamente el sitio.

—Empezaron las operaciones por la alcazaba alta: se la había minado y al volar la mina cayó un lienzo de muralla con algunos moros que le defendían; alborotáronse algunos soldados y sin órden para ello, embistieron por entre el humo y el polvo, y fueron tan rudamente rechazados por los enemigos y tal la confusión y el desórden, que el mismo don Juan arremetió en persona y tan de veras, que recibió un balazo en el peto, que aunque no le causó daño, causó sí una gran impresión en cuantos de ello tuvieron noticia, especialmente en su ayo Luis de Quijada, que no se separaba un momento de su persona, que le amaba como un padre y que jamás olvidaba, ni aun cuando por don Juan ponía en peligro su vida, el encarecimiento con que le había encomendado la guarda de su hijo el gran emperador don Carlos.

Con gran trabajo pudo don Juan recoger la gente, que, no escarmentada por el mal suceso, pidió al otro día que se la llevase al asalto; pero don Juan viendo lo dañoso que aquel asalto sería, mandó hacer dos minas más y cuando estas volaron, empezó á jugar la artillería y se renovó el asalto, si bien con más órden, no menos sangriento, y después de horribles estragos se entró el castillo, y al fin fué tomada Galera.

Don Juan fué rigorosísimo con ella; ya fuese por lo que había costado, ya por poner miedo á los otros pueblos levantados. Entróla á cuchillo, arrasóla, áróla y la mandó sembrar de sal, como se acostumbraba en aquellos tiempos con las casas de los traidores.

Solo quedó la peña, coronada de escombros humeantes, y la terrible tradición de las desdichas de Maleh y de su amante Maleka; de la cual hizo Calderón su drama, el *Tuzani de las Alpujarras*.

En efecto, la toma de Galera, lugar fuertísimo y en el que tenían gran confianza, aterró á los moriscos: Aben-Aboo desalentado no pudo arrojar al duque de Sesa de las Alpujarras y éste, sin que los moros osaran á otra cosa que á escaramucear con su gente, llegó á Güejar y de allí pasó á Válor, donde se alojó.

Don Juan, excitado por el duque de Sesa, se volvió sobre las Alpujarras pretendiendo coger á Aben-Aboo, entre su gente y la del duque, y llegó á vista de Serón, donde algunos soldados desbandados, se arrojaron á combatir, sin que nadie pudiera impedirlo, á los moros que encontraron puestos en defensa. Incitados por el ejemplo de estos pocos, fueron uniéndoseles más, hasta que al fin, contra la voluntad de don Juan, toda la gente de su hueste se movió contra la villa: y aunque vinieron en socorro de Serón los moros de Tíjola, la villa fué entrada al primer embate, saqueada y pasados los que se encontraron dentro á cuchillo; pero esta victoria costó muy cara, tanto por el gran número de cristianos que perecieron en el asalto, como porque, herido malamente de un balazo, murió entre los brazos de don Juan, su ayo Luis de Quijada.

Aben-Aboo, viendo que los cristianos se le habían metido en el corazón de las Alpujarras, repartió su campo y la gente vecinal que llevaba consigo; puso gente en el camino de Granada para evitar que llegasen provisiones al duque de Sesa, y parte á la falda de la Sierra Nevada y al Punta

de la Vega para que amenazasen á Granada: quedando él contra el duque, estorbándole los mantenimientos con los cuatro mil arcabuceros de su guardia, y los soldados del duque se vieron obligados á mantenerse con fruta seca, pescado y aceite, que recibían por las marinas, de Málaga.

Llegó el mes de abril: los moriscos si encontraban alguna ventaja en las escaramuzas ligeras, en las sorpresas de convoyes, ó de soldados que pasaban desprevenidos por la montaña, no había lance algo formal en que no fuesen deshechos y rotos.

Cundía el desaliento.

Don Juan, venida la buena estación apretaba sin descanso y procuraba por medio de tratos, la sumisión de los moros y la ida á Africa de los turcos.

Hablábase de condiciones pedidas por Aben-Aboo, aunque exhorbitantes, y la guerra seguía, aunque embarazada por estos tratos y empeños de avenencia.

Castil de Ferro fué abandonado y ocupado por el marqués de la Fávara y por don Juan de Mendoza: solo se encontraron dentro veinte hombres, entre moriscos viejos, turcos y berberiscos, y diez y siete mujeres, en ocasión que estaban para embarcarse; alguna sidra, veinte quintales de bizcochos y la artillería que estaba en el castillo, mala y poca.

Seguíanse entretanto tratos de reducción con Fernando el Habaquí y Felipe II, que se había acercado á Sevilla y luego á Córdoba; para poder proveer con más oportunidad á la guerra, pasado el peligro y estando apagado casi el incendio, se tornó á Madrid, remitiendo para allí la conclusión de las Córtes que poco antes había convocado.

El mayor peligro quedaba en la Serrania de Ronda: partió para ella de órden de don Juan de Austria, el 20 de mayo, don Antonio de Luna, con cuatro mil quinientos infantes y cien caballos que sacó de Ronda; en la primera salida fué rechazado y obligado á volverse á la ciudad: los moriscos de la Serranía, aconsejados por los que habían ido á ellos huidos de las Alpujarras, se concentraron en Sierra Bermeja, y en la del Iztan: tomaron el mar á las espaldas para facilitar los socorros de Berbería, y bajaban hasta las puertas de Ronda, causaban continuas alarmas, robaban los ganados y cautivaban y mataban á los labradores cristianos, no como salteadores, sino como enemigos.

Esto empezó á acontecer cuando Felipe II estaba todavía en Sevilla, y acudió de improviso al remedio, y envió á la Serranía á los duques de Arcos y de Medina Sidonia.

El de Arcos, que tenía mucha parte de sus estados en la Serranía de Ronda, pretendió reducir á los moriscos; pero estos estaban irritados; más que irritados, desesperados, y fué necesario recurrir á la fuerza y acometerlos en Sierra Bermeja, en el mismo lugar donde años antes murió á manos del Ferih de Benastepar, don Alonso de Aguilar, uno de los más esclarecidos parientes del Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Encontraron allí, según refiere Mendoza, «Calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, esparcidos, según, como y donde había parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces: vieron más adelante, el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecían pocas y bajas y aportilladas; iban los prácticos de la tierra señalando donde habían caido oficiales, capitanes y gente particular: referían dónde y cómo se salvaron los que quedaron vivos y entre ellos el conde de Ureña y don Pedro de Aguilar, hijo mayor de don Alonso de Aguilar: en qué lugar y dónde

se retrajo don Alonso y se defendía entre dos peñas; la herida que el Ferih, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y después en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: «Yo soy don Alonso de Aguilar; las que el Ferih le respondió cuando le hería: «Tú eres don Alonso, mas yo soy el Ferih de Benastepar, y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió don Alonso, como las que recibió.... Mandó el general hacer memoria por los muertos y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por extraños y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.»

Ocupó el duque de Arcos el antiguo fuerte reparándole. Vino en este tiempo resolución del rey don Felipe, que concedía perdón á los moriscos: empezaron á presentarse algunos; pero sin armas y alegando que los que quedaban alzados no se las dejaban traer.

Pero de improviso, un morisco que había escapado de la Inquisición y que por temor al castigo no quería reducirse, empezó á excitarles de nuevo, á decirles que se les engañaba, que cuando se hubiesen entregado serían muertos, ó sentenciados por toda su vida á galeras, esclavas sus mujeres, vendidos sus hijos.

Tanto dijo y tanto alborotó, que los de Sierra Bermeja se levantaron de nuevo con más furia que antes: mataron á los moriscos que trataban en el avenimiento é impidieron por el terror que se sometiesen los que querían hacerlo.

Redújoselos al fin, pero con varias alternativas, con mucha sangre y terribles catástrofes: los restos dispersos de los moriscos se acogían á las breñas, descalzos, hambrientos, miserables; las Alpujarrrs, el marquesado del Zenete, el río de Almanzora, y la Serranía de Ronda, estaban ocupados por el ejército vencedor y don Juan de Austria escribía á su hermano el rey don Felipe «que la salida de los moros de todo el reino sería el postrero día de octubre.»

Quedaban, sin embargo, acá y allá llamaradas del incendio: los labradores cristianos que habían vuelto á sus haciendas, no se atrevían á labrarlas; los caminantes eran robados y muertos, y todos los lugares enteramente de moriscos que no habían dejado las Alpujarras, eran una amenaza muda.

Aben-Aboo andaba de cerro en cerro, con un puñado de parciales llamándose todavía rey.

¿Y qué habían hecho entre tanto los monfíes?

Cejar los primeros en el combate, abandonar los lugares que se les confiaban, ser traidores á los moriscos.

Y Harum-el-Geniz era quien acompañaba siempre á Aben-Aboo.

¿Por qué hacían traición los monfíes á sus hermanos?

Porque necesitaban vengar la muerte de su emir.

Porque no habían muerto á Aben-Aboo, como habían muerto á Aben-Humeya.

Porque ignoraban donde tenia escondida á la sultana Amina, Aben-Aboo.

La guerra había acabado, Aben-Aboo andaba fugitivo, y sin embargo, ni Angiolina Visconti, ni Harum, que acompañaba siempre á Aben-Aboo, habían logrado descubrir el paradero de la sultana.

CAPÍTULO XLVIII.

En que se sabe entre otras muchas cosas importantes, de qué muerte murió Aben-Aboo.

El castillo de Bérchul, era, que hoy no es, un punto importante, situado enmedio de las Alpujarras. Rodeado de ágrias cuestas, asentado como un nido de águilas sobre una roca, sin más acceso que un tortuoso sendero, abierto á pico en una peña, podía casi llamarse inexpugnable.

A su pié ramblas profundas, montañas, colinas, formaban un verdadero laberinto, extremadamente selvático y bravío, y á lo lejos, ya sobre una cresta, ya en la vertiente de un valle, se veía algún lugarejo, algún caserío, alguna choza.

Al pié del castillo estaban sobre un barranco sumamente agreste unas profundas cuevas que se llamaban de los Bérchules, y donde, como en un último refugio, se habían concentrado los restos dispersos de los moriscos fugitivos y vencidos.

Allí, hambrienta, desnuda, miserable, aterrada, aquella multitud infeliz, viejos sin hijos, huérfanos sin padres, esposas sin esposo, cuantas miserias humanas pueden concebirse, se agrupaban cubiertas de harapos, extremecidas de miedo, con los ojos fijos siempre en las distantes avenidas, temiendo ver asomar por ellas las banderas de los crueles y sanguinarios soldados del rey don Felipe II.

Pero entre estas gentes no había un solo monfí, á excepción del walí de los walíes Harum, que no se apartaba sino por breves espacios de Aben Aboo.

Parecía que á los demás monfíes los habia tragado la tierra.

Fuese porque reposasen en el triunfo, fuese porque creyesen inútil una persecución de gente miserable y desbandada, ni en los alrededores del castillo de Bérchul, ni en los lugares que desde su altura se divisaban, aparecía un solo cristiano.

Pero también es cierto que estaba tan devastada aquella demarcación, tan cortados los caminos que á ella conducían, por los soldados del rey de España, que los pobres moriscos acorralados en aquellas breñas no encontraban para sustentarse más que raices de árboles, yerbas y reptiles.

De tiempo en tiempo Harum-el-Geniz solía aparecer entre aquellos desgraciados, como una providencia de Dios, con algunos mulos cargados de maiz, de trigo ó de legumbres, que aquellos infelices devoraban en pocos instantes.

Siempre que Harum llevaba uno de estos ineficaces consuelos, les decía:

—Amigos, esto ha costado sangre humana.

—Y Dios te bendiga, walí, exclamaban los míseros: Dios acoja en su misericordia á los que han derramado sangre por nosotros.

Harum al escuchar estas palabras se volvía de espaldas para ocultar sus lágrimas y murmuraba:

—¡Estaba escrito! ¡oh! ¡si esos miserables no hubieran asesinado al emir!

Entre tanto Aben-Aboo, encerrado en el castillo de Bérchul, acompañado únicamente de Angiolina, de algunos escopeteros, de Harum y de su antiguo esclavo africano Alí, recelaba de todo, atalayaba por sí mismo los caminos, temiendo ser sorprendido, y velaba de noche por los adarves como un alma en pena.

Había enviado á algunos de sus parientes á Africa en demanda de nuevos socorros, los esperaba con esa tenacidad con que confían en su fortuna los ambiciosos y esperanzado en estos

socorros se negaba de todo punto á someterse al perdón prometido por el rey á los moriscos que depusieran las armas.

Rey en sueños hacíasele duro el despertar: sus remordimientos, entre tanto, le obligaban á buscar el olvido en la embriaguez.

Porque los remordimientos se habían dejado oir al fin en aquella alma que todo lo había arrostrado por la ambición. Mientras se encontró entre el ruido de las armas, en medio de sus gentes, que seguían al combate su bandera y se batían con fe y con entusiasmo, la contínua actividad, el interés siempre vivo de nuevas empresas, el ánsia del mando supremo asegurado por la victoria, le habían distraido, mejor dicho: le habían embriagado hasta el punto de que nada veía más que el dosel rojo de un trono levantado en la cámara de Embajadores de la Alhambra; pero cuando en el solitario y silencioso castillo de Bérchul, se encontró una noche y otra, velando receloso por sí mismo, bajo un firmamento opaco, reflejando en sus pupilas escandecidas por la fiebre la misteriosa luz de las estrellas, solo consigo mismo en presencia de la inmensidad muda, bajo la mirada de Dios, un frio de terror empezó á circular por sus huesos: muy pronto sus ojos de loco no vieron ya un firmamento sombrío; vieron más que eso: millares de fantasmas que se agitaban, que hervían en aquel firmamento y que arrojaban una lluvia de sangre sobre su cabeza: extremecióle el zumbido del viento entre las almenas, creyendo escuchar en él quejas humanas, alaridos de rabia, gritos de agonía, imprecaciones, amenazas. Parecíale oir en un eco muy lejano, entre el silencio, la voz del emir de los monfíes, que exclamaba:

—¡Parricida! ¡maldito seas!

Otra, la de Aben-Humeya, que rugía:

—¡Ay de tí, fratricida!

Otra, la de su madre que exclamaba:

—¡Menguada fué la hora en que te concebí!

Otra, en fin, la de Amina, que llorando le decía:

—¡Qué has hecho de mi padre, asesino! ¡qué has hecho de mi esposo y de mi hija!

Y cuando huyendo de estas voces se precipitaba por las escaleras de los adarves, y se perdía en la profunda penumbra de los muros, parecíale ver deslizarse delante de él como pretendiendo precederle, llevarle á un lugar de juicio supremo, los espectros de su padre, de su hermano y del marqués de la Guardia (porque Aben-Aboo creía que el marqués de la Guardia habia muerto), envueltos en sudarios rojos.

Entonces, erizados los cabellos de espanto, pálido, trémulo, cubierto de un sudor frío, penetraba en la cámara, donde sufriendo un largo, doloroso é inútil martirio. dormitaba Angiolina y exclamaba:

—¡Vino! ¡adorada de mi alma! ¡dame vino! ¡necesito embriagarme, dormir entre tus brazos, olvidar! ¿No oyes que quiero olvidar, ó tú también me haces traición?

Y entonces Angiolina, grave, lenta, silenciosa, se levantaba, llenaba de vino un cáliz que servía de copa á Aben-Aboo y se le servía.

Aben-Aboo apuraba el vino de un trago, y pedía más, más, porque su miedo no desaparecía sino con la embriaguez, y se arrojaba entre los brazos de Angiolina, que cumplía heróicamente su palabra empeñada á Harum-el-Geniz, de procurar saber, á costa del último de los sacrificios que podían exigírsela, el paradero de Amina.

En vano había apurado cuantos re-

cursos encontró su astucia: en vano había tendido hábiles lazos á Aben-Aboo: nada había podido descubrir: ó Aben-Aboo ignoraba lo que había sido de Amina, ó el recelo le hacía ser prudente áun en sus momentos de embriaguez.

Al fin Angiolina se vió obligada á guardar silencio acerca de Amina á consecuencia del siguiente diálogo que tuvo con Aben-Aboo.

—¿Qué te importa, le dijo, lo que haya sido de esa mujer?

—Tengo un gran interés, dijo con acento profundo Angiolina.

—¡Un gran interés! repuso Aben-Aboo, lanzando sobre la veneciana una mirada friamente investigadora: ¡Ah! ¡sí, es verdad! tú amabas al marqués de la Guardia, y acaso le amas aún, á pesar de que sabes por mi boca que ha muerto..... y de una manera singular: como que le ha matado la misma tierra que le sirve de sepultura.

¿Y qué me importa el marqués de la Guardia? repuso Angiolina: ¿acaso no tuve bastantes razones para olvidarle, para despreciarle? ¿puede amar una mujer como yo á un hombre que la pospone á otra? No, la sultana Amina me interesa, no por el marqués á quien Dios perdone, como yo le he perdonado, sino por tí.

¿Por mí?

—Si ciertamente: ¿no te amo yo?

—Escucha, Angiolina, dijo profundamente Aben-Aboo: soy jóven: criado en la montaña, pensando siempre en la corona que estoy á punto de perder ó ganar decisivamente, las mujeres no habian hablado á mi corazón. Pero te ví, y no sé qué destino incomprensible, poderoso, arrastró mi alma y la impulsó á unirse á la tuya. Te tuve á mi lado, al lado de mi madre en Cádiar: creí tus palabras de amor, y cuando por una imprevisión mía fuiste á dar en manos de Aben-Humeya, sentí lo que nunca había sentido por una mujer: la rabia de los celos tú acaso fuiste una de las causas más poderosas de la muerte de Aben-Humeya.

—Pero tú sabes que Aben-Humeya me amó en vano...

—He querido creerte, porque necesitaba creerte; pero cuando me abriste tus brazos por primera vez, cuando los rodeaste á mi cuello, sabes lo que sentí...

—Tú te llamabas en aquellos momentos el más dichoso de todos los hombres.

—Y lo era, en efecto, porque tu hermosura me enloquece, porque tu mirada conmueve mi alma, como no la han conmavido jamás las incertidumbres de mi triunfo y los azares de la guerra. ¿Pero sabes lo que sentía yo en el fondo de mi razón, como esclareciéndola, como pretendiendo dominar mi delirio? pues bien, escuchaba una voz que me decía:—«Los brazos de esa mujer no son los dulces lazos del amor que ansías, son una serpiente que pretende ahogarte.» Y cuando este recuerdo, cuando este recelo me asalta en medio de tus caricias; cuando pretendes averiguar el paradero de la sultana Amina, un pensamiento terrible pasa por mi cabeza.

—¿Y qué pensamiento es ese que te inspira tu delirio?

—El de ahogarte antes de que me ahogues tú.

Sonrió lánguidamente Angiolina y repuso:

—Ni yo te ahogaré, porque te amo, ni el amor que sientes por mí te permitiría ahogarme. ¡Oh! ¡no! tus recelos pueden menos que tu amor. Tú, si pones la bandera del Profeta sobre las alcazabas de Granada, me llamarás tu sultana, tu adorada sultana.

—Pero esa tenacidad en nombrarme á Amina...

—¡Tengo celos!

—¡Celos!

—Ella es una sultana poderosa.

Sonrió sesgadamente Aben-Aboo.

—¿Y dónde están los monfíes? ¿qué se han hecho esos valientes? pregunta á Harum-el-Geniz, el walí de los walíes de esos moros y él te contestará:—«Han sido vencidos, dispersados: los unos se han acogido á la clemencia del rey de España, los otros han pasado á Africa y los que quedan aquí vagan sueltos por la montaña sin obedecer á capitán alguno.» ¡La poderosa sultana! ¿Dónde está su alcázar tan maravilloso de que nos hablan? ¿el paraiso escondido del emir de los monfíes? Sueño, sueño todo, como la hermosa sultana Amina; como la misteriosa dama blanca de la montaña.

—¡Sueño! ¿pretenderás hacerme creer que la hija del emir, la sultana Amina, ó doña Esperanza, la orgullosa duquesa de la Jarilla, ha sido un sueño?

—Como un sueño ha pasado, repuso Aben-Aboo.

—¡Que ha pasado!

—Sí; ha muerto: ha muerto de hambre....

—¡De hambre!

—Sí; yo.... por recelo de que los monfíes me vendiesen... porque yo siempre he desconfiado de ellos, pretendí tener en rehenes á la sultana Amina, y la guardé en una cueva.... no importa dónde. Yo mismo iba á llevarla la comida, las ropas.... pero los cristianos me arrojaron de repente del lugar donde se encontraba encerrada la sultana.... yo en verdad nunca había pensado en matarla; pero pasaron muchos días antes de que yo volviera á apoderarme del lugar donde había quedado abandonada; cuando fuí en su busca la encontré muerta.

—¡Muerta!

—Sí; muerta de hambre.

Angiolina calló dominada por el horror. La había revelado Aben-Aboo de una manera tan segura la muerte de Amina, que no se atrevió á dudar de ella.

—Lléname otra vez la copa, dijo Aben-Aboo.

Angiolina le sirvió la copa de nuevo.

—Cuando vengan los refuerzos de Africa, dijo Aben-Aboo, que empezaba á embriagarse, será distinto, amada mía: no estaremos en este triste castillo, cercados, atajados los caminos por los cristianos, ni nos veremos obligados á pasar la noche en vela. Dame más vino: necesito embriagarme para tener paciencia.

Angiolina presentó otra vez la copa á Aben-Aboo. Este acabó de embriagarse completamente, cayendo en un estado en que nunca le había visto Angiolina.

—¡Oh! dijo esta: duerme, y duerme de una manera profunda: yo no estoy segura de las intenciones de este hombre. Creo que obra con doblez respecto á mí y á Harum-el-Geniz. Acaso, acaso, sería prudente deshacernos de él. Pero si esa mujer que me propuse devolver al marqués de la Guardia no hubiese muerto... si muerto Aben-Aboo, no pudiese descubrirse el lugar donde la tiene oculta. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡iluminadme!

Angiolina se sentó en el diván donde dormía Aben-Aboo, y apoyó su cabeza pensativa en sus manos.

—Todas las noches, dijo Angiolina recordando, Aben-Aboo sale de sus habitaciones por una pequeña puerta de hierro, que está al fin de una galería. Luego cierra, y cuando vuelve, torna á cerrar y guarda cuidadosamente la llave entre sus ropas: si yo me atreviese...

Angiolina se inclinó sobre Aben-Aboo y contempló su semblante con

una atención profunda: Aben-Aboo dormía intensamente; le movió y no despertó: entonces cerró la puerta de la cámara, para evitar ser vista, se acercó rápidamente á Aben-Aboo, palpó sus ropas, y encontró bajo de ellas una llave y una cartera.

Guardó la llave y se acercó á la luz y abrió temblando de impaciencia la cartera.

Encontró dentro algunas cartas que la desesperaron porque estaban escritas en árabe; pero entre ellas encontró una sola que estaba escrita en castellano.

Angiolina dió un grito de alegría. Al pié de aquella carta se leía como firma: Esperanza de Cárdenas.

—¡Es de ella! exclamó: pero esta carta no es una prueba de que vive: esta carta puede haber sido escrita hace mucho tiempo: veamos.

Y leyó lo siguiente:

«Al ver la manera con que obrais conmigo, vos mi pariente, vos que tanto debeis á mi padre, no sé lo que pensar de vos. El estado en que me encuentro es insoportable; lo que me haceis sufrir es tanto que temo volverme loca. ¿Temeis acaso que mi esposo pueda haceros sombra protegido por mi padre? Os engañais. Ni mi esposo ni yo renegaremos de Dios. Os lo he dicho una y otra vez. Os lo dije cuando hace tres dias me visteis. ¿Por qué no habeis vuelto? vuestro esclavo, me ha asegurado, y no lo creo, porque no sois miserable, que vos no me restituiréis la libertad sino cuando os revele el lugar donde se encuentra el alcázar subterráneo de mi padre, en el cual creeis encontrar inmensos tesoros. Yo dudo que por tal motivo me tengais sepultada viva, llorando, presa de la incertidumbre más cruel: ignoro la suerte de mi padre, la de mi esposo, la de mi hija. No sé si han muerto ó si viven, pues aunque vos me aseguréis de que nada tengo que temer por ellos, no os creo. Vuestro esclavo me ha dicho que sóis el rey de las Alpujarras. ¿Y cómo lo sóis si vive Aben-Humeya, si vive mi padre? ¿Y si no viven, cómo han muerto? Desesperada por no veros, he pedido á Alí, que os suplique de mi parte que vengáis á verme, y me ha contestado que estáis ausente: entonces le he pedido que me traiga con qué escribiros, y lo ha hecho y os escribo. Si yo nada tuviese en el mundo, si no fuese por el amor de los mios nada os diría; moriría sin suplicaros: pero el que ama no puede ser altivo. Venid, venid, y oidme: concluyamos de una vez: ya no puedo sufrir más: si no habéis de devolverme á los míos, matadme: al menos descansaré: pero no me hagáis apurar este horroroso martirio. Soy hija, soy esposa, soy madre: vos no me amáis, no tenéis disculpa de vuestra horrible conducta. Volvedme á los mios y nada temáis porque los míos os perdonarán.—De mi tumba á 10 de marzo de 1571.—Esperanza de Cárdenas.»

—¡Ah! exclamó Angiolina, ¡no ha muerto! ¡no! ¡ese miserable me ha engañado! esta carta ha sido escrita hace tres dias: estamos á 13: sí, no hay duda; durante estos tres dias, Alí ha recibido de Aben-Aboo esta llave y ha salido por la puerta de hierro de la galería: después de algún tiempo de ausencia ha devuelto esta llave á Aben-Aboo. Pretender seducir á Alí, es un delirio: sirve á su amo con cuerpo y alma. Pues bien, esta llave está en mi poder. Aprovechemos el tiempo: veamos.

Y Angiolina salió de la cámara, se aventuró por un laberinto de estrechos corredores, llegó al extremo de uno delante de una puerta de hierro, y puso la llave que llevaba en su cerradura.

La puerta se abrió y Angiolina tor-

nándola á cerrar, alumbrándose con la lámpara que había tomado de la cámara de Aben-Aboo, empezó á descender por una estrecha escalera de ojo.

Apenas había cerrado Angiolina la puerta, cuando por la otra parte un hombre atlético, que se alumbraba con una linterna, llegó á la puerta y la golpeó furioso.

—¡Ah! exclamó: estas malditas visiones que mi señor me ha metido en la cabeza, me han hecho creer que esa mujer era un fantasma, y he tenido miedo, pero no: es ella, es doña Angélica; la he reconocido al volverse para cerrar la puerta. El señor no puede haberla dado esa llave. Me hubiera avisado.

Y Alí partió desalado á la cámara de su señor.

—¡Ah! ¡está borracho! ¡aletargado! gritó con rabia Alí: yo tengo una yerba que sirve para disipar la embriaguez; yerba que me ha servido para que nadie pueda notar que he bebido vino contra la ley: pero mientras voy por ella; mientras esprimo su zumo... ¡Oh! y es preciso... preciso de todo punto.

Alí salió y permaneció fuera algún tiempo.

Cuando tornó traía en la mano una copa: cogió la cabeza de Aben-Aboo, le abrió la boca y derramó en ella parte del líquido que la copa contenía; poco después, y como por un efecto mágico, Aben-Aboo despertó y volvió en sí de una manera completa.

—¡Oh! ¡qué horrible dolor en las sienes! exclamó.

—Os han embriagado señor, y ha sido preciso que yo me valga de unas yerbas para haceros volver en vos.

—¿Y quién te ha mandado eso? dijo con enojo Aben-Aboo. ¿Por qué no mé has dejado dormir?

—Una sola palabra, señor, dijo Alí: ¿habeis dado á doña Angélica la llave de la puerta de las cuevas del castillo?

—No, dijo Aben-Aboo: tú estás soñando Alí.

—Doña Angélica ha entrado hace media hora por esa puerta.

—¡Doña Angélica! exclamó Aben-Aboo todo trémulo buscando la llave entre sus ropas. ¡Oh! me ha robado la llave. Esa mujer está celosa de Amina. Esa mujer es terrible: será capaz de matarla y no nos conviene que la sultana muera.

Aben-Aboo se equivocaba, como ven nuestros lectores, respecto á las intenciones de Angiolina.

—Pronto, pronto, exclamó lanzándose á la puerta.

Pero de repente se detuvo: había sonado fuera de los muros una corneta con un toque particular.

Aquel toque se repitió por tres veces.

—Algo terrible sucede: algo que nos importa más que esas dos mujeres: es mi secretario Bernardino Abu-Amer: suceda lo que quiera á la sultana, abre antes á Abu-Amer; sepamos qué noticias nos trae; que estén preparados los escopeteros que nos quedan.

Alí salió desalado.

Poco después entró con un morisco viejo, pero robusto, enérgico, que le dijo alentando apenas:

—Sálvate, señor, sálvate por las minas: ¡te hacen traición!

—¿Y quién me hace traición?

—Harum-el-Geniz.

—¡Oh! ¡imposible!

—Lo sé; lo he visto con mis ojos; lo he escuchado con mis oidos.

—¿Y qué has visto? ¿qué has escuchado?

—Los monfíes, todos los monfíes sin faltar uno, cercan el castillo de Bérchul.

—¡Ah! ¡los monfíes sin faltar uno!

pero si los monfíes están vencidos, fugitivos...

—Te engañas, señor; son en tanto número como cuando vivía el emir.

—Tú has soñado, Abu-Amer: cuando vivía el emir tenía un ejército de diez mil monfíes.

—¡Pues todos están allí!

—Pero si su número se había reducido á la tercera parte... si apenas podían ayudarme...

—Los monfíes te han engañado, te han abandonado, te han hecho traición; han permanecido escondidos en sus guaridas, han huido sin valor delante del cristiano: recuerda, señor: recuerda, créeme y sálvate.

—Pero ¿por dónde han pasado tantos hombres sin que los cristianos los detengan?

—No lo sé: pero ellos son capaces de entrar en un lugar por el aire, si les falta la tierra; ó están en inteligencia con los cristianos...

—Si eso es... solo la sangre fría, solo el valor puede salvarnos...

—Las minas...

—Si los monfíes vienen contra mí habrán tomado las salidas.

—Acaso no las conozcan, señor.

—Ellos conocen todos los escondrijos de las Alpujarras.

—Probemos al menos, señor.

—No; el huir no es la mejor prueba; es mejor presentar la frente serena y altiva al peligro... y luego yo no he sido jamás cobarde... prefiero morir como rey, á que me den caza como á un lobo, y me acorralen y me maten villanamente. Alí, mis mejores vestiduras, mi alfanje y mi escopeta... que se preparen mis escopeteros... y mira, añadió mientras Alí le vestía: aunque la puerta es fuerte, tú eres más fuerte que ella; rómpela á hachazos; llévatela por las minas..... la noche es oscura; véndala la boca para que no pueda gritar: eres astuto, ágil; procura burlar á los monfíes... si lo consigues, toma: y Aben-Aboo escribió apresuradamente una carta: en cualquier parte encontrarás amigos mios; envíala con uno de ellos á Harum-el-Geniz; ve, haz lo que te he dicho.

—¿Y doña Angélica?

—¡Ah! ¡doña Angélica! déjala... no la toques: de seguro ella no ha querido hacerme traición, me ama. Pero vé, vé...

—¿Y por qué no intentar salvaros, señor?

—Es necesario anticipar el golpe por una parte, y por otra el que huye se pierde. Ve Alí, cumple con lo que te he encargado, y tú Abu-Amer, conmigo y con mis escopeteros fuera del castillo: ¿sabes donde está Harum-el-Geniz?

—Sí, en la cueva grande de los Bérchules.

—Pues á la ventura de Dios, dijo Aben-Aboo, y salió de la cámara, y luego del castillo con Abu-Amer y una cuadrilla de veinte escopeteros, que fué toda la gente que pudo reunir.

La noche era densamente oscura y nada se oía; ni aun el vuelo del viento.

Al sentir aquella calma, Aben-Aboo dijo á Abu-Amer:

—Creo que te has equivocado: todo reposa; hemos andado un buen trecho de camino, y á nadie hemos encontrado.

—Mira señor á lo alto del barranco de los Bérchules: ¿nada ves?

—Sí, veo el resplandor de una luz.

—¿Y para qué crees que puedan estar velando en la cueva?

—Adelante, dijo Aben-Aboo.

Y siguieron hácia el barranco, pero apenas habían entrado en él cuando sé escuchó una voz ronca que gritó:

—¿Quién va?

—El rey de Granada, contestó con voz serena Aben-Aboo.

—¡El rey de Granada! gritó la misma voz ronca como avisando á otras gentes.

—¿Y quiénes sóis vosotros? dijo Aben-Aboo sin detenerse.

—¡Los monfíes de las Alpujarras! dijo la voz de otro hombre que al frente de algunos adelantaba.

—¿Y quién eres tú que me hablas?

—¡El walí Suleiman!

—Paso al rey, dijo Aben-Aboo, al sentir que le cercaban.

—Perdona señor, pero tenemos órden de llevarte á nuestro walí de los walíes.

—¡Ah! ¿con que Sidy (1) Harum-el-Geniz, se atreve á prenderme? dijo con sarcasmo Aben-Aboo.

—Sidy Harum-el-Geniz, no te prende, te detiene, porque así es preciso para la salud del reino, y nosotros obedecemos á Sidy Harum, porque es walí de nuestros walíes.

Aben-Aboo guardó silencio y siguió hasta el pié de un sendero escarpado que conducía á la cueva grande de los Bérchules; al llegar á aquel punto mandó á los escopeteros que se quedasen abajo, y subió acompañado solo por Suleiman y por Abu-Amer.

Invirtieron un largo espacio en llegar á lo alto porque la senda era áspera, escarpada y larga. Al fin entraron en la cueva, y adelantó un hombre.

Aquel hombre era Harum-el-Geniz.

En medio de la cueva quedaban de pié otros dos hombres, pero notábase que estaban vestidos de castellanos, á pesar de que eran moriscos; el uno era Francisco de Barredo, y el otro Pedro el Zatahari.

No estaban estas personas solas en la cueva, cuya extensión era inmensa; á su fondo se apiñaban ateridos de frio y de hambre, una multitud de moriscos de todas edades y sexos, y salía de aquel antro un hálito nauseabundo de miseria.

Al entrar Aben-Aboo, salió de entre aquella turba un sordo murmullo.

—¡Héme aquí! ¿qué me quieres, Geniz? exclamó con altivez Aben-Aboo: ¿qué significa lo que acontece? yo soy vuestro rey.

—Muley Abdalah-Aben-Aboo, dijo Harum-el-Geniz; solo quiero que mires á qué punto ha traido tu obstinación á estos infelices que aquí están desesperados, enfermos, miserables, y que consideres que las cosas son llegadas ya á tal extremo, que no ofrecen ya ni aun esperanzas de salvación.

—¿Y qué queréis?

—El presidente de la Chancillería de Granada, don Pedro de Deza y el capitán general, nos dan cartas de seguro, y el perdón de su magestad el rey de España si nos reducimos.

—¿Y quién ha andado en esos tratos? dijo afectando la calma más fria Aben-Aboo.

—Yo, dijo uno de los moriscos que estaban vestidos á la castellana.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisco de Barredo? dijo Aben-Aboo: tú en quien tanto confiaba, y tú también, el Zatahari, el grande amigo del único hombre que me queda leal, Abu-Amer.

—Te engañas, dijo Harum-el-Geniz, Abu-Amer te ha traido, pero sabía como nosotros para lo que venías.

—Es verdad, dijo Abu-Amer, con un insolente descaro que estaba en completa contradicción con la afectuosa conducta que hasta entónces había usado respecto á Aben-Aboo.

—¿Con que es decir que estoy abandonado de todos?

—No por cierto, Muley Abdalah, no por cierto, dijo Harum-el-Geniz: solo queremos hacerte partícipe de la

(1) Sidy, significa señor.

merced que nos concede el rey de España.

—¿Y esto dices teniendo en los barrancos según me han dicho diez mil monfíes?

—¿Y qué tienen que ver los monfíes con vosotros los moriscos? ¿acaso ellos antes de la guerra no tenían su pátria en la montaña? ¿acaso no la tendrán si quieren después?

—¡Oh! ¡sí! ¡los monfíes me habéis hecho traición!

—No por cierto; pero desde que nuestro emir el gran Yaye-ebn-Al-Hamar murió asesinado por dos miserables, juramos vengarle y le hemos vengado: uno de sus asesinos ha muerto: el otra morirá también.

—Justo es que muera el que ha asesinado, dijo dominando su terror Aben-Aboo; pero prescindiendo de esto: ¿creéis que no podemos resistir aun?

—Los moriscos están desalentados, ven el poco fruto que sacan de la guerra y quieren la paz: el presidente de la chancillería les envía á decir, que se reduzcan al servicio de su magestad el rey de España, que serán perdonados, y que se les dejará vivir libremente en donde quieran; además de esto les ofrece mercedes que están firmadas en este papel.

Harum sacó unos pliegos y los mostró á Aben-Aboo, que no pudo contenerse por más tiempo:

—¿Qué es esto Geniz? exclamó con la voz trémula de cólera; ¿tal traición me tenías guardada? ¡no me hables más, ni te vea yo!

Y fué á tomar la salida de la cueva.

—No, no has de salir, exclamó Harum; te he llamado porque aún quedaba vivo el último de los asesinos del emir.

Aben-Aboo sintió un terror pánico y quiso huir, pero el Zatahari, Abu-Amer y Barredo se asieron á él y le detuvieron.

Entonces Harum le hirió, y al caer le dió un terrible golpe con el mocho de su escopeta.

—¡Ah traidor! dijo expirante Aben-Aboo.

—¡Esta es la justicia de Dios! exclamó Harum; ¡mueres como has matado!

Aben-Aboo hizo un débil esfuerzo pero cayó, y poco después era un cadáver.

—¡Libres sóis ya, hermanos míos, dijo Harum! mañana presentaremos á ese traidor al Presidente, y os será otorgado el perdón. Si nuestro emir, nuestro valiente Yaye, no hubiera sido asesinado por esos dos miserables, por Aben-Humeya y Aben-Aboo, no os veríais obligados á acogeros al perdón de los cristianos; pero Dios lo ha querido así. ¡Que se cumpla su voluntad!

Y como viese que algunos moriscos asían del cadáver de Aben-Aboo, y se dirigían al sendero de la cortadura les dijo:

—¿Para qué queréis sufrir esa carga fatigosa? más pronto llegará abajo si le arrojáis por ahí.

Los moriscos arrojaron el cuerpo de Aben-Aboo al barranco, desde una peña alta que estaba á la entrada de la cueva.

Era ya enteramente de día.

La luz del alba reflejaba en la sangre de Aben-Aboo, y espantados de aquella muerte los moriscos que estaban en la cueva, empezaron á salir de ella como espectros.

Harum salió también con Francisco de Barredo, el Zatahari, y Abu-Amer; bajó de prisa el sendero, y rodeando por el barranco, salió á una ancha rambla donde había una cuadrilla de monfíes.

—Tocad á recoger, dijo Harum á los trompeteros y atabaleros.

Poco después se oyó, no solo en la rambla, sino en las alturas, una especie de toque de llamada, al cual em-

pezaron á acudir á la rambla taifas enteras, con sus estandartes.

Poco después un pequeño ejército de diez mil hombres, se apiñaba en la rambla.

Harum mandó traer el cuerpo de Aben-Aboo, y ponerlo en una peña alta para que lo vieran todos los monfíes.

—¡He ahí al asesino de nuestro emir! gritó Harum.

Una aclamación atronadora salió de las cerradas filas de los monfíes.

—He aquí á vuestro emir, gritó Harum descubriendo el rostro de un moro que estaba junto á él: he aquí al esposo de la sultana Amina.

—¡Viva el emir! gritaron en coro los monfíes.

—¿Pero qué hacéis? dijo el marqués de la Guardia, eso no puede ser.

—Consentid por ahora, dijo Harum.

Y volviéndose á los monfíes añadió:

—El esposo de la noble sultana Amina, acepta la corona que le ofrecemos.

—¡Viva el emir! repitieron los monfíes.

—Ahora, dijo Harum nos resta salvar á la sultana.

Un expontáneo y bravo murmullo de asentimiento respondió á estas palabras.

—¿Pero será cierto que mi esposa está en el castillo de Bérchul?

—Tan cierto dijo Abu-Amer, como que ha encargado á su esclavo Alí que la lleve á otro lugar, y que os envíe una carta que ha escrito para Sidi Harum. Ya, cuando yo dije á este que la sultana estaba en el castillo de Bérchul no tenía duda; pero ahora no puedo tenerla, porque he visto y he oido.

En aquél momento un hombre apareció por uno de los flancos de los monfíes, y por el otro lado una mujer.

El hombre era morisco, y la mujer Angiolina Visconti.

—¿Quién de vosotros es Sidy Harum-el-Geniz? dijo aquél hombre que traía una carta en la mano, mientras Angiolina gritaba:

—Venid, Harum, venid, que se llevan á la sultana: venid, marqués de la Guardia, venid, que os roban á vuestra esposa.

Y Angiolina partió á correr por el mismo lugar por donde había venido, seguida del marqués de la Guardia, que aunque débil y enfermo, sacaba fuerzas de flaqueza y corría con suma rapidez.

—Seguid, seguid, y flanquead la montaña, gritó Harum á los monfíes poniéndose también á la carrera tras Angiolina y el marqués, después de haber leido rápidamente la carta que le había entregado el morisco.

Aquella era la carta que Aben-Aboo había dado á Alí, para que la enviase á Harum.

Aben-Aboo había desfigurado su letra: aquella carta decía así:

«Mi señor Muley Abdalah Aben-Aboo, ha salido del castillo de Bérchul, á encontrarte, Harum-el-Geniz, y temo que le hagas traición: me apresuro, pues, á escribirte: tengo en mi poder á la sultana Amina, y será la señal de su muerte la primera noticia de una traición hecha por tí á mi señor.—Alí, esclavo fiel del rey Abdalah Aben-Aboo.»

Harum corría, y corrían los monfíes, y corría Angiolina, y el marqués excitado por el peligro de Amina iba delante de todos, por instinto, veloz como el viento, sostenido por su amor y efectuando un milagro de vigor y de fuerza, en el estado en que se encontraba.

Solo pronunciaba estas palabras.

—¡Esperanza! ¡mi Esperanza!

Y Angiolina como si toda su vida hubiera andando en la montaña, corría tambien á poca distancia del marqués, y los monfíes, abiertos en dos largas hileras, con las ballestas al hombro, trepaban á buen paso por la montaña, flanqueándola, seguros de encerrar en un círculo al hombre que se llevaba á la sultana.

El cadáver de Aben-Aboo, quedó solo en la rambla sobre la peña, con el rostro macerado, en que reflejaban los primeros rayos del sol, y algunos moriscos rodeándole, hambrientos, desnudos, le contemplaban inmóviles con un silencio estúpido.

CAPÍTULO XLIX.

EN QUE SE CUENTA LO QUE PASÓ EN LAS CUEVAS DEL CASTILLO DE BÉRCHUL.

Cuando Angiolina, según hemos dicho, se encontró después de franquear la puerta de hierro, en las escaleras de las cuevas, se deslizó rápidamente por ellas y al llegar á su fin encontró un callejón y al comedio de él, á la izquierda, otra puerta de hierro cerrada simplemente con un cerrojo.

Angiolina abrió aquella puerta: la luz de la lámpara dejó ver un espacio pequeño, en el cual había un lecho y algunos muebles, y en el lecho una mujer dormida, pero vestida y cuidadosamente cubierta.

—¡Ella es! exclamó extremeciéndose de celos y de dolor Angiolina.

Y acercó la luz de la lámpara al semblante de Esperanza, que Esperanza era en efecto.

—¡Oh! y está más hermosa, que nunca; con su semblante pálido y flaco. ¡Oh! ¡Dios mio! ¿y voy yo á arrojar á esta mujer entre los brazos del hombre á quien amo?

Angiolina se detuvo.

—Pero primero es él: no le llevo una rival odiosa, le llevo su vida. ¿Haría esta mujer lo mismo que yo hago? ¡Oh! sí lo haría porque le ama, y una mujer cuando ama lo sacrifica todo, hasta su alma, á su amor.

Detúvose de nuevo Angiolina.

—Y es necesario despertarla: es necesario salvarla: aprovecharé el tiempo. ¡Si Aben-Aboo despertara...! es preciso, preciso, debo tratarla con dulzura..... es necesario apurar de una manera completa el sacrificio. Todo por él, Dios mio, todo por él.

Y moviendo dulcemente á la jóven, dijo:

—Despertad, doña Esperanza.

Amina abrió los ojos, los cerró deslumbrada por la luz, se incorporó en el lecho y dijo con la voz soñolienta aún, pero dulce y resignada:

—¿Quién sois?

—Miradme, y escusadme de pronunciar mi nombre, dijo Angiolina.

—¡Ah! ¡la princesa! ¡la comedianta! exclamó Amina, reconociéndola por la voz.

—¡La infeliz! dijo Angiolina con acento conmovido.

—¡La infeliz! repuso con sarcasmo Amina. ¿Qué buscais aquí?

—Os busco á vos... y soy muy feliz en encontraros.

—¡Que me buscais! ¿y para qué? dijo Amina.

—Para llevar con vos la vida á vuestro esposo.

—¿Pues qué? ¡mi esposo!...

—Está enfermo y loco.

—¡Enfermo y loco! exclamó aterrada Amina.

—Sí, y si vos no le volveis la salud y la razón, sólo Dios podrá volvérselas.

—Pero... yo no puedo creeros, vos sois mi enemiga, vos me aborreceis; yo os aborrezco...

—¿Y qué importa nuestro mútuo aborrecimiento cuando se trata de su vida y de su felicidad? El os ama, vos

lo sois para él todo, y yo... yo que le amo quiero que sea feliz.

—No, vos no le amais tanto, dijo con un concentrado acento de celos Amina.

—¡Que no le amo! ¡que no le amo! ¡os digo yo acaso que no sereis capaz del más horrible de los sacrificios por él...! Casi soy capaz de amaros, de llamaros mi hermana, por el amor que él os tiene.

—¿No me engañais? dijo Amina, asiendo bruscamente las manos de la veneciana, y mirándola frente á frente.

—¿Y para qué he de engañaros? ¿Acaso tengo yo alguna esperanza de que pueda amarme don Juan? ¡Que sea él feliz al menos, ya que no puedo serlo yo! Sed también vos feliz con él, señora, y acordaos alguna vez de mí: acordaos de que me le debeis...

Angiolina rompió á llorar.

Amina se desarmó, se conmovió, confió en su enemiga y no supo qué decirla.

La veneciana se secó las lágrimas, y dijo á Amina:

—Ya sabeis el objeto que me ha traido aquí: seguidme: aprovechemos el tiempo y no hablemos más, porque nuestra conversación sería muy dolorosa.

—Una palabra no más: después de lo que haceis yo no puedo aborreceros: ¿aborrecereis vos á quien os tiende su mano?

—Perdonad, señora, pero nuestra situación es enteramente distinta: ved que necesito mucho valor para hacer lo que hago y que ese valor me podría faltar. No hablemos ni una palabra más acerca de ese asunto. Os lo suplico, os lo ruego. Pero seguidme, seguidme, porque los momentos son preciosos.

Y se dirigió decididamente á la puerta de aquella especie de mazmorra.

Amina la siguió en silencio.

Pero una vez fuera de aquel recinto, después de haber recorrido la citada mina, en que se encontraban, se perdieron en un laberinto de minas, enmarañado, oscuro, que al parecer no tenía salida.

Y pasaba el tiempo.

De repente se oyeron golpes terribles que retumbaban huecos en el subterráneo, y se repetían, cada vez más fuertes, cada vez más numerosos.

Era Alí que forzaba con un hacha la puerta de hierro de la escalera que conducía á las cuevas.

Angiolina lo comprendió.

—¡Ah! dijo, somos perdidas: Aben-Aboo ha vuelto en sí, aunque no puedo explicármelo, de su embriaguez; sin duda ha notado la falta de la llave y fuerza la puerta para perseguirnos; ya no suenan los golpes, lo que quiere decir que la puerta ha sido forzada, pero suenan pisadas sordas. ¡Oh! Dios mio, ¿y qué hacer?

—Seguid, seguid, dijo Amina: me parece que siento en el rostro el viento puro de la madrugada.

Como para confirmar el dicho de Amina, una ráfaga apagó la luz de la lámpara, y allá al fondo de la mina se vió una leve claridad.

—Seguid, seguid, dijo Amina.

Las dos jóvenes siguieron, pero de repente y á los pocos pasos tropezaron con una puerta: sobre aquella puerta una reja circular dejaba penetrar la primera luz del alba.

—¡Una puerta y cerrada! gritó con desesperación Angiolina.

—Y se escuchan cerca pisadas rápidas, pisadas de hombre, repuso Amina con angustia.

—Si la llave con que he abierto la puerta de arriba sirviese para este postigo... dijo la veneciana.

Y probó y lanzó un grito de ale-

gría: cedió la cerradura y la puerta se abrió.

Las dos jóvenes se encontraron en el repecho de una colina.

—¡Oh! ¡amanece! somos perdidas: y esta puerta no puede cerrarse por fuera...

Y mientras Angiolina reconocía la puerta, abrióse ésta impulsada por una fuerza ruda, y apareció un hombre que la miró con ánsia á la débil luz del alba.

—¡Ah! no sois vos, gritó: es esta... esta, sí...

Y asió á Amina, y partió con ella á la carrera, llevándola sobre sus hombros.

Angiolina los siguió algún tiempo sin perderlos de vista: pero el esclavo era vigoroso, había ganado una delantera inmensa á Angiolina, y esta los perdió en la revuelta de un barranco.

Y sin embargo, siguió á la ventura sin saber si acertaba ó no, aterrada, herida en el corazón, porque lo que la había arrebatado el esclavo era la vida del marqués.

Y el dia esclarecía más y más, y empezaban á verse sobre las colinas al Oriente las primeras ráfagas rojas de la salida del sol.

De repente Angiolina oyó un ronco estruendo de trompetas y atabales muy cerca, y se volvió hácia donde sonaba aquel estruendo.

Al volver un repecho, se encontró de repente delante de una taifa de monfíes que se ponía en movimiento obedeciendo el toque de llamada.

Al reparar en ellos Angiolina, en vez de huir, se precipitó hácia los que estaban más cerca y que al ver una mujer tan hermosa y jóven, se detuvieron.

—¿Sois monfíes? preguntó con afán Angiolina.

—Sí, monfíes somos, la contestaron. ¿Y tú eres morisca?

—Sí. ¿Está con vosotros Harum-el-Geniz.

—Sí. ¿Es tu pariente?

—Sí. ¿Dónde está?

—En aquella loma, en la rambla.

Angiolina llegó y habló.

Ya lo hemos dicho.

Continuemos ahora el anterior capítulo que interrumpimos.

Corría el marqués á la ventura como sostenido por la mano de Dios; le seguían Angiolina, Harum y algunos monfíes: los otros flanqueaban la montaña.

—¡Guarda! ¡guarda! ¡allá vá por Gebel-el-Rabah! ¡guarda! ¡á él! ¡á él! ¡á él!

En efecto, los monfíes delanteros habían descubierto á Alí, que al verlos, se volvió, se detuvo un momento, y lanzó una mirada terrible á los que le perseguían.

De repente el marqués de la Guardia torció un repecho, y Alí le vió, y tras él nuevas gentes cuando menos lo esperaba.

El marqués lanzó un grito de triunfo y desnudó su espada.

Pero apenas la había desnudado, cuando lanzó otro grito horrible de dolor, y cayó en tierra.

Había recibido en el pecho un ballestazo disparado por Alí, que asió inmediatamente á Amina, y se dió á correr por una rambla abajo en dirección á una roca tajada.

La intención de Alí era manifiesta: no pudiendo salvarse, porque le perseguían por derecho y le flanqueaban concibió el terrible proyecto de arrojarse con Amina, antes que entregarla, por aquella cortadura.

Al ver caer al marqués, al advinar la terrible resolución de Alí, Harum se cubrió de un sudor frío, y arrancando á uno de los monfíes que llevaba al lado, su ballesta armada, exclamó deteniéndose:

—Es aventurado: es terrible; pero es preciso.

Y encarándose la ballesta, apuntó con lentitud y disparó.

El venablo partió silbando, y fué á clavarse en el cráneo de Alí, que rodó por tierra con Amina.

Amina estaba desmayada. Harum, que ignoraba si el marqués había sido herido de muerte ó no, cuando se alejaron, volvió al sitio donde estaba el marqués.

Angiolina le miraba sentada en el suelo, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, y de tiempo en tiempo soltaba una carcajada.

¡Se había vuelto loca!

Harum la hizo apartar de allí, recogió al marqués que sólo estaba herido levemente, y se alejó con sus monfíes, dejando abandonado á Alí, que había muerto mártir de su fidelidad á su señor.

. . . . . .

Tres dias después, repicaban todas las campanas de Granada.

Este repique general era en albricias de que se había acabado la guerra de las Alpujarras.

La prueba de que la guerra se había acabado, adelantaba por el camino de Armilla, cerca ya del puente de Genil, en dirección á la puerta del Rastro.

Veamos en qué consistía esta prueba.

Gran multitud de gentes estaban á los lados del camino; hasta en los árboles había expectadores; detrás de una inmensa muchedumbre de gentes de todas clases, edades y sexos, que servian, por decirlo así, de flanqueadores, venía Leonardo de Rótulo, alcaide del presidio de Cádiar, con su medio arnés de ginete, su banda de capitán, y caballero en su rocín. A la izquierda del alcaide iba Francisco de Barredo,, vestido á la castellana, con una gorra de velludo, una loba de camelote y unas calzas de grana atacadas y botas altas, á caballo también y sin armas: á la derecha, igualmente caballero en un magnífico caballo andaluz rodado, con arneses de guerra, iba Harum-el-Geniz, con el ostentoso traje de walí de los walíes de los monfíes, y llevando en las manos el alfanje y la escopeta de Aben-Aboo.

Detrás iba el cadáver de Aben-Aboo sobre un mulo, entablillado el cuerpo bajo los vestidos, para que pudiese tenerse derecho como si cabalgara vivo, y á los dos lados una taifa de monfíes con las ballestas al hombro, y llevando ya, en señal de vasallaje, y como soldados del rey, las armas reales de España sobre los pechos.

Luego seguían los moros que se habían acogido al perdón, á pié y á caballo, con sus bagajes y sus mujeres y familias: los que llevaban ballestas, quitadas las cuerdas: los que arcabuces y escopetas, las llaves: á los lados, llevando á los moriscos entre filas, iba la cuadrilla de infantería del capitán Luis de Arroyo, y en la retaguardia, cerrando la marcha, con un estandarte de caballos, Gerónimo de Oviedo, comisario de la gente de guerra de los presidios de las Alpujarras.

Entraron en el órden que hemos marcado por la puerta del Rastro de la ciudad, haciendo salvas los arcabuceros, contestando la artillería de la Alhambra, y entre los repiques de campanas y la alegría de los de Granada, que se consideraban salvos con haberse acabado la guerra.

Llegaron hasta el palacio de la Chancillería, donde los recibió el duque de Arcos, el presidente don Pedro de Deza y los demás del consejo, y los caballeros y vecinos principales de Granada.

Leonardo Rótulo, Harum-el-Geniz, y Francisco Barredo, subieron á la cámara donde el consejo estaba, y

Harum entregó al presidente el alfange y la escopeta de Aben-Aboo, y besándole las manos en representación del rey, le rindió justo homenaje á nombre de los moriscos de las Alpujarras.

Dijéronle los del consejo muchas lisonjeras palabras, hiciéronle muchas preguntas á que Harum contestó con dignidad, y luego, asegurando á los moriscos perdonados el cumplimiento de lo que se les había ofrecido, mandaron arrastrar y hacer cuartos el cadáver de Aben-Aboo, y poner su cabeza en una jaula de hierro sobre el arco de la puerta del Rastro, que sale al camino de las Alpujarras.

. . . . . .

—Oid, hermanos, decía poco después escondido entre las breñas de las Alpujarras, Harum á sus monfíes: todo se ha perdido: alentar nuevas esperanzas, sería una locura. Nos faltó nuestro emir, y nos faltó todo. Lo hemos vengado: las cabezas de los dos asesinos están la una junto á la otra en dos jaulas de hierro, sobre una puerta del muro de Granada. Los de Africa y los de Turquía no nos socorrerán. Yo os aconsejaría que más bien que quedaros aquí, pasáseis á Africa y sirviéseis al dey de Argel ó al rey de Marruecos. Quédese aquí quien quiera, pero hará mal: los buenos tiempos en que los monfíes podían hacerse respetar han pasado, y lentamente irían dando en las manos de los cuadrilleros, y de ellas en la horca. Dios lo ha querido así, hijos míos. Voy á daros en nombre de nuestro desgraciado señor el último oro: después yo, consagrándome á la sultana Amina, salgo de España. Esta es la última vez que nos vemos, valientes, y al decíroslo se me escapan las lágrimas. ¡Dios lo ha querido! ¡Cúmplase su voluntad!

Los monfíes se arremolinaron y todos, unos después de otros, vinieron á rendir su último homenaje á su primer walí.

Harum dió á cada uno parte del oro que contenía un enorme cofre de hierro, abrazó á los capitanes, les dió sus últimos consejos, y montó á caballo y se separó de ellos.

Al trasmontar la cumbre de una loma, revolvió su caballo, y miró por última vez á aquellos bravos soldados con quienes había pasado la mayor parte de su vida: extendió los brazos hácia ellos y dijo, llorando como un niño, aunque por la distancia no le podían oir:

—¡Ah¡ ¡no creía yo que había de llegar un dia en que me separara de vosotros para no volveros á ver, mis valientes monfíes, hermanos míos!

Y los monfíes, cuyos rostros estaban vueltos hácia él, como si le hubieran comprendido, agitaron sus tocas en señal de despedida, y el eco hizo retumbar un gemido inmenso, el gemido de diez mil bocas en las montañas circunvecinas.

En aquel momento se ponía el sol.

Harum revolvió desesperado su caballo y le lanzó á toda carrera por el camino de Cádiar exclamando:

—¡Estaba escrito!

EPÍLOGO

Pasaron tres meses.

Al cabo de ellos, en una hermosa mañana de julio, salieron por la puerta del Mar de Almería, un caballero anciano, otro jóven, pero pálido y hermoso, y al parecer débil, que se apoyaba en el brazo de una dama hermosísima, que le miraba á cada paso con suma solicitud.

Al lado de estos dos jóvenes iba una doncella que llevaba en brazos una niña como de dos á tres años, tan hermosa como la dama.

Por último, detrás iba una numerosa servidumbre.

Nos parece inútil decir que aquellas personas eran Calpuc, el marqués de la Guardia, ó mejor dicho, el duque de la Jarilla, su esposa la noble y hermosa duquesa doña Esperanza de Cárdenas y su pequeña hija.

Llegaron á la ribera, entraron en una lancha y se dirigieron en ella á una enorme galera de dos bandas surta en el puerto.

Cuando saltaron á bordo, se quedaron mirando con inquietud á la playa.

—¿En qué consistirá la tardanza de Harum? dijo Amina: sabe que á pesar de que el rey disimula con nosotros, no estamos seguros, y que es prudente apartarnos cuanto antes de España.

—Hélo ahí, hélo ahí, dijo con la alegría de un niño el marques de la Guardia: mírale, Esperanza mia: pero es que no comprendo esa multitud de acémilas que le siguen cargadas de toneles.

—¡Ah! ni yo tampoco, dijo Esperanza.

—Ni yo, añadió Calpuc.

—Pronto lo hemos de ver, dijo el marqués, porque embarca en lanchas los toneles.

—Apostaría á que sé lo que aquello es, dijo Calpuc.

—El tesoro de mi infeliz padre, dijo Esperanza conmovida: ¡oh! ¡pluguiera á Dios que nos apartáramos miserables de España pero con él!

Cuando Harum puso á bordo los toneles, dijo á Esperanza:

—Poderosa sultana, todo lo que enriquecía el alcázar de tus abuelos, sus joyas, sus tesoros, va contigo.

—¡Y esa pobre mujer! dijo Esperanza casi al oido de Harum.

—¡Ah! ¡la horrible veneciana! su locura es admirable; á mi despecho he dejado casi un tesoro en manos de mi hermano Gonzalo para que cuide de ella: !Bah¡ á pesar de todo la tengo lástima: ¡le amaba tanto! ¡y le cree muerto!

—¿Que es eso? dijo el marqués.

—Nada: hablábamos de si Harum había dejado algo á su familia para que se consolase de su ausencia, dijo Esperanza enjugándose una lágrima.

Harum se volvió al patrón que se paseaba sobre cubierta:

—Nostramo, le dijo: á zarpar: el viento es fresco: rumbo á las costas de Francia y que Dios nos dé buen pasaje.

Poco después la galera, viento en popa, adelantaba gallardamente, reclinada sobre su costado.

II.

Diez años después, la infeliz doña Isabel de Córdoba y de Válor, mártir del amor, asesinado su esposo por su hijo, muerto su hijo por sus parciales, murió en el convento de Santa Isabel la Real de Granada, á donde se había retirado, y el mismo día en que una jóven acompañada de su madre, y de un caballero más bien viejo que jóven, preguntaban por ella en la portería.

La enfermedad de doña Isabel era una consunción lenta; se había secado en su corazón el raudal de las lágrimas; la sonrisa no aparecía jamás en su boca, y pasaba la mayor parte de su tiempo, arrodillada ante Dios en el coro, inmóvil y silenciosa como una estàtua.

Desde que se había retirado al claustro, nadie había ido á preguntar por ella, únicamente de mes á mes llegaba una carta de Francia; aquella carta contenía cuatro cosas: consuelos delicados como pudieran suponerse los de un ángel; la firma de Esperanza de Cárdenas: la de Harum-el-Geniz, y una libranza de cien ducados contra genoveses.

Doña Isabel besaba aquella carta, la metia con las anteriores en una cartera, se ponía la cartera sobre el corazón, y entregaba la libranza á la abadesa diciéndola siempre:

—Dad á los pobres, señora, lo que después de lo más preciso para mi sustento, sobre de esa cantidad.

Maravillóse, pues, la madre tornera de que á los diez años una voz de dama, y de dama al parecer por lo mesurado y noble de sus palabras, muy principal, preguntara por doña Isabel de Córdoba y de Válor.

—¡Ah! señora, está enferma y acaso Dios la llame hoy mismo.

La dama exhaló un ligero grito.

—¡Ah! exclamó: ¡pues necesito verla! ¡deseo verla! ¡oh Dios mio!

—¡De modo que si fuérais una parienta suya inmediata!

—¡Soy hija de su difunto esposo! dijo con angustia la dama.

Mediaron mensajes, y al fin la superiora permitió que la dama y la niña entrasen, pero no fué posible que entrase el caballero, que se quedó, renegando del que había inventado la clausura, en la portería.

Las dos señoras entraron en una humilde celda: doña Isabel con los hermosos ojos dilatados, flaca, blanca hasta lo diáfano, sonrió imperceptiblemente al ver á la dama y á la niña.

—¡Oh! ¡bendito sea Dios, exclamó, que me envía un angel antes de morir!

—¡Madre mía! exclamó Esperanza arrojándose sobre doña Isabel y besándola.

La enferma pareció reanimarse, y por primera vez después de diez años, brotaron lágrimas á sus ojos.

—¿Y tú eres feliz, hija mía? la dijo.

—¡Oh! ¡sí! y sería más feliz si os encontrase buena, si os pudiese llevar conmigo. Mi esposo ha vuelto á España, y á fuerza de oro ha conseguido que se reconozcan nuestros títulos... pero vos...

—¿Y qué importo yo? déjame ver á tu hija, á la nieta de mi Yaye...

Doña Esperanza se levantó de sobre el rostro de doña Isabel, y asió á su hija de la mano.

Al verla la enferma dió un grito horrible.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó, ¡me traes en esa niña, cuando voy á morir, su rostro y su mirada!

En efecto, la nieta se parecía enteramente al abuelo.

Doña Isabel no volvió á hablar, y murió aquella tarde entre los brazos de Esperanza.

Esta salió llorando, la niña triste; y Harum, que era el caballero que se había quedado fuera, blasfemando.

Pero le quedaba á Harum que ser testigo de otra agonía, aunque no le fué tan dolorosa.

Un mes después tomó á caballo y solo el camino de las Alpujarras.

—Es un extraño capricho, decía para sus adentros, que la sultana Amina (Harum cuando hablaba consigo mismo no daba otro nombre á la hija del emir), se interese tanto por la suerte de esa mujer que le ha hecho probar tantas desgracias, y que casi casi tiene la culpa de que no se siente en un trono: como que si el emir no hubiera sido herido y preso en la Inquisición.... ¿Y qué necesidad tiene la sultana?... está más hermosa que nunca; el señor duque de la Jarilla, su muy adorado esposo, ha echado fuera la ruinera, y la adora: Dios no los ha castigado con hijos: la luz de mis ojos, la pequeña Estrella no puede ser más cándida ni más hermosa: pues señor, véngase vuesamerced á las Alpujarras, donde necesariamente tengo que padecer, aunque no sea más que por los recuerdos, á saber de una loca castigada justamente por Dios. Vamos: si yo no la amara tanto....

Atravesaba en aquellos momentos un desfiladero que conocía demasiado; y detuvo su caballo, se puso las dos manos en la boca á manera de embudo y lanzó un grito salvaje.

El eco le repitió á la redonda: pero nadie contestó á aquél grito.

—¡No queda ni uno solo! exclamó roncamente Harum: si uno solo quedase, estaría precisamente aquí, en el lugar más inaccesible, más solitario, más seguro. En otro tiempo, cuando yo hacía esta señal, de detrás de cada piedra salía un monfí. ¡Y pensar que yo paso ahora por aquí como un forastero! ¡Yo que he sido el rey de la montaña! ¡Y ver que las rocas están en el mismo sitio, y que los monfíes han pasado como si no hubieran existido nunca! ¡Ira de Dios!

Apretó las espuelas á su caballo, y llegó aquella misma noche á Mecina de Bombaron, y á casa de su hermano Gonzalo.

Despues de la charla natural de dos hermanos que no se han visto en diez años, Harum preguntó por doña Angélica.

—¡Pobre señora! dijo Gonzalo: ¡y cuanta compasión me causa á pesar de todo!

—¿Continúa en la locura...?

—Cada vez más furiosa... pero Dios ha tenido compasión de ella...

—¡Cómo!

—El médi

—Perd

Harum

t

Por el camino que hacían á gran paso, guiados por Ventora, Gonzalo contó á Harum cómo Angiolina tenía el capricho de vestirse de blanco; que al contrario de otras locas se aliñaba, se peinaba, cuidaba de sí misma, y que cuando la preguntaban las traviesas muchachas, si lo hacía para enamorar á alguien, contestaba:

—¡Oh! ¡sí! cuando voy á verle las noches de luna, cuando me arrodillo delante de la cruz, él se levanta detrás de ella, y me mira fijamente... es mi amado, y es muy hermoso.... yo quiero parecerle hermosa.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo al oir esto Harum.

—Y es inútil pretender que no vaya á la montaña: siempre inventa un medio ingenioso para escaparse.

—¡Oh! sí: plugiera al Altísimo que no hubiera tenido tanto ingenio, replicó Harum.

—Y es preciso llevar para encontrarla á la Ventora, porque unas veces va al ca[illegible] Bérchul, otras á [illegible]bah... pero [illegible]que lleva [illegible]ra.

Harum le siguió.

De repente se levantó una sombra blanca al rayo de la luna, corrió hácia ellos, y cayó entre los brazos de Gonzalo el Geniz.

—¡Ah! ¡socorredme! exclamó: ¡yo no sé dónde estoy! ¿quién me ha traido aquí? Sola, de noche, vestida de blanco, tendida sobre una sepultura.

—Habéis venido á ver á vuestro amante como otras veces.

—¡A mi amante! exclamó Angiolina y rompió á llorar.

—¡Oh! cuidado, Gonzalo, cuidado, dicen que los locos cuando lloran recobran la razón.

—¡Los locos! ¡los locos! exclamó Angiolina. ¿Con que he estado loca? ¿Quién sóis vos? acercáos, no os veo.

—Soy Harum-el-Geniz.

—¡Ah! ¡Dios mío! sí, es cierto, ¡este lugar! aquí le ví caer herido: mi sacrificio fué inútil.... ¿cuándo sucedió eso...? ¿cuándo...? no me acuerdo: me parece que acaba de suceder.

—Vuestro sacrificio no ha sido inútil, señora, porque el marqués vive.

—¡Pero no vivirá muriendo como yo! ¿no es verdad?

—El marqués es muy feliz, dijo el rencoroso Harum, que no podía olvidar los crímenes á que su amor había llevado á Angiolina.

—¡Feliz, muy feliz! exclamó con ánsia de amor ella.

—¡Oh! ¡sí!

—¿Y ha recobrado la salud?

—¡Oh! ¡sí!

—¡Gracias, Dios mío! ¡gracias! exclamó Angiolina: ¡tú no has querido que muera desesperada!

Y sus rodillas se doblaron, y Gonzalo se vió obligado á sostenerla.

—Decid... á la sultana... que me perdone... y á él... á él no le digáis nada... ¡si por milagro algún día preguntase.... por mí.... decidle que vivo... y que... soy feliz!

Angiolina no habló más: algún tiempo después murió.

Harum al verla pálida, muerta, inmóvil, exclamó:

—¡Hermosa aun muerta! ¡Era mucha, mucha mujer! ¡Perdónela Dios!

—Ya no verán más los pastores á la Dama Blanca de la montaña, como llamaban á doña Angélica.

—Ni á los monfíes, replicó suspirando Harum.

Y, sin embargo, si viajáis por las Alpujarras sobre la escueta albarda de un asno vigoroso; si alguna vez al amanecer se levanta la niebla sobre los barrancos remedando figuras fantásticas, el arriero, que probablemente será oriundo de los moriscos, os preguntará señalándoos las crestas envueltas por las brumas:

—¿Sabe V. lo que es aquello?

—Aquello es niebla, le responderéis.

—¡Niebla, eh! para mi abuela: aquella figura alta que anda tan reposadamente es la Dama Blanca de la montaña: y las otras figuras que la siguen, los Monfíes de las Alpujarras.

FIN

INDICE DEL TOMO II.

TERCERA PARTE.

La rebelión.

PÁGINAS.

CAPÍTULO I.—El Castillo y la Atalaya 3
CAP. II.—El peregrino y el ermitaño 11
CAP. III.—La recua, el carro y el ginete. 17
CAP. IV.—El Corral del Carbón . 24
CAP. V.—De lo que vió y oyó Diego López en el poco tiempo que estuvo en la hospedería del Carbón. 35
CAP. VI—En que continúa un asunto suspendido en el anterior . . 42
CAP. VII.—De cómo hasta el fin del capítulo no pudo sacar nada en claro Aben-Aboo acerca de sus inquilinos. 48
CAP. VIII.—El Panderete de las Brujas. 57
CAP. IX.—De cómo por el amor se olvida la amistad 69
CAP. X.—En que se trata de lo que pasó entre la sultana Amina y Aben-Aboo 78
CAP. XI.—Alianza de sangre y lodo 83
CAP. XII.—De cómo fué la proclamación de Aben-Humeya. . . 87
CAP. XIII.—Cómo estaba gobernada la villa de Cádiar 98
CAP. XIV.—El licenciado Juan de Rivera. 101
CAP. XV.—Lo que iba á hacer á Cádiar Aben-Jahuar-el-Zaquer. . 106
CAP. XVI.—De qué manera servía á quien le pagaba, maese Barbillo 113
CAP. XVII.—El capitán Diego de Herrera. 119
CAP. XVIII.—El palacio encantado 123
CAP. XIX.—El exámen de Doctrina Cristiana 136
CAP. XX.—De cómo fué el casamiento del marqués de la Guardia 142
CAP. XXI.—Continuación del anterior. 151
CAP. XXII.—Lo que hicieron contra el emir Aben-Aboo y Aben-Jahuar. 155
CAP. XXIII.—Cómo trataba Yaye á sus parientes 159
CAP. XXIV.—De cómo se encontraron reunidas de una manera extraña, personas que se creían muy separadas 163
CAP. XXV.—De qué modo satisfizo Mari-Blanca la honra de su padre. 173
CAP. XXVI.—De cómo fué para la villa de Cádiar y para otras muchas las Alpujarras una noche muy mala la Noche-Buena de 1568 179
CAP. XXVII.—Continúa el asunto interrumpido en el anterior. . . 189
CAP. XXVIII.—Continúan las escenas de sangre 195
CAP. XXIX.—De lo que aconteció aquella misma noche en Granada 203
CAP. XXX.—Complemento del anterior 206
CAP. XXXI.—De cómo supo Yaye que su mala estrella se le hacia cada vez más enemiga. . . . 209
CAP. XXXII.—En que se vé que se

estrechan las distancias entre nuestros personajes. 213
Cap. XXXIII.—En que el autor deja la Historia para tomar otra vez la novela. 218
Cap. XXXIV.—De cómo puede parecer feliz y aun serlo á medias un desgraciado 220
Cap. XXXV.—El reverso de la medalla 228
Cap. XXXVI.—En que el autor descubre donde estaban los que se habían perdido 230
Cap. XXXVII.—En que se cuentan sucesos horribles 239
Cap. XXXVIII.—En que empieza á desenlazarse nuestra historia con la salida para la Eternidad de dos de sus principales personajes. 244
Cap. XXXIX.—De cómo se perdieron de nuevo Amina y el Marqués 250

CONCLUSIÓN.

La venganza de los Monfíes.

Cap. XL.—En qué estado se encontraba la guerra de las Alpujarras algunos meses después de los sucesos anteriores. 254
Cap. XLI.—De lo aconteció á los moriscos de Granada la víspera de San Juan de 1569. 264
Cap. XLII.—De cómo empezaba Harum á vengar al Emir . . . 267
Cap. XLIII.—De cómo la princesa Angiolina Visconti volvía á ser un instrumento manejado por Harum 270
Cap. XLIV.—De cómo los capitanes turcos sirvieron á Aben-Aboo ó creyeron servirse á sí mismos . 274
Cap. XLV.—En que volvemos á encontrar al perdido marqués de la Guardia, y se sabe cómo se escapó del subterráneo de la Princesa Encantada, y la escena que tuvo con su antigua amante . . 279
Cap. XLVI.—De cómo fué la muerte de Aben Humeya 283
Cap. XLVII.—Reseña de la continuación de la guerra de las Alpujarras hasta su terminación . . 292
Cap. XLVIII.—En que se sabe, entre otras muchas cosas importantes, de qué muerte murió Aben-Aboo 298
Cap. XLIX.—En que se cuenta lo que pasó en las cuevas del castillo de Bérchul 308

EPÍLOGO.

I. 313
II 314

